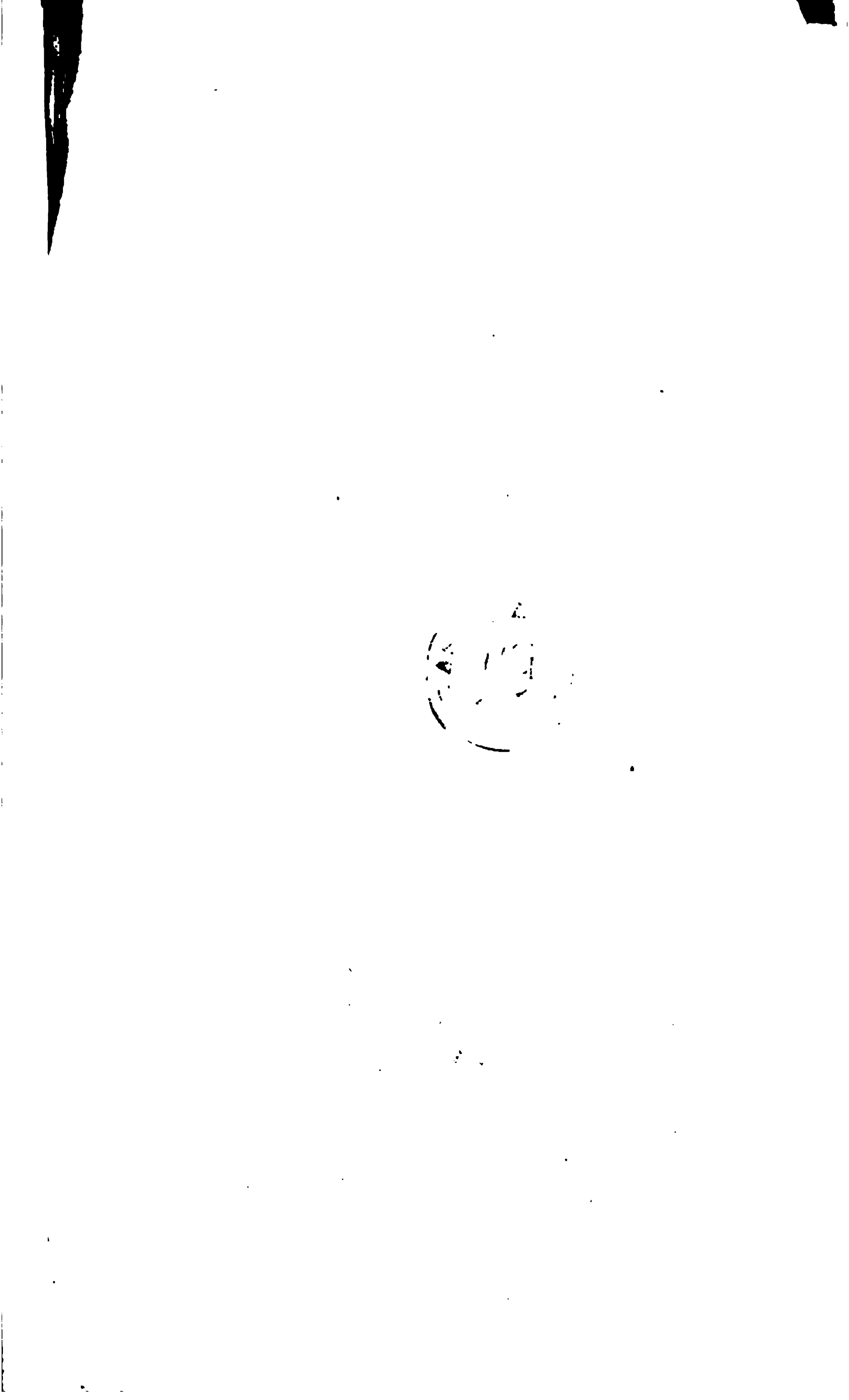








Fr. GASPAR DE VILLARROEL.

HISTORIA

DE LA

LITERATURA COLONIAL DE CHILE

POR

JOSÉ TORIBIO MEDINA

(MEMORIA PREMIADA POR LA FACULTAD DE FILOSOFIA I HUMANIDADES)

La littérature, telle que nous l'étudions est, tour á tour, un objet d'art et un monument historique.

VILLEMAIN, *Tableau de la littérature au moyen âge*, t. 2.°, páj. 191.

TOMO SEGUNDO

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO
DE E. Undurraga y Ca.—Compañía, 94.

1878

SEGUNDA PARTE

PROSA

(1541-1810)

... Ce sont des curieux monuments pour l' histoire, et non des spectacles pour l'imagination.

VILLEMAIN, *Littérature au moyen âge*.

LITERATURA COLONIAL DE CHILE

CAPITULO I.

HISTORIA JENERAL.

I.

Cristóbal de Molina.—Pedro de Valdivia.—Góngora Marmolejo.—Mariño de Lovera.—Obras de las cuales se duda:—Juan Ruiz de Leon.—Ugarte de la Hermosa.—Sotelo Romay.

En la hueste que el adelantado don Diego de Almagro condujo al valle de Chile en 1535 al traves de las heladas crestas de los Andes, venia un clérigo nombrado Cristóbal de Molina, si maduro de años, no ménos apacible de carácter. Don Cristóbal, que segun se deja entender, era de los españoles que de los primeros arribaron al rico i recien descubierto Perú[1], se quejaba ya de vejez en 1539[2] i aseguraba al rei que en su servicio habia perdido la salud i los bienes, despues de haber arriesgado la vida «millones de veces». Testigo de muchos de los sucesos que en rapidez vertijinosa se sucedian en las comarcas españolas entónces apénas esploradas; testigo de los descubrimientos maravillosos de una tierra vírjen habitada por una raza de hombres desconocidos, mas entónces turbada ya por las pasiones de unos aventureros sin lei,

1 «Antiguo en las Indias», dice refiriéndose a él, Góngora Marmolejo. *Historia de Chile*, páj. 89.
2 *Carta al rei*, publicada en la páj. 505 de los *Oríjenes de la Iglesia Chilena*.

pero de sorprendente coraje i de ilimitada ambicion i codicia; testigo de lances tan variados como nuevos, decimos, aquel sacerdote ilustrado creyó dar provechosa ocupacion a los dias de una edad trabajada, dedicándolos a repetir por escrito esos hechos que tan de cerca le tocara presenciar. I fué de esta manera como Critóbal de Molina legó a la posteridad su *Conquista y poblacion del Perú*, documento importante que aventajados historiadores han esplotado mas tarde[3].

Molina es, ante todo, un narrador agradable que sabe interesar al referir lo que ha visto u oido a sus contemporáneos, con arte tal que atrae sin esfuerzo. La *Conquista y Poblacion del Perú* en que se rejistra, aunque de lijero, la primera escursion que los españoles realizaron bajando al sur del despoblado de Atacama, es uno de los trabajos mas acabados por su estilo que se conserven de una época en que tan desaliñados se escribieron; i en cuanto a las noticias que encierra, si no es todo lo que puede decirse, es un testimonio respetable que debe consultarse al estudiar la historia de los hechos que comprende. Mirando los acontecimientos sin pasion, sin dejarse arrastrar de las tendencias de ninguno de los bandos que entónces desangraron miserablemente las nuevas conquistas, invocando aún su estado de sacerdote, Molina lleva su escrupulosidad al estremo de que cuando en su relacion le cumple dar cuenta de las luchas civiles de los Pizarros i Almagros, suelta la pluma i esclama que no puede hablar de tan fatales sucesos ocurridos entre hermanos en el servicio de la causa real[4].

Figurábase achacoso nuestro historiador en 1539, decíamos, i sin embargo, restábanle aún por vivir cuarenta años, la vida de un hombre! Nombrado sochantre de la catedral de los Charcas,

3 Herrera, Cap. I, lib. II, déc. VI. Prescott, *Historia del Perú*; Amunátegui, *Descubrimiento i Conquista de Chile.*

4 Aunque no podria asegurarse con plena conviccion que la *Conquista y Poblacion del Perú* sea obra de Molina, esto llega a inferirse con bastante probabilidad. En efecto, en su carta al rei que hemos citado, Molina menciona su calidad sacerdotal i afirma espresamente que por esa circunstancia no ha querido ocuparse de las guerras intestinas del Perú, i ya vimos que la obra se interrumpe de repente en ese mismo punto. ¿Sería lo anterior una simple coincidencia? No lo creemos.

volvió segunda vez a Chile con don García Hurtado de Mendoza; «sirvió en la guerra contra los araucanos, desempeñó el cargo de vicario del obispado en Santiago en 1563, teniendo que sostener ruidosos altercados con un padre domínico llamado Jil Gonzalez de San Nicolas que predicaba proposiciones heréticas, i con la autoridad civil que apoyaba a ese relijioso[5]; hizo un viaje a Lima a fines de ese año, i vivia todavía en Santiago, aunque en estado de completa demencia, en 1578»[6]. «Cristóbal de Molina, decia al rei en una carta de esa fecha el obispo Medellin, ha muchos años que no dice misa por su mucha edad i es como niño que aún el oficio divino no reza. Ha sido siempre mui buen eclesiástico i dado mui buen ejemplo»[7].

Despues de los aventureros de Almagro[8], cuyo salvaje trato para con los naturales de esta tierra ha contado con rasgos tan verídicos como aterrantes el clérigo Molina, llegaron a establecerse al valle del Mapocho los soldados de don Pedro de Valdivia, i ¡cosa remarcable! este hombre de voluntad incontrastable, de una actividad i constancia asombrosas en las fatigas, soldado valiente i militar de esperiencia, ha sido al mismo tiempo el narrador de los inciertos pasos de los primeros pobladores del territorio chileno. Su aficion ardiente por el suelo a quien diera un nombre i que elevara al rango de nacion, i que en parte le ha pagado su deuda consagrando en el mármol su figura, que de lo al-

5 Los detalles de esta controversia relijiosa pueden verse en el cap. XIII de los *Oríjenes de la iglesia chilena*, de don C. Errázuriz, titulado *Una herejía en Santiago a mediados del siglo XVI*.

6 Don Diego Barros Arana, *Introduccion* a la obra de Molina, publicada en Santiago en la *Coleccion de documentos inéditos relativos a la historia de América*, 1873, anexa al periódico titulado *Sud América*.

7 Sobre Molina puede ademas consultarse a Mariño de Lovera, 205; a Ronquillo en el *Memorial histórico español*, t. 4.°, páj. 422; etc.

8 Piensan algunos que es de este lugar ocuparse de don Alonso Enriquez de Guzman que nos ha dejado una *Vida* suya, comenzada a imprimirse en Santiago en 1873 i, de la que Markam dió un compendio a la estampa en Lóndres con el título de *The life and acts of don Alonso Enriquez de Guzman*. Mas, ateniéndonos a que dicho personaje no estuvo jamas en Chile, ni habla de nuestro país, aunque trate a la larga del adelantado don Diego de Almagro, hemos creido que no debia ocupar un lugar en nuestro libro.

to de las rocas del Huelen aún parece contemplar su obra, le dan pleno derecho de ciudadanía, como se espresa el señor Vicuña Mackenna con acierto feliz en una de sus amenas *Narraciones*; i sus *Cartas* al monarca español, que se ha comparado a las de Cortés, como éstas a las de César, lugar distinguido en la historia de los que cultivaron las letras por un motivo o por otro en la época en que nuestro país salía apénas en los pañales tejidos con la sangre e ímproba labor de nuestros antepasados.

Pedro de Valdivia abandonando su rica estancia de Bolivia i las seguridades de una inmensa fortuna fácil de adquirir por las inciertas espectativas de la conquista de un pueblo perdido en una estremidad de la tierra i en ese entónces el «peor infamado del mundo,» segun su enérjica espresion, por la malhadada espedicion de Almagro, dió pruebas de hallarse dotado de un espíritu superior. ¿Qué le importaban a él las riquezas si su espada permanecia ociosa, de que le serviria en aquellas soledades el temple vigoroso de su alma si no encontraba un objeto digno de su noble ambicion en que ejercitarlo? Este hecho tan elocuentemente manifestado por los impulsos de un noble arrebato, i que ante su jefe lo hizo acreditar como loco, es lo que se revela aún con tranquila conviccion de la lectura de sus *Cartas*. Valdivia bien sea que hable en ellas de sus tareas de organizacion militar; bien sea que refiera las increibles penurias soportadas con admirable constancia durante los primeros tiempos de su establecimiento en Chile; bien sea de sus servicios a la causa real, prestados tambien como consecuencia de un impulso repentino i jeneroso, bien sea, por fin, que confiese con loable franqueza sus faltas, o señale a la indignacion los manejos de sus enemigos, es siempre el hombre superior que pone de manifiesto su alma en su lenguaje claro, sin pretensiones, pero enérjico, seguro de sí mismo, siempre igual i noble.

No puede, es cierto, negarse que adolecia de cierta terquedad, fruto del poco cultivo de su intelijencia. El conquistador Pedro de Valdivia usaba siempre la frase que primero venia a su mente, pero que espresaba perfectamente su idea, sin ir a buscar en

lejanas reminiscencias de estudios anteriores el mejor corte del período, la manera mas pulida de decir. Se espresaba cómo sentia, dejándonos así un trabajo que en su jénero no ha sido superado entre nosotros. Cuando de ocasion ha solido emplear una que otra frase que trasciende a la época de su residencia en la vecindad de la famosa Universidad de Salamanca, nos suena mal, i desde luego juzgamos que está allí fuera de su centro [9].

Entre los hombres que vinieron a Chile con Pedro de Valdivia, que iban conquistando con él el suelo palmo a palmo i que guiados por su sed de aventuras i de fortuna, se echaban en brazos de los peligros i fatigas como los débiles troncos que arrebata el rio en su corriente sin saberse adonde van, merece ser notado Alonso de Góngora Marmolejo.

Góngora Marmolejo, natural de Carmona, en Andalucía, parece que vino a Chile en 1547, en el cuerpo de auxiliares que del Perú trajo Pedro de Valdivia, [10] con el cual se halló presente, como él dice, al descubrimiento i conquista. Una de las particularidades mas dignas de notarse en su libro es el verdadero arte con que ha sabido dejar entre bastidores su personalidad para no ocuparse mas que de sus compañeros, le sean o no simpáticos, i de los indios sus enemigos: son ellos los únicos que aparecen en la escena, los que se mueven i ajitan a nuestra vista, movidos de sus buenas o malas pasiones. Lo que para él acaso fué modestia i que en sí mismo merece induljencia, talvez viene a constituir en realidad una falta que el historiador tentado se halla de calificar como grave. Porque, en efecto, ¿acaso podia perdonarse al au-

9 Las *Cartas* de Valdivia son las siguientes, i han sido publicadas en la forma que se espresa. En el tomo 4.° del *Memorial histórico español* la de 15 de octubre de 1550 (pájs. 327-378); la de 25 de setiembre de 1561, (368-385; i la de 26 de octubre de 1552 (408-414). Estas tres i la de 15 de junio de 1548 datada en Lima, i la de 4 de setiembre de 1545, fechada en la Serena, en el t. I de *Documentos* de don Claudio Gay. Todas cinco en el t. I de la *Coleccion de historiadores de Chile*; i por fin una a Cárlos V, escrita en Santiago a 9 de julio de 154), i otra a Hernando Pizarro de 4 de setiembre de 1545, ámbas descubiertas por el señor Barros Arana i publicadas por él en la interesante recopilacion titulada *Proceso de Pedro de Valdivia*. Como se comprenderá fácilmente, era ajeno a nuestra tarea entrar a estudiar otra cosa que la fisomía intelectual i los escritos del fundador de Santiago.

10 *Proceso de Pedro de Valdivia*, páj 389.

tor que en sus memorias olvidase hablar de sí? I que otro caracter asume el que es a la vez héroe i relator de una historia tan jeneral como se quiera pero en la cual ha desempeñado un papel no despreciable? Este falso silencio de Góngora desaparece con todo en ocasiones: cuando se trata de vindicar la memoria de un compañero ultrajada por los falsos díceres, cuando se trata de una accion sorprendente, o de una curiosa ceremonia, ahí está él siempre para testificar i dar peso a sus palabras, espresando que se halló presente al acto.

De Góngora Marmolejo, como de Valdivia i otros personajes, referir la historia de su permanencia en Chile seria entrar en la relacion de acontecimientos que pertenecen a otra esfera; basta, pues, que sepamos que asistió como capitan a casi todas las acciones de guerra que tuvieron por teatro a Chile durante cerca de cuarenta años, unas veces victorioso, otras derrotado, ya como fundador de ciudades, ya como soldado.

Cuando ya sus largos años de servicio i su edad avanzada lo inhabilitaban probablemente para la durísima vida de los campamentos de ese entónces, se ofreció por acaso una lejítima esperanza a sus deseos de reposo en la ocupacion de un destino fácil de desempeñar, tranquilo i mui digno de una alma honrada: el de protector de indios. Góngora ya que no podia pelear, quiso naturalmente buscar en ese puesto, que era un mediano provecho con sus seis cientos pesos de sueldo, un término a sus azares i una tardía aunque incompleta recompensa a sus dilatados servicios; pues, como tantos otros veia su cabeza encanecida, su cuerpo lleno de honrosas cicatrices, i escuálida su bolsa. Si en aquel terreno solo habia obtenido sinsabores deseó tentar fortuna en calidad de pretendiente i solicitó del gobernador Saravia que le diese aquel destino. Pero él «que del tiempo de Valdivia habia servido al rei, i ayudado a descubrir i ganar el terreno, i sustentado hasta el dia de esta fecha, i estaba sin remuneracion de sus trabajos»[11], vió tambien que aquí la suerte le volvia las espaldas,

11 Páj. 211.

i lo que largos méritos no pudieron conseguir, lo obtuvo el favoritismo, i Francisco de Lugo—«mercader, hombre rico i que al rei jamas habia servido en cosas de guerra en Chile», obtuvo el cargo. Con todo, no debemos creer que nuestro pretendiente se afectase en gran manera con esta preferencia: entendia que aquel estado que Dios da a cada cual es el mejor, i que si no le levanta mas es para bien suyo; por esto, desilusionado, se puso a esperar mejores tiempos i vientos mas propicios.

En medio de su pobreza i decepciones, Góngora trabajaba en consignar para la prosteridad los suscesos a los cuales habia asistido o que conocia de los actores sus compañeros. Su obra, comenzada temiendo la crítica i la murmuracion, caminaba sin embargo, al término que habia ofrecido.

En mas de una ocasion apoderábase el desaliento de su espíritu i lo hacia detenerse, pero fiel a su promesa «de escrebir todo lo que en este reino acaesciese, así de paz como de guerra i lo que habia acaescido desde atras hasta este año de setenta i cinco», marchaba i marchaba, pudiendo estampar al final de su libro estas palabras con las cuales concluye: «acabóse en la ciudad de Santiago del Reino de Chile, en dieziseis dias del mes de diciembre de mil i quinientos setenta i cinco años».

En mui pocos meses debia preceder el término del trabajo a la fecha de su muerte. Pero ántes merece notarse cierto cargo especial que recibió en tiempo de Rodrigo de Quiroga por que es un dato curioso del carácter de su persona i de la fisonomía de la época en que vivió. Es mui sabido que los indios creian en la virtud de los conjuros, i en la existencia de males i enfermedades producidos por la perversa voluntad de enemigos ocultos que los *machis* designaban valiéndose de ciertos ritos i ceremonias. La hechicería, en una palabra, era una ciencia que los indíjenas cultivaban, como sus dominadores la astrolojía. Rodrigo de Quiroga, carácter relijioso i que llevaba encarnada una partícula de ese espíritu de supersticion, fanatismo e intolerancia, que tan comun era en los españoles de ese entónces i cuya representacion jenuina fué la Inquisicion aragonesa, encargó a Góngora Marmolejo

que con el título de juez pesquisidor de los hechiceros indíjenas recorriese el país i castigase severamente a los que se hallasen culpables de aquel crímen. No sabemos cuanto tiempo ejerciera tales funciones, pero sí consta que en 23 de enero de 1576 Quiroga nombró para el mismo cargo al capitan Pedro de Lisperguer, por «cuanto Alonso de Góngora, dice, que nombré por capitan i juez de comision para el castigo de los hechiceros de los indios, es fallecido desta presente vida, i conviene proveer otra persona que vaya a hacer dicho castigo [12]. Esto es lo último que sepamos del escritor de la *Historia de Chile* i que viene a ser el desenlace obligado de sus dias: buen guerrero, procuraba que los indios abandonasen el suelo heredado de sus padres, i sus hogares i la vida; buen cristiano, era natural tambien que tendiese a extirpar de entre ellos creencias que su relijion miraba como hijas del demonio.

Dos fueron los motivos que a Góngora impulsaron a escribir: «los muchos trabajos e infortunios que en este reino de Chile de tantos años con há que se descubrió han acaescido, mas que en ninguna parte otra de las Indias, por ser la jente que en él hai tan belicosa», i la circunstancia de no existir otro documento histórico de esa época que la *Araucana* de don Alonso de Ercilla, «no tan copiosa cuanto fuera necesario para tener noticias de todas las cosas del reino; por eso, espresa, «quise tomallo desde el principio hasta el dia de hoi, no dejando cosa alguna que no fuese a todos notoria». Hé aquí los rieles por los cuales ha de deslizarse su relacion, que son el compendio jeneral de su trabajo i lo que de él debe esperarse: minuciosidad en los detalles, imparcialidad en la narracion.

Desde el principio parece que hubiera querido dar una prueba de buen sentido a los futuros escritores, no principiando, cual muchos de ellos lo hicieron despues, por la cita inconducente de acontecimientos tan anteriores al trabajo prometido para que la

12 *Proceso de Pedro de Valdivia, lug. cit. Historia de Chile*, t. 2.°, páj. 74, nota. *Archivo* del Cabildo.

historia de esos sucesos apareciera sin enlace aparente. Comienza por contarnos en mui pocas palabras lo que era el reino que se iba a conquistar; dedica unas cuantas frases a la primera entrada que a él hicieran los españoles que condujo Diego de Almagro, para entrar en seguida a ocuparse de lleno de las empresas de Valdivia.

La fuerza de las circunstancias que lo ha hecho orijinal, ha influido tambien en que como actor que fué, su narracion corra viva i animada. El punto principal a que se dirijen sus esfuerzos es a consignar lo que vió, únicamente á los hechos, i por eso es que su libro escasea muchísimo de las digresiones tan al gusto de su época, i de repeticiones siempre fastidiosas; él jamás se desvia del curso de los acontecimientos para pintarnos imajinarias costumbres de indios o aburrirnos con declamaciones: todo es allí aprensado, resumido. Por su calidad de testigo presencial, tanto colorido i realce da a muchas de sus escenas que, a pesar de la distancia i el tiempo, nos hace volver a vivir con una jeneracion remota, esperimentando las impresiones que sus hechos le debieron producir; i tanta es la fuerza de la luz i de la sombra, que algunas de sus figuras i combates se destacan del cuadro. Para conseguir este medio Góngora no ha ocurrido a las figuras retóricas, ni siquiera ha procurado limar sus pájinas, pues por el contrario, ha dejado correr su pluma, impregnada de la rudeza de los primitivos conquistadores, pero siempre franca i espontánea, sin que la obra de la naturaleza haya sido alterada por sutilezas ni ficciones de una edad de enfermiza cultura.

Sin pretensiones de historia, como jénero literario, sin otro arte que el de hacer desaparecer su personalidad, el libro de Góngora tiene animacion; presenta las cosas de un modo atrayente i llenas de un natural interes que en ninguna parte decae; hai movimiento en sus batallas, verdad en sus apreciaciones i naturalidad en su relato. Tan manifiesto es que escribió sin pretensiones que no hai en su obra un discurso de esos que pululan en los escritores de mas tarde, ni uno de esos relatos de largas pájinas, que eran casualmente tan largos porque no se sabia qué decir. Gón-

gora para delinear sus retratos da una pincelada a medida que la ocasion se ofrece de por sí; cuando ya cree terminar con algun gobernador bosqueja en unas cuantas líneas su carácter i su vida; i realmente si algun mérito puede notarse con preferencia en él, es la sobriedad en los detalles. Esos retratos de sus actores, que Góngora reserva para el dia de los funerales de cada cual, son verdad i son imparcialidad, muchas veces una buena caracterizacion en pocas palabras. Véase como nuestra uno de ellos. «Era Francisco de Villagra cuando murió de edad de cincuenta i seis años, natural de Astorga, hijo de un comendador de la órden de San Juan, llamado Sarria; su padre no fué casado; su madre era una hijadalga principal del apellido de Villagra. Gobernó en nombre del rei don Felipe dos años i medio con poca ventura, porque todo se le hacia mal: era de mediana estátura, el rostro redondo, con mucha gravedad i autoridad, las barbas entre rubias, el color del rostro sanguino, amigo de andar bien vestido i de comer i beber: enemigo de pobres; fué bien quisto ántes que fuese gobernador i mal quisto despues que lo fué. Quejábanse de él que hacia mas por sus enemigos a causa de atraellos a sí, que por sus amigos, por cuyo respeto decian era mejor para enemigo que para amigo. Fué vicioso de mujeres; mohino en los casos de guerra miéntras que vivió; solo en la buena muerte que tuvo fué venturoso; era amigo de lo poco que tenia guardallo; mas se holgaba de rescebir que de dar. Murió en la ciudad de la Concepcion en quince dias del mes de julio de mil quinientos i sesenta i tres años[13]. Si aquí, no hai, pues, una obra de arte, hai lo bastante para escribir la historia; i si se hallan menudencias, se encuentran tambien datos de una importancia superior.

Hemos dicho que su único antecesor habia sido Ercilla, el cual, como sabemos, en muchas de sus estrofas ha sido poeta de primer órden. Una de las grandes figuras de su creacion épica es la del heróico Caupolican, cuyo suplicio aborrecible tanta impresion le causara. Pues bien, acostumbrados a respirar el perfume de su

13 Páj. 118.

musa, que tanto prestijio consagra al héroe araucano, esperimentamos cierta impresion penosa al encontrarnos en Góngora Marmolejo en la relacion de esa muerte, con una estrema frialdad, que demuestra a todas luces cuán distante está de hermosear con la ficcion los hechos verdaderamente épicos a que asiste. «Reinoso, dice,... mandó a Cristóbal de Arévalo, alguacil del campo, que lo empalase, i así murió. Este es aquel Caupolican que don Alonso de Ercilla en su *Araucana*, tanto levanta sus cosas»[14].

Es mui digno de notarse cómo ha sabido Góngora ser imparcial en medio de acontecimientos en los cuales tomó una parte activa; pues ni las muchas rencillas que dividian los ánimos en su tiempo, ni las odiosidades i preocupaciones de partidos de soldados, han podido hacer que jamas deje de mostrarse perfectamente desapasionado. Muchas veces omite hablar en su propio nombre, para darnos a conocer lo que corria como voz jeneral, lo que se pensaba i se decia, sin manifestar odio i sin dejarse seducir por el halagüeño prisma de la amistad. Al terminar ya su obra se le ofreció casualmente una ocasion de espresar su modo de proceder, haciéndose necesario para él la esplicacion de su conducta i la protesta de su imparcialidad. Daba fin a su libro con la relacion de los sucesos del gobierno de Bravo de Saravia, hácia el cual, hemos dicho, podia parecer que le animase algun sentimiento de aversion. Nada favorablemente se ha espresado de ese mandatario, i aunque sus deseos hubieran sido de dar cima a su trabajo con algo noble, algo de honroso para la causa de los españoles, pues.... «quisiera, dice, que el dejo de este gobernador fuera de hechos valerosos, i virtud encumbrada; mas, como no puedo tomar lo que quiero, sino lo que sucesive detras de los demas gobernadores ha venido, i tengo de nescesidad pasar por lo presente, suplico al letor no me culpe no pasar adelante, porque en solo esta vida quedo bien fastidiado, que cierto no la escrebiera si no me hubiera ofrecido en el principio de mi obra escrebir vicios i virtudes de todos los que han gobernado; *i porque me he*

14 Pájina 84.

preciado escrebir verdad, no paro en lo que ninguno detratador puede decir». Así, temiendo lo que de él pudiera murmurarse, hace callar su voz para no espresar lo que sus detractores circulaban, i a pesar del disgusto que naturalmente sentia por un personaje que no le era simpático, escribia los sucesos de su vida solo cumpliendo la palabra empeñada. En esto no hacia mas que ajustarse perfectamente a un axioma cuya verdad reconocia i que no ha olvidado de apuntar: la esperiencia de sus largos años le habia manifestado que «cuando las cosas van guiadas por pasion, en todo se yerra,» i por eso procuraba a toda costa no dar lugar siquiera a que sus sentimientos estallasen i se viese arrebatado por ellos, contra su voluntad. ¡Noble proceder que traiciona la elevacion de su carácter i la rectitud de sus miras!

Pero no es esto lo único bueno que vemos en el ánimo de Marmolejo: ahí están su entusiasmo de soldado, su compasion de cristiano, su resignacion a la voluntad divina i su amor a Dios, i cierta filosofía moral que se asemeja mucho a la de un estóico.

En la batalla de Quiapo en la cual se halló presente, véase como se trasluce su ardor guerrero. Despues de hacer relacion del ataque hasta el punto en que los combatientes iban a estrecharse de cerca, continúa: «los cristianos se llegaron disparando sus arcabuces i lanza a lanza peleaban por entrar; los indios les defendian la entrada: ¡era hermosa cosa de ver!» I, sin embargo, este mismo hombre cuyo pecho vibraba de emocion al encontrarse con el enemigo, exhala en otra ocasion su dolor en sentidas palabras, lamentando la cantidad de cadáveres dispersos por el campo de batalla despues del combate. Tan familiarizado parecia hallarse con la guerra, sin embargo, que, tratándose de pelear, habla como de la cosa mas natural, como de algo que se practicase por costumbre i diariamente, como de un sarao o de una fiesta. La esperiencia de la vida le habia enseñado mas de una leccion útil; i en muchas ocasiones deduce de los hechos cierta filosofía moral que demuestra que era hombre observador, i sobre todo, que practicaba lo que creia bueno, que aprendia i enseñaba lo que sabia. Agréguese su respeto a la voluntad divina, que a veces dejenera

en supersticion, que sabe conformarse en los infortunios i desear «que la gloria de su obra se dé a Dios todopoderoso que vive i reina por todos los siglos de los siglos», i se tendrá en resúmen la idea moral del autor. La misma credulidad ciega de sus sucesores no se encuentra en su libro tan abultada, pues cuando llega el caso de referir un milagro, discute si tuvo o no razon de ser, por mas que con él puede decirse que comienza esa série de escritores crédulos i supersticiosos que juntamente ven en todo o una obra de Dios o una intervencion del demonio: doctrinas perniciosas que tal vez gustaron en ese tiempo de apariciones sobrenaturales, de brujos o astrólogos, pero para los cuales nuestro siglo no tiene otra cosa que el desden i su mas amarga sonrisa.

En el lenguaje de Góngora Marmolejo se nota el empleo de palabras duras e impropias de una obra literaria, i hai voces que se repiten demasiado; pero siempre en medio de esos minuciosos hechos relatados con una perfecta claridad, no hai nada mas igual que su estilo, que corre siempre parejo i mesurado, traicionando la calma de su espíritu i la de las bellas noches del cielo a cuya sombra escribia. Hai algunos términos cuyo uso frecuenta en estremo, aunque a veces, es cierto, conducido por la necesidad de espresar las mismas ideas; pero su lenguaje tiene siempre algo de noble i superior, que nos hace recordar la serenidad de almas i vigoroso temple de esos hombres antiguos, hombres de hierro, inquebrantables i que parecian formados de un barro superior. Despues de él, los escritores para imponerse a una sociedad ignorante, procuraban a toda costa entrar en comparaciones de las cosas que veian con ejemplos tomados de antiguos autores; mas, Góngora Marmolejo, por el contrario, procura siempre escasear esa falsa erudicion, muchas veces de un modo que revela la altura de su intelijencia; omite situaciones que estima conocidas i que apénas se atreve a insinuar, procurando aquí como en todo, dar libre ensanche a sus inclinaciones de hombre modesto para desaparecer a nuestra vista. Debemos, empero, confesar que las aspiraciones de Góngora no se cumplieron en este país, uno de cuyos projenitores fué: hombre de mérito, vióse desconocido; hu-

millado como pretendiente, muriendo al fin en la espera de tiempos mejores [15].

Hallábase en la ciudad de los Reyes, por los años de 1594, un hombre ya viejo, llamado Pedro Mariño de Lovera, que habia pasado largos años en el reino de Chile, llevando la vida que era de estilo i uso comun en los malos tiempos que corrian, guerreando con los indios, esplotando su encomienda, i fiándose en Dios i en el apóstol Santiago en los repetidos lances en que debiera medir su toledana con las lanzas de treinta palmos de los indómitos hijos de Puren. Con harta dilijencia i no pocos trabajos habia conseguido acopiar datos bastantes abundantes de los sucesos de que fuera actor, de los que sus compañeros ejecutaron, o de que otros oyó como realizados por los que le precedieron en la conquista. Don Pedro era hombre poco versado en letras, ajenas, a mas, a su profesion, i que entendia de dar un corte con su espada, o una carga de a caballo, pero no mucho en el manejo delicado de la pluma. Sus tendencias relijiosas i el hallarse ya próximo al término de sus dias, lo inclinaban a cultivar amistades de jente devota i especialmente la del jesuita Bartolomé de Escobar, que, a lo que parece, habia corrido tambien la tierra de Chile, i distinguídose no poco en la peste que diezmó a los indios americanos al principio de la conquista [16].

15 Hé aquí ahora un dato bibliográfico sobre el libro de Góngora Marmolejo. «El manuscrito, dice don Pascual de Gayangos, de letra del siglo XVI, es en 4.° i consta de 232 hojas. Pertenece a la Biblioteca de Salazar, i está señalado con la H. 45. Desde el folio 28 al 116, la letra es distinta, aunque del mismo tiempo. Creémosle orijinal, fuera de notarse de vez en cuando enmiendas que solo pudieron ser hechas por su autor; tiene al fin una firma que puede ser la suya».

16 «El padre Bartomé de Escobar, hijo de una ilustre familia de Andalucía, nació en Sevilla el año 1561. En esa ciudad tomó el hábito de la Compañía el año de 1580; i recien ordenado pasó al Perú, donde gozó de muchas consideraciones bajo el gobierno de don García Hurtado de Mendoza. En Lima... escribió tres obras latinas de liturjia i ciencias eclesiásticas que fueron publicadas en Europa, i una coleccion de sermones sobre la Concepcion de la Vírjen, escritos en castellano e impresos en Lisboa en 1622. El padre Escobar murió en Lima el 3 de abril de 1621». Barros Arana, *Proceso de Pedro de Valdivia, etc.*, páj. 399.

Hablaba allí el buen capitan con toda llaneza de sus dias pasados en Chile, i se quejaba de que preocupado casi únicamente de averiguar la verdad no habia atendido bastante al método i estilo de la obra que llevaba entre manos; concluyendo siempre por pedir a su amigo que tomase a su cargo esta tarea. No dejaba el jesuita de negarse diciendo que eso no estaba en perfecta armonía con su estado, i que, sobre todo, sus cortas luces i disposiciones no eran las mas garantes del buen resultado de la empresa. Pero en aquel libro habian de ocupar un lugar prominente las hazañas de don García Hurtado de Mendoza, que a la sazon era virei del Perú, quien tenia, ademas, por achaque buscar encomiadores de sus proezas despues que tan obstinado silencio guardara sobre ellas el inmortal autor de la *Araucana*, lastimando su orgullo en lo mas íntimo; i así es como podemos creer que apoyase la demanda el injénuo don Pedro. Resignóse su reverencia, puso punto en boca, i sin mas que unas cuantas frases de adulo, empezó la redaccion.

Lo que dijo mas tarde no fué todo lo que hallara escrito en los apuntes del aguerrido capitan; pero en cambio estampó tambien muchas otras cosas de que aquel no se habia preocupado, que poco hacian al fondo del negocio, pero que debian servirle de adornos, como ser las frecuentes alusiones a la historia bíblica i a la de los griegos i romanos. Sin embargo, esto poco quitaba al mérito de los apuntes del capitan, pues su relacion era la misma i acaso en su redaccion no halláramos tampoco grande discrepancia; i sea como quiera, el hecho curiosísimo de un libro escrito por uno i reducido a nuevo método i estilo por otro, subsiste en toda su plenitud i es acaso único en la historia literaria de las naciones.

Don Pedro Mariño de Lovera fué un hombre tan crédulo que las patrañas mas inverosímiles las refiere candorosamente como milagros, agregando que el las vió, i muchos otros como él. No hablamos aquí de las frecuentes apariciones que el apóstol Santiago hizo en los llanos chilenos combatiendo por los españoles en un caballo blanco, ni de las veces en que la Vírjen se dignó

tomar puñados de tierra i lanzarlos a los indios para cegarlos durante el combate, por ser acontecimientos bastante divulgados; contentémonos con referir un solo hecho en que lo grotesco se añade a la inverosimilitud. Es el caso que «hicieron los indios consulta jeneral de guerra en el lebo de Talcahuano, orillas del rio grande de Biobio, donde segun sus ceremonias se subian los principales capitanes i consejeros sobre una columna de madera para que todos oyesen su razonamiento, estando sentados en el suelo como es costumbre en todas las Indias jeneralmente. I subiendo el primer adalid llamado Almilican comenzó a detraer de los cristianos, i a la tercera palabra enmudeció, quedando absorto i con los ojos fijos en el cielo; estando los demas suspensos por mui largo rato, salió el que habia de hablar despues de él, i le preguntó la causa de tan estraordinario espanto; a lo cual respondió que estaba mirando una gran señora puesta en medio del aire, la cual le reprendia su delito, infidelidad i ceguera; a cuyas palabras respondieron todos con los ojos levantándolos a lo alto donde vieron a la gran princesa que el capitan les habia dicho. I habiéndola mirado atentamente bajaron luego las cabezas, quedando por media hora tan inmóbiles como estatua, i sin hablar mas palabra se fué cada uno por su parte i se entraron en sus casas sin haber hombre de todos ellos que tomase de allí en adelante armas contra los cristianos».

Pues bien, relatos como éstos que en los tiempos que corren deslustran un libro escrito con mediano interes, son comunes en nuestro autor; adquiriendo esta tendencia todavía mayor vuelo en manos del redactor Escobar, que tenia siempre a la mira un fin relijioso i que no perdia ocasion de increpar a sus compatriotas por sus deslices, predicándoles la enmienda de sus faltas, i los progreso de la fe católica entre los infieles; i así no es de estrañar que en llegando a la conclusion declare: «que escribir muchos libros es cosa sin propósito, i que lo que importa es que oigamos todos el fin del razonamiento que es este: Teme a Dios i guarda sus mandamientos, porque este es todo el hombre; que Dios ha de revelar todas las cosas en su juicio, i sentenciar

lo bueno i lo malo segun el fiel de su justicia. I si este santo temor hubiera sido el principio con que se conquistaron estos reinos, no estuviera esta historia llena de tantas calamidades como el lector ha leido en ella. Plegue al señor sea servido de poner en todo su piadosa mano, para que en los corazones haya mas amor suyo i mas felice prosperidad en los sucesos».

«Don Pedro Mariño de Lovera fué natural de la gran villa de Ponteviedra en el reino Galicia, hijo de Hernan Rodriguez de Lovera i Rivera, i de doña Constanza Mariño Marinas de Sotomayor. Fué su padre rejidor perpétuo de dicho pueblo, i capitan jeneral en su costa de mar por S. M. real el emperador don Cárlas V. Habiendo guerra entre España i Francia, desde el año 1538, hasta el de cuarenta i dos, en el cual tiempo con celo de la honra de la Maj. Cesárea puso la espada en la cinta de su hijo don Pedro, autor de esta historia, dándole los consejos concernientes a la calidad de su persona para que procurase siempre dar de sí buena cuenta, esmerándose en las cosas de virtud, i llevando adelante las buenas costumbres de sus projenitores. Habiendo pues servido a sus padres en oficios de su ejercicio militar algun tiempo, le pareció que le estaria bien dar una vuelta en las Indias; i así lo intentó i trató con su padre, cuya licencia i bendicion alcanzó; con la cual puso en ejecucion su deseo, saliendo de su patria el año de 45. El primer viaje que hizo fué a la ciudad de Nombre de Dios; de la cual dió la vuelta para España, mas por justos respetos que le movieron, que por desistir de la persecucion de sus intentos. Mas, como llegase a la Habana, para de allí pasar a España, acertó a venir en aquella coyuntura el licenciado Gasca por presidente del Perú: el cual halló a don Pedro de Lovera en este puerto de la Habana, i le hizo echar por otro rumbo enviándole a la nueva España con ciertos recaudos de importancia para don Antonio de Mendoza, virrei de aquel reino. Dió tan buena cuenta de sí en este negocio, que pasando el mismo vicerrei al Perú a gobernarle, lo trajo en su compañía hasta esta ciudad de los Reyes, donde hizo asiento. Mas, como don Pedro era tan aficionado a las armas, i supo que en el reino

de Chile habia no poco en que emplearse acerca desto por las contínuas guerras que hai entre los indios naturales de la tierra i los españoles, púsose en camino para allá adonde llegó el año de cincuenta i uno» [17].

Llegaba pues, nuestro gallego a Chile en una época preñada de azares i de peligros, arrostrando los rigores de un suelo del todo inesplorado, ese temor seguido de curiosidad que siempre acompaña a lo desconocido, i sobre todo, el valor de los denodados hijos de Arauco. Desde los primeros pasos figuró con Valdivia en todas las escursiones por el sur, señalándose en las desproporcionadas batallas en que un español debia combatir con cinco mil salvajes, corriendo el país hasta el lugar en que se fundó el pueblo a que dió su nombre aquel conquistador. Poco faltó, sinembargo, para que Mariño de Lovera fuera a morir con su jefe en la memorable jornada de Tucapel, pues, habiendo salido con él de Concepcion cuando llegó la noticia del alzamiento de los indios, quiso la casualidad que el dia ántes se detuviese en el asiento de las minas, junto con los demas españoles que allí estaban.

Más tarde, cuando Villagran fue derrotado en Arauco e iba huyendo para Concepcion, llegando a Biobio, se encontró con que la barca estaba rota. No habia mas recurso que enviar a la ciudad por jente de socorro «que acudiese con algunos indios yanaconas a dar traza en hacer algunas balsas para pasar el rio. Mas, como todos los soldados estaban tan heridos i destrozados, no hubo hombre que se atreviese a pasar el rio, ni el jeneral quiso hacer a nadie fuerza para ello, viendo la razon que tenian i que no era mas en su mano. Finalmente el capitan don Pedro de Lovera se ofreció a este peligro, cuya oferta no queria Villagran admitir por estar tan mal herido, que corria manifiesto riesgo de la vida: mas viendo que no habia otro remedio hubo de condescender con

17 Apoyados en los mismos datos que este mismo libro nos suministra, es fácil convencerse que esta fecha está equivocada, pues en 24 de febrero de 1550 Mariño de Lovera combatió con Pedro de Valdivia en la provincia de Penco, junto al rio Andalien. «Este fué el fin de la batalla, se lee en la pájina 11,4 que como testigo de vista *que se halló en ella,*...... testifica el autor, etc».

él, el cual salió a media hora de la noche, i cuando se halló de la otra banda era cerca del alba, habiendo tardado ocho horas en pasarlo; i sin dilacion fué a la ciudad que está a dos leguas del rio, i juntando con gran brevedad sesenta indios yanaconas i treinta hombres de a caballo, los llevó a la orilla donde hicieron balsas de carrizo en que pasó todo el ejército. Aún no habian llegado a esa otra banda cuando ya asomaban los indios de guerra, pero como estaba agua en medio, quedaron refriados, i así se volvieron a celebrar despacio la victoria».

Si la suerte les fué adversa en esta ocasion, no pasó mucho tiempo sin que los españoles tuviesen un brillante desquite, destruyendo en Mataquito las huestes con que el osado Lautaro pretendia derribar a Santiago; siendo Mariño de Lovera unos de los soldados que mas se distinguieron en la refriega. Habia salido esta vez de la capital, en donde se hallaba desde hacia poco, pues sabemos que con motivo de las disensiones que se suscitaron sobre el mando entre Aguirre i Villagran, al primero le nombraron por alferez para que defendiese la entrada a la ciudad. Posteriormente peleó con valor al lado de Rodrigo de Quiroga contra los indios de Ongolmo i Paicaví, i en enero de 1558 salió a la fundacion que don García mandó hacer de nuevo en el lugar de la Concepcion.

En una reseña que trae Oña de los caballeros que acompañaban al jóven Gobernador cuando recien desembarcaba en el sur de Chile, pinta a nuestro don Pedro de la manera siguiente, que habla no poco en pró de su apostura militar:

Con escamosa malla i doble cuera
Encima de un dorado castañuelo
Que huella el aire vano mas que el suelo,
I apénas cabe en toda la ribera,
Parece don Mariño de Lovera
Aficionando a tierra, mar i cielo,
Varon ejercitado en la milicia,
I noble caballero de Galicia [18].

18 *Arauco domado*, Canto IX.

A fines del año de 1575 «estando la ciudad de Valdivia en la mayor prosperidad que jamas habia estado i la jente a los principios de su quietud i contento, quiso Nuestro Señor que les durasen poco los solaces, acumulando nuevos infortunios a los pasados. Sucedió, pues, en 16 de diciembre, viérnes de las cuatro témporas de Santa Lucía, dia de oposicion de luna, hora i media ántes de la noche, que todos descuidados de tal desastre, comenzó a temblar la tierra con gran rumor i estruendo yendo siempre el terremoto en crecimiento sin cesar de hacer daño, derribando tejados, techumbres i paredes, con tanto espanto de la jente que estaban atónitas i fuera de sí de ver un caso tan estraordinario. No se puede pintar ni describir la manera de esta furiosa tempestad que parecia ser el fin del mundo, cuya priesa fué tal que no dió lugar a muchas personas a salir de sus casas, i así perecieron enterradas en vida, cayendo sobre ellas las grandes machinas de los edificios. Era cosa que erizaba los cabellos i ponia los rostros amarillos, el ver menearse la tierra tan apriesa i con tanta furia que no solamente caian los edificios, sino tambien las personas sin poderse detener en pié aunque se asian unos de otros para afirmarse en el suelo. Demas desto, miéntras la tierra estaba temblando por espacio de un cuarto de hora se vió en el caudaloso rio, por donde los naves suelen subir sin riesgo, una cosa notabilísima, i fué que en cierta parte dél se dividió el agua corriendo la una parte de ella hácia la mar, i la otra parte rio arriba, quedando en aquel lugar el suelo descubierto, de suerte que se veian las piedras como las vió don Pedro de Lovera, de quien saqué esta historia, el cual afirma haberlo visto por sus ojos. Ultra desto salió la mar de sus límites i linderos corriendo con tanta velocidad por la tierra adentro como el rio del mayor ímpetu del mundo. I fué tanto su furor i braveza, que entró leguas por la tierra adentro, donde dejó gran suma de peces muertos, de cuyas especies nunca se habian visto otras en el reino. I entre estas borrascas i remolinos se perdieron dos naves que estaban en el puerto, i la ciudad quedó arrasada por tierra sin quedar pared en ella que no se arruinase. Bien escusado estoi en este caso de pon-

derar las aflicciones de la desventurada jente de este pueblo que tan repentinamente se vieron sin un rincon donde meterse, i aún tuvieron por gran felicidad el estar léjos dél saliéndose al campo raso por estar mas seguros de paredes que les cojiesen debajo como a otros que no tuvieron lugar para escaparse, i no solamente perdieron las casas de su habitacion mas tambien todas sus alhajas i preseas, estando todas sepultadas, de suerte que aunque pudieron despues descubrirse con gran trabajo fué con menoscabo de muchas i pérdida de no pocas, como eran todas las quebradizas, con lo que estaba dentro, i otras muchas que cojian los indios de servicio i otra jente menuda, pues en tales casos suele ser el mejor librado aquel que primero llega. I de mas desto se quedaron tan sin órden de tener mantenimiento por muchos dias, en los cuales padecieron hambre por falta de él, i enfermedades, por vivir en los campos al rigor del frio, lluvias i sereno i (lo que es mas de espantar) aún en el campo raso no estaban del todo seguras las personas; porque por muchas partes se abria la tierra frecuentemente por los temblores que sobrevenian cada media hora, sin cesar esta frecuencia por espacio de cuarenta dias. Era cosa de grande admiracion ver a los caballos, cuales andaban corriendo por las calles i plazas, saliéndose de las caballerizas con parte de los pesebres arrastrando, o habiendo quebrado los cabestros, i andaban a una parte i a otra significando la turbacion que sentian, i acojiéndose a sus amos como a pedirles remedio. I mucho mas se notó esto en los perros, que como animales mas llegados a los hombres se acojian a ellos i se les metian entre los piés a guarecerse i ampararse mostrando su sentimiento, el cual es en ellos tan puntual, que en el instante que apunta el temblor lo sienten ellos alborotándose tanto, que en solo verlos advierten los que están delante que está ya con ellos el terremoto. Este mismo sentimiento hubo en todos los animales jeneralmente, tanto que se revolcaban por la tierra, i cada especie usaba de sus voces acostumbradas como aullidos, relinchos, graznidos, cacareos i bufidos, con modo en algo diferente del suyo, representando el íntimo sentimiento i pavor con que se estremecian imitando a

la misma tierra. Mas, oh! providencia de Dios, nunca echada de ménos en ninguna coyuntura, aunque sea en la que se muestre Dios mas bravo i celoso de echar el resto en aflijir a los hijos de los hombres nunca cansados de ofenderle; que al tiempo que la tierra está atribulando a los aflijidos manda a los montes que dejada la natural alteza de sus cumbres se arrasen por tierra para remedio de lo que mirado por desde abajo parece contrario como quiera que lo dé por medicina el que lo mira desde arriba. Cayó a esta coyuntura un altísimo cerro que estaba catorce leguas de la ciudad, i estendiendo la machina de su corpulencia, se atravesó en el gran rio de Valdivia por la parte que nace de la profunda laguna de Anigua, cerrando su canal de suerte que no pudo pasar gota de agua por la via de su ordinario curso, quedándose la madre seca sin participar la acostumbrada influencia de la laguna»...

«Habiendo, pues, durado por espacio de cuatro meses i medio por tener cerrado el desaguadero con el gran cerro que se atravesó en él; sucedió que al fin del mes de abril del año siguiente de 76 vino a reventar con tanta furia, como quien habia estado el tiempo referido hinchándose cada dia mas, de suerte que toda el agua que habia de correr por el caudaloso rio la detenia en sí con harta violencia. I así por ésto como por estar en lugar alto, salió bramando i hundiendo el mundo sin dejar casa de cuantas hallaba por delante que no llevase consigo. I no es nada decir que destruyó muchos pueblos circunvecinos, anegando a los moradores i ganados, mas tambien sacaba de cuajo los árboles por mas arraigados que estuviesen. I por ser esta avenida a media noche cojió a toda la jente en lo mas profundo del sueño anegando a muchos en sus camas, i a otros al tiempo que salian de ellas despavoridos. I los que mejor libraban eran aquellos que se subieron sobre los techos de sus casas, cuya armazon eran palos cubiertos de paja i totora, como era costumbre entre los indios. Porque aunque las mesmas casas eran sacadas de su sitio, i llevadas con la fuerza del agua, con todo eso por ir muchas de ellas enteras como navíos iban navegando como si lo fueran, i así los que iban

encima podian escaparse, mayormente siendo indios, que es jente mui cursada en andar en el agua. Mas, hablando de la ciudad de Valdivia habria tanto que decir acerca desto que excediera la materia a lo que sufre el instituto de la historia.

«Estaba en esta ciudad a esta coyuntura el capitan don Pedro de Lovera por correjidor de ella, el cual temiendo muchos dias ántes este suceso habia mandado que la jente que tenia sus casas en la parte mas baja de la ciudad, que era al pié de la loma donde está el convento del glorioso patriarca San Francisco, se pasasen a la parte mas alta del pueblo; lo cual fué cumplido exactamente por ser cosa en que le iba tanto a cada uno. Con todo eso, cuando llegó la furiosa avenida, puso a la jente en tan grande aprieto, que entendieron no quedara hombre con la vida, porque la agua iba siempre creciendo de suerte que iba llegando cerca de la altura de la loma, donde está el pueblo; i por estar todo cercado de agua, no era posible salir para guarecerse en los cerros, sino era algunos indios que iban a nado, de los cuales morian muchos en el camino topando en los troncos de los árboles i enredándose en sus ramas; i lo que ponia mas lástima a los españoles era ver muchos indios que venian encima de sus casas, i corrian a dar consigo a la mar, aunque algunos se echaban a nado i subian a la ciudad como mejor podian. Esto mesmo hacian los caballos i otros animales que acertaban a dar en aquel sitio, procurando guarecerse entre la jente con el instinto natural que les movia.

«En este tiempo no se entendia otra cosa sino en disciplinas, oracion i procesiones, todo envuelto en hartas lágrimas para vencer con ellas la pujanza del agua aplacando al Señor que la movia, cuya clemencia se mostró allí como siempre, poniendo límites al crecimiento a la hora de mediodía; porque aunque siempre el agua fué corriendo por el espacio de tres dias, era esto al paso a que habia llegado a esta hora que dijimos, sin ir siempre en mas aumento, como habia ido hasta entónces. I entenderáse mejor cuán estupenda i horrible cosa fué lo que contamos, suponiendo que está aquel contorno lleno de quebradas i rios,

otros lugares tan cuesta abajo por donde iba el agua con mas furia que una jara, que con estos desaguaderos no podia tener el agua lugar de subida a tanta altura, no fuera tan grande el abismo que salió de madre. Finalmente, fué bajando el agua a cabo de tres dias, habiendo muerto mas de mil i doscientos indios i gran número de reses, sin contarse aquí la destruccion de casas, chácaras i huértas, que fuera cosa inaccesible» [19].

Despues de estos contratiempos sufridos por don Pedro en su hacienda, i de los sinsabores i afanes consiguientes al puesto público que desempeñaba, poco faltó para que se viese herido en sus mas caras afecciones. Sucedió que una noche en el valle de Codico, donde don Pedro tenia su encomienda, [20] llegó a alojarse a la casa del capitan Gaspar Viera, que por hallarse con poca jente acababa de abandonar la fortaleza que guarnecia. Pero como los indios que lo cercaban lo sintiesen, fueron a dar tras él, cojiéndolo desprevenido en la oscuridad de la noche. Anduvieron un rato acariciándose lanzas i espadas, hasta que vinieron a morir seis españoles i el mismo Viera, quedando ademas preso i con tres peligrosas heridas don Alonso Mariño de Lovera, hijo de don Pedro.

«Sintió mucho esto su padre, que estaba en la ciudad de Valdivia, i con deseo de hacer el castigo por su mano, se ofreció al correjidor que era Francisco de Herrera Sotomayor, a ir él en persona a ejecutarlo, aunque era tan poca la jente de la ciudad que no fuera posible darle soldados, si no acertara a llegar un navío del capitan Lamero, que habia salido del Perú con muchos soldados; porque yendo el mismo Lamero con trece de ellos en compañía de don Pedro de Lovera, que tenia otros doce, llegaron a la tierra de Pacea, por donde los enemigos iban marchando, con intento de hacer otros asaltos; i acometiendo a ellos con grande ímpetu, los pusieron los nuestros en huída i les quitaron la pre-

19 *Historia de Chile*, pájs. 335, 344 i sigte.
20 La habia recibido de don García Hurtado de Mendoza, cuando repartió las de la Concepcion: Suarez de Figueroa, páj. 60, i Carvallo, I, páj. 127.

sa, de que estaba don Pedro bien descuidado, porque halló a su hijo vivo, aunque peligroso, i con él un hijo del capitan Rodrigo de Sande, que tambien habia sido preso en la batalla .....

«A cabo de cinco dias de la batalla que tuvo don Pedro Mariño de Lovera, donde sacó a su hijo del poder de enemigos, iba caminando en compañía del capitan Juan Ortiz Pacheco i el capitan Lamero, un sábado a veinte i seis dias del mes de febrero de 1580. I llegando a un bosque, toparon al meztizo Juan I. Fernandez de Almendoz casi para morir de pura hambre por haber estado tres dias escondido en aquella montaña, i pasando mas adelante, hallaron, asimismo, a Hernando de Herrera que habia salido de la misma batalla i esta emboscada, sin saber del mestizo que andaba en el mesmo arcabuco. I habiendo regalado a estos dos soldados por espacio de dos dias, llegó este pequeño escuadron al sitio donde habian muerto los enemigos al capitan Viera, los cuales viendo la jente que venia, salieron a ella con grandes alaridos i se trabó una batalla mui reñida, que duró mas de tres horas, donde murieron muchos de los rebelados poniéndose los demas en huída, que serian hasta dos mil, cuyo jeneral era don Pedro Guayquipillan, que se intitulaba rei de toda la tierra, habiendo sido tributario de don Pedro de Lovera, que lo crió desde su niñez».

Tal es el último dato personal que se encuentra en la *Crónica del Reino de Chile* del capitan Pedro Mariño de Lovera. Sin embargo, como la obra alcanza hasta los años de 1595, si nos atuviéramos a la declaracion espresada en un principio de haber sido toda escrita por él, pudiéramos pensar con fundamento que habia residido en Chile hasta esa fecha, a no mediar la noticia cierta de su muerte, ocurrida en Lima a fines del noventa i cuatro, despues de recibir todos los sacramentos «con la preparacion debida en hombre tan cristiano». Acababa de llegar entónces de Cumaná, cuyo correjimiento ejerció por algun tiempo, i al parecer solo buscaba como establecerse en la ciudad de los Reyes, pues ni siquiera pudo emprender el viaje en compañía de su mujer. Es evidente, por lo tanto, que la relacion de los sucesos de que se da

cuenta en su libro en los últimos capítulos es obra de Escobar, tanto mas si se considera cuán a la lijera han sido tratados.

El mérito que principalmente debemos reconocer en el trabajo del capitan Mariño de Lovera, como en el de Góngora Marmolejo, es la indisputable orijinalidad que le asiste, pues, si esceptuamos a Ercilla, nadie aún antes que ellos habia tratado del asunto, o al ménos, los trabajos ajenos no les fueron conocidos. No debe negarse que es deficiente en ocasiones; pero su relato como de hombre que vió las cosas por sus ojos, tiene una alta importancia para posteriores historiadores. La espedicion de Almagro pudo estudiarla hablando con testigos presenciales, entre los cuales se refiere especialmente a cierto caballero principal del Cuzco, mui conocido en toda la tierra, llamado don Jerónimo Castillo, al cual en el paso de la cordillera «se le pegaron los dedos de los piés a las botas, de tal suerte que cuando le descalzaron a la noche, le arrancaron los dedos sin que él lo sintiese, ni echase de ver hasta el otro dia que halló su pié sin dedo»;... i los hechos anteriores a su llegada a Chile realizados por Valdivia i sus compañeros, fuéronle tambien conocidos directamente.

En cuanto a la manera con que Escobar cumpliera la mision que don Pedro le confió, debemos decir que, en jeneral, su estilo es desembarazado, i que sería mucho mejor a no haber tratado de adornarlo atribuyendo imajinarios discursos a sus personajes, (aunque a veces no poco adecuados a su estado i condicion) i entremezclando sutilezas, reflexiones relijiosas i repetidas alusiones a la historia bíblica i profana.

Despues de las crónicas jenerales de Góngora Marmolejo i Mariño de Lovera no faltaron quienes se dedicasen al estudio de los sucesos de Chile; pero los libros que se atribuyen a esos autores, o nunca se escribieron o no han llegado hasta nosotros. Primero Pinelo i despues Molina han atribuido a Isacc Yañez una *Historia del Reino de Chile* impresa en 4.°, en 1619, en lengua holandesa[21],

21 Pinelo, *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental*, 1738, t. 2.°, tít. IX, colum. 658; Molina, *Historia*, t. 2.°, páj. 380.

que no pasa de ser una traduccion abreviada de la *Araucana* de Ercilla. El licenciado Antonio de Leon[22], asienta, asimismo, que el coronel Juan Ruiz de Leon[23], tenia manuscrita en su tiempo (1629) una *Historia de Chile*. En el *Prólogo de las Confirmaciones Reales*[24], trabajado por el doctor Juan Rodriguez de Leon, en honor de su hermano Antonio de Leon, se dice que en 1630 tenia el doctor escrita una *Historia de Chile*[25].

Pero si algunas de las producciones que venimos de recordar pueden dejar duda de la verdad de su existencia, no debe decirse otro tanto de la *Crónica del Reino de Chile*, i de los escritos que dejó don Pedro Ugarte de la Hermosa, por mas que ni la una ni los otros hayan llegado hasta nuestro tiempo.

Da noticias de la primera Antonio de Leon Pinelo en su tratado de las *Confirmaciones reales*[26], donde, hablando de los servicios de Pedro de Valdivia, dice que le constan porque los refiere su secretario Jerónimo de Bivar en la *Historia de Chile* que poseia manuscrita.

Por poca versacion que se tenga en los documentos de los primeros tiempos de la conquista, es fácil convencerse, sin embargo, que jamas tuvo Pedro de Valdivia secretario alguno que se llamase Jerónimo de Bivar. En los despachos espedidos por él aparece siempre actuando con ese carácter o Juan Pinuel o Juan de

22 *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental*, 1629, fol. 87, tít. IX.

23 Don Luis Fernandez Guerra i Orbe, en su obra *D. Juan Ruiz de Alarcon i Mendoza*, Madrid, 1871, páj. 478, cita equivocadamente a nuestro autor con el apellido de Alarcon, a lo cual fué inducido sin duda porque Nicolas Antonio (*Bib. Hisp. nova.*, t. I, páj. 592), tambien lo llama Alarcon; quedando por consiguiente, fuera de propósito las reflexiones que allí establece sóbre el verdadero *Ruiz de Leon*.

Este personaje es mui conocido en la historia de Chile. Gay cita su nombre con bastante frecuencia en el primer tomo de su *Historia*. (Tomo I, pájs. 357, 505, i II, páj. 51). Rosales le ha dedicado pájinas enteras en el tomo 2.º de la *Historia general*, pájs. 202, 209, 243, 350, 438; i por fin Ovalle habla de él en la páj. 218 de su *Histórica relacion*.

24 Madrid, 1630, última pájina del Prólogo.

25 Leon Pinelo que reproduce esta noticia, por haberla leido mui a la lijera, ha dado a la obra de Rodriguez de Leon el título equivocado de *Hazañas de Chile con su historia*, siendo seguido en este error por los que han escrito despues de él.

26 Fol. 34 vlta., i folio 36 vuelta.

Cardeña[27]. ¿Qué pensar entónces de la historia citada por Pinelo? Fué acaso Bivar algun funcionario *ad honorem* que nunca ejerciese su destino? O alguno de sus secretarios escribió debajo del pseudómino? No ha faltado quien con no poco injenio haya sostenido esta última i mucho mas probable suposicion, atribuyendo el libro a Juan de Cardeña, que cambiando su apellido, que recuerda un lugar famoso en la leyenda del Cid, adaptase el de Bivar del héroe castellano[28].

Sea como quiera, el hecho es que no conocemos la obra cuyo título nos ha trasmitido Pinelo, i cuya enunciacion habíamos olvidado de intento para este lugar, cabalmente por esa circunstancia.

Igual suerte han corrido los trabajos de don Pedro Ugarte de la *Hermosa*. Córdoba i Figueroa dice que escribia por los años de 1621[29]: lo califica como uno de los mas famosos escritores de su siglo, «i agrega que compuso un abreviado *Compendio de la Historia de Chile* que le ha suministrado bastantes luces en el laberinto de tanta oscuridad como de lo pasado habia»[30]. En vista del mismo testimonio de Córdoba i Figueroa, es de suponer que redactase tambien como obra aparte el *Epítome del Gobierno de Martin García Oñez de Loyola*[31].

Ugarte de la Hermosa vino a Chile como secretario de don Lope de Ulloa, i mas tarde sirvió tambien el mismo destino cerca de la persona de su sucesor; pero, fuera de estas indicaciones, nada sabemos de nuestro autor, a no ser que dirijió al Consejo de India un manifiesto sobre lo mui importante que seria al servicio de ámbas majestades la restauracion de la Imperial i demas ciudades destruidas en el primer alzamiento[32].

27 Véase especialmente el *Proceso de Pedro de Valdivia*, Santiago, 1873.
28 Luis Montt, *Primeros Cronistas de Chile,—Revista Chilena*, 1876, II, páj. 208.
29 *Historia*, páj. 165.
30 Id., páj. 203.
31 Eyzaguirre declara en la páj. 391 del tomo 2.° de su *Historia*, que ha consultado en la Biblioteca Nacional de Santiago una *Historia de Chile* de Ugarte de la Hermosa; mas en catálogo alguno del establecimiento hemos podido encontrar el título de la obra. Gay parece tambien haber conocido el libro en cuestion. Véase el tomo I de su *Historia*, páj. 521, nota.
32 Ramirez, *Cronicon sacro-imperial de Chile*, páj. 335. M. S.

Por último, debemos recordar entre los autores de historia chilena cuyas obras no han llegado hasta nosotros al sarjento mayor Domingo Sotelo Romay «soldado de obligaciones i curioso en apuntar lo que iba sucediendo en la guerra con grande verdad i puntualidad, a cuyos papeles, dice Rosales, que lo cita varias veces con elojio[33] se debe mucho crédito por ser de un hombre de mucha virtud, sinceridad i cuidado»[34].

Parece, sin embargo, que Romay se habia limitado a llevar una especie de diario o memorandum de los sucesos de Chile, pues cuando el presidente don Luis Fernandez de Córdoba se propuso hacer redactar una historia de nuestro país, encontrando verídicos i puntuales los apuntes de Romay, le dió por ellos mil pesos i los entregó al jesuita Bartolomé Navarro para que los pusiese «en estilo i forma»[35].

Prescindiendo de los rasgos jenerales que apuntamos sobre Romay, el único dato preciso que tengamos de sus hechos es que cuando por setiembre de 1624 don Francisco de Alba i Norueña se recibió del gobierno del reino, lo ascendió de alférez a capitan de infantería i lo hizo cabo del fuerte de Lebu[36].

33 Pájinas 342 i 541 del tomo II de la *Historia general del Reyno de Chile.*
34 *Id.*, *id.*, páj. 668.
35 Hablando de la Monja alférez veremos mas adelante que Rosales se refiere al testimonio de Romay, el cual, dice, «escribió este caso». En vista de lo que apuntamos en el texto, creemos, pues, que en estas palabras no puede deducirse que fuera tambien autor de una *Vida de la Monja-alférez.*
36 Rosales. páj. 667, tomo II.

CAPITULO II.

TEOLOJIA.

I.

OBISPOS ESCRITORES.

Familia de Fr. Rejinaldo de Lizarraga.—Su entrada en relijion.—Oficios que desempeña.—Incidente sobre los indios chiriguanas.—Nuevos oficios.—Es nombrado para rejir la nueva provincia de Chile—Es presentado para obispo de la Imperial.—Sus resistencias para hacerse cargo de la diócesis.—Santo Toribio i el virei Hurtado de Mendoza.—El concilio limeño de 1598.—Traslacion de la sede episcopal a Concepcion.—Lizarraga presenta al rei su renuncia.—La *Descripcion y poblacion de las Indias*.—Otras obras.—Lizarraga es trasladado al Paraguay.—Su muerte.—Familia de Fr. Luis Jerónimo de Oré.—Sus peregrinaciones en el interior del Perú.—Oficios que desempeñó en la órden.—El *Symbolo cathólico indiano*.—Viaje a Europa.—*Relacion de los mártires de la Florida.—Tratado sobre las Induljencias.*—El *Rituale peruanum*.—Estadía de Oré en Madrid.—Publica dos nuevos libros.—Su vuelta al Perú.—Viene a Chile a hacerse cargo del obispado.—Sus funciones pastorales.—Escursion a Chiloé.—Muerte de Oré.—Epocas de su carrera.

Un hombre célebre en los antiguos fastos literarios de América, i fraile ademas, como era de razon en aquelllos tiempos, ha sido principalmente quien en la crónica de la órden de los domínicos, que ha titulado *Tesoros Verdaderos de las Indias*[1] detalla

1 «Por el maestro *Fr. Juan Melendez*, natural de Lima, hijo de la misma Provincia i su cronista. 3 tomos *in fol.* En *Roma.* MDCLXXXI. El doctor D. Francisco Antonio de Montalvo en un *Juicio* publicado al frente de la obra, esplica así el título de *Tesoros*: «Pues estando la antiguedad que aclara (el autor) oculta en los archivos, i las virtudes que publica sepultadas en la tierra; sin duda son *Tesoros*, que se esconden de ordinario, o porque no los envidien, o porque no se pierdan, i todos estos motivos concurrieron a guardar estos *Tesoros* en la cautela, en el descuido i en el temor. El R. P. M. los desentierra hoi para gloria de su provincia i edificacion de los dos orbes; ejecutando en la América lo que en la Etiopía hace la hormiga-leon, que para edificar su casa saca de las entrañas de la tierra el oro, que atesora i enriquece el mundo».

algunas noticias del antiguo obispo de la Imperial en Chile. Como él se ha espresado mui exactamente, podrá decirse de ese hombre «lo que ha quedado en las memorias, aunque no es todo cuanto pudiera saberse», hechos jenerales, puntos culminantes de una historia cuyos detalles íntimos pertenecen ya para siempre al olvido de venideras jeneraciones. La crítica se esforzará por reparar el descuido de comtemporáneos, preocupados mas de los guerreros, que eran, es cierto, la defensa del hogar i de la vida, que de hombres que consagraban sus dias a las pacíficas tareas del estudio o al ejercicio de sus deberes relijiosos; pero nunca su luz será bastante fuerte para alumbrar los hechos ocurridos en un humilde albergue, arruinado siglos hace por la tea de la barbarie.

Entre los primeros pobladores de Quito contáronse los padres de Baltazar de Obando, honrados vizcaínos que al fin i al cabo, entre las vueltas del tiempo, vinieron a fijar su residencia en la ciudad de Reyes del Perú. Baltazar los habia acompañado [2] en su viaje de España a la capital de los países recien descubiertos por Pizarro, donde estuvieron al principio; habia ido tambien a Quito, i, como es natural, hallábase, por último, a su lado cuando se fijaron en Lima por segunda vez.

Debia la juventud comenzar a mostrarse en ese entónces con todo su frescor en nuestro hombre [3]; pero, bien sea por vocacion o madurada eleccion de sus padres, en los años de 1560 [4] se vis-

2 Gonzalez Dávila; Fr. Antonio del Remesal (*Historia general de las Indias Occidentales, y particular de la gobernacion de Chiopa y Guatemala*, Madrid, 162', fol., páj. 541, c. 1; i Fontana (*Sacrum theatrum dominicanum*, Romae, 1656, fol., páj. 171) suponen a Fr. Rejinaldo natural de Lima. Otro escritor de la misma órden, cree de cierto que un virei de Filipinas del mismo apellido, que gobernó en 1760, era pariente de nuestro Lizarraga. *Scriptores ordinis predicatorum recensiti, notisque historicis et criticis illustratae*, etc. Inchoavit R. P. Fr. Jacobus Quetip, absolvit R. P. F. Jacobus Echard, *Lutetiae Parisiorum*, 1721, t. 2.°, páj. 4 2, c. 1.

3 Quince años debia tener en esa fecha; porque dice Melendez mas adelante (páj. 603), que cuando murió Lizarraga en 1615 contaba setenta años de edad; habiendo profesado en 1560 iban trascurrido quince años desde 1545 en que habia nacido. Esto suponiendo que la fecha que se indica de su muerte sea exacta, lo que no creemos (véase la nota 32), en cuyo caso, no habiendo podido profesar ántes de los catorce, debia contar solo doce años a lo mas cuando entró al convento.

4 Ateniéndonos al mismo Melendez, encontramos alguna discrepancia en esta fecha; porque segun dice en la páj. 382 de su libro, Lizarraga tomó el

tió el hábito de la órden de Santo Domingo en el convento grande del Rosario de manos de su prior el P. M. Fr. Tomás de Argomedo, «varon doctísimo, de grande ejemplo de vida e insigne predicador». Este prelado que tenia por costumbre mudar a los novicios sus nombres, porque decia que la nueva vida exijia tambien uno nuevo, le mandó que se llamase Fr. Rejinaldo Lizarraga i con éste se quedó para siempre; «recordando así a cierto santo de la órden i al pueblo en que habia venido al mundo [5].

Vióse pronto honrado con varios oficios de alguna importancia en la provincia, ejerciendo el priorato en lugares diversos i dando de todos «la cuenta que se esperaba de sus muchas virtudes».

Residia Fr. Rejinaldo en Chuquisaca cuando acertó a pasar por esta ciudad el virei don Francisco de Toledo. Venia de ordenar en el Cuzco la decapitacion de Tupac-Amaru, descendiente de los Incas, i a la fecha recorria el país viendo modo de buscar remedio a las incursiones con que los famosos indios chirihuanas infestaban por aquel entónces las fronteras. Estos salvajes, tan astutos como crueles, noticiosos de las escenas que acababa de presenciar la plaza mayor del Cuzco, temerosos ahora de los ataques que contra ellos pudieran emprenderse, se apresuraron a enviar treinta de sus guerreros para que los representase, ya vamos a ver cómo, ante la recien llegada corte. Desde luego entretendrian con esto los oidos del virei, miéntras ellos alzaban sus comidas i se amparaban de los lugares fuertes de su país para no recibir daño de la entrada que sospechaban.

hábito el segundo año del provincialato de Fr. Gaspar de Carvajal, que dió principio en 9 de agosto de 1557. A estarnos a este lugar, podria creerse que Lizarraga entrase al convento un año ántes del que fijamos en el texto, si él mismo no hubiese cuidado de advertir que fué en 1560.

5 Don Vicente Carvallo i Goyeneche afirma simplemente que era oriundo de Cantabria, i el señor Eyzaguirre sostiene que de *Lizarraga* en Vizcaya; lo que hemos aceptado como esplicacion del apellido que llevó despues. De una nota puesta al libro del obispo de la Imperial, quizá por él mismo, nace cierta variacion que nos parece mui lójica, aunque poco seguida. Dice así: *Notta:* «Se advierte que el autor de esta *Leyenda* se llama Fr. Baltazar de Obando por su nombre de pila; pero en la relixion desde que tomó el Abitto le pusieron Fr. Rejinaldo *de Obando*, i así se llamó hasta su muerte por haberle mudado el nombre su Provincial».

Llegados a palacio mandó el virei llamar un intérprete que sabia bien la lengua de los bárbaros para que por su medio propusiese su embajada.

I dijeron así:

«Que los curacas [6] de los chirihuanas i demas indios los envian al Apu (*Apu* en su lengua quiere decir el señor) para hacerle saber como ya ellos no quieren guerra con los chahuanos, (era una nacion amiga sujeta a los españoles a quienes ellos perseguian mucho) ni quieren comer ya carne humana, ni tratar con sus hermanas, ni casarse con ellas, ni las demas maldades que se sabian de ellos i de que estaban contaminados, sino servir a Dios i al rei de Castilla, i ser bautizados i cristianos porque Dios les habia enviado un ánjel, que despues llamaron Santiago, que de parte de Dios les dijo se apartasen de estos vicios i enviasen al Apu del Perú a pedirle hombres de la casa de Dios, que son sacerdotes, para instruirlos en las cosas de la fe i bautizarlos, i que en señal de que esto era verdadero traian en las manos unas cruces, etc. [7].

Sorprendidos de tan estraña i maravillosa relacion, don Francisco de Toledo, los que estaban presentes de la familia i algunos otros de la ciudad, lloraban de gozo dando gracias al cielo por tantas mercedes como a estos bárbaros habia hecho. Mandó el virei tomar por relacion i testimonio lo dicho por los indios, i que se diese aviso a la sede vacante para que un prebendado saliese a recibir con sus vestiduras sacerdotales a la puerta de la iglesia principal las cruces de los chirihuanas, que debian colocarse a uno i otro lado del altar mayor para que los indios viesen la reverencia que con las cruces se hacia: «lo cual así se hizo, i el arcediano que a la sazon era el doctor Palacio Alvarado, se vistió, recibió las cruces, i las puso en el altar mayor, i allí estuvieron muchos dias a vista de todo el pueblo.

«Hecho ésto, otro dia el virei para las dos de la tarde despues

6 Los notables, los jefes; designacion correspondiente a lo que en Chile se llama *caciques*, aplicándola a los araucanos.

7 Melendez, páj. 591, tomo I.

de mediodía, convocó a la Audiencia, a la Sede Vacante, a los prelados de las Relijiones, Cabildo de la ciudad i letrados de la Audiencia, i los mas principales del pueblo, para leerles la relacion que se habia tomado de los chirihuanas que truxeron las cruces».

Vamos a detallar lo que en este congreso tan singular sucedió, tomando en cuenta que con ello conseguiremos pintar un rasgo de la época colonial, variado edificio a cuyo cabal conocimiento solo se llega despues de colocar uno a uno el múltiple material que lo compone. La anécdota suele revestir en estos casos tanta importancia como el relato seguido; i necesario es estudiar la faz moral del pueblo español en América, o de sus conductores, jenerales u obispos, para estimar su gusto literario i sus producciones. Al presente no olvidemos tampoco que el héroe de la aventura es el personaje cuyos perfiles delineamos, i que es él quien nos va a contar lo ocurrido, mostrándonos su estilo i dejándonos adivinar su fisonomía al traves de sus palabras, que con tanto aire de complacencia recuerda el historiador-cronista que venimos siguiendo.

«En nuestro convento, dice Lizarraga, a la sazon estaba el superior ausente, i el vicario de la casa mandóme fuese a ver lo que el virei queria, que no lo sabíamos, i llegada la hora, i entrando en la cuadra donde el virei yacia en su cama, con alguna indisposicion. A la cabecera se sentó el presidente Quiñones, i luego los oidores por sus antigüedades; de la media cama para abajo corrian las sillas para los prelados de las Ordenes, i yo tomé el lugar de la mia, luego el padre guardian de San Francisco, el prior de San Agustin, i comendador de Nuestra Señora de las Mercedes. Leyóse la relacion de tres pliegos de papel, i los que viven al placer de los que mandan, admiráronse, hacian muchos visajes con el rostro; otros que eran los ménos, reíanse de que se diese crédito a los indios chirihuanas; i finalmente, el virei habló en jeneral, refiriendo algunas cosas de las contenidas en la relacion, i luego volvió a hablar con las Ordenes, pidiendo parecer sobre lo que los indios pedian, haciendo grande hincapié en la vene-

racion i reverencia que hicieron al oratorio cuando entraron en su sala, i la que tenian i mostraban tener a la Cruz, i repitiendo como visto el oratorio se humillaron, sin hacer caso del mismo virei, ni de los demas que allí estaban; i pidió parecer si seria bien enviar a la tierra chirihuana algunos sacerdotes, creyendo ser milagro manifiesto la ficcion de aquella jente; porque pedir parecer si era ficcion o nó, no le pasó por el pensamiento. Siempre el virei i los de su casa creyeron ser verdad, i es así cierto, que como se iba leyendo la relacion, viendo el crédito que se daba a estos hombres mas que brutos, me carcomia dentro de mi mismo i quisiera tener autoridad para con alguna eficacia decir lo que sentia, sabia i habia oido decir de las costumbres i engaños destos chirihuanas i sus tratos; empero, guardando el decoro que es justo, luego que el virei pidió parecer a las Ordenes, yo, aunque no era prelado, por representar el lugar de nuestra relijion, levantándome i haciendo el acatamiento debido, sin saber hasta aquel punto para qué eramos llamados, i tornándome a sentar, dije:

—No se admire Vuestra Excelencia que estos indios chirihuanas hagan tanta reverencia a la Cruz, porque yo me acuerdo haber leido los años pasados cartas que el Ilustrísimo de esta ciudad don Frai Domingo de Santo Tomás, que está en el cielo, de mi sagrada Relijion, llevó consigo a la ciudad de los Reyes, yendo al concilio, de un relijioso carmelita, escritas al señor obispo, el cual relijioso andaba entre estos indios chirihuanas rescatando indios chaneses.

«En diciendo estas palabras, no habiendo concluido una sentencia, sin dejarme pasar mas adelante, el licenciado Quiñones, presidente de la Audiencia, dijo:

—No hubo tal carmelita!

«Pero estando yo cierto de la verdad que queria tratar, le respondí:

—Sí, hubo!

«I el presidente por veces i mas contradiciendo, i yo por otras tantas afirmando mi verdad, no con mas palabras que las dichas

el licenciado Recalde, oidor de la Audiencia, volvió por mí, i dijo:

—Razon tiene el padre Frai Rejinaldo. Un relijioso carmelita anduvo cierto tiempo entre estos indios.

«Callando el presidente, i esta verdad declarada, proseguí mi razonamiento, i dije:

—Estas dos cartas, el señor obispo don José Domingo de Santo Tomás, cierto dia despues de comer i de una conclusion, que cotidianamente se tiene de teolojía moral en el capítulo del convento de Lima, las mostró al padre prior de aquel convento, que a la sazon era el presentado frai Alonso de la Cerda, despues obispo de esta ciudad de la Plata, i dijo:—Mande V. P. padre prior, se lean estas cartas que dará gusto oirlas a los padres. El padre prior me mandó las leyese, i en ellas el padre carmelita, despues de dar al Iltmo. cuenta de la tierra, le decia haber, no sé cuantos años, (paréceme tres o cuatro) que entraba i salia en aquella tierra i trataba con estos chirihuanas, i les predicaba, i no le hacian mal alguno, ántes le oian de buena gana, a lo que mostraban, i tenian hechas iglesias en pueblos, a las cuales llamaban Santa María, en cuyas paredes hacia pintar muchas cruces; mas, que no se atrevia a bautizar a ninguno, ni decir misa ni para esto llevaba recaudo, porque lo dejaba en tierra de paz. A los niños juntaba cada dia a la doctrina i se las enseñaba en nuestra lengua, i les hacia decir las oraciones i la letanía delante de las iglesias, para que habia hecho sus placetas, i en medio de ellas tenia puestas cruces de madera mui altas, al pié de las cuales en cada pueblo enseñaba la doctrina i otras veces en la iglesia, persuadiendo a todos los indios, grandes i menores, que pasando delante de la cruz, hiciesen la reverencia. I mas decia: que faltando un año las aguas i las comidas, vinieron a él los chirihuanas del pueblo donde residia, i le dijeron:—Padre, las comidas se secan; ruega a tu Dios nos dé aguas, i si no te mataremos. El cual oyendo la amenaza, dice que se recojió en su oracion lo mejor que pudo, i encomendándose a Dios juntó los niños de la doctrina, púsose con ellos de rodillas en la plaza delante de la cruz dicien-

do la letanía con la mayor devocion que pudo, i al medio de ella, revuelto el cielo, llovió de fuerte, que no pudiendo acabarla donde la habia comenzado, se entró con los niños en la iglesia para acabarla, i desde entónces les proveyó Nuestro Señor de aguas i el año fué abundante de comidas! Hecho esto i pasada aquella agua, luego hizo su razonamiento a todos los indios que a la letanía acudieron, persuadiéndolos diesen gracias a Dios i se enmendasen i reverenciasen mucho la cruz. I decia mas: que entre las cosas que les procuraba persuadir, i algunas veces salia con su intento, era que no comiesen carne humana, por lo cual viendo que ya tenian a pique de matar a un indio chañel para comérselo, se lo quitaba i aún casi por fuerza i no se enojaban contra él; otras veces no podia tanto, etc.

«...Todo esto (dije yo), leí en el lugar referido, por lo cual no es milagro reverencien tanto a la cruz, enseñados del padre carmelita; i en lo tocante al milagro, que dicen que Dios les ha enviado un ánjel que les predica i ha mandado vengan a V. E. a pedir sacerdotes, i lo demas, téngolo por ficcion; porque esta es una jente que no guarda punto de lei natural, tanta es la ceguera de su entendimiento; i a éstos enviarles Dios ánjel téngolo por mui dudoso, porque es doctrina de varones doctos que si hubiese algun hombre que en la edad presente, siendo jentil, guardase la lei natural volviéndose a Nuestro Señor, con favor suyo, Su Majestad le proveeria de quien le diese noticia de Jesucristo; porque, dice San Pedro, que en otro no se halla ni hai salud para el alma. Como envió al mismo San Pedro a Cornelio, i a Felipo diácono al eunuco, i a los reyes magos trajo con una estrella; aunque no niego que Nuestro Señor, usando de su infinita misericordia puede hacer con éstos lo que ellos dicen, pues los hombres igualmente le costamos su vida i sangre. Mas lo que ahora han venido a decir, téngolo por falsedad i ficcion: i en lo que toca a irles a predicar, si la obediencia no me lo manda no me atreveré a ofrecerme; pero mandado iré trompicando.

«Lo que éstos pretenden (si yo no me engaño por el conocimiento que tengo dellos) es que sabiendo que Vuestra Excelencia

hizo guerra al nuevo inca i le sacó de las montañas donde estaba, lo trujo al Cuzco e hizo justicia dél, temen que V. E. ha de hacer otro tanto con ellos por los daños que en los vasallos de Su Majestad han hecho i hacen, i quieren entretener a V. E. hasta que tengan todas sus comidas recojidas, i ponerse luego en cobro. I los chirihuanas que han venido a V. E. i están ahora en esta ciudad, a la primera noche tempestuosa que no los puedan seguir, se han de huir i dejar a V. E. burlado.

«Dicho esto i otras cosas, hecho mi atacamiento, callé i me senté en mi silla; i el padre guardian de San Francisco, llamado Fr. Diego de Illañez, pidiéndole su parecer, dijo:

—No parece, Excelentísimo Señor, si no queremos negar los principios de la filosofía, sino que Nuestro Señor ha guardado la conversion destos chirihuanas para los felicísimos tiempos en que V. E. gobierna estos reinos, i poco mas dicho, calló.

«El prior de San Agustin, Fr. Jerónimo de tal, no era hombre de letras, buen relijioso sí, i remitióse al parecer de los que mejor sintiesen. Lo mismo hizo el comendador de las Mercedes. I el padre Fr. Juan de Vivero, que acompañaba al padre prior de San Agustin, dijo que iria de mui buena gana a predicarles, como en público i en secreto lo habia dicho muchas veces.

«El virei, oido esto, pidió parecer al padre Fr. García de Toledo, de nuestra Órden, de quien habemos dicho ser hombre de mui bueno i claro entendimiento, que un poco apartado de nosotros tenia su silla, diciéndole:

—¿I a Vueseñoría, señor padre Fr. García, qué le parece?

«No respondió palabra al virei sino vuelto contra mí dijo:

—Con el de mi Orden lo quiero haber.

«Yo púseme un poco sobre los estribos viendo ser una hormiguilla i mi contendor un jigante; i preguntóme:

—¿Cómo dice V. R. lo afirmado? ¿no sabe que Dios envió un ánjel a Cornelio?

—Respondí, sí sé, i sé tambien que ántes que se lo enviase, ya Cornelio (dice la Escritura) era varon relijioso i temeroso de Dios, i cuando llegó San Pedro hacia oracion al mismo Dios.

«Luego nos barajaron la plática, i yo quedé por un gran necio i hombre que habia dicho mil disparates, sin haber quien por mí i por la verdad se atreviese a hablar una sola palabra. Es gran peso para inclinarse los hombres, aún contra lo que sienten, ver inclinados los príncipes a un sentir, por ser necesario pecho del cielo para declararles la verdad. No digo que lo tuve, ni lo tengo; mas, dióme Nuestro Señor entónces aquella libertad cristiana para desengañar al virei» [8].

Este curioso conciliábulo terminóse al fin contra las opiniones del futuro obispo, cuyo amor propio herido, mal disimulado en sus palabras, algo debió felicitarse al ver realizadas sus predicciones: los parlamentarios se escaparon a la primera noche tempestuosa, i el virei que, desengañado ya, quiso irlos a castigar entrando a ellos con un buen ejército, despues de mil sucesos desgraciados tuvo que dar la vuelta «sin haber hecho mas que mucha costa a la hacienda del rei i a sus vasallos».

Veinte años largos se contaban ya a que Fr. Rejinaldo habia dejado la vida del mundo, cuando salió nombrado para vicario nacional de la provincia de Chile. Daba la vuelta de Lima «para aviarse»; pero con ocasion de vacar el priorato del convento principal fué designado para desempeñar el destino [9].

Está situado el convento de Santo Domingo en Lima en una posicion casi idéntica a la que ocupa en Santiago: tocándose de un lado con el Rimac en aquella, pocos pasos alejado del Mapo-

8 Melendez, páj. 592 i sigts.

9 Don I. V. Eyzaguirre, en la páj. 83 del tomo I de su *Historia eclesiástica de Chile*, etc., refiere: «Que Fr. Jil Gonzalez de San Nicolas gobernó la provincia de Chile en calidad de vicario hasta el año 1581, en el cual se le nombró por sucesor a Fr. Baltazar Heredia. Este, aceptado el cargo, se preparaba para ir a desempeñarlo; pero se lo impidió la muerte; para substituirle fué nombrado frai Rejinaldo de Lizarraga, quien *ejerció* el oficio de vicario jeneral i visitador de su órden en Chile, hasta que frai Gregorio Tapia fué elejido en su lugar el año 1586». Segun esto, ya entónces realizó Lizarraga su viaje a Chile; pero es este un error manifiesto, porque ademas de asegurar Melendez (t. I, páj. 596, col. 2.ª) que el viaje solo tuvo lugar cuando se le nombró provincial, el mismo Lizarraga como para alejar toda duda, cuenta *que nombrado provincial*, «hize lo que se mandó i vine por tierra desde la ciudad de los Reyes», etc. Véase a Errázuriz, *Los Oríjenes de la Iglesia chilena*, páj. 69, el primero que ha señalado el error.

cho en ésta, miéntras que la distancia a que ambos se alejan de la plaza principal alcanza apénas a una cuadra escasa.

Aconteció una vez que el bullicioso rio que hoi la locomotora ha ido a sorprender en su cuna despertando los dormidos ecos de los Andes ántes silenciosos allá en sus profundas gargantas, ocurriósele un dia dejar su lecho tapizado con las piedras arrastradas por la corriente, i avanzarse tan adentro en la ciudad «que llevándose una gran calle que entre el convento i el rio habia, llegó hasta la enfermería».

El nuevo prior tomó a empeño reparar este mal ocurrido bajo su gobierno, i asegurando su convento con el que se llamó tajamar antiguo, alejó al fin para siempre todo peligro de futuras invasiones.

Se dice tambien que el activo prelado hizo grandes cosas por este tiempo; pero, olvidadas por los cronistas, cumplimós aquí con trasmitir a nuestros lectores la noticia.

En el capítulo provincial que en Lima celebraron los domínicos en 1561 se pidió por primera vez al padre jeneral que dividiese la provincia del Perú «por la gran dificultad que habia de visitarla los provinciales i ocurrir a los negocios en tanta distancia de leguas i de caminos dificilísimos; i sin embargo de que se encargaba siempre esta materia a todos los padres definidores que pasaban a Roma para que la tratasen con nuestros reverendísimos, no se habia conseguido ni se consiguió hasta el año de 1586»[10].

De esta division nació la llamada provincia de San Lorenzo mártir en Chile, que se estendia desde los conventos de Concepcion i Coquimbo hasta los de Mendoza, Tucuman, Buenos Aires i el Paraguai.

Desempeñaba todavía frai Rejinaldo su cargo de prior[11] en

10 Melendez, I, páj. 565. Refiere Eyzaguirre, no sabemos con qué fundamento, que la ereccion de la provincia solo tuvo lugar dos años despues del indicado. *Historia*, I, páj. 83.

11 Carvallo incurre en el error de creer que fué provincial en Lima, confundiendo probablemente esto oficio con el de prior. Aracena fija la fecha de su provincialato en 1588. *Biografías de sabios chilenos*, M. S.

Lima cuando llegaron letras patentes del jeneral de la Orden Sisto Fabro, datadas de Lisboa, que le designaban para ir a rejir la nueva provincia.

Sin mas avío que el de su baston de caminante, púsose luego en marcha para Chile, acompañado solo de un fraile del mismo convento de Lima, i mas que todo de la fortaleza de su espíritu, que no se desanimaba ante las penalidades que le aguardaban en un viaje por tierra, a pié i por despoblados, teniendo que atravesar ochocientas leguas ántes de llegar al lugar de su destino. A poco de haber salido, desanimado el compañero, se volvió a Lima «pregonando tantas incomodidades como iba sufriendo el nuevo provincial, i su mucha virtud i la paciencia e igualdad con que llevaba tanta mortificacion»; mas, siguiendo impertérrito frai Rejinaldo, pudo llegar al fin a la ciudad de Santiago»[12].

«En el oficio de provincial se mostró tan relijioso i celoso del bien de aquella provincia que comunmente era tenido de todos por un hombre santo; pasando esta estimacion i concepto tan adelante que hasta los indios jentiles los mas fieros i bárbaros de aquel reino, que con las lanzas en las manos en odio de nuestra nacion española há tantos años que sustentan guerra, sin poderlos reducir; conociendo la virtud del bendito relijioso no le sabian mas nombre que el de santo Rejinaldo, i como tal le respetaban i veneraban, de modo que al visitar su provincia pasaba por los países enemigos con tanta seguridad como pudiera por los de los españoles.

«En una visita destas pasó por tierra de bárbaros en ocasion que andaba la guerra viva; i siéndole necesario hacer noche en un paraje de los mas peligrosos del camino, aún contra la voluntad de sus compañeros que se lo repugnaban representándole los riesgos a que ponian las vidas, hizo descargar las camas, que era el único repuesto que llevaban, i para que los caballos i mulas de su pobre carruaje comiesen aquella noche, los echaron al campo.

12 Llega a parecer inverosímil esta travesía hecha a pié, sin provisiones, sin guias i sin compañeros; pero el autor así lo asevera i debemos creerlo, a ménos de prueba en contrario.

Pasaron todos la noche con el cuidado que pedia el peligro, i al despuntar la luz, yendo a buscar los caballos, no los hallaron porque con el mucho frio habian disparado a guarecerse en alguna quebrada de las muchas que hai por aquellos caminos i no daban con ellos los arrieros. En este estado aparecieron repentinamente algunos indios de guerra que blandiendo con ferocidad las lanzas i dando descompasados alaridos venian a acometer a los pobres pasajeros; pero apénas conocieron al provincial, cuando arrojadas al suelo las lanzas i llegándose a él, depuesto todo el furor i llamándole santo Rejinaldo, a porfía le besaban los hábitos i las manos, i sabida la falta de las mulas i caballos, fueron a buscarlos luego, i hallados se los trajeron, i le fueron convoyando i haciendo escolta hasta dejarle en seguro»[13].

Es mui oportuno recordar aquí al lado de las declamaciones de su biógrafo, las palabras de Lizarraga, porque respiran ellas verdad, son sinceras i humildes. «Llegando a la ciudad de Santiago, dice, hice lo que pude, no lo que debia, porque soi hombre i no puedo prometer mas que faltas».

«En su cargo de provincial visitó los conventos pobres que habia en aquel tiempo, i en ellos ordenó lo que toca a la predicacion i cuidado de doctrinas de los indios. Hizo su visita con la mayor pobreza que se puede imajinar, así por su virtud como por la suma escasez de recursos de todos los conventos. Mandó luego por ordenanza especial que de todos los conventos de la Imperial, Concepcion i Valdivia saliesen dos relijiosos, desde de la domínica de septuajésima, por todas las estancias i pueblos vecinos a confesar, trayendo cada uno nómina de los que habia confesado para con ella avisar a S. M. del fruto que hacian aquellos primeros conquistadores i predicadores.

«Aunque en Santiago dió el hábito a algunos novicios, el número de relijiosos era aún mui escaso, por lo cual se determinó a

13 Melendez, páj. 598. Damos lugar en el texto a tales apreciaciones i anécdotas contando con que el juicioso lector no les prestará mas fe que la debida. Sabido es que los historiadores de los hechos de los relijiosos no eran parcos cuando se trataba de los de la órden. Aquellos párrafos servirán siquiera para justificar este aserto.

escribir al rei pidiendo licencia para traer algunos relijiosos i dar principio a la vida regular, pidiendo asimismo recomendacion para que el obispo de la Imperial ausiliase a sus relijiosos que fuesen a las misiones, porque por pobres talvez no pudiesen pasarse sin ayuda de ese prelado.

«Mandó, asimismo, que todos los dias en comunidad se rezase una parte del rosario, i que un lego asperjase todas las noches las celdas con agua bendita[14].

Terminadas sus funciones, volvió a Lima, por el año de 1591[15] para pasar en seguida a desempeñar el oficio de maestro de novicios[16] «laudable ministerio», al decir del historiador Carvallo.

Las tareas de la enseñanza le hallaron tambien puntual en el desempeño de sus obligaciones, pues «era maravilla verle hacer el oficio sin faltar a funcion del coro, del oratorio, del refectorio, i verle ocupado con todas sus fuerzas en las menudencias i casi niñerías que pide el cargo, por ser gobierno de niños, para que siéndolo en la edad, parezcan hombres perfectos en las obras[17].

No fué éste aún el último cargo que la órden le confiriera miéntras residió en el Perú. Vacante la doctrina de Jauja, atravesó los Andes el maestro de novicios i fué a establecerse en el hermoso valle en que se halla situada la ciudad, i donde residia todavía cuando tuvo noticia de su presentacion para el obispado de la Imperial[18].

Don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete i virei del Perú, habia recomendado a frai Rejinaldo a Felipe II como justamente acreedor a la dignidad episcopal. El rei[19], mediando sin duda estos influjos, lo presentó para la silla de la Imperial

14 Aguiar, *Razon de las noticias de la Provincia de San Lorenzo Mártir de Chile*, M. S.

15 Fijamos este año porque es el que resulta computando los *dos i poco mas* que estuvo de provincial, i el tiempo probable empleado en el viaje a Santiago i en la vuelta a Lima.

16 *Memorial del obispo de Caracas*, recordado por Melendez.

17 Melendez, páj. 599.

18 Carta de Lizarraga al rei, de 20 de octubre de 1599.

19 Felipe III, dice Carvallo equivocadamente, ya que el segundo de los del nombre murió en 1598.

del mismo reino de Chile que ya habia visitado i cuyas necesidades era, pues, natural conociese.

Esta diócesis se hallaba vacante por la muerte de su antecesor Cisneros desde fines de 1595. Conocida tal circunstancia por el monarca, i en posesion de la recomendacion del Marqués, escribió con fecha 7 de junio de 1597 al relijioso domínico proponiéndole la mitra «i añadiendo, segun costumbre, que si aceptaba fuese inmediatamente a hacerse cargo del gobierno de la diócesis que el cabildo le habia de confiar, en virtud de la cédula de ruego i encargo, espedida para él en ese mismo dia [20].

Lizarraga contestó en 12 de junio de 1598 aceptando la dignidad que se le ofrecia. Tardó, sin embargo, largo tiempo ántes de partir, entre otras causas que luego veremos, porque siendo simplemente electo no podia esperar consagrarse en Chile, donde a la fecha no existia ningun obispo. Llegaron, por fin, las bulas de Su Santidad en octubre del siguiente año de 1599, i el 24 del mismo mes se consagró en Lima el tercer obispo de la Imperial [21].

«Triste hubo de ser la consagracion del nuevo obispo. Acaban de llegar al Perú las funestas noticias de la guerra de Arauco; se sabian la muerte del gobernador Loyola, la sublevacion jeneral de los indios i el cerco que los araucanos habian puesto a casi todas las ciudades de la diócesis de la Imperial[22]; no se podian, pues, ocultar al señor Lizarraga ni las dificultades i peligros, ni los severos i grandes deberes de la nueva vida que iba a comenzar recibiendo la consagracion.

«En las circunstancias escepcionales i por demas críticas de la diócesis se necesitaba un hombre superior, que tuviera celo, valor i abnegacion bastantes para esponerse a los peligros, llevar por doquiera el consuelo a sus hijos aflijidos, animar a unos, amparar otros, ejemplarizar a todos [23]. Jamas se podia presentar entre no-

20 Real cédula de 7 de junio de 1597.
21 Carta citada de 20 de octubre de 1599.
22 Id., id.
23 El mismo Lizarraga lo reconoce así en el cap. 80 de su *Descripcion y Poblacion de las Indias:* .. «Donde era necesario un varon de grandes partes i virtudes para ayudar a los pobres en sus necesidades; empero, falta lo prin-

sotros ocasion mas propicia para dar a conocer prácticamente de cuanto son capaces la caridad cristiana i la influencia sin límites de un obispo católico.

«¿Comprendió el señor Lizarraga la sublime belleza de la mision de un obispo, i, como el buen pastor que conoce i ama a sus ovejas se dió a ellas con reserva i con jenerosa abnegacion?

«Si hubiéramos de creer a los cronistas dominicanos, pocos prelados hubo entre nosotros mas ilustres que Fr. Rejinaldo: encerrado en la Imperial durante el largo sitio de esa ciudad, fué el principal sosten de sus desgraciados diocesanos, i despues de haber salvado milagrosamente de ese cerco no dejó un momento de atender a las mil injentes necesidades de una época de destruccion i ruina jeneral [24].

«Por desgracia, nada de esto es exacto. Son solo relatos imajinarios de hombres dispuestos a prodigar alabanzas. La historia tiene otros deberes; ha de ser severamente imparcial, i si no puede permitir que la calumnia mancille a un hombre de elojio, tampoco ensalza a quien por su conducta merece solo reproches.

«Es el caso actual.

«En su carta de 20 de octubre de 1599, dice el señor Lizarraga al rei que, debiendo consagrarse cuatro dias despues, partiria inmediatamente a Chile con el refuerzo que iba a enviar el virei don Luis de Velazco, «si el arzobispo de esta ciudad no hubiera convocado a concilio a todos sus sufragáneos». No se le podia ocultar al obispo que el lamentable estado de su diócesis pareceria ante el monarca causa mas que suficiente para que no le obligara esa asistencia: habia que atender a las mas premiosas necesidades espirituales i temporales de su grei, i, como nunca, era entónces necesaria su presencia en Chile. Para añadir, pues, algun valor a su escusa, agrega: «I es necesario se celebre (el concilio) porque hai muchos hechos que remediar tocante a las cos-

cipal que es la virtud, etc.». Marcaremos con este signo ° nuestras notas en la trascripcion que hacemos de los *Oríjenes de la Iglesia chilena.*

24 ° Así lo afirma Eyzaguirre, tomo I, parte II, cap. 5, siguiendo probablemente al cronista Aguiar.

tumbres i a la buena doctrina de los naturales, de los cuales conocí muchos en dos años i poco mas que entre ellos viví, que por ventura hasta ahora no se han advertido. Empero, fenecido el concilio, me partiré en la primera ocasion, la tierra esté de paz o de guerra, aunque no hai diezmos de que me sustentar. Escojeré una ciudad que goce de paz i en ella serviré de cura, hasta que Vuestra Majestad sea servido hacerme merced para sustentarme medianamente, conforme al estado de obispo pobre».

«Pero en realidad para el señor Lizarraga el concilio era nada mas que un pretesto, i la causa para no venirse a su diócesis era precisamente lo que a un celoso obispo lo habria llamado a ella: las desgracias que diariamente se hacian mas terribles en el sur de Chile; pues, segun decia al rei algunos meses despues, «consagréme i dende a poco vino otro aviso cómo los indios rebelados asolaron la ciudad de Valdivia, la de mas tracto en aquel reino i obispado. Quemáronla, destruyeron los templos, mataron sacerdotes, relijiosos i clérigos, et hicieron abominaciones peores que luteranos i no sabemos aún si la Imperial, cabeza del obispado, perseverará en pié o ha perecido de hambre por haber mas de diez meses está cercada en una cuadra i no se haber podido socorrer»[25].

«El temor! He ahí, sin duda, lo que detenia en Lima al obispo de la Imperial, miéntras su pobre pueblo, sin auxilio alguno humano, elevaba al cielo gritos de suprema angustia.

«El señor Lizarraga conocia perfectamente que el rei no podia aprobar su residencia léjos del obispado que acababa de tomar a su cargo, i dos meses despues de esa carta escribia otra al rei en la cual pensaba justificarse, i que será ante la historia su principal acusadora[26].

«I así sucedió. A pesar de la oposicion del obispo, se celebró el concilio i cerró sus sesiones en abril de 1601; un año despues, el 5 de mayo de 1602, todavía estaba en Lima el señor Lizarra-

25 Carta de 2 de mayo de 1600. Biblioteca de don B. Vicuña Mackenna.

26 Por la importancia histórica de la pieza, i como una muestra del estilo epistolar del autor, conviene consultarla en la páj. 549 de los *Oríjenes*.

ga. Las noticias que cada vez llegaban al Perú del estado de la guerra de Arauco no podian ser mas dolorosas i desanimadoras. Una a una habian ido sucumbiendo las prósperas ciudades; las fortalezas, poco há tan numerosas, habian sido destruidas hasta los cimientos; las peticiones de refuerzos i socorros se sucedian a cada instante con mayor rapidez; soldados i capitanes que venian llenos de ilusiones i seguros de la victoria, veian marchitos sus pasados laureles i desvanecidas sus lisonjeras esperanzas ante el denuedo i la constancia del indómito araucano.

«Todas estas noticias tenian consternados a cuantos se interesaban por la suerte de Chile; pero mas que a nadie debieron de consternar al señor Lizarraga.

«Habia esperado, probablemente, que se restableciera la paz, gracias a los refuerzos que partian del Perú, i debia de aguardar con ánsias el momento que le permitiera venir sin peligro a una diócesis que era la suya i que aún no conocia a su pastor. Léjos de restablecerse la paz veia su iglesia despedazada; sumidos en espantoso cautiverio a gran número de sus diocesanos, florecientes cristiandades de indios destruidas al soplo ardiente de la insurreccion jeneral, i espuestos los nuevos cristianos a inminente peligro de apostasía; profanados los templos i vasos sagrados; muertos, cautivos i dispersos los sacerdotes i todo, todo en la ruina i desolacion mas completas que hayan visto en los últimos siglos los anales del mundo.

«¿Qué hacer? No tenia razon ni pretesto para quedarse en Lima; no se resolvia tampoco a partir para Chile: el único arbitrio que le quedaba era renunciar el obispado. Mas, ¿cómo renunciar por el estado miserable del país, siendo así que habia tenido noticia de él ántes de consagrarse? ¿Para qué recibió la consagracion episcopal si no se encontraba con fuerzas para cumplir fielmente los grandes deberes que ella impone? ¡No importa! el obispo de la Imperial se resolvió a adoptar ese partido i se valia de su amigo el virei para proponerlo al monarca, sujiriendo una idea por cuya adopcion habia de trabajar despues: la reunion de su diócesis a la de Santiago.

«En carta de 5 de mayo de 1602 cumplió el rei con los deseos del señor Lizarraga: «Escribí a vuestra majestad en dias pasados, «dice al rei, que el obispo de la Imperial de Chile estaba en esta «ciudád aguardando sus bulas i aunque vinieron i se ha consa«grado, no se va, porque las cosas de aquella tierra i en particular «las de su obispado, han venido en tanta ruina i quiebra, como es «notorio, de mas que no pasaba su cuarta de doscientos pesos, «cuando estaban en mejor estado, i así no se puede sustentar no «haciéndole vuestra majestad merced de los quinientos mil mara«vedises ordinarios. I por esta causa me ha significado que pre«tende renunciar, i si lo hiciere, parece que se podria anejar ese «obispado al de Santiago i con vicarios que allí pusiere el de «esta ciudad hasta que aquello se pacificase, habria el gobierno «que basta. El de la Imperial es honrada persona i mui relijioso i «benemérito de la merced que vuestra majestad fuese servido «hacerle, sobre que él informará mas en particular [27].

«Pero el rei, léjos de mirar el asunto como don Luis de Velazco, lo creyó de suma gravedad: conoció cuanto dañarian a la causa de los españoles las vacilaciones i temores del obispo, i al contrario, cuanto podria contribuir su presencia en Chile a la deseada pacificacion de los naturales i aliento de pobladores i soldados. En consecuencia, escribió inmediatamente al virei para que animara i persuadiera al señor Lizarraga a verificar pronto su venida a Chile, i escribió tambien al obispo, encargándole lo mismo [28] i diciéndole que habia mandado se le enterase por la real tesorería de la Imperial, i si no habia en ella fondos, por la de Charcas hasta la acostumbrada suma de quinientos mil maravedises, caso que su parte en el producto de los diezmos no llegara a esa cantidad [29].

«En los mismos dias que partian de España estas órdenes,

27 Coleccion del señor Vicuña Mackenna, tomo intitulado «*Alonso de Rivera*», 1601.

28 Real cédula de 16 de enero de 1603 al virei del Perú, publicada en los *Orijenes, etc.*, páj. 552, i la de igual fecha al obispo de la Imperial, publicada *id.*, páj. 553.

29 Real cédula de 8 de marzo de 1601.

arribaba a las costas de Chile el señor Lizarraga. La justa nombradía de militar distinguido que acompañaba al nuevo gobernador don Alonso de Rivera, hacia renacer, despues de tantos años de sufrimientos, fundadas esperanzas de estabilidad en el ánimo de los desgraciados habitantes del sur de Chile; estas esperanzas aumentaron con un refuerzo de quinientos hombres, llegados a Santiago por la via de Buenos-Aires, refuerzo que permitió al gobernador tomar la ofensiva.

«Algunas de estas buenas noticias i quizá el convencimiento de que su viaje dispondria mas en su favor el ánimo del rei para que aceptara su renuncia que pronto habia de renovar, fueron, probablemente, los móviles que hicieron tornar al obispo de la Imperial la resolucion de trasladarse a su diócesis.

«El señor Lizarraga llegó a Chile en diciembre de 1602 o enero de 1603.

«Durante su ausencia habia estado a cargo del obispado como vicario gobernador, por haber ya muerto el canónigo Olmos de Aguilera, el dóminico frai Antonio de Victoria[30].

«Antes de acompañar a su diócesis al señor Lizarraga, debemos formalizar los cargos que contra él hemos insinuado al hablar del concilio que acababa de celebrarse; i, para hacerlo, necesitamos entrar en algunas aclaraciones previas.

«El año 1594 o 95 habia ocurrido en Lima un suceso que llamó poderosamente la atencion i conmovió no poco los ánimos: el virei don García Hurtado de Mendoza, a nombre de su majestad, reprendió severamente en los estrados de la Audiencia al digno i amado pastor de la ciudad, el ilustre arzobispo santo Toribio de Mogrovejo.

«Bueno será dar una lijera idea de la causa de esta severa e

30 En el espediente de méritos ya citado, que el licenciado Vizcarra formó a peticion del presbítero Cristóbal Lasso de Valcazar, el 2 de noviembre de 1602, presta declaracion el «padre presentado frai Antonio de Victoria de la órden de predicadores, *gobernador del obispado de la Imperial.*

Tanto en la carta del virei del Perú, fecha 5 de mayo, como en este dato, nos apoyamos para asegurar que el señor Lizarraga no llegó a Chile ántes de fines de 1602; tampoco pudo llegar despues de enero de 1603, porque el 7 de febrero efectuó la traslacion de la Sede episcopal.

inusitada medida, tanto mas cuanto nos servirá para mostrar de nuevo la insigne mala fe de los que han ido introduciendo en todas partes las exajeradas ideas de regalismo i patronato[31].

«El 29 de enero de 1593, el duque de Sesa, embajador de España en Roma, escribió al rei dándole cuenta de algunas reclamaciones hechas por el cardenal Matei i fundadas en un memorial que el arzobispo de Lima acababa de dirijir al Papa.

«Inmediatamente fué oido el consejo en tan grave asunto i opinó que el arzobispo por los tres capítulos de su memorial, o habia desconocido gravemente los derechos del patronato, o calumniado a su gobierno.

«El arzobispo pedia que su Santidad asignara al Seminario el fruto total de las vacantes de canonjías i la mitad de las de los demas beneficios:—desconocimiento del real patronato mui digno de severo castigo, segun la opinion del consejo, quien añadia que no era cierto que tuviera el Seminario necesidad de mas recursos, pues por el concilio de Lima de 1583 le estaba asignado el tres por ciento de todas los rentas eclesiásticas.

«Por fin, tambien Santo Toribio se atrevia a decir al Papa que en América los obispos se hacian cargo del gobierno de sus diócesis, ántes de recibir sus bulas:—como en los capítulos anteriores, el consejo i el rei lo acusan de calumniador.

«Sí, el embajador de España se atreve a asegurar al Papa que es falso el abuso denunciado. Mas aún, el mismo Felipe II, dirijiéndose al virei del Perú i al arzobispo de Lima que estaban presenciando diariamente la efectividad del hecho, no tiene dificultad en decir que «no es cierto que los obispos tomen posesion en las Indias de sus iglesias sin bulas[32].

En consecuencia, el consejo en 20 de mayo de 1593, fué de opinion que, pues no era posible atendida la inmensa distancia i

31° Solo por estar empeñados en la cita que vamos siguiendo, trascribimos íntegra esta frase, i otras que se refieren al mismo asunto.

32 Entre los documentos traidos por el señor arzobispo se encuentra copia de todo este espediente. La real cédula de 29 de mayo de 1593, de la cual copiamos las palabras citadas, se encuentra tambien en la obra de Suarez de Figueroa, libro sétimo.

el bien del pueblo, llamar a la corte al culpable prelado, se enviara órden al virei para que en los estrados de la audiencia diera una pública i severa reprension al santo arzobispo. Así lo ordenó el rei.

«Cuando santo Toribio recibió esta noticia se encontraba en «Lambayeque, llanos de la ciudad de Trujillo», haciendo la visita de su diócesis; i desde allá escribió al monarca para esplicar su conducta, una carta que nosotros encontramos por demas humilde i que a los ojos del consejo pareció todavía mas agravante de su culpa. Por lo mismo, opina que «se debe ejecutar con nueva i mayor demostracion lo que V. M. tiene resuelto i mandado»; pero Felipe II, ménos regalista que su consejo, puso al pié del mencionado informe, de su puño i letra, con fecha 9 de febrero de 1596, lo siguiente:

«Por la autoridad i decencia del prelado, no conviene que el virei le dé en estrados la reprension pública que parece, sino aparte, i en secreto, con el buen término que él sabrá i se debe a la dignidad del prelado, hallándose presente el visitador si estuviere allá».

«Pero fué inútil esta diminucion hecha por el monarca a la pena impuesta al arzobispo: sus subordinados eran mas autoritarios que el famoso Felipe II.

«El marqués de Cañete rehusó aguardar la contestacion que habia de enviar el rei a la esplicacion dada por el arzobispo i sometió al santo prelado a la humillacion pública que disponia la real cédula de 29 de mayo de 1593. Cuando llegó a Lima la segunda disposicion del monarca, ya se habia cumplido la primera[33].

«No fué esta la única vez que el santo arzobispo tuvo que sufrir por la defensa de los derechos i de la iglesia. Cuánto habria

33 Suarez de Figueroa, al defender a don García por la reprension que dió en estrados al santo arzobispo, dice que no hacia sino cumplir con las órdenes de Felipe II, i publica en comprobacion la citada real cédula de 29 de mayo de 1593; pero se guarda de decir que el arzobispo habia escrito al rei, pidiéndole renovase esa resolucion; que don García rehusó aguardar la resolucion del monarca, i que esa resolucion fué favorable al santo prelado.

hecho i cuán tildado estaria para con el rei de antiregalista se conocerá leyendo el siguiente capítulo de una cédula dirijida por Felipe II al mismo don García, con fecha 21 de enero de 1594: «Como quiera que se echa de ver el trabajo que se padece con el «arzobispo por su condicion i término de proceder; todavía se ha «de considerar su dignidad para tolerar lo que se pudiere como «vos lo haceis mui bien, i así os encargo procureis encaminarle «suavemente para que haciéndose lo que conviene al servicio de «Nuestro Señor i buen gobierno espiritual de esas provincias el «pueblo no alcance a saber que hai entre los dos algun encuentro, «ni diferencia por los inconvenientes que de esto puede resultar, «que a él le escribo yo en algunas cartas lo que siento i me pare«ce de sus cosas, i particularmente sobre la publicacion del *motu «propio* de la inmunidad de las iglesias i mal término de que usó «en hacerlo sin haberse pasado en mi real consejo de las Indias, «ni comunicádoos primero lo que queria hacer como era justo[34].

«Así, pues, el crédito del arzobispo de Lima estaba mui de baja en la corte de España por la conocida sumision del prelado a las leyes de la Iglesia i por su resistencia a las pretensiones cada dia mas exorbitantes del gobierno.

«La celebracion del concilio de Lima no podia ménos de ofrecer ocasion para otra desavenencia entre los dos poderes, por poco que alguien se interesara en promoverla.

«En 1582 se celebró en Toledo un concilio provincial presidido por el cardenal Quiroga, arzobispo de esa ciudad i primado de las Españas. Concluido el concilio, lo remitió el cardenal en julio de 1583 a la Santa Sede para impetrar su aprobacion. Gregorio XIII lo aprobó el siguente año, despues de haber hecho algunas modificaciones que juzgó necesarias. Entre esas variaciones hubo una que en España fué mirada como mui importante i que no aceptó el cardenal sino despues de alguna discusion.

«Habia asistido al concilio en calidad de representante de Felipe II, el marqués de Velada i su nombre figuraba dos veces en

34 Véase esta real cédula en Suarez de Figueroa, libro VII.

las actas de la asamblea. El cardenal Boncampagni, en 10 de Setiembre de 1584, en una carta escrita con este esclusivo objeto, encargó al arzobispo de Toledo que borrase el nombre del real enviado de las actas, porque la Iglesia habia concedido permiso a los príncipes seculares para asistir solo a los concilios ecuménicos i no a los particulares. El 15 de noviembre contestó el cardenal Quiroga una larga i erudita carta en la cual da las razones que el concilio tuvo en vista para admitir a Gomez de Avila, marqués de Velada, a sus sesiones e insertar en las actas su nombre.

«Pero la Santa Sede insistió; de nuevo el cardenal de San Sixto escribió al arzobispo con fecha 25 de enero de 1585, i Gregorio XIII el 26 del mismo espidió un breve, carta i breve en los cuales se condenaba la existencia del legado real i se mandaba que se borrase su nombre de las actas conciliares. Así se hizo.

«En esto vió el obispo de la Imperial un excelente arbitrio para retardar la celebracion del concilio convocado por santo Toribio i, en consecuencia, para quedarse algun tiempo mas en Lima, con la esperanza de que se aquietara el sur de Chile i se disminuyeran los peligros de su mansion entre nosotros.

«El plazo de los siete años en que debia celebrarse el concilio provincial espiraba en 1598, porque el último se habia reunido en 1591. Santo Toribio convocó, pues, a sus sufragáneos para el dia 5 de marzo de 1598, en que de nuevo debian reunirse en sínodo provincial para cumplir con lo dispuesto por el de Trento i proveer a las necesidades de esta parte de la iglesia americana. Pero el dia designado no habia llegado ninguno de los sufragáneos: los dos obispados de Chile se hallaban vacos; el obispo del Paraguai emprendió el viaje, pero murió ántes de llegar a su término[35], el de Tucuman, don frai Fernando Tejo de Sanabria estaba gravemente enfermo[36]; el del Cuzco se veia en la imposibi-

35 Acta del quinto concilio limense, tercero de los celebrados por Santo Toribio.

36 Id. id. Montalvo, el recopilador de las actas de los concilios celebrados por santo Toribio, cree que este obispo murió de la enfermedad que le impidió asistir a la reunion; pero el señor Sanabria gobernó hasta 1614 la iglesia de Tucuman. Veáse Alcedo, artículo *Tucuman*.

lidad de asistir, i el mal estado de salud le obligaba a pedir un auxiliar[37]; ignoramos la causa de la no asistencia de don Alonso Ramirez de Vergara, obispo de Charcas, que murió dos años despues de la celebracion del Concilio.

«Otra vez los convocó santo Toribio para el año 1599, i el que mas pronto pudo asistir fué don Antonio Calderon, obispo de Panamá, que llegó a principios de 1600[38]. Entónces se encontraba tambien en Lima el señor Lizarraga, i el metropolitano creyó conveniente no aguardar mas i comenzar el concilio con esos dos sufragáneos.

«Empero, no entraba en los cálculos del obispo de la Imperial el que se celebrara tan pronto, i desde el principio le puso toda clase de obstáculos.

«Es el mismo señor Lizarraga quien se encarga de contar lo sucedido en su citada carta al rei, i nada mas que en sus palabras aduladoras cuando se dirijen al monarca, irreverentes i descomedidas cuando hablan de su santo metropolitano, fundamos nuestras acusaciones.

«Comenzó por decir a santo Toribio que debia avisar al rei i aguardar, para celebrar el concilio, que llegara su beneplácito i el nombramiento de su representante. En vano el santo le hacia presente que el concilio de Trento era lei del Estado; que imponia la obligacion de celebrar periódicamente sínodos provinciales; que tenia tambien cédulas de Felipe II que le recomendaban no olvidara el cumplimiento de tan importante deber. El obispo replicaba que todo estaria mui bien pero que Felipe II acababa de morir (setiembre 13 de 1598) i «vuestra majestad (dice al rei) comienza ahora su felicísimo gobierno, i es justo i mas es necesario dar a vuestra majestad cuenta i esperar su respuesta i bene-

37° Alcedo, *Diccionario geográfico*, artículo *Cuzco*. Conviene hacer notar aquí a propósito de las citas del *Diccionario* de Alcedo, que ha cido traducido al inglés en cinco volúmenes el año de 1812, en Lóndres, por G. A. Thompson Esq. con el título de *The geographical and historical Dictionary of America and the West Indies* .....etc., i esta es la única edicion que posea nuestra Bib. Nac.

38° Carta de Lizarraga, publicada en los *Oríjenes*, etc., páj. 549.

plácito, porque de otra suerte no cumplimos con las obligaciones de buenos vasallos. I ademas, siempre quedaria en pié la dificultad de no haberse nombrado «quien en vuestro real nombre asista»[39].

«No se contentó don Frai Rejinaldo con hacer observaciones al arzobispo. Una vez que habia desconocido los derechos de la Iglesia posponiéndolos al buen querer i a las opresoras leyes de la corte de España, era de esperarse que no se detendria en esa fatal pendiente i que pronto llegaria a hacer una arma de esas mismas leyes para conseguir el deseado retardo del concilio.

«Las reflexiones hechas por el obispo de la Imperial fueron reiteradas a santo Toribio por el virei, quien se dirijió tambien al provisor del arzobispado para convencerlo de la necesidad de obtener el beneplácito rejio i el nombramiento de delegado. El provisor se mostró digno de la confianza de su prelado i se mantuvo tan firme como él.

«Llegó su turno a los teólogos regalistas i palaciegos; se les pidió su opinion en el asunto para convencer al Santo i «todos los teólogos, doctos i canonistas le aseguran la conciencia que no ofende en esperar la órden i respuestas de vuestra majestad i nombramiento de persona, ántes ofende en lo contrario».

«Con tantas autoridades ¿cómo no aguardar que cediera el arzobispado? Encontraba oposicion i oposicion que podia llamarse guerra a muerte en uno de los obispos que estaban en Lima, el virei le habia declarado que su conducta era contraria a los derechos i prerogativas de la corona; i tras éstas venian teólogos i canonistas a reforzar con la autoridad de su palabra la oposicion del obispo i las observaciones del virei. Aunque en su lenguaje irrespetuoso, decia el señor Lizarraga, que para convencer al arzobispo nada valian las razones, porque *aprehende inmoviliter*, con todo, no podia ménos de lisonjearse con la esperanza de que tantas cosas reunidas le impedirian pasar adelante en su propósito. Así, cuando vió que no bastaban, cuando supo que estaba santo

39 Estas i otras palabras que, sin citar otro orijen, copiamos del señor Lizarraga, son tomadas de su carta al rei, fecha 15 de julio de 1600.

Toribio resuelto a desoír cualquiera voz que no fuera la del deber i de la conciencia, muestra a un mismo tiempo su dolor i su despecho: «No hai remedio», esclama; no es posible «traerle a la razon».

«Erale menester al sufragáneo o resolverse a volver atras en su mal camino, i contar con que en poco tiempo mas concluiria el pretesto que le servia para cohonestar ante el rei la ausencia de su diócesis, o dar otro paso adelante i llegar por fin a la verdadera opresion de la Iglesia.

«Por desgracia para su buen nombre, este último fué el partido que abrazó el obispo chileno: «El fiscal de vuestra majestad les ha hecho (al arzobispo i provisor) un requerimiento, i *se hará otro*».

«Tiempo perdido: tampoco cedia el santo ante las amenazas o el temor. A pesar de todas las oposiciones, el señor Mogrovejo designó el mártes 4 de julio de 1600 para la celebracion de la primera sesion preparatoria, e hizo citar a los dos obispos. El de la Imperial se abstuvo de comparecer al llamado de su metropolitano.

«Pasaron ocho dias i el mártes 11 volvió el arzobispo a mandar citar al señor Lizarraga para que en esa misma tarde fuera a la sala del capítulo de la iglesia metropolitana, porque iba a comenzar el concilio; «respondíle, dice el obispo, cómo le habíamos de hacer ni comenzar sin habernos comunicado, ni tractado, ni prevenido lo necesario».

«Quizá conservaba santo Toribio esperanzas de que su voz, si mandaba con toda la enerjía i precision del caso, no seria desoída por el obispo de la Imperial: dos dias despues, el juéves 13 de julio, espidió un auto en el cual ordenaba formalmente al señor Lizarraga que asistiera esa misma tarde al lugar ya designado para comenzar el concilio.

No solo le desobedeció sino que le presentó un escrito «requiriéndole no proceda a la celebracion del concilio sin órden de vuestra majestad». I añade en su carta al rei: «la copia la envío a vuestro real consejo de Indias i presidente *por no cansar a*

vuestra majestad con las impertinencias del arzobispo i porque su majestad conozca su talento en este caso».

«Al leer estas líneas i muchas otras que no copiamos ¿se podria álguien imajinar que eran escritas por un obispo para denigrar ante el rei a su metropolitano, lleno de virtudes i méritos i que defendia en ese mismo instante los derechos de la Iglesia contra su acusador?

«Ménos que nadie lo habríamos creido nosotros con el concepto que las crónicas de la órden nos habian hecho formar del señor Lizarraga[40]. ¿Cómo imajinarnos que habia de ser un obispo palaciego, un prelado irreverente, un tenaz estorbo al libre ejercicio de la jurisdiccion de su santo metropolitano ese hombre a quien Melendez[41] nos pinta lleno de todas las virtudes, tan austero i penitente como los venerables padres del yelmo i adornado del don de milagros? I, sin embargo, es así: son sus propias cartas las que condenan al señor Lizarraga.

Debió de conocer santo Toribio que su sufragáneo se propasaria, para impedir la celebracion del concilio, a los últimos excesos; i, como estaba aguardando la llegada de otros obispos, juzgó prudente retardar todavía algunos meses la reunion de la asamblea.

«No se crea, empero, que hemos concluido los capítulos de acusacion contra el señor Lizarraga: nos queda uno de los mas graves i el mas doloroso, porque es el que mejor muestra la bajeza de los medios a que descendió el obispo de la Imperial.

«Acabamos de referir la severa reprension que de parte del rei valió a santo Toribio el haber denunciado al Papa algunos abusos introducidos en América. Esta reprension no era un misterio para nadie, pues don García Hurtado de Mendoza se habia apresurado a dársela públicamente: el señor Lizarraga la debia de conocer mejor que nadie. Pues bien, al referir a Felipe III los

40 No solo las crónicas de la órden tienen desmedidos elojios para Lizarraga, pues hasta el mismo jesuita Rosales lo califica de «varon santo, docto i mui celoso del bien de sus ovejas»: *Historia general*, t. 2.º, páj. 395.

41 *Tesoros verdaderos de las Indias*, tomo I, libro V, cap. 15.

esfuerzos que habia hecho i continuaba haciendo para impedir la reunion del concilio provincial, miéntras no llegase su autorizacion i el nombramiento de su representante, se presenta como víctima de su fidelidad al rei. Le dice que el santo lo ha amenazado con dar cuenta al Papa de lo que hacia; i, no contento con esta denuncia cuyos funestos resultados para el metropolitano conocia perfectamente, se manifiesta dispuesto a sufrir las consecuencias i persecuciones que puedan sobrevenir por su lealtad al monarca.

«No es posible un olvido mas completo de la dignidad i carácter episcopal: su superior no es el Papa, es el rei; los principios que tiene la obligacion de sostener no son los principios católicos, son las pretensiones regalistas de la corte de España, recien condenadas por la Santa Sede.

«Las propias palabras del señor Lizarraga manifestarán mas claramente que (lo que) nosotros pudiéramos, el proceder de este obispo. Despues de referir las intancias que habia hecho para que el metropolitano pidiera la deseada autorizacion i aguardara el nombramiento de delegado, añade: «Responde haber avisado a vuestra majestad; responde no se le aguarde la respuesta; es *lapidem cavare*. Porque le hago esta (a su opinion contradiccion), me amenaza con que se me han de recrecer grandes inconvenientes escribiendo al Sumo Pontífice impida el concilio provincial; recibirélo (si viniesen) con buen ánimo como cosas padecidas por defender la justicia en servicio de mi rei i señor natural que me levantó del polvo de la tierra, aunque el obispado sea por ahora de ningun provecho, pero ya se me hizo merced que yo no merecia, i, aunque se me hiciese mas, obligaciones conforme a mi estado son defender la justicia de mi rei».

«A principios de 1601 llegó a Lima el obispo de Quito i el arzobispo pudo en fin reunir el concilio el 11 de abril de ese año.

«Solo celebró dos sesiones. En la primera se limitaron los padres a hacer la profesion de fe i a estatuir lo conveniente para evitar competencias en el órden de precedencia de los obispos asistentes.

«La segunda i última sesion, se celebró siete dias despues de la primera, el 18 de abril. En ella se nombró jueces i testigos sinodales; se designaron las materias sobre que debia recaer la informacion que se manda al Papa sobre la vida i costumbres de los obispos presentados; se renovaron todas las disposiciones del concilio celebrado en 1583; i, sometidos estos decretos al Soberano Pontífice, se declaró concluido el concilio de 1601.

«Los padres de esta asamblea fueron el arzobispo presidente i los obispos de Quito i Panamá.

«Hemos visto que el señor Lizarraga permanecia todavía en Lima; sin embargo, no asistió al concilio ni se hace de él la menor mencion en las actas; es, pues, indudable que mantuvo i llevó adelante su oposicion, i a eso tambien debe atribuirse el que el concilio durara solo una semana i no tratara asunto alguno de importancia.

«¿Cómo esplicar, en efecto, de otro modo esta inconcebible precipitacion? ¿Cómo esplicar que se hubieran hechó tantos esfuerzos para llegar a reunir una asamblea cuyas decisiones son poco ménos que inútiles? El señor Lizarraga decia siempre en sus cartas al rei cuán necesario era ese concilio, cuántas materias de primera importancia para el bien espiritual de los fieles tenia de que tratar; luego hubo alguna causa, i mui poderosa, que pusiera término violento a sus sesiones e impidiera se ocupasen los padres en esos asuntos para los cuales habian sido convocados.

«Considerando cuánto habia tenido la desgracia de rebajarse el año anterior en sus intrigas e indignos manejos el obispo de la Imperial; al ver que, a pesar de permanecer en Lima al pretesto del concilio, se abstiene de tomar parte en la asamblea, ¿no es mui natural creer que nadie sino él fué quien hizo infructuosa esa reunion, quien impidió se obtuvieran los grandes bienes que, segun sus propias palabras, debian aguardar del concilio las nuevas cristiandades sud-americanas?

«Para condenar la conducta del prelado no ha menester la historia de probar esta última suposicion: lo que el mismo señor Lizarraga nos ha mostrado en sus cartas basta para fundar un fa-

llo. Sentimos, sin embargo, no haber encontrado documento alguno que nos ilustre en esta última parte de los sucesos i que nos permita descorrer por completo el velo que hasta ahora habia ocultado el verdadero carácter de los personajes. La verdad, por triste i dolorosa que sea, será siempre la verdad; i ella es el fin primordial de la historia i el objeto de las investigaciones del que la escriba. Las lecciones de lo pasado deben buscarse tanto en las justas alabanzas tributadas a las bellas acciones, como en la merecida condenacion de las faltas.

«Para concluir este episodio, que tanto honor hace al gran santo Toribio, debemos decir que el arzobispo se vengó del señor Lizarraga como saben vengarse los santos: se mostró lleno de benevolencia i caridad hácia su perseguidor[42].

«Apénas don Frai Rejinaldo de Lizarraga llegó a su obispado[43] efectuó la traslacion de la sede episcopal de la destruida Imperial a la ciudad de Concepcion[44]. El 7 de febrero «convocó, dice el acta de traslacion, a cabildo a los capitulares para tratar i comu-

42 El señor Lizarraga, contestando desde Concepcion a la cédula en que el rei le manda venirse cuanto ántes a su obispado, dice que lo habia retenido en el Perú la falta de recursos para efectuar su viaje (ya no podia dar por razon el concilio pues se habia celebrado); i se queja de que por dos veces los pidió inútilmente al virei. Añade que solo cuando éste temió que el prelado se quejara al monarca de su negativa convino en darle quinientos pesos.

Así pagaba el señor Lizarraga los buenos oficios que habia recibido del virei i las alabanzas que éste le habia prodigado en sus cartas al monarca. Quizás al leer la real cédula, creyó que don Luis de Velazco se habia espresado en términos mui distintos de los que nosotros conocemos.

A los quinientos pesos del virei unió otros tantos, sacados de su propio peculio, el ilustre arzobispo, e igual cantidad otro amigo del señor Lizarraga. *Coleccion del Sr. Vicuña Mackenna*, tomo *Alonso de Rivera*, 1604. Carta de 25 de febrero de 1604.

43° Vino con los ciento treinta soldados que trajo don Juan de Añasco, Rosales, t. 2.°, páj. 398.

44° «Halló desolada la ciudad Imperial, dice Carvallo, *Descripcion histórico-geográfica, etc.*, i por auto de 7 de febrero de 1603 espedido en cabildo o capítulo compuesto de su señoría Rvdma. i del licenciado Don Diego Lopez de Azoca, único prebendado que habia, i refrendado de Pedro Guevara, se trasladó la silla episcopal a la iglesia parroquial de San Pedro en la ciudad de la Concepcion, con calidad que se erijia en catedral hasta la recuperacion de la Imperial, si el rei i el Sumo Pontífice no disponian otra cosa».

Olivares declara que la fecha del auto ántes aludido fué la de 12 de febrero. *Hist. civil*, páj. 129.

nicar cosas importantes al servicio de Dios Nuestro Señor i buen gobierno del obispado.

«En medio de la ruina jeneral del obispado, no era lo mas floreciente el coro de la catedral. El chantre don Fernando Alonso residia en España; el maestre escuela Alonso Olmos de Aguilera habia muerto; el tesorero estaba en el Perú i rehusaba volver a Chile; el canónigo Jerónimo Lopez de Agurto vivia en Santiago i tampoco quiso ir a la Imperial: todos los capitulares se reducian, pues, a Diego Lopez de Azoca, que al dia siguiente presentó su renuncia i se fué, como su compañero, a la capital.

«El obispo i el canónigo, en vista de la necesidad de trasladar la sede, elijieron para nueva cabecera del obispado la ciudad de Concepcion i sometieron el acuerdo a la aprobacion del rei i del Papa.

«El 25 del mismo mes, el prelado dió cuenta a Felipe III de la efectuada traslacion i tambien de haber nombrado, en virtud de la real autorizacion i miéntras el monarca presentaba a otros, a dos sacerdotes para que, como prebendados, atendieran al servicio de la catedral. Los sacerdotes nombrados se llamaban García de Torres Vivero i García de Alvarado[45].

«El monarca aprobó todo lo hecho en real cédula de 31 de diciembre de 1605.

«Ignoramos si el Padre Santo aprobó espresamente la traslacion; pero en el siglo XVII le dió, por lo ménos, su aprobacion tácita, puesto que en las bulas de institucion comenzó a proveer no ya la iglesia episcopal de la Imperial sino la de Concepcion[46].

45 *Cartas* al rei de García Ramon, fechas el 27 de diciembre de 1607 i el 9 de agosto de 1608. (Documento del señor Barros Arana).

46° «Quedó vacante, dice Carvallo, la silla de la Imperial hasta que en 1616 fué presentado i consagrado obispo de la Concepcion de Chile, el Iltmo. Señor D. Cárlos Marcelo Cornerino. Esta presentacion daria mérito a que el Sr. D. Cosme Bueno se persuadiese que en dicho año fué erijida en catedral la espresada parroquia de San Pedro, i quedó vacante la silla de la iglesia de San Miguel de la Imperial por despoblacion de la ciudad de este nombre. Del contesto del auto de traslacion se infiere que el Iltmo. señor Lizarraga dió parte al rei de su resolucion, i no sabemos la contestacion de Su Majestad. Pero se evidencia que la corte no la ignoraba, pues por dos reales cédulas de 1718 i 1719 (?) pide el soberano los motivos i causa de la traslacion».

«De este modo vino por fin a ser catedral esta ciudad, a la que unos en pos de otros habian querido trasladar su Sede los obispos de Santiago i de la Imperial.

«Solo cuando no pudo evitarlo se habia venido a Chile el señor Lizarraga. El estado en que encontró todas las cosas no era a propósito para darle ánimo.

«No es difícil imajinarse las necesidades espirituales de la pobre diócesis; en cuanto a las materiales habian llegado al último estremo, i nos bastará para probarlo copiar las propias palabras del señor Lizarraga:

«La Iglesia de ornamentos paupérrima; las misas se dicen con «candelas de *sebo,* si no son los domingos i fiestas; el Santísimo Sacramento se alumbra con aceite de lobo de mal olor; si se ha«lla de ballena no es tan malo»[47].

«Lo primero en que pensó el obispo, al verse en una situacion todavía mas triste que la imajinada, fué en presentar al rei su renuncia, suplicándole la elevase al Papa. Así lo hizo el 8 de febrero de 1603, es decir, al dia siguiente de la traslacion de su iglesia[48].

«La respuesta del rei no se dejó aguardar, i fué una respuesta digna, noble, i severa, como la voz del deber:

«Las causas que representais para exoneraros de vuestra Iglesia, le dice en cédula de 18 de julio de 1604, no se han tenido «por justas; ántes ha parecido que os corren mayores obligacio«nes para residir en vuestra iglesia i procurar levantarla i con«servarla i acudir al consuelo de vuestros súbditos como por otras «os lo tengo encargado. I fuera justa hacerlo sin pretender escu«saros dello en tiempo que esa tierra está con tanta necesidad de «que, como padre, prelado i pastor, mireis por vuestras ovejas i «os compadezcais de ellas i las ayudeis a pasar los trabajos en «que están».

«La diócesis habia quedado con tres ciudades: Concepcion que,

47 *Carta* de 20 de mayo de 1604. Colec. Vic. Mack., tomo A. de Rivera, 1604.
48 *Id.*

segun decia el obispo, tenia como sesenta casas; Chillan con treinta i cinco; i Castro con ménos de treinta[49].

«El gobierno del señor Lizarraga no fué lo que debia esperarse de su desgraciada conducta en el Perú. Pobre, reducido a vivir en una celda que le ofrecieron los frailes franciscanos[50], dió constantemente a sus súbditos el ejemplo de las virtudes cristianas.

«Podemos probar la virtud i el celo del prelado con las cartas de los dos gobernadores, que, durante los pocos años de la permanencia de don frai Rejinaldo entre nosotros, se sucedieron en el mando de la colonia. I pues hemos sido severos al condenar las faltas del prelado, nos parece de estricta justicia dejar la palabra a estos testigos imparciales que vienen a deponer en su favor[51].

«El 29 de abril de 1603, Alonso de Rivera escribia al rei desde Concepcion lo siguiente; «El obispo frai Rejinaldo de Lizarraga, a quien V. M. proveyó a este obispado de la Imperial, «vino a él i queda en su iglesia usando el oficio pastoral con «mucha edificacion de letras, vida i ejemplo, cuya asistencia ha «sido i es de gran consuelo i estimacion para todos por lo que «merece su persona i haber venido en tiempo de tantas calamida«des como este reino ha padecido, movido solamente del servicio «de Dios i de V. M.; porque por haberse despoblado la ciudad «Imperial en que estaba la catedral la asignó en esta de Concepcion, donde queda en una celda, por no tener casa propia, en

49 *Carta* del señor Lizarraga, fecha 10 de marzo de 1605. Colec. Vic. Mack., García R. 1605.

50 *Id.* id. id. 8 de febrero de 1603 id. id. Alonso de Rivera 1603.

51° Nájera, el autor del *Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile*, trae lo siguiente a este respecto: «Los muchos sobresaltos de armas que ha padecido esta pobre ciudad de Concepcion, sin tener cosa segura ni aún dudosa donde guarnecerse la jente della, pudiera decir, si viviera, el *buen obispo* de la Imperial don frai Rejinaldo de Lizarraga con toda su decrepitud, que hacia allí su humilde habitacion».

El mismo prelado decia, por su parte: «Es el obispado tan pobre que *apénas me puedo mantener*, sin tener casa donde vivir, que si en San Francisco no me diesen dos celdas donde asisto, en todo el pueblo no habria cómodo para ello; con todo eso tengo mas de lo que merezco, porque si lo merecido se me hubiera de dar, eran muchos azotes».

«estrema pobreza, sin haberle quedado mas de trecientos pesos «de renta posible ni suficiente para sustento de su persona ni de la autoridad que requiere su dignidad. I así procuro ayudarle en «todo lo que puedo i lo haré hasta que V. M. sea servido de ha«cerle merced, como espero i es razon»[52].

«Dos años mas tarde García Ramon escribia desde la misma ciudad con fecha 30 de diciembre: «Don frai Rejinaldo de Lizar«raga, obispo de la ciudad Imperial, asiste en esta de Concepcion «como un mero fraile dándonos a todos grandes ejemplos con su «gran cristiandad i buena vida; es persona en quien cabe cual«quiera merced que V. M. fuere servido de hacerle i ansí lo su«plico»[53].

«Pero el señor Lizarraga nunca estuvo contento en su diócesis i siempre ansiaba separarse de ella. Representa en 10 de marzo de 1605 que no era posible sostener el obispado de la Imperial i que debia unirse otra vez al de Santiago de donde habia sido desmembrado; insta al rei para que así lo pida a Su Santidad «i con una mui breve merced que vuestra alteza me haya librada en los Reyes, será para mí mui grande por acabar mi vida, que poca puede ser sobre sesenta i cinco años, en el convento de aquella ciudad, donde recibí el hábito»[54].

Antes de que veamos a Lizarraga trasmontar la cordillera en busca de una nueva grei que le fuese mas grata, debemos examinar aquí una cuestion que de por sí se ofrece a nuestra pluma, a a saber, ¿fué en este tiempo cuando compuso su libro intitulado *Descripcion y Poblacion de las Indias*? (porque no hacemos asunto todavía de sus demas escritos).

Existe a este respecto cierta contradiccion que queremos esponer tal cual a primera vista se presenta.

El cronista Melendez, instruyendo a sus lectores de las fuentes a que ha ocurrido para la relacion de los sucesos que lo van a ocupar, cuenta lo siguiente:... «Despues de haberme hallado en

52 *Coleccion* Barros Arana.
53 *Id.* Vic. Mack., vol. «García Ramon, 1605».
54 Citada *Carta* de 10 de marzo de 1605. Errázuriz, *Oríjenes*, etc., p. 501.

Madrid una historia manuscrita intitulada *Descripcion y Poblacion de los Reynos del Perú*, compuesta (lo que no se sabia en la provincia, ni se tenia dello la menor luz) por nuestro fraile i obispo de los primitivos hijos de nuestro convento del Rosario de Lima el Ilustrísimo don Fr. Rejinaldo de Lizarraga i Obando, obispo de la Imperial del reino de Chile, la cual hallé en poder del Ilustrísimo señor maestro don Fr. Juan Duran, mui cercano deudo mio, del Orden de la Merced, natural de Lima, hoi obispo en Filipinas (i juzgo que el primero que ha conseguido la mitra de los hijos de su provincia de Lima) que se la dió un vecino de la Corte, a cuyo poder pasó, habiéndola el santo obispo remitido para que se la imprimiesen a algun su correspondiente, lo cual no se efectuó, etc.»[55].

Tales son las noticias bibliográficas que este autor nos da del libro mismo; veamos ahora de completarlas con las que podamos estractar del que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, un in-folio de 308 pájinas cuya parte mas interesante para nosotros trajo hace algunos años don Diego Barros Arana. Ese ejemplar lleva en su primera pájina una portada en que se lee así:

Libro que el Reverendísimo Fr. Baltazar de Obando, compuso siendo obispo de la ciudad Imperial del Reino de Chile, relijioso del convento de Santo Domingo, año de 1605. I en otra parte se dice: «Concuerda estte escritto con el libro orijinal de donde se sacó el año de 1735, que está archivado en la librería de San Lázaro de la ciudad de Zaragoza».

Llevando nuestra curiosidad un poco mas adelante, podemos todavía ver, si abrimos el libro en el capítulo 73, una declaracion del autor en que asegura haberlo escrito en «el valle de Xauxa».

La penetracion de nuestros lectores habrá ya descubierto cual es la dificultad que sobre el particular ocurre; porque, tenemos, de una parte, la afirmacion esplícita de que la obra fué trabajada siendo su autor «obispo de la ciudad Imperial del reino de Chi-

55 Obra cit., en la Introduccion.

les, en cuya corroboracion puede todavía invocarse el testimonio del mismo Melendez que hace notar la circunstancia de que la *Descripcion y Poblacion de las Indias* era de Fr. Rejinaldo de Lizarraga i Obando, *obispo de la Imperial del Reino de Chile*; i de otra, la aseveracion consignada en el texto de que fué compuesto en «el valle de Xauxa». ¿Cuál es, pues, la verdad?

A emitir nuestra opinion sin rebozo, creemos firmemente que el libro fué escrito en el suelo de Chile. Si es cierto que en alguna parte se espresa que eso aconteció en el valle de Jauja i por consiguiente en el tiempo en que Fr. Rejinaldo tenia la doctrina del lugar, existen dos circunstancias que desvirtúan completamente el aserto.

Es la primera verse, asimismo, estampado en sus pájinas que el valle de Jauja está situado en Coquimbo; i la segunda, hechos todavía mas graves. Entre éstos, bástenos recordar el año a que se indica pertenece la redaccion, 1605, es decir, el tiempo preciso en que el obispo de la Imperial estaba para alejarse de los umbrales de Chile; i aún las noticias mismas apuntadas en aquel volúmen, algunas de las cuales conocemos ya por las palabras del escritor, como ser la residencia que hacia en Concepcion en las celdas del convento de San Francisco i la escasez de recursos en que se hallaba. ¿Cómo, por consiguiente, habria podido mencionar estas incidencias escribiendo desde Jauja si ellas ocurrieron mucho despues?

Establecido ya que el libro debió su existencia a la época en que el relijioso domínico permaneció la segunda vez en Chile, es suficiente que notemos otras dos particularidades para esplicarnos con mediana satisfaccion las variantes que han dado lugar a la duda propuesta.

Hemos visto no hace mucho que la obra no carecia de alguna popularidad[56] en los tiempos posteriores a su composicion, como lo demuestran mui a las claras las diversas copias que de él exis-

56 No debemos pasar desapercibido, sin embargo, que el erudito licenciado Antonio de Leon, contemporáneo del obispo de la Imperial, apénas si la conocia de nombre pues en el título XXVII del *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental* (año de MDCXXIX) que intitula «Autores de cuyos escritos hai

tian: una que vió Melendez que pertenecia al mercedario Fr. Juan Duran; otra que se conservaba en San Lázaro de Zaragoza i al parecer el orijinal; i la que de ésta se sacó para la Biblioteca Nacional de Madrid en 1735; i por último la de que ahora nos servimos para estos apuntes. ¿No es entónces fácil de creer que, atendidas estas varias reproducciones, (hablamos solo de las que han llegado a nuestra noticia) con los caractéres poco claros de la mano envejecida que los trazaba, i por el trascurso del tiempo, haya podido deslizarse facilmente un error en aquello del «valle de Xauxa»?

O aún si relegamos el error en lo que se refiere a Coquimbo, quedaria todavía por decir que en parte se compuso cuando el autor fué doctrinero en el Perú, i que a lo restante i principal le dió cima cuando pertenecia a una dignidad mucho mas encumbrada. Apurando la materia i averiguando lo que al título se refiere, resulta que, habida consideracion a la práctica tan en uso en aquel entónces i que corrientemente admitia uno larguísimo, podemos tambien sospechar que despues de ponerse en la carátula *Descripcion y poblacion de las Indias*, se añadiese en seguida: «libro que el reverendísimo frai Baltazar de Obando compuso siendo obispo de la Imperial».

Sea como quiera, lo cierto del caso es que Lizarraga cuando tomó la pluma se hallaba ya en situacion de consignar con alguna precision lo que personalmente habia tenido ocasion de observar. Le era fácil, por lo tanto, dar noticia de los países recorridos por él anteriormente en el tiempo de su vida errante, como la de la jeneralidad de los misioneros de aquella época en América. Habia estado en Quito en su mocedad, conocia perfectamente a Lima i sus vecindades, la República Arjentina i Bolivia no le eran estrañas, sus visitas a Chile le permitian hablar de él con precision; así, su tarea no debió serle dificultosa, pues le

duda», espresa que «don Fr. Rejinaldo de Lizarraga, domínico, tengo noticia que escribió un curioso libro de cosas del Perú, i que le envió a este reino (España). Por no hallar mas particular mencion, ni está en autor ninguno, le pongo en este título». Páj. 135. Corresponde este dato con el que se halla en la edicion grande (tomo 2.° col. 912) hecha en Madrid en 1738.

bastaba hojear un poco los apuntamientos de los cronistas i apelar a sus propias impresiones para tejer un relato sencillo, i destinado, segun se deja traslucir, a cautivar la atencion de jente tambien sencilla con historias de cosas i países distantes i apénas conocidos, pero por lo mismo mui agradables a los oidos de los incansables luchadores i aventureros del siglo. He aquí, a nuestro juicio, i sin que por cierto hallemos en ello un mérito, el por qué su estilo es descuidado, sus frases poco pulidas i frecuentes sus repeticiones, que, en suma, lo hacen poco atrayente para nosotros. Se trasluce cierto aire plebeyo en su lenguaje, si nos es permitido espresarnos así, i en sus noticias algo de inculto, como que fueran dirijidas a personas poco adelantadas en sus conocimientos i educacion.

Abriga el autor, sobre todo, creencias peculiares a su tiempo, que hoi, naturalmente, despiertan cierta compasion irónica; entre las cuales podemos citar la derivacion que establece de la aparicion de un cometa en Europa en 1577 con la llegada a las costas de Chile del corsario inglés Sir Francis Drake: «señal de que Dios queria enviarnos algun castigo por nuestros pecados, i así fué que vino a nuestras tierras».

En el fondo, ocúpase el libro de la jeografía del Perú i Chile, con noticias de los vireyes, gobernadores i especialmente de Alonso de Rivera, i Sotomayor; obispos i provinciales; bosqueja el territorio de Cuyo, habla del camino de la cordillera, fuente siempre de inspiraciones por sus grandiosos panoramas, sus cumbres eternamente heladas, el ímpetu de sus huracanes, los peligros de la marcha i su imponente majestad, i cuya descripcion, que siempre han hecho los antiguos escritores, ha sido para ellos la epopeya de sus recuerdos i que lo será por los siglos en los dias venideros miéntras mas de cerca se le admire i contemple.

Santiago, Coquimbo, Osorno hállanse tambien retratados en la obra de Lizarraga con idénticos colores a los que antiguamente se emplearon en libros de esta naturaleza. Hoi ha perdido inmensamente de su interes bajo este punto de vista, con los descubrimientos de los viajeros i las esploraciones de los jeógrafos;

pero es, sin duda, un monumento elevado por el obispo de la Imperial al brillo de su nombre i digno del recuerdo de los que habitan hoi el mismo cielo que le inspiró sus pájinas.

Entre los que con posterioridad se han ocupado de los asuntos que motivan el escrito de Lizarraga, Melendez especialmente, como se lo hemos visto espresar, ha esplotado con ventaja cuanto se refiere a la historia de la relijion dominicana en la provincia de San Juan Baustista del Perú, sobre todo en el tomo I de sus *Tesoros* en que no escasean las referencias a la *Descripcion y Poblacion de las Indias.*

Dejando aparte la apreciacion de las *Cartas* que se le atribuyen, agotaremos lo que se refiere a las obras de Lizarraga apuntando aquí los títulos de las que su cronista le atribuye i que hoi parecen ya definitivamente perdidas, quizás porque poco cuidadosos sus contemporáneos de trabajos sin interes real, no se afanaron en sacar de ellos las copias que nos han conservado la que hemos dado a conocer. Son las siguientes:

«Un volúmen grande sobre *Los cinco libros del Pentateuco; Lugares de uno i otro Testamento que parecen encontrados; Lugares comunes de la Sagrada Escritura; Sermones de tiempo i santos, Comento de los Emblemas de Alciato*[57], i aunque dejó ordenado se imprimiesen ninguna ha salido a luz»[58].

57 En la enumeracion que Briseño da en la *Estadística Bibliográfica de la Literatura chilena*, omite, como se verá, sin fundamento alguno esta obra de Lizarraga. No estará demas advertir que mui poco despues de Lizarraga, escribió tambien Diego Sanchez la *Declaracion magistral sobre los Emblemas de Andres Alciato* que publicó en Valencia en 1670, un tomo en 4.°, i que nosotros rejistramos en la biblioteca del Seminario de Lima por ver si contenia alguna referencia al trabajo del obispo chileno. «Las principales obras de esta clase, dice Ticknor (*Literatura española*, tomo III, páj. 256) son probablemente los *Emblemas* de Daza, impresos en 1549, imitacion de los celebradísimos latinos de Alciato, i los de Covarrubias, que éste publicó en castellano en 1591, i tradujo despues al latin, libros ambos curiosísimos, i muestras de este jénero especial de composicion, tan agradables quizá como cualquier otro de su especie en los demas países».

La obra de Andres Alciato (cuyo nombre i apellido llevó tambien en Chile un provincial de los jesuitas) cuenta con varias ediciones. De sus traducciones la mejor que conozcamos es la hecha en Paris en 1540, 8.°, adornada de gran número de grabados en madera, e intitulada *Les emblemes du maistre Andre Alciat, mis en rime francoyse, et puis nagueres reimprime avec curieuse correction.*

58 Melendez, páj. 603, tomo I.

Cumpliérose en parte al fin las aspiraciones de Lizarraga de abandonar la grei que habia gobernado por un tiempo relativamente corto: fué presentado por el rei en 1606[59] para ocupar la sede del Paraguay, vacante por la promocion de Fr. Martin Ignacio de Loyola al arzobispado de Charcas, i ya a fines del año 1607 o a principios del siguiente despidióse para siempre del suelo de Chile[60].

«Hallándose en su iglesia comenzó a hacer nueva vida como si la pasada no hubiera sido puntual, como fué [61]. No parecia sino un obispo de la primitiva Iglesia. Era este su modo de proceder: levantábase todos los dias a las cuatro de la mañana, i a esta hora decia maitines; dichos éstos, se quedaba en su oratorio, puesto en profunda oracion, hasta las seis en que rezaba las horas de prima i tercia, i con mucha devocion celebraba el alto sacrificio de la misa, recojiéndose a dar gracias hasta que daban las nueve. A esta hora despachaba i daba audiencia a cuantos se la pedian, hasta las diez o algo mas si cargaban los negocios. Volvíase a su oratorio, donde rezaba sesta i nona, i se quedaba en oracion hasta las once i media, en que comia con tanta moderacion que no pasaba su mesa de lo que podia comerse en el refec-

59 «Alcedo, *Diccionario geográfico*, artículo *Concepcion de Chile*, dice que fué presentado el señor Lizarraga en 1607; (i otro tanto asegura Gonzalez Dávila, *Teatro eclesiástico, etc.*, t. II, páj. 149); pero a pesar del respeto que estos autores nos merecen, no aceptamos tal fecha. No nos parece probable que en el mismo año llegara a Chile la noticia; i el 27 de diciembre ya escribia García Ramon al rei que habia instado *al obispo del Paraguay don frai Rejinaldo de Lizarraga*, para que no se separara de la diócesis de la Imperial miéntras no hubiera quien lo subrogase (colc. *Barros Arana*). Por eso designamos el año 1606 como fecha de su *traslacion*». Nota de *Los Oríjenes de la Iglesia chilena*. Se encuentra alguna confusion en este pasaje del señor Errazúriz, pues en el texto fija en 1607 (páj. 502) la traslacion del obispo de la Imperial i en esta nota dice, como se ha visto, que fué en 1606. Creemos, pues, que en esta parte hai un descuido i que talvez quizo decir 1607; al ménos así no habria contradiccion en sus términos. Creemos, sin embargo, mui del caso manifestar aquí que conforme con el aserto de Alcedo se halla el dicho del historiador Carvallo, quien fija en el de 1607 la promocion de Lizarraga a la iglesia del Paraguai. Perez García ha incurrido en el error de suponer que el obispo chileno fué trasladado a la silla del Tucuman, «donde murió», agrega.

60 *Carta* de García Ramon de 9 de agosto de 1608. (*Colecns*. B. A. i V. M.).

61 Por una casualidad no era tan destituida de fundamento la hipótesis del apolojista.

torio mas pobre de su provincia. A la tarde, despues de rezar las vísperas i completas, visitaba algun convento o se quedaba estudiando. Dormia en el suelo, aunque tenia cama en la apariencia decente, i en él le halló muchas veces durmiendo un capellan suyo, hombre de mucha virtud, a quien pidió el buen obispo que le guardase silencio, temeroso no le arrebatase el viento de la vanidad sus obras, inconveniente en que caen las personas virtuosas que no viven con el recato que pide materia tan delicada i tan espuesta a que se la lleve el viento.

«Ayunaba tres dias en la semana, miércoles, jueves i viérnes; tenia abiertas a todas horas las puertas de su casa para los pobres, i mas las de sus entrañas, i así no llegaba a ellas ninguno que no fuese consolado. Un pobre en cierta ocasion le pidió de limosna una frezada, i con ser tiempo de invierno i no hallarse el buen obispo mas que con solo la que tenia en su cama, la quitó della i se la dió, poniendo en su lugar el manteo con que andaba, i con él se reparó muchos dias»[62].

Con los mayores aires de credulidad cuenta el autor que acabamos de citar cierta relacion sobrenatural ocurrida al obispo. En la iglesia catedral de la Asuncion era dicho acreditado que andaba «un espíritu que con los golpes que daba en las puertas, sillería del coro, bancos i ventanas, i con los salmos que rezaba en voz baja traia inquietos i despavoridos a todos cuantos le oian».

No está averiguado el modo preciso de cómo el obispo llegó a penetrarse a quien que hubiera vivido en el mundo pertenecia esa alma errante i atormentada, ni lo que se proponia con sus peregrinaciones en el recinto del templo; pero es constante que un dia al salir de su oratorio dijo así a su provisor i a otras personas que halló con él: «Bendito sea Dios que ya no nos inquietará el espíritu que andaba en nuestra iglesia; porque era de un prebendado della que estaba en carrera de salvacion. Que hoi se le digan nueve misas cantadas de *requiem* i cesará aquel espanto

62 Melendez, tomo I, 601.

sin que se oiga mas el ruido». Agrégase todavía que cumplido lo que el caritativo obispo ordenó, quedó todo tranquilo, yéndose a gozar de Dios, como puede pensarse, libre ya de sus penas, aquel infeliz prebendado!

Lizarraga entróse en competencias i disputas al fin de sus dias con las autoridades seculares [63]. Pretende su biógrafo que no teniendo los contradictores cómo sorprender al obispo, ocurrieron al espediente de enviarle libelos insolentes i descomedidos, uno de los cuales tan serio disgusto le ocasionó que enfermó de véras. Declarada la calentura, sobrevino una complicacion al estómago que lo llevó presto a los dinteles de la muerte. Presintiendo su fin, hizo que su camarero i criados pusiesen en órden los bienes que poseia, sus alhajas, vajilla de plata i sus libros; llamó a su secretario i estendió ante él su testamento, por dispensacion que le habia otorgado el papa Clemente VIII, disponiendo que, pagadas todas sus deudas, quedase lo demas para dote de doncellas huérfanas.

Luego pidió «le truxesen por viático el Santo Sacramento del Altar, i traido a las diez del dia, le recibió en su oratorio, de rodillas i vestido con el hábito de su órden con grandísima devocion, i pasado un grande rato que se estuvo recojido, salió a una sala, donde se sentó en una silla, i allí recibió a los padres de San Francisco i de N. S. de las Mercedes que vinieron a visitarle.

«A las tres de la tarde mandó llamar a su cabildo i con palabras de verdadero pastor les encargó la paz i la concordia entre sí i el cuidado de las almas, i las últimas palabras que les dijo, fueron: «a las seis de la tarde iré a dar cuenta a Dios». Dicho esto, les pidió la estremauncion, i para recibirla se levantó de la silla en que estaba sentado i se acostó en la cama, mandando le descalzasen. Recibió aquel último sacramento respondiendo a todo el oficio, i luego pidió a sus clérigos le ayudasen a rezar los salmos penitenciales, i acabados, les dijo: «comenzad la recomendacion del alma»; i porque en esta ocasion algunos de los relijio-

63 No mencionan los historiadores, que hemos podido consultar sobre este punto, un hecho que se refiera a tales incidencias.

sos que le asistian le impedian la atencion con lamentos i suspiros, mandó que los despidiesen i no dejasen entrar al camarin a ninguno, porque le dejasen solo negociar su salvacion. Hízose así; i llamando poco despues a un relijioso del seráfico padre San Francisco, su confesor, estuvo a solas con él como media hora; despues hizo llamar a gran priesa a sus criados i vinieron, i estando acostado sobre la cama, vestido i calzado, pidió le diesen una cruz de reliquias i la vela de bien morir, que para este postrer lance tenia aparejadas el que solo pensaba que algun dia habia de llegarle esta hora, i dándoselas, las tomó en sus manos, pidiendo a todos le encomendasen a Dios i rezasen por su buena salida de esta vida los salmos penitenciales. Antes de acabarlos, siendo el punto de las seis de la tarde, como ántes habia dicho, dió su alma al Criador, siendo de ochenta años»[64].

Sucedia ésto allá por los fines de 1611 o principios de 1612[65].

No pasaron muchos años sin que la silla de Concepcion se viese de nuevo ocupada por uno de sus pastores que mas florecieron en el cultivo de las letras. Si Lizarraga habia sido un hombre notable, frai Luis Jerónimo de Oré sin duda que, bajo cualquier punto

64 Melendez, *lugar citado*.

65 Hai cierta discordancia en la fijacion de la muerte de este obispo escritor. El señor Errázuriz en su obra se limita a trascribir las opiniones corrientes, espresando que segun unos (Alcedo) falleció en 1613, i segun otros (Melendez, a quien sigue el señor Eyzaguirre, *Historia*, I, 279) en 1615, i aún habria podido agregar a Fontana que difiere ese suceso hasta 1617. A nuestro juicio las tres fechas están equivocadas, i nos fundamos para decirlo precisamente en el testimonio de Melendez. Todo ha provenido de un descuido que es conveniente rectificar. En la pájina 201 del tomo 2.° del libro del cronista dominicano hai un párrafo que comienza con estas palabras: «En las actas del capítulo principal pasado de 1612 *se denunciaron por muertos* cincuenta i siete relijiosos, i entre ellos los siguientes:... El Iltmo don. Fr. Rejinaldo Lizarraga, obispo del Paraguai»... Probablemente el autor cuando redactaba su primer volúmen no estaba en posesion de estas circunstancias i por esto aventuró la fijacion de la muerte del relijioso en 1615; pero como vemos, si en el capítulo provincial de 1612 ya se habia denunciado la muerte de Lizarraga, mal podia existir en 1613 i ménos en 1615.

Decimos en el texto que el hecho debió acontecer a fines de 1611 o principios de 1612, porque si es cierto que la denuncia tuvo lugar en este último, puede presumirse fundadamente que las distancias de lugares i el arribo de esa ocasion hayan sido adelantados en algunos meses por la verificacion del suceso. Conste, sin embargo, que aún vivia por los comienzos de 1611, segun se asevera por Fr. Alonso Fernandez en la pájina 185 de su escasísima *Historia eclesiástica de nuestros tiempos*, Toledo, 1611, fol.

de vista que se le mire, lo excedió en mucho: como prelado asume una reputacion sin tacha; como escritor es harto mas conocido; i como sabio la ciencia moderna aún lo cita con aplauso.

Vivian en la ciudad de Guamanga del Perú, dos vecinos encomenderos «de casa ilustre i opulenta», llamados Antonio de Oré i Luisa Diaz i Rojas,[66] su esposa, en medio de sus siete hijos, cuatro varones i tres mujeres, que el cielo quiso concederles. Luis Jerónimo era el tercero de los varones i habia nacido allá por el año de 1554. Como sus hermanos, vistióse «en edad competente» el hábito de la relijion del seráfico padre S. Francisco en la provincia de los Doce Apóstoles del Perú; i siguió la carrera de los estudios con lucimiento, al parecer, pues refieren los cronistas que a poco leyó artes i teolojía [67] «con aplauso universal i admiracion de los mas doctos de la ciudad de Lima, célebre Aténas del Nuevo mundo»[68].

Representan los autores a estos cuatro hermanos [69] como incansables misioneros de los indios i predicadores de españoles, «diestros en el canto llano i de órgano i tañedores de tecla»[70]. Habian manifestado tambien felices disposiciones para el aprendizaje de las lenguas aboríjenes de América, i que por fortuna Fr. Luis utilizaria mas tarde en vasta escala.

66 Seguimos en la designacion de los nombres de los padres de Oré a Córdova. Los llama Carvallo, Pedro de Oré i María de Rojas.

67 Fr. Francisco Javier Ramirez, *Cronicon sacro-imperial de Chile*. Como en todos los manuscritos que nos vemos precisados a citar, omitimos decir la pájina en que se encuentran las circunstancias que utilizamos.

68 «Sacrae theologiae professor fuit in S. S. XII. Apostolorum peruana provincia», dice Nicolas Antonio en la páj. 43 del tomo II de su *Bibl. Hisp. nova*; i Montalvo en la 97 del *Sol del Nuevo Mundo*: «Ilustró su provincia de los Doce Apóstoles en la leccion de teolojía».

69 Por detalles acerca de la familia de Oré puede verse la *Crónica de la Relijiossísima Provincia de los Doce Apóstoles del Perú de la Orden de N. P. San Francisco, compuesta por Fr. Diego de Córdova Salinas*, Lima, 1651, en la pájina 421, cap. 3.º, lib. I. Encuéntrase al principio del libro una carta del obispo de Santiago, Fr. Gaspar de Villarroel, datada en esta ciudad a 23 de junio de 1652 (sic), mui honorífica para el relijioso franciscano.

70 Muchos de los datos sobre Oré los hemos tomado de un manuscrito que se conserva orijinal en el convento de San Francisco en Lima del mismo Fr. Diego de Córdova, que se intitula *Relacion de la fundacion de la santa Provincia de los Doce Apóstoles del Perú*. Parece que este escrito o ha precedido a la composicion de la *Crónica* impresa o es solo un estracto con algunas variaciones. Dispuso en una ocasion el rei de España que su cronista mayor de Indias

Internándose en las provincias mas remotas del Perú, hácia el sur i bien léjos de la costa, dice el autor que acabamos de citar, «que con la enerjía de sus palabras, amonestaciones i sermones convirtieron infinitos a nuestra santa fe. Era gran consuelo ver a aquellos idólatras envejecidos en maldades, menospreciar sus *huacas* e ídolos que adoraban, i con lágrimas volverse a Dios Nuestro Señor i rogar que les administrasen los santos sacramentos». Si admitimós los elojios que el cronista de la relijion franciscana en el Perú les prodiga, esos cuatro hermanos eran los padres, médicos i enfermeros de los indios, a quienes así, despues de seducir con el cariño i veneracion que por su cristiana conducta les cobraban, hallaban medios de instruirlos fácilmente en la doctrina del Cristo. Tanto era el concurso del pueblo que acudia a oir las predicaciones que Fr. Luis hacia en el idioma de la tierra, que, no cabiendo ya en los templos, se congregaba en las plazas i cementerios. Insaciable el relijioso franciscano en su sed de convertir a los jentiles, predicaba los mas de los dias de unos pueblos en otros, caminando siempre a pié i descalzo i con una cruz en las manos.

«Introdujo en muchas provincias la frecuencia de los santos sacramentos i fué el primero que enseñó a los indios a rezar el oficio de Nuestra Señora»[71].

«A cualquier pueblo que llegaba, los clérigos i relijiosos de otras órdenes le admitian para que enseñase i catequizase a sus feligreses, i era tan conocido el provecho de su doctrina que el Iltmo. don Antonio de la Raya, obispo del Cuzco, le hizo cura de una parroquia de indios dentro de la ciudad con intento de que predicase en todas las parroquias, como lo hacia, con tan

don Tomás Tamayo de Vargas escribiese en latin una historia eclesiástica del Nuevo Mundo; i para que se ejecutase con toda precision ordenó a los vireyes, gobernadores, etc., por cédula, datada en Madrid a los 21 dias de diciembre de 1635, que se cometiese el estudio especial de cada provincia a «personas particulares, doctas e intelijentes». Tal ha sido el orijen de las crónicas relijiosas de las Ordenes en América, libros verdaderamente notables para la época en que fueron escritos, que contienen a veces, entre nimiedades, curiosos detalles históricos i preciosos modelos de la imprenta primitiva en América. Todas ellas son hoi verdaderas curiosidades bibliográficas.

71 Córdova, *Relacion de la fundacion, etc.*

grandes concursos de indios que, admirado el obispo, por descargo de su conciencia escribió al Santísimo Padre, vicario de Cristo, i al rei N. S. con apretadas súplicas se lo diesen por coadjutor»[72].

«Por sus virtudes i ejemplos, por su gran talento i erudicion subió la escala de los empleos honoríficos de la Orden hasta el provincialato, que desempeñó a satisfaccion de toda la provincia, sin que las graves ocupaciones del oficio le impidiesen el ejercicio de la predicacion i ministerio apostólico, en que fué insigne operario de la gloria de Dios i de la conversion de las almas, así entre fieles como infieles»[73].

Ocurrió por este mismo tiempo (1597?)[74] que los padres de Fr. Luis fundaron en el pueblo, en que desde tantos años residian, el monasterio de Santa Clara, dándose principio a las reglas con la profesion de las tres hijas que tenian. Fué aquel un espectáculo conmovedor: miéntras en el presbiterio renunciaban al mundo las tres doncellas para encerrarse por siempre tras las paredes del convento i se vestian el hábito de manos del provincial de la Orden

72 Id, id. A lo espresado en el texto, agrega el mismo autor... «que sin duda lo concedieran a no llegar nueva de su muerte. El rei lo presentó para obispo de la Imperial, etc». Existe en estas frases cierta oscuridad que no debemos pasar desapercibida Pretende Córdova que Oré no fué nombrado coadjutor del obispo del Cuzco por haber llegado nueva de su muerte. «Para posesionarnos de la dificultad es necesario, ante todo, relacionar aquí lo que trae Alcedo en su *Diccionario*, tomo II, páj. 749:=Don Antonio de la Raya, natural de Baeza, electo obispo en 1595, pidió que le nombrasen un auxiliar, i volvió a España el año de 1606». Alargándonos por ahora mucho en las fechas, tendremos que la peticion debió elevarse despues de 1595 i ántes de 1606, época en que el peticionario se fué a España; i mas adelante veremos que ya ántes de esta fecha, Oré estaba en Europa. Tal como se presenta la cuestion en Córdova, parece que a la época de la solicitud, el relijioso franciscano estaba aún de párroco: mas, en vista de lo anterior, debemos entender que se le pidió para coadjutor cuando se hallaba en Europa. Por otra parte, la llegada de la nueva ¿a qué punto debemos referirla? Sin duda que nó al Perú, desde que era en Roma i en Madrid donde se iba a dictaminar; pero ¿cómo llegaba a estas ciudades tampoco desde el Perú cuando, como dice Alcedo, La Raya se habia marchado a España? Sin duda que hai un error en todo esto, o por lo ménos gran confusion. Apuntemos pues, el hecho de la peticion, i pasemos por sobre lo demas.

73 Ramirez, *Cronicon* cit.

74 No fijan los autores la fecha de este suceso. Nosotros tomando en cuenta que en 1595 era cura párroco en el Cuzco i que en 1598 ya habia dejado de ser provincial, la fijamos en el intermedio. Debemos, sin embargo, espresar aquí que nos parece dudoso ejerciera aquel curato; al ménos, si lo tuvo, debió ser por un tiempo insignificante.

de San Francisco, otro hermano de las profesas hacia resonar a ese tiempo con sus palabras la casa de Dios[75]. Fr. Luis debió sentirse feliz en ese dia!

Iba ya a llegar la ocasion en que el misionero franciscano pusiese a contribucion en pró de la relijion i de la ciencia i de un modo duradero, los conocimientos lenguísticos que habia adquirido durante sus correrías entre los indios. Term inaban casualmente para él en ese entónces sus funciones de provincial, i hallábase así en el caso de disponer de su tiempo para la publicacion de una obra que habia compuesto siendo guardian de Jauja, cuyo título es a la letra como sigue: *Symbolo cathólico indiano en el cual se declaran los misterios de la Fe contenidos en los tres Symbolos Cathólicos, Apostólico, Niceno, i de San Atanasio. Contiene assí mesmo una descripcion del nuevo Orbe i de los naturales dél.* Impresso en Lima por Antonio Ricardo. Año 1598. A costa de Pedro Fernandez de Valenzuela[76].

Puede, pues, notarse ya que comprende la obra dos partes mui desemejantes entre sí i cuya amalgama apénas si se esplica.

Comienza el autor por manifestar que el conocimiento de Dios se alcanza de dos modos, diversos entre sí, pero que reconocen el mismo oríjen: el gran libro de la naturaleza i la Sagrada Escritura. Contiene aquél solo cuatro pájinas, i se halla escrito en la primera todo lo inanimado, «las cosas que no tienen vida, ni sentimiento, ni entendimiento, ni libre albedrío». En la segunda, las que solo tienen vida, es decir, un alma vejetativa, i cuya muestra jenuina son los árboles i plantas. En la tercera, las criaturas a quienes falta solo el entendimiento; i en la cuarta, el hombre.

En jeneral, lo que podríamos llamar la primera parte, es un tratado filosófico-teolójico sobre Dios i sus atributos, estudiado tam-

75 *Sínodo diocesana de Concepcion celebrada en* 1744. Agrega el padre Ramirez, de quien tomamos esta cita, que «aquel acto (la sínodo) deja un vacío inmenso (por lo que se refiere a Oré que solo pueden llenarle sus heróicas empresas i grandes servicios al Estado i la relijion ántes de su promocion a la mitra de la Imperial».

76 Este librito en 8.° es hoi sumamente raro. Solo hemos visto nosotros tres ejemplares que se conservan, uno en la «Biblioteca Nacional de Santiago», otro en la «Biblioteca pública de Lima», i otro en la «Bib. del Museo Brit».

bien en los dogmas de la relijion católica, por ejemplo, bajo la significacion de la Santísima Trinidad.

Su filosofía es injenua i candorosa, sencilla como los sentimientos de la edad primera, que se conquistan hablando no tanto a la intelijencia cuanto al corazon; i bajo este aspecto, el trabajo de Oré, destinado a la instruccion de los indios[77], llena perfectamente su objeto.

Véase como resume sus pensamientos sobre la tésis que lo ocupa:

Dichosos i bienaventurados los que, libres i descuidados de las tinieblas de la muerte, van ya caminando por el seguro camino del cielo, dan pasos para la vida eterna, guiados de esta luz clarísima del conocimiento de Dios. Desdichados, por el contrario, los que habitan en esta rejion de la sombra de la muerte, en estas Indias Occidentales donde principalmente se mira i echa el ojo, ya para el lance i anzuelo, al interes mas que a la pesca i ganancia de las almas redimidas por la sangre del cordero sin mancilla, Jesucristo.

Pero es, naturalmente, en la segunda parte donde reune la obra de Fr. Luis un interes harto mayor para la posteridad: va a hablar de América i este solo título merece la consideracion de los hijos de su suelo.

Su espíritu altamente justiciero, si se hubiesen escuchado sus palabras, habria obtenido una reparacion debida bajo todos respectos al nombre de Colon; i así como ha precedido a los sabios modernos[78] en aquella division científico-relijiosa que vislumbraba en todo lo creado, así tambien aquí nada tiene que envidiar a

77 Véase los términos en que el prior del convento del Parina-Cocha, Fr. Jerónimo de Valenzuela, los apostrofa a propósito del libro, en un soneto publicado en las primeras pájinas:

Inculta jente del oculto mundo,
De niebla oscura hasta aquí cercada
I en el tártaro piélago anegada
Del satánico reino furibundo.
Despierta ya de sueño tan profundo
I con la luz deífica guiada
Al mar tranquilo sal, mui confiada
De llegar a aquel puerto sin segundo.
I si saber quisieres el camino
De este plácido, ameno i empíreo puerto
Aunque no tengas guia ni piloto,
Frai Luis Jerónimo de Oré, que es digno
De excelsa loa, te lo muestra abierto
En tu lenguaje con su libro docto.

78 Nos referimos especialmente a M. Reusch i a su espléndido libro *La Bible et la Nature.*

posteriores historiadores i estadistas que han reclamado para el nuevo mundo el nombre de Colombia. «El nuevo título que doi a esta tierra, mas propio que el de América que hasta ahora ha tenido, me pareció justo se le pusiese por la averiguacion que de muchos escritores he sacado de que fué Cristóbal Colon, jenoves, el primero que descubrió este mundo oculto a los habitantes del otro i no Américo Vespucio».

Da principio a estas pájinas con una noticia jeneral del orbe recien conocido, consignando algunas sospechas que de su existencia se tenian ántes del descubrimiento; continúa con una compendiosa descripcion de la jeografía del Perú i de algunos de sus pueblos, e inserta las creencias que los aboríjenes tenian de la descendencia de los primitivos soberanos «hijos del sol».

Sin embargo, no es esto todavía lo último que abraza Oré en sus estudios, pues a continuacion vienen las indicaciones del cuidado que se ha de tener por los ministros del Evanjelio en la conversion de los indios infieles; i, finalmente, algunos apuntamientos de ritual i devociones para los mismos. A valernos de una comparacion tomada de esa naturaleza que tanto admiraba Fr. Luis, buscada para la apreciacion de su libro, diríamos nosotros que es como uno de esos trayectos que emprende el viajero para doblar remotas i prolongadas cumbres subiendo el curso de las corrientes, anchurosas i tranquilas en el comienzo de la ruta, para encontrarse a lo último en su nacimiento, por hilos de agua apénas perceptibles que se deslizan suspendidos entre rocas o en el fondo de las quebradas; majestuosas, pues, al vérselas formadas, pigmeas cuando se las sorprende en su oríjen!

Debe observarse que, acaso por un trabajo de redaccion de época diferente, el estilo de la primera parte decae mucho cuando se llega a la seccion descriptiva, el cual siendo firme i fácil en aquella, languidece i se arrastra con el peso de la erudicion i las citas en la última.

Solo al concluir estos párrafos es cuando puede decirse comienza a justificarse el título del libro, es aquí cuando se llega a la esplicacion de los símbolos en versos del idioma quíchua.

Despues de cada uno de los siete cánticos en que se divide esta porcion i que comprende ademas algunos misterios i una reducida historia de la vida del Cristo, siguen las aclaraciones en castellano. El fondo, por cierto, es de la Biblia o de los Padres, i como si estas lecturas i lo grandioso del asunto modificasen completa i favorablemente su espíritu, sufre su estilo una curiosa trasformacion, trocándose en ese lenguaje profundo, conmovedor i único que tan bien traduce las sublimes enseñanzas de una relijion divina.

Perdonarán nuestros lectores la cita que vamos a hacer, pero la estimamos necesaria como comprobante i como muestra:

Los cielos i la tierra, los ánjeles i demonios, estas cosas todas hizo Dios en el principio del mundo, i despues de esto hizo el fuego que abrasa, el aire que aspira, los altos cerros i collados, las quebradas i llanuras, El las hizo i crió. Todas las aves, tórtolas i pájaros, águilas i halcones, i hasta las mariposas i abejas que vuelan, El las hizo i crió. Las flores, azucenas blancas, claveles i prados, lo azul, amarillo i otros varios colores, El los hizo. Todos los animales, los de cuatro piés, los reptiles, acuátiles i volátiles, i todos los que tienen vida, El se las dió, i los hizo i crió. Los árboles i todas las plantas, los maderos altos, la yerba verde, la hortaliza i cuanto florece, El mismo lo hace producir i crecer. La noche i el dia, el invierno i el verano, el tiempo frio i templado, el calor i el nublado, la nieve i el agua, El las crió. La *chinchiscoma*, árbol preciado, los altos cedros, alisos, sauces, palmas i diversas plantas, El las hace nacer i crecer. Los claveles i flores de espinas, rosas i flores azules abiertas, la primavera, prado i florestas, El las agracia i viste de hermosura. La yedra que se revuelve i entreteje a los árboles, la madreselva que se encadena por ellos, las plantas i árboles que por sí crecen, i los bejucos que van arrimados i suben, Tú los haces crecer. Las piedras preciosas, diamantes, rubíes i esmeraldas, el cristal i otras piedras preciosas resplandecientes como estrellas i las perlas que se crian dentro de la mar, Tú las criastes i distes la hermosura que tienen. ¡Cuán engrandecidas son, Señor Dios, tus obras! Todas las hicistes con tu sabiduría, la tierra está llena del poderío tuyo. Gloria sea al Padre i al Hijo i al Espíritu Santo, i todas las cosas alaben a Dios Nuestro Hacedor!

Como se ve, puede exijirse mas recorte en la frase i mas precision en el sentido; pero hai, no puede negarse, en esos períodos un cierto tinte jeneral melancólico que tiene mucho de conmovedor.

En resúmen, *El Símbolo católico indiano*, debe mirarse solo como la produccion primera del escritor, de la cual si se conservan hasta hoi fragmentos de interes, en cambio, la diversidad de materias agrupadas pudiera ser un indicio de que solo se ha querido aumentar el número de pájinas, contratada ya la impresion, i

dando así un lugar para cuanto se encontró a mano, no importaba que hiciera o no al asunto[79].

No indican los anales de la época la fecha en que el escritor que se daba ya a conocer en su país como de una notoria ilustracion emprendió viaje a la vieja Europa. I como en este vasto teatro fué donde el relijioso franciscano tendió sus alas i alcanzó a la cumbre de su carrera literaria, justo nos parece seguirle sus pasos durante los largos años que vivió ausente de la patria americana.

A estarnos a lo que autores de algun valer han apuntado, Oré no debió permanecer en Lima mucho tiempo despues que vió la luz pública su tratado sobre el *Símbolo;* pues se asegura que en 1604 repartian ya de su pluma las prensas europeas las pájinas en 4.°

79 Varios son los escritores que han dado noticia de esta obra del obispo de la Imperial; pero por las vaguedades de que hacen mérito, tengo para mí que solo uno o dos de ellos la hojearon alguna vez. Carvallo se limita a decir que «tradujo al idioma jeneral del Perú el catecismo, el símbolo de San Atanasio, muchos himnos del breviario, i escribió en verso la vida de Jesucristo», como si tratase de trabajos aislados, sin mencionar el tomo en que corrian.

Córdova i Salinas, dando cuenta de los méritos del relijioso de San Francisco, espresa que «ilustró las iglesias i doctrinas de estos reinos con muchos libros que compuso, por donde se rijen los curas para la buena enseñanza i educacion de los indios, de que se han seguido maravillosos efectos en el provecho espiritual de los indios, porque ha sido como instrumento divino con que se han librado de las uñas del demonio i salido de su cautiverio gran multitud de almas». I a renglon seguido confunde el *Manuale peruvicum* con el *Símbolo*, contando que compuso un *Manual* de siete lenguas de diferentes provincias en que tradujo el catecismo, el *Símbolo de San Atanasio*, muchos himnos del breviario romano, i toda la vida de Cristo en verso, de que han gustado tanto los indios, que los cantan en sus casas i chácaras, etc». *Relacion de la Fundacion*, etc., M. S.

Veamos ahora los errores en que incurre tambien sobre el particular el autor del *Cronicon sacro-imperial*: «Despues de su provincialato, por los años 1598, imprimió en Lima un tomo en folio, intitulado «*Descripcion del Nuevo Orbe y de los naturales de él. I otro idem* en el mismo año, su título *Orden de enseñar la doctrina cristiana en las lenguas quéchua i aimará.* Despues imprimió un tratado que tituló: *Símbolo católico indiano, en el cual se declaran los misterios de la fe contenidos en los tres símbolos católicos, apostólico, niceno i de San Atanasio*». El padre Ramirez se dejó, pues, seducir por la diversidad de materias contenidas en el volúmen en cuestion e hizo de él tres obras diversas, agregando que las primeras eran en folio.

Briseño en su *Estadística bibliográfica* no dió tampoco el título exacto de la obra i omitió espresar el formato, como acostumbra, lo que prueba que tampoco se tomó el trabajo de rejistrar el texto.

Véase ahora, por el contrario, cómo en las palabras que vamos a trascribir se trasluce el conocimiento que el que las dijo poseia del libro de Oré. Refiere el doctor don Juan de la Reynaga Salazar, caballero del hábito de Santiago, oidor

de un nuevo libro que habia compuesto con el título de *Relacion de los Mártires de la Florida*[80].

de la Real Audiencia de Panamá, en el fol. 110, cap. 19, parte 2.ª de su *Biblioteca de Oro*, manuscrita, cit. por Córdova, donde da noticia de los escritores de las Indias i de sus obras, «que imprimió frai Luis en Lima en 1598, el *Símbolo*, etc., con aprobacion de los obispos de Tucuman i el Cuzco i del arzobispado de los Reyes. Declara en este libro los misterios de la fe contenidos en los tres símbolos católicos, etc. Hizo en él una descripcion del Nuevo Orbe i de sus naturales i puso un órden de enseñarles la doctrina cristiana en las dos lenguas *quéchua* i *aimará*, i añadió en este cuerpo muchos himnos del breviario romano, traducidos en la lengua de los indios, que los cantan en sus casas i chácaras i en las iglesias».

Antonio de Leon no estaba tampoco mejor impuesto cuando dijo que el libro del franciscano Oré se intitulaba *Orden de enseñar la Doctrina cristiana en las lenguas quichua i aimará* i que habia sido impreso en folio, (*Epítome*, etc., tít. XVIII, páj. 110). I en el título siguiente. «De los autores que escriben de la conversion de los indios», da el *Símbolo católico indiano* como obra diversa de la anterior; pero sin espresar siquiera si alguna vez se imprimió. En la obra grande, tomo 2.º, columna 739, da esta indicacion con el mismo error del *in folio*, i en la número 727 refiere que el *Orden de enseñar la Doctrina Cristiana*, forma parte del *Símbolo Indiano*. Le atribuye tambien, como libro separado, una *Declaracion de lo que contiene el Credo*, Lima, 1598, que, como se sospechará, no es mas que parte del *Símbolo*. Estos escritores que hemos citado se han engañado naturalmente por la diversidad de materias que abraza el volúmen publicado por Oré en 1598; i no habiéndolo visto han podido lejitimamente creer que la diversidad de materias implicaba tambien diversidad de volúmenes. Nicolas Antonio [*Bibliotheca Hispana nova*, Madrid, MDCCXXXVIII, tomo 2.º, páj. 43] da a sus lectores las siguientes indicaciones sobre el libro de Oré: «*Orden de enseñar la Doctrina cristiana*, etc., 1598, fol.: Sed haec portio est majori operis, cuyus inscriptio & argumentum est: *Símbolo católico indiano*, etc.; simulque *Una Descripcion del Nuevo Orbe*, etc».

80 La indicacion del año de la publicacion de esta obra estamos mui distantes de mirarla como segura. Antonio de Leon que la dió primero (*Epítome*, páj. 78) asegura en este lugar que se imprimió (no dice la localidad) en 1604, en 4.º, i en el tomo 2.º del *Epítome* publicado en Madrid en 1738, da a entender, al final de la columna 629, que se hizo de ella una edicion en Lima, en 1612, dato que ha hecho suyo, Alphonsus Lasor a Varea Raphael Savonarola, en el tomo I, páj. 389, col. b. de su *Universus terrarum orbis scriptorum calamo delineatus*, etc. Patavi, 1713, fol.

Dan tambien noticia del libro, Don Gabriel de Cárdenas, quien espresa que la *Relacion de los Mártires que ha habido en la Florida* «se imprimió en 4.º el año de 1604». (*Ensayo cronolójico para la historia general de la Florida*, Madrid, 1723, paj. 181).

Nicolas Antonio en la páj. 43 del tomo 2.º de su *Bibliotheca Hispana nova* (Matriti, MD CXXXVIII) está en un todo de acuerdo con el anterior.

Carvallo i Goyeneche asienta únicamente (*Descripcion histórico-geográfica*) que Oré «escribió la *Historia de los relijiosos i sacerdotes que padecieron martirio en la Florida*».

Por último, Briseño admite tambien tanto el libro como la fecha en cuestion (*Estadística Bibliográfica de la Literatura chilena*). Don Ignacio Victor Eyzaguirre (*Historia de Chile*, tomo I, páj. 281) se limita a recordar que «fruto de la estudiosidad de Oré fueron muchas obras que escribió, algunas de las cuales han sido publicadas en diferentes ocasiones».

Parece que alguna comision de la Orden llevaria Oré a Roma[81]: al ménos a mui poco de llegar a Europa se trasladó a la residencia de los sucesores de San Pedro. Trabó allí amistad con el maestro Vestrio Barbiano, datario de Paulo V, a quien dedicó un *Tratado sobre las Indulgencias*[82], escrito en la-

Hai todavía otros bibliógrafos que silencian completamente en sus noticias individuales el libro que se atribuye al obispo chileno, como ser el doctor don Francisco Antonio de Montalvo *Sol del Nuevo Mundo*, Roma, 1683, in fol., en las pájs. 96 i 97), i aquel caballero del hábito de Santiago don Juan de la Reynaga Salazar, autor de la *Biblioteca de Oro*, M. S. «donde da noticia de los escritores de las Indias i sus obras», i a quien Córdova Salinas se ha creido obligado a citar en la enumeracion de las obras de Oré, «por ser persona tan docta, grave, fidedigna i mui curiosa» i cuyo testimonio parece realmente respetable.

Tenemos, pues, que, a escepcion de Leon Pinelo, unos escritores se han ido copiando a los otros, i los que no, se han visto precisados a guardar silencio porque nada les constaba sobre el particular. I a esto debemos agregar todavía que en las colecciones de libros o en bibliotecas relativamente ricas en obras de autores americanos, no se encuentra enunciado el título del libro de Oré:

Prescindiendo de tales antecedentes, hai una circunstancia que se refiere a la probabilidad de la composicion de *Los Mártires de la Florida* i que debe mencionarse si queremos formarnos un juicio acertado sobre la materia. Mui luego veremos en el texto que en una entrevista que Oré tuvo con Garcilaso de la Vega, en Córdoba, el año de 1612, pidióle aquél algunas de sus obras a fin de que los misioneros que se marchaban a la Florida pudiesen tener algun conocimiento de los indios a quienes iban a predicar. Si Oré hubiese compuesto en esa fecha el libro cuya existencia controvertimos, i si suponemos que llenase medianamente las espectativas que el título hace esperar, era indispensable que diese detalles minuciosos de las costumbres de aquellos salvajes, que naturalmente debieron ser los verdugos de los mártires cuya historia emprendia. Era entónces su libro el que podia prestar a los misioneros que partian a embarcarse las indicaciones mas útiles; pero, al contrario, Oré le pedia a Garcilaso sus obras «para que las llevasen aquellos relijiosos i *tuviesen noticia de las provincias i costumbres de aquella jentilidad*». Luego veremos tambien que es mui probable que el relijioso franciscano jamas pasase a la Florida i que así ni siquiera hubiese podido adquirir datos personales sobre el asunto de que se supone se ha ocupado.

En vista de lo relacionado, creemos que las fechas de la publicacion del libro (1604-1612, segunda edicion) deben postergarse, si es que se acepta su existencia misma, lo que nosotros dudamos muchísimo; porque, si verosimilmente no se publicó la obra en los años que se supone, con igual razon puede conjeturarse que esa hipótesis jamas aconteció. Sin embargo, ¿qué puede decirse cuando vemos que Ternaux en su *Catalogue*, N.° 346, páj. 66, declara que posee un ejemplar impreso en Lima en 1612, 12°?......

81 Aventuramos esta circunstancia en vista de su asistencia al capítulo provincial tenido en Roma, i del encargo que recibió para la Florida (Montalvo, *Sol del Nuevo Mundo*, lugar citado).

82 La bibliografía del libro es la siguente: Nicolas Antonio, *Bibl. Hisp. nov.*, tomo 2.°, páj. 43; Montalvo, *Sol del Nuevo Mundo*, páj. 97; Reynaga, citado por Córdova Salinas, *Bibl. de oro i Crónica;* Ramirez, *Cronicon sacro imperial de Chile.* MS. Alva i Astorga, *Militia*, etc., col. 980, o sea el continuador de Waddingus, *Scriptores Ordinis Minorum*, Romae, 1806.

tin[83], que fué a imprimir a Alejandria[84] el año de 1606 i que habia compuesto a solicitud de su amigo.

Continuando en su vida de trabajo, dió aún a la estampa en Italia poco tiempo despues uno de los libros mas curiosos que existan sobre América, que es hoi una verdadera joya bibliográfica i que desde el Perú llevaba escrito i con las aprobaciones del caso. Propúsose en él el noble objeto de facilitar la conversion de los indios, a cuyo ministerio tantos años de su vida habia dedicado, i en el cual, por consiguiente, mas que nadie tuvo la oportunidad de cerciorarse cuanto se facilitaba la predicacion de las verdades cristianas una vez que los misioneros i párrocos pudiesen instruir a los indios en su nativa lengua. «La falta que hai, decia Oré en su obra, en las provincias del Perú de algunas traducciones necesarias para administrar los santos sacramentos a los indios naturales dél, en las lenguas jenerales de aquella tierra, *quíchua*, *aimará*, *puquina*, *mochica i guaraní* me ha obligado por el servicio de Dios principalmente, i por el bien de los indios i de sus curas a escribir este *Manual*, el mas breve i compendioso que pude, despues de haber visto con particular atencion el *Manual Salmantino* de que se usa en toda España, el sevillano i el mejicano antiguo i nuevo, i el que se usa en Portugal i en el Brasil i en las iglesias católicas de Francia que tienen comunion con la iglesia romana, i con todas las de Italia;...... de todos los cuales evitando la variedad i diferencia, se ha reducido lo esencial en un solo manual». Era pues llegado el caso de que emplease dignamente aquellas aptitudes para aprender estraños idiomas con que el cielo lo dotara; que ocurriese a sus antiguos recuerdos de aquellos dias en que impertérrito se internaba por entre las selvas del Perú para anunciar la redencion de la cruz a los salvajes maravillados, i que pensase un poco en la santidad de su

83 Solo por seguir a Córdova en su *Relacion de la fundacion* indicamos esta circunstancia, que la creemos, por otra parte, algo aventurada en vista de que todos los autores dan el título del libro en castellano, a escepcion del padre E. M. de Cerreto, *Annales Minorum*, etc., Anconae, 1860, t. 24.º, páj. 199.

84 Los diccionarios jeográficos colocan esta ciudad no mui léjos de Roma, dándole una poblacion de unas diez o doce mil almas. Nosotros la visitamos recientemente i es mas bien hoi una plaza fuerte.

obra para que estuviese concluida. I así fué en efecto que al año siguiente de la última publicacion que habia hecho apareció en Nápoles un libro cuyo título es el siguiente, tal cual se encuentra en la portada, i que, como era de creerse, mui pronto se hizo popular en todas las parroquias de indios i «por él se rejian i gobernaban».

Rituale seu Manuale Peruanum, et forma brevis administrandi apud Indos sacrosancta Baptismi, Poenitentiae, Eucharistiae, Mathrymonii, et Extremae unctionis Sacramenta. Juxta ordinem Sanctae Romanae Eclesiae. Et quae indigent versione vulgaribus Idiomatibus Indicis, secundum diversos situs omnium Provinciarum novi orbis Perú, aut per ipsum translata, aut ejus industria elaborata. Neapoli, apud Jo. Jacobum Corlinum et Constantinum Vitalem, 1607, in 4.

«Por este se rijen i gobiernan, dice el caballero Reynaga, todos los curas i doctrineros de indios de los reinos del Perú en la administracion de los santos sacramentos i enseñanza de la doctrina cristiana, en las lenguas de los arzobispados de Los Reyes i de Los Charcas, i de los obispados sus sufragáneos, Cuzco, Quito, Chuquiago, Arequipa, Guamanga, Trujillo, Santa Cruz, Tucuman i Rio de la Plata i hasta el Brasil inclusive, en distancia de mil i ochocientas leguas, i así, fuera de las lenguas latina i castellana, tiene este manual la *quichua, aimará, puquina, mochica, guaraní i brasílica*».

«Este ritual destinado principalmente a los misioneros i al clero del Perú, contiene todas las oraciones i formas del rito romano, en latin i en español, con la traduccion en quíchua i aimará.

«Se halla en él la célebre bula de Alejandro VI, datada en Roma en 1493, fijando los límites de las posesiones de los españoles i de los portugueses en los países del Nuevo Mundo descubiertos i por descubrir. Las pájinas 385 a 418 abrazan un resúmen de la doctrina cristiana en español, con las traducciones siguientes: en *quíchua* i en *aimará*, por relijiosos de diferentes órdenes; en *puquina* hecha en gran parte por el padre Alonso Barzana de la

Compañía de Jesus, llamado el apóstol del Perú, nacido en Córdoba en 1528, muerto en el Cuzco en 1598, despues de haber pasado veinte i nueve años en las misiones del Tucuman i del Paraguai. Es quizá la sola obra conocida de este autor, citándose las otras solo por los cronistas de la Compañía de Jesus, o por historiadores, es probable que desgraciadamente se hayan perdido. Es tambien el mas antiguo monumento que nos quede de la lengua *puquina*, dialecto que no tiene ninguna afinidad con las otras lenguas americanas; en lengua *mochicá*, traducida por los seculares i regulares, segun disposiciones del arzobispo de Lima.

«Las indicaciones que sobre el autor de este libro nos da Wading, son de corta estension...

«La traduccion del ritual romano es, como puede verse, no solo una obra mui rara, pero uno de los mas preciosos documentos que existan para el estudio de las lenguas de la América Meridional»[85].

El método que Oré sigue en su obra es trascribir primero en latin los cánones de la iglesia; ponerlos en seguida en castellano, añadiendo algunas doctrinas jenerales concernientes a la materia, lo que él llama *pláticas*, primero en castellano i despues en *quichua*, etc. Continúa con el mismo método en los demas sacramentos i agrega, finalmente, los ritos sobre la misa, entierros, proce-

85 *Bibliotheca Americana*, catálogo razonado de la casa Maisonneuve, Paris: arreglado por Ch. Le Clerc, 1867. Pájs. 260-261.

Tuvimos noticias que un ejemplar se conservaba en cierto archivo de la iglesia catedral de Lima, i llevados del natural deseo de rejistrarlo, solicitamos para el encargado de conservarlo una carta del jeneral Mendiburu, hombre mui bien relacionado en aquella ciudad i cuyo *Diccionario* honra a las letras peruanas; mas, aunque los términos de la carta eran empeñosos, se quiso reducir el asunto a *autos*, viéndonos así obligados a desistir. Posteriormente logramos la oportunidad de consultar la obra en la B. del Museo Brit.

No estará demas tampoco, ya que se ofrece la materia de por sí, que sepan nuestros aficionados a la antigua literatura americana i que sueñan con las riquezas que creen encierran las bibliotecas conventuales de la ciudad de los Reyes, que hoi, a escepcion de San Francisco, donde existen algunos libros teolójicos, i de los Descalzos, donde no se permite a nadie la entrada, en todos los demas solo se conservan noticias de pasadas grandezas. Ahora, en cuanto a la Biblioteca Pública, no se puede estudiar en ella por la falta de catálogo, i segun parece, cuanto bueno encerraba va desapareciendo, o por incuria o por poca honradez de los visitantes. Muchas veces nos ha sucedido encontrar obras a las cuales se habia arrancado la pájina que se quiso consultar.

siones, etc. Si en un libro de esta naturaleza, no hai, pues, como tejer literatura, podemos, sin embargo, agregar que la parte castellana está concisa i claramente redactada.

Algunos años despues de la publicacion de esta obra recibió el laborioso franciscano del jeneral de la Orden, de acuerdo con el Consejo real de las Indias, el encargo de disponer una espedicion relijiosa, compuesta de veinte i cuatro personas entre sacerdotes i hermanos legos, para que fuesen a la conquista espiritual de la Florida. Entre las dilijencias de su mision, tuvo Oré que trasladarse a España para arreglar la marcha definitiva del convoi que debia salir del puerto de Cádiz.

Miró desde luego como mui conveniente para los espedicionarios el que llevasen anticipado algun conocimiento de las naciones en cuyo centro pronto iban a encontrarse, i al efecto, a su paso por la ciudad de Córdoba se apersonó a Garcilaso de la Vega que sabia se ocupaba en ese entónces de trabajos históricos sobre esas rejiones[86]. Refiere esta entrevista el antiguo descendiente de los Incas en la pájina 460 del tomo II de la *Historia general del Perú* (Madrid, 1722) en los términos siguientes, que nos van a permitir conocer minuciosamente lo que pasó durante aquel rato entre esos dos hombres de no escasa celebridad:

....«Pero al principio del año 1612 vino un relijioso de la Orden del seráfico padre San Francisco, gran teólogo, nacido en el Perú, llamado Fr. Luis Jerónimo de Oré, i hablando de estas cabezas (las que va a espresar) me dijo que en el convento de San Francisco de la ciudad de los Reyes estaban depositadas cinco cabezas, la de Gonzalo Pizarro, la de Francisco de Carvajal i Francisco Hernández Jiron, i otras dos que no supo decir cuyas eran. I que aquella santa casa las tenia en depósito, no enterradas sino en guarda; i que él deseó mui mucho saber cual de ellas era la de Francisco Carvajal, por la gran fama que en aquel imperio dejó. Yo le dije que por el letrero que tenia en la jaula de hierro pu-

86 Por equivocacion dice Montalvo, obra citada, que fué despues del embarque de los relijiosos cuando se avistó con Garcilaso, como se verá en las palabras que van a seguir.

diera saber cual de ellas era. Dijo que no estaban en jaulas de hierro sino sueltas, cada una de por sí, sin señal alguna para ser conocidas.

«La diferencia que hai de la una relacion a la otra debió ser que los relijiosos no quisieron enterrar aquellas cabezas que les llevaban por no hacerse culpados de lo que no lo fueron; i que se quedasen en aquella santa casa ni enterradas ni por enterrar. I que aquellos caballeros que las quitaron del rollo dijesen a sus amigos que las dejaron sepultadas; i así hube ambas relaciones, como se han dicho.

«Este relijioso Fr. Luis Jerónimo de Oré, iba desde Madrid a Cádiz, con órden de sus superiores i del Consejo real de las Indias para despachar dos docenas de relijiosos, o ir él con ellos a los reinos de la Florida a la predicacion del santo Evanjelio a aquellos jentiles. No iba certificado si iria con los relijiosos, o si volveria, habiéndolos despachado. Mandóme que le diese algun libro de nuestra *Historia de la Florida*, que llevasen aquellos relijiosos para saber i tener noticia de las provincias i costumbres de aquella jentilidad. Yo le serví con siete libros, los tres fueron de la Florida i los cuatro de nuestros *Comentarios*, de que su paternidad se dió por mui servido. La Divina Majestad se sirva de ayudarles en esta demanda, para que aquellos idolátras salgan del abismo de sus tinieblas».

Como lo habia insinuado a Garcilaso, Oré no estaba seguro de partir con sus compañeros o de quedarse en España; creemos nosotros que el relijioso franciscano, sea por una u otra circunstancia, dió por cumplida su comision cuando se hicieron a la vela sus compañeros, i que así él no los siguió en las peripecias de aquella mística cruzada[87].

87 Nos hallamos de acuerdo sobre este punto con el señor Mendiburu (*Diccionario histórico biográfico del Perú*, tomo 2.°, artículo *Oré*) que insinúa la misma opinion. Van en seguida algunos fundamentos de nuestro modo de pensar.

Si Oré hubiese partido para la Florida, era mui natural que los que posteriormente se ocuparon de referir las peripecias de la espedicion de los misioneros franciscanos, hubiesen dejado traslucir algo de Oré, como que era el jefe,

Si queremos ahora penetrarnos del por qué de estas dilijencias que perseguia Fr. Luis, será preciso nos traslademos a Roma i sepamos que en el capítulo jeneral celebrado ahí en 1612 se erijió en provincia la Florida con la advocacion de Santa Elena, designándose por su primer provincial al padre Fr. Juan Capillas, insigne misionero apostólico en aquellas partes, «i segun se colije de procurador i ajente o apoderado de la custodia o comisario de misiones» al hombre cuyos rasgos venimos señalando[88].

Cumplida la comision que se le habia confiado, Oré dió la vuelta a Madrid, donde dedicó todavía su tiempo por largos meses a la publicacion de dos obras de un jénero casi puramente místico, la

i como anteriormente lo habian verificado cuantos habian seguido sus pasos hasta el momento de la salida de los misioneros.

Así, por ejemplo, Cárdenas *Ensayo cronolójico*, páj. 181) despues de contar que Fr. Luis «partió de Madrid para Cádiz a despachar veinte i cuatro relijiosos de su órden, o ir con ellos a la Florida», se limita a terminar la relacion del suceso con estas palabras: «de que fueron veinte i tres, como asegura Torquemada». Pero ya que alude a este escritor, justo es que acudamos a interrogarle en busca de detalles sobre el particular. Pues bien, Fr. Juan de Torquemada (*Monarchia Indiana*, 2.ª edicion, 1723, tomo 3.°, páj. 354 , es ménos esplícito todavía, agregando únicamente «que el año de 1612 fueron a la cultura de esta viña del Señor (la Florida) veinte i tres relijiosos». Ni es mas concluyente el mismo Garcilaso, pues ni siquiera se refiere en su *Florida del Inca*, cuando habla de los relijiosos que han pasado a aquella tierra (cap. XXII, páj. 268, edicion en fol. de 1723) de la espedicion de los veinte i tres franciscanos que venimos mencionando, pues, a pesar de que en la carátula del libro se promete relacion de las cosas sucedidas hasta el año de 1722, solo se llega en esta parte hasta el de 1568.

Hai una circunstancia en que debe fijarse la atencion del lector, i es, que el número de misioneros que llegó a Cadiz fué de veinte i cuatro, sin contar a Oré, i que los autores recordados terminantemente espresan que en definitiva solo salieron de Cadiz veinte i tres. Si esta particularidad la ligamos a la incertidumbre en que nuestro Fr. Luis se hallaba de ausentarse de España, no nos será difícil deducir que los dos relijiosos que faltaron de los veinte i cinco, al embarcarse, uno de ellos fué Oré i el otro algun compañero suyo.

Piensa el señor Eyzaguirre que Oré pasó efectivamente al lugar en cuestion; al ménos esto es lo que parece deducirse de los términos ambiguos en que habla por el momento: «Comisionado por el jeneral de su órden para visitar la custodia de la Florida, *pasó a desempeñar su cargo* con fervor i desprendimiento ejemplar», (*Historia de Chile*, tomo I, pájs. 279-280); vaguedad que, como se deja comprender, proviene de que él mismo no sabia mucho sobre el particular.

Ramirez, por el contrario, que estaba mucho mejor informado, es terminante cuando dice (*Cronicon sacro-imperial*, lug. cit.) que «Oré por los años de 1612 de vuelta de Roma, colectó una mision de veinte i cuatro relijiosos...los que embarcó en Cádiz i *al regreso para Madrid*, etc.

88 *Cronicon*, Ibid.

Vida de San Francisco Solano[89], simple estracto de las informaciones que el relijioso franciscano levantó para acreditar las virtudes de su héroe ante la corte romana, i la *Corona de la Sacratísima Virjen María*[90], «que contiene ochenta meditaciones de los principales misterios de la fe»[91].

Su bagaje literario, que solo debia aumentarse ya, segun se dice, con la obra *Conciones per annum*[92], cuya fecha i lugar de impresion no se señalan, no era, pues, escaso i él debia, sin duda, valerle junto con el renombre que cundia por todos los dominios del rei de España, la presentacion que éste hizo de él para

89 Da noticia de este libro, Nicolas Antonio, *Bibliotheca Hispana nova*, lug. cit. : *Relacion de la Vida y Milagros del P. Fr Francisco Solano*, en 4.° Carvallo dice simplemente que «dió a la imprenta la *Vida*, etc.». *Hist. de Chile*, t. 8.°, p. 312. Agrega a estos datos el *Cronicon sacro-imperial de Chile* que la obra se imprimió en Madrid el año 1619.

La Estadística bibliográfica de la Literatura chilena asimismo no la enumera. Reinaga no menciona la presente entre las obras de Oré; ni Córdova Salinas tampoco.

Del autor de la *Vida de San Francisco Solano* que se imprimió por segunda vez en Madrid en 1643 conocemos lo siguiente: «que en una *cláusula* de la *Relacion de la vida i milagros*, etc., *que imprimió*, refiere que el convento de San Francisco de Lima está fundado en huesos de santos relijiosos, etc.». Este es el único pasaje que pudiéramos citar que contenga alguna alusion esplícita al verdadero libro de Oré; sospechosas, sin embargo, nos parecen aquellas espresiones de *cláus la* i *que imprimió*, en cuanto por ellas se le atribuye la paternidad del libro; porque en efecto mas adelante aquel autor hace una marcada distincion entre la *cláusula* de un libro que *escribió* el P. Diego Alvarez de Paz (páj. 420) i la cláusula del libro que imprimió Fr. Luis J. de Oré. Esto demuestra pues, la jeneral ignorancia que aún respecto de los contemporáneos reinaba acerca de los trabajos de nuestro obispo.

90 Reynaga i Córdova-*Biblte. de oro*, i *Relacion de la Fundacion*, etc.

Cronicon, lug. cit. A propósito de este libro de Oré, dice el relijioso padre Ramirez, que ella (la Vírjen) «le premió en esta vida sus servicios i obseqnios con el obispado de la Imperial». Nicolas Antonio espresa que el libro fué impreso en Madrid, en 4.°, en 1619. Pedro de Alva i Astorga, que habia consultado el libro de Oré, confirma este dato i agrega que la obra llevaba a su frente una imájen de la Inmaculada Concepcion *Militia Inmaculatae Conceptionis Virginis Mariae*, etc., Lovanii, 1663, fol., p. 185.

91 Reynaga, obra citada.

92 Fr. Lucas Waddingus, *Scriptores Ordinis Minorum*, p. 166. Fr. Archangelus a Messona, al prestar a Oré su aprobacion para que imprimiese el *Rituale peruanum*, dice simplemente a este respecto que «le ha sido referido que los obispos del Nuevo Mundo le habian *aprobado* las *Conciones per annum* i un *Vocabularium idiomatum Indorum*, i quizá de aquí proviene que otros bibliográfos mas de lijero hayan dado como impresa una obra solo lista para la publicacion. Fr. Juan de S. Antonio en la obra *Bibliotheca universa franciscana*, etc., (impresa en Madrid en 1732, fol., t. 2.°, p. 298) dice simplemente refiriéndose a esta obra de Oré; *devixit anno* 1628.

el obispado de la Imperial de Chile, en 17 de agosto de 1620[93], siendo, al parecer, todavía comisario de la Florida i Habana[94]. Confirmada por bula de Paulo V la eleccion hecha por Felipe III consagróse sin dilacion en España[95] el fraile franciscano, i a fines del mismo año 620 o a principios del 21 llegó a Lima.

De vuelta ya a su país natal su primer cuidado fué cumplir con los deberes que lo ligaban a su familia: bastante tiempo tambien habia estado ausente para que no sintiese la necesidad de procurarse algun rato de espansion. Talvez su anciano padre no habria muerto todavía, i era, pues, natural se acercase hasta él para darle el abrazo filial o solicitar su bendicion para el nuevo viaje que iba a hacer. ¡Era tambien obispo i estacircunstancia debia llenar de gozo el alma de sus padres i deudos! I él que habia recorrido media Europa, que venia de conocer las maravillas del arte, los prodijios de la ciencia i las grandezas humanas, era necesario fuese a referirles sus aventuras i a contarles personalmente lo que era ese gran mundo!

Nos dice Córdoba, asimismo, que durante el corto tiempo que permaneció en Lima consagró al arzobispo que fué de Méjico don Francisco Verdugo.

Dióse al fin a la vela para el sur de Chile en compañía del veedor jeneral don Francisco de Villaseñor, que traia del Perú

93 «Lúnes i 17 de agosto de 1620 se presentó por S. M. para esta iglesia en consistorio secreto la persona del Iltmo. Señor D. Fr. Luis Jerónimo de *Hort*, de nuestra relijion», es lo que trae el R. P. Fr. Joseph Torrubia en la páj. XIII del Apéndice a su obra *Chronica de la seráfica órden de San Francisco de Asis*, Roma, MDCCLVI; con preferencia a la fecha fijada por Carvallo, (*Descripcion histórico-geográfica*, t. I, páj. 312) 7 de abril del mismo año. Alcedo se limita a decir que «Oré fué electo en 1620».

94 Al ménos, afirma Reynaga que el año precedente de 1619 tenia aún estas funciones.

95 Carvallo en el lugar citado refiere que fué consagrado en Lima por el obispo de Santa Cruz de la Sierra, D. Fr. Fernando de Ocampo; i otro tanto dice Gil Gonzalez Dávila (t. 2.°, p. 155) pero evidentemente este es un error. En efecto, Córdova i Salinas afirma que, «*habiéndose consagrado* Oré obispo de la Imperial de Chile, *salió de España*». Ramirez: que «consagrado en España, emprendió su viaje para Chile»; Montalvo que «en el año de 1620 *pasó* por obispo de la Imperial». Ademas de estos pareceres que le son contrarios ¿cómo esplicaria Carvallo que Oré se resolviese a salir de Madrid sin cumplir con aquella ceremonia indispensable para esponerse aunque fuera solo a retardos en América?

una leva de trecientos hombres[96], i a fines de 1622 tomó posesion de su iglesia en la ciudad de la Concepcion[97].

Antes de que lo veamos moverse entre sus ovejas, pidamos sus colores a la paleta del cronista Córdova a fin de que se conozca los rasgos de la nueva figura que se nos presenta en la iglesia de la Imperial: se halla ya en el territorio chileno i es justo sepamos quien llega a nosotros:

«Era de condicion apacible, blando en correjir, fácil en perdonar, asistente en el trabajo, sobremanera vijilante en cumplir con la carga i cargas de su oficio».

Dándonos ya noticias del tiempo de su obispado, agrega: «Predicaba con celo apostólico las cuaresmas i dias festivos del año. Repartia sus rentas todas con los pobres i a su iglesia donó en vida sus colgaduras i tapices, i dió la plata labrada de su servicio para una custodia del Santísimo Sacramento, diciendo que con el hábito de su P. S. Francisco se hallaba mui rico.

«Acudia los mas de los dias al convento que distaba cuatro cuadras de la casa episcopal a dar la obediencia al guardian, diciendo que era su súbdito, i arrodillado le pedia humilde la mano para besarla, i si la retiraba le besaba por lo ménos el hábito. Allí se confesaba i hacia los ejercicios de su devocion»[98].

Conformes con aquellas noticias se hallan las que rejistra Carvallo, que son como sigue: «Vistió siempre el hábito de su relijion i jamas usó lienzo. Un pobre, que no lo era tanto como este

96 Rosales, t. II, páj. 663.

97 Pretenden algunos que la toma de posesion ocurrió en 1620; lo que, como se presumirá ya. es casi imposible haya sucedido. Hemos visto que solo fué presentado a mediados de 1620, i si se quiere suponer que ese mismo año haya cumplido con aquella dilijencia, ha debido en solo cinco meses consagrarse en España, hacer el viaje al Perú, visitar a Guamanga, i por último, salir de nuevo para Chile. Hacen esta afirmacion: Ramirez (*Cronicon sacro-imperial*) i Amunátegui *Compendio de la historia política i eclesiástica de Chile*, páj. 137 . Aceptamos, pues, como mas probable la opinion de Carvallo (*Descrip. hist. jeog.*, t. I, páj. 312), i en conformidad, desechamos la de Córdova Salinas que la fija en 1623, aunque sin estar mui seguro de lo que decia, ya que se vale de estos términos: «allá por los años de 1623»; fundándonos especialmente para ello en que ya en mayo de este año le escribia el rei desde Madrid consultándolo sobre la guerra de Arauco en su calidad de obispo de la Imperial.

98 *Crónica*, páj. 41, lib. 2.°

relijioso prelado, le pidió de limosna una camisa vieja, i como de esta calidad podia dar mucho, no tuvo dificultad en darla. Sacó el mismo prelado una de sus túnicas interiores ya remendada. El pobre rehusó recibirla i le dijo no era eso lo que pedia. Guardó el obispo su túnica i envió a comprar lienzo para dos camisas, i le socorrió la necesidad que llevaba. Vivia pobremente para tener algo que dar, porque la renta era mui escasa, i siempre corrian empeñadas sus alhajas para dar limosna»[99].

Una de las empresas que mas pudieran entusiasmar el ánimo de un prelado celoso del bien de su grei, vino a ofrecerse de por sí en aquel entónces al obispo de la Imperial. El territorio de Chiloé comprendido dentro de los límites de la jurisdiccion episcopal no habia sido aún visitado sino por uno de sus antecesores[100]; habia infinidad de indios que jamas habian sido bautizados, que no habian oido siquiera la palabra del Evanjelio; la escursion era tentadora i Fr. Luis se resolvió desde el primer tiempo de su llegada a ponerla en planta.

Sin duda que las dificultades que se ofrecian no eran pequeñas: pues las comunicaciones estaban del todo interrumpidas aún con los indios de Valdivia; la insignificancia i escasez de los medios de trasporte eran grandes, i pobrísimas las rentas del obispado; pero nada bastó a contener el entusiasmo del prelado i procuró desde luego solicitar el auxilio del gobernador del reino, que lo era don Luis Fernandez de Córdoba.

«Sin dificultad le allanó éste todos los impedimentos que podian estorbar ilustrase el prelado con su presencia aquel remoto distrito de su gobernacion, i le encargó que a la sombra de su apostólico ministerio procurase adquirir conocimiento de la situacion i estado de los indios de Valdivia i Osorno para emprender su sujecion; porque meditaba entónces la Corte la restaura-

99 Carvallo, en la páj. 312 del tomo I de su *Descripcion*, etc.

100 La sínodo de Concepcion, supone que Oré fué el primero que hizo la visita a Chiloé; pero don C. Errázuriz (*Oríjenes de la Iglesia chilena*, p. 239) sostiene que esto es un error. Gonzalez Dávila exajera tambien evidentemente cuando espresa que Oré visitó *cuatro* veces su diócesis; pero añade que dejó en ella «tanto de bueno que Felipe IV le da muchas gracias en carta su data 12 de set. de 1622», *Teatro ecles.*, t. II, p. 158.

cion del puerto i ciudad de Valdivia. El celoso prelado le aplaudió mucho esta estension de sus ideas, i, aprovechando la oportunidad, visitó aquella parte de su rebaño»[101].

«Gastó un año en aquella navegacion, dice el padre Rosales, con raros ejemplos de santidad i edificacion de todos»[102]; «bautizó i confirmó muchos millares de almas», agrega Fr. Diego de Córdova. A estarnos a lo que dice un historiador, sin embargo, Oré no halló en los habitantes de Chiloé la misma docilidad que hicieron provechosas sus escursiones por entre las naciones jentiles del Perú: manifiesta, por el contrario, «que la indiferencia con que los indios de Chile oyen las verdades de nuestra relijion, apagó los ardores del inflamado espíritu de este celoso predicador. Despues de haber trabajado un año entero por aquellas islas, quedaron sus naturales tan salvajes como los halló, i su Rvdma. regresó defraudado de las esperanzas con que se resolvió a tan arriesgado viaje»[103]. Con todo, deber nuestro es dar a conocer lo que en aquellas rejiones hizo en obsequio de su ministerio. «Fué a aquella provincia, refiere este mismo historiador, i no dejó islas de las descubiertas que no consolase con su presencia. Navegaba de unas a otras en aquellos frájiles barcos que llaman piraguas, i en muchas de aquellas travesías estuvo con la muerte al ojo. Los jesuitas que lo acompañaban, se interesaban con eficacia para desviarle de tan peligroso empeño i no lo pudieron conseguir. Concluyó su visita, les prometió volvia, i regresó a la ciudad de la Concepcion»[104]...... Ocupóse todavía en visitar las parroquias establecidas en el norte de su diócesis[105] i desde entónces se captó

101 Carvallo, obra cit. Estas líneas como las que de este autor siguen mas abajo se hallan en el manuscrito de la B. N. de Santiago. Nos hemos, pues, sorprendido al notar que faltan en la edicion que se acaba de publicar.

102 *Conquista espiritual de Chile*, en la vida del padre Gaspar Hernandez.

103 Son mui comunes las exajeraciones que cometen los escritores eclesiásticos de esta época en la apreciacion del provecho espiritual que cuentan producian las predicaciones o trabajos de los misioneros entre los indios chilenos. La declaracion especial de Carvallo marcha de acuerdo con lo que en jeneral dice D. Diego Barros Arana a este respecto en una de sus notas, (páj. 45) *Historia de la Compañía de Jesus* del P. Olivares.

104 Carvallo, páj. 312, tomo VIII, *Coleccion de Hist. de Chile.*

105 Eyzaguirre, *Historia eclesiástica, política i literaria de Chile*, tomo I, páj. 280.

el aprecio de Felipe IV quien «hizo gran concepto de su mérito personal i le consultó sobre las medidas que debian adoptarse para conseguir la pacificacion de los araucanos [106]. El obispo opinó que ántes de toda otra dilijencia debia retirarse el ejército español de las inmediaciones del Biobio, para que sus individuos no cometiesen estorsiones contra los naturales; que se mandase respetar las riberas de aquel rio por límite de ambos estados, como lo pretendian los naturales, i fomentar la entrada de los misioneros que les proporcionan el conocimiento de la fe» [107].

Solo en obsequio al que nos haya seguido por este dédalo de contradicciones i dificultades vamos a contarle un incidente que en su viaje le ocurrió al obispo de la Imperial, pues debemos ser indiscretos hasta el punto de sorprender a cierto autor i arrebatarle líneas que, escritas de su letra en un principio, se creyó despues en el caso de borrar.

«Arribó el navío en que iban embarcados (Oré i los padres Juan Lopez Ruiz, i Gaspar Hernandez) a la isla de Santa María, i queriendo decir misa al dia siguiente el señor obispo, estaban los dos padres recelosos de que se quisiese reconciliar con alguno de ellos; porque aunque en su vida ejemplar era tenido por un santo i espejo de obispos i relijiosos, tuvo una grande facilidad en ordenar personas desordenadas, ignorantes e incapaces, aunque lo escusaba con la falta que tenia de clérigos. I era esto tan público i tan notado que personas de celo dieron parte de ello a Su Majestad i despues le vino cédula de reprension, i otra al gobernador para que le exhortase se abstuviese de semejantes órdenes. Su señoría, pues, estando para revestirse, llamó al padre Gaspar Hernandez para que le reconciliase. I el padre, teniéndole de rodillas le dijo:—«Señor, sírvase V. S. de levantarse que tengo que decirle una cosa ántes de confesar, por la cual no me atrevo a confesar a V. S.» El santo obispo sin levantarse, dijo:—Mejor estoi de rodillas i mas para oir i obedecer a cuanto V. P. me quisiere mandar; diga cuanto tiene que advertirme.—Entónces le

106 *Real cédula*, Madrid, 27 de mayo de 1623.
107 Eyzaguirre, *Ibid.*

dijo:—Señor, V. S. tiene mucha facilidad de ordenar a personas indignas e ignorantes, i hombres doctos juzgan que V. S. no lo puede hacer, i así no me atrevo a confesar a V. S. Entónces el santo obispo le dijo:—Pues vaya V. P. con Dios, i quedándose de rodillas se estuvo en oracion largo tiempo, que como por la necesidad de clérigos hacia dictámen de que no pecaba gravemente, se preparó para decir misa. I acabada, cuando fué hora de comer, mandó llamar a los padres que, temerosos de haberle enojado, se retiraban, i llegando a la mesa le dijo el padre Gaspar:—Nosotros no somos dignos de la mesa de tan gran príncipe de la Iglesia; i el santo obispo, sin hacer mudanza, les dijo:—Siéntense VV. PP. i no andemos con humildades ni cumplimientos, sino con llaneza. I con el mismo agrado, concluye el narrador, los trajo en el camino i en Chiloé, sin dejarlos de su lado, ni darse por sentido» [108].

Cinco años[109] alcanzaron apénas a enterarse desde que Fr. Luis se habia hecho cargo de la diócesis cuando vino por él la muerte inexorable. «Ocasionósele la última enfermedad, cuenta Córdova Salinas, de una gran penitencia de disciplina de sangre que hizo, pidiendo con muchas lágrimas a la Majestad Divina que librase a aquel reino de los indios rebeldes que aquellos dias andaban mui victoriosos contra los españoles.....Un mes ántes, en salud, predijo el fin de su vida, que, como cisne que festeja i canta la cercanía de su muerte, cantó con lágrimas de alegría el salmo LXXXVIII en que David engrandece al son de sus instrumentos músicos las misericordias que Dios usa en vida i muerte con las almas escojidas i llamadas para que le canten en las eternidades lo profundo de sus abismos i juicios: i repetia muchas veces aquellas dos palabras del gran doctor de las jentes: *mori lucrum*, el morir no es perder sino para ganar el bueno.

«Recibidos los sacramentos de la Iglesia, durmió en el Señor

108 Rosales, *Conquista espiritual de Chile*, M. S. en poder del autor de esta obra.

109 Durante este período Oré tuvo ciertos encuentros con la primera autoridad dél reino, segun consta de unos autos que rejistramos en el archivo de Indias.

el año de 1627[110], al quinto del gobierno de su obispado. Diósele como a santo sepultura en su iglesia catedral de la Concepcion, llorando todos porque perdian amparo, pastor i padre, el muro i armas que defendian la ciudad, la luz i doctrina que enseñaba los caminos de la vida i lo seguro para salvarse las almas[111]».

Hai, pues, tres épocas mui marcadas en la carrera de nuestro hombre i que, poco a poco, en creciente gradacion, fueron aumentando el brillo de su nombre; celoso misionero de indíjenas en sus primeros años de la vida monástica, va preparando al mismo tiempo las semillas del saber con el estudio i el desarrollo de su intelijencia, que mas tarde han de jerminar en abundancia; abandona, en seguida las selvas del Perú, sus dias de penuria i de peligro para lanzarse en una arena llena de brillantes reflejos i en un palenque no ménos honroso. Oré se hace escritor i consigna sus conocimientos en pájinas que fueron de incontestable utilidad, i que revisten la curiosidad i aún la ciencia de cierto prestijio; pero siempre teniendo en mira el servicio de Dios i la adquisicion para la fe de aquellos salvajes que lo preocuparon desde que fué sacerdote. Se ha visto ya el aprecio que de ellas hicieron aquellos a quienes se destinaron.

La tercera faz de sus dias asume caractéres no menos marcados: revestido de la mitra, en medio de una iglesia donde esta-

110 No deja de ser notable la discordancia que se nota en la fijacion de esta fecha; i de véras, que nosotros nos inclinamos a contarla en el año siguiente de 28, de acuerdo con la respetable autoridad de Alcedo [*Diccionario*, artículo *Concepcion*) i con la mas concluyente aún de «las antiguas memorias» a que se refiere el padre Ramirez en su trabajo citado. En la obra manuscrita de Carvallo se designa el de 1630, i en la impresa (tomo I, páj. 312) el de 1613. Amunátegui (*Compendio*, etc.), acepta la primera de las últimas. La fecha dada por Córdova tiene la ventaja de marchar de acuerdo con la que señalamos como del arribo del obispo a Concepcion. Eyzaguirre (*Hitoria*), t. I, páj. 38) afirma que Oré tenia setenta i cinco años cuando murió, lo que vendria a significar para él, que esto habia sucedido en 1629, ya que 1554 es la fecha del nacimiento que él acepta. Si en tal hipotésis hai, pues, un error, es evidente que solo tenia setenta i tres al espirar. Como se habrá observado, en todo lo que se refiere a este obispo, solo nos hemos valido de documentos literarios, diremos así, i no de los auténticos u orijinales que son los llamados a hacer fe i a alejar toda incertidumbre.

111 *Crónica*, lib. 2.°, páj. 41.

ba todo por fundar i donde las desgracias de una guerra incesante golpeaban cada dia i sacudian reciamente la vida i el bienestar de los moradores de la tierra; donde los misioneros apénas si eran conocidos; donde la ignorancia reinaba como absoluto señor; i donde hasta el nombre del Altísimo se escuchaba solo de tarde en tarde i eso en boca de guerreros ambiciosos, egoistas, crueles i avaros, el trabajo del pastor era inmenso. Ya de nada le servian en el nuevo cargo sus dotes de hombre de saber i sus condiciones de literato i escritor; se necesitaba abnegacion, celo cristiano, desprendimiento ejemplar, las dotes de un hombre de corazon, i Oré no se dejó arredrar. Era el primero de sus deberes conocer a los feligreses que iba a rejir i penetrarse de sus necesidades, i fué a Chiloe a aliviar las miserias que pululaban, i su caridad halló medio de socorrerlas: por eso concluia con razon Rosales que habia sido «un varon admirable en letras, celo de las almas i santidad»[112].

Aquella época, sin embargo, fué fecunda en Chile en hombres de valer por su talento i virtudes; i si en la silla de Concepcion solo tendremos que ocuparnos en lo que toca a nuestra obra de Espiñeira, mui pronto hallaremos en Santiago al ilustre i conocido Gaspar de Villarroel[113].

112 *Historia general de Chile*, t. 2.°, páj. 663.

113 Ademas de los autores que hemos citado en este capítulo que hablen del obispo Oré, se cuentan Fr. Antonio Daza, autor de la *Cuarta parte de la Crónica general de la Orden de N. P. S. Francisco*, que no hemos podido ver pero que cita Córdova i Salinas en su manuscrito; Jil Gonzalez Dávila en su *Teatro eclesiástico de las Indias Occidentales*, Fr. Alonso Mendieta, *Vida de S. Francisco Solano*, Madrid, 1643, páj. 320 i el presbítero peruano García en un insignificante artículo publicado en las columnas del periódico de Lima *La Sociedad*.

CAPITULO III.

HISTORIA JENERAL.

II.

Luis Tribaldos de Toledo, cronista mayor de Indias.—Sus títulos literarios.—Apreciacion de su *Vista general de las continuadas guerras, etc.*—El jesuita Alonso de Ovalle.—Circunstancias que precedieron a su entrada en la Compañía.—Sus primeros trabajos sacerdotales.—Es enviado de procurador jeneral a Roma.—Motivos que tuvo para la publicacion de su *Histórica Relacion*.—Apreciacion de esta obra.—Su regreso América.—Su muerte.—Jerónimo de Quiroga.—Datos biográficos.—Ruidoso lance sucedido en Concepcion.—Desaires hechos al maestre de campo.—Su *Memoria de las cosas de Chile.*

En 1625, por muerte del celebrado autor de los *Hechos de los castellanos en las Indias Occidentales*, quedó vacante el puesto de cronista de Indias que Cárlos V habia creado un siglo ántes a fin de completar en lo posible la historia de las empresas de sus vasallos en el Nuevo Mundo que añadieron a su corona. En este pequeño i angosto pedazo de tierra que llamaban Chile, se habia visto humillado el altivo i orgulloso español, i miéntras vastos imperios reconocian sumisos el poder de los monarcas, un puñado de bárbaros resistian aquí incontrastables en la defensa de sus hogares. Tal hecho, sin precedentes en la historia de asombrosas hazañas, excitaba naturalmente en alto grado la atencion de la Corte, i por eso cuando Herrera falleció, Luis Tribaldos de Toledo recibió encargo oficial de ocuparse de esa historia.

Mediaba todavía una circunstancia notable que vino a llevar al colmo la sorpresa de los que veian las cosas a la distancia: cansados i convencidos de la inutilidad de los esfuerzos violentos

de una conquista de sangre, discutido mucho el negocio en consejos i comentado por las opiniones de hombres conocedores, acababa de ensayarse el sistema de pacificacion tranquila i humanitaria que, a influjos de un sacerdote ilustrado i caritativo, llegó a tener principio. I ¡cosa rara! los resultados se hallaron mui distantes de corresponder a las esperanzas que lisonjeras les habian halagado. ¿De qué provenia esto, qué esplicacion tenia?... Tal fué el encargo que recibió Tribaldos de Toledo.

No fué el entusiasmo el que le faltó en el desempeño de su cometido: rejistró libros impresos, i los manuscritos que podian ilustrar su tema, procurando darse cuenta minuciosa de todos los hechos; mas, despues de nueve años de estudios, la muerte vino a sorprenderlo en Madrid el 19 de octubre de 1634, a los setenta i seis años de edad, i cuando todavía apénas se habia trazado el bosquejo, de su trabajo, compuesto en su mayor parte de estractos i documentos concernientes a diversas épocas del período cuya historia iba a escribir, i sin que el órden, asentándose en esos perfiles mal delineados aún, viniese a dar unidad a la obra que habia emprendido.

Siete años mas tarde, encontrándose vacante el referido oficio de cronista mayor, un hijo de Luis Tribaldos de Toledo que llevaba su mismo nombre, pidió al monarca que, a falta de un arbitrio vendible, se le hiciese la merced que se le tenia prometida nombrándole para el cargo. En su solicitud exhibia los títulos literarios que para tal pretension le asistian; manifestaba que, «como criado en los estudios de su padre i que tan buena noticia tiene de ellos, los perfeccionará i pondrá de modo que puedan divulgarse i leerse de todos con el gusto i aficion que la historia i su autor merecen, por ser la de Chile, que jamas hasta ahora se ha escrito cumplidamente de ella, i el historiador de los mas eminentes en letras que en sus tiempos hubo»[1]. I sobre todo la mui poderosa consideracion de «padecer estrema necesidad él i otro hermano suyo, sin tener con que poder sustentar a su ma-

1 Representacion orijinal existente en la Biblioteca del Museo Británico, de fecha 1641, vol. 1324. i., pieza 53, *Papeles varios de Indias—Servicios.*

dre, habiendo siete años que murió el dicho su padre sin habérsele hecho merced alguna».... Agregaba ademas, «que esperaba con ayuda de Dios servir a S. M. por tener la inclinacion i deseo que para este ejercicio se requiere i ser ya de edad de veintiocho años, pues es tan ordinario i justo dar los oficios de los padres a sus hijos, siendo capaces para servirlos, i vive con tanta descomodidad desde que murió el suyo, por no haberse cumplido con él esto entónces».

Pero al fin i al cabo, quiso que no quiso, el joven Tribaldos salió mal de sus pretensiones, i de esta manera aquellos trabajos se fueron olvidando mas i mas sin que una mano intelijente o una frente estudiosa los entregase a la publicidad o siquiera se aprovechase de ellos, i se hubieran perdido sin duda si a fines del siglo pasado don Juan Bautista Muñoz, comisionado por Cárlos III para escribir la historia de la América, no diera con ellos.

Desde luego apartó todo lo referente a los primeros tiempos de la permanencia de los españoles en Chile, que Tribaldos de Toledo no habia hecho mas que trasladar de otros escritores, para fijarse únicamente en los sucesos del siglo XVII i en las tentativas de los jesuitas para la conquista pacífica de la Araucanía, de todo lo cual sacó una copia. El libro, pues, que Tribaldos intituló « *Vista general de las continuadas guerras, difícil conquista del gran reino, provincias de Chile,* solo ha llegado hasta nosotros mutilado; pero miéntras los manuscritos orijinales talvez han desaparecido a esta fecha, conservamos memoria de los sucesos que mas interes afectaban para nosotros.

Luis Tribaldos de Toledo, ya mucho ántes que Lope de Vega en la silva octava de su *Laurel de Apolo* le dedicase el pomposo elojio siguiente:

Tejed a Luis Tribaldos de Toledo
Musas griegas, latinas i españolas
Tres verdes laureolas;
Que aseguraros puedo
Que de ninguno mas gloriosamente
Ciñen la docta frente;

Severo en el Parnaso,
Para todo difícil, grave caso,
Arbitro de las musas tiene asiento;
Sus letras celebrad, su entendimiento,
Su condicion amable i jenerosa,
Su dulce verso i su fecunda prosa;

nuestro autor en calidad de cronista de Indias i de protejido del favorito de Felipe IV, el conde duque de Olivares, cuyo bibliotecario particular era, en esa situacion elevada i llave de tantos empeños, debia despertar en las jentes que se hallaban en posicion mas humilde juicios que no podian ser del todo desapasionados: su calidad de hombre de valer debia influir naturalmente en la posicion del literato. En esa fecha, Tribaldos de Toledo mediante los estudios que hiciera en el colejio Trilingüe de Alcalá, que le permitian manifestarse mas o ménos versado en las lenguas latina, griega i hebrea, habia dado a luz diversas poesías, latinas i castellanas, insertas en las publicaciones destinadas a describir fiestas.

«Sirvió a S. M. (que está en gloria) de secretario de la lengua latina en la embajada que hizo el año de 1603 don Juan de Tassís, primer conde de Villa mediana, a Inglaterra, por hacerse en aquella isla, segun costumbre mui antigua, en latin los despachos, donde asistió todo el tiempo de la embajada hasta la conclusion de las paces con el rei Jacobo, con grande puntualidad i a satisfaccion de dicho conde, comunicándose con él, por ser persona tan leida i esperta en las cosas mas importantes de la embajada. Sirvió tambien a V. M. i al bien comun de todos estos reinos dando su parecer i censura en muchas proposiciones i diferentes autores, que por órden del Consejo de la Santa Jeneral Inquisicion, como a persona de tanta opinion en letras, se le comunicaron para los índices espurgatorios,.... fuera de otras muchas advertencias que hizo para la espurgacion de algunos autores herejes, que por no haberse publicado en estas partes aún no se tenia noticia de ellos. I esto todo despues de haber seguido al rei don Felipe II, nuestro señor, leyendo cátedra de Prima de Retórica en Alcalá (que llevó en oposicion de otros muchos el año de

1591) con grande aplauso de aquella universidad i aprovechamiento de sus oyentes»[2]....

De esta manera ya desde su juventud Tribaldos se habia granjeado cierta reputacion literaria, a la cual contribuia la pesada erudicion que por tanto entraba en los escritos de ése tiempo. Esto se comprenderá perfectamente cuando se sepa que era autor de un tratado latino sobre el Ofir de Salomon, i que no debia ignorarse que conservaba inédita una traduccion de la *Jeografía* de Pomponio Mela, la que, publicada despues de su muerte, talvez cuando el autor no le habia dado aún la última mano, ha sido acremente censurada por otros autores. Por último, era tambien el editor de la *Guerra contra los moriscos de Granada* que don Diego Hurtado de Mendoza no publicó, i en cuyo elojio habia compuesto Tribaldos de Toledo una introduccion que precede a la obra.

Razon tenia, pues, Lope de Vega al pedir que se le ciñese la frente con tres coronas; él pudo agregar que con gloria, por que acaso lo sentia i con él las jeneraciones con las cuales vivió, pero sin duda que para nosotros esa gloria, i por esos títulos, permanece en un todo oscurecida. No asentimos tampoco a aquello de condicion amable i jenerosa que creemos en un todo opuestos al epíteto tan exacto que en sus versos le atribuyera: «para todo difícil»; porque, en realidad, si estudiamos sus obras con mediana atencion, veremos que deja traslucir claramente la terquedad de su carácter i lo brusco de su condicion. Tribaldos de Toledo se manifiesta descontentadizo de todo, es intransijente, i tan pronto como álguien se permite disentir de su opinion, se encoleriza i pretesta a mas i mejor.

No creemos que fuese «de condicion amable i jenerosa» quien despues de referir los inauditos manejos de que eran víctimas los infelices soldados de la frontera para arrebatarles sus escasos sueldos, reduciéndolos a la desesperacion de la mas espantosa miseria; quién despues de poner a nuestra vista abusos que indig-

2 *Memorial citado.*

nan i repugnan, permanece friamente impasible. Talvez el traje que llevaba hizo suponer a Lope de Vega la apacibilidad i mansedumbre del carácter de Tribaldos de Toledo; pero es un hecho, consignado con su misma pluma, las reconvenciones que dirije a los españoles de Chile por no haber degollado a cuanto indio encontraron a mano, lo que le hace recordar i sentir que en la guerra de Flandes sus compatriotas no hubiesen seguido el mismo camino.

En pocas partes podrá hallarse la oportunidad de comprobar el célebre dicho de Buffon como estudiando el estilo de Tribaldos de Toledo, conviccion que sube de punto cuando se sabe que podemos sorprender sus pensamientos en la intimidad i secretos de su mesa de escribir, donde pudo estampar sin recelo palabras que por no publicadas, no habia animado ni vestido, disfrazándolas con falso i prestado ropaje.

Las mismas consideraciones de que era objeto, infatuándole i haciendo bullir en su mente la inclinacion que manifestaba a lo grande, aunque fuese puramente imajinario, hicieron de su estilo un conjunto ampuloso, lleno de pretensiones i falto de naturalidad; su prurito de retórico, que el mal gusto de su época i la direccion de sus estudios le habian impreso desde sus primeros años, lo estravió tambien mas de una vez en la apreciacion de los hechos. Así, por ejemplo, queriendo describir los lugares en que los indios se reunian a deliberar en las circunstancias graves, nos dice que, «para hacer sus concilios entrando en consejo acordado tienen de tiempo inmemorial señalado un asiento mui ameno i hermoso, donde el campo se muestra mas alegre i florido i donde los espesos i altos árboles se mueven suavemente i con el viento fresco i apacible hacen un manso i agradable ruido, corriendo por los prados frescos i vistosos, limpios i sosegados arroyuelos que por las yerbas i troncos van cruzando con diversas vueltas i rodeos»[3]. Nosotros que vivimos aquí mas cerca de nuestros indios, que no son por cierto ménos cultos que los de antaño

3 *Vista general*, etc., páj. 21.

sabemos de cierto que no son jentes en la cual puedan influir en sus determinaciones belicosas ni lo cristalino de las aguas que corren por entre floridos bosques, ni el murmullo de las hojas, que acaso jamas han notado; pero Tribaldos quiso componer una frase pulida, un trozo modelo, i así, talvez sin fijarse, se dejó arrastrar a impulsos de su sola imajinacion hasta ofrecer a sus lectores un simple disparate. La cultura de sus modales i lo almibarado de la Corte, le hicieron tambien sublevar su gusto por lo que no fuese cortés i político, no trepidando en asentar que sus compatriotas de Chile han andado mui poco cultos cuando cuentan que los indios se juntan en borracheras: nó, dice, esas reuniones no pasan de ser convites i banquetes mui solemnes en que se brinda a menudo, como lo hace cualquier europeo en sus alegres festines.

Su libro, en jeneral, tratándose de los araucanos, les presta un tinte ficticio que no se armoniza de manera alguna con su calidad de salvajes, ni que tampoco está acorde con las tradiciones i apuntamientos de los hombres que los vieron de cerca i que consignaron esas impresiones en sus escritos. Este defecto, que realmente no tiene gran importancia en un libro que podemos rectificar fácilmente en esta parte, preciso es confesarlo, está compensado con otro mérito a que ha contribuido ese mismo alejamiento del autor del teatro de los sucesos i sus circunstancias de intimidad en la Corte. Realmente, Tribaldos de Toledo ha sabido asumir en su obra cierto aire imparcial i cierto buen criterio que le ha permitido colocarse en buenos puntos de vista, en especial cuando aprecia las cosas de por acá, no influenciado por los estremos opuestos del interes del lucro i de un excesivo celo relijioso. De este modo ha podido darse cuenta cabal de la situacion de los indios oprimidos bajo el yugo de los encomenderos i ha tenido bastante enerjía para denunciar la conducta de éstos i sus miras mezquinas i de pura especulacion. Por otra parte, en el centro de todos los negocios de Indias, tuvo oportunidad de conocerlos en sus menores detalles, i hé aquí cabalmente donde su libro ofrece mas atractivos para el estudio, porque describe i

relaciona en él con una minuciosidad llevada al exceso las comunicaciones de los gobernadores, las deliberaciones i dudas a que daban lugar allá, i por último, los dictámenes que recapitula uno a uno sobre los puntos que iban en consulta. Consecuencia de este sistema son ciertas repeticiones que hubiera podido evitar fácilmente, consignando en dos palabras lo que ahora ocupa largos períodos, i que solo la consideracion de lo inconcluso de la obra puede atenuar; i que el método que ha seguido de analizar por partes esos documentos, marchando siempre por una senda demasiado estrecha i mui análoga a la de un catecismo, produzca la mas cabal monotonía i una relacion descarnada, sin nervios i sin alma.

Poco es lo que hai realmente de escritor en su trabajo: son trozos tomados en tales o cuales formas, documentos copiados íntegros, una que otra reflexion, que puede constituir un arsenal para la historia, pero que no son un libro, ni mucho ménos una obra literaria. Los hechos que consigna son tan menudos que mas que otra cosa parecen el diario de un militar, i que si pueden ser útiles para el historiador, su misma carencia de importancia reconocida, los aleja de una lectura de placer. Cabalmente donde el estilo se muestra ménos cuidado, la relacion mucho mas difícil i la diccion ménos intelijible, es en aquello mismo que nuestro autor puede prohijar: esos papeles de gobernadores cuya anatomía practicaba; las redacciones de los simples secretarios de consejo, son superiores todavía al estilo de Tribaldos de Toledo, que no dudaríamos en comparar a la maleta del viajero que por fuerza ha tenido que incluir en ella cuantos útiles há menester para el camino.

No creeríamos dar a nuestros lectores cuenta cabal del libro del preceptor de los condes de Villamediana (que Tribaldos tuvo tambien este encargo) si no llamásemos su atencion a dos de sus mas notables capítulos, la descripcion de Chile i la relacion de las escurciones del padre Luis de Valdivia por las pobladas selvas i riscos de los belicosos cautenes i catirayes: hai en aquello con que despertar la atencion de un chileno que va a ver dibujada

por otro la tierra que adora, i hai en lo último mucho que interesa grandemente por sus peripecias, lo nuevo del drama i lo grandioso de los fines.

Tribaldos comienza por aquella descripcion. ¡Cuánta diferencia del noble amor de Tesillo, cuánta distancia de lo curioso i cautivador de Molina, qué enorme diferencia de la naturalidad i atractivos de Córdoba i Figueroa! ¿Comprenden Uds. cuán atras se quedará del que ha contemplado una vez este cielo inmaculado, que limitan los Andes i el océano sin riberas, del que, ajitada su alma por panoramas grandiosos i de sublime imponencia, da vida a las líneas que brotan de su pluma, movida a impulsos de recuerdos que no perecen; comprenden la distancia de su májico entusiasmo a la frialdad del observador de gabinete que solo divisa los paisajes al traves de ojos estraños, siempre infieles?... Hé aquí lo que ha hecho nuestro autor: sus espresiones pálidas, inanimadas, cadavéricas, si es verdad que no contienen errores de trascendencia[4], traicionan su alejamiento, haciéndole tomar ciertos puntos falsos de observacion, dando importancia a cosas que no la merecen i disminuyéndoselas a las que realmente la tienen. Tan distante ha estado de formarse una idea cabal del suelo que pinta, que a cada paso, creyendo demasiado exajeradas sus palabras, se apresura a darles apoyo con ejemplos particulares, citando nombres propios que, al tratarse de la descripcion de un país, nos producen el mismo efecto que si un pintor de las batallas que Homero cuenta se entretuviese en colocar entre los héroes, armados del rayo i del trueno, a los burlescos personajes de la Gatomaquia con sus uñas i chillidos. Esto hace que su bosquejo vaya lleno de claro i oscuro, i el lector marchando a saltos, ni mas ni ménos que conducido por áspera cabalgadura por senderos de quebrada montaña.

Sin duda que el licenciado, «natural de la villa de San Clemente en la Mancha», está a mucha mayor altura cuando nos refiere las proezas de Luis de Valdivia, i tanto, que esta parte de su

4 Ha dicho, por ejemplo, que Santiago está situado sobre un rio que se llama la Chimba, etc.

libro podria obtener por su animacion, naturalidad i colorido la remision de muchas faltas. Divisamos entusiasmados i llenos de zozobra al padre que, sin mas guias que indios revueltos i excitados, trepa penosamente por los cerros, desde cuya cumbre los niños i los viejos le dan voces, gritándole «*patitu el mapulu a mil mapuquevé vuren i emoin*, que es, padre quietador i asentador de la tierra, ténnos lástima», i que tranquilamente prosigue su camino a la junta en que lo esperan todos los guerreros convocados. Ahí, desde su silla de montar, les habla durante largo tiempo, entremezclando el nombre de Dios, que procura inculcarles, con la sumision que les exije; la impetuosidad de un bárbaro levanta gritos de muerte en medio de la asamblea, i cuando la noche pone fin a las conferencias, todavía el temor nos sigue a velar el sueño del heróico misionero, ajitado por la duda i que solo la fidelidad de Carampangue vijila. Mas tarde, ya nos regocijamos en la alegría de los palmoteos de entusiasmo con que es recibido en los fuertes, ya admiramos la sencillez de las embajadas de los indios comarcanos que a porfía se disputan por llevárselo, llenos de envidia por la preferencia que ha dado a otros. Las pájinas en que Tribaldos de Toledo ha contado esto, lo repetimos, son encantadoras, i de seguro que no sabríamos dar de ellas una muestra porque todas son iguales, apasionadas, conmovedoras, descritas con arte i, sin embargo, llenas de un descuido mui en armonía con lo agreste del sitio i con los personajes en cuyo centro pensamos encontrarnos muchas veces.

Justamente cinco años despues que el hijo de Tribaldos de Toledo solicitaba del rei de España que se le diese el destino de cronista de Indias, a fin de ocuparse de la historia de Chile, pareció en Roma el monumento literario mas cabal que nos haya quedado de la era de la colonia. Titulábase *Histórica Relacion del Reino de Chile* i era su autor el jesuita Alonso de Ovalle.

Su padre don Francisco Rodriguez del Manzano i Ovalle[5], era

5 Este personaje era nieto de Gonzalo Nieto del Manzano, maestre-sala del rei don Juan II de Aragon i Navarra, cuyo noble oríjen viene de Men Rodriguez

mayorazgo en Salamanca i habia partido a Chile llevando un refuerzo de jente mui escojida, enganchada en Lisboa, en compañía de su primo don Diego Valdez de la Vanda, que iba por gobernador de Buenos-Aires.

A poco de establecido en Santiago, casóse con doña María Pastene, hija de Juan Bautista Pastene, que tan buenos servicios prestara al conquistador Pedro de Valdivia.

Naciéronle de este matrimonio dos hijos, Alonso i Jerónimo, en Santiago, en 1601, posteriormente destinado el primero a suceder como heredero en el mayorazgo i en una cuantiosa encomienda de indios, adquirida en el valle de la Ligua.

No habia por aquellos años otro colejio en que los magnates de la capital pudiesen dar a sus hijos la corta educacion que era de estilo que el que los jesuitas rejentaban.

Los jóvenes Ovalle cursaban en él gramática, oyendo junto con las lecciones del profesor las contínuas prédicas que se les hacia sobre los peligros del mundo, la vanidad del fausto, i el temor de Dios. I en verdad que los buenos jesuitas tenian sobrada razon para hablar así a aquellos mancebos que paseaban la ciudad en buenos corceles, deslumbrando por lo brillante de sus arreos, lo ostentoso de sus trajes i lo rico de sus joyas.

Mui luego la perspicacia de los maestros adivinó en el mayor de aquellos jóvenes una espléndida conquista para la órden: rico, noble, emparentado, de cuánto provecho no podria serles! Por fortuna para ellos, Alonso de Ovalle era dócil, de jenio suave i naturalmente inclinado a las cosas relijiosas.

En aquella época contaba ya diez i siete años i comenzaba su padre con este motivo a reunir alguna hacienda para que con decoro hiciese el viaje a España a tomar posesion del mayorazgo. Esto que los jesuitas supieron, redoblaron sus esfuerzos i provocaron de él la resolucion de vestirse la sotana de San Ignacio: se

de Sanabria. Tomamos este dato de un libro manuscrito que posee don Luis Montt, mas o ménos de mediados del siglo anterior, que es una especie de índice alfabético de los personajes mas notables que figuran en la *Historia de Chile* de Olivares. Véase a este autor en la páj. 283 de dicha *Historia*.

arregló el negocio con el provincial i todo quedó concertado para una ocasion próxima, aunque mui en reserva[6].

Celebrábase por aquellos dias en la ciudad cierta fiesta de aparato. Alonso manifestó en su casa gran contento, procurando engañar a su padre que no se dudaba de nada; vistióse sus trajes mas relumbrantes i salió acompañado de su hermano. Al volver, cerca de la oracion, tomó un atajo que lo llevaba a la portería del convento de los jesuitas, se desmontó del caballo, hizo que su compañero se detuviese, i le habló así:

«Hasta aquí, hermano mio, he obedecido a mi padre i cumplido con aquellas que vosotros llamais obligaciones del nacimiento i de la sangre: bien ves el afan i cuidado con que hemos empleado el dia, por que el aire en un paseo se lleve con sus ondulaciones nuestro gusto i en breve tiempo nos deje por fruto un cansancio: yo apetezco aquellos gustos que no afanan, ni empalagan, ni desaparecen, ni rinden. Mucho tenemos en el mundo de fortuna: ésta te la dejo toda por herencia, i yo me voi a vestir la inestimable gala de la santa pobreza en la sotana de la Compañía, donde tengo ya la licencia. A mi padre i a mi madre, di que den a Dios gracias por haberme concedido esta dicha, i a ellos un hijo que la logre, i que nunca mas hijo suyo que cuando mas separado, pues vivo suyo en Dios».

Aún no habia concluido, cuando Jerónimo rompió a llorar, lo abrazó i le pidió que no persistiese en tal resolucion; mas, Alonso aunque correspondió a sus demostraciones, se mantuvo firme i se entró a los claustros.

Cuando don Francisco supo por su hijo la nueva, se fué corriendo al convento, hizo llamar al provincial Pedro de Oñate pidiéndole que le devolviese su primojénito. El jesuita respondió con toda humildad que él no podia contrariar la voluntad del adolescente, i por mas que aquel padre justamente irritado se encolerizó, i protestó, tuvo que volver camino de su casa.

6 Cassani, i Olivares en la *Histora civil*, establecen que el provincial estaba advertido de todo, aunque el último en su *Historia de los jesuitas*, manifiesta dar a entender todo lo contrario. Rosales, nada dice sobre el particular.

Se deja comprender fácilmente cual seria el alboroto que levantó la familia con aquel golpe tan repentino que la heria en su sér mas querido: empeños van i vienen, recursos judiciales i estrajudiciales, intervencion de eclesiásticos i seglares, todo fué inútil, consiguiéndose a lo mas del provisor que dictase un decreto para que Alonso fuese depositado en el convento de San Francisco, entretanto seguia el juicio sus trámites de ordenanza.

Pero tan largos iban éstos i tal era la impaciencia de los mas directamente interesados en la pronta salida del jóven, que para los dias del gobernador armaron una mascarada con el intento de robárselo. Formóse gran bulla con la comparsa, se le juntaron todos los servidores i desocupados, (que no eran pocos) i con grandísima algazara fueron a pasar por delante de la puerta del convento franciscano. Contaban con que lo gracioso i raro del espectáculo llamase la atencion de los tonsurados, los que no dejarian de salir a la puerta a asomarse al ruido i novedad, i que entónces fácilmente podria hacerse la arrebatiña concertada. Dieron una primera pasada, i aunque no fueron pocos los frailes que se agruparon en la puerta, ni siquiera se divisó al hermano Alonso. Como volviesen nuevamente i tampoco pareciese, uno del grupo gritó:

—¿I el hermano Alonso por qué no sale?

—Dice, le respondieron, que ya dejó las cosas del mundo para no volverlas a ver otra vez.

Fuéronse, pues, los del complot con las manos vacías a dar cuenta de su comision a don Francisco.

Parece que éste al fin desistió por entónces de toda jestion judicial o estrajudicial, pues el secuestrado fué despues de seis dias[7] devuelto al colejio de San Miguel, donde los padres lo recibieron con los brazos abiertos.

No dejaban, sin embargo, de estar inquietos por las nuevas tentativas que pudiese hacer la familia del nuevo prosélito, i con el

7 Esta parte de la vida de nuestro autor ha sido contada, aunque de una manera algo difusa por D. G. V. Amunátegui en la *Revista de Santiago*, t. 3.°, páj. 117, 1848.

fin de verse libres de tales inquietudes, resolvieron mandarlo a Córdoba del Tucuman a que concluyese su noviciado.

No se mantuvo esta resolucion tan en secreto que don Francisco Rodriguez no llegase a conocerla, i se dijo que era llegado el caso de obrar activa i enérjicamente, ya que los desfiladeros de la cordillera tan buena ocasion iban a ofrecerle de recobrar a su hijo.

Al efecto, hizo que con anticipacion hombres armados se apostasen en los pasos mas estrechos, i que tan pronto como divisasen a la comitiva de los padres les arrebatasen el novicio. Mas, quiso su desventura que los guardias se descuidasen i ni siquiera supieron cuando los relijiosos habian atravesado aquellos lugares [8].

En Córdoba, Ovalle trabajó con teson, haciéndose querer de sus maestros por su aplicacion, i de sus condiscípulos por la esquisita complacencia con que les esplicaba las dificultades que se les ofrecian.

Aprendió latin, oyó un curso de artes, i por último, hizo sus votos.

A tiempo que terminaba su aprendizaje, vino órden del jeneral de la Compañía para que se dividiese en dos la vasta provincia que se estendia desde Chile al Paraguay, siendo Ovalle designado para volver a Santiago. No dejaba de abrigar algunos recelos por la disposicion de ánimo con que la familia lo recibiria, pero sus temores salieron infundados i la mas cariñosa acojida le fué preparada a su llegada.

Poco despues de su regreso a Santiago se ordenó de sacerdote, dedicándose desde entónces con ardor al ejercicio de su ministerio. Parece que, miéntras mas elevada habia sido la posicion que le correspondiera en sociedad, quiso que fuese de humilde el objeto a que dirijió su celo.

Desde el primer momento tomó con empeño la instruccion moral i relijiosa de los negros; organizólos en cofradía, i dispuso

8 Olivares, *Historia militar, civil i sagrada de Chile*, páj. 284.

que todos los domingos tuviesen plática en público. A este efecto, se dirijia el buen padre con el estandarte de la cruz en la mano cantando en voz alta por las calles hasta llegar a la plaza principal, donde ante un concurso numeroso de jente de todas condiciones esponia las verdades de la fe cristiana.

«Para alentar la devocion de esta pobre jente instituyó úna procesion el dia de la Epifanía, con muchos pendones, i mas de trece andas, en que sacaban todo el Nacimiento de Nuestro Redentor; en unas, el pesebre con la gloria; i en otras, varios pasos de devocion, i por remate, los tres santos Magos, que seguian la luz de una grande estrella, que iba adelante, de mucho lucimiento. Entre otros pasos, dispuso uno de tanta ternura que no se podian contener algunos sin derramar lágrimas, como ha sucedido al pasar por las iglesias de algunas comunidades relijiosas que salen a honrar la procesion»[9].

En un viaje que hizo a la Ligua como misionero, fué grande el fruto espiritual que sacó, arreglando las relaciones de los indios con los encomenderos i comenzando por dar el ejemplo en la pertenencia de su familia.

Las vecindades de la capital que estaban privadas de los recursos de la relijon tuvo cuidado especial de visitarlas con frecuencia, instituyendo para despues de sus dias una fundacion costeada de su lejítima para que dos sacerdotes saliesen a misionar por la cuaresma todos los años, práctica que un siglo despues en los tiempos de Rosales aún se ejecutaba.

Fué tambien su intento llevar la palabra evanjélica a las remotas tierras de Chiloé i establecer allí una mision, a cuyo efecto habia conseguido los fondos necesarios de personas pudientes; pero estos buenos propósitos debian quedarse en proyecto.

Si el fervor relijioso del jesuita no era escaso, deseó la Compañía aprovechar sus conocimientos, que no eran pocos, disponiendo que rejentase una cátedra de filosofía, en la cual, como es de presumirlo, no escaseaba a sus discípulos las enseñanzas morales

9 Desde entónces data la llamada Pascua de Negros. Rosales, *Conquista espiritual de Chile, Vida del fervoroso padre Alonso de Ovalle.*

«con mas cuidado que aprendiesen virtud que letras». De cuando en cuando, dice Cassani, los conducia al hospital, hacia que cuidasen de los enfermos, i hasta que les hiciesen las camas, siendo él el primero en dar el ejemplo.

A poco fué nombrado rector del colejio Seminario, donde se reuhian los estudiantes del obispo i los del Convictorio de San Francisco Javier, i que mas tarde se dividieron por la cesion que, a instancias del padre, hizo de sus propiedades a la Compañía, para fundar casa de estudios, el capitan Francisco Fuenzalida.

El rector Ovalle celebraba las fiestas del colejio con gran solemnidad, especialmente la del patrono San Francisco Javier, en la cual nunca faltaban ni las oraciones retóricas, ni los coloquios, que se hacian «con mucha música i saraos. El año que se pasó con los colejiales a la nueva casa ordenó una mui solemne procesion, a que acudió el Obispo, Presidente, Real Audiencia, Cabildo, Relijiones i todo lo mas noble i lucido de esta ciudad, que salieron mui gustosos de ver la representacion i regocijos que hicieron unos niños de mui tierna edad. Dispuso se publicase cartel i certámen poético, el cual sacó un colejial graduado, acompañado de gran lustre de caballería, i el dia señalado se repartieron ricos premios a los poetas que mas se aventajaron»[10].

Por mas escaso de tiempo que Ovalle se viese teniendo que atender a su discípulos, a las tareas del confesonario, del púlpito i de las misiones, todavía encontraba vasta oportunidad de dedicarse a la oracion. Solia a veces, segun referian algunos que estaban cerca de él, pasarse hasta tres noches sin dormir orando contínuamente; sus mortificaciones eran excesivas, su alimentacion escasa, i dormia en una cama que no tenia colchon ni sábanas, i a veces se azotaba tan cruelmente que causaba espanto a los que lo oian. Este sistema, como se deja entender, iba minando poco a poco su salud i desarrollando ya los jérmenes del mal que lo condujera al sepulcro en época no distante.

Algunos años despues de haberse efectuado la ereccion de la

10 Rosales, *Conquista espiritual de Chile*, lug. cit.

vice-provincia de Chile, se ofrecieron varios asuntos que tratar con el jeneral de la Orden, que requerian un sujeto de prudencia, intelijente e instruido. Reunidos los padres de Chile, *nemine discrepante*, resolvieron enviar a Roma a Ovalle, en calidad de procurador, cargo que aceptó en vista de tan unánime designacion.

Púsose, pues, en marcha para Europa, via de Panamá, deteniéndose en Lima el tiempo necesario para arreglar la continuacion de su viaje. Como el padre chileno gozase de cierta reputacion de orador, se empeñó luego la comunidad de Lima en oirle predicar, lo que Ovalle efectuó con jeneral aceptacion, pues «tenia en esto singular talento, dice Cassani; era fecundo en el hablar, agradable en el decir, i como su voz salia de aquel corazon abrasado, encendia en devocion a cuantos le oian»[11].

Llegado que fué a Roma, besó el pié a Su Santidad e hízole amena cuanto nueva relacion de las cosas de Chile, lo que junto con la satisfaccion que le causara su relijioso modo i su ardiente celo, acaso le valiera la concesion de muchas gracias que solicitó. El jeneral no le puso obstáculo alguno en resolverle favorablemente los negocios que llevaba entre manos, i tanta fué su fortuna respecto de los grandes, que hasta la misma emperatriz de Alemania lo admitió en sus buenas gracias, pidiéndole con frecuencia que le refiriera todas esas maravillas que contaba de su lejano cuanto adorado Chile. Cuando se despidió de ella, le obsequió varias piedras preciosas para la Custodia del templo de Santiago, i mas tarde siguió aún honrándole con varias cartas que le dirijió.

De Italia pasó a España, permaneciendo algun tiempo en Madrid, donde entónces estaba la Corte. En una entrevista que logró del monarca, obtuvo la seguridad de que pronto seria despachado, i un permiso para llevar a Chile treinta i dos relijiosos, cuyo número se redujo despues a diez i seis, por cuanto los restantes resultaron ser flamencos i de otras nacionalidades, que tenian prohibicion de pasar a las Indias por nacidos fuera de España.

Fué durante su permanencia en Madrid cuando Ovalle publicó

11 *Glorias del segundo siglo de la Compañía de Jesus*, tomo II, páj. 221 i sig.

su opúsculo titulado *Relacion de las paces, etc.*[12], i en Sevilla su *Memorial y Carta,* [13] impreso especialmente con la mira de conquistar sacerdotes que quisieran partir con él a Chile.

Residió aún en varios lugares de la península, particularmente en Valladolid, donde se ocupó en leer un curso de gramática, logrando ahí la suerte de encontrar a Luis de Valdivia dos o tres meses ántes de morir. Ahí trababan larga plática sobre la tierra que habia visto nacer al primero i donde el otro tanta gloria cosechara con su ejemplo i sus ideas. Fué Luis de Valdivia quien persuadió a su compañero a que escribiese la historia del pueblo chileno, dictándole, sin duda, sus recuerdos, e ilustrándole con su conocimiento i su larga práctica de los sucesos de Arauco.

No sabemos qué negocios condujeron a Ovalle segunda vez a Roma, pero es incuestionable que fué en este último viaje cuando allí dió a la estampa su *Histórica Relacion*[14].

El jesuita chileno se encontró en Europa con que era tanta la ignorancia en que las jentes estaban de las cosas Chile, que ni aún siquiera sabian su nombre, i que si no daba a conocer el país, le seria doblemente dificultoso encontrar sacerdotes que se resolviesen a acompañarlo para ir a predicar entre los infieles de Arauco.

A pesar de estar desprovisto de los materiales necesarios para escribir una historia minuciosa de los acontecimientos[15], no tre-

12 Reproducido en la *Histórica Relacion*, páj. 301, con la diferencia de tener este un especie de índice o estracto al principio, i una *aprobacion* del doctor don Francisco Galaz i Varona.

13 Los jesuitas Backer dan el título siguiente a este opúsculo de Ovalle: *Epistola and praepositum Generalem societatis Jesus, qua extatim in provintia chilensi exponit.* Matriti, per Franciscum Merasum, 1642, fol. *Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jésus, etc., par Agustin et Alois de Backer.*

14 Decimos esto porque en la obra del padre Ovalle se da cuenta del viaje por España, como se nota en lo referente al padre Luis de Valdivia, i en algunos lugares en que se habla de otros pueblos i sucesos. Ademas, a la obra está agregada i forma parte de ella el opúsculo relativo a las paces que el marqués de Baides capituló i que el padre Ovalle dice, (capítulo IX, lib. 7.°) *que estampó en Madrid*—Vicuña Mack., *El Ferrocarril*, 1857. *Varones ilustres de Chile*

15 Cassani sostiene que la *Histórica Relacion* fué escrita en Santiago, i que Ovalle «en Roma solo concluyó i limó la obra»: pero toda ella está demostrando lo contrario.

pidó en emprender la obra. Debió, pues, valerse de los autores que habian tratado en jeneral la materia, i por eso lo que él viera en el país mismo, era donde a sus anchas podia estenderse escribiendo.

Ovalle habla de la fertilidad i calidades del suelo, de las costas, lagunas, rios, volcanes, etc., dando toda clase de nociones jeográficas i estadísticas sobre la produccion del país, esportacion de los frutos i de su valor, de las minas, plantas, peces i aves.

En la descripcion de las ciudades se espresa al por menudo del sitio i lugares inmediatos, sin perder ocasion de recordar los prodijios efectuados por alguna imájen de la Vírjen, en lo cual padre se embelesa hasta perder el hilo de su narracion.

Las cosas relijiosas son su flaco: en todas las batallas es Dios quien guia el desenlace para lograr los frutos de la predestinacion entre los jentiles por medio del evanjelio; nunca mas en su elemento que cuando describe fiestas relijiosas, procesiones, etc., procurando a toda costa que el lector se imponga hasta de los menores detalles; sus doctrinas encuentran siempre su mas firme apoyo en la biblia i en la teolojía; Dios es quien interviene en todo en el libro de Ovalle.

Nada, pues, tiene de estraño que su credulidad sea estrema i que admita hasta lo mas absurdo, pero siempre manifestando en sus palabras injenuidad i buena fe. Son tantos los milagros que cuenta que él mismo parece asustado de su enormidad i pide que se eluda su testimonio, lo que es bastante para deslustrar el mérito de su trabajo como obra histórica. I esta fué la consideracion que se tuvo en mira en la traduccion inglesa, con alguna exajeracion sin duda, al omitir todo lo posterior a la muerte de Caupolican,.... «porque en el curso de la relacion se inculcan tantas nociones supersticiosas, se aducen tantos milagros improbables, como base de grandes empresas, i la obra entera se halla penetrada de un espíritu tan monacal, que aquí mas bien dañaria que recomendaria su impresion»[16].

16 Churchill, *A Collection of voyages, etc.*, vol. 3.°, páj. 154.

No puede ménos de atribuirse esta tendencia del escritor chileno al traje que vestia i a las exijencias de su instituto, cuando se considera que en lo tocante a los hechos que no envuelven relácion con la doctrina, las mas de las veces se pregunta qué los motiva, indaga su orijen i da sus conclusiones, llenas, por lo jeneral, de buen sentido, por mas que sea cierto que en ocasiones se engolfa en detalles pueriles i que su ignorancia científica le haga dar oido a patrañas inverosímiles.

Ovalle visitando los Andes, aislado en medio de esas inmensas e imponentes soledades, ha ido a arrancar a la naturaleza mas de uno de esos preciosísimos paisajes que no son los que ménos encantos prestan a su pluma. Allí, donde la lenta marcha de las cabalgaduras, que temerosas asientan el pié al borde de horribles precipicios, miéntras el viajero jadeante trata de respirar el aire enrarecido; allí, subimos con él por las laderas de altísimas pendientes, para descender por boscosos i oscuros barrancos hasta los precipitados torrentes de turbias aguas; allí, vemos las fuentes que se despeñan de lo alto en medio de nubes de espuma, arroyos que se pierden para ir aparecer a la distancia por entre los árboles; nubes que se descargan con furia, miéntras mas arriba que ellas, el hombre contempla un cielo azulado sobre su frente, i un mar de nieblas, inquieto i tormentoso a sus piés, i por sobre todo, la presencia de Dios, grande e infinito.

Ovalle cuenta lo que ha visto con estilo grave i reposado i con una mesura que se acerca bastante a la familiaridad epistolar. Comienza una narracion de seguido, pero luego abandona su plan para tomar el hilo de un incidente, i tanto por eso como por la variedad de materias que ha tratado i la influencia que recibe de los estraños a quienes ocurre, su decir se resiente de cierta desigualdad.

Su lenguaje, «flúido i abundante, corre formando períodos llenos, correctos i estrictamente anudados. Las frases se encadenan con fácil relacion; las palabras, consideradas una por una, son de un significado estricto i preciso, casi etimolójico». Escritor castizo, ha merecido que la Academia española le cite con frecuen-

cia en la primera i hermosa edicion del *Diccionario de la lengua*, i que en el *Diccionario de Galicismos* de don Rafael María Baralt aparezca sirviendo de modelo para el buen uso i pura acepcion de las palabras.

«Si la *Histórica Relacion* tiene algunos defectos, continúa el biógrafo a quien hemos citado mas arriba, no olvidemos, ántes de juzgar al autor, las elevadas miras que lo impulsaron a tomar la pluma, las sérias dificultades que tuvo que vencer i tambien la época en que escribió»[17].

«La obra, dice Montalvo[18], corresponde al título, con que se descubre la piedad de este relijioso que no supo tratar de la tierra sin introducir en su narracion los sucesos del cielo». El señor Vicuña Mackenna califica con razon al padre Ovalle como al primer historiador de Chile, en cuyo honor, en la época memorable en que fué intendente de Santiago bautizó con su nombre la calle que hoi hace frente al templo de los jesuitas. «Hai en la historia del padre Ovalle, dice, un cierto atractivo i tinte poético que la acercan a esas narraciones amenas, que son una leyenda o un cuento, pero que, sin embargo, por la unidad i por su fondo de filosofía cristiana practicada en hermosas i simpáticas virtudes,... la hacen harto estimable... Distinguian a aquel sacerdote las mas amables dotes del espíritu, la bondad unida a la sencillez, la uncion mas fervorosa acompañada de una humildad evanjélica... Alonso de Ovalle fué un varon distinguido, mas por su virtud que por su ciencia. Hombre de bondad i de espíritu evanjélico, su mision propia parecia ser obrar el bien con un jeneroso ejemplo i una consagracion constante i ardiente a su ministerio. En cuanto figura como escritor i como delegado, parece mas bien revestido de un traje ajeno a su índole natural i como sirviendo solamente a los planes de una órden ambiciosa i astuta que sabia sacar partido del influjo del nombre de familia, de los recursos de la opulencia i del candor de sus propios sectarios»[19].

17 Vicente Aguirre Vargas, *Estrella de Chile*, 1874.
18 *Sol del Nuevo Mundo*, páj. 88.
19 *Lug. citado.*

Ovalle asistió en Roma, por febrero de 1646, en su calidad de procurador de la vice-provincia de Chile, a la sesta congregacion jeneral de la órden, i en ese mismo año[20], dió a luz su libro. Con igual fecha de 1646 apareció despues una traduccion italiana, i posteriormente la inglesa que se incluyó en la coleccion de viajes de Churchill[21].

Una vez que Ovalle se desocupó en Roma, pasó de nuevo a España, trayendo para Chile una porcion de gracias espirituales que habia conseguido, i el cargo de rector del colejio de Concepcion. En la Península convocó a los diez i seis relijiosos que debian acompañarle i se embarcó con ellos a fines de 1650.

Parece que el viaje se hizo sin novedad hasta Paita, pero que

20 «En una nota puesta por el señor Barros Arana en la páj. 20 de la *Historia de la Compañía de Jesus en Chile* por el jesuita Olivares, se dice que la obra del padre Ovalle se publicó en castellano el año 1644 i que solo el año de 1646 se publicó la traduccion en castellano. Hai en esto un error. En efecto, si es verdad que la licencia dada por Muccio Vitcleschi para que la obra se imprimiese lleva la fecha de 27 de setiembre de 1644, no puede colejirse de aquí el hecho de que se hiciese la publicacion ese mismo año. En la portada o carátula de la obra se lee con toda claridad la fecha 1644, escrita en números romanos. Por otra parte, el mismo padre Ovalle habla de cartas recibidas el año de 1645, i en el lib. 7.°, cap. XII, páj. 318, se espresa así: «Estos dos años que han corrido desde el 44 hasta *este* de 46» .. I mas abajo añade:... por no haber aún recibido los avisos que han venido *este año de cuarenta i seis*. Pudiéramos multiplicar las pruebas, pero nos parece que lo dicho basta para demostrar que la *Histórica Relacion* no pudo ser publicada el año 1644, i que el verdadero año de su impresion fué el de 1646».

Creemos tambien oportuno señalar aquí un grave error en que ha caido don Ramon Briseño en su obra *Estadística bibliográfica de la Literatura chilena*, notado por el señor Vicuña Mackenna en estos términos: «En las pájs. 520 i 531 de dicha obra, se atribuye al padre Ovalle un libro que evidentemente no pudo escribir, pues se dice que escribió un libro titulado *Varias i curiosas noticias del Reino de Chile*, i se agrega que fué impreso en Roma el año 1744. Es escusado advertir que habiendo muerto Ovalle en 1651, no pudo escribir la supuesta obra en 1744. Parece, sin embargo, que el señor Briseño fué inducido a este error, porque en la *Historia de Chile* del señor Eyzaguirre se da a la *Histórica Relacion* el título de *Varias i curiosas noticias del Reino de Chile*, lo cual le hizo creer que era un libro diferente. Por lo que mira al error en la fecha, no encontramos esplicacion satisfactoria».

21 Tomo 3.°, pájs. 1—154, *Collection of Voyages, and Travels some now first printed fron original manuscrits*, etc.,...by Annesham and Churchill, London, 1704, fol.

Hoi es bastante escaso el libro de Ovalle, especialmente la edicion castellana, pero puede adquirirse en Europa por un precio que no excede de veinte pesos. El señor V. Aguirre Vargas, nos refiere el hecho curioso de que en las cuentas del Seminario Conciliar, correspondientes al rectorado de don Juan Blas de Troncoso, se encuentra una partida por valor de seis pesos para comprar un ejemplar de la obra, con el objeto de que se leyese en el refectorio,

ahí no encontraron los espedicionarios embarcacion que los condujese al Callao. Tanta era, sin embargo, la impaciencia de Ovalle por llegar pronto a su patria, de donde faltaba ya tiempo considerable, que sin esperar la ocasion de un navío, tomó la valiente resolucion de hacer la jornada por tierra. Grandes hubieron de ser las penurias que tuvo que pasar por un camino escaso de agua, sembrado de arenales calentados por el sol, i sobre todo, por la escasez de provisiones. Su constitucion delicada de por sí, i duramente trabajada ya de tiempo atras por las exajeradas abstinencias de un misticismo exaltado, se resintió fuertemente de la prueba a que acaba de someterla; i mui probablemente, el peligroso clima de esas rejiones de los trópicos a las cuales no estaba acostumbrado, le ocasionó en breve de llegar a Lima una fiebre violenta que en pocos dias lo condujo al sepulcro[22]. Fué grande el ejemplo que dió a sus compañeros de claustro durante su enfermedad, soportando con valor i resignacion cristiana los sufrimientos consiguientes a su mal. Despues de recibir los sacramentos, murió[23], fijos los ojos en una imájen de Cristo, el 11 de mayo de 1651. Las exéquias que se le tributaron fueron solemnes.

En su testamento dispuso que toda la herencia de sus padres que le correspondia i todas las limosnas que habia colectado en su viaje, deduciendo previamente un legado a favor de un hermano i algunos sobrinos, i la cantidad necesaria para dotar en el

22 La jeneralidad de los biógrafos de Ovalle atribuye su muerte a una fiebre maligna, ocasionada de un encuentro que tuvo en las calles de Lima con cierto relijioso que lo insultó agriamente porque el jesuita no le trajo de Roma cierta gracia que le recomendó que pidiera para él; pero nos parece mucho mas sensata la opinion de Sotuello, quien en la páj. 37 del tomo II de su obra *Bibliotheca Societatis Jesu*, se espresa de esta manera: «um rediret in suam Vice-Provintiam...... cum sibi non parceret, nec adminicula attritis suis viribus necesaria admitteret, in morbum incidit; i agrega piadosamente: nec procul a meta sua longissimæ peregrinationis, Limæ in Peruvio transivit (ut fas est credere) *ad coelestem Patriam*.

23 No olvidan los místicos escritores que han redactado la vida del jesuita chileno referir que el enfermo predijo su muerte, i que cuando estuvo por primera vez en Lima, una imájen de la Vírjen que habia sobre la puerta de su celda, un dia que el relijioso se encomendaba a ella, le dijo: *ibis et redibis, sed non ibis*, patraña que cuentan con la mas completa seriedad.

establecimiento de que fué rector, dos becas i media[24], en beneficio de personas nobles de poca fortuna, se distribuyese entre el Colejio Máximo i el Convictorio de San Francisco Javier.

Ya cuando Ovalle entregaba a la estampa su libro i daba a conocer a su patria, otro sujeto de calidad noble, como él, natural del reino de Galicia, hacia tres años que habia llegado a Chile (fines de 1643) con un refuerzo de trescientos hombres que el virei del Perú, temeroso de los holandeses, despachó para Chile.

Llamábase Jerónimo de Quiroga, i era entónces un mancebo que apénas frisaba en los diez i ocho. Contaba escasamente diez años cuando partiera de España i servia en aquella época al rei entre nosotros de simple soldado i siempre con honra, celo i desinteres. A los veinte i tres, contrajo matrimonio en la capital con una señora distinguida, i tres años mas tarde, fué ascendido a capitan de caballería.

Los méritos que aquí contrajo no fueron escasos ni de poca cuenta: comisionado para hacer un viaje a Mendoza i traer a Concepcion tres mil armas que necesitaba el ejército, lo realizó con toda felicidad; rejidor perpétuo, con real confirmacion en el ayuntamiento de la capital i uno de sus vecinos de encomienda, dirijió la obra de la Catedral, gastando diez mil pesos de su patrimonio; la fuente de la plaza mayor, los tajamares i casa de ayuntamiento; fortificó los fuertes de Valparaiso i Concepcion, en cuya ciudad fabricó una hermosa sala de armas; levantó las plazas de Arauco i Tucapel, i reparó las ruinas de todas las demas fortificaciones de la frontera.

«Fué tres años maestre de campo de las milicias urbanas de Santiago, i diez i siete[25] maestre de campo jeneral[26] del reino i

24 ......«Porque habiendo sido el padre Ovalle muchos años rector en él, gobernando i criando la juventud con suma aplicacion a cuanto conducia a su buena educacion, quedó con grande estima de este ministerio i del bien que la Compañía hace en esos colejios a las repúblicas donde se fundan, i quisiera tener mucho mas con que dotar mas becas». Olivares, *Historia de los Jesuitas en Chile*, páj. 234.

25 En otra parte, [tomo II, páj 203] este mismo autor los reduce a diez i seis, i tal es la verdad, segun Quiroga,

26 Córdova i Figueroa cuenta que Quiroga obtuvo este honroso cargo de

comandante jeneral político i militar del obispado de la Concepcion, con facultad que le concedieron los gobernadores don Juan Henriquez i don José de Garro para dar los empleos militares, cuyo uso hizo en dos ocasiones con equidad i proporcion al mérito de los sujetos. Tuvo tambien facultad para conceder grados hasta maestre de campo.

«El virei del Perú, don Melchor de Navarra i Rocafull, duque de la Palata, pasó órden a don José de Garro para que, orientado del número de hombres que podian poner en campaña los indios que gozan de independencia, propusiese el método de reducirlos a civilizacion. El gobernador comisionó este cargo a Quiroga, i despues de haber hallado diez i ocho mil indios de armas, espuso su dictámen sobre su sujecion»[27].

Negocio parecido al anterior i no ménos delicado, fué el que el mismo gobernador confirió al maestre de campo Quiroga. Como los ingleses en un desembarco que hicieron en la isla de la Mocha fuesen bien recibidos de los naturales, don José de Garro tomó a empeño el quitar este recurso a los bajeles piratas; no queria, sin embargo, que la cosa anduviese mezclada de trastornos i violencias, i al efecto se fijó en Quiroga para que la negociase por medios suaves i amistosos. «Quiroga, que conocia bien el carácter de aquellos hombres, les ganó la voluntad con dádivas i promesas, i les ofreció ventajoso territorio para su trasmigracion, con habitaciones hechas, donde hallarian todo lo necesario para su subsistencia, i para labrar las tierras de su pertenencia, i algunos ganados de lana, cerda i vacunos para que estableciesen su crianza. Convinieron los isleños, que mejoraban de situacion i de fortuna,

la manera siguiente: «Incendióse la plaza de Arauco, porque sus techos eran pajizos. Hallábase de maestre de campo don Juan Espejo i comandante jeneral de la caballería don Tomas de Poveda, quien con grado de teniente jeneral pasó a España. Angustió al gobernador esta noticia; mas Jerónimo de Quiroga, que habia venido de la ciudad de Santiago en solicitud de un grado militar, se ofreció a construirla con mas estension, de tapia i teja en dos años, como lo nombrase maestre de campo jeneral, en lo que convino el gobernador, i pasó a ejecutarlo. Finalizada con crecido dispendio del erario, mas sin cimientos, i así fué de pocos años su permanencia, hecho notorio que muchos de los presentes vimos». *Historia*, páj. 204.

27 Carvallo, t. II, páj. 454, nota 53.

i se resolvieron a la despoblacion de su isla, que la eficacia de Quiroga verificó sin mal suceso en un barco de dos palos, dos piraguas, i muchas balsas (1686). Puestos en el continente seiscientas cincuenta personas de todas edades i sexos, que era el número de aquella poblacion, las condujo a la parte setentrional del Biobio a unas fertilísimas vegas situada sobre la ribera de este rio, que comenzando dos leguas mas arriba de su embocadura en el mar cerca del cerro de Chepe, se estiende cinco leguas hácia arriba. Aquí, hallaron todo lo que se les prometió, i luego destinó el gobernador dos conversores jesuitas para que verificasen su conversion al cristianismo. Los celosos conversores hallaron buena disposicion en aquella jente, i para que tuviesen contínua instruccion estableció una casa de conversion (20 de abril de 1687) dedicada al glorioso patriarca señor S. José, con el sobrenombre de la Mochita, que fué una de las condiciones de su traslacion, i todo se dignó el rei aprobarlo por su real cédula de 15 de octubre de 1696»[28].

Residia don Jerónimo en Concepcion cuando le ocurrió un lànce que le puso mas tarde la pluma en la mano. Estaba para salir del puerto cierto bajel, cuando la noche ántes del dia de su partida se presentaron en casa de Quiroga el correjidor de la ciudad don Alonso de Sotomayor, i el ayudante de gobierno, quedando a la puerta de su cuarto don Antonio Marin de Poveda, don Diego Lujan, i todos los criados del presidente, que venian a ser testigos de las dilijencias del correjidor. Quiroga, que estaba escribiendo, preguntóle:

—¿Qué busca vuesa merced a tales horas?

—Vengo con órden del señor presidente de llevar los papeles que Ud. tenga.

—Enhorabuena, llévese el cajon de esta mesa en que escribo, que tiene papeles para cargar un esquife; pero advierta su señoría que son todos pertenecientes a la larga ocupacion que he desempeñado en esta frontera, i muchos de ellos secretos que

28 Carvallo, t. II, páj. 183.

seria perjudicial hacer públicos. Por ejemplo, aquí tiene U.S. este proceso quo levanté contra su padre cuando era correjidor de de Chillan: cargue con él a su casa porque en la del señor presidente no se renueve su buena memoria, pasando por la censura pública de los demas papeles.

Fuéronse los visitantes con el cajon, seguidos de mucha jente, «como si llevasen algun indio al quemadero», i a poco volvieron todos repitiendo que tenian órden de no dejar papel alguno en la casa, i al efecto, pusiéronse a trasegar los rincones, las camas, i hasta los vestidos de la mujer de don Jerónimo.

Sucedió que a la vuelta toparon en la calle a don Juan de Espinosa, alcalde ordinario que habia sido el año anterior, el cual llevaba una carta que en union de otras personas escribia al virei dándole cuenta del estado del país. Espinosa, que malició en qué andanzas iban los del acompañamiento, entregó el pliego al paje que le acompañaba; pero los contrarios, en llegando a él, lo reconocieron, se lo sacaron del seno i se fueron a manifestarlo al gobernador.

Miéntras tanto, la jente entraba i salia de casa de Quiroga. Unos venian a avisar que aquella carta era suya, que la catedral i la casa del alcalde estaban cercadas de jente armada, que al escribano de cabildo lo tenian en el cepo; tratando todos de persuadirle que se retirase a un convento para evitarse mayores vejámenes.

El miedo, sin embargo, iba creciendo entre sus allegados con tales demostraciones, i ya don Francisco Reinoso, alcalde que era a la sazon, se habia encerrado dentro de los claustros franciscanos. Cuando esto llegó a noticia de Quiroga, escribió sin tardanza a uno de los cuatro hijos relijiosos que tenia en el convento para que indagasen de Reinoso si allí se habia recojido por devocion o miedo, i por toda respuesta, todos azorados salieron a casa de Quiroga i se lo llevaron con ellos.

Desde esa misma noche las rondas no cesaron de yijilar el convento.

Muchas eran las personas que iban a visitar a Quiroga a su

asilo, tratando todas de persuadir a Espinosa i al otro alcalde, que tambien estaba encerrado en Santo Domingo, a que se desdijeran de lo que habian escrito.

Muchos de ellos habian sido llamados a declarar bajo juramento, lo que resistieron, en un proceso criminal que se estaba siguiendo al maestre de campo por unas coplas que le atribuian desmintiendo un libelo que echara a correr don Antonio de Poveda en que tantas lindezas se decian de don José de Garro i de otros señores i hasta de un sacerdote i del mismo Quiroga, que segun es fama nadie lo acabó de leer. I lo cierto fué que tan indignado se manifestó el pueblo con el tal pasquin que obligó a un relijioso a que desde el púlpito reprendiese severamente la maldad.

Como hubiesen trascurrido ya quince dias i la forzosa reclusion continuase, el maestre de campo ocurrió a la Real Audiencia, haciendo presente entre otras razones mayores, «que el mismo correjidor i todo el pueblo está cierto de que yo no soi coplista i que los malos poetas que hai en los pueblos los tienen todos asalariados en palacio: uno, con una compañía de caballos, otro con el correjimiento de Rere, otro, con una leva que ha de ir a hacer a Santiago; i así como el modo de ganar el pleito de un mayorazgo grande, es cojer a todos los abogados, así han cojido a todos los poetas para hacer cuanto quisieran i culpar a quien quisieren» .....

I mas adelante agregaba: «Asimismo estoi casado con una señora de la primera calidad i virtud, de este reino, hija, nieta i biznieta de quien le conquistó, i la noche del asalto hicieron con ella mil indecencias, buscándole la cama i las sayas i sus escritorios, donde tienen sus secretos i cosas mujeriles, de lo cual se quejó a la excelentísima señora vireina mi señora, i estraño que habiéndolo sabido no la hayan preso»[29].

Para esplicarnos la mala voluntad de Marin de Poveda para con Jerónimo de Quiroga es necesario que recordemos algunos

29 *Representacion de Quiroga a la Audiencia*, fecha 19 de enero de 1654, en poder del autor.

antecedentes. Marin de Poveda cuando mozo habia servido bajo las órdenes del maestre de campo, quien en mas de una ocasion lo reprendió con aspereza por algunos deslices de juventud i faltas de servicio. Esto Poveda no lo olvidó jamas. Hallábase en la Corte cuando don José de Garro pasó al rei un informe mui favorable de los méritos i servicios de Quiroga, pero tanta maña se dió su enemigo que frustró el informe e impidió el ascenso. Mas tarde, cuando el antiguo subordinado de Quiroga vino como presidente de Chile, los vecinos de Concepcion i sobre todo la clase militar, se esmeraron en su cortejo, i especialmente el mismo Quiroga, i quizá por esto i en atencion a su distinguido mérito no fué removido del empleo por entónces[30].

Terminada la diferencia que tuvo con motivo del rejistro de sus documentos, i privado ya de todo cargo público, se encerró en su casa a continuar los dias de su ancianidad en penosa pobreza.

Por aquel entónces, un tal don Francisco García Sobarzo subastó las ocho mil fanegas de harina que se necesitaba para el consumo del ejército; pero tan estéril fué el año que sobrevino, que Sobarzo se vió en la imposibilidad de cumplir sus compromisos, por lo cual el gobernador le obligó a satisfacer a razon de seis pesos fanega. Apelada la resolucion ante la Audiencia, se formó ruidosa competencia, i al fin i al cabo quedaron arruinados las familias de Sobarzo i las de sus fiadores.

«Este hecho dió márjen a muchas quejas que envolvieron pésimas consecuencias. Don Jerónimo de Quiroga no pudo acomodarse a sufrir el abandono de su mérito i contentarse con el reposo de la vida privada a que le conducia el despojo de su empleo, se contempló agraviado i de todos modos esplicaba i desahogaba su dolor. Compuso unos versos satíricos contra aquel jefe (Poveda) que llegaron a sus manos; i éste, viéndole en cierta ocasion pensativo i mirando hácia el suelo que pisaba, le reprendió con prudente moderacion: «Señor Quiroga, le dijo, está Ud. haciendo versos a sus piés»? Quiroga satisfizo con aquella impavidez que

30 Carvallo, páj. 193, t. 2.°.

le inspiraba su realzado mérito, desairado, i con la libertad a que suele dar márjen la ancianidad, i no sin agudeza bastante a quitar todo cuanto podia tener de poco respetuosa la respuesta. «Señor, respondió, quien los ha hecho a su cabeza, mui bien puede hacerlos a sus piés», i siguió contestándole con denuedo i sin sobresalto[31].

«De las quejas privadas Quiroga pasó a las judiciales. Espuso su agravio al virei, i conde de la Monclova, quien escribió al gobernador insinuándole que le restituyese en sus funciones al despojado maestre de campo, aunque sin efecto alguno.

«De ello se siguieron mui malas resultas. El presidente desairó a Quiroga cuanto pudo i le proporcionó desmejoras en sus intereses. Su mérito no era acreedor a estos daños. El sentimiento que le causaba el frecuente desaire penetraba mucho el corazon de aquel hombre de talentos de órden superior, i éstos aumentaban el dolor i su gravedad. Ignorante de la indolencia i frialdad con que los cortesanos acostumbraban atender a las urjencias de los pueblos remotos, buscó el remedio en los piés del trono.... Unido, pues, con Francisco García de Sobarzo, con los fiadores i con otros damnificados, se quejó de agravios. I como es imprescindible de una queja de esta naturaleza la narracion de los hechos, i de ésta el dejar de hablar de la conducta del gobernador que dió mérito a ella, fué indispensable el informe contra aquel jefe, para que no fuese un papel sonso i nada significativo de la persecucion que sufrian, i concebido en términos poco airosos al gobernador, lo dirijieron al soberano. El gobernador (como lo hacen todos los que tienen suprema autoridad en América) tenia en la Corte valedores bien gratificados, que no solo supieron impedir supiera el rei la noticia de sus justos lamentos, sino que con la mayor impiedad, negociaron se le pasase orijinal a sus manos. Luego que tuvo en ellas el papelon encarceló a todos los que lo firmaron, ménos a Quiroga, que tomó el sagrado asilo: sus impíos

31 Carvallo, t. 2.°, páj. 203.—Vicuña Mackenna, *Hist. de Santiago*, t. 2.°, páj. 9.

recelos le hicieron tener a estos hombres en una estrecha prision muchos años, i redujo a pobreza i miseria a aquellas familias[32].

Quiroga habia sido, pues, vencido. Contaba por aquella fecha mui cerca de setenta años[33]. La incansable actividad de que estaba dotado, ya que no le permitian emplearla en su antigua profesion, lo empujó a una nueva, i el viejo soldado se hizo escritor. Propúsose contar hasta sus dias los sucesos de la historia del país en que tan largos años habia vivido, en un libro que debió titularse *Memoria de las cosas de Chile*[34], i del cual solo nos queda hoi un estracto de la primera parte, publicado en el tomo XXIII del *Semanario erudito* de Madrid, en 1789, con esta designacion: *Compendio histórico de los mas principales sucesos de la conqnista y guerras del Reyno de Chile hasta el año de* 1656[35].

Como el autor figuró durante tantos años en todas las ocurrencias de la frontera, estaba en cabal situación para comprender i esplicar con plena conciencia a sus lectores los hechos de que queria dar cuenta, i por eso en sus combates hai animacion, movimiento i colorido. El lenguaje de su libro posee cierto cuidado que en muchas ocasiones admite con felicidad las figuras: rapi-

32 Córdova i Figueroa que no debia mirar con buenos ojos las representaciones de Quiroga por cuanto su padre don Alonso fué llamado a reemplazar al antiguo maestro de campo, despues de referir en una forma mas o ménos idéntica los sucesos que van espuestos, concluye por que «si los interesados se mostraron ofendidos o quejosos, el hecho da a entender que fueron injustos, segun el sentir de indiferentes». *Hist. de Chile*, páj. 308.

33 De su representacion a la Audiencia que hemos citado, (enero de 1694) consta que entónces tenia sesenta i seis años.

34 Carvallo, nota 7 del tomo I.

35 Se ha dicho que el orijinal que sirvió para la impresion estaba en Madrid, pero nosotros que hemos visto tanto este ejemplar como el que existe en nuestra Biblioteca Nacional, creemos que este último es el auténtico. Por otra parte, agrega el autor de la *Historia de Santiago*, «el manuscrito de Jerónimo de Quiroga que existe en la Biblioteca Nacional parece fué de propiedad del doctor Vera. Por lo demas, la edicion de Valladares, aunque dice que es copia *fiel* del que escribió Quiroga, ofrece frecuentes variantes con el texto manuscrito de la Biblioteca, i a nuestro juicio en demérito del último. Queremos citar un solo ejemplo. Hablando del gobernador Quiñones, Quiroga lo caracteriza enérjicamente en estas dos palabras: *Era un caballero rispido i rico* La edicion de Valladares dice: *Era un caballero de resolucion i rico*, lo que tiene un significado mui diverso».

dez en la narracion, concision para espresarse, enerjía para pintar, armonía en las frases, a veces, i siempre facilidad i elegancia, son cualidades inherentes a su estilo. Tampoco es inferior en la pintura de los sentimientos, ya del dolor que se apodera de los habitantes de las ciudades al ver llegar vencidos a los soldados; ya del pavor que domina al pueblo cuando se tienen noticias de la aproximacion de los indios; ya del valor heróico de una defensa desesperada.

Independiente en sus juicios por carácter, no trepida jamas en discutir la razon de ser de un mandato, aunque venga del mismo rei; espíritu sarcástico, se rie a veces de las cosas tenidas por mas sérias entónces, i no escasea las anécdotas picantes; buen soldado, estima la audacia i detesta a los cobardes; ambicioso de mando, aplaude a los que se hacen una carrera por sí mismos, i señala el poder como recompensa a los buenos servicios; hombre severo pero bondadoso, aborrece la crueldad i enaltece la compasion; buen creyente, sabe, sin embargo, moderar su credulidad.

Su libro fué conocido i esplotado por escritores posteriores, especialmente por Carvallo i Perez García, i aún los modernos lo consultan con provecho, por mas que contenga algunos errores. Carvallo dice de Quiroga que «fué él que mas se acercó a la verdad de los sucesos antiguos, i que escribió los de su tiempo con aquella libertad que da la fuerza i la pérdida de toda esperanza».

CAPITULO IV.

DESCRIPCIONES DE CHILE.

I.

Fr. Miguel de Aguirre.—Noticias biográficas.—Su llegada a Lima.—Honores que recibe.—Espedicion a Valdivia.—Aguirre renuncia su cátedra en la Universidad.—Nuestra Señora de Copacavana.—Viaje de Aguirre a Europa. —Sus trabajos relijiosos en Madrid.—Parte para Italia.—Dotes de Aguirre. —Su muerte.—Lo que nos ha dejado.—La *Poblacion de Valdivia* —Fr. Francisco Ponce de Leon.—Fr. Gregorio de Leon.—*Descripcion i cosas notables del Reyno de Chile.*—Don Miguel de Olaverría.—Tomás de Olaverría. —Andres Mendez.

Si en Chile preguntamos quien fué Fr. Miguel de Aguirre, los pocos que algun dato de él nos pudiesen dar, sin vacilaciones dirian que era el autor de la obra titulada *Poblacion de Valdivia.* Acaso seria difícil encontrase nuestra curiosidad alguna respuesta mas satisfactoria i luminosa.

Sin embargo, los que creen ver en un libro el reflejo de las ideas a cuya inspiracion ha sido escrito, los que estiman que él no es solo un hecho aislado en la gran historia de la humanidad, sino que aceptan en sus líneas la fiel representacion de un estado de la sociedad a la satisfaccion de cuyas necesidades responde i en cuyo seno ha jerminado, concentrándose en él las diversas ideas que circulan en su rededor, i que al fin vienen a asumir un cuerpo bajo la pluma del escritor; sin dejarse desalentar por una respuesta tan poco concluyente, procurarán llegar por el libro al autor, i estudiando su obra i aquella sociedad, concluirán al fin por formarse un concepto mas o ménos cabal del personaje.

Si esta opinion tiene algun fundamento en estos tiempos en que parecen concurrir a una a desquiciar la unidad del estado i fisonomía social, los variadísimos elementos que componen nuestra civilizacion, formada bajo el impulso de fuerzas tan opuestas i de tan encontrados intereses, sube inmensamente aquella consideracion, si remontamos nuestra imajinacion, por los dictados de un criterio mas o ménos ilustrado, a los tiempos de mediados del siglo XVII, i si agregamos que los actores que en la escena toman parte son los fieles vasallos del rei de España, estrechados en sus lejanos dominios de la América de un lado por el inmenso océano, al cual no surcaban aún las jigantescas máquinas que anima el vapor, i del otro, por impenetrables bosques, que se prolongan hasta tocar en sus últimos lindes con las nevadas cumbres de los majestuosos Andes. Allí, es fácil aplicar con éxito el escalpelo de la crítica, i el ojo escudriñador del cronista o la vista elevada del historiador filósofo podrá aprovechar con ventaja en un campo tan limitado, i sobre todo, de una personalidad tan concentrada diremos así.

Frai Miguel de Aguirre tuvo por patria a Chuquisaca. Hijo de una familia de estirpe noble, rica i opulenta, «i lo que mas es, devota», vistió el hábito de los hermitaños de San Agustin cuando apénas pisaba los dinteles de la adolescencia, a los quince años de su edad.

Seria inútil que preguntásemos por el año de su nacimiento, porque por mas que estudiemos las fuentes que pudieran darnos alguna luz a este respecto, parece que de intento guardan estudiado silencio sobre el particular. Las noticias de su vida, esparcidas aquí i acullá, no conservan ninguna concordancia para que relacionándolas pudiéramos establecer una deduccion; mas, ¿qué importa una fecha de esta naturaleza, qué importa desconocer el dia en que vió la luz, que ignoremos lo que hizo cuando niño, si sus actos de trascendencia, si sus acciones de hombre podemos vislumbrarlas i aún definirlas? Grande, sin embargo, debió ser su vocacion relijiosa cuando en esa edad temprana decia un adios al mundo (que es verdad no conocia) para vestir un hábito tosco i

encerrarse par siempre tras de las murallas de un convento. Parece, con todo, que esta eleccion no fué precipitada, ya que sus compañeros i los que le conocieron, solo tienen elojios para su conducta posterior. El espíritu de cuerpo i el prestijio de su persona, por elevados que se les suponga, nos esplicamos que induzcan en ocasiones a silenciar lo que no es un motivo de honra, pero audacia seria prodigar elojios cuando existen faltas.

Frai Fernando Valverde fué su maestro: distinto del Dante que colocaba en el infierno a Bruneto Latini, el novicio Aguirre solo tuvo para aquél palabras de gratitud i en muchas ocasiones aún manifestó cierto orgullo de haber sido su discípulo.

El lugar de su nacimiento sin duda que influyó mucho en la conducta posterior de su vida.

Chuquisaca era llamada entónces «la segunda madre de injenios felices», como nos lo dice el padre Bernardo de Torres, i esta ciudad, situada no mui léjos del santuario de N. S. de Copacavana, a la cual debian llegar palpitantes los portentos que de esta bendita imájen se referian, debió por su proximidad al sitio milagroso encender su ánimo en la devocion que despues llegó a ser el anhelo de su vida.

Los bellos horizontes de la laguna de Titicaca, cuyas márjenes conoció, dejaron en su memoria el recuerdo imperecedero de los lugares de la patria en que se deslizaron sus primeros años. A ella se referian sus afectos posteriores, e injenuamente pudo decir en una ocasion en que vestia ya la severa toga de doctor i en que se veía honrado con el alto puesto de calificador del Santo Oficio, al dar su aprobacion a un libro que se le habia mandado examinar, pudo asentar, decimos, estas palabras: «I si he pasado algo de la línea de censor pareciendo encomiador, no ha sido tanto por el autor, que tiene mas en desprecio que en deseo las alabanzas, *cuanto por la patria comun;* pues no es pequeño honor de la nuestra haber producido en este sujeto la universal erudicion; i podremos blasonar los indianos, etc.»[1]. No puede negarse

1 *Sueño de Antonio Maldonado.* Impreso en Lima, 1646.

que es este un bello rasgo de su carácter, tanto mas de aplaudir cuanto que en esa época estaba mui distante de acarrear consideracion el mero título de criollo.

Mas, no limitando ya el círculo de sus preferencias a solo sus compatriotas, estendia aún sus miras a los americanos todos i precisamente en un sentido de los mas laudables. Sucedia muchas veces que los naturales de Indias a quienes sus asuntos llevaban a la corte de España, en una tierra estranjera i siempre llena de percances para esas jentes sencillas e incultas, no tenian un lugar propio en que hospedarse. Se hacia sentir mas esta falta porque otras naciones poseian en Madrid hospederías, que ordinariamente eran los mismos conventos. Frai Miguel de Aguirre que si no habia esperimentado personalmente las incomodidades de semejante vacío, habia tenido ocasion de penetrarse cuan útil seria llevar eficaz remedio a esa situacion, edificó una capilla que siquiera sirviese para sepultura de los pobres hijos del Nuevo Mundo que morian miéntras se tramitaban los eternos espedientes de sus solicitudes. He aquí los términos sencillos i espresivos en que su apolojista resume el pensamiento del padre Aguirre: «Fueron las ánsias de nuestro reverendísimo padre maestro que esa capilla fuese sepultura de indianos, que fuera de sus casas vienen a negocios a esta Corte. Porque le hacia lástima, que cuando diversas naciones tienen templos en Madrid, que son asilo de sus naturales, no le tuviesen los indianos peregrinos; i con este intento labró esta capilla»[2].

Los cuatro capítulos provinciales que en la Orden de San Agustin se sucedieron hasta el de 1641, habian sido oríjen de gravísimos escándalos i de turbulentos sucesos. Sin embargo, el de ese año en nada se asemejó a los anteriores, i todo pasó del modo mas tranquilo. El provincial era en aquella fecha frai Pedro Altamirano, al cual graves dolencias detenian mui a menudo en cama. Para proceder a las elecciones de estilo, se reunieron los votantes

2 *Sermon en las solemnes honras que el relijioso convento de Recoletos Agustinos de Madrid hizo al Reverendísimo P. M. F. Miguel de Aguirre*, etc. Díjole el M. R. P. F. Luis de Jesus, Prior de dicho convento. Páj. 10.

el 21 de julio bajo la presidencia de frai Gonzalo Diaz Piñeiro, nombrado al efecto por letras patentes del padre jeneral, en la celda del provincial, a quien su enfermedad no le habia permitido, como de costumbre, salir de su celda. Procedióse al escrutinio, i éste dió por resultado la eleccion canónica de frai Miguel de Aguirre i de frai Francisco de Loyola Vergara para los puestos de definidores de la Orden, que debian durar cuatro años[3].

Este es el dato mas antiguo, preciso, que, acudiendo al testimonio de estraños, hayamos podido obtener de la llegada del padre Aguirre a Lima: i nuestras deducciones reciben una ámplia confirmacion, cuando rejistrando los mismos recuerdos de nuestro hombre, escasamente consignados en la *Poblacion de Valdivia*, encontramos que ese año fué en verdad aquel en que dejando su baston de viajero se apeaba a las puertas de su convento de Lima.

En esta ciudad, en el colejio de la órden, leyó con jeneral aplauso Artes i Teolojía, «en que sacó discípulos tan provectos que poblaron la Universidad de grados i la provincia de doctores»[4]. Su reputacion llegó hasta la Universidad, la que durante aquel profesorado le dió en propiedad la cátedra de Prima del Maestro de las Sentencias; siendo tan «estimado en aquellas réjias escuelas, que, conformes la voluntad del virei i rector», le honraron con el título de Doctor i examinador.

Por disposicion del Consejo, mas tarde, desempeñó, asimismo, la de Escritura.

No se detuvo aquí la carrera de los honores que se habia iniciado para el maestro Aguirre. El tribunal de la inquisicion quiso tambien por su parte confiarle un puesto distinguido en su seno i lo elijió por su calificador, «i de los del número, que allí se estiman»[5].

No sabríamos precisar las fechas en que el padre Aguirre obtuvo tales nombramientos; pero es de creer fuera mui tempra-

3 Frai Bernardo de Torres *Crónica de la Provincia Peruana*, etc.
4 *Suma Encomiástica* de Fr. Juan Martin Maldonado.
5 *Sermon citado*, páj. 2.

no[6], ya que en la aprobacion que hemos dicho que prestó al *Sueño*[7] *de Maldonado*, datada en junio 12 de 1646 desde el colejio de San Ildefonso de Lima, llevaba tales títulos, i ya que el autor de la *Suma Encomiástica* espresamente afirma que rejentó sus cátedras durante muchos años, siendo ya doctor i examinador.

Mas en la Orden de San Agustin habia tenido ántes ocasion de señalarse en otras funciones de alguna elevacion i responsabilidad. Fr. Luis de Jesus nos dice que la Relijion lo nombró prior de «diferentes i gravísimos conventos», i Maldonado se esplica aún algo mas, al espresar que esos conventos fueron los de la La Plata i Lima, en los cuales desplegó «celo grande, prudencia superior i constancia valerosa para el gobierno». Tales dignidades es natural se confiasen solo a personas de cierto prestijio; i por esto es que estimamos que Aguirre debió salir de Lima, cuando contaba ya con cierta reputacion, yendo al priorato de la Plata para regresar en seguida al Perú i ejercer su puesto conjuntamente con los grados de que se le habia hecho merced. Tanto mas de presumir es esta circunstancia, cuanto que los enumeradores de sus méritos colocan solo en último lugar los prioratos mencionados.

Hemos visto ya la voluntad i buena disposicion con que el virei habia concurrido a que se diese al padre Aguirre la cátedra de teolojía; i sin duda tan sincera era entónces la merecida distincion que le hacia, tan penetrado se hallaria andando el tiempo de sus buenas cualidades, que sabemos lo llamó a servirle de con sejero.

Desempeñaba Aguirre este cargo de confianza cuando ocurrió en Chile la ocupacion de Valdivia por los holandeses. Tan pron-

6 En los libros de la Universidad de San Márcos de Lima, se ve que en 10 de octubre de 1641 asistió a una reunion i dió su parecer en contestacion a una carta del Marqués de Mancera en que solicitaba de la corporacion un donativo para ayuda de la defensa del reino.

7 Nuñez de Pineda i Bascuñan, que suele citar este libro, dice hablando de su autor (*Cautiverio feliz*, páj. 404) que «fué catedrático en la Real Universidad de la ciudad de los Reyes, de esperiencias grandes i de cristiano celo i ajustado proceder, segun el comun sentir, que aún entre sueños no pudo dejar de decir lo que tan practicado vió despierto».

to como la noticia traida tarde i mal, llegó a oidos del virei, marqués de Mancera, se preparó con toda dilijencia para rechazar una espedicion que, a diferencia de las anteriormente practicadas por aquellos enemigos de la monarquía i de la fe, no se limitaba a meras correrías en busca del oro de los galeones i del saco e incendio de las poblaciones, sino que meditaba ya establecerse sériamente en las apartadas costas del mar del Sur. La tentativa asumia, pues, un gravísimo carácter i el delegado de la majestad real pensó desde luego en buscarle tambien varios remedios. Equipó una escuadra de doce naves, la mas fuerte de cuantas habia visto el Pacífico océano, cuyas olas morian en las costas de los dominios confiados a sus desvelos, con mil ochocientos hombres de mar i tierra i ciento ochenta i ocho piezas de artillería. Puso estos elementos a las órdenes de su hijo don Antonio Sebastian de Toledo, a ejemplo de aquel de sus predecesores que buscando glorias para el suyo, lo habia enviado casi un siglo ántes a luchar con otros enemigos no ménos temibles; hizo que lo acompañasen algunos jesuitas, i probablemente tambien su propio inspirador, el P. M. Fr. Miguel de Aguirre, i se dieron a la vela el 31 de diciembre de 1644.

Al llegar los espedicionarios al punto de su destino, en 6 de febrero de 1645, lo encontraron libre de enemigos i hubieron de retornar al Perú «contando incidentes de escaso interes bélico: tales eran, que la escuadra habia salido del Callao en viérnes, habia tocado ótro viérnes en Arica, arribado i dejado a Valdivia tambien en viérnes»[8].

Habríamos podido relatar por estenso la historia de los actos de devocion a que los relijiosos tripulantes de esta famosa escuadra se entregaron en los dias que duró su navegacion, si no temiéramos apartarnos del hilo de nuestros apuntes, ya que no podemos asegúrar que fuese efectivamente de los espedicionarios nuestro padre Aguirre. El conocimiento de los lugares que mani-

8 *Historia del Perú bajo la dinastía austriaca* (1598-1700) por Sebastian Lorente, páj. 127. El autor por un pequeño olvido de las fuentes en que tomó estos datos, dice viérnes, debiendo ser sábado.

fiesta en su libro de la *Poblacion de Valdivia*, las particularidades que nos enseña i el tono en que se espresa, nos inclinarian a pensar en su viaje; mas el padre José de Buendía, autor de la *Vida admirable i prodijiosas virtudes del venerable i apostólico Fr. Francisco del Castillo*, ha omitido el nombre de Aguirre entre los sacerdotes que se embarcaron para esa cruzada[9].

Es verdad, sin embargo, que no puede desconocerse la mui esparcida tendencia de aquellos tiempos de rivalidades entre las diversas órdenes relijiosas, en callar o deprimir cuanto no perteneciese a lo que se estimaba redundar en provecho i loor de la propia[10]: circunstancia que reviste tanto mas fuerza en nuestro caso, cuanto que Buendía atribuye la felicidad de la empresa a la asistencia del padre Castillo, cuyas virtudes i milagros nos está contando.

Sea como quiera, es manifiesto que el estudio de esta espedicion ocupó largo tiempo la atencion del padre Aguirre, compajinando los antecedentes históricos del tema que iba a tratar, compulsando datos de todo jénero, i asentando, por fin, el resultado de sus labores i vijilias en el libro que publicó en Lima el año de 1647 con el título de *Poblacion de Valdivia*, i que merced a su posicion de consejero del virei i a los documentos auténticos que en él inserta, ha llegado a asumir cierto carácter oficial. Dejamos para otro lugar la apreciacion del trabajo del padre agustino i nos limitamos por ahora a consignar de cuanto provecho ha sido para historiadores posteriores de la ocupacion de Valdivia por los holandeses. Entre nosotros, baste decir que don Miguel Luis Amunátegui en su hermoso libro de los *Precursores de la Independen-*

9 En una representacion hecha al rei por el Marqués de Mancera, que se encuentra en la Bib. del Museo Brit., sin lugar ni año de impresion, [*Papeles varios de Indias—Servicios*, i. 2., fol 7 vlta.] se espresa que en la armada que salió del Callao iban «*diez relijiosos* de las órdenes de Santo Domingo, S. Francisco, S. Agustin, La Merced i la Compañía de Jesus».

10 En apoyo de nuestra asercion nos limitaremos a citar un solo ejemplo, escojiéndolo entre muchos otros únicamente porque viene mui al propósito. El mismo Rosales, a quien no podemos tachar de ignorante, no menciona entre los que fueron a Valdivia sino a los jesuitas, lo mismo que Buendía. Véase la *Conquista espiritual de Chile*, en la vida del P. Alonso del Pozo.

cia de Chile se ha valido de los datos del padre Aguirre, coloreándolos con el brillante estilo de su pluma fácil i erudita.

Aguirre continuó alternando sus ocupaciones literarias, sus deberes de relijioso, las tareas de la enseñanza i las responsabilidades de su puesto de consejero de la suprema autoridad, «cuya conciencia descargaba en la espedicion de aquella monarquía», hasta el año de 1648, en que el marqués de Mancera dejó el vireinato del Perú. Talvez desde entónces pensó ya en acompañar a su protector, que se dirijia a España, corriendo su suerte, puesto que en ese mismo año hizo dejacion de su cátedra en la Universidad, en la cual tuvo por sucesor al célebre continuador de Calancha. Es probable que el virei Toledo hiciese mencion de su consejero en la Memoria que debió dejar al nuevo mandatario que le reemplazaba; mas, cuantas investigaciones se han practicado para encontrarla, han fracasado, todas por desgracia, siendo la única, de todos los vireyes del período colonial que aún la posteridad no conoce. Con ella a la vista, habríamos podido averiguar la influencia que el padre Aguirre tuvo en las determinaciones de aquel elevado magnate, la índole de las medidas que inspiró, i en jeneral, sus trabajos en la administracion de los negocios políticos de la colonia.

En abril de 1650 el marqués de Mancera se hizo a la vela para la corte de Madrid, llevando a Aguirre en calidad de confesor. El fraile agustino, por su parte, tampoco se habia descuidado, cargando consigo a quien creia podia fortalecerlo en las tribulaciones de su conciencia, protejerlo de los peligros que iba a atravesar, i consolarlo de su ausencia de la tierra americana. Llevaba una imájen de N. S. de Copacavana, que habia tocado en su mismo orijinal; i ardiente de entusiasmo relijioso, se proponia implantar en la misma Europa la que era devocion de los infelices indíjenas de las orillas de la laguna de Titicaca!

Es mui de notar la renuncia anticipada que el padre Aguirre hizo de su cátedra, porque ello se presta a varias conjeturas mas o ménos verosímiles. Necesario es creer que existiesen graves consideraciones para que se resolviese a hacer abandono de una

colocacion que era honra, que debia tambien serle mui grata i en la cual habia visto deslizarse largos años de su vida. Desde luego ocurre que comprometido para acompañar al Marqués, hubiera éste proyectado partir en ese entónces i que sucesos posteriores hubiesen retardado su marcha. Es esto aceptable, pero estimamos mas fácil de esplicar otra suposicion. Se recordará que dijimos tenia el padre su familia en Chuquisaca, no léjos de la cual N. S. de Copacavana tenia tambien establecido su santuario[11]. ¿No seria, pues, de creer que Aguirre se diese tiempo, ántes de partir para un viaje larguísimo, del cual acaso jamas volveria, de despedirse de su familia? Con esto iba a tener la oportunidad de llevar a la devota España una copia de la venerada imájen de Copacavana, i satisfacer así los afectos de su corazon de hombre i de obedecer al mismo tiempo a los impulsos de su imajinacion excitada con su entusiasmo relijioso. Hé aquí la razon por la cual nos parece que renunció el padre anticipadamente su cátedra en la Universidad; i si consideráramos la distancia que mediaba entónces de Lima a Chuquisaca i el trabajo que se proponia realizar, veremos que no fueron muchos los meses de que pudo disponer ántes de ausentarse, pues, hecha su renuncia, como hemos dicho, en 1648, ya en abril de 1650 habia emprendido su travesía a Europa.

Para esplicarnos la aficion del padre por el culto de aquella imájen, tiempo es ya digamos dos palabras acerca de su historia, valiéndonos para ello del libro que publicó en Madrid en 1663 Frai Andres de San Nicolas, agustino descalzo de la congregacion de España, con el título de *Imájen de N. S. de Copacavana.*

Celebran los autores que han escrito de las cosas de las Indias una laguna sita entre Lima i Potosí, una de las mayores que en el orbe se numera, i cuyas olas a veces desafian a los mares estendidos. Llamóse de Titicaca por una isla que en ella se ve, la cual tomó asimismo la designacion de cierta peña «celebérrima

11 *N. S. de Copac.*, fol. 23.

por el culto que al Demonio i al Sol allí dieron los jentiles», i cuya lonjitud alcanza a dos leguas i a otras tantas su latitud, i que así viene a ser la mayor que domina aquella serie. Allí habia tenido fabuloso principio la familia de los Incas, que por mas de quinientos años gobernara el opulento imperio del Perú, i de ahí «el fundamento que los indios tuvieron para reverenciar esta isla i peñasco con mayor grandeza i aparato que ninguna otra nacion de las que mas se aventajaron en el culto de sus falsos simulacros i deidades».

Levantaron un templo magnífico por su arte i ornamentos, servido i asistido con relevante preeminencia, que pudo competir con el del Cuzco, pues su riqueza era tanta, como refiere Garcilaso de la Vega (*Comentarios*, tom. I, lib. 3.°, I, cap. 2.°) «que estaban las paredes sin verse por los grandes tablones de oro macizo que tapaban su rudeza».

«Para introducir i asentar el Demonio mas temor i reverencia de su falso adoratorio en los pechos de los bárbaros jentiles, se aparecia de ordinario en forma de culebra, que rodeaba como guarda las seis leguas del contorno de la isla, infundiendo con esta inaudita vision tal horror a los que iban temblando de llegarse al lugar destinado a su ceguera, que como hijos de la ignorancia tenian por infalible deidad aquel peñasco[12]...... Con lo dicho se colije cual fué la jentílica adoracion que dieron a este templo ciegamente aquellos indios, i asimismo el engaño i las ficciones o remedos con que la astuta serpiente pervirtió sus corazones, haciendo célebre aquesta romería no tanto desde su antigua institucion cuanto despues que Tupac-Yupanqui la emprendió, siendo ya absoluto señor monarca del imperio de los Incas. Este fué hijo del otro Yupanqui que dió perfeccion a las políticas leyes i al gobierno, i el que pasó con su dominio hasta Chile, nuevo Flandes de aquel mundo».

Tanto habia crecido el nombre del famoso templo por las frecuentes apariciones del Demonio, que fué necesario poco despues

12 *Crónica*, tomo II, lib. II, p. 8.

levantar un palacio que en adelante sirviese de hospedería a la augusta persona del monarca, cuya visita fué ya obligada a aquel paraje. Así, continúa Frai Andres, «tenia necesidad esta selva de las bestias mas feroces i mas bravas que en las Indias habitaban, de un remedio mui patente que amansase sus indómitas costumbres; i como para tanto efecto no hubiese otro mejor que el precioso de María, dispuso la divina piedad el poner allí su imájen, en cuya presencia como ante el arca del testamento cayese el Idolo Dragon o el Demonio de su trono; i para que los emponzoñados con el veneno mortal de su ciego jentilismo, luego que la viesen venerada en sus contornos, cobrasen salud, consiguiesen vida, i hallasen el camino del cielo, ya perdido por su necio desatino».

Entre las festividades que anualmente celebraban los indios era de notarse la que llamaban *Cusquier Aymi*, la tercera en solemnidad de las cuatro que existian, en la cual suplicaban a la divinidad, entre bailes i convites, que la helada no destruyese las sementeras i produjese el hambre: ceremonia que traia su oríjen desde una ocasion en que, perdidas las cosechas, habian muerto millares de habitantes. Con la predicacion del cristianismo por la conquista de los españoles, aquella fiesta habia sido reemplazada por las oraciones de los néofitos, que habian erijido tambien cofradías por consejos de sus curas, «para que teniendo la intercesion de algun santo, obtuviesen fácilmente buen despacho en sus plegarias». Se conservaban entónces en el lugar las parcialidades de los Urinsayas i Amansayas, orijinarias de dos de aquellas naciones que allí trajeron los Incas «para el fasto i autoridad de su peña endemoniada». Los primeros habian elejido como patron a San Sebastian i los segundos a la Vírjen Santísima, pretendiendo ambos tener derecho de colocar en la famosa peña al santo de su devocion; mas, tantas proporciones iba asumiendo la disputa que fué preciso ordenar se abandonase lo proyectado.

Miéntras tanto, don Francisco Tito Yupanqui, heredero de la sangre de los Incas, comenzó a acariciar el proyecto de fabricar la imájen que habia de ser colocada. Ningunos eran sus conoci-

mientos en arquitectura, pero decidido se puso a la obra, i mui presto pudo presentar una tosca figura de barro, que en realidad fué desalojada del lugar en que se reverenciaba en fuerza del ridículo que se vió en lo grotesco de sus formas. No por eso se desanimó el artista, i empeñado ya en una cuestion de amor propio i aguijoneado por la verguenza que le produjo el fracaso de su primera tentativa, se dedicó a proseguir con nuevo ardor lo empezado.

Partió a estudiar a Potosí, i aunque era mucho su empeño en el trabajo i no escaso su injenio, sus adelantos eran insignificantes. Obtuvo al fin un modelo, en el cual creyó ver realizadas las exijencias del gusto mas delicado; se le dió en Los Charcas el permiso para erijir la hermandad, i con esta provision i el busto labrado de sus manos, se presentó en Chuquiago, donde un artífice español debia darle los últimos retoques. Depositado en la celda de un relijioso del convento del lugar, llamado frai Francisco Navarrete, contaba éste que cuando buscaba en la noche su retiro, se veia deslumbrado «por unos rayos que salian mui ardientes de aquel rostro».

No continuaremos refiriendo las peripecias por que pasó la obra de don Francisco Tito Yupanqui ántes de ser definitivamente colocada en el templo de Copacavana. Baste decir que era jeneral la admiracion que en todos los que la veian despertaba, i que Frai Antonio Calancha pinta con las siguientes palabras: «Es aquesta imájen desde aquel punto, un asombro de la naturaleza, un pasmo de humanos ojos i un éstasi de cualquier entendimiento: pues ninguno acaba de entender la grandeza, o la maravilla que encierra en sí aquel rostro sobrenatural», etc.[13].

Que esa Vírjen era milagrosa era un hecho que estaba en la conciencia de los sencillos habitantes de todos los contornos, i que poco a poco la fama habia estendido hasta las mas remotas comarcas de la América. Debemos notar esta circunstancia porque ella influyó naturalmente en el alto prestijio i en la sincera

13 Fol. 17, vlta.

admiracion que el relijioso agustino le tributó. Frai Andres de San Nicolas ha dedicado la mayor parte de su libro a la relacion de estos prodijios, que su criterio los hacia preceder aún a la colocacion definitiva de la imájen en el lugar que en su tiempo ocupaba. «Pruébase esto, concluye, con el suceso que contó uno de los néofitos: i fué que siendo él pequeño, se halló en cierto convite o baile hecho i celebrado entre los suyos, asistiendo allí el Demonio en figura de lechuza; i saludando a los presentes con voces humanas del idioma aimará, en que todos le respondieron, despues de algunas bárbaras i mui toscas cortesías, añadió que les habia agradecido el ave finjida con palabras amorosas, sus afectos, encareciéndoles el gusto que tenia de verlos congregados en tal fiesta; i que luego le rogaron bajase de la parte alta en que estaba, i se pusiese en medio dellos para mas honrar su junta, como lo ejecutó: i que allí le dieron de beber en señal i memoria de su culto; pero que ya con la entrada de la Vírjen no habia aparecido mas en la dicha figura, ni en otra»[14].

De entre los numerosísimos prodijios consignados en la obra citada, vamos a escojer solamente uno, que no es ni con mucho el mas estupendo ni de mas asombrosos resultados, pero que por referirse a un personaje célebre en la historia de Chile no lo creemos enteramente fuera de propósito.

Ocupaba el que despues fué gobernador de Chile, Alonso García Ramon, el cargo de correjidor de Chuquiago, cuando su hija única, de dos años de edad, María Magdalena, adoleció de una tos i calentura que hacia estragos entre los niños. Ya próxima a espirar, ocurrió el padre a la Vírjen de Copacavana, invocando su clemencia, i doña Luciana Centeno, la madre, entre sus angustias le hizo voto de dar para su altar la cera que pesase la que era ya como un cadáver. «Acabado de pronunciar el voto, como si despertara de un blando sueño, se mostró mui alegre la muchacha i la vieron buena i sana. Aplaudióse el milagro, i olvidóse la promesa: con que despues de algunos dias volvió el achaque

14 *Id.*, fol. 96, vlta.

otra vez luego a la niña, i estuvo tan a punto de difunta que la cubrieron como tal en su camilla. Dentro de breve rato echaron de ver que vivia, pero con ninguna esperanza de que hubiese de durar, aún pocas horas. Acordóse entónces la madre de la quiebra de su oferta, i mandó con toda priesa que la entregasen en Copacavana, despachando para este fin luego un correo, i así que salió, dentro de poco se levantó la dicha niña, sin rastro del achaque, que la tuvo tan propincua de la muerte»[15].

Conocido ya el objeto de la devocion de frai Miguel, veremos con cuanto ahinco persistió en ella i cuánto trabajó por estenderla miéntras estuvo en Europa.

Recien llegaba a Madrid, el Ilustrísimo Monseñor Gaetano, nuncio apostólico en España, lo elijió por su confesor. El Tribunal Supremo de la Inquisicion lo llamó tambien a ser uno de sus miembros.

Los hombres de aquellos tiempos que pasaban a América, los conquistadores por su profesion de soldados i los relijiosos por su ministerio, con la mayor frecuencia se veian obligados a emprender largos viajes, o aún mas propiamente hablando, su vida era un contínuo ir i venir de un país a otro país, de una conquista a otra conquista. Parece que este esfuerzo superior, que la delicada civilizacion del siglo hoi rechaza, les era tan inherente que jamas se detenian ante obstáculos que con nuestros medios de comunicacion i las comodidades acarreadas por un estenso comercio i una abundante poblacion, se miran todavía casi como insuperables. Así, hemos visto que frai Miguel de Aguirre habia corrido todo el espacio comprendido entre Chuquisaca i Lima, que de aquí habia partido para Buenos-Aires, volviendo en seguida para dirijirse de nuevo a las orillas del lago Titicaca i emprender, por último, su travesía a Europa. Basta la sola consideracion de la insalubridad de los climas, del espíritu mas o ménos hostil de las tribus salvajes por donde debió atravesar, i su misma calidad de relijioso, que en ocasiones era una buena recomendacion para la

15 *N. S. de Copac.* cit.

ávida crueldad de los indios o para sus espectativas de rescate, para darnos una idea de los serios sacrificios i el valeroso empeño que todas estas peregrinaciones suponen. Pues bien, aún Aguirre no permaneció largo tiempo en Madrid. Elejido en 1655 por procurador jeneral de la Provincia del Perú, se encaminó a la Corte romana a tomar parte en el capítulo jeneral que debia celebrase ese año, i en el cual, luego veremos por qué circunstancia, de hecho no ocurrió con su voto a la eleccion de jeneral de la Orden, recaida en frai Pablo Luciano de Pesaro.

Sin perder de vista el objeto de todas las complacencias de su celo relijioso, se dedicó a propagar en la ciudad de los emperadores romanos la devocion a la imajen de N. S. de Copacavana. En el Hospicio agustino de San Ildefonso se colocó con solemne ostentacion la Vírjen americana, celebrando la misa inaugural, el obispo de Porfirio i sacrista pontificio, frai Ambrosio Landucio.

«Causó esta fiesta con la relacion de la recien conocida Señora, tal fervor en la piedad del duque de Sermonera, don Francisco Gaetano, que haciendo sacar de ella un trasumpto mui al vivo, le tuvo en su palacio, con tanta fe i reverencia, que luego comenzó a manifestar Dios en él sus maravillas superiores, segun consta de una informacion, hecha en la villa de Cisterna, el año de 1670, ante Jacobo Catenas de Nomento»[16].

No contento aún con haber establecido el culto de esa efijie, el entusiasta i devoto agustino juzgó con acierto que seria perpetuar el recuerdo de sus milagros i su historia, buscar quien se encargase de redactarla: empresa no difícil entónces, siendo que en esa fecha circulaban ya en España relaciones de sus maravillas, contadas por autores de nota, si hemos de creer a sus contemporáneos. El primero habia sido frai Alonso Ramos Gavilan, mas tarde frai Fernando de Valverde, i aún frai Antonio de Calancha. No estaríamos distantes de pensar que Aguirre estimase tanto, como hemos insinuado ya, a su maestro Valverde, sino

16 *Sermon cit.*, fol. 4.

por la armonía que entre ambos reinaba respecto de un punto tan notable en la vida de su espíritu cual era su devocion a la Vírjen de Copacavana, que acaso no seria aventurado creer que, por la comun observacion de la influencia del maestro sobre el dicípulo, el uno hubiese heredado del otro.

Con los abundantes materiales acopiados, con la insinuacion de todo sectario, con lo piadoso del objeto i con el reciente favor que se despertaba en la ciudad papal por aquella devocion, Aguirre no debió esforzarse mucho en decidir al padre Hipólito Marracio a que se hiciese cargo del trabajo. I no habria de ser este aún el último libro que se imprimiese sobre tan fecundo tema, pues con poca diferencia, se dieron mas tarde a luz los de frai Gabriel de Leon i de frai Andres de San Nicolas, al cual nos hemos referido en el presente estudio.

Todas estas circunstancias, que hacen de Aguirre un hombre de mérito, contribuyeron a que se le designase para el obispado de Ripa Transona en la Marca, «puesto de grande estimacion; pero antepuso su humildad la capilla a la mitra». En repetidas ocasiones Aguirre tuvo la oportunidad de manifestar su desprendimiento por los honores: los oficios mayores de la relijion que en varias circunstancias le fueron ofrecidos, los rehusó siempre «con tanto cuidado cuanto el mas ambicioso pudiera poner en pretenderlos». Muchas veces llevaba su modestia hasta lo exajerado, i su conducta en el capítulo jeneral para el cual se le habia hecho hacer viaje a Roma bastará a demostrarlo. Tan pronto como llegó a su noticia que se le llamaria para asistente del padre jeneral, no le faltó pretesto para detenerse en su marcha i llegar así cuando la eleccion habia tenido lugar. Nombrado visitador de las provincias del Perú i Méjico, se escusó, manifestando no habia que visitar en aquellas observantísimas provincias.

No solo una sino muchas veces, desechó la oportunidad de que se le elijiese obispo, pues «grandes ministros desearon premiar sus muchas prendas poniéndole un báculo pastoral en las manos: presintió sus deseos, i escusó por eso su comunicacion i visitas. «Yo depongo», continúa frai Luis de Jesus, «que una

persona grande desta Corte, que tiene mucha mano en palacio, quiso fuese obispo nuestro padre maestro, juzgando que haria buen prelado quien tenia tanto celo del culto de Dios, i era tan amigo de los pobres. Díjome esta persona se lo significase, i que solo queria de su reverendísima que lo admitiese (tanto se temia de su humildad); hícelo aunque con rezelo de lo que sucedió: i la respuesta fué muchos desvíos i retiros»[17].

A pesar de los trabajos realizados, parece que Aguirre no permaneció mas de un año en Roma, si hemos de tomar a la letra una espresion de Frai Andres de S. Nicolas, en que refiriéndose a él dice lo siguiente: «cuando estuvo en Roma el año en que fué electo jeneral de toda la Orden el reverendísimo padre», etc. No debe, sin embargo, causarnos estrañeza esta asercion si nos fijamos en que con la celebracion del capítulo al cual debió concurrir con su voto, quedaba por lo mismo terminada su mision. Por otra parte, no es aceptable que prolongase mucho su permanencia en aquella ciudad si atendemos a las constantes ocupaciones que distrajeron su actividad a su vuelta a Madrid, i que no habria podido realizar en el corto tiempo que aún duraron sus dias.

Antes de partir para Italia habia espuesto la imájen, que tocada en el mismo orijinal traia del interior de las Indias, en la iglesia del insigne colejio de doña María de Aragon, que por las fiestas i octavarios era célebre en Madrid, i en cuyo adorno costoso habia gastado muchísimo dinero, i que pudo al fin estrenarse el dia 8 de abril de 1652, celebrando una misa solemne el nuncio del Papa[18].

Colocó despues otra en el Colejio de Alcalá, que al tiempo de su muerte era ya famosa por los milagros que se le atribuian.

Una cuarta se veneraba en la suntuosa capilla que se le habia dedicado en Madrid, i que era el lugar de cita de todos los cortesanos, al decir de un contemporáneo.

En agradecimiento probablemente a los beneficio recibidos del virei Toledo, quiso se honrase el lugar de donde era titular el no-

17 Mendiburu, *Diccionario histórico-biográfico del Perú.*
18 Mendiburu, *lug. cit.*

ble español; i de eso se preocupaba casualmente, cuando «con quinta imájen le cojió la muerte, que la tenia en la celda para colocarla en Mancera, cuya capilla i retablo se está obrando; i se verificó que gustaba esta soberana reina de sus servicios, pues esta última imájen impensadamente se le entró por la celda, encajonada donde ménos pensó venia prenda de tanta estimacion[19].

Este habia sido el sueño de su vida, que, nacido con sus impresiones de niño i vinculado al lugar de su familia i nacimiento, se veia alimentado mas tarde con los recuerdos de la patria que esa Vírjen habia hecho famosa, i con su entusiasmo relijioso. Habia efectuado la propaganda por cuantos medios estuvieron a su alcance; estimulando a los escritores a que se ocuparan de ella, levantándole templos en las ciudades europeas donde deseaba fuese conocida la que se habia dignado honrar un pobre lugarejo del Nuevo Mundo. «En los ratos que le daban lugar sus ocupaciones meditó escribir alabanzas no vulgarmante discurridas de esta Soberana Reina..... No habia pared de iglesia o esquina de calle, que no le pareciese bien para poner imájenes de María. Yo le solia decir: Padre maestro, ¿por qué pone vuestra paternidad tantas imájenes? i me respondia: A lo ménos el que las ve les hará una cortesía i rezará una Ave María o una salve»[20]. Despues de esto no hallaremos exajerado concluir con el autor de las palabras anteriores, que siempre Aguirre anduvo cargado de imájenes de N. S. de Copacavana.

Antes de acompañar a nuestro héroe a recojer sus acentos de despedida en su lecho de muerte, necesario es que digamos dos palabras acerca de sus cualidades morales, para que así podamos apreciar debidamente la pérdida que la Orden de San Agustin iba a esperimentar en él.

Hemos hablado de la modestia del padre Aguirre valiéndonos del testimonio de algunos de sus compañeros de claustro que le conocieron, i a este respecto hai alguno que cita de él una anécdota que merece ser conocida por los términos espresivos en que

19 *Sermon cit.*
20 *Id*, *fol.* 8.

está redactada. Desde luego habrá llamado la atencion i mas de uno se habrá preguntado, de dónde sacaba el padre tanto oro para edificar templos costosos en un espacio de tiempo tan reducido. Pues es el caso que recibia de sus amigos i parientes sumas de dinero para invertirlas en obras piadosas; i de éstas ninguna que mas realmente lo fuese a sus ojos que levantar santuarios donde pudiese ser reverenciada la Vírjen de Copacavana. Tal era la procedencia de los elementos con que el padre fomentaba su pasion; i bien, agrega Fr. Luis de Jesus «aún el aplauso de ser instrumento glorioso de tan loables acciones evitaba con cuidado su modesta humildad.

«Púsose en esa capilla (la de Madrid) encima de la puerta un rótulo, en que se da a entender ser nuestro Reverendísimo Padre Maestro escultor de ella, niñería que dictó nuestro agradecimiento. ¡Cuántas veces me dijo que a él aflijia aquel rótulo! Oh! quitémosle de ahí, repetia, no sea que se lleve el aire este pequeño servicio que se hace a la Vírjen! I le hubiera quitado a no habérsele con todo cuidado defendido».

Estas virtudes que Aguirre mostraba en el interior del hogar no eran las solas que formasen la corona de sus merecimientos de fraile, si hemos de creer al prior del convento de San Agustin de Madrid, el mismo encumbrado personaje que habia prestado su aprobacion al libro de frai Andres de San Nicolas i al cual habia cabido el honor de pronunciar en las exéquias de su súbdito aquel panejírico que tantas veces hemos mencionado. El nos dice que era ejemplar la conducta del padre Aguirre en el cumplimiento de sus deberes de relijioso durante el tiempo de mas de año i medio que vivió bajo su dependencia. «Otras temporadas, agrega, estuvo ántes, mas digo lo que ví. Tan rendido le hallé en pedir las licencias, aún para cosas mui menudas, que me edificaba. No es eso lo mas. Lo mas es el rendimiento de su propio dictámen i parecer. A mí me hacia confusion que un varon de sus prendas que muchas veces (que escuso el referir) se hallaba asistido de razones, hijas de su mucho caudal i grande erudicion, rindiese tan humilde su dictámen al mandamiento del superior».

Iniciado ya el panejirista en el elojio de las bellas prendas de un miembro de su órden, en un sermon predicado en la iglesia ante oyentes a quienes es necesario presentar un modelo en el que acaba de pasar a mejor vida, no se detiene en la fácil pendiente de las alabanzas. Parece que en esas circunstancias el orador dominado de cierta vertijinosa excitacion que insensiblemente se ha apoderado de su buen criterio, va elevándose mas i mas; hasta que, despertados sus temores de sana ortodojia, concluye por asentar al final del discurso las sacramentales palabras de *sub correctione Romanæ Ecclesiæ.* No decimos esto porque nos permitamos abrigar dudas de las recomendables virtudes del padre Aguire, sino únicamente por advertir al lector de las fuentes a que por precision debemos ocurrir cuando un largo trascurso de tiempo i la insignificancia relativa del hombre cuyos hechos apuntamos nos cierran el campo a la investigacion i al resultado definitivo de una discusion. Pues bien, en aquel catálogo es necesario que contemos todavía la caridad, la constancia para soportar con paciencia las adversidades de la suerte, el fervor en la oracion, su palabra jamas empleada en las murmuraciones del prójimo, etc. Con razon este conjunto de eminentes cualidades que rodeaban a Aguirre de cierta aureola de santidad, despertaba en el profano vulgo la mas ciega admiracion, encomendándose a él segun pudiera presumirse de cierta circunstancia[21], no solo la jente ignorante, i por lo mismo mas crédula, sino aún la que no carecia de cierta instruccion.

Con esto, creemos ya oportuno decir algo acerca de la muerte de frai Miguel de Aguirre. El padre Torres, del cual hemos estractado algunos datos biográficos, concluye en lo que se refiere a su antecesor en la cátedra de teolojía, en aquel punto en que ha pasado a Roma, en 1655, de definidor i procurador jeneral de la provincia, agregando, «que por no haber llegado el aviso de España cuando esto se escribe (1657), no se da noticias de los de-

21 El papel que contiene la apoteósis de Aguirre, fué mandado publicar por don Pedro de Ordorica, contador del rei, que se titula amigo i «devoto» del difunto.

mas progresos de su historia»[22]. (Lib. I, cap. XXXXII, páj. 232). El libro de frai Andres de San Nicolas que supone vivo todavía al padre Aguirre, se acabó de imprimir el 24 de setiembre de 1663, i ya el 7 de noviembre del año siguiente puede rejistrarse la aprobacion prestada para la impresion del sermon del padre Luis de Jesus. De estos antecedentes si no podemos deducir, pues, el dia exacto del fallecimiento, nos dan, sin embargo, bastante luz para afirmar que debió haber ocurrido a mediados de 1664.

Conocida ya la época, recojamos los apuntes que nos quedan acerca de los particulares de que se vió rodeada. Entre los ejercicios de su instituto i las prácticas de una rījida disciplina habia visto llegar Aguirre su última enfermedad. Durante su progreso se confesó i comulgó muchas veces; «sus pláticas en este tiempo eran de Dios i de su Santísima Madre, i porque éstas le eran dulces, llamaba diferentes relijiosos que se las fomentasen; i atendiendo a esto le llevaron a la celda la devotísima imájen de Copacavana, que era todo su consuelo».

Así iba a espirar contento: el objeto de todas sus adoraciones se encontraba allí, la que habia sido la constante preocupacion de sus dias lo acompañaba en el último trance; i ardiente de fe, pronto esperaria recibir el premio de sus esfuerzos. Aguirre debia hallarse satisfecho. Sus afectos los tenia puesto en quien no podia serle ingrato; i miéntras álguien hubiese querido reirse de lo que se llamaba una necia credulidad i una vana supersticion, él se sentia tranquilo porque conservaba intacta sus creencias, tenia la conciencia de haber obrado bien. El adios al pasado era la risueña esperanza que llegaba!

Cuando los médicos estimaron que iban ya a cortarse para siempre los lazos que lo ataban a la vida, le llevó la comunidad el Viático, «como es de estilo». Las voces de sus compañeros que

22 Montalvo agrega: «Vivió este grandísimo sujeto (Aguirre) muchos años en Madrid en el colejio de doña María de Aragon,... reconociéndole aquella comunidad por uno de sus principales benefactores». *Sol del Nuevo Mundo*, páj. 97.

llegaban hasta las desnudas paredes de su celda, a lo largo de los sombríos corredores de los claustros del convento, pronto le anunciaron Quién se aproximaba hasta él, «i sintiendo que llegaba ya, se arrojó de la cama, con estar tan flaco i sin fuerzas, i poniéndose el hábito se le vistió. De rodillas en el suelo, arrimado a un banquillo que sustentaba su flaqueza, recibió el cuerpo de Cristo nuestro Señor, con tantas lágrimas i devocion, que las ocasionó en los que asistian a ese acto».

Al recordar la muerte de frai Miguel de Aguirre luego ha venido a nuestra memoria el nombre de un sacerdote ilustre que para siempre pertenece a la historia de Chile: frai Luis de Valdivia. Sin duda el apóstol de los indios chilenos no puede compararse con el propagador de la devocion a N. S. de Copacavana, como el misticismo del fraile encerrado tras las murallas de su claustro no puede compararse a los heróicos sacrificios del misionero que se dirije solo a desconocidas i lejanas tierras, sin mas guia que su fe, sin mas armas que la palabra divina del Cristo, a luchar por una noble i santa causa; pero Alonso de Ovalle i Luis de Jesus se tocan aquí mui cerca para no unirlos en un mismo estrecho abrazo.

Las exéquias de frai Miguel de Aguirre fueron mui concurridas. Asistió a ellas lo mas selecto de la Corte i lo mas escojido del clero. Se le enterró en esa capilla que habia destinado para sepultura de pobres indianos que iban a sus negocios al viejo mundo i que morian allí desamparados. Allí se predicaron sus alabanzas i allí descansa.

Aguirre no fué solo un relijioso entregado a las austeridades de su vida ascética, sino tambien un escritor, calificado de erudito por sus contemporáneos.

Es mui digno de notarse cuanta influencia tuvo en la composicion de sus obras su afecto al marqués de Mancera, de cuya fortuna i de cuyo nombre es imposible separar al que fué su ministro, su confesor i su apolojista.

Es cosa singular que el padre Torres, escribiendo en 1657, en el capítulo de su *Crónica* destinado a celebrar los escritores de la

Orden haya silenciado completamente entre los trabajos de Aguirre su obra mas importante, cuyo título es *Poblacion de Valdivia.* En la primera pájina de este libro se ve que fué impreso en Lima en 1647: ¿cómo es entónces que Torres no lo menciona en su catálogo? Por el contrario, el mismo autor atribuye al padre Aguirre dos *Apolojéticos,* impresos en lengua castellana, i escritos «uno en defensa del valeroso i prudente marqués de Mancera, virei de estos reinos, otro a favor del doctor don Francisco de Avila, canónigo de la catedral de Lima, calificando i defendiendo un libro que imprimió hispanó-índico en dos lenguas española i peruana, declarando los misterios de N. S. Fe i Evanjelios de todo el año para instruccion i enseñanza de los indios de este reino Reino»[23]. Tal anomalía apénas nos atreveríamos a atribuirla a ignorancia del cronista agustino, ya porque la rareza con que una de esas obras salia a luz constituia un verdadero acontecimiento literario con su aparicion, como porque el asunto sobre que versaba debia hacer el gasto de las conversaciones de los hidalgos i monjes de la colonia, asustados de contínuo con las misteriosas apariciones de los bajeles de los *herejes* en las costas del mar del Sur. Aguirre, ademas, vestia el mismo hábito que Torres, el cual, por consiguiente, estaba verdaderamente interesado en que no pasase desapercibido un trabajo que era una honra para la relijion de los hermitaños, i cuyo autor, por su elevado ministerio de definidor i catedrático de la Universidad, debia ser un hombre popular. Así, pues, si debemos concluir que tal particularidad no es fácil de esplicar tambien es verdad que su misterio a nada conduce[24].

El padre Aguirre en la creencia jeneral de la jente culta de ese tiempo, i mas que todo, de la jente de sacristía, profesaba cierto desprecio por el castellano, que sin duda le fué inspirado por su contínua lectura de los autores clásicos latinos o de los *in-folio* teolójicos tambien en latin, como lo requiere la gravedad del asunto. Hablando de su idioma nativo se le escapó en una ocasion esta

23 Libro Primero, cap. XXXXIII, páj. 24.

24 ¿Podría de ello deducirse que hai una equivocacion en la fecha de la impresion del libro de Aguirre?...

frase «nuestro vulgar español», que por sí sola publica las tendencias del buen padre a este respecto. Mucha resolucion debió, pues, necesitar para animarse a escribir su obra en un idioma que le permitia ser entendido por toda la colonia, pero que no iba a asumir ese carácter de sentenciosa seriedad i de majistral erudicion que se vinculaba a todo libro escrito en latin. Afortunadamente, Aguirre trabajaba para el virei, i en jeneral para los habitantes del Perú i demas países que le estaban sujetos, i así la disyuntiva no podia zanjarse de otro modo. Es verdad que si aquel campo le era vedado, se le ofrecia la espectativa de injertar en el cuerpo de la obra cuántas citas se le ocurriesen, i con que el título fuese en castellano i con que las frases mas usuales pudiesen distinguirse en sus líneas, estaban salvadas las apariencias i asegurado el desquite.

Tanta era la aficion de Aguirre por el latin, que mui pronto veremos que nada le importaba dar una pobre muestra de su númen poético en las veces en que se sentia inspirado, con tal de amoldarse a la opinion corriente de ilustracion, inseparable del que componia versos en latin, i que en ocasiones eran de regla tratándose de prodigar exajeradas alabanzas al frente de un libro que iba a publicarse i cuyo autor vivia.

He aquí, por qué el lenguaje de Aguirre marcha tan entorpecido en la estension de la obra que nos ocupa; por nada se contiene en el citar, i donde la mas vulgar observacion le hubiese dicho a voces era absurdo mezclar textos de autores tan heterojéneos como Tácito i San Agustin, Tito Livio i Santo Tomás, él pasa sobre ello como lo mas natural, pagando, como buen tradicionista, su tributo a esa curiosa época de variada erudicion i de insufrible pedantería. Ante todo, es necesario, a su juicio, presentar la reflexion moral, a trueque de producir el fastidio en los que le oyen, i que por cierto han creido que no se acercaban a un púlpito a oir consejos i amonestaciones, sino que, confiados en la promesa de la primera línea, han ido a buscar, cuando no agradable entretenimiento, al ménos un solaz serio i provechoso.

Asumiendo ese tono dogmático del predicador que se supone

escuchado sin contradiccion, no le era difícil elevarse a las mas sublimes rejiones de la retórica, que, si es verdad a veces son la admiracion de los profanos, en ocasiones, mal empleadas las frases o fabricadas sin talento, solo acarrean desdenes o irónicas sonrisas. Véase sino en el ejemplo siguiente la altura que Aguirre cree dar a su estilo, i sobre todo, nótese el magnífico asunto que la motiva. A propósito de ciertas contribuciones i de algunos gastos inútiles que los díceres mal intencionados de los buenos i honrados criollos imputaban al supremo mandatario, se espresa así el R. P. maestro: «No se muestra la Providencia tanto en emprender grandes, importantes i gloriosos fines, cuanto en disponer los medios mas eficaces para conseguirlos con fruto i sin desabrimientos: son todos los medios que ha puesto el virei de esta calidad».

Si en este pasaje, como en el que va a continuacion, que trascribimos tambien como muestra del modo de composicion de nuestro autor, se le pueden disculpar sus términos de adulacion o de trivial alabanza en atencion al sentimiento que en parte se los ha inspirado, nadie podrá absolverle, buenamente hablando, lo ampuloso de sus frases i las pretensiones de su estilo, que no son mas que pedantería i manifestacion de un gusto literario de la peor escuela. Poco despues de haber estampado aquella lisonja que como grato murmullo debió resonar en los oidos del Marqués, continúa así en el terreno en que va ya deslizándose: «Oida la verdad cómo pasa, se verá con evidencia que de los desacatos mas numerosos de la calumniosa envidia, sacan las acciones justificadas su mayor alabanza, sin que para esto sea necesario mas dilijencia que representen el hecho con relacion verdadera, sacada de los instrumentos, papeles orijinales, etc. Ni es aquí necesario valerse de aquella doctrina aprobada por la Sagrada Escritura, acreditada con el comun sentimiento de doctores, teólogos i juristas, i asentada por los mayores políticos de las repúblicas todas, sagradas i profanas, que los nuevos accidentes justifican los nuevos tributos empleados en la causa pública i defensa comun, en que consiste la salud i vida de todos; ni en lo que res-

pondió Santo Tomás de Aquino a la santa Duquesa de Brabante, en ocasion quizá de menor necesidad», etc.

Estos pasajes i otros que pudiéramos recordar, servirán tambien para que relacionemos con ellos la causa a que nuestro escritor atribuye al afecto que le cobró Don Pedro de Toledo. Hallábase, refiere, recien llegado a Lima el año de 1641, cuando el Marqués, deseando tener noticias de los países que el padre acababa de dejar, le llamó para pedirle algunos informes de las provincias de La Plata i los Charcas; añadiendo candorosamente que «pareciéndole que le trataba sin lisonja, gustó le asistiese de ordinario, sin que se haya embarazado este debido obsequio con las ocupaciones de mi profesion i estado». Esta buena cualidad que el maestro se atribuye i que debia quizá a ese mismo aislamiento en que habia vivido i a su situacion de jefe de sus demas compañeros, debemos creer que la perdió a poco andar, ya que acabamos de ver las frases que no se acortaba de consignar en un libro que debia pasar a la posteridad. Sin embargo, esa penetracion que le habia hecho adivinar las preferencias nacientes del virei no la perdió con los años, ménos aún con su trato de cortesano, pues en la misma *Poblacion de Valdivia* se conoce ya que si «la gratitud con que se halla reconocido al Marqués, que le declara por su doméstico capellan, pudiera escepcionar su relacion, siempre será firme la que se funda en verdad», i la que yo refiero, agrega, «se ejecutaria con los autos instrumentales, cédulas, libros reales, cartas orijinales de los ministros, gobernadores, historiadores clásicos, i recaudos auténticos a que se ajusta este papel».

Tenia razon el padre Aguirre: si los historiadores que mas tarde deban tratar el asunto de su libro pueden apartar de él cumplimenteras frases i eruditas controversias, siempre encontrarán datos abundantes, i mas que todo, certeza de la verdad de las noticias, cuyas fuentes le fueron todas conocidas.

En su libro comienza por manifestar los peligros a que las costas del sur de Chile se hallaban espuestas por las invasiones probables de enemigos estranjeros, que las lejanas guerra de Europa arrojaban a nuestros mares como los restos del buque náu-

frago que las olas llevan a la distancia, i que ya en mas de una ocasion habian arribado a sus orillas. Bosqueja en seguida la historia de las diversas espediciones de aquellos osados aventureros, ejecutadas desde medio siglo ántes por los holandeses e ingleses, los aprestos i defensas preparadas por los diferentes gobernadores de la tierra para resistirlas; i por último, da cuenta de la poblacion de Valdivia i de los diversos combates ocurridos con los indios i de las negociaciones con ellos celebradas. A pesar de lo interesante del asunto, que se prestaba a una hermosa monografía histórica, todo está allí mal tratado: no hai interes de ningun jénero, ningun conocimiento de las emociones dramáticas, ni ménos, criterio en el escritor. Aguirre corre, corre, pero siempre arrastrándose; i llevado por su prurito de citar a diestro i siniestro, confunde lastimosamente historia, erudicion, reflexiones morales i filosóficas. Mas que otra cosa puede decirse que el libro es la apolojía del virei hecha por un servidor humilde, concretada a un asunto determinado, pero que, lo repetimos, llamará siempre la atencion por la especialidad del objeto i la novedad de los datos[25].

Siéndonos completamente desconocidas las otras obras de Aguirre a que Torres se refiere, ningun juicio podemos emitir a su respecto. Pero poseemos tambien del fraile, autor de aquella aprobacion del *Sueño de Maldonado* en que tan honrosa manifesta-

25 Son muchas las obras que pudieran citarse que mas o ménos directamente se refieren a las espediciones de los aventureros estranjeros en las costas de Chile i especialmente en Valdivia. Aparte de los poemas e historias jenerales de Chile, la de Rosales sobre todo, i de lo que los vireyes del Perú han apuntado en sus *Memorias*, señalaremos solo dos tocantes a Valdivia.

Del capitan García de Tamayo i Mendoza se publicó en Lima en 1645 un libro, hoi sumamente raro, intitulado *Copia de tres cartas que.... ha escrito.... juntamente con la relacion del feliz viaje, que hizo la armada real a Valdivia* ......que en cierto modo completa la obra de Aguirre.

El abate Molina señala un *Viaje a Valdivia de Brower*. Este libro ha sido impreso en holandes i se titula *Journal ende Historis verhael van de Reyse gedaen by Oosten de Straet le Maire, naer de custon van Chili, ondar*, etc,...... *in denjare* 1643, etc. Amsterdam, 1646, 4.°. Es la relacion hecha por el jefe holandes de su espedicion a Chile, i ha sido reimpresa en 1660, segun entendemos Pinelo apunta igualmente a los padres Juan de Albis i Pedro Oñate como autores de una *Relacion sobre la armada que envió a Chile el marqués de Mancera*.

cion hace de su patria i de los americanos en jeneral, que ya en otra parte hemos citado, i que no pasa de ser tampoco mas que un trasunto de su estilo, adornado de la misma erudicion, aunque a no dudarlo, de una notable facilidad, cierta *Oda latina* a que tambien hemos hecho referencia. Puede rejistrarse en el libro que Diego de Leon Pinelo escribió en loor de la Academia limense i del cual tan lisonjero elojio hace el conocido Bernardo de Torres al llamarlo «libro de pocas hojas, pero de mucho valor porque en él son mas las sentencias que las letras». Pues bien, en este olvidado pergamino debemos ir a rejistrar las producciones poéticas de aquella musa frailesca; mas, nosotros, incapaces de juzgar con acierto inspiraciones a cuya armonía no concurre aquel desdeñado i «vulgar español», dejamos a la consideracion de lectores mas eruditos aprecien a qué altura sabia elevarse el padre maestro. Con todo, si en esos pocos versos pudieran sentirse lastimados oidos acostumbrados a la dulce cadencia de Virjilio, a los gratos acentos del autor de la *Epístola* a los Pisones, no dejarán tampoco de reconocer lo respetable del impulso que dicta esas líneas.

Helas aquí:

EPIGRAMMA.

AMERICA DE JUSTI LIPSIO QUAERITUR & AUTHOREM LAUDAT.

Quid me barbariem dicis? Quid pignora nostra?
Non, Justi, insumulas? Indicus Orbis ait.
Nam licet ingenii non tot miracula nosces,
Quae sunt occiduis luxque, decusque plagis;
En Pinelus adest, Limani germen honoris,
Me latium ut vocites, hic fatis unus erit[26].

El mismo año que veia la luz pública la *Poblacion de Valdivia* salia de las prensas de Madrid la obra de otro relijioso llamado Fr. Francisco Ponce de Leon, intitulada *Descripcion del Reyno de Chile, de sus puertos, caletas, y sitio de Valdivia, etc.* No era poca la reputacion de su autor, ni escasos los títulos que tenia derecho

26 *Hypomnema apologetica pro regali Academia limense.*

de añadir a su nombre: descendiente de las casas de los duques de Arcos i Medina Sidonia, en treinta años que vestia el hábito de mercedario habia sido comendador de distintos conventos, provincial de la provincia de Lima, visitador en ella, definidor i elector de capítulo jeneral, visitador i reformador de las provincias de Chile i Tucuman, provisor i vicario, i juez eclesiástico en los obispados de Quito, Trujillo i Chile, i por añadidura, comisario del Santo Oficio, i a la fecha provincial de Chile i su procurador en la corte de España.

Pero mas que tan relumbrantes títulos valian sus servicios prestados cuando residia en Jaen de Bracamoros por los años de 1619, en que con cincuenta soldados españoles i muchos indios amigos, por órden del virei del Perú, príncipe de Esquilache, se embarcó siguiendo aguas abajo el rio Marañon, redujo a cuatro mil indios guerreros a la corona real i asistió a la fundacion de la ciudad de San Francisco de Borja. Recorrió durante tres años sin estipendio alguno, todas esas inesploradas rejiones, predicando la lei evanjélica en ocho diversas tribus de indios i bautizando cerca de tres mil infieles.

Posteriormente, en 1624 el marqués de Guadalcazar por la satisfaccion que tenia de su persona, cristiandad, buen gobierno i ajustado proceder, le nombró por capellan mayor del ejército i armada real, en ocasion que la flota holandesa estaba anclada en la bahía del Callao. En tales circunstancias el relijioso mercedario no escusaba fatiga alguna, embarcándose muchas veces con el agua a la cintura, haciendo que los demas fraiies que estaban bajo su dependencia se situasen en las trincheras i puestos de mas peligro para que animasen a los soldados e hiciesen de su parte lo posible en servicio de S. M.

«El mismo virei le envió con el gobernador don Luis Fernandez de Córdoba, que iba por presidente de la Audiencia de Chile, donde le nombró por capellan mayor de aquel real ejército, que sirvió cinco años i mas, ayudando i favoreciendo a los soldados, i hallándose en todas las campeadas i malocas que se tuvieron con los indios rebeldes, i haciendo en ellas particulares esfuerzos

para que los soldados cumplieran con sus obligaciones[27], i haciendo otros muchos servicios de gran consideracion, i siendo su persona de mucha importancia para conseguir mui buenos efectos, que así lo escribe la dicha Audiencia, refiriendo en particular las ocasiones i servicios que hizo. Por los cuales, i sus letras, calidad i virtud, le propone para prelacías de las iglesias de las Indias, i merece ser premiado para que otros se animen a hacer semejantes servicios; i lo mismo escriben los obispos i cabildos eclesiásticos i seglares, i todo el ejército. I por el amor i voluntad que tenia a los soldados, i buenas obras que recibieron de su persona, para conseguir las mayores, conociendo su buen celo, le nombraron por su procurador jeneral i pidieron viniese a estos Reinos a tratar de sus causas, i procurar el remedio de ellos; i aunque no tenia intento de venir, por hacerles bien se determinó de ponerse en camino a su espensa i gastando de su patrimonio, a tratar de los dichos negocios[28].

Recien llegado a la Corte, escribió su *Memorial al Rei por el Reyno de Chile*, cuyo orijinal se guardaba en la librería de Barcia; pero pasaron quince años desde entónces, i medió nuevo encargo de sus comitentes, ántes que publicase su *Descripcion*[29].

En ella se limita simplemente a proponer en pocas palabras la guerra ofensiva como único remedio de reducir a la obediencia a los araucanos, i a manifestar el peligro que se seguiria en caso que no se desalojase con prontitud a los holandeses que se habian establecido en Valdivia. Añade en seguida la relacion de sus servicios, año por año, desde que se estableció en Jaen hasta el de 1632, en que en un capítulo jeneral celebrado en Barcelona se

27 Nuñez de Pineda en su *Cautiverio feliz*, páj. 525, ha recordado que Ponce de Leon, a quien califica de «relijioso grave», salió a recibirle por órden del gobernador, i que despues de asistir con todos a un banquete para celebrar su vuelta de la cautividad hizo plática a los soldados, exhortándolos al cumplimiento de sus deberes.

28 *Relacion de los servicios que ha hecho a S. M. en los Reynos del Perú el presentado Fr. Francisco Ponce de Leon, etc.* Impreso sin fecha ni lugar, Mus. Brit. *Papeles varios de Indias*, Servicios, vol. 1324. i. 2., pieza 26.

29 Parece que Molina confundió esta obra con la primera, pues al mismo tiempo que le señala la fecha de 1644, la da como manuscrita.

manda a los cronistas de la órden que no se olviden de hacer memoria «de los grandes, calificados i lucidos servicios que ha hecho a la Relijion».

Consta que por este año de 1644 Ponce de Leon tenia tambien escritas las *Conquistas y Poblaciones del Marañon*, pero que por hallarse pobre no podia darlas a luz; mas, nada sabemos de la época de su muerte[30].

Acaso de un jénero parecido a la de Ponce de Leon debió de ser el *Mapa de Chile*, dedicado al presidente D. Luis Fernandez de Córdoba, que se atribuye a un relijioso franciscano, llamado Fr. Gregorio de Leon[31], que segun, se dice, se imprimió, pero que jamas hemos visto en catálogo alguno.

De estilo análogo a las obras anteriores es la que cierto autor anónimo escribió con el título de *Descripcion y cosas notables del Reino de Chile*, que probablemente es la misma que el abate Molina incluye en su índice. Dividido este opúsculo en dos partes, la primera se contrae a dar noticias del territorio chileno i de las costumbres de los araucanos, i la segunda, al análisis de las causas que ocasionaron el alzamiento de los indios.

Pero mas importante que las precedentes es el *Informe que*

30 Olivares que ha dedicado a este relijioso (a quien por equivocacion llaman Perez de Leon) la pájina 235 de su *Historia militar*, despues de hablar de las empresas que ejecutó en Chile, agrega: «En estos santos i útiles trabajos lo halló la última hora que lo pasó de esta vida a la eterna», de lo cual pudiera deducirse que habia muerto en Chile, lo que no nos parece probable.

Hai varios autores que han hablado de Ponce de Leon, como ser Gil Gonzalez Dávila, *Teatro eclesiástico*, tom 2.°, fol. 46 vlta.; Remon, *Crónica*, t. 2.°, páj. 151; Enrion, *Misiones*, t. 3.°, páj. 148; Gay en el tomo 2.° de su *Historia*; Garí i Siumell, *Biblioteca mercedaria*, páj. 229; i por fin, nuestro amigo Fr. Benjamin Rencoret en su obra inédita *Crónicas relijiosas de la provincia mercenaria ecuatoriana*; pero en ninguno hemos visto apuntada esta fecha ni la de su nacimiento.

El libro de Ponce de Leon es hoi sumamente escaso, pues no hemos visto de él sino tres ejemplares: uno que existe en la Biblioteca de Lóndres del catálogo, o *Bibliotheca americana* de Henry Stevens, comprado en 1857 en tres libras i tres chelines; otro en la Biblioteca de Madrid, i uno en la librería Maisonneuve en Paris por el cual pedian docientos cincuenta francos.

Pinelo no vió siquiera el libro de Ponce de Leon i solo habla de él por referencia a Nicolas Antonio (*Epitome*, t. 2.°, col. 657).

31 En efecto, Ovalle, (*Histórica Relacion*, folios, 9, 28 i 61); Pinelo, *Epitome*, t. 2.°, c. 656, i Rosales en el tomo I de su *Historia general*, I, páj. 109, citan dicha obra, especialmente al tratar de los minerales del país, de la exhuberancia de los árboles i de la patraña de los rabudos.

sobre el Reyno de Chile, sus Indios i sus guerras elevó a la Corte don Miguel de Olaverría i que don Claudio Gay ha publicado al frente de su segundo volúmen de *Documentos.* Como en el trabajo anterior, Olaverría comienza por describir las ciudades, para ocuparse en seguida de las calidades i condiciones de los indios, i, por fin, de un breve sumario de la historia de los gobernadores hasta su tiempo.

Sábese, asimismo, que el historiador Perez García conservaba en su poder, a fines del siglo pasado, un escrito histórico de otro soldado llamado Tomás de Olaverría que despues de la pérdida de Osorno se internó en todas direcciones por aquellos lugares, llegando hasta la laguna de Puyehue; pero tanto de esta *Relacion,* como de la que Andres Mendez publicó en Lima en 1641 con el título de *Centinela del Reyno de Chile,* que se encontraba en la biblioteca de Ternaux Compans, no nos es posible dar ningun detalle por no haber llegado a nuestras manos[32].

32 Savonarola cita esta obra de Mendez en la páj. 271 del tomo I de su *Universus,* etc.

CAPITULO V[1].

TEOLOJIA.

II.

Fr. Jacinto Jorquera.—Su *Parecer en defensa de D. Bernardino de Cárdenas.* —Datos acerca de su vida.—Contiendas relijiosas de los domínicos.—Jorquera es elejido obispo.—Su muerte.—Fr. Gaspar de Villarroel.—Una carta suya al cronista agustino de la Orden en América.—Noticias biográficas.—Rasgo notable de su padre.—Fr. Gaspar se hace relijioso agustino.—Fr. Pedro de la Madrid lo hace su secretario.—Opónese a una cátedra de la Universidad de Lima.—Hace un viaje a España.—Aparicion de su *Semana Santa.*—Predica en Madrid para la Corte.—Es presentado para obispo de Santiago.—Recibimiento que le hacen en esta ciudad.—Su norma de conducta con las demas autoridades.—Pequeños encuentros.—Retrato de Fr. Gaspar.—Visita la provincia de Cuyo.—Temblor del 13 de mayo de 1647. —El *Gobierno eclesiastico pacífico.*—Obras perdidas.—Las *Historias sagradas y eclesiásticas morales.*—Villarroel es trasladado al obispado de Arequipa.—Pasa a ser arzobispo de Los Charcas.—Su muerte.

Hacia tres años que don Bernardino de Cárdenas rejia su obispado del Paraguay. Consagrado por solo dos obispos i dos dignidades, aunque con la competente dispensa, la ceremonia habia tenido lugar sin la presentacion de las bulas de su institucion i confirmacion. Una órden real, ademas, le habia autorizado para

1 Se ha repetido con frecuencia que uno de los hijos de don Hernando Machado, que vino a Chile por fiscal de la primera Audiencia que tuvo el reino, era don Juan Machado de Chavez provisor en Santiago, a quien se atribuye una obra teolójica llamada *El Perfecto Confesor.* Pero en esto hai un error, pues ni el provisor se llamó Juan, ni el autor de la obra a que aludimos, tuvo jamas cargo alguno que desempeñar en Santiago. Entramos en esta esplicacion porque a ser exacta aquella aseveracion, era este el lugar adecuado para tratar del personaje a que aludimos. Véase, *Los Lisperguer i la Quintrala* (páj. 16) del señor Vicuña Mackenna, i el *Perfecto confesor y cura de almas,* etc., Barcelona, 1641, 2 vols. 8.° mayor.

entrar en la diócesis. Sucedió que un dia en que dispuso que los curas del obispado observasen las disposiciones del Tridentino, se alzaron todos, dijeron que no era obispo, o que por lo ménos, no existia razon para que los gobernase, concluyendo por espulsarlo del reino, para poner en su lugar a cierto canónigo, que por añadidura se decia que estaba demente.

Es de suponerse la algazara que se armó con tal escándalo, de lo cual bastante testimonio dan los muchos escritos que se redactaron i dieron a la prensa[2], defendiendo unos la autoridad del obispo, combatiéndola otros. En lo mas recio de la contienda, el capitan jeneral de la provincia del Paraguay, que deseaba saber a qué atenerse en la duda que se presentaba, rogó a un fraile chileno llamado Fr. Jacinto Jorquera, instruido del negocio i que no carecia de cierto prestijio, que diese su dictámen en aquella por entónces acalorada disputa.

«Este sujeto era uno de los mayores que en aquel tiempo ilustraban la provincia; así por su mucha virtud como por su jenio relijioso era de todos mui amable, aplicado con gran vijilancia no solo a lo espiritual de los relijiosos sino tambien a las fábricas de los conventos, atendiendo con igual celo a uno i otro; por sus letras era de todos respetado i atendido, su literatura se acreditó en Roma,........ i solo su prudencia i fortaleza pudo sobrellevar el trabajo grande que padeció el convento de Santiago en el segundo año de su provincialato, pues estando determinado a salir a practicar la visita, vino el temblor de trece de mayo, arruinando la iglesia i los claustros sin que quedase a los relijiosos en qué vivir, siendo preciso armar algunos ranchos para permanecer miéntras

2 Entre otros, merecen notarse los *Discursos jurídicos en defensa de la consagracion de Don Fray Bernardino de Cárdenas*, por el licenciado Alonso Carrillo; un *Memoria* de 117 fojas en folio del lego Juan de San Diego Villalon i un *Discurso de la vida, méritos y trabajos del señor obispo del Paraguay y verdades desnudas*, etc., del mismo autor, ambos sin fecha ni lugar de impresion. Por fin, una traduccion con este título: *Memorial presenté au roy d'Espagne pour la deffense de la reputation de la dignité, et de la personne de don Bernardino de Cárdenas évêque de Paraguay contre les réligieux de la Compagnie de Jésus et pour repondre aux Memoriaux de Julien de Pedraca*, 1662, 12.°; i una *Histoire de la persecution de deux saints Evêques, par les Jesuites, l'un don Bernardino de Cardenas, évêque du Paraguay*, etc. 1691, 12.°

tanto. Se aflijió, sobre todo, de ver la iglesia que estaba recien concluida i con tanto trabajo labrada, por el suelo i sin esperanza de poderse nuevamente levantar por la cortedad de los medios[3].

Es de suponer que a pesar de tantos azares como eran los que reclamaban la presencia de Jorquera en Chile, quisiese cumplir con la práctica de visitar su provincia, ya que en 1648 databa en la Asuncion el *Parecer en defensa del obispo Cárdenas*, que habia quedado de presentar al capitan jeneral maestre de campo don Diego Escobar i Osorio[4].

Jorquera procede en su trabajo con bastante método i hace el uso conveniente de las buenas razones que apoyaban su dictámen; por eso, si es aceptable en cuanto a su fondo, no es una muestra literaria por la marcha embarazada de su estilo.

Jorquera algunos años mas tarde figuró tambien en Chile en cierta contienda relijiosa en la cual le cupo una parte mui activa. F. Antonio Abreu, cuyas funciones de provincial comenzaron en 1662, al tercer año de su gobierno, yendo para la visita de Buenos-Aires por el territorio de Cuyo con unos cuantos relijiosos que llevaba en su compañía, celebró consejo por el camino i acordó remover la asamblea capitular designada en Santiago; a cuyo efecto despachó un auto para que el próximo capítulo se celebrase en Córdoba, fundando su resolucion en su poca salud i sus años, i en que los priores de muchos conventos tenian los mas algunas fábricas empezadas de donde no podian hacer falta largo tiempo.

Es de advertir que en el capítulo antecedente se habia convenido en que la capital de Chile fuese el lugar de reunion.

Tan pronto como la nueva determinacion del provincial llegó a

3 Aguiar, *Razon de las noticias de la provincia de San Lorenzo Mártir en Chile*. M. S.

4 Pudiera dudarse en vista de lo que dice Aguiar, si Jorquera practicó o no la visita de la provincia; pero atendiendo a la data del *Parecer*, creemos cierta la afirmativa. Echard *Scriptores ordinis Minorum*, etc., tomo 2.°, páj 754) supone equivocadamente que Jorquera presentó su escrito a la Audiencia de Chile, i ha sido seguido en este error por Pinelo (*Epitome*, etc., tomo 2.°, col. 782). El orijinal de la obra de Jorquera existe en la biblioteca del Museo Británico.

los vocales de Chile, le dirijeron una representacion encabezada por Jorquera, como prior de provincia mas antigua, interponiendo suplicacion *in voce*. Decian que la designacion hecha en el capítulo anterior les daba un derecho adquirido que no podia desvirtuarse sin urjentísima causa, que en el caso presente no existia desde que ninguna novedad habia tenido lugar. «Calificada, agregaban, la injusticia de esta innovacion por las razones dichas, i tambien por haberse divulgado mucho ántes que se hiciera, i en esta conformidad, el padre prior de este convento se hallaba con prevenciones mui anticipadas cuando llegó la convocatoria para hacer su viaje a esa ciudad de Córdoba, i aún insinuó varias veces la esperaba sin ninguna duda, de donde resulta nulidad notoria i se ve claro la afectacion con que se ha procedido en las causas de la remocion sobre el fin de paliar i encubrir el intento verdadero de la remocion, i por la notoriedad de él i los inconvenientes que resultaron de la remocion del capítulo pasado al mismo convento de Córdoba, los señores presidente i oidores de esta Real Audiencia previnieron en su real acuerdo que viniese un señor oidor a requerir a V. P. M. R. que no hiciera la tal remocion, como en efecto vino el señor don Alonso de Solórzano, oidor mas antiguo de la sala, i no obstante ha proseguido V. P. M. R. en el intento tan anticipadamente prevenido».

Ni pararon en esto los vocales chilenos, pues le manifestaron a Abreu que por su preceder se constituia en prelado ilejítimo i que, en consecuencia, cesaba de parte de ellos la obligacion que tenian de obedecerle. Abreu, por toda respuesta, se limitó a conminarlos con las penas que las leyes de la Orden previenen para los inobedientes, advirtiéndoles que esa era la última monicion.

La Audiencia, i el presidente de Chile, por su parte, le escribieron tambien al provincial «haciéndole patentes los numerosos inconvenientes que habian de resultar a la provincia de celebrarse el capítulo en Córdoba, i que respecto de los pareceres de los sujetos de mayores letras de esta ciudad con quienes se habia tratado el asunto, eran de parecer tenian justificada razon los padres maestros i demas vocales para alegar su derecho».

Los relijiosos de San Francisco, a quienes tambien se pidió dictamen sobre el caso, estuvieron, asimismo, unánimes en apoyar las razones de los chilenos.

Pero, a pesar de esto, como se supondrá, Abreu se mantuvo inflexible, i aún mas, envió a sus súbditos de Santiago un auto de escomunion mayor i privacion de voz activa i pasiva para el capítulo.

Llegó, sin embargo, el dia 24 de enero designado para la reunion, i aunque que los padres de Santo Domingo estaban en menor número que los de Córdoba, se reunieron en la sala capitular del convento, elijieron de provincial a Fr. Valentin de Córdoba i procedieron a los nombramientos de estilo, entre otros al de procurador, que recayó en Fr. Pedro Véliz, el cual inmediatamente debia partir a Europa con todos los documentos necesarios para mover en su favor al jeneral de la órden.

Mientras tanto, al otro lado de la cordillera se elejia otro provincial i otro procurador que fuese tambien a Roma a representar por su parte el derecho de sus colegas, i tan dilijente anduvo que al cabo de un año llegó providencia anulando lo obrado en Santiago, i castigando a los que en el capítulo aquí celebrado habian intervenido.

Afortunadamente para Fr. Jacinto, se habia retirado del complot antes de la celebracion del capítulo.

Jorquera fué elevado mas tarde a ese mismo episcopado del Paraguay, cuyos derechos defendiera años ántes[5].

Murió en 1678[6].

Cuando en 1654 el padre agustino Fr. Bernardo de Torres, en obedecimiento de órdenes superiores, se ocupaba en la continuacion de la crónica de su órden en América, dirijió a Frai Gaspar de Villarroel, obispo que fué de Santiago, una nota atenta pidién-

5 En el catálogo de obispos que trae Alcedo, no encontramos, sin embargo, el nombre de Jorquera.

6 Aguiar fija esta fecha, otros dicen que en 1677.

El autor de las *Biografías de domicanos ilustres de Chile*, corto tratado manuscrito que existe en la Recoleta de Santiago, cree que no se sabe de cierto.

dole que le comunicase los rasgos principales de su vida. Villarroel a la sazon prelado de Arequipa, le contestó en los términos siguientes: «Pídeme V. P. noticia de mi persona para honrarme en lo que escribe: ahora veinte años enviara yo a V. P. cohecho para que me pintara en su historia con mui delgadas líneas, aunque faltase a la verdad del escribir, pero en tan crecida edad, bastantemente persuadido a que no puedo vivir mucho, le diré a V. P. lo que sé de mí. Nací en Quito, en una casa pobre, sin tener mi madre un pañal en que envolverme»[7].

Es natural que con tan anticipada prevencion Fr. Gaspar no dijese la verdad por entero, i por eso en ese documento que le honra, sus palabras van dirijidas mas bien a deprimir su persona que a hablar de sí con imparcialidad. Consignemos, pues, el hecho i hablemos por él.

Frai Gaspar de Villarroel habia nacido en Quito hácia el año de 1587, i era descendiente de uua familia pobre, aunque de noble oríjen. Su padre, que llevaba su mismo nombre, era un licenciado de cierta consideracion, natural de Guatemala, i su madre, una señora venezolana, era una distinguida matrona, llamada doña Ana Ordoñez de Cárdenas. «Mi padre, dice el mismo Villarroel, que me dejó por herencia no sus virtudes, sino su nombre, era (no importa que yo lo diga) de los mayores letrados que se vieron en las Indias. Hai hoi de él bastante memoria en las escuelas i no se apagará su crédito sino se acaba el nombre de sus discípulos»[8].

Siendo justicia mayor del Cuzco sucedió un lance que debió fallar como juez i cuyas resultas le fueron fatales: lágrimas amargas derramó toda su vida por una apresurada ejecucion de su sentencia, «i díjome a la postrera hora, cuenta su hijo, que todos sus pecados juntos no le hacian en ella tanto peso». Tan pronto como falleció su esposa, entróse de fraile, i murió recordando todavía aquel lamentable suceso.

7 *Crónica de la Provincia peruana del órden de los hermitaños de San Agustin*, páj. 527, Lima, 1657, 8.º mayor.
8 *Gobierno eclesiástico pacífico*, etc., t. 2.º, páj. 491.

Por dar educacion a su hijo, el licenciado i su mujer vinieron a establecerse a Lima. La estrechez en que vivian era estrema. El padre de nuestro Fr. Gaspar, que por aquellos años no habia dejado de la mano los estudios, trataba de graduarse en cánones; pero tanta era su pobreza que el 5 de noviembre de 1596 presentaba una solicitud a los maestros de la Universidad para que se le exonerase del pago de la mitad de las propinas que debia satisfacer por el grado; lo que, sin embargo, no se le concedió[9].

Con ejemplo tan edificante, el futuro obispo de Chile, entónces adolescente de figura seductora, no perdió su tiempo.

Trabajó con teson incansable i provecho excelente, i despues de haber sido «la admiracion de muchos i el agrado de todos», sintiéndose con vocacion para el estado relijioso, se vistió el hábito de San Agustin en 1667, i al año siguiente, por los principios de octubre, hacia su profesion solemne en el convento de la órden en Lima.

En su nuevo estado, no descuidó desde el primer momento el cultivo de las letras, i tanto se enriqueció de ciencia, que mui pronto los superiores lo destinaron a que leyese Artes i Teolojía en el mismo convento principal de Lima, i poco mas tarde la Universidad lo llamó tambien a formar parte de su cuerpo de profesores dándole la cátedra de Prima. Algo despues, Villarroel obtuvo la borla de doctor.

Pero si los talentos de Villarroel como catedrático estaban probados, no eran menores los que la jente devota le reconocia en el púlpito. Fr. Pedro de la Madrid, visitador i reformador jeneral de la provincia, una vez que le oyó quedó tan prendado del jóven predicador que inmediatamente lo hizo su secretario i compañero de visita, en cuyo puesto tanto se hizo notar que cuando se celebró capítulo provincial en 1622, en «remuneracion de su trabajo i premio de sus merecimientos, le elijieron por definidor de la provincia, supliendo ellos la falta de los canas, por haberse en él

9 Foja 10 del *Libro* II de *Claustros* de la Universidad de San Márcos.

anticipado la senectud del obrar a la del vivir, la de las acciones a la de los años»[10].

En ejercicio de este cargo se hallaba Fr. Gaspar cuando vacó en la Universidad la cátedra de teolojía de Vísperas. Inscribióse sin tardanza en la lista de opositores, entre los cuales figuraba el docto cura de la catedral de Lima D. Pedro de Ortega Sotomayor, que despues ascendió tambien al obispado; i aunque Villarroel hizo en esta ocasion un lucido alarde de su injenio i erudicion, su competidor salió favorecido por el voto de los examinadores.

Fr. Gaspar que en esta derrota sólo habia conseguido poner mas de relieve su mérito, fué elejido en el siguiente capítulo provincial para el cargo de prior del Cuzco, en el cual permaneció hasta su viaje a España, que hizo por la via de Buenos-Aires.

Villarroel llevaba en su equipaje algunos cuadernos de manuscritos, que deseaba a toda costa publicar siquiera en parte para prevenir el juicio de la corte en favor de su persona, completamente desconocida hasta entónces; i al intento, se detuvo en Lisboa hasta dar cima a la impresion del primer volúmen de una obra bastante éstensa que tituló *Semana Santa, Tratado de los comentarios, dificultades y discursos literales y místicos sobre los Evanjelios de la Cuaresma*, en que, en una aduladora dedicatoria al rei, le hablaba del relativo contentamiento de que entónces gozaban los criollos por la igualdad con los españoles, a que se les habia declarado con derecho.

El sistema que Villarroel ha empleado en este tratado es tomar un pasaje de la Sagrada Escritura, esponer en seguida el asunto en jeneral i ocuparse despues del comentario a la letra i de las dificultades que se presentan en la interpretacion. Villarroel demuestra en su obra un saber mui notable i un cabal conocimiento de los escritos de los Padres de la iglesia i de la Biblia. Pero arrastrado siempre por el pésimo gusto de las sutilezas teolójicas, deslustra i hace estériles los asuntos mas importantes i

10 Torres, *lug. cit.*, páj. 529.

mejor elejidos i deja así sin objeto las conclusiones que procura establecer. Tiene discursos sobre temas frívolos con exceso; pero, en cambio, a veces sienta algunos principios que le honran. «La ciencia, dice, es conveniente, mui útil para salvarse, pero siempre es necesario que vaya acompañada de la virtud». Anatematiza todos los vicios, examina sus consecuencias, i siempre partiendo de los preceptos i ejemplos del Evanjelio, llega a establecer una doctrina sana i al mismo tiempo útil. Sin duda que en su estilo no hai brillo, ni animacion, ni colorido, porque la forma de comentarios no se presta para ello; pero siempre deja traslucir al hombre de bien, al filósofo i al teólogo.

Villarroel publicó en Madrid al año siguiente el segundo volúmen de su obra, i dos años mas tarde en Sevilla la última parte[11].

Fr. Gaspar publicó tambien en Madrid en el año de 1636 un tratado en latin «escrito con mucha elegancia i agudos picantes», dice Torres, comentando el libro de Los Jueces, literal i moralmente, con gran acopio de aforismos i lugares de la Sagrada Escritura i citas de los Padres de la Iglesia.

Hacian ya pues cinco años a que el sacerdote quiteño se encontraba en Europa, i si muestra de su injenio i de su saber daban sus publicaciones, sin duda que eso solo no habria bastado a formar su reputacion i su fortuna si un talento especial para la predicacion no lo hubiera puesto en relieve para con los mas altos personajes de la Corte. En esta parte el principio de su fortuna parece que se la debió a don García de Haro. Este noble señor manifestó un dia deseos de oir predicar a Villarroel en el monasterio de Constantinopla, i tan complacido quedó probablemente de la elocuencia del orador americano que una vez concluida la fiesta ordenó lo llevasen en su carruaje hasta el convento de San

11 Montalvo, *Sol del Nuevo Mundo*, páj. 94. Don Pablo Herrera reproduce las mismas noticias bibliográficas en su *Ensayo sobre la Historia de la literatura ecuatoriana*, páj. 37. En 1662 se hizo una segunda edicion en dos volúmenes, que comprende los tres de la anterior, i que Herrera ha mirado equivocadamente como una obra diversa.

Felipe, donde estaba hospedado, i en el acto hizo consulta a S. M. para que lo hiciese su predicador.

Desde entónces Villarroel solia ser llamado para predicar delante del rei i del Consejo de las Indias: la moda hizo aumentar su renombre, i tanto, que vulgares poetas escribieron en su honor panejíricos en que se le pinta con

Su viva accion, tan fiel i verdadera:
Discípula es del alto pensamiento
Que en los límites breves de su esfera
La mano (con airoso movimiento
Que el arte dicta i la razon impera)
Lengua es sin voz, o alma sin acento,
Que el mas sutil concepto que suspende,
Parece que lo dice o que lo entiende.

Una vez que don García de Haro vió a su protejido en tan buen pié de fortuna quiso que lograse la oleada del favor real, consiguiendo de Felipe IV, que lo presentase para el obispado de Santiago de Chile en 1637[12].

Al año siguiente, Fr. Gaspar recibió la consagracion en su convento de Lima.

Cuando Villarroel tuvo noticia de su presentacion, dió dinero para tres comedias para que se regocijasen con él sus colegas de convento en Madrid [13]. ¡Quién le hubiera de haber dicho entónces que mas tarde se arrepentiria tanto de haber aceptado la dignidad con que se le honraba!

A la vuelta de los años, en efecto, cuando Villarroel se penetró de la difícil mision que se le confiara, culpaba a su ambicion i decia: «fuí tan vano que para no acetar el obispado no bastó conmigo el ejemplo de cuatro frailes agustinos, que, electos en aquella circunstancia, no quisieron acetar»[14]. En otra ocasion, refiriéndose al caso de los cuatros frailes, esclamaba: «ninguno de estos

12 El último acto que nos queda de la vida pública de Villarroel en Madrid es la firma que puso en recomendacion de la obra del jesuita F. E. Nieremberg, intitulada *Del Aprecio y estima de la Gracia.*

13 *Gobierno eclesiástico*, t. I, páj. 32[?].

14 Torres, *lug. cit.*

quiso ser obispo, i solo yo aconsejado de mi poca edad i apadrinando a mi ambicion la corta esperiencia del tamaño de la carga, me eché al hombro un peso con que castigado jimo»[15].

Cuando Villarroel llegó a Santiago, fué notable el recibimiento que se le hizo. Como era de estilo con los presidentes i obispos, ántes de entrar en la ciudad se quedaban en las inmediaciones del pueblo para concertar la forma en que debieran presentarse i esperar las salutaciones de las autoridades. El primero que se acercó a nombre de la Audiencia fué don Pedro Machado de Chavez, a quien mas tarde el obispo recien llegado cobró particular afeccion. Preguntóle Fr. Gaspar en qué forma seria la entrada, i contestando don Pedro que de dos en dos i que el señor obispo iria al lado izquierdo del oidor mas antiguo, Villarroel se escusó desde luego dando las gracias por la merced que se le hacia i solicitó que solo le honrasen dos de los miembros del tribunal, «porque no pareceria suya la entrada, agregó, sino del oidor que le precedia». Machado de Chavez se volvió con esta respuesta; discutióse largamente el caso con los colegas, atribuyendo los puntillos de resistencia del obispo a celo de su dignidad, i acordando al fin que iria en medio de los dos oidores mas antiguos, i que mas atrás seguirian los demas miembros de la Audiencia formados de dos en dos, el cabildo, etc.

A haberse portado ménos galantes los señores de la Audiencia, era seguro que habria bastado este pequeño incidente para que se hubiese formado una competencia de bulto. Estos encuentros entre las autoridades civiles i eclesiásticas, que ocupan largas pájinas en la historia colonial, nacidos ordinariamente de una susceptibilidad estremada por la defensa de vanas prerrogativas, fueron casualmente las que el obispo Villarroel tuvo un tino especial para hacerlas olvidar durante su gobierno. «Siempre fuí enemigo de competencias», dice en uno de sus escritos, i en otra parte agrega que ha procurado siempre «no ser litijioso». Cuando Fr. Gaspar en vísperas de partir para Chile, hacia su visita de

15 *Historias sagradas*, etc., H. 9, c. 2.°, corona X.

etiqueta para la despedida, dice él que despues de las muchas mercedes que le otorgara el virei Conde de Chinchon, «fué la mas estimada una admirable advertencia, i tengo en la memoria sus palabras. Hízome un discreto preámbulo como paladeándome el gusto para darme un consejo. Cargó la mano en alabarme mucho, como el diestro barbero que ántes de picar con la lanceta, la trae por el brazo. Tanto amarga en el mundo un buen consejo, que le pareció al virei que era bien almibararlo, siendo de tanta importancia uno que me traia. Díjome que en España ya eran conocidas mis letras, que el Supremo Consejo me habia visto en el púlpito, que mis escritos andaban impresos, i a esto añadió otros favores como captando la benevolencia del oyente: «Yo soi ya, me «dijo, gobernador viejo: V. S. está en España conocido por las «partidas todas referidas; lo que no se puede saber es si sabe go- «bernar. I así quiero darle un consejo brevísimo, en que se cifra «toda la razon de estado que cabe en un buen gobierno: no lo vea «todo, ni lo entienda todo, ni lo castigue todo». He procurado, añade Villarroel, seguir este consejo i débole a él toda la paz que he gozado»[16].

Pero aún desde ántes que llegase a Chile ya el obispo de Santiago estuvo dando pruebas de su espíritu enemigo de discordias i de su prudencia en el ejercicio del poder. Era costumbre bastante acreditada que miéntras el prelado llegaba a su diócesis delegase sus facultades en algun sujeto del cabildo eclesiástico, de lo cual nacian rivalidades entre los miembros de ese cuerpo, odiosidades i malquerencias anticipadas respecto de un hombre a quien ni siquiera se conocia de vista i que tanto importaba viviera en paz con los auxiliares de su ministerio. Pues bien, Villarroel luego conoció el error que solian cometer los prelados que se encontraban en su caso, i por eso desde Lima dió el gobierno a todo el cabildo i su autoridad para que designase el provisor.

I sin embargo, no es que faltaran durante el tiempo que aquí residió ocasiones en que hubiera podido entablarse formal oposi-

16 *Gobierno eclesiástico*, t. II, páj. 266.

cion con los oidores u otras autoridades. Véanse algunos casos que refiere el mismo Villarroel en su *Gobierno eclesiástico.*

«Hiciéronse unas comedias en esta ciudad en el cementerio[17] de la Merced. Convidaron a los señores de la Real Audiencia i a mí. Escuséme yo: i como era la fiesta del señor don Bernardino de Figueroa, oidor de esta Real Audiencia, que con aparato real solemniza cada año la Natividad de Nuestra Señora, me pidió con encarecimiento que asistiese a las comedias. Resistíme cuanto pude i al fin me dejé vencer, i no faltó algun oidor que tropezase en mi sitial. Reprimieron todo lo posible el hablar en ello; pidiéndome que esos dias (porque eran tres los de las comedias) me sentase en una de sus sillas. Aceptélo con condicion que por lo ménos el primer dia, aunque yo no habia de estar en él, no habia de retirarse mi sitial. I que el dia siguiente, teniendo el pueblo entendido que en todo lugar sagrado era aquella la forma de mi asiento, podrian mis criados retirarlo. Sentáronme consigo, prefiriéndome el presidente, sin embargo que aquella honra era espresamente contra una cédula....

«El siguiente dia se olvidaron mis criados de remover el sitial; fuí temprano yo; entréme a esperar a la Real Audiencia en la celda del prelado; hacíase tarde, no venia, i ya a deshora me enviaron a decir que tenian en el Acuerdo cierta ocupacion, que la comedia se hiciese i que yo la honrase. Todos ménos el obispo entendieron que la ocupacion era el sitial. Salí con los relijiosos i clérigos, i viéndolo allí no quise sentarme en él. Sentéme en la misma silla donde el dia ántes. Vi la comedia, i representadas ya las dos primeras jornadas, entraron los señores de la Real Audiencia. Mandaron que la comedia se comenzase: entendió todo el pueblo que solo habia venido a hacer aquel lance en el prelado, i parece que lo dieron a entender porque mandaron atropellar música, baile i entremeses, porque anochecia ya, i en esta ciudad

17 Llamábase en ese entónces cementerio de una iglesia la plazuela que de ordinario se ve al frente o al costado de los templos. Aún hoi en Quito, por ejemplo, reune el párroco los dias festivos a los feligreses en la plazuela o cementerio.

de Santiago es mui perjudicial el sereno. Estúvelo yo mucho i desquitéme del hecho con instarles mucho que habia de repetirse un entremés mui frio. No les fué posible resistir mi importunacion i vieron a su despecho el entremés. I somos tan vengativos los prelados que habiéndome molido la vez primera, viera yo del porte otra media docena de entremeses por dar ese mal rato a los oidores.» ¡Ojalá en todos los obispos fueran de este tamaño los desquites![18].

Cuando recien llegó Villarroel a Santiago, le hicieron unas grandes fiestas de toros i de cañas; los criados del obispo arrojaron sobre una de las celosías de su palacio un paño de seda i encima pusieron una almohada. Repararon el hecho los oidores, pero no se quejaron, ni el obispo dió tampoco satisfacciones.

Como se ve, en todos estos pequeños encuentros cada parte manifestaba un poco de tolerancia i las cosas marchaban sin tropiezo. De advertir es, sin embargo, que, prescindiendo de las relaciones de amistad que ligaron a los oidores de Chile con Fr. Gaspar de Villarroel, este prelado tenia particular inclinacion por los letrados miembros del primer tribunal del reino. El mismo lo declara en términos esplícitos de la manera siguiente: «Un obispo de casa en casa es indecente, i en la de un oidor a nadie puede parecer mal. Los hombres que se crian en escuelas ¿cómo podrán vivir sin comunicar letrados?.... En casos arduos ¿es malo tener a mano un buen consejo? ¿Cómo puede pasar un hombre sin amigos? I no pudiendo haber amistad sino entre iguales, con quién la tendrá el obispo sin oidores? I para el morir, que es lo principal, es de poca importancia su proteccion? ¿De quién puede el obispo fiar con gusto las cosas de su alma sino de la virtud, piedad i letras de una Audiencia?

Pues, si el gusto, la honra, los aciertos i la conciencia con las audiencias reales se aseguran, por qué los obispos no las desean?

Esto fué efectivamente lo que Villarroel tuvo constantemente en mira miéntras vivió en Chile, i por eso nada de raro nos pare-

18 Tomo 2.°, páj. 161.

cerá que los oidores de Santiago estuvieran siempre unánimes en rendir honroso testimonio al obispo en sus comunicaciones al Consejo de Indias.

Es verdad que respecto de Villarroel existen, ademas de sus principios de tolerancia i esmero en conservar buena armonía con todo el mundo, la conducta verdaderamente ejemplar que empleaba consigo mismo, su celo relijioso por el bien de sus ovejas i su jeneroso desprendimiento para con los pobres.

Fr. Gaspar jamas quiso abandonar el hábito modesto de su relijion por el traje mas ostentoso de un obispo; las prácticas relijiosas tenian en él un fiel observante; su liberalidad se estendia a tanto que repartia en limosnas las dos terceras partes de su renta; todos los lúnes del año enviaba a los presos de la cárcel el pan i la carne de toda la semana; los viérnes siempre lo vieron los enfermos del hospital de San Juan de Dios llevarles una palabra de consuelo. «El señor Villarroel, dice con razon un compatriota suyo, no solo se hizo notable entre los obispos de América por su sabiduría, sino tambien por su eminentes virtudes, i por su infatigable celo en el desempeño de sus funciones pastorales»[19].

Entre éstas, debemos contar especialmente la visita que hizo a la provincia de Cuyo, entónces anexa al obispado de Chile, en cuya espedicion gastó casi un año entero esperando que concluyese el invierno para pasar de nuevo la cordillera, i trabajando miéntras tanto en la fábrica de la iglesia de los jesuitas hasta verla concluida i consagrada de su mano[20].

19 Don Pablo Herrera, *Ensayo*, etc., páj. 39. Pueden verse en el *Teatro eclesiástico de las Indias occidentales* del maestro Gonzalez Dávila (t. 2.º, páj. 250); en Ovalle, páj. 433; en Carvallo, t. 2.º, páj. 50; Torres, *lug. cit.*; i en Eyzaguirre, *Historia de Chile*, los elojios tributados a Villarroel.

20 Olivares, *Historia de los Jesuitas*, páj. 141. Hé aquí como cuenta el marqués de Baides la vuelta de Villarroel a Chile... «I arrojándose a la cordillera por Navidad, (lo que no sucedió otra vez) estaba tan cerrada que no pudiendo bajarla a mula, sin evidente peligro de la vida, se puso en otro peligro mayor, que fué ir rodando por la nieve mas de cinco mil estados, arrastrándole con una soga en un pellejo: i como los valles hondos igualaban los montes con la mucha nieve pudiera (como ha sucedido algunas veces), hundirse i ahogarse, i por su buen celo lo libró Dios de este peligro, pero con tanto trabajo, que

Pero en circunstancia alguna brilló tanto el elevado carácter i distinguido celo del prelado chileno como en la terrible calamidad que cayó sobre Santiago el dia 13 de mayo de 1647. Serian como las diez i treinta i siete minutos de la noche, cuando sin anuncio de ningun jénero tembló la tierra de una manera tan espantosa que los cimientos de algunas casas volaron por el aire como impulsados por la fuerza de oculta mano. «Era una noche de juicio i lastimoso espectáculo, dice Rosales, oir los clamores i la vocería de la jente pidiendo a Dios misericordia i la tierra temblando i fluctuando como mar, causando espanto el ruido de las casas i iglesias que se caian»[21].

Una inmensa polvareda se levantó de aquellas ruinas, oscureciendo la tierra; i la luna que brillaba pura i diáfana en lo alto, cuando alumbró de nuevo, fué para mostrar los cadáveres de seiscientas personas perdidas entre los escombros. Junto con las vidas de estos desgraciados, todo se perdió. Arruináronse todos los templos, a escepcion de San Francisco; i de algunas casas no quedaron ni sus asientos.

«El obispo, que fué sin disputa el mas heroico de los moradores de Santiago, pasó tambien por uno de los mas felices. Encontrábase sentado a la mesa de su parca cena, acompañado de un fraile llamado Luis de Lagos, que parecia ser su coadjutor, pues él solo le llama «su compañero» cuando le nombra, i le rodeaba una parte de su servidumbre, que, tan humilde como era aquel noble pastor, pasaba, segun su propia relacion, de treinta personas, encontrándose entre éstos dos pajes hijos del correjidor de Colchagua, don Valentin de Córdova. Cuando vino el terremoto el anciano intentó huir; pero estorbáronle en gran manera el paso sus fami-

cuando en algunas mesas de las cuestas queria sudando descansar un poco le recostaban sobre la nieve i le cubrian con la capa de un paje. Llegó al desierto de Uspallata con una recísima calentura, i habiéndole perdido su cama i no llegando las de sus criados, se acostó sobre la piel de un toro, i para comer no tuvo mas regalo que un poco de cecina tostada i molida, sin mas pan que un poco de maiz. I uno de los señores oidores me dijo que esta no fué visita sino una mision apostólica». *Gobierno eclesiástico pacífico*, preliminares. Véase tambien a Rosales, t. I, páj. 198.

21 *Historia general*, t. 1, páj. 205.

liares, sus pajes de servicio i «los muchachos que por los rincones se quedaban dormidos». Al atravesar un pasadizo cayóle encima una viga i le postró en el suelo bañado en sangre; pero asegura el santo obispo que no perdió el sentido ni la fe, ántes bien encomendándose a su santo favorito, que lo era San Francisco Javier, cuenta él propio con su esquisita i tierna injenuidad que le decia: «Javier, donde está nuestra amistad?» Escuchó su plegaria aquel celeste amigo, i un paje que iba por delante i que tambien habia caido, llamado Leonardo de Molina, logró recobrarse i arrancando el farol que aún pendia del zaguan, llamó socorro, i sacaron de los escombros al noble pastor, el cuerpo todo ensangrentado, pero lleno su espíritu de celestial uncion. Constituido en la plaza, i con una mala capa que le ofreció un criado, pasó la noche dictando medidas de salvacion espiritual para los fieles, dando consuelos, oyendo confesiones i exhortando con su ejemplo a cuantos le rodeaban»[22].

Triste por demas era el espectáculo que ofrecia la destruida ciudad en la mañana del catorce de mayo. Improvisóse un cementerio especial para enterrar los cadáveres, que llevaban por las calles de seis en seis, desfigurados, hechos pedazos. «Entraban, dicen los oidores, a carretadas, mal amortajados, terriblemente monstruosos los difuntos a buscar sepultura». Hiciéronce a la lijera simulacros de altares para las misas que se celebraban al aire libre; los franciscanos sacaron la imájen de la Vírjen del Socorro i la llevaron en procesion a la plaza; los agustinos cargaron sobre sus hombros el Cristo tan maravillosamente escapado i que desde entónces la tradicion conoce con el nombre del «Señor de Mayo», que el obispo fué a recibir un trecho distante con sus piés descalzos, para colocarlo tambien en la plaza con las demas imájenes.

En ese lugar se encontraba frai Gaspar desde que rompió la luz arrimado a un fogon que encendiera su mayordomo, transido del frio i de la humedad, con su herida atada con un lienzo i rodeado de su clero i de los miembros de las órdenes relijiosas, dic-

22 Vicuña Mackenna, *Historia de Santiago*, I, 231.

tando en union del cabildo las providencias que reclamaba aquel angustiado trance. Miéntras tanto, los sacudimientos se sucedian sin interrupcion. Al llegar la noche, un irresistible pánico se apoderó de aquella pobre muchedumbre, cundió la voz de que se iba a abrir la tierra, i un tropel de jente se precipitó en la plaza pidiendo a gritos la última absolucion. Un rapto de santo entusiasmo se apoderó entónces del noble prelado, i así herido, debilitado por la fatiga, se sube sobre una mesa i comienza a predicar al pueblo procurando desvanecer sus locos temores, con voz tan esforzada que hubo algunos que aseguraron haberle oido desde los claustros de Santo Domingo.

He aquí indudablemente la pájina mas brillante de la vida de nuestro obispo i que le hace merecedor para siempre de un homenaje sin tasa. I aún no paró ahí su celo evanjélico: despues de la catástrofe vino la obra de reconstruccion, i si heróicamente se portara en la hora del dolor, fué activo e incansable cuando se trató de levantar sobre las ruinas un templo en que reverenciar la Majestad de Cristo. Ahí se vió a Fr. Gaspar acarrear como simple peon los adobes a cuestas, i desplegar tanta actividad que al cabo de año i medio quedó concluida una fábrica que los buenos vecinos de Santiago creyeron un momento que no la verian sus nietos.

Con los antecedentes morales e intelectuales de Fr. Gaspar de Villarroel, fácil es comprender que mui pocos pudieron hallarse en situacion tan ventajosa para escribir una obra como su *Gobierno eclesiástico pacífico*, que es propiamente la produccion que revela con mas exactitud su educacion, su saber, sus principios. Lo que en su tiempo mas llamó la atencion en el trabajo del obispo chileno fué la grande imparcialidad que mostró escribiendo de las prerogativas civiles, cuando por su estado i mui especialmente por las tendencias de los relijiosos en esa época, eran de ordinario el norte principal de los que trataban de esas materias hablar del poder civil o del eclesiástico siempre con detrimento del uno o del otro. Villarroel vino a constituir bajo este respecto una verdadera escepcion, como lo habia demostrado en Chile en su per-

sona que tan ajena viviera de esas pequeñas rivalidades con las otras autoridades que habia sido la norma de algunos de sus inmediatos antecesores en el obispado. Campomanes[23] dice refiriéndose a la obra de Villarroel, que «dejó admirables documentos para el uso e intelijencia del derecho del patronato real», i el marqués de Baides, a la sazon gobernador de Chile, agregaba, dirijiéndose al obispo: «lo que yo alabo es que V. S. haya hallado traza para pintar el estilo con que gobierna, i que como buen pastor ha ejercitado ocho años enteros lo que ahora escribe en estos dos libros, pues en todas las Indias nunca hemos visto un prelado tan pacífico. I es cosa mui para admirar que tenga tanta aficion a los ministros del rei, i esto en tierra donde los obispos han tenido con ellos tantos encuentros: i no contentándose con lo que les ama i con lo que les honra, escribe libros para que los amen i los honren los demas prelados».

Siguiendo, pues, el método que Villarroel se habia propuesto, comienza por tratar de las prerrogativas de las dignidades eclesiásticas para ocuparse a continuacion de las que corresponden a los ministros del rei, valiéndose en un caso de los preceptos legales o decisiones particulares, i en otro de los cánones de la iglesia i de las prácticas mas en uso. Sentados los principios que rijen la materia, demuestra en seguida que no hai oposicion entre unos i otros, i que con un espíritu sin preocupaciones i con un conocimiento de lo obrado en casos controvertibles, es siempre posible establecer un amistoso acuerdo entre ambas potestades. Esta mision supone naturalmente en el autor un vasto conocimiento de las disposiciones jenerales de ambos derechos i una larga esperiencia.

Bajo este aspecto, su obra está sembrada de una porcion de casos mas o ménos curiosos sucedidos en América, i algunos de ellos referentes a él contados con tan agradable injenuidad que indudablemente es lo mas atrayente de su obra.

Este vasto arsenal de los conocimientos legales en tiempo de

23 *Regalía de España*, páj. 17.

la colonia, que ocupa dos gruesos volúmenes en folio, atestados de citas, parece increible que hubiese sido trabajado en el corto espacio de seis meses, como alguien lo asegura en lisonjeras frases en el comienzo de la obra. Por poco, sin embargo, este resúmen del saber de nuestros antepasados no encuentra inmerecida sepultura en el fondo del mar, pues habiendo sido remitido a España en 1646, hizo naufrajio el bajel en que iba en las costas de Arica, de donde meses mas tarde volvió a manos de su autor, que aprovechó la ocasion para darle los últimos retoques. Así se esplica que solo diez años mas tarde viera la luz pública la obra del obispo Villarroel.

Parece que debido a una desgracia semejante quizá, no conoce la posteridad otros trabajos del obispo de Santiago. «Escribí cuatro tomos, dice en alguna parte, i estoi persuadido que fueran de provecho: remitílos a Madrid, i el que los llevó, por aprovecharse del dinero, se le volvió a las Indias, dejándose el cajoncillo en el Consejo, i despues de tres años corridos parecieron en la secretaría por milagro: cobróse el dinero en Lima, con que hasta hoi está detenida la imprenta». En una obra suya posterior leemos tambien que habia mandado a la imprenta «un librito pequeño» titulado *Preces diurnae-nocturnae* que creemos que tampoco ha visto la luz pública. Otro trabajo de Villarroel que él espresamente afirma que anda impreso i que seria bien interesante conocer para juzgar de sus talentos oratorios, fué cierto *Sermon de N. P. S. Agustin* que no carece de historia. Predicaba frai Gaspar en Lima delante del obispo Gonzalo de Ocampo i por «una cláusula medida que se puede decir al Papa» creyó el prelado que hablaba con él, i sin mas ni mas suspendió al orador.

Lances de este jénero, es verdad, le ocurrieron a Villarroel en mas de una ocasion, como cuando predicó en Madrid en San Sebastian el dia de la Encarnacion en la gran fiesta que celebraban los comediantes. Le habian prevenido de antemano que alabase a los del gremio «i que así podria crecer la limosna del sermon»; pero en llegando al púlpito, el buen Fr. Gaspar no tuvo palabras con que hacer el elojio de «esa jente perdida» i por nada no lo

apedrean; i las resultas fueron que ademas de este percance «los curas de aquella parroquia, interesados en su cofradía, le dieron por baldado para su púlpito».

Ademas de su *Gobierno eclesiástico pacífico* escribió Villarroel miéntras residió en Santiago una obra en tres volúmenes intitulada *Historias sagradas y eclesiásticas morales,* que por acaso formaba parte de la reunion de manuscritos que por la infidelidad de su ajente quedaron depositados en la secretaría del Consejo de Indias. Todo el libro está dividido en quince *coronas,* cada *corona* en siete *consideraciones,* i éstas, por fin, en *historias.* El autor recomendaba que se meditase cada consideracion i que por cada una de ellas se rezase diez avemarías i un padrenuestro, en memoria de los setenta i tres años que vivió la Vírjen, i agregaba que sus deseos eran «aprender enseñando; aprovechar al prójimo; dar pasto a las almas sencillas; imitar la viuda del templo, ofreciendo su pobre cornadillo; pagar jornal a la Vírjen, madre de Dios, i granjear que los que leyesen rogasen por él: que si los perrillos tienen accion a las migajas, tambien la tendria quien sazona la comida i sirve la mesa».

Parecerá curioso ahora atender a la esplicacion que da Villarroel del título de *coronas* atribuido a las divisiones jenerales de su obra. «Leyendo, dice, las crónicas del glorioso serafin Francisco, para predicar de este santo relijioso, dichosamente me encontré con una revelacion de la corona de N. S., apoderándose de mi alma dos deseos: uno, de rezarla toda mi vida en la forma que la enseñó la Vírjen Sacrosanta, i otro, de esparcir i predicar tan alta devocion, i para eso *hice un cuadernito* que divulgué en mi obispado en la forma de rezarla»....

«En la tercera parte de esa crónica se refiere que un mancebo desde tierna edad, devoto de la Madre de Dios, acostumbraba tejerla una corona cada dia. Llevábásela a la iglesia; poníasela a la Vírjen en la cabeza i gozosísimo se recojia a su casa; obligada la Vírjen del santo celo de su devoto, negoció con su hijo sacrosanto que se lo pagase con hacerlo fraile de San Francisco. Inspiróselo su divina Majestad i pronto obedeció él. Entró en la

relijion i á pocos dias echó ménos su jardin. No tenia a mano flores para su guirnalda; por su cortedad no dijo su devocion, i como para perdernos se vale tal vez el demonio aún de lo santo, apretóle por aquí con desconsuelo, i resolvióse a dejar el hábito. Dispuso la salida i resolvió hablar a la Vírjen ántes de volverse a su casa. Fuése a una imájen mui devota i díjole con muchas lágrimas: Señora mia, no hai aparejo en está casa para haceros vuestra corona; allá fuera os la presentaba cada dia i con esto recreaba yo mi alma. Ya veis que por vos me voi, dadme licencia para volverme a mi casa. Apareciósele la Vírjen gloriosísima, no sufriendo en un devoto suyo tan disimulado engaño, i díjole: Hijo, no te vayas, que yo te enseñaré a hacer una corona para mí de mayor gusto, para tí de mayor provecho. Rezarásme setenta veces el Ave María, i a cada diez un pater-noster, ofreciéndome cada denario un misterio de los que me causaron mas gozo, i declaróle los siete que se acostumbran, Anunciacion, Visitacion, etc. Desapareció la Vírjen dejando a su novicio consolado. Entabló su devocion i rezaba la corona cada dia. Un dia entre otros tuvo curiosidad su maestro de ver en que se ocupaba aqueste relijioso. Acechóle una mañana por entre los resquicios de la puerta i vió a la Vírjen Santísima, entre grandes resplandores, asistida de unos ánjeles; al novicio arrodillado i que de la boca le salian unas rosas hermosísimas i a cada diez un lirio, i que un ánjel ensartaba estas flores en un hilo de oro. Anudólo despues i quedando en forma de corona se la puso a la Madre de Dios en la cabeza. Desapareció la vision, desvanecióse la claridad; quedó atónito el maestro, i quiso examinar al novicio. Contóle todo el caso, con que entendió que cada Ave María era una rosa i cada lirio la oracion del P. N.; i de aquí se comenzó a propagar esta santa devocion».

Basta, ademas, la indicacion de los títulos dados a las diversas partes del libro para deducir a primera vista que están tomados de consideraciones místicas: así, por ejemplo, cuida el autor de advertir que los quince misterios de que se trata en el cuerpo de la obra están en relacion inmediata con la institucion del rosario.

Cosa difícil es elejir de entre las setecientas historias que mas o ménos se encuentran en los tres volúmenes, las que pudieran citarse de preferencia, pues las hai de toda especie i sobre asuntos mui variados, aunque siempre llevando por norte la edificacion del lector. Ya juegan la humildad, ya la dilijencia, ya la mansedumbre, ya los deberes de los padres i de los hijos, etc., etc., que como ángulos del edificio llaman preferentemente la atencion del autor, dedicando ocho o diez historias a cada uno de los temas. Pero Villarroel no inventa los hechos, o la ficcion, si es que la hai, pues no hace mas que estudiarlos en su orijinal para trascribirlos en seguida revestidos de un lenguaje claro, preciso, lacónico i firme, a veces destituido de gracia, i siempre inspirado por la fe mas sincera i el mas firme propósito de encaminar a la práctica del bien. Esto supone en él un gran cúmulo de lecturas i un tacto especial para adoptar el caso referido al propósito que trae entre manos. El libro, que dentro de su objeto dista mucho de ser pesado, no adolece tampoco de esa vaciedad de otros de su especie, ni está tan colmado de aquellos estupendos milagros que solo despiertan nuestra incredulidad. Aceptados, por otra parte, como invenciones de la imajinacion o de exaltadas fantasías, no carecen asimismo de cierto mérito; pero, como decimos, Villarroel no es autor de la invencion sino simplemente el decorador que adorna i reviste la obra conforme a las exijencias de su gusto: por eso, si no podemos juzgar de su facultad inventiva, debemos anticipar que si hubiese dado a su estilo un poco mas flexibilidad apartándolo algo de los asuntos demasiado serios en que estaba acostumbrado a ejercitarse, habria producido indudablemente cuentos tan agradables i entretenidos como los de otros autores populares hoi. Si con algun libro pudieran compararse, especialmente en la literatura española, seria con el de Patronio de don Juan Manuel.

Como ejemplo de las *historias* contadas por Villarroel aventumos las dos que siguen:

San Doroteo, insigne monje en la Tebaida, fué espejo de la relijion. Juzgaba que la ociosidád era polilla de la virtud. Oraba mucho, i en aca-

bando el ejercicio de su oracion, todo era trabajar, pero el trabajo de manos no le divertia un punto de su espiritual ejercicio. Cuando no tenia otra cosa que hacer se iba al mar. Traia de él cargadas muchas piedras, hacia barro i como albañil edificaba celdas i dábalas a los monjes que por su vejez no las podian labrar. Hacia espuertas, tejia cestillas, torcia cuerdas, i en conclusion, no habia instante sin trabajar. Admirabánse los monjes de una dilijencia tan continuada en ocupacion de por vida. I dijéronle en una ocasion: Padre, porque no descansas? ¿Porqué así maltratas tu mismo cuerpo. I respóndioles: Porque él me mata el espíritu[24].

Un hombre pobrísimo nunca habia sido codicioso, hasta que tuvo dinero: cuatro maravedís fueron su primer caudal; comprólos de vino, echó otra tanta agua, e hizo ocho. Parecióle aquel trato sin peligro i que no navegando ganaba ciento por ciento. Aguólo, volviólo a vender i dobló el caudal. Para hacer en su mercancía aqueste beneficio se iba al rio Secana, por evitar los testigos de su casa. En estas negociaciones llegó su hacienda ya a cien reales. Parecióle engrosar la granjería i fuése a una feria Habia fabricado mil torres de viento. Soñábase mui rico con el nuevo empleo. Salió de su casa con grandes memorias de los jéneros que podria comprar en aquella feria, apuntando los de mas ganancia. Apeóse a la orilla del rio Secana i sacó una bolsa en que llevaba su plata. Contóla lleno de alegría. Púsola sobre unas yerbas i alárgose un poco por refrescarse en el rio. Era de cuero ella i debia ser colorada, i parecióle a un cuervo que habia estado atento a todo que era carne la bolsa, echóle las garras i llevósela. Siguióle a voces el cuitado que se soñaba rico; pero con el ave voraz importaba poco que levantase la voz. Voló con ella por medio del rio. Cayósele de las uñas, i el agua que lo habia multiplicado, le quitó el dinero»[25].

Villarroel «habia trabajado ántes otras obras que se perdieron inéditas, segun se colije del testimonio del padre Fr. Pedro de la Madrid, sabio relijioso de San Agustin, visitador de su órden en las provincias del Perú i Chile, que dice: «Me consta que el pa«dre maestro Fr. Gaspar de Villarroel, definidor de esta provin«cia i vicario provincial de nuestro convento de Lima, ha com«puesto un libro sobre los *Cantares* i unas *Cuestiones quodlibéti«cas, escolásticas i positivas* que disputó en esta Universidad real de la dicha ciudad de los Reyes cuando hubo de recibir en ella «el grado de doctor en teolojía. I seria de mui gran servicio a «Dios i honra de nuestro hábito que se imprimiesen»[26].

Villarroel sin embargo de que permanecia en Chile consagrado a las necesidades de su diócesis i de que ocupaba el resto de su tiempo en las prácticas relijiosas i en sus trabajos literarios, vi-

24 Tomo I, fol. 58.
25 Tomo I., fol. 120.
26 Herrera, *Literatura ecuatoriana*, lug. cit. Pinelo (t. II, col. 765) es mui incompleto en la bibliografía de las obras de Villarroel; pues apénas si habla del *Gobierno Eclesiástico* i de la *Carta al Rei* que rejistra Ovalle al final de su *Histórica Relacion*.

via con el pensamiento puesto en otra parte. «Tengo a Lima en en el corazon», repetia a menudo, la ciudad que lo habia visto crecer i que fué teatro de sus primeros triunfos. Un hombre con el cual probablemente en mas de una ocasion evocaria recuerdos de esa tierra adorada para ellos, don Nicolas Polanco de Santillana, le repetia con acento lastimero: «Triste cosa será, señor, morir en esta Libia, desterrados de nuestra patria, en ajeno sepulcro!» Ademas, el clima de Chile no le probaba bien: «vivo muriendo» era su espresion ordinaria cuando trataba de calificar este temperamento tan distinto del de las zonas tropicales, cuyo ardor era el único que podia convenir a su naturaleza delicada i al frio de sus años. El monarca español se acordó al fin del antiguo predicador de la Corte, i en recompensa a su mérito lo ascendió en 1651 al obispado de Arequipa, de rentas mucho mayores i de un temple mas benigno.

En su nueva morada, Villarroel continuó la obra evanjélica que iniciara cuando fué prelado de Santiago: fabricaba templos, repartia limosnas con su ordinaria liberalidad, era siempre el consuelo del aflijido i el sosten de los pobres. Su biblioteca, que es el «tesoro de un sabio», la regaló a diversos conventos i a los clérigos mas estudiosos del obispado, siendo todo indicio claro, como dice uno de sus biógrafos, que su ilustrísima solo trataba de estudiar la importante ciencia del morir. Posteriormente fué trasladado al arzobispado de Los Charcas, donde consiguió al fin fallecer tan pobre cuanto lo deseaba, pues su capellan tuvo que costearle los gastos del entierro[27].

27 El retrato de Villarroel que damos al comienzo de este tomo, ha sido grabado en vista de una copia que tuvo la bondad de permitirnos el señor D. Francisco de Paula Taforó, que fué sacada del cuadro orijinal que se conserva en Chuquisaca.

CAPITULO VI.

RELACIONES BIOGRAFICAS.

El doctor Cristóbal Suarez de Figueroa admite el encargo de escribir una obra sobre D. García Hurtado de Mendoza.—Retrato de D. García.—Análisis de los *Hechos de D. García, etc.*—Datos sobre el autor.—Sus querellas con otros escritores.—Rasgos de la figura del doctor Suarez de Figueroa.—Francisco Caro de Torres.—Datos biográficos.—Sus relaciones con don Alonso de Sotomayor.—Publica la *Relacion de los servicios* de este personaje.—Estudio de aquella obra.—Santiago de Tesillo.—Motivos de su obra sobre don Francisco Lazo de la Vega.—Análisis.—Persona del autor.—Su apolojía de D. Francisco de Meneses.—Datos sobre Tesillo.—Fr. Juan de Jesus María emprende la defensa de D. Tomás Marin de Poveda.—Las *Memorias de Chile.*—Datos sobre el autor. —Estudio del libro.

Las espresiones que Ercilla dejó escapar en su *Araucana* respecto de don García Hurtado de Mendoza habian herido las susceptibilidades del marqués. Don García que habia muerto olvidado del monarca, i que desde la esfera de su alto puesto de virei habia descendido hasta verse humillado por otros cortesanos, merecia a juicio de sus deudos una rehabilitacion de su memoria. Con tal motivo, ocurrieron éstos al doctor Cristóbal Suarez de Figueroa a fin de que, con los papeles de la familia, compusiese un libro que recordase a la posteridad los méritos de D. García. El doctor aceptó la propuesta.

El escritor, en verdad, no tomaba la pluma por un motivo desinteresado, no iba a escribir la historia, por consiguiente. Era mas bien el abogado que se encargaba de la defensa de un ilustre cliente.

Suarez de Figueroa comprendió perfectamente el papel que le correspondia: en su obra no debia de haber otro blanco, no enca-

minaria sus esfuerzos a otro fin que a dar a conocer a su defendido. I realmente que por el modo como se desempeñó, sus comitentes debieron quedar satisfechos.

Suarez de Figueroa divide su apolojía en siete libros: dedica los tres primeros a referir los hechos i campañas de D. García en Chile, i los restantes comprenden su gobierno en el Perú, i especialmente la rebelion de Quito i las correrias de Hawkins en el Pacífico, que Oña habia contado en sus versos; la espedicion de Alvaro de Mendaña a las islas de Salomon, i por último, aunque mui brevemente, el tiempo en que su héroe, ya oscurecido, frecuentaba la Corte de simple pretendiente.

Don García hubo de ser, como era natural, el objeto de todas las complacencias del escritor: por eso comienza por describirnos en el prólogo la jenealojía de sus antepasados, los servicios que cada uno habia prestado a la nacion, i entrando de lleno a ocuparse de D. García, nos habla de la antigüedad del lugar en que nació, de los santos que ilustraron con sus favores su cuna, i hasta la casual coincidencia de que hubiese nacido en el dia de la toma de Túnes, es un feliz augurio que el escritor no olvida de apuntar.

No hai buena cualidad que no se halle reunida en D. García. ¿Se trata del guerrero?....... Para Suarez de Figueroa, su héroe *casi nació combatiendo*; fué insigne por su valor, famoso por las armas.

¿Se trata del hombre de estado?..... Siempre vivió gobernando, i gobernando a satisfaccion.

¿Del hombre simplemente?......

Fué un espejo de perfeccion en la juventud, oráculo de sentencias en la ancianidad; sus acciones fueron virtudes.... El cielo mismo mira a don García como a su hijo predilecto: es él quien estando enfermo el futuro pacificador de Arauco, lo impulsa a embarcarse, siguiendo a su padre, a fin de que se realicen las grandes hazañas a que estaba destinado; i el viento que hasta entónces, tardo i flojo, impedia que las naves se alejasen del puerto, dando lugar a que llegase don García, como gozoso i satis-

fecho con la venida, comienza a soplar alegremente; i es siempre el cielo el que en proteccion de la vida de don García, se digna favorecerlo con un milagro. En cuanto a las damas, era consiguiente que, atraidas por su buena disposicion, jentileza de su cuerpo, hermosura de su rostro i discrecion de su palabra, lo favoreciesen sobremanera; esto no hai para qué decirlo[1].

Don García es, pues, para nuestro autor un ente mui superior, casi divino, es un hombre que no tiene defectos i que, a rebuscárselos, solo se le podrian hallar a título de exceso de alguna buena cualidad. Osados fueron los chilenos, dice Suarez, por haberse atrevido a pedir al virei del Perú que les enviase a su hijo, i si no hubiese sido por la copia i humildes ruegos!....

Pero hai veces en que, queriéndolo ensalzar, solo consigue hacerlo caer en ridículo, obsecado por su admiracion sincera, o.... pagada. Así, en una ocasion encontrándose de viaje el jóven Hurtado de Mendoza topó en una fonda con varios enemigos. Luego le preguntaron entre otras cosas, quién era «obligando siempre a recato i respeto»; pero exijiéndole que dejase la banda que llevaba, «deseando mas perder la vida que pasar por semejante baldon, habló al capitan en esta forma: jamas fué de caballero permitir demasías, ni estimar despojos derivados de ellos. Estoi cierto que siéndolo vos no consentireis que agravien sin ocasion muchos a uno: noble soi i soldado: si acaso estais deseoso que cuerpo a cuerpo defienda esta divisa militar (indicio del señor a quien sirvo) pronto estoi: señalad de los vuestros el que quisié-

1 Cuenta su biógrafo que encontrándose en Colonia el cardenal Federico «quiso que tras espléndido banquete, le festejasen con saraos los nobles de aquella ciudad, favoreciéndole mucho las damas, atraidas por su buena disposicion. Era don García de estatura mas que mediana, de apacible rostro, halagüeño, con facciones proporcionadas, de semblante amablemente grave: todo airoso, discreto en su conversacion; agradable en sus acciones; suelto i gallardo en cualquier ejercicio, i particularmente en el de acaballo i danzar: *partes porque dejó aficionadas mas de dos colonesas*».

«Respecto de sus pretensiones, le pareció acertado residir en Madrid, donde el verdor de sus años le obligaba a seguir las ocupaciones de caballero, como de entrar en fiestas i servir damas. Favorecíanle *grandemente* las de mas lustre, porque... *granjeaba las voluntades de casi todas*. Páj. 10 i 82.

Hemos insistido en estos detalles, porque, como se recordará, Oña tuvo la intencion de celebrar en un poema los lances amorosos de la mocedad de don García.

redes, supuesto la pienso mantener al paso que tuviese vida». Los contrarios, admirados de este valor, la echaron de bromistas i lo dejaron ir. Tal situacion no puede ménos de recordarnos los famosos caballeros andantes de Amadís, o a don Quijote, i no podrá negarse que la terminacion del negocio tiene una analojía sorprendente con aquella del soneto de Cervantes:

Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo,
Fuése, i no hubo nada.

Suarez de Figueroa como ciertos letrados (i él tambien lo era) que, a fin de ponderar el trabajo que han tenido, creen imponer fabricando estensos escritos, solo ha cuidado de alargarse, pues para nada toma en cuenta la precision, ni se preocupa de los elementos estraños al sujeto que hace entrar en su libro, ni aún de su arreglo material, colocando en el cuerpo de él documentos cuya disposicion natural evidentemente no es esa. Si pasa por una ciudad, no nos ha de faltar su descripcion, si habla de un pueblo de seguro que nos referirá su historia, i si se trata de una respuesta sencilla i corta, nos ha de regalar con un fastidioso i pulido discurso, por mas que le falte naturalidad literaria e histórica.

Si esto puede afeársele como obra de arte, tiene, sin embargo, cierto valor para la posteridad. Su trabajo, basado en papeles de familia i documentos que no nos habrian llegado de otro modo, le permite entrar en particularidades de la historia del tiempo que refiere, que seria inútil buscar en otra parte.

La misma falta de método de su libro i la apolojía que emprendiera hacen que en cada coyuntura se ocupe del carácter i cualidades de don García. No es necesario gran esfuerzo para encontrar la pintura del héroe, pues cualquiera incidencia le proporciona la ocasion de retocar hasta el cansancio el bosquejo mas o ménos acabado que desde las primeras pájinas delineó, acompañándolo siempre con reflexiones i opiniones de los sabios antiguos.

El prurito que tiene de hacer que sus personajes se espresen en forma de discursos lo ha arrastrado hasta violar los principios

de la verosimilitud i del buen sentido. Así, cuando refiere el encuentro de Aguirre i Villagra a bordo de la nave en que quedaron presos por órden de D. García, léjos de limitarse a las conocidas i elocuentes palabras, «ayer no cabíamos en un reino i hoi nos sobra una tabla», que ordinariamente se atribuyen al primero, se estiende en una larga arenga sobre la instabilidad de las cosas humanas, arrebatando así todo el interes á la situacion violenta en que se supone hallarse los actores, i que naturalmente escluye los menudos conceptos.

Mucho mas léjos lleva todavía Suarez de Figueroa su falta de verdad cuando les atribuye en los discursos de que se valen los rudos araucanos el saber, la cultura i las nociones filosóficas que no pueden armonizarse con el estado de salvajes. El enviado por los naturales a la llegada de D. García se estiende en su embajada, perorando sobre el modo como se ha de predicar una relijion, sobre el alma casi divina del hombre, sobre la virtud de la defensa, etc.

I ya que hablamos de discursos, debemos notar como un modelo de buen sentido, de amor patriótico i de verdad el que pone en boca del viejo Colocolo i en cuya composicion olvida por un momento Suarez de Figueroa su amaneramiento habitual para posesionarse de una hábil naturalidad. Ojalá pudiésemos decir otro tanto de aquel en que don García se dirije a los encomenderos reunidos en la Serena, pieza curiosa en que se habla por mas de una larga pájina de todo ménos del tema propuesto.

No puede negarse que esta malhadada tendencia del escritor perjudica muchísimo al crédito que pudiera prestársele como historiador, puesto que no en todos los casos es fácil distinguir a primera vista cual sea la parte del declamador i cual la del biógrafo: por lo ménos siempre queda una mala impresion en el ánimo del que lee, sin que deje de ser exacto, con todo, lo que asienta el señor Barros Arana en la Introduccion a los *Hechos del Marqués de Cañete*, que «un lector medianamente advertido conoce fácilmente estos defectos de su obra i sabe apartar lo útil de lo superfluo, los hechos de las declamaciones literarias», i por

mas que Antonio de Herrera, el conocido cronista de Indias, en la aprobacion que prestó a la obra, sostenga que, «la historia va siempre con la verdad en toda ella».

Los materiales de que dispuso para la composicion de su libro fueron los papeles de la familia de D. García, las comunicaciones del rei a su delegado, los borradores de las providencias del gobernante, i algunos otros documentos estraños[2].

Suarez de Figueroa tuvo que ocuparse de un país que jamas visitó, de jentes con las cuales nunca se habia comunicado, i de batallas i hechos que jamas presenció. De aquí es que dedique tan cortas líneas a los grandes acontecimientos i que borronee tanto con declamaciones inconducentes. Como muestra podríamos citar la descripcion que nos hace de Chile, tan diversa del entusiasmo con que lo pintan o lo sueñan los que una vez han divisado nuestras cordilleras i nuestros valles. Pero no se trate de un incidente, por frívolo que sea, i que toque de cerca o de léjos a su D. García porque pronto lo recoje, lo revuelve en todo sentido hasta agotarlo, consecuente con el carácter de su obra i con los elementos de que disponia.

Por lo demas, ha podido rastrear mucho de los rasgos mas prominentes del pueblo araucano: da noticias de las artes que emplean en la guerra, de las borracheras a que se entregan, de las circunstancias en que elijen sus jefes, de los embajadores de que se sirven, de su inquebrantable teson; haciendo respecto de ellos una declaracion que le honra como enemigo, i que le acredita como historiador: «pues, seria faltar en todo a la verdad, dice, sino se confesase haber hecho proezas dignas de inmortales alabanzas». Son tambien mui notables como exactitud las palabras con que pinta a Caupolican, las cuales nos complacemos en trascribir: «Así feneció este varon, lustre de su patria, i en razon de jentil, el mas digno que entre ellos se conocia entónces. Fué miéntras vivió amador de lo justo, desapasionado premiador,

2 En la páj. 78, se lee: «Entre los papeles de que me he valido para componer este volúmen hallé una carta de un principal encomendero de los de Chile».

templado en el vicio, blandamente severo, ájil, animoso i fortísimo por su persona. Observó pocas palabras. No le alteró la próspera fortuna, no le aniquiló la adversa, mostrando hasta en la muerte la magnanimidad que tuvo en la vida».

Para pintar el carácter belicoso de nuestros célebres bárbaros se vale de una magnífica comparacion: ellos imitan al lagarto, que miéntras mas dividido en menudas partes, siempre mas áspero amenaza a su ofensor, mostrando aún muerto vivamente su rabia. Mas, en otras ocasiones da oido a patrañas, sin que se alarme su buen sentido al referir candorosamente que los agoreros indios viven en cuevas i en compañía de sabandijas.

Su estilo vale mas, en jeneral, que el de muchos otros autores que han escrito sobre América; es casi siempre cuidado, fácil, cuando trasposiciones violentas no vienen a oscurecer el sentido de su frase. Se conoce leyendo su libro que ántes de darlo a la estampa ha corrido por él mas de una vez una lima que ha sido pulida.

Las noticias que nos quedan de don Cristóbal Suarez de Figuegueroa, han sido consignadas por él, en su obra *El Pasajero*. Su historia, como él mismo se espresa, por ser de vida vagabunda, puede que no carezca de variedad. Nació en Valladolid[3] en albergue de mediano caudal cuanto a bienes de fortuna. «Mi padre, cuenta él, orijinario de Galicia, profesaba jurisprudencia i el grado de causídico en los tribunales de cierta cancillería, donde fué cobrando tan larga opinion que con el tiempo pudo legarnos algo mas de lo que tenemos. No fué, con todo, neglijente en nuestra educacion i crianza. Eramos otro i yo. Por la mala salud de mi hermano quedé condenado al remo de los libros, que entónces me parecia su ocupacion no menor trabajo. Envidioso de las atenciones que mi padre prestaba a su otro hijo i hallándome ya de diez i siete años, salí de mi casa i tierra, deseoso de pasar a Italia, proponiendo en presencia de los autores de mis dias no volver a España miéntras viviesen; palabra que cumplí despues. Me embarqué en Barcelona en una de diez i seis galeras que iban a Car-

3 Ticknor, *Literatura española*, t. III, páj. 285.

Cartajena. Tomé tierra en Jénova, pasé a Milan, donde me hallé en los principios como en alta mar bajel sin gobernalle. Continué mis estudios en Bolonia i mui luego me gradué, pues llevaba al salir de mi tierra natal apretados cursos de Universidad. A los diez i ocho años, conseguí del gobernador de Milan, que lo era el condestable, me permitiese entrar en el número de los pretendientes a oficio i por mis importunidades obtuve ser despachado en plaza de auditor de un cuerpo de tropas que debia operar en Piamonte contra Francia. Disuelto el ejército, volví a Milan con nombre de haber servido bien. En ese tiempo perdí a mi hermano, despues a mi madre i por último a mi padre; i lo que no pudieron sus amorosas cartas, lo hizo el amor de la patria, haciendo que volviese a Valladolid. Aquí, en lugar de herencia, hallé deudas i mas deudas, todo necesidad, todo miseria i todo penuria. Tuve, pues, de nuevo que salir para esos mundos i una tormenta que nos sorprendió en el golfo de Leon por poco no da fin al hilo de mi vida. En Cuellar un hombre con el cual tuve una pendencia, por vengarse de los mojicones que le di, me acusó de homicida i largos dias de prision se siguieron. De nuevo regresé a Valladolid. Me aconteció aquí un lance que involuntariamente me recuerda en cuantos peligros me han puesto los ardores de mi juventud, mis ímpetus arrebatados, mi corta prudencia. Yo que entónces profesaba ser el mas borrascoso i pendenciero de la tierra, tanto me acaloré en una disputa con un letrado que el medio mas espedito que encontré de terminarla fué despacharlo de una puñalada. Con este motivo recorrí Ubeda, Jaen, Granada. Aquí me enamoré perdidamente de una dama noble i rica, hija única mui disputada de pretendientes, i a pesar de mi humilde condicion, supe hacerme corresponder. Su muerte inesperada causó en mí tal sentimiento que de nuevo me vi a la puerta de la muerte; porque debo confesar que soi de aquellos a quien con mas facilidad prende amor en sus redes, flaco estremamente, sin consideracion, sin resistencia. En otra ocasion quise casarme, con quien de buena gana me otorgaba su mano, mas la madre, alabando mis letras, mi capacidad, llegando a decir «no tiene», enmudecia. Mas tarde cuando

obtuve su consentimiento rehusé, porque no habia ya para qué. De Granada pasé a Sevilla, i en Santa María trabé verdadera amistad con Luis Carrillo. Pasé a Madrid, tomé la pluma, escribí algunos borrones a quien doctos honraron por su mucha cortesía. Soi pobre i a mas soberbio i con la duda que domina mi corazon, miro las cosas de dia como si fuera de noche, cuando solo se divisan los bultos; temo acercarme por no descubrir objetos de disgusto, i con mi carácter egoista me ahorro impertinencias i enfados. Para mayor admiracion debeis saber que de siete libros que he publicado[3] dirijí los tres a quien estando en la Corte no vi los rostros[4]. Fuíme deteniendo pues en la Corte algunos años, parte contrastando a la ociosidad con la pluma, parte apoderándose sin contraste el ocio de sentidos i potencias. Aburrido de esta vida, me embarqué segunda vez para Italia desde Barcelona; me des-

3 Nicolas Antonio en su obra *Bibliotheca Hispana nova*, páj. 192, trae el siguiente catálogo de las obras de Suarez de Figueroa: *Espejo de Juventud*; la *Constante Amarilis*, Valencia, 1609, 8.° («Hai otra edicion de 1614 con traduccion francesa, pero la mejor de todas es la de Madrid, 1781, 8.°» Ticknor, 3.°, 285). *España defendida*, verso heróico, Madrid, 1612, 8.°; *Hechos de don García*, Madrid, 161?, 4.° Ternaux Compans apunta otra edicion de esta obra hecha en Madrid en 1616, 4.°; *Historia i anual relacion de las cosas que hicieron los padres de la Compañía por el Oriente en la propagacion del Evanjelio, en* 1607 i 1608, Madrid, 1617, 4.°; *El Pasajero, advertencias utilísimas a la vida humana*, Madrid, 1617, 4.°, Barcelona, 1618, 8.°; *Varias noticias importantes a la humana consideracion. Ibid*, 1621, 4.°; *Obras espirituales de la madre Baptista de Jénova*, primer tomo que tradujo del italiano; *Plaza universal de todas ciencias i artes*, traducida de id. de Tomás Garzoni de Bagnacabello, 1615, 4.° *El Pastor Fido*, Valencia, 1609, 8.°, *Nápoles*, 1602. Este catálogo de Nicolas Antonio es incompleto, como dice Ticknor, porque el mismo Figueroa aseguraba en 1617 que hasta esa fecha llevaba ya publicados siete libros, i Antonio solo trae seis. Ademas, un amigo del doctor en el prólogo de los *Hechos del marqués de Cañete*, declara que en los diez años anteriores que precedieron a la publicacion de esta obra llevaba escritas otras ocho.

Barrera i Leirado en su *Catálogo del antiguo teatro español*, (reimp. en fol. con muchas adiciones en 1737) páj. 379, añade a esta lista, lo siguiente: *Olvidos de príncipes. Pusilipo, ratos de conservacion. La Aurora i residencia de talentos*. Dice ademas: «En el poema heróico titulado *España defendida*, insertó una lista de sus obras publicadas hasta 1612. *Acaso el epígrafe de esta lista fué adulterado* en su impresion, agregando la palabra «publicadas», dado que no se conoce edicion del *Pasajero* anterior a la de Madrid de 1617 i que en esta misma obra dice el autor que habia publicado siete libros, cuando se citan catorce en el catálogo referido».

4 Los *Hechos de don García*, los dedicó al duque de Lerma; i el libro fué tasado por Jerónimo Nuñez de Leon, escribano de cámara de su majestad, a tres maravedíes cada pliego, i constaba mas o ménos de cuarenta i tres pliegos i medio.

terraba de mi patria sin ocasion, si ya no lo era bastante haber nacido en ella con alguna calidad i penuria de bienes, i con título de doctor. Esta vez no tuve el mismo sentimiento al abandonar el patrio suelo, donde se alimentó la infancia, se pasó la puericia i la juventud recibió ejercicio i educacion, como la vez primera, pensando que al valeroso puede servir toda parte de patria i habitacion».

Hasta aquí hemos procurado, estractando lo que Suarez de Figueroa ha dado como personal en el *Pasajero*, que él mismo refiriese su historia, creyendo que así, conservando sus palabras, en lo posible, se diseñara mas facilmente un personaje que escribe bien i que demuestra injenuidad en sus confesiones.

«Por el año de 1617, dice don Luis Fernandez Guerra, en su hermoso libro sobre el mejor de los poetas mejicanos, en que empezó Alarcon a dar mayor número de comedias al teatro, un hombre maldiciente, de otra índole que Villamediana i Góngora, traia revuelta la Corte; i con él tuvo que habérselas el mejicano. Era doctor por Salamanca, hombre de entendimiento i de laboriosidad incansable, pero que no perdonaba ni a los vivos i a los difuntos. Al reves de Cervantes, que no queria que salieran a luz las culpas de los muertos, él hasta les formaba capítulos de culpas con las mas altas i jenerosas acciones. Buen poeta, insigne traductor de *El Pastor Fido*, traji-comedia pastoral del Guarini, i émulo de Montemayor, oponiendo a su *Diana*, *La constante Amarilis*....... Habia nacido en Madrid, i se firmaba Dr. Cristóbal Suarez de Figueroa.

«Su pluma corre con desenfado i belleza, pero destilando hiel en el trecho que ménos puede esperarse. Quevedo, superior en la profundidad i alcance, no tiene frases mucho mas felices i atrevidas que Figueroa para pintar el gobierno de los malos e ignorantes, a los ambiciosos i serviles, a escolares i académicos, a los ociosos i lindos galancetes de capa i espada. Pero, sin aguardar a que se metieran con él, daba de improviso un botonazo a Jáuregui, a Pedro de Espinosa, Góngora, Quevedo, el anacreóntico Villegas, a Lope i a todo escritor famoso; i no viviendo el envi-

diado, complacíase en morderle, pagando con fiera ingratitud la deuda de constantes alabanzas. Al año de muerto el autor del *Quijote*, se goza en maldecir de que, habiéndole sucedido naufrajios en el discurso de su vida, los hubiera entregado a la fama en sus novelas. I sin piedad, quizá sin razon, i sobre todo sin orijinalidad (repitiendo lo que de sí mismo dijo Cervantes en su *Viaje del Parnaso*), le llama autor de sus propios i grandes infortunios; i se arroja a sentenciar que al haberlos tomado por argumento o episodios de sus obras, solo podia servir de manifestar al mundo su imprudencia, firmando de su mano sus mocedades, escándalos i desconciertos. Táchale el título de *ejemplares* puesto a las *Novelas*; llama abultado i hueco el de *El injenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*; critícale porque hizo versos en la vejez para certámenes literarios; i búrlase de la publicacion de las ocho comedias, i aguarda que se presenten en el valle de Josafat, donde no ha de faltar auditorio. En fin, envidiando aquel pincel maravilloso, a que otro ninguno iguala, sueña que le desluce el maldiciente de Figueroa con escupir sobre la sepultura de Cervantes estas venenosas palabras: «No falta quien ha estudiado procesos suyos, dando a su corta calidad maravillosos realces, i a su imajinada discrecion inauditas alabanzas; que, como estaba el paño en su poder, con facilidad podia aplicar la tijera por donde la guiaba el gusto. Error es de hombres; i perseverar en los yerros de demonios. No sé qué tiene la pluma de aduladora, de hechicera, que encanta i liga los sentidos luego que se comienza a ejercitar. Arráigase este afecto en el alma: un librico tras otro, i sea lo que fuere. *Anda toda la vida el autor en éstasis, roto, deslucido, i en todo olvidado de sí.* Si es imajinativo i agudo en demasía, pónese a peligro de apurar el seso, *concetuando como le perdieron algunos que aún viven.* Si es algo material, bruma a todos, abofeteando i ofendiendo con impertinencias el blanco rostro de mucho papel. Dura en no pocos esta flaqueza hasta la muerte, *haciendo prólogos i dedicatorias al punto de espirar.* Dios os libre de tan gran desdicha. Dad paz a vuestros pensamientos. Seguid recreo mas ter-

restre i ménos espiritual; que así pasareis mejor la vida, i así poseereis mas dinero».

«¡Con que, en 1617, i muerto Cervantes, aún vivia el modelo que le sirvió para trazar la figura de don Quijote! ¡Con que en sus obras el Apeles de la naturaleza vino a describir su propia vida i sucesos, dándoles maravillosos realces! ¡Con que era verdad el éstasis en que Cervantes pasaba la vida, como aquellos poetas que diseñó en el *Viaje del Parnaso*! ¡Conque roto i deslucido en su traje, i morando en los espacios imajinarios, se atrajo el despego de los demas i el olvido i pobreza! Figueroa estaba por lo positivo:

Ouro et prata; que esta vida
Nao sustentao papeis, nao.

«Así al muerto Cervantes le pagaba el afectuoso recuerdo del *Quijote* i éste del *Viaje del Parnaso*:

Figueroa es estotro, el Dotorado,
Que cantó de *Amarili la constancia*
En dulce prosa i verso regalado.

«Es de esperar que los cervantistas, que tanto discurren buscando el orijinal de don Quijote, redoblen sus pesquisas, enardecidos por el testimonio de Figueroa, en que no creo se haya reparado hasta ahora.

«Si la muerte i elojios no escudaron a Cervantes contra el mordaz vallisolitano, ¿cómo podia escapar Alarcon de la lengua del maldiciente? Un licenciado que en el hábito de su profesion presume de atildado i limpio, vistiendo bien cortada sotanilla, capa de gorgoran de Nápoles, siempre lustroso, crujidor i casi por estrenar, sin ser ménos lucido en el restante ornato de zapato, medias i ligas, cuello, sombrero i guantes, un advenedizo, que tiene osadía para pretender graves oficios, i se imajina con dicha para alcanzarlos, i ánimo para ejercerlos i gobernar el mundo; en fin, un contrahecho, descolorido i flaco, de frente ancha i despejada, melancólicos ojos, chupado de mejillas i punteagudo de barbas, que hace con su injenio olvidar a las hermosas mujeres lo ridículo de su jiva, era para desatinar a Figueroa.

«En el libro de *El Pasajero, advertencias utilísimas a la vida humana,* esparció muchas de las pullas con que quiso mortificar el amor propio de Alarcon, i a que este respondió en el teatro. Figueroa desafiaba en tan singulares discursos a las mismas personas de quien maldecia, advirtiéndoles tener «ánimo de inmortalizar a alguno destos inhábiles, destos ignorantes (¡digo quienes eran: Lope, Góngora, Alarcon, Cervantes, Quevedo!) destos engreidos»; i excitábalos a publicar los brutos partos de su capacidad i que despues hablen. «Mas en tanto echen de ver que no me escondo tratando dellos, sino que hablo de modo que de cualquiera pueda ser entendido». Alarcon no se hizo de rogar, e introduciendo en la escena a un criado con nombre de Figueroa, respondió victoriosamente a todas las malicias....

..... «Llegar a Madrid el mejicano, i tropezar su triste figura en la envenenada lengua del atrabiliario Figueroa, fué un punto mismo. Tomó por su cuenta el Doctor al Licenciado; i no pudiéndose ya contener éste, hizo decir al estudiante Zamudio, en *La Cueva de Salamanca*:

Don Diego.—¡Que la Corte sufra tal!

Zamudio.—Pues esto ¿es mucho? Un letrado
Hai en ella, tan notado
Por tratante en decir mal,
Que en lugar de los recelos
Que dan las murmuraciones,
Sirven ya de informaciones
En abono sus libelos;
I su enemiga fortuna
Tanto su mal solicita,
Que, por mas honras que quita,
Jamas le queda ninguna[5].

Ni paró aquí el desquite que el poeta de América se creyera autorizado para tomar de las pullas con que el bueno del Doctor trataba de zaherirlo de su libro de *El Pasajero,* pues, en una de sus mas lindas comedias de costumbres i de carácter, que se titula *Mudarse por mejorarse,* hai un diálogo del tenor siguiente; en la escena segunda del último acto:

5 *D. Juan Ruiz de Alarcon i Mendoza,* páj. 247 i sigts.

Mencía.—Si Figueroa porfía
Que lleva puesta la proa
En eso......
Leonor.— ¿De Figueroa
Haces tú caso, Mencía?
Mencía.—Hace libros.
Leonor.— El papel
Echa a mal.
Mencía.— Pues, por mil modos,
Dice en ellos mal de todos.
Leonor.—I todos, dellos i dél.

Las noticias posteriores que de él encontramos, aparecen consignadas en una representacion hecha al rei a su nombre por Luis de Prada, que se rejistra al frente de la primera edicion de la obra que escribió sobre Chile, i de la cual consta que solicitaba un entretenimiento en los estados españoles, «atendiendo a que hacia diez i seis años que servia en cargos de administracion de justicia, en el de abogado fiscal de la provincia de Martesana i contraventor de Blados; que asimismo fué juez de la ciudad de Teraneo en el reino de Nápoles, i comisario del Colateral, donde hizo mui particulares servicios contra delincuentes i forajidos».

Cuando se publicó la eleccion del duque de Alba para el vireinato de Nápoles, Suarez de Figueroa se hallaba en Madrid, «quieto i en corta esfera». «La necesidad de cosas, i sobre todo, el deseo que siempre tuve de servirle perturbó aquel sosiego, ya en mí como natural para salir de Madrid». En llegando allá le dieron el puesto de auditor, i como la justicia andaba por el suelo, los malhechores amparados i protejidos por los nobles, quiso hacer que cambiase tal situacion, i sin mas respeto que la lei comenzó a aplicarla estrictamente.

A los clérigos revoltosos i de mala opinion que pululaban, quitóles las armas en que abundaban siempre, remitiéndolos despues a sus prelados, i allí donde en cuatro años no se habia visto una ejecucion, en seis meses se enviaron cien hombres a galeras, se ahorcaron cinco i condenaron a muerte otros. Como no ignoraba que este proceder debia acarrearle odios, por mas que habia cuidado de advertir al duque que no se dejase predisponer, no tardó en verse separado de su puesto. Pidió que se le

manifestaran sus yerros para justificarse o que siquiera se le permitiese hacer su renuncia, «todo con palabras de tanta fuerza, i sumisiones tan dignas de piedad i consideracion que movieran las piedras», pero todo fué en balde. A fin de obtener mejor lo que solicitaba, dirijióse con eminente riesgo de su vida a la residencia del duque, queriendo la casualidad que por el camino topase con el sucesor que le destinaban. Perdida ya toda esperanza, siguió sin embargo su viaje, i como el secretario lo recibiese con frialdad, convenciéndose de que no seria oido, renunció a justificarse. «Me rendí, esclama, del todo a la desesperacion i solo traté de irme a España en la primera embarcacion».

Lo cierto del caso era que la conducta de Suarez de Figueroa estaba distante de merecer semejante recompensa, i que en realidad, las influencias que de un principio recelaba eran las que ocasionaban su desgracia. El presidente del Consejo, que a la llegada del nuevo auditor hacia seis meses que estaba en cama i que queria a toda costa pasar por hombre rijido, comenzó a mirar con envidia el enérjico proceder de Suarez de Figueroa, que le habia hecho ya acreedor al título de justiciero. Concertóse con el gobernador de la ciudad, hombre débil, i con el fiscal que no era poco susceptible, i delataron al recien llegado como que se jactaba de vender los favores de la Corte i que con su compañero de tribunal hacian lo que se les antojaba.

Cuando de esto se hablaba, el doctor decia: «lo cierto es merezco yo mas estrecha tribulacion, i por lo ménos quedo en no poco deber a los autores por haberme hecho esperto en arte en que confieso era ignorantísimo;.... mas, contra flecha tan veloz i al improviso tan penetrante, qué remedio sino el de Dios[6]?

Nada se sabe de su muerte. Los traductores de la *Historia de la Literatura Española* de Ticknor la fijan en 1616; Barrera i Leirado dice que aún vivia por el año de 1621, lo que se confirma con solo rejistrar la fecha de la publicacion de algunas de

6 *Carta autógrafa* de Suarez de Figueroa consultada por don Diego Barros Arana en la Biblioteca Nacional de Madrid, fecha 22 de agosto de 1624.

sus obras, i el señor Barros Arana deduce de la carta autógrafa que hemos citado, de la cual aparece que en ese entónces llevaba veinte i siete años de buenos servicios, que nuestro escritor nació en 1578.

De las obras del literato e historiador podemos deducir todavía otras consideraciones sobre su carácter e inclinaciones. Suarez de Figueroa tenia sus gustos, sus antipatías i sus contradicciones. Era mui grato para él, por ejemplo, asistir a las iglesias para oir sermones, i así dice en el *Pasajero*: «certifico que nó se halla cosa en que de mejor gana gaste el tiempo que en sermones, por tener la accion i voz mui grande eficacia para regalar los oidos i mover los corazones».

En cambio, profesaba una aversion decidida a todo lo que se referia a la América, despreciaba a sus hombres, sostenia que nunca habia producido nada de grande, i hasta aborrecia su nombre.

Suarez de Figueroa era un poeta, i poeta del cual Cervantes habia dicho:

Figueroa es estotro el Dotorado,
Que cantó de Amarili la constancia
En dulce prosa i verso regalado [7];

i, sin embargo, el divino arte era a su juicio causa de grandes daños, ocupacion propia solo de jente que no halla otra cosa en que gastar su tiempo, i el causante de «la desautorizacion suma de sus profesores que se juzgan incapaces de otro ministerio por divertidos demasiados en aquél».

Era ademas un hombre al cual sus ocupaciones i aventuras habian dejado, sin embargo, el tiempo suficiente para pensar a cerca de las cosas humanas i que, a una intelijencia clara, unia una instruccion nada vulgar. Se manifiesta conocedor de la historia, de la poesía i del drama, de la de la Europa de su tiempo, de los preceptos para la composicion de una obra literaria, i de los de la oratoria sagrada, i aún no desconoce la medicina. Sus libros

7 *Viaje al Parnaso*, páj. 34, 1784.

están sembrados de reflexiones filosóficas i morales que revelan en ocasiones un corazon noble, humanitario i desinteresado.

Es un hecho curioso i mui digno de notarse en la historia literaria de Chile que el olvido o apreciaciones de dos poetas hayan dado oríjen tambien a dos libros idénticos por sus propósitos. Era el tiempo en que publicada la *Dragontea* de Lope de Vega, destinada a recordar las hazañas de los españoles i la derrota del famoso pirata inglés Sir Francis Drake, alcanzaba una gran boga, mirándose como la espresion exacta de la verdad la série de inauditos erróres en que habia incurrido el célebre poeta madrileño. El héroe cantado en ese poema con el título de capitan jeneral, era don Diego Suarez de Amaya, el que, por lo ménos, habia compartido por mitad las glorias de la jornada con don Alonso de Sotomayor. Francisco Caro de Torres, que habia tomado una parte activa en los sucesos referidos, quiso reivindicar para don Alonso la gloria que le correspondia esclusivamente, despojando al personaje ideado por Lope de las alas postizas con que se pretendia encumbrarlo: hé aquí el motivo especial de la publicacion de su libro *Relacion de los servicios de don Alonso de Sotomayor*.

Si hai dos nombres que el historiador debà unir con el vínculo indisoluble de los juicios de la posteridad, son, a no dudarlo, los de Sotomayor i Caro de Torres. Las inclinaciones mutuas, la carrera que siguieron, la amistad que se profesaban, los mismos acontecimientos en los cuales figuraron juntos, i por último, sus relaciones de àctor i de biógrafo son lazos que debemos respetar. Desde que se conocieron, formaron una comunidad que jamas se desmintió i que siempre los mantuvo unidos, i así desde esta época la historia de Sotomayor o de Caro de Torres ha de ser precisamente una misma.

Caro de Torres habia nacido en Sevilla en los primeros años de la segunda mitad del siglo XVI. Hizo sus estudios de humanidades en su ciudad natal, pasando en seguida a incorporarse a las aulas de la entónces famosa Universidad de Salamanca. Des-

pues de una pendencia que ahí tuvo con otros estudiantes por una cuestion de honra nacional, «como si no hubiéramos sido cristianos i amigos» como él dice, se vió obligado, a lo que parece, a abandonar su patria, cambiando juntamente su humilde traje de la escuela por el vistoso del militar, i el hermoso cielo de su país por otro mas bello todavía; de España pasó a Italia en las galeras de don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. Iniciada ya su carrera de aventurero, la única que entónces quedaba al estudiante sin hogar, pero que con el prestijio de la juventud veia los campos de batalla abiertos a su ambicion i a su fama, se embarcó para las islas Azores, a las órdenes del mismo jefe. La gloria que cupo a la espedicion en que iba no fué escasa, pues el marqués de Santa Cruz derrotó completamente (en 1583), a don Antonio, prior de Crato, que bajo los auspicios de Enrique III de Francia pretendia reivindicar de Felipe II los derechos a la monarquía portuguesa arrebatados a don Sebastian. Caro de Torres, mucho mas tarde, i cuando la época de su vida militar se desvanecia ya de entre sus recuerdos de jóven, no olvidaba aún que él tambien habia sabido ser valiente soldado en esta ocasion.

Despues de la accion de las Terceras, piérdese su huella, i otro tanto sucede despues de su enrolamiento en el ejército que iba a combatir a los flamencos que luchaban por su independencia. En 1585 se encontraba en Sevilla. Don Fernando de Torres, conde del Villar, cargaba su última nave para partir al Perú con sus equipos de virei. ¡Bella oportunidad la que se ofrecia al hidalgo pobre que esperaba rápida fortuna; preciosa ocasion para lucir el soldado su valor i talento de guerrero! Caro de Torres no esquivó la aventura, i se dió a la vela para las lejanas tierras de las Indias, que solo de nombre conocia i en las cuales tantas novedades i tan grandes cambios le aguardaban.

Durante la navegacion supo captarse las simpatías del virei que sospechó en él bajo el pobre equipaje del emigrado un hombre de una intelijencia no comun i de no escasos conocimientos. «Por darle gusto, dice Caro de Torres, leimos las historias que

en nuestra lengua estaban escritas así de las guerras de Italia i Flandes. Leí muchas cosas de las que en mi presencia sucedieron mui diferente de lo que habia visto, oido i observado».

Desde el treinta de noviembre de 1586 en que llegó a Lima, comenzó a ocuparse en el servicio militar, sin que tales obligaciones le impidiesen dedicarse al estudio de la historia del reino que acababa de pisar; i aunque no pudo continuar esas tareas por largo tiempo, demostró, al ménos, mas tarde, que sus horas de trabajo no habian sido perdidas. Al año siguiente, en efecto, emprendió a las órdenes del hijo del virei, Jerónimo de Portugal, una corta espedicion contra los corsarios ingleses que surcaban el Pacífico, i algunos meses mas tarde, cuando arribaron los emisarios del gobernador Alonso de Sotomayor en busca de refuerzos, Caro de Torres partió del Callao al teatro de la guerra, en calidad de cabo o segundo jefe de una de las dos compañías de ciento cincuenta hombres que el virei enviaba a nuestras tierras al mando de Luis de Carvajal i Fernando de Córdoba.

Inmediatamente de llegar estas fuerzas entraron en campaña. Fué entónces cuando Sotomayor conoció a Caro de Torres, i desde ese momento se ligaron por una amistad sincera i merecida, que solo tuvo un término en el dintel del sepulcro.

Es mas que probable que en este mismo tiempo Caro de Torres colgase su espada i que se ciñese el hábito de S. Agustin. Sus inclinaciones militares no se estinguieron, sin embargo, con el grado que dejaba, pues mas tarde dió pruebas de que tras la humilde cogulla del fraile respiraba todavía la arrogancia del soldado. ¿Cuál fué el motivo de este cambio? ¿El sentirse fatigado de una vida errante, el amor a la soledad i al silencio? ¿El deseo de servir mejor a Dios, buscando la tranquilidad de su conciencia? ¿Quizá algun desengaño? ¡Quién sabe!

Los esfuerzos de don Alonso se vieron coronados del mejor éxito. La flotilla inglesa tuvo que retirarse despues de una derrota, dejando en las aguas del istmo el cadáver del temido cuanto celebrado almirante inglés. Este suceso, feliz mas que ninguno para los españoles, motivó la ida a España de Caro de Torres

En la Corte fué introducido a la presencia del rei, ya para espirar, (de cuya entrevista nos ha conservado la relacion) i por la buena cuenta que dió del suceso i por ser el portador de tan dichosa noticia, se vió en una situacion que lo autorizaba a solicitar para sí una prevenda rentada en América i algun título o empleo para el gobernador de Panamá. Fué en esa época cuando para satisfacer la curiosidad jeneral i celebrar un acontecimiento que Lope de Vega cantó en sus versos, dió a la estampa la relacion del hecho que habia motivado su viaje. Sus solicitudes salieron, sin embargo, fallidas por lo que a él tocaba, mas no así para su amigo, para el cual obtuvo el nombramiento en propiedad de gobernador i capitan jeneral i presidente de la Real Audiencia de Panamá, i la merced de la encomienda de Villamayor en la Orden de Santiago.

En ese mismo año llegó a la Corte don Alonso, i en sabiendo el destino que se le habia conferido, dió pronto la vuelta a Panamá en compañía de Caro de Torres. Sotomayor dirijió desde luego sus esfuerzos a la construccion de fuertes que protejiesen las costas de su mando; pero habiendose suscitado con este motivo ciertas dificultades con los injenieros sobre la colocacion de las fortalezas, encomendó de nuevo a Caro de Torres que pasase a España a fin de que con los planos a la vista se resolviese el lugar definitivo en que debian quedar asentadas. Caro de Torres fué tambien feliz esta vez en su embajada, obteniendo de los injenieros peninsulares que diesen la razon a su mandante, a cuyo lado regresó pronto para llevarle la noticia.

Caro de Torres se encargó tambien mas tarde de dar cuenta minuciosa de los trabajos del gobernador. Era precisamente la época en que don Alonso de Sotomayor fué reelejido gobernador de Chile despues de las desgracias ocurridas a Oñez de Loyola; mas, como contase cincuenta i ocho años de edad gastados en su mayor parte en guerras i afanes del servicio, quiso buscar ántes de morir el descanso que hasta entónces nunca habia encontrado. Dió, pues, la vuelta a España, i con él su inseparable Caro de Torres. Sotomayor se ocupó todavía en la espulsion de los moris-

cos de Toledo, en 1609, siendo este el único servicio que prestó a su rei, ya que falleció el año siguiente a los sesenta i seis de su edad.

Hé aquí, como decíamos, la historia de dos hombres que se comprendieron i se amaron; sus destinos permanecieron siempre unidos; miéntras i siempre que se hable de Sotomayor, será forzoso recordar a Caro de Torres. El aprecio que se profesaron en vida no terminó con ella. Don Alonso al morir recomendó aún a Caro de Torres el cuidado de velar por su familia, especialmente por su hijo mayor, i de dar cumplimiento a sus últimas voluntades. Caro de Torres demostró que sabia corresponder a la mision que se le confiaba, i la historia misma del libro que nos ocupa, es una prueba mas de que la muerte no habia borrado de su memoria el recuerdo del amigo.

En posesion de los documentos del gobernador de Chile i de algunos del Consejo de Indias, Caro de Torres trabajó constantemente en su obra. Cuando en 1618 tuvo concluida su historia de los sucesos de Panamá i el permiso para imprimirla, retardó aún su publicacion hasta no dar a conocer perfectamente a su héroe refiriendo las hazañas anteriores de don Alonso. En 1620 entregó, por fin, a las prensas de Madrid un tomo en 4.° de ochenta i tres fojas, sin las dedicatorias i aprobaciones, que lleva por título: *Relacion de los servicios que hizo a Su Majestad del rei don Felipe Segundo y Tercero, don Alonso de Sotomayor, del Consejo de Guerra de Castilla, de los estados de Flandes i en las provincias de Chile, en Tierra Firme, donde fué capitan jeneral, etc., dirijido al rei don Felipe III nuestro señor, por el licenciado Francisco Caro de Torres.*

Esta no es, sin embargo, la única i la principal obra de nuestro autor: al modesto en 4.° de la *Relacion* siguió un inponente infolio, publicado en Madrid en 1629, con el título de *Historia de las Ordenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, desde su fundacion hasta el rei don Felipe Segundo, administrador perpétuo de ellas.* Como no entra en nuestro plan la apreciacion de este trabajo del historiador i biógrafo, nos limitaremos a trascribir

aquí lo que el señor Barros Arana dice de él en su *Introduccion a la relacion de los servicios*, etc: «No es esta sin duda la obra capital de Caro de Torres; pero su mérito no está en el arte ni en los atractivos del estilo, porque en esta parte su libro no se eleva del rango de los historiadores españoles mas vulgares de su siglo, si bien no se abaja hasta afiliarlo con los peores de un tiempo en que los hubo de tan mala calidad. La importancia de la obra está en las noticias que contiene, amontonadas con bastante confusion en cada una de sus pájinas».

En esta época Caro de Torres debia ya aproximarse a los setenta años; despues nada se sabe de él, i si no fuera por las obras que dejó, dormiria su historia confundida, como la de tantos otros, con el polvo del cementerio que recibió sus despojos.

En la *Relacion de los servicios de don Alonso de Sotomayor* pueden distinguirse de una simple ojeada tres partes mui diversas que corresponden a otras tantas épocas de la vida del personaje. La primera, desde el nacimiento de don Alonso hasta su nombramiento de gobernador de Chile, comprendiendo especialmente sus campañas, sus servicios i sus embajadas durante la guerra de Flandes; la segunda, su gobierno en Chile; i, por último, el tiempo en que estuvo de capitan jeneral en Panamá, con inclusion de su última residencia en España. En la composicion de su libro se nota la falta de un método cualquiera, pues se trata únicamente de una série de acontecimientos que no tienen enlace moral ninguno i que el autor presenta sin otra ligadura que la de las conjunciones; i hai ademas interminables períodos de pájinas enteras, que ni aún puntuacion tienen i que hacen su lectura sumamente pesada. Tan falto de discernimiento literario se ha mostrado Caro de Torres que no ha tenido escrúpulo alguno en insertar en el cuerpo de su obra una multitud de documentos que absorben mas de la mitad de toda ella. Hai ocasiones en que abandona del todo el hilo de su narracion para engolfarse en digresiones que a nada conducen, i que, si bien es cierto que esto sucede pocas veces, la estension del libro no admitia recortes que el autor debió desde luego reparar, sin permitir que afeasen su obra.

Razon demas tenia, pues, Caro de Torres, al asentar en una de sus pájinas que su relacion «va desnuda de colores retóricos», por que en realidad su modo de espresarse no es un estilo, con su sonsonete, i con sus trasgresiones de las mas sencillas reglas gramaticales; su lenguaje es el martillo de una máquina que no se detiene por nada, yendo a cajas destempladas, sin armonía, difuso, incoherente.

Mas, siempre que Caro de Torres habla de sí lo hace en un tono que capta todas las simpatías, lisa i llanamente, sin pedantería i sin alabanzas, i sin hacerse un mérito de la participacion que pueda corresponderle en un buen suceso: es como siempre el amigo que sacrifica su personalidad al héroe que quiere ensalzar. Léjos de dejarse arrastrar a declamaciones sobre los indios que combatió, o sobre el inglés a quien por lo ménos pudo calificar de hereje en su época, se muestra inparcial i justiciero, demostrando así que por esta parte no careció de dotes para escribir la historia. Es casualmente bajo este punto de vista como podemos apreciar su libro i donde está su interes, porque como se espresa el señor Barros Arana en su citada *Introduccion*, «aparte de las noticias biográficas de uno de los mas famosos capitanes españoles que hayan venido a este país, i de los documentos que acompañan al texto, i en los cuales se revela la gran importancia de aquel personaje, hai allí noticias sumarias i concisas pero bastante importantes».

La larga duracion de la guerra araucana, que tanto dinero costaba a las arcas reales, tanto desvelos a los gobernadores chilenos, i sobre todo, tanta sangre i tanta miseria a la nacion, habia despertado en alto grado la atencion de los mismos mandatarios, de la jente pensadora i de los hombres de corazon humanitario. Cada cual se forjaba un plan mas o ménos ideal, i se emitian opiniones que habia empeño en poner en planta a toda costa. Entre aquellos que lograron ver siquiera en parte realizadas sus teorías, se contaba el padre Luis de Valdivia; i en la época en que vamos a entrar era casualmente cuando podian apreciarse los

efectos de su sistema de la guerra defensiva. Santiago de Tesillo llegaba en ese momento a Chile: a poco su alma se impresionó violentamente con el conocimiento que tuvo de la jente a la cual se pretendia aplicar i con los resultados obtenidos, i desde entónces se propuso consignar en un libro sus ideas sobre la prolongacion de la guerra. Gobernaba casualmente a Chile don Francisco Lazo de la Vega, hombre batallador, soldado de los tercios de Flandes, i que contaba con todas las simpatías del futuro escritor. Tesillo, al punto, por gratitud i por la coincidencia del buen modelo que se le presentaba i que era como la encarnacion de su sistema, se apoderó de su figura i se propuso «formar un bosquejo de virtud militar debajo de sus lineamientos».

He aquí, pues, los dos puntos de partida del autor sobre los cuales habia de rodar su relacion: descrédito de la guerra defensiva, i la conviccion de que el rigor era su remedio, i sobre estas bases cirniéndose sobre ellas, dominándolas con las alas que le prestaba su entusiasmo i admiracion al representante de este sistema, don Francisco Lazo de la Vega. Fiel a sus propósitos, nos manifiesta que el ocio en que durante aquel tiempo permanecieran las armas españolas, habia llegado a disminuirlas i a enflaquecerlas; que ya no eran los hombres resueltos de ántes, aquellos a quienes no asustaban los peligros, que intrépidos vadeaban los correntosos rios, se internaban en las espesas selvas, sin dejarse arredrar jamas por el número, i confiados solo de su valor i buena estrella. El descanso habia disminuido su ardor militar, al paso que los contrarios habian tenido tiempo de fortificarse en sus ánimos i de crear mayores brios para emprender de nuevo la lucha, olvidados de sus pasados reveses i sedientos de venganza i esterminio. La suavidad de aquella guerra no podia merecer el título de tal: su nombre propio era paz. Por lo demas, ¿quiénes eran esos a quiénes se pretendia reducir por el bien? Indios bárbaros «con leyes cautelosas que las tienen escritas i rubricadas en el papel de sus corazones i llenos de odio i de envidia, no discurren otra cosa que la traicion i el engaño»; su lei son sus vicios, su Dios la libertad; hijos de la mentira, válense de ella cuando

sus armas no florecen victoriosas, i prestos en toda ocasion a sellar con su sangre el amor a su país que llevan desde niño grabados en lo mas profundo de sus pechos. No es posible, pues, valerse de la mansedumbre: es esponerse a que tras la sedosa piel aparezca la encorvada garra; por eso, guerra a ellos, i que solo el valor halle cabida en el ánimo español.

Despues de esto seria de creer que Tesillo fuese alguna especie de vampiro, sediento de la sangre de sus enemigos; pero, ¡cosa singular! el mismo hombre que dominado por sus convicciones, i en la íntima persuasion del buen efecto de sus ideas de combate, no cesa de predicar el ataque, posee al mismo tiempo ideas mui diversas de los conquistadores de su época: así, hace votos porque jamas se llegue a terminar la guerra en batallas, que se decida mas bien por astucia, que las sorpresas i ardides sean la espada que desate la dificultad. Otras veces, su alma dolorida por las miserias que ve i conmovida por las desgracias de los hombres que habitan la tierra de Chile, lo hace prorrumpir en esclamaciones que dejan en trasparencia las ideas de su tiempo i su educacion española, confiando en Dios en que ha de llegar dia en que esos rebeldes, «hijos del veneno», lleguen a ser humildes. Pero esos mismos enemigos no le son indiferentes, i allá en su servidumbre, en medio de la crueldad i avaricia de sus compatriotas, los sigue todavía para indignarse contra los que, olvidados de su conciencia i de sus deberes de hombres, les daban un trato que su sola calidad de prisioneros debiera escluir. ¿Cómo es posible, dice, que la guerra se convierta en granjería, la milicia en contrato, que se encadene a los pobres indios a la servidumbre, que se abuse de ellos hasta hacerlos morir, que se les retenga por la fuerza, i que no sea en ellos libre el contrato como en los demas?»......

Tal es una de las causas de esa guerra interminable, i al señalarla no hai respeto humano que lo detenga: dominado por su obligacion al servicio del rei i al público bien de su reino, no teme manifestar cuánta indecencia halla en la conducta de sus compañeros; nos espone, asimismo, la falta de disciplina en el ejercito; las órdenes que emanadas de los superiores no reciben

cumplimiento; los indios amigos vacilantes en la fe prometida; los gobiernos que se suceden unos a otros sin que ninguno alcance a terminar lo emprendido; los abusos de los soldados, el escamoteo de que a su vez son víctimas en el pago de sus sueldos, i las rivalidades de los mismos jefes.

Veamos ahora cómo Tesillo pagaba su deuda de agradecido, los términos en que el subalterno se espresaba respecto del que fué su jefe, que le dió honores militares i cuya hechura fué. Esta declaracion del autor, que desde luego revela un espíritu sincero i un alma que no se olvida de los beneficios recibidos, pudiera predisponer en contra de su imparcialidad; pero por el estudio del libro i de los hechos no es talvez difícil convencerse de que Tesillo no necesitaba violentarse para ser verídico, describiendo a Lazo de la Vega, pues, donde se ve la mano del apolojista es precisamente en la esplicacion o disculpa de un proceder o de una accion que ya han sido fielmente manifestadas. El primer estreno del gobernador no le fué favorable: Tesillo no lo calla, pero agrega que este fracaso le sirvió de precaucion para lo futuro i le dió a conocer con qué enemigo se las habia; en resúmen, lo que aparentemente fué una desgracia, vino en realidad a constituir una buena suerte. Estos son los subterfujios inocentes a que el autor ocurre por defender a su héroe, prescindiendo, como lo espresa, de que la guerra es una cuestion de azar donde lo mas bien concebido, una circunstancia insignificante lo destruye, donde una derrota puede constituir una desgracia pero no un crímen. Hai mas todavía: a veces no teme recordar espresamente que el gobernador hizo mal, apartándose de los sanos consejos i adoptando su solo parecer, por lo cual los resultados no le fueron favorables; i en ocasiones, precisando todavía mas, dice: discutimos tal cosa, desechó mi parecer i siguió el suyo, i salió mal. Otro que no asentase la verdad no se espondria a estas comparaciones desfavorables al jefe i todas en honor del subalterno, cuya modestia, debemos tambien confesarlo, apénas le permite insinuar sus acciones.

Consecuente con el objeto de su obra, se apodera de su héroe

solo desde el punto que le es necesario para comenzar su cuadro; no se empeña por fatigarnos con la relacion de las hazañas de un personaje, anteriores a la época cuyo conocimiento nos importa, i fiel al precepto de Horacio, no quiere esponerse a que se diga que comienza a contar la guerra de Troya desde el huevo de Leda. En las pájinas de Tesillo, vemos al gobernador, cuyo nombramiento han designado misteriosas circunstancias, sus informaciones en España ántes de pasar a Chile, sus dilijencias en el Perú para reunir soldados, sus desvelos militares para organizar la defensa, su caballerosidad en el juicio de residencia de su antecesor, su celo relijioso, su prudencia i su valor: es una figura retratada con colores enérjicos, guiados por un pincel varonil. Todo es aquí grave, serio, nada de pulimiento, ningun retoque ni mas armonía que lo agreste del medio en que se ajitaba i lo violento de los recursos que se veia obligado a poner en práctica. Tesillo creia que el que gobierna tiene un ánjel particular que le asiste al acierto de sus resoluciones, i con tal teoría nada tiene de estraño que se complazca en volver sobre esa tela, objeto de todas sus admiraciones i de todos sus aplausos. Esa misma especie de veneracion, por un efecto singular de nuestra alma, consigue comunicarla a nosotros; si está penetrado de la nobleza i valentía de su jefe, seducidos ya sus lectores por la misma pasion i por lo amable del sentimiento que lo impulsa, dueño ya de los demas, los arrastra consigo, i todos aplauden i admiran. Pero sus palabras no son la adulacion, ni la bajeza del palaciego; ni su calidad de subalterno protejido le coloca la venda en los ojos para no ver i referir lo que halla reprochable: una imprudencia lo alarma i ocasiona una advertencia de su parte; un descuido, un consejo saludable para los que vengan en pos.

Tesillo tiene un motivo de predileccion para nosotros, sino por lo acabado de su trabajo o por las bellezas literarias que contiene, por lo bien que ha sabido espresar la hermosura i encantos de nuestra tierra. Molina mas tarde se complació en ponderar lo majestuoso de sus montañas, lo ameno de sus valles, la fertilidad de su suelo, lo dulce de su clima, i pudo decírsele que su pa-

sion era la del peregrino ausente, a quien su imajinacion exaltada con la distancia hacia hermosear i prestar colores a lo que probablemente era bárbaro, inculto, vulgar; ¿pero de dónde nacia en Tesillo este notabilísimo entusiasmo? Aquí hasta entónces el maestre de campo fué agasajado, aquí le sonrió la fortuna, i acaso el suelo que vió deslizarse los años de su juventud fué testigo de dulces relaciones, como lo habia sido tambien de sus proezas. Las chilenas son para él huríes de este paraiso terrenal, el céfiro i el austro los padres de nuestros ganados, i Chile, el mas hermoso i florido reino que tuviera el soberano de España en su dilatado imperio. Todo es aquí regalo i abundancia: las flores con sus pétalos de brillantes colores que guardan el rocío de las apacibles noches de verano; los árboles con sus frutos a los cuales un sol tibio presta delicado sabor; aguas que encierran en su seno peces deliciosos i abundantísimos, i cosechas que hacen rico al labrador en unas cuantas siembras. Aquí, todo es finezas: igualdad de sacrificios de los súbditos i del rei, aquéllos prestándose con entusiasmo a su servicio, sacrificando gustosos la hacienda i la vida en defensa de la fe i de la reputacion de sus armas, i el rei gastando su patrimonio en provecho de sus vasallos. I concluye en una parte de su libro con estas palabras, dictadas en un jeneroso arranque de entusiasmo i admiracion: «Oh! Chile, oh! provincia la mas agradable, sin duda, de toda la América, cuánto debes a tus dichas i cuánto deben tus hijos a mi afecto, poco a mi pluma, pues corre tan escasa en el encarecimiento de tantos méritos, etc!» Pero, como lo observa mui bien el mas ameno i fecundo de nuestros escritores, Tesillo viviendo en Chile, encontraba en las cumbres de los Andes la reproduccion fiel i engrandecida del agreste país de Santander, i de seguro que estas reminiscencias hablaban a su corazon. Mui bien pudo consolarse, como Eneas, recordando léjos de la destruida Troya las aguas de su rio en el pequeño Simois; pero lo que para Eneas era una ficcion que solo su imajinacion podia forjarse, para Tesillo debió ser un sueño en que todo lo veia majestuoso i hermoseado: el uno, desgraciado, peregrinando con su infortunio a cuestas, el

otro feliz i combatiendo a los enemigos de su país: he aquí la diferencia.

Al lado de estos tintes halagueños i encantadores, coloca Tesillo cuadros que ha compuesto con los colores mas sombríos de su paleta: cuando ha querido mostrarnos los combatientes españoles i araucanos, pintando solo la realidad, a pesar de lo conocido del tema, nos sorprende con las revelaciones que apunta. Sin duda que describiendo al indio, despojándolo del prestijio que los cánticos poéticos i los nobles sentimientos de libertad que lo caracterizan, i al español conquistador, audaz, emprendedor i admirable bajo este aspecto, no queda mas que miseria, sepulcros blanqueados que solo encierran hediondez i podredumbre. Ya hemos indicado que el proceder del indio en la guerra le hacia aconsejar la dureza para con él, i al manifestarnos su carácter i costumbres, tal vez no estamos distantes del desprecio por lo que es sucio i repugnante, visto no mui a la distancia, pues ahí tenemos borracheras, asesinatos, venganzas, traiciones, crueldades, ni un sentimiento humanitario, ni un trasunto de virtud: es un estado de barbarie en todo su apojeo. Pero si nos acercamos un poco a los invasores, acaso talvez quedaríamos complacidos, serán ellos el reverso de la medalla? Oh! no. Tesillo ha tenido bastante franqueza para exhibir a sus compatriotas despojados del prestijio de hombres civilizados i del oropel de sus brillantes armas; mirados cara a cara, la eleccion permanece incierta, sin saber cuáles valgan mas, los hombres de las ciudades o los hombres de los bosques i las ciénagas. Los compañeros de Lazo de la Vega son rapaces, lujuriosos, llenos de envidia i rivalidades, consumidos por la avaricia, negociadores de sus semejantes, sanguinarios a sangre fria, llenos de insubordinacion; i sobre todo, la penetracion del escritor no se ha olvidado de un mal que parece trae su oríjen en estos pueblos de españoles tan poco amigos de la actividad i tan poblados de beatas: ya se habrá adivinado que nos referimos al chisme. «No hai, dice, gobernadores en el mundo de mas atormentadas orejas que los de Chile: achaque debe ser de la cortedad de los pueblos i de la hartura del

sustento, pues nadie se desvela en el que ha de tener otro dia, i libres de este cuidado, gastan el tiempo en acarrear novedades estas que el vulgo llama parlerías, etc.»

Este es uno de los caractéres mas recomendables de Tesillo como historiador; su tino de buen gusto le hace herir precisamente la dificultad, i donde un observador vulgar habria visto un hecho sin importancia, Tesillo se apodera de él, lo examina i apunta sus conclusiones. Para cerciorarnos de su proceder, basta decir cuántas curiosas e interesantes noticias trae sobre las costumbres i cualidades de los chilenos, datos sobre los empleos i oficios, i en jeneral, sobre la máquina del gobierno; repasa los deberes del capitan jeneral, habla de la Real Audiencia, colaciona largamente una rencilla del cabildo, define las funciones del veedor i hace la historia del desempeño de este cargo en Chile, da cuenta del real situado i del modo de distribuirse, etc. Veamos cómo está todo esto en la distribucion de la obra, examinemos su modo de composicion.

Su libro titulado *Guerra de Chile, causas de su duracion, advertencias para su fin, etc.*[8], promete algo de filosófico i razonado, i a guiarnos por la carátula, pudiéramos pensar por un momento que no se trata de una relacion mas o ménos minuciosa de hechos, sino de apreciaciones i estudios posteriores a los acontecimientos i basados sobre ellos. Una obra como esta, que habria constituido una verdadera escepcion en la literatura colonial i realizado un adelanto positivo en el modo de escribir los españoles la historia, no pasa de ser un programa cumplido mui imperfectamente. Hai en el libro, a no dudarlo, una porcion de observaciones que revelan un espíritu elevado, un carácter juicioso, apreciaciones sobre los hombres i las cosas, i un sistema mas o ménos desarrollado al traves de las acciones de guerra i escaramuzas que ha contado año por año desde el primer dia de gobierno de don Francisco Lazo de la Vega hasta la llegada de su sucesor.

8 Nicolas Antonio pone este libro entre los anónimos, último *Apéndice*.

Participa, pues, del cronista i del filósofo. Bajo el primer aspecto, a pesar de la forma analítica que ha adoptado, refiriendo todo en estricto órden cronolójico, sin olvidarse ni un dia de una accion, (que ordinariamente refiere a la festividades de la Iglesia) su relacion no es pesada; pues ha sabido amenizarla con cierto colorido dramático en el cual no debemos ver tanto el arte del escritor cuanto la bondad misma del asunto. Tratándose de los araucanos que defienden su país de invasores estranjeros, cualquier autor, por mas desconocedor que le supongamos del prestijio de decir bien las cosas, sabrá despertar interes; son, por consiguiente sus antagonistas, esos mismos que le habian ocasionado su fortuna, los que le han dado tambien esta cualidad: ellos cuyas acciones se han considerado dignas de la epopeya i que como dice nuestro autor, «entienden que por derecho natural están obligados a morir en defensa de su patria».

Hai un defecto sumamente comun en los cronistas de la colonia, i es esa irregularidad en sus narraciones que los hace dedicar largas pájinas a acontecimientos sin gran importancia, descuidando lo mas serio i trascendental. Tesillo no ha sabido escapar a este escollo, engolfándose a veces en largas digresiones, que le proporcionan la oportunidad de citar autoridades i ejemplos; se apodera de un proverbio, i de él, valiéndose de su buen sentido, va de deduccion en deduccion, hasta tocar el caso práctico que se le presenta.

Tesillo no es tampoco, hemos dicho, un simple narrador, pues cuenta las causas de un proceder i nos manifiesta perfectamente los móviles de los combatientes; vemos ahí delineado el por qué de la duracion de la guerra, el interes de ambos belijerantes, sus ardides, modos de combatir, las marchas de los escuadrones, las astucias de los indios, i todo desapasionadamente, sin dejarse dominar por su afecto o su rencor. Su calidad de hombre de bien se trasluce en todo esto: si no es al enemigo, nunca se permite un reproche, jamas interpreta una accion cuyos antecedentes no conozca; las máximas que se ven diseminadas en sus líneas traicionan acaso la norma que siempre se propuso en su conducta de

hombre público i en sus relaciones de simple particular. ¿Aventuró una opinion? los hechos consumados ya lo exoneraban de apreciarla. Pues bien, si sus ideas salieron erradas, tiene la franqueza de confesar que se engañó en eso como en «otras muchas cosas que hacemos los hombres».

La excelencia de su método sobre otros escritores de su época salta a la vista. Si se tratá de bosquejar el retrato de algun personaje, lo encontramos todo de una pieza, sin tener que andar a salto de mata de una pájina en otra buscando el perfil que nos falta; si de pintar las costumbres de los araucanos, agrupa sin confusion todos los detalles apetecibles, la vida privada i la vida pública, la guerra i el gobierno.

A veces se manifiesta crédulo, i su misma relijiosidad lo estravia: a los indios, por ejemplo, va a perder su soberbia, i ellos, armados de la fe triunfarán; a aquéllos los destruirán sus blasfemias, i en éstos, los ejercicios de la confesion, i la práctica del ayuno harán santa su causa. Como hidalgo español de pura sangre, asienta sobre todo el valor, i no trepida en esponer que para el lustre i honor de España, Dios enviará al apóstol Santiago que ha de combatir por ellos.

Odi profanum vulgus et arceo, que el poeta latino espresó con tanta concision i enerjía, hé aquí uno de los guias de nuestro autor en su conducta. El repasaba cuantas mentiras tienen su oríjen en ese vulgo, cuantos trastornos ocasiona con sus habladurías, cuan injusto i apasionado es en sus juicios; e ignorante hasta en las desgracias casuales, se dijo, «no merece en mi concepto mas que el desprecio, este hidalgo monstruoso, que tiene mucho de quiromántico i quiere siempre mirar en las rayas de las manos el intento de los corazones», frase notable en aquella época esclava del ajeno qué dirán, i profesada por un español de esos que creian en la asistencia divina de los que mandan, i cuya independencia en materia de autoridad estaba concretada a lo que podian procurarse allá en los estrechos límites de una aldea, o en la estension de una campiña encerrada entre dos rios. De aquí al amor a la libertad no habia mas que

un paso, i Tesillo no se detuvo en el umbral, i proclamó que ese amor es lo que hai de mas natural i de mayor fuerza en el pecho humano.

Tesillo, criollo i contemporáneo de una época de trastornos, habria sido el primer revolucionario de la colonia: la firmeza en sus convicciones, el amor a su país, su independencia i ese entusiasmo por la libertad, que encontraba lo mas natural del mundo, eran cualidades que, a haber nacido en otros tiempos, lo habrian hecho un caudillo valiente i esperimentado.

Cuando Tesillo se ocupa de acontecimientos de alguna importancia, su estilo se encuentra, por lo jeneral, a la altura del asunto que lo ocupa; pero cuando se desvía en las intrincadas vueltas de imperceptibles escaramuzas, se hace difuso i pesado. Su lenguaje se resiente tambien de ciertas brusquedades que a trechos lo hacen correr disparejo i desligado, como respondiendo a ideas que interiormente abriga el autor i que no nos ha dado a conocer; pero en otras ocasiones sus términos son de una naturalidad notable, semejantes a los sencillos cuentos de los niños, sin grandes frases, sin adornos ni pretensiones. Muchas veces tiene pinceladas de maestro, i en dos palabras forma todo un cuadro, i acentos desgarradores que constituyen rasgos de un conmovedor interes.

Tampoco ha caido Tesillo en la manía tan al gusto de otros escritores de su tiempo de poner estudiados discursos en boca de sus personajes: en los suyos, (que son contados) no ha querido hacer alarde de cultista, ni de sus calidades de retórico: hai en ellos sencillez, son razonados, punzantes. Dirijidos por un jefe a sus soldados respiran verdad, i están mui distantes de ser como los de esos personajes que a cada paso i sin motivo nos aburren con sus frases interminables i que, haciendo de sus palabras una lanza, embisten como los caballeros andantes con el primero que se presenta: éstos, por el contrario, son dichos en ocasiones que el buen sentido admite i en que la razon se los esplica. Este modo de proceder del autor se comprende perfectamente si recordamos que sus lecturas de predileccion fueron Lucano, Virjilio i Ju-

lio César, donde el buen gusto ha sabido moderar lo largo de los períodos i no escribirlos sino cuando era necesario. Relata, pues, con sencillez, i en ocasiones afectando cierto aire dramático despierta i mantiene la atencion. Nos hace asistir a las juntas de ambos bandos, nos manifiesta las opiniones de uno i otro, el temor que los penetra, el valor i entusiasmo que los alienta, i sin pronunciarse en ningun sentido, deja que el lector adivine por lo que sucedió despues, cuál fué lo mejor. Cuando habla de sí i a pesar del alto puesto que le correspondia, i en el cual sus acciones debieron resaltar tanto, lo hace siempre con modestia, siendo éste uno de sus títulos a la estimacion del lector.

Las noticias que nos quedan de Tesillo son mui escasas. Su nombre era Santiago i su cuna la montaña de *Burgos, en Galicia*. De su infancia i adolescencia nada sabemos, a no ser que a los veinte i dos años habia hecho ya algunos estudios i adquirido talvez toda la instruccion que mas tarde en sus espediciones i en su vida aventurera, léjos de los centros de civilizacion, no tuvo sin duda ocasion de proporcionarse. En esa edad, años de ensueños i esperanzas, sintiendo bullir su sangre de mozo i queriendo labrarse un porvenir, se embarcó para el Perú, donde en 1624 lo encontramos de soldado en una compañía que guarnecia al Callao. Los holandeses intentaron ese mismo año un desembarco en aquellas costas, i el cuerpo en que servia Tesillo recibió encargo de impedirlo, yendo mas tarde en su persecucion en una escuadrilla que se alistó con tal objeto. Cuatro años despues i en vísperas de trasladarse a Chile, fué ascendido al grado de sarjento. La navegacion fué feliz hasta avistar la Mocha, pero ántes de arribar a Concepcion se levantó un furioso huracan del norte que los tuvo en el mayor peligro. Elocuentemente ha pintado Tesillo esa noche de angustia en las líneas que siguen: «Reconocieron los pilotos i fuéronse arrimando a tierra con ánimo de tomar puerto en la isla de Santa María i repasar en ella el temporal, i esta resolucion fuera aceptada sino fuera remisa: acordáronlo tarde, i tan tarde que no tuvimos dia para ejecutar lo resuelto. Hallámonos encerrados den-

tro de la misma valla, pero dudoso el surjidero con la misma oscuridad del tiempo i del temporal, cuyo rigor iba apretando con mayor fuerza i no dió lugar a tomar el puerto i seguir a la mar. Cerróse la noche mas horrible que han visto los antiguos chilenos. Hallábanse los pilotos perdidos i casi desconfiados de remedio: no se via otra cosa sino lágrimas. Llamaban a Dios unos con votos i otros con plegarias: cada uno por su camino invocaba la Misericordia Divina: todo era un lamento de horror i de confusion».

Mui pronto Lazo de la Vega lo elevó a alférez i mas tarde a capitan de una compañía[9], desde cuyo puesto tuvo en mas de una ocasion que medirse con los araucanos, emprendiendo esa guerra de sorpresas e incursiones que bien poca ocasion de gloria ofrecian, i que demandaban en cambio serio continjente de sacrificios, trasnochadas i dias en que se debia sufrir la lluvia a todo campo. Pero en todo esto su ánimo se vigorizó, creció en prudencia i le enseñó a fiarse un poco en su buena suerte. Adquirida la confianza de su jefe, a quien sirvió de secretario durante treinta i dos meses, era consultado por éste en las ocasiones difíciles, en las cuales nunca tuvo embarazo para confesar injenuamente cual era su opinion, por mas que estuviese distante de ser conforme a la de su superior.

Cuando don Francisco de Meneses vino por gobernador de Chile trabó íntima relacion con Tesillo, confiándole la delicada mision de que escribiese su apolojía i el discurso de sus hazañas en Arauco para contrarrestar los denuncios que sus enemigos llebaban al gobierno de Lima. Un contemporáneo dice, hablando de esta obra del maestre de campo, intitulada *Restauracion del Estado de Arauco, y otros progresos militares conseguidos por las armas de S. M.*, etc.: «Corre hoi en estampa una relacion florida i aseada, que viste cautelosamente las fábulas con tal artificio que mueven

9 Todo lo anterior consta de un memorial de Tesillo al rei de España en que solicita que se le haga merced de la contaduría del sueldo del ejército de Chile, o en su defecto, de la sucesion de uno de los oficiales reales de las cajas del reino. Año de 1637.

igualmente las verdades, i en este traje es tanto mas peligroso el engaño cuanto es mas apetecido del pueblo que se deja llevar del blando sonido de las voces, sin el riguroso exámen de la verdad o la mentira que en ella se envuelven; i así a ningun veneno se debe ocurrir tan sériamente como a las relaciones falsas que engañan con hermosura de estilo, ni hai locura mas lastimosa que sudar con la pluma en la mano para infamar con escritos mentirosos, sin dar honra alguna a quien pretendió adular. I es dolor que un talento que con largas fatigas habia ganado tanta fama de prudente, como el del autor con otros escritos que de su lucido injenio corren impresos, haya desacreditado su pluma con semejantes patrañas»[10].

Esta buena armonía cambióse, sin embargo, mas tarde en enemistad, i el viejo cronista i maestre de campo fué desterrado a un fuerte de la frontera donde padeció no pocas fatigas.

En 1670, vivia aún en Concepcion «cuando el gobernador don Juan Henriquez levantó una informacion acerca del estado desastroso en que habia encontrado los negocios de la guerra al recibirse del mando. Su nombre aparece por última vez en las informaciones que con este motivo dió a requerimiento del gobernador Henriquez. Entónces Tesillo contaba cerca de setenta años, i es probable que muriera mui poco tiempo despues[11]».

Tesillo concluyó su obra principal en 1641, la cual conservó guardada durante cuatro años: fué dada a luz en Madrid en 1647, i hasta la fecha de su reimpresion en Santiago en 1864 era uno

10 Fr. Juan de Jesus María, *Memorias del Reinò de Chile*, páj. 47.

11 *Introduccion* a la obra de Tesillo, por D. B. A. Sin embargo, en 31 de enero de 1673, aparece firmando en la referida ciudad de Concepcion, en su calidad de juez oficial de la real hacienda del obispado de la Imperial, i en union del veedor jeneral de la jente de guerra, un informe del presidente del reino para que no se pague a Mateo de Caxijal la suma de cuatro mil pesos que se le habia asignado del situado, por el tiempo que se ocupó un barco suyo, de nombre *San Juan de Dios*, por no haber prestado efectivamente el servicio en las condiciones acordadas; i que, por el contrario, se añada a la cuenta jeneral del situado, de que tanta necesidad tenia la república.—Archivo de Indias, *Peticiones*, *Memoriales*, etc., Est. 77, cap. IV.

de los libros mas raros que pudiera encontrarse sobre nuestra historia nacional[12].

Despues que Tesillo publicó en Lima las hazañas de don Francisco de Meneses, sucesor de don Anjel de Peredo en el gobierno de Chile, no faltó cronista que tratase de llevar a la historia el mismo antagonismo de que se vieron dominados aquellos señores, i a Tesillo respondió el franciscano de la Recoleccion de Santiago Fr. Juan de Jesus María[13].

Por mas que se examinen detenidamente los documentos que nos restan de la era colonial, es imposible hallar el menor indicio del padre recoleto i de su libro, *Memorias del Reino de Chile i de don Francisco Meneses.* Aún los datos biográficos que no es raro encontrar diseminados por los autores en sus obras, faltan aquí casi del todo. Fr. Juan solo ha cuidado de proclamar mui alto que Chile es su patria; pero fuera de esa confesion, hasta el apellido que por herencia de sus abuelos debió corresponderle, lo ignoramos completamente. Ocurriendo a los archivos que se conservan en el que fué su convento, no hemos podido cerciorarnos de la época de su nacimiento, de su nombre, de su entrada en la vida monástica, de su profesion, de los cargos que desempeñó, ni de la fecha de su muerte.

Salta a la vista, sin embargo, que era ya sacerdote a mediados del siglo XVII, i que alguna debió ser su importancia cuando ha podido imponerse i revelarnos detalles que suponen en él un hombre de buenas relaciones. El medio en que ha vivido, diremos así, no ha sido de los ménos elevados.

12 Ternaux Compans atribuye tambien a Tesillo una obra intitulada *Epítome chileno o ideas contra la paz*, impresa en Lima por Lopez de Herrera, sin fecha, pero que cree sea de 1648.

13 Son muchos los escritos cortos con que otros sujetos de ménos nota que los que apuntamos en este capítulo trataron de defender a cada uno de los gobernadores rivales, pero merece notarse por lo ménos uno sin firma intitulado *Relacion verdadera que remite al Rei N. S. un leal vasallo suyo significando el estado en que se halla este reino de Chile despues de haber llegado a él el gobernador don Francisco de Meneses.* Manuscrito del Archivo de Indias.

Era costumbre en aquellos tiempos poner todo trabajo literario a la sombra de algun nombre ilustre que lo escudase con su prestijio o su poder. El fraile chileno miró hácia árriba i en alguna distancia, distinguió el Conde de Lemos gobernando la América desde su dosel de virei del Perú. Hombre de relijion, no pudo encontrar sujeto mas a propósito que el sobrino de un santo para dirijirle algunas palabras aduladoras en cambio de su deseada proteccion; i acaso por este motivo llegaron a Lima las *Memorias del Reino de Chile* mui bien copiadas por su autor i hasta ahora perfectamente conservadas, a esperar quizá que la prensa les diese un lugar[14]. ¡Larga antesala han hecho[15]!

Fijándose un poco en el método de las grandes divisiones establecidas en el libro, parece manifiesto que la residencia habitual del autor fué la ciudad de Santiago. Con ella relaciona la llegada o salida del gobernador, i a veces espresa que tal hecho aconteció «en esta ciudad de Santiago».

¿Cuál fué la causa que vino a distraer al padre de la Recoleta de sus ocupaciones relijiosas para empujarlo a narrar los sucesos históricos de una época de su país? «Peligrosa tarea, decia, es escribir de los modernos; gloria vana la de los que tratan de sacar a luz pública los acontecimientos pasados, gloria incierta que se acaba con el mundo; i para nosotros el mundo se acaba con la vida». Sí, es verdad; pero queda todavía al historiador la gran mision de la enseñanza de las jeneraciones venideras por el estudio de las que fueron, aprendiendo en las esperiencias ajenas a que

14 Existe un libro intitulado *Diálogos Místicos y Morales sobre la Doctrina Cristiana, su autor el R. P. Fr. Juan de Jesus María, del Orden de Descalzos*, Pamplona, 1719, que, como se ve, pudiera parecer del escritor chileno. Sin embargo, aunque no puede formarse gran caudal del lugar de la impresion i de la fecha, creemos que la omision de la nacionalidad del autor en la portada es un fuerte indicio de que bajo un mismo nombre adoptado en la relijion, vivieron dos personas completamente estrañas.

Llamóse tambien Fr. Juan de Jesus María un relijioso que profesó en el convento de la Merced de Santiago el 20 de marzo de 1745, natural de Chucuito, e hijo lejítimo de Juan Cruz Valero i Paula Graciana. *Libro de Profesiones*, 1707-1748.

15 El libro de Fr. Juan de Jesus María solo ha sido publicado en 1875, por el secretario de la legacion de Chile en Lima.

en los presentes se anime la virtud o se desengañe el vicio. Que la prudencia, sin embargo, i su entereza, contengan al escritor dentro de los límites de la austera verdad, procediendo sin lisonja i sin pasion, lastimando lo ménos que sea posible, «aunque lo merezcan, ni es calidad de las historias divulgar lo que privadamente errasen sin daño del público».

Realza todavía el autor este bello programa que estractamos de sus pájinas, prometiéndose a sí mismo el servicio de Dios i de la patria i concluyendo por pedir «a aquel Señor de los ejércitos que con su palabra encendió en luz el sol, que sus frases vayan desembarazadas de los odios presentes i que los ejemplos que de ellas se sacaren, sirvan al escarmiento i no a la imitacion».

Si estos propósitos jenerales habian de animar a Fr. Juan de Jesus María en la realizacion de su empresa, existian, sin duda, especiales consideraciones que lo inducian a escribir. El gobierno de Chile se vió entónces sucesivamente desempeñado por dos jefes de tendencias i caractéres enteramente opuestos: Don Anjel de Peredo, hombre relijiosísimo i naturalmente inclinado a todos los que vestian hábito o sotana, i don Francisco de Meneses, espíritu belicoso, turbulento, ansioso de goces, carácter de una orijinalidad incuestionable i cuya figura se destaca en el libro de Fr. Juan como una sombra de los antiguos emperadores romanos.

Como ya sabemos, apareció por aquel tiempo en Lima una relacion de los sucesos acaecidos en los primeros tiempos de la administracion de Meneses, en que se le pintaba con brillantes colores. Peredo, por el contrario, se veia desdeñado de la fortuna i perseguido sin tregua por su sucesor. Fué entónces cuando el fraile chileno resolvió trabajar sus *Memorias*, estampando a su frente que escribia «de gobernadores i para gobernadores». No necesita lo primero comentario alguno; mas, ¿cómo entenderemos esta frase «para gobernadores»? Será, que si como frai Juan pretende, Meneses se habia buscado cronista que recordase sus acciones, él a su vez iba a desempeñar iguales funciones respecto de Peredo?

No admite duda que desempeñó abiertamente el oficio de apolojista de aquel rezador incansable; pues si promete ocuparse solo de Meneses, sabe siempre contraponerle los hechos de su predecesor: jamas le escasea epítetos que su imparcialidad debia rechazar, resumiendo en último resultado sus intenciones en aquella chillona espresion del «ánjel» i del mal ladron Barrabás que tan sériamente nos trasmite. Viene así a asumir su trabajo las líneas de un paralelo, que solo abandona al tirar la pluma cuando en globo recorre los antecedentes de ambos majistrados.

Nace aquí la cuestion de saber en qué forma realizó el padre la redaccion del libro. ¿Escribió sin detenerse cuando ya los hechos pertenecian al pasado; o iba dando forma a sus notas coetáneamente con ellos? Dijo el autor al principio que ignoraba si el cielo le concederia vida para concluir las *Memorias*; en lo que, discurriendo con sensatez, pudiéramos entender que no se referia al trabajo de la redaccion, puesto que su corta estension haria mirar como forzada la interpretacion contraria. Mas juicioso será, pues, creer en vista de esas palabras, que dudaba concluir el libro porque ante su vista se ofrecia no ya una simple cuestion de dedicacion, sino la lejítima incertidumbre de alcanzar a presenciar sucesos cuya verificacion era difícil adivinar.

Resuelto en este sentido el problema, llevaria el historiador en su apoyo la persuasion de que procedia con toda honradez, sin propósito alguno previo, i como un hombre que miraba las cosas desde la altura que su aislamiento de los actores le proporcionaba. La esplicacion de sus tendencias en favor de Peredo vendria en tal caso a encontrarse en sus simpatías por un personaje a quien buenamente casi podia llamar un colega.

I en verdad que prescindiendo de la declaracion espresada, hai graves circunstancias que conspiran a hacernos pensar de este modo. Recorriendo las pájinas que frai Juan nos ha dejado, fácil es convencerse que, al traves de las numerosas i prolijas incidencias en que impone al lector, se trasluce algo como las impresiones de lo que se acaba de presenciar, algo de mui vivo i minucioso que en otra hipótesis indicaria en el narrador mui buena

memoria i un vehemente deseo de no olvidar lo menor. Si aquello puede perjudicar a la imparcialidad del relato, tiene en cambio la ventaja de darnos a conocer lo que junto a ese testigo se pensaba i se sentia.

¿El título mismo de *Memorias* no contribuirá por algo en nuestra conviccion?

En todo el curso del escrito se nota tambien un arte notable para ir presentando los sucesos sin que en manera alguna dejen ver el desenlace probable; tal como en esas novelas de intriga en que el lector ve en suspenso la suerte de los héroes miéntras no recorre las últimas líneas. Pero las palabras del autor de las *Memorias* van propendiendo al parecer en fuerza solo de los sucesos al término de los desvaríos de Meneses, como en los climas en que la atmósfera impregnada de electricidad, en el aire sombrío i pesado i en los vagos rumores, se. presiente la tormenta que se aproxima.

Nosotros que no miramos este arte como hijo del estudio sino como la espresion pura i simple de lo que se copia de la naturaleza, nos decidimos por que las *Memorias del Reino de Chile* han sido escritas paso a paso, dia por dia. Con el ánimo prevenido del autor contra el objeto de sus indignaciones, nos parece, asimismo, mui difícil que no hubiese en ninguna ocasion anticipado siquiera una palabra respecto del destino que se le aguardaba. Sea como quiera, siempre redundará en honor del que ha sido bastante artista o bastante sincero.

Mas, sin duda que en los detalles, en la intimidad de los hogares del pueblo en cuyo centro nos hallamos, es donde debemos ver el mas alto realce de los apuntes de frai Juan de Jesus María[16]. Quizás ninguno de los libros escritos en el período colonial

16 Un crítico competente ha dado su juicio sobre el libro de frai Juan en estos términos: «Aunque escrito en un lenguaje pretencioso que oscurece con frecuencia el pensamiento, aunque respira en cada pájina una pasion ardiente contra el gobernador Meneses, exajerando sin duda los gravísimos defectos de ese mandatario, i aunque en realidad no hace la historia ordenada i completa de su gobierno, dejando sin decir muchas cosas que el autor debia saber, la crónica de que hablamos no puede dejar de ser de grande utilidad para la historia nacional». D. B. A., *Revista chilena*, 1876, t. I, páj. 476.

deja traslucir mejor lo que era esa sociedad i ese gobierno. Como no se hace en él materia de jeneralidades, o relacion de los innumerables encuentros que los tercios de las fronteras mantuvieron siempre contra los indios, que es lo que de ordinario forma el caudal de otras crónicas, sino que lo llenan los acontecimientos caseros, las puerilidades que ocupaban el ánimo de los colonos de la república, asuntos frailescos o de alta chismografía, es por lo mismo interesante i mui curioso. Están retratados ahí los latidos de un pueblo a quien se tiene postrado, con su personalidad usurpada i que debe renunciar a su propia savia i enerjía para esperarlo todo de fuera, de quienes o no conocian sus necesidades o se proponian solo esplotarlo hasta en lo mas sagrado. ¡Cómo nos parece ver ahí esas jentes sencillas i crédulas tendiendo ávidas sus miradas por el horizonte inmenso i desierto, acojiendo ansiosas un rumor, un indicio cualquiera que les anuncie un cambio favarable en su suerte o un motivo de temor!

Ninguna época mejor que la elejida por su variedad de incidentes i por los hechos únicos en su jénero, podríamos decir, que los de la administracion de Meneses. Su fisonomía llena de escentricidad, las peripecias de su matrimonio, sus prodigalidades i sus gustos, las competencias en que se envolvió con otras autoridades, la confesion que hizo, especialmente sus proyectos de independizarse en Chile, aunque se acepten solo como vaguedades, hacen que su historia sea la de toda una centuria de la colonia; porque no hai nada que no nos veamos obligados a pasar en revista leyéndola. Modo de ser social? Sistema político? La guerra araucana? El comercio? Los situados?...Es el reflejo fiel de una ciudad estraordinariamente ajitada por incidentes que estimaba de la mas trascendental importancia, abultados por hablillas de un vulgo parlero, ascendiente antiguo entre nosotros de la crónica de los periódicos. Fr. Juan de Jesus María se apodera de uno de esos susurros, lo examina con detencion i lleno de curiosidad, i llega hasta sus efectos i al resultado que ha producido en el ánimo del aludido. Hai ahí, pues, no solo el hecho, sino tambien

el principio de la accion, un intento, el punto céntrico de la mancha de aceite que ha ido creciendo mas i mas.

Continuando con el modo de composicion del autor, veremos que los pensamientos i máximas que ha creido oportuno ofrecer, de ordinario solo en lo que mira como hechos notables, proceden de la rutina i de los estrechos horizontes de los lindes de su claustro. Nada propio, nada mediano. Escritor que, como hemos indicado, a pesar de sus protestas de imparcialidad no omite espresiones denigrantes contra quien no estima i que, exhibiéndose así como un sectario i un enemigo, se espone a que se dude de su palabra.

Habria podido suprimir vanas declamaciones, comentarios poco congruentes, digresiones de mal gusto; aunque es verdad que esto mismo concurre a dar testimonio de la cultura de la época, viniendo a deponer con sus palabras ante la posteridad el narrador con su lenguaje impregnado de los jiros i del decir de las jentes de su tiempo. De ahí proviene que su estilo sea en parte afectado, sin que su sonoridad pase mas allá de los términos ampulosos, poco exactos i hasta ridículos, con palabras i frases poco cultas, fruto de una sociedad algo tosca i poco circunspecta en su espresion. Su estilo, es la misma conversacion i todos sus descuidos. Allá tambien cuando se siente mui conmovido i entusiasmado, ocurre a las citas de autores, como una vaga reminiscencia de aquellos dias en que desde lo alto del púlpito esponia a sus oyentes para mayor edificacion las palabras de algun gran santo o padre de la iglesia.

Donde no ha podido olvidar tampoco los recuerdos de su estado i educacion es en la gran intervencion que suele atribuir a los santos en las acciones humanas; en los continuados ejemplos que entresaca de la Biblia para desplegarlos a nuestra vista, i, mas que todo, en los dos goznes sobre los cuales jira i se mueve en relacion: Dios i el rei. Confunde, pues, aquí ya su espíritu relijioso con sus inclinaciones de súbdito obediente, así como no da un paso sin traer a colacion su doctrina del premio i castigo que aguardan al hombre i al majistrado bajo el doble aspecto de criatura i de subordinado.

No reciben estas tendencias otra modificacion que la que le ocasiona su estudio de algunos textos latinos, Tácito, especialmente, a quien parece hubiese querido tomar por modelo; i por eso es que no se olvida de recordar de cuando en cuando algunos acontecimientos de la historia romana, cuyos héroes presenta a la admiracion del vulgo.

A juzgar por sus palabras, Fr. Juan de Jesus María fué un relijioso amante de su país i un decidido adorador de la libertad: que al estimarlo por su obra no olviden, pues, estas dos circunstancias los hijos de Chile.

CAPITULO VII.

HISTORIA JENERAL.

III.

DIEGO DE ROSALES.

Primeros datos sobre Rosales.—Su venida a Chile.—Batalla de Piculhue.—Id. de la Albarrada.—Diego de Rosales misionero.—Parlamento de Quillin.—Primer viaje a la Cordillera.—Carta al padre Luis de Valdivia.—Mision de Boroa.—Alzamiento jeneral de los indios.—Sitio de un fuerte español.—Rosales vuelve a Concepcion.—Es nombrado provincial de Chile.—Viaje a Chiloé.—Ultimas noticias.—Motivos que tuvo Rosales para escribir la *Historia general del Reino de Chile.*—D. Luis Fernandez de Córdova i el jesuita Bartolomé Navarro.—Materiales de que dispuso nuestro autor.—Division de su obra.—Análisis de sus dos partes.—Conclusion.

Es cosa verdaderamente desesperante llegar al primero de nuestros historiadores, el primero por su saber, por su anhelo de verdad, el mas notable por su figura, i casi sin segundo por su estilo como escritor, i encontrarse tan faltos de noticias que ni aún las épocas de su nacimiento o de su muerte se hayan llegado todavía a vislumbrar. Solo sabemos que Diego de Rosales era castellano, hijo de la coronada villa de Madrid, segun lo declara en la portada de su obra, a cuyo nacimiento vinculara mas tarde cierta especie de nativo orgullo, porque, como decia, «en la sinceridad i en la puntualidad tienen mucho crédito adquirido los que lo son»[1].

Es manifiesto, sin embargo, que no ha podido venir al mundo

1 *Historia general de el Reyno de Chile, Flandes indiano*, t. I, páj. 110.

sino a los fines del siglo siguiente al en que Colon regaló un mundo a los soberanos de España, o a mas tardar a los comienzos del XVI, porque consta que en 1625 o 1626 rejentaba cátedras en su ciudad natal. Por esa misma época emprendia viaje a las Indias, i venia a incorporarse en Lima a los oficios de la Compañía de Jesus, donde debia principiar su probacion i ordenarse para el altar.

Habia ido de Chile por ese tiempo a Lima el celebrado jesuita Vicente Modollel en busca de misioneros que quisieran venir a Chile, lugar por entónces de arduos combates por la fe, campo fecundo de triunfos para los verdaderos apóstoles del Evanjelio, i el jóven Rosales, ardiente de entusiasmo, no quiso desperdiciar la primera oportunidad que se ofrecia. Alistóse entre los reclutas de la mística espedicion, i llegó a nosotros allá por el año de 1629[2].

«Los estrenos del ardoroso misionero en su nueva carrera de predicador i de soldado fueron dignos de una noble vida.

«No hacia muchos meses que residia en su mision, enseñando la doctrina a los bárbaros vecinos, llamados falsamente «indios amigos», i dando a los soldados ejemplo de la continencia i del deber, cuando una tarde, hácia el 21 de enero de 1630, presentóse a dos leguas de Arauco i en el pequeño llano que se llama todavía de Piculhue el atrevido i macizo Putapichion a la cabeza de un campo de indios, cuyo número hacen subir algunos cronistas a siete mil lanzas.

«El jeneral en jefe del ejército de las fronteras, cuyo alto destino era conocido en la milicia colonial con el nombre de *maestre de campo jeneral*, residia en esa coyuntura en Arauco, i éralo el valeroso caballero don Alonso de Córdoba, abuelo del historiador. I aunque habia recibido órdenes terminantes del gobernador recien llegado al reino, don Francisco Lazo de la Vega, para mantenerse quieto, no fué aquel impetuoso capitan dueño de sí mismo cuando llegó a su noticia el reto i la osadía del toquí araucano.

2 Datos del R. P. Enrich, moderno cronista de los jesuitas en Chile.

Hizo salir, en consecuencia, el dia 22 o 23 de febrero, una compañía de caballería al mando del capitan Juan de Morales, con órden terminante, sin embargo, de no pasar mas allá de una angostura de cerros que se llama de «Don García» (por el de Mendoza) a cortísima distancia del fortin de Arauco i a la entrada del llano de Piculhue.

«Pero así como el maestre de campo no obedeció al gobernador, el capitan Juan de Morales se excedió en su comision, i se internó imprudentemente mas allá del seguro i bien defendido desfiladero, para verse envuelto con su puñado de jinetes en un verdadero torbellino de bárbaros aguerridos. Noticioso Córdoba de este peligro, salió apresuradamente al campo con todo el tercio que guarnecia a Arauco, pasó a su vez el desfiladero de «Don García» i presentó temeraria pero jenerosa batalla a los indios, diez veces mas numerosos, para salvar su comprometida vanguardia. En la tropa de Arauco iba Rosales, mas como voluntario i como cruzado que como capellan castrense, cuyo era otro sacerdote.

«El valeroso Córdoba no tardó en ser envuelto i derrotado, perdiendo su caballo i quedando mal herido, al paso que murieron sus mas valientes capitanes, i entre otros el famoso Jinés de Lillo, que habia medido todo el reino como agrimensor i perito.

«Cuando el padre Rosales se retiraba con la rota columna de los cristianos hácia la estrechura que dejamos mencionada, alcanzóle un indio, i sujetándole el cansado caballo por la brida, iba a matarle, cuando se interpuso un mestizo que militaba en el campo enemigo i al cual el misionero habia salvado de la horca hacia poco en Arauco, reo por alguna fechoría.

«No obstante el riesgo inminente de su vida, el capellan de los castellanos cumplió hasta el último momento su deber, confesando a los heridos i auxiliando a los moribundos, si bien puesto al abrigo de espesos matorrales, donde milagrosamente escapó en aquella fatal jornada»[3].

3 Vicuña Mackenna, *Introduccion* a la obra de Rosales, páj. XIII, t. I. Aunque en esta pieza, trabajada en vista de los apuntes del rebuscador cronista

Cabalmente un año mas tarde Diego de Rosales hubo de prestar servicios análogos a los relijiosos tercios españoles cuando se batieron con las huestes araucanas en la Albarrada, el 31 de enero de 1631; pero tanto como habia sido de fatal aquel primer encuentro, fué feliz en esta vez el suceso de las armas castellanas. ¡Es verdad que los soldados se habian confesado ántes del combate, i que por estar bien con Dios, se creian ya invencibles en las batallas i seguros del cielo si morian en defensa de la causa por la cual peleaban!

«Durante el resto del gobierno de Lazo de la Vega, que duró diez años, (1629-1639) el misionero en jefe de Arauco hizo una vida completamente espiritual i pacífica, llenando con fervor de anacoreta el largo plazo de su segunda profesion. Era un incansable ministro de conversiones. Habia aprendido con perfecta llaneza la lengua indíjena, i confesaba, predicaba i convertia en todas las tribus. Viajaba para estos fines, a veces, a los puntos vecinos de Arauco, como Paicaví o Lavapié, escapando muchas ocasiones su vida de celadas asesinas que le armaban los indios finjiéndose cristianos, al paso que cuando obtenia la necesaria licencia de sus superiores estendia su propaganda a todo el territorio araucano, llegando hasta el Imperial, hasta Villarrica, hasta Tolten, a la isla de Santa María i a Valdivia mismo. En la *Vida del padre Alonso del Pozo,* que escribió años mas tarde, refiere él mismo que encontrándose en Tolten alto, es decir, en las vecindades de Villarrica, se dirijió al valle de la Mariquina, hoi San José, junto al rio de Cruces, camino de Valdivia, i añade que en esa jornada tardó un mes entero, predicando i convirtiendo en las dos márjenes del rio Tolten. «Porque habiendo ido desde la «mision de Boroa, dice el fervoroso misionero, refiriéndose a una «época algo posterior, a Tolten el alto a hacer mision *i tardando* «*mas de un mes en llegar a Tolten el baxo,* con deseo de ver esta «maravilla (la iglesia edificada por el padre Francisco Vargas en

moderno de la Compañía en Chile, padre Francisco Enrich, puede decirse que se encuentra cuanto se sabe hasta ahora de Rosales, nos permitimos una que otra alteracion solo en vista de las exijencias del marco de nuestro libro.

«el valle de la Mariquina) i saliendo todos los dias de un pueblo «a otro, porque son muchísimos los que hai en aquella ribera del «Tolten»......

«De Valdivia hasta donde estendió su escursion el ardoroso misionero, en esa ocasion, regresó por tierra a la Imperial, i de allí otra vez a su querida mision de Arauco.

«Tenian lugar los mas esforzados de aquellos ejercicios de predicador i misionero por los años de 1638 i 39. I con sobrados títulos i pruebas se acercaba ya el dia tan deseado por su almá de profesar plenamente en la órden de que habia sido simple mílite i aspirante por mas de veinte el conversor Rosales. Segun un testimonio encontrado por el padre Enrich en el archivo del ministerio del Interior, en Santiago, Rosales hizo su profesion definitiva en el Colejio Máximo de la capital solo en 1640, en manos de su provincial el padre Juan Baustista Ferrufino.

«Incorporado como ministro de la Compañía de Jesus, el padre Rosales volvió otra vez a su vida de misionero i de soldado de la cruz en la frontera.

...«El marqués de Baides, inducido por su índole a una política diametralmente opuesta a la de su antecesor, el belicoso Lazo de la Vega, respecto de los araucanos, se dirijió a ajustar con ellos las famosas paces jenerales que llevan su nombre, «las paces de Baides», i el padre Rosales le acompañó al parlamento de los llanos de Quillin, situados a corta distancia de Lumaco, en calidad de consejero, de amigo, i sobre todo, de jesuita. El marqués de Baides, como Alonso de Rivera, en su segundo gobierno, i como Oñez de Loyola i el presidente Gonzaga, en el trascurso de dos siglos de uno al otro, fueron todos gobernadores hechuras de los jesuitas o amoldados con infinita habilidad a su escuela. El mismo Rosales, que salió de Concepcion con el campo castellano rumbo de Quillin el 6 de enero de 1641, refiere en su *Historia* diversas incidencias de aquellá pacífica campaña.

«El padre Rosales tuvo un puesto conspicuo en el parlamento de Quillin. Es cierto que con su natural modestia, ni una sola vez desmentida en el curso de su escrito, sino al contrario confirmada

con hechos verdaderamente preclaros; es cierto, decíamos, que en aquella ocasion solemne cedió el puesto de honor, que era el de la *arenga jeneral* con que se abria el parlamento en nombre del rei, a su colega i amigo el padre Juan de Moscoso, quien, por ser natural del reino (hijo de Concepcion) le aventajaba en la soltura con que vertia la lengua de los naturales; pero lo que pone de relieve la importancia política alcanzada ya por Rosales en esa época, es que el marqués de Baides le confiara la pacificacion de los pehuenches, así como él en persona habia logrado desde años atras la de los huilliches o araucanos propios.

«Completa i rápida fortuna acompañó al embajador jesuita en este primer viaje al corazon de la cordillera, pues trajo de paz todas las tribus inquietas, i ademas recojió en aquella jornada nociones preciosas de jeografía, de botánica i aún de jeolojía, cuya ciencia apénas era en su época una especie de nube que envolvia la tierra desde los dias del Jénesis. El primer libro de su *Historia*, consagrado a las tradiciones de ritos de los indios, el entendido jesuita hace caudal de aquellos reconocimientos, que a su juicio, entre otras deducciones científicas, dejaban certidumbre natural de la universalidad del diluvio»[1].

Dos años mas tarde (20 de abril de 1643), le escribia al padre Luis de Valdivia lo siguiente: «Este año fuí a la campeada con el campo de Arauco; pasamos por la costa, visitando las nuevas poblaciones de amigos, i en todas partes nos salian a recibir a los caminos con camaricos. Fuíles dando noticia de Nuestro Señor, i predicándoles los misterios de nuestra santa fe, que oyeron con gusto. Rezaban las oraciones con aficion. Dos veces he entrado por la costa a predicarles, i es para alabar a Dios ver una jente ántes tan feroz, tan domésticos i tratables, i cuan capaces se hacen de las cosas de Dios, i el gusto con que reciben la fe.

«En la campeada se juntaron con el gobernador todos los caciques de la costa i de la Imperial, i despues de sus parlamentos

1 *Introduccion* citada.

i de haber tratado de la firmeza de la paz, i que no fuesen como los otros, que tenian dos corazones, me dijo el gobernador que les predicase los misterios de nuestra santa fe, i les dijiese cómo el fin de S. M. en sustentar aquí las armas era para que fuesen cristianos, i que a eso se enderezaban estas frases. Prediquéles largamente dándoles a conocer a su Criador, i los medios por donde se habian de salvar, i todos dijieron que ya tenian un corazon con los cristianos i que querian ser de una lei i relijion i que recibirian el agua del santo bautismo. Pidieron algunos al gobernador nos dejase allá, i el padre Francisco de Vargas, flamenco, i yo, hicimos harta instancia con el gobernador para que nos dejase en la Imperial, que seria de gran provecho para confirmar a aquellos antiguos cristianos en la fe i bautizar sus hijos; mas, como acababa de publicar la guerra a los de la cordillera, que están cerca, no quiso porque no corriésemos algun riesgo».

«He salido razonable lenguaraz, le añadia, i creo que no anda en las misiones quien me gane, si no es el padre Juan Moscoso, que es criollo, i a mas, que la ejercita. Estamos tres padres aquí en Arauco, tres en Buena Esperanza i cuatro en Chiloé. Mucha jente es menester ahora para estas nuevas misiones, que necesitan de operarios fervorosos. ¡Dios nos dé su espíritu, i nos los envie»![5]

Continuando en seguida su relacion al padre Valdivia de las cosas de Chile, le agregaba: «Habian vivido los padres en el Castillo, donde V. R. los dejó, i yo tambien algunos años con el padre Torrellas, (que ya se fué a gozar de Dios cargado de merecimientos) i viendo la estrechura e incomodidad de habitacion, hice fuera del Castillo una iglesia mui buena, que se aventaja a la del colejio de Penco, i voi edificando la casa para nuestra habitacion, grande i capaz para muchos misioneros, para que desde aquí puedan ir la tierra adentro»[6].

Incendiada mas tarde la iglesia por el descuido de un mucha-

5 Ovalle, *Histórica relacion*, páj. 315.
6 Id., *id.* Leon Pirelo lo único que conocia de Rosales eran estas cartas publicadas por Ovalle. Véase el *Epítome*, t. II, col. 656.

cho, volvió el animoso jesuita a reedificarla aún con mas esplendor.

No habian sido escasos los servicios prestados por Rosales en el parlamento de Quillin, para que no acompañase a su segunda celebracion (24 de febrero de 1547) a su íntimo amigo el presidente Mujica. Pero de nuevo, cual si se le obligase a salir a despecho suyo, regresó a su mision de Arauco a seguir en la conversion de los indios i en los demas ministerios de su oficio.

«Toma desde aquí arranque la parte mas brillante i mejor conocida de la vida militante de Diego de Rosales.

«El misionero se hace soldado i el soldado se hace héroe.

«Vuelto a España el marqués de Baides, a la vista de cuyas costas encontró glorioso fin (1646), i muerto tristemente por un tósigo el presidente Mujica en su propio palacio de Santiago, perdió el reino sus hombres mas prudentes, i Rosales sus mejores amigos. A uno i otro sucedió un mandatario inepto, atolondrado i de tal modo codicioso, él i su esposa, que entre ambos i dos hermanos de ésta, llamados don Juan i don José Salazar, pusieron el esquilmado reino a saco i lo precipitaron en el último abismo de su perdicion i menoscabo.

«Pero vamos a contar únicamente la parte que al padre Rosales cupo en heroísmo i sufrimiento en aquella gran catástrofe.

«Antes de regresar de Penco a Santiago donde debia de morir a los tres dias «de bocado», dejó el presidente Mujica, órdenes al segundo jefe de las fronteras, el veterano Juan Fernandez Rebolledo, para que repoblase la Imperial, desolada desde la gran rebelion de hacia medio siglo (1600). Pero el entendido capitan juzgó mas acertado establecer aquel punto estratéjico en el antiguo asiento de Boroa, siete leguas hácia el sudeste de la antigua ciudad consagrada a Cárlos V, pero siempre a orillas del Cautin i en su confluencia con el rio de las Damas.

«Como Arauco era la garganta del país de los indios rebelados i la puerta de su entrada, así Boroa era su corazon, i por esto habíase asentado allí hacia cuarenta años el bravo Juan Rodulfo Lisperguer, pereciendo en una celada con todos sus secuaces, cuyo

desastre fué la victoria mas cruel i mas completa de los araucanos despues de la muerte de Valdivia i de Oñez de Loyola (1606). Boroa está situado en el riñon de la Araucanía, equidistante entre Penco i Valdivia, i en medio de colinas blandas i boscosas densamente pobladas.

«Como corrian tiempos de paz, la eleccion de los misioneros de Boroa hacíase asunto capital de buen gobierno i de buen éxito. «Pidió, dice el propio Rosales del gobernador Mujica, al pa«dre Luis Pacheco, vice provincial de la vice-provincia de Chile, «dos padres de buen celo i espíritu para esta mision, sabios en la «lengua de los indios i del agrado i virtud necesarios para tratar «con jente nueva. I habiéndose encomendado a nuestro Señor i «mandado hacer en la vice provincia muchas oraciones para es«cojerlos, elijió al padre Francisco de Astorga, rector de la mi«sion de Buena Esperanza, i por mi buena ventura me señaló a «mí para su compañero»[7].

«El que fundó esta mision fué el padre Diego Rosales, i con el mucho celo que tenia de la salvacion de las almas, salió por toda la tierra a correrla i rejistrarla, publicando el santo evanjelio por las tierras de la Imperial, hasta la costa o boca del rio, que en sus márjenes por una i otra parte están mui pobladas de jente, Maquehua, Tolten alto i bajo; i en fin no dejó paraje de mar o cordillera que no corriese entre los rios de Tolten i Cautin o Imperial, viendo i predicando a todas aquellas naciones i provincias. I era tan bien recibido el padre que los caciques andaban a porfía, sobre cuál habia de ser el primero que mereciese en sus tierras al padre, para ser instruido i que su familia recibiese el agua del baustismo. Viendo tan buena disposicion hacia levantar iglesias, donde los juntaba a rezar, principalmente a aquellos que eran cristianos antiguos, de que solo la memoria de que fueron bautizados les habia quedado. Encontraba a muchos españoles, que habian sido cautivos cuando muchachos o niños, que ya no se acordaban de lo que fueron, ni de la fe que recibieron; juntaba

7 *Introduccion* citada.

a todos éstos, les esplicaba sus obligaciones, los instruia i confesaba a muchos de aquellos infieles que con ánsias le pedian el bautismo despues de instruidos.

«Mas el enemigo del linaje humano procuraba estorbar este fruto por medio de hechiceros que con sus dichos i artes diabólicos les hacian creer a aquellos bárbaros sus patrañas i embustes. Persuadíanles a que tenian poder de curar sus enfermedades, haciendo con los enfermos muchas pruebas, como sacarles aparentemente las entrañas, lavarlas i volvérselas a entrar sin que quedase señal, con otras invenciones, para persuadirles el poder del demonio, i que le llamen en sus aflicciones i enfermedades, sin admitir a los padres sacerdotes. Todas estas marañas deshacia el padre Rosales con la luz de la verdad, dejándoles persuadidos, que todo era engaño del demonio, como sucedió con un indio de Maquehua que se estaba muriendo. Fué el padre a verle i a todos los suyos los halló mui llorosos, porque le perdian despues de haber gastado su hacienda en hechiceros. Pidiéronle algun remedio, i el padre respondió que él no usaba ninguno para el cuerpo, que solo tenia uno espiritual para el alma, i este era el bautismo, que sin duda ninguna le daria la salud del alma i la del cuerpo, si conviniese. El indio que casi tenia pedida el habla, pidió el agua del bautismo, instruyóle, i juzgando que aquel dia habia de morir, le bautizó. Mas, Dios que queria acreditar la predicacion de sus ministros, dispuso que sanase de aquella enfermedad; que un hermano del enfermo alcanzó al dia siguiente al padre, i le dijo como ya estaba bueno su hermano con aquella medicina del alma.

«Tambien convirtió a muchas hechiceras en otra mision o espedicion de éstas. En las cuales fué célebre la de un famoso hechicero, que por las apariencias que hacia de sacar entrañas, ojos i lengua de los indios i volverlos a su lugar, era el mas célebre de toda la tierra i a todos los tenia embelesados.

«Deseoso mucho el padre de avocarse con este indio, a ver si podia con el favor de Dios quitar este lazo de Satanas, i romper esta red, que llevaba tantas almas al infierno, fué hácia su tierra

i predicó contra los engaños del demonio, esplicándoles quién era i la enemiga que tiene con nuestras almas. Despues llamó al tal hechicero aparte i le dijo lo mucho que tenia enojado a Dios por sus grandes pecados, dándoselos a conocer; porque a él le parecia que aquello era bueno i se justificaba diciendo que hacia bien a muchos, curándoles sus enfermedades, adivinándoles quién les habia hurtado sus haciendas, descubriéndoles quiénes eran sus enemigos ocultos, que les mataban sus hijos i parientes, que él (decia) predicaba a los ladrones que no hurtasen, i a los hechiceros, que ocultamente mataban con veneno, i así que a él no tenia que decirle nada, porque él hacia cosas buenas. Estaba tan iluso i rebelde, que no se podia alcanzar de él cosa buena. Solo le rogó el padre que cojiese una cruz que le daba, i la trajese consigo; esperando que a vista de esta santa señal habria de huir el demonio para que entrase en su alma la luz del conocimiento.

«No la quiso recibir, ántes se fué mui enojado contra el padre porque le persuadia a dejar su oficio de tanto bien para toda la tierra, i de tanto provecho i utilidad para él. Porque cuantos iban a preguntarle o a curar sus enfermos, le pagaban mui bien. Conoció el padre que este jénero de demonios no se lanzaba sin la oracion i el ayuno; por lo cual cojió mui a pechos encomendar a Dios aquella alma, para que el demonio quedase confundido. Volvió a exhortarle de nuevo, i solo dijo: «Muchas cosas he revuelto en mi corazon con lo que me has dicho estos dias». Cobró con esto nuevas esperanzas el padre; i prosiguió siguiéndole hasta que se rindió al verdadero Dios, i desechó de sí al demonio renunciando a él; pero puso por condicion que habian de venir en ello todos los caciques. Admitió el padre la condicion, i en la primera plática que tuvo trató con los caciques; que no habia de haber dungul (así llaman a estos adivinos) en sus tierras; i que pues, todos recibian la lei de Dios, i su adoracion, que era fuerza que todos renunciasen al demonio, i le echasen de ellas para que solo Dios reinase. Respondieron todos: «desde que entrasteis en nuestras tierras, recibimos a Dios: i así todo lo que

«fuese contrario a su lei, desde luego lo queremos dejar»; i volviéndose al hechicero, le dijeron que dejase el trato con el demonio, i le apartase de sí, pues todas sus obras eran falsedad i mentira.

«Recibió con gran fervor el agua del bautismo, haciendo muchos actos de contricion i detestacion del demonio. Ni queria apartarse del padre, para que le enseñase las cosas de la lei de Dios; seguíale adonde iba i aprendia con gran afecto los cantares de devocion i del santo nombre de Jesus para invocarle con ellos en vez de los que cantaba para llamar al demonio. Convirtióse tan de véras, que diciéndole el padre que le refiriese los cantares que el solia cantar, respondió: «No me mandes que los «diga, ni me acuerde de ellos, no piense el demonio que yo le «vuelva a llamar, teniendo ya a Dios en mi corazon». Alegróse el padre de oir tan buena respuesta, i mucho mas cuando le dijieron que aquellos dias le habian venido a consultar de léjos diferentes indios, i traídoles paga, para que supiese del demonio varias cosas, i que a todos los habia despedido, diciéndoles: «Ya «no trato de eso; ya soi cristiano, i tengo a Dios en mi corazon. «Ya he conocido los engaños del demonio, a quien de todo punto «he dejado; no me trateis mas de eso, que es darme pesadum«bre». Vino al padre a pedirle remedios para librarse de la persecucion de tanta jente como venia a pedirle que hablase al demonio, haciéndole muchas lástimas, llorando con su enfermo: el otro con su hijo o pariente enfermo, para que les dijiese quién se lo habia muerto; i son tales las lástimas que hacen que movieran una piedra. Armóle el padre contra estas tentaciones del enemigo con santas palabras i consideraciones; dióle una cruz, para que la trajese siempre consigo, i le sirviese de escudo contra los tiros del enemigo. Recibióla con veneracion, i la guardó en una bolsita.

«Prosiguió el padre su mision hasta llegar a Tolten el bajo, que es junto al mar. Viéronse allí los padres que de Valdivia andaban aquella mision; donde despues se puso una mision útil. Viéronse así los padre con grande consuelo; i juntos fueron haciendo

mision por toda la costa, doce leguas hasta la Imperial, enarbolando en todas partes el estandarte de la cruz i dando noticias, a los indios que habitaban por aquellas montañas, de la lei de Dios. Era grande el gusto con que recibian a los padres, porque son indios dóciles i de buenos naturales, i con ser este año de grande carestía i hambre, tanto que los indios andaban haciendo yerba por los campos, sustentándose con hojas de nabos i raíces de achupallas i sus tallos, a los padres proveian los caciques con abundancia; de suerte que tenian con que hacer limosna a los pobres, dándoles pasto espiritual i corporal para que no desmayasen en la vuelta los que habian venido a buscar la salud del alma.

......«Cargados de semejantes trofeos i palmas conseguidas del enemigo comun, volvian los padres de sus espediciones, habiendo dado a conocer a Dios por todos aquellos llanos i montes, sin que hubiese quien se escondiese de su fervor i celo, dejando catequizados a muchos, muchos confesados de los cristianos antiguos, i a los bien dispuestos bautizados, a su fuerte de Boroa, no a descansar sino a trabajar con mayor fervor con los indios i españoles, de quienes, siempre que estaban en el fuerte, con las exhortaciones i pláticas procuraban desarraigar los vicios que se introducen con la libertad de la soldadesca, poniéndoles a la vista el buen ejemplo que debian dar a los indios bárbaros para que cobrasen amor a las cosas de nuestra relijion, viendo en ellos vida ajustada a los santos mandamientos; porque si ellos no los guardaban, siendo de profesion cristianos, ¿cómo, dirán ellos, quieren que nosotros los guardemos, viviendo atentos a las acciones de los españoles? Con semejantes pláticas quitaron muchos amancebamientos, la mala costumbre de jurar, con otros pecados.........

..... «Con la ocasion del hambre que padecia la tierra, venian muchos indios al fuerte, que todos esperimentaban la caridad de los padres; quienes con el socorro corporal procuraban introducir el espiritual, enseñándoles ántes a rezar, i disponiéndoles para el bautismo. Entre éstos uno cayó tan enfermo perdiendo el habla i el juicio ántes de acabar de instruirle, que puso en mucha afliccion a los misioneros. Mas, mediante sus fervorosas oraciones,

fué Dios servido que el indio recobrase el habla i sentidos el tiempo que fué necesario, para instruirle i bautizarle, muriendo luego para gozar de la eterna bienaventuranza»[8].

«Encontrábase ocupado Diego de Rosales con Juan Fernandez Rebolledo en plantear la fortaleza i casa de conversion de Boroa cuando hizo su entrada en el reino el funesto don Antonio de Acuña, cuyo es el nombre del mal soldado i detestable gobernante que hemos dicho sucedió a Mujica (1650).

«Puesto desde el primer dia por Acuña i sus deudos en ejecucion su plan de saqueo de haciendas i robo de indios, llamados éstos últimos simplemente «piezas», para venderlos en las minas del Perú (en cuyos distritos aquél habia sido correjidor) comenzó de nuevo el sordo fermento de las tribus, mal apagado por las paces de Baides.

«Empeñáronse desde luego los dos cuñados del gobernador, nombrado por su hermana el uno maestre de campo jeneral, i sarjento mayor el otro de los tercios españoles, que eran los dos puestos militares mas altos del reino, en maloquear las reducciones de la cordillera para robarles sus hijos, i comenzaron a convocarse los espoliados caciques para tomar las armas; receloso de mal suceso el gobernador, suplicó al padre Rosales se dirijiese a Boroa a apaciguar con promesas a los pehuenches, los puelches i otras tribus belicosas que habitan en el interior de los valles andinos.

«Ejecutó de buen grado i con su acostumbrada buena estrella esta penosa mision el padre misionero, pero exijiendo ántes del gobernador i sus rapaces cuñados garantías de lealtad en el cumplimiento de sus pactos, porque el padre no solo era hombre de bien, sino que amaba sinceramente a los indios, cuyos vivos sentimientos viénense a los puntos de su pluma en cada pájina de su libro.

«Pasó el animoso misionero en esta escursion hasta las famosas lagunas de Epulabquen, situadas en el riñon de la cordillera

8 Olivares, *Historia de los jesuitas en Chile*, páj. 397 i sigtes.

de los Andes, frente a Villarrica, i que no deben confundirse con las que llevan el mismo nombre en las dereceras del Nevado de Chillan, donde siglos mas tarde encontró su desenlace el sangriento drama de los Pincheiras, en el primer tercio de este siglo (1832).

«Atrajo el incansable misionero jesuita a la obediencia a los indios descontentos e irritados, al punto de regresar a Boroa acompañado de cuarenta caciques principales que ofrecieron humilde vasallaje a sus espoliadores.

«No perdió tampoco aquella ocasion el fervoroso jesuita para predicar, convertir i bautizar cuantas cabezas i almas pudo haber a mano[9]; i al propio tiempo trajo consigo de las mesetas andinas numerosas muestras de conchas i petrificaciones jeolójicas, que acusaban ya el estudio asiduo del naturalista i del historiador. Tenia esto lugar en el estío de 1651—52.

«Concluida aquella campaña diplomática, espiritual i filosófica con tan prósperos resultados políticos, el misionero volvió a encerrarse en Boroa, cuyo fuerte habia sido confiado a un capitan llamado Juan de Roa, tan cebado en la rapiña de indios como sus jefes inmediatos los dos Salazar[10].

9 «A distancia de dos leguas del rio de la Imperial i media del mar, camino de Tolten, se pasa la laguna de Budi, célebre por los indios que la cercan i por las islas que hace, donde se recojen los enemigos para defenderse de los asaltos i malocas de los españoles.... El año de 1652 que dieron la paz estos indios de Budi, agrega nuestro autor, anduve por todas sus islas i lagunas predicándoles el santo Evanjelio a aquellos infieles i dándoles noticias de los misterios de nuestra santa fe, que nunca habian oido, i me recibieron mui bien i se baptizaron muchos». *Historia*, t. I, páj. 254.

10 Con motivo del alzamiento, el conde de Alba de Aliste, virei del Perú, comisionó a don Alvaro de Ibarra para que siguiese en Chile tres causas, contra don Antonio de Acuña, contra los culpados en su deposicion, i por fin, contra don Juan de Salazar, cuñado del ex-presidente. El año de 1658, don Alvaro, en cumplimiento de órdenes superiores, hizo una especie de resúmen de los autos para elevarlo al rei, i en esta pieza aparece en varias ocasiones la deposicion del padre Rosales. Si hubiésemos podido conocer el espediente orijinal, es casi seguro que hoi estaríamos en posesion de datos importantes sobre la vida de nuestro autor, porque, como es sabido, esas declaraciones contienen de ordinario la edad del declarante i varios otros particulares. Por desgracia, solo ha llegado a nuestro poder el resúmen del comisionado del virei, intitulado *Relacion que haze a su Magestad el doctor don Alvaro de Ibarra ajustada a los auttos que processó y se remiten juntamente sobre el estado y alzamiento General de los Indios del Reyno de Chile*, del cual aparecen los pormenores

Llegó a tal punto aquel inhumano procedimiento[11], que, a pesar de las ardientes protestas del padre Rosales i de su compañero de mision Francisco de Astorga, plantóse en la Araucanía una verdadera trata de esclavos como en la Nubia, haciéndose Boroa, como punto central del territorio, el mercado mas concurrido de aquel horrible tráfico.

«Amenazó de nuevo la conflagracion por el lado de los Andes, i los ladrones de hombres que gobernaban el reino, encubiertos en las faldas de una mujer, volvieron a recurrir al influjo de Diego de Rosales entre los pehuenches para aquietarlos.

«Aceptó otra vez aquel encargo peligroso el jesuita cual cumplia a su obediencia, o mas propiamente a su magnanimidad. Pero exijió esta vez prendas mas positivas de honradez de parte de las autoridades, i no consintió en emprender su jornada si no se le entregaban previamente mas de quinientos cautivos que los Salazar i Juan de Roa tenian en sus corrales, a fin de restituirlos él mismo a sus desolados hogares.

«Aceptó otra vez esta condicion el gobernador, que era tan de-

que iremos dando i que revelan la vasta injerencia que cupo a Rosales en los sucesos de esa época.

En lo tocante al militar aludido en el texto, espresa el jesuita: «Que se ha persuadido que Joan de Roa procedió con malicia en esta jornada, respecto de que a una india que se cojió en ella, hija del cacique nuestro amigo Lorenzo, quiso vender por esclava en Boroa, i que habiéndoselo impedido él i otros relijiosos de la Compañía de Jesus, pocos dias despues la vendió por esclava en la ciudad de la Concepcion, i llevándosela el comprador para que la examinase, aunque la india en su confesion dijo que su padre era cacique rebelado, el relijioso la conoció i reconvino, diciéndole que cómo decia que era su padre de los que se habian rebelado, si la conocia por haberla bautizado en Boroa, i sabia que era hija del cacique Lorenzo nuestro amigo, i entónces la india llorando respondió que Joan de Roa la habia inducido respondiese aquello porque la comprasen, i que temerosa de alguna molestia negaba a su padre, i con esta noticia el comprador deshizo el trato, i sin embargo persistió en venderla Joan de Roa, pues doña María de Salazar, sin saber lo que habia sucedido, hizo que este relijioso se la examinase, i le encargó la conciencia, diciéndola que aquella era libre i que no podia ser vendida, etc.».

11 «I refiere el padre Rosales, dice con este motivo don Alvaro de Ibarra, que don José de Salazar atormentó otros indios, con pretesto de que eran hechiceros, i uno quedó tan lisiado de los brazos que no podia comer sino por mano ajena, i que para mover a lástima i compasion a los demas indios solia decir: «Mirad cuál me han puesto los españoles sin causa ni razon»; lo cual fué público en Boroa, i se le quejó el indio con las mismas razones. I añade que los caciques principales de aquella frontera dieron queja de este agravio a don Antonio, a que no puso remedio, porque lo desvaneció don José».

senfrenado en la codicia como irresoluto en las medidas, i Rosales volvió a salir de su pajiza celda conduciendo al seno de las cordilleras los cautivos de aquellos insaciables Faraones.

«Dirijió en este tercer viaje el jesuita su rumbo por la parte austral de las cordilleras, i penetró hasta la laguna de Nahuelhuapi, frente a Osorno, dando la vuelta tan pronto como dejó sosegados los ánimos i bautizados todos los párvulos a que su valiente dilijencia dió alcance en aquellas asperezas. En un pasaje de su *Historia* menciona con cierta suprema felicidad el nombre del primer puelche en cuya sucia chasca vertió el agua purificadora de la gracia. Llamábase éste Antulien.

«Entró i salió de los Andes en esta campaña el misionero de Boroa por el boquete de Villarrica, del cual da los detalles mas prolijos en su *Historia*, revelando que es un paso llano, así como el de Chagel, situado en su vecindad, «el cual dice (de el de Villarrica) se pasa sin penalidad ninguna, por ser *toda una abra*, i al fin della una pequeña subida».

«En este viaje pasó Rosales a vado el Tolten, «con el agua a las rodillas del caballo», en el verano de 1652—53, i a su regreso visitó las minas de sal de Chadigue, de que hace minuciosa descripcion en el libro segundo de su *Historia;* i las cuales constituyen la mayor riqueza i comercio de los indios pehuenches. Son fuentes salinas sumamente abundantes que se evaporan en diversos arroyuelos, dejando gruesas capas de alba sal, que aquellos cojen i venden a los araucanos del interior. Este comercio existe todavía.

«Cuando el infatigable misionero regresaba a los llanos, en el verano de 1653—54, encontró que el ejército español, a las órdenes de Juan Salazar, se dirijia con el pretesto de castigar a los indios de Carelmapu i de Valdivia por el asesinato alevoso de unos náufragos, a robar «piezas» en los llanos de Osorno, de modo que se halló presente en la total i miserable derrota de aquel ladron de niños ocurrida a orillas del rio Bueno, el memorable 14 de enero de 1654.

«En esta ocasion los indios acaudillados por los bravos mesti-

zos que habian nacido de las cautivas de las siete ciudades, pelearon tras de trincheras i con armas de fuego. Cuenta el mismo Rosales que una de sus balas cayó a sus piés. Sucedió esto en el vado llamado del Coronel.

«Alentados los indios con aquel castigo de sus opresores, hicieron viajar secretamente su flecha desde el rio Bueno al Maule i desde Carelmapu, en la costa del Pacífico, a las cordilleras de Atico, i quedó acordada una rebelion jeneral que sobrepasaria en estragos, en venganzas i en horrores, a las dos que la habian precedido en tiempo de Valdivia (1553) i del gobernador Loyola (1599)[12].

«Por las relaciones íntimas i afectuosas que el padre Rosales mantenia entre las tribus araucanas, i no obstante la veleidad de éstas, o talvez en razon de ella, supo o sospechó aquél en tiempo el plan de los conjurados en su asilo de Boroa, i dió contínuos avisos, pero en vano, a las autoridades militares del lugar i del reino. Mas, estaban de tal modo engolosinados en el botin los Salazar i su hermana la gobernadora, que a nada, ni siquiera al cuerno de guerra que tocaba al arma en todos los valles, prestaban oidos aquellos incorrejibles espoliadores.

«Al contrario, contra las advertencias cautelosas de Rosales[13] i de su colega el padre Astorga, tan avisado como él, el aturdido maestre de campo, jeneral Juan de Salazar, abandonó el reducto de Boroa en los primeros dias de enero de 1655, llevándose todo el ejército para hacer una campeada de rapiña en ámbas márjenes del Tolten. I no solo condujo consigo los tercios veteranos sino los indios amigos de las reducciones vecinas i la mayor parte de la guarnicion de Boroa, incluso a su capitan i castellano

12 «I aunque el padre Diego Rosales, agrega Ibarra, espone que como persona que ha entendido en las misiones de los indios muchos años, juzga que serán mas de cien mil almas las que se rebelaron desde Maule a Valdivia, me dijo estrajudicialmente que sin duda seria mucho mayor el número».

13 «El padre Diego de Rosales de la Compañía de Jesus, declara que propuso a don Juan no saliese a esta jornada, porque los indios, luego que lo supieron, le pidieron se lo propusiese así; a que respondió el dicho don Juan mui enfadado: «Si V. P., siendo relijioso, me dice eso, ¿qué mucho que otros me digan lo mismo?»

don Francisco Bascuñan i Pineda, autor del *Cautiverio feliz*. Todo lo que quedó en Boroa con los dos padres conversores fueron cuarenta i siete soldados, al mando de un oficial bisoño llamado Miguel de Aguiar.

«Debia ser la señal de la conflagracion jeneral la llegada dél ejército a orillas del Tolten, i así sucedió que acampado allí Juan de Salazar, los primeros en volver sus lanzas contra él fueron los indios amigos de Boroa que le acompañaban.

«Con su cobarde atolondramiento de costumbre, Juan de Salazar pricipitóse con su ejército desmoralizado i hambriento hácia Valdivia, sin hacer frente a los sublevados, como con voces de soldado pedíaselo el pundonoroso Bascuñan, i embarcándose como un prófugo en aquel puerto para Penco, dejó degollados en la playa, entre caballos i reses, siete mil animales.

«No fué menor ni ménos infame el aturdimiento de su hermano, el sarjento mayor i segundo en el mando militar José Salazar, que guarnecia la inespugnable plaza de Nacimiento con mas de doscientos buenos soldados. Atropellando por todo consejo i todo honor, hizo el despavorido capitan amarrar balsas i echólas al Bio-Bio en la estacion del año en que apénas es flotable para trozos de madera, de suerte que despues de haber hecho encallar las embarcaciones que conducian las familias de la guarnicion de Nacimiento, frente a San Rosendo, entregándolas al cuchillo de los enfurecidos bárbaros alzados, sucumbió él mismo con el último de sus soldados, atascado en la arena en el paso de Tanaguillin, entre Gualqui i Santa Juana. Allí le atacaron los indios por una i otra márjen, i peleando en el agua con indomable fiereza, no dejaron un solo hombre con vida.

«Con mayor vergüenza todavía, abandonó el gobernador, tan cobarde como sus cuñados, la plaza fuerte de Yumbel, donde se hallaba cuando estalló la rebelion, i huyendo como un gamo, seguido de innumerables familias que dejaban sus hijos tirados en los campos i de soldados sin honor que arrojaban sus pesados arcabuces en el sendero, encerróse en el fuerte Penco, donde fué depuesto con ignominia por sus propias tropas indignadas.

«Todas las posesiones españolas fueron al mismo tiempo arrasadas hasta el Maule, arrojándose los pehuenches, mas feroces todavía que los araucanos, porque son ménos bravos, sobre las haciendas de los españoles, matando i cautivando mas de mil familias i causando daños que en aquella época de comparativa penuria fueron valorizados en ocho millones de pesos: el botin de ganados pasó de trescientas mil cabezas.

«Aún la plaza de Arauco, llave maestra de la frontera, defendida durante un corto tiempo animosamente por un soldado natural de Navarra llamado José Bolea, hubo de ser evacuada, retirándose su guarnicion por mar a Penco.

«Solo esta ciudad fuerte no habia caido en manos de los bárbaros, pero teníanla en tan contínuo sobresalto que en una ocasion se robaron los indios un sacristan del atrio de la catedral.......

«Tal era el lastimoso aspecto del reino un siglo despues de su conquista i ocupacion por los castellanos, reducidos ahora únicamente a las ciudades de Santiago i de la Serena, arruinadas ámbas por un espantoso terremoto (1647). Todo lo demas habia vuelto a ser indíjena.

«Pero en medio de aquella desolacion jeneral quedaba todavía un muro en que se guardaba con honor la bandera de Castilla.

«Era ese muro una simple estacada de rebellines de roble defendida por el consejo i el ejemplo de dos monjes de pecho levantado.

«Hemos dicho que la recien fundada fortaleza i mision de Boroa habia sido desamparada por el maestre de campo Salazar, quien léjos de regresar a ese punto estratéjico, huyó para la costa desde el Tolten»[14].

«Del fuerte Boroa que tenia cien soldados de presidio, sacó el maestre de campo para la jornada que intentaba hacer a las tierras de Cunco, los mejores soldados, dejando solos en aquel presidio cuarenta i siete sin bastimento, ni municiones o mui pocas, como en tiempo de paz. Cuando a los cuatro dias de que pasó

14 *Introducion* cit.

el maestre de campo tocaron armas, que los indios estaban alzados i andaban corriendo la campaña, i cautivando algunos soldados, que con la seguridad de la paz vivian fuera del fuerte con sus mujeres e hijos, como tambien robaban los ganados i caballos que tenian en los potreros: algunos españoles i mujeres que se escaparon huyendo, vinieron a dar parte al fuerte de cómo toda la tierra estaba alzada. Al punto el capitan mandó cerrar el fuerte, dispuso la poca jente que tenia para defensa i ordenó lo que en un caso repentino e inopinado, le dictó el aprieto i le dejó discurrir la turbacion.

«Encerró en la guardia todos los indios e indias que habia en el fuerte, que por el amor que tenian a los españoles los habian venido a servir, i recibido con nuestra santa fe, el agua del bautismo. Recelando el capitan que se hiciesen a una con los de su nacion, i que miéntras los soldados estuviesen peleando, ellos diesen entrada al enemigo, o quemasen el fuerte, cojió la resolucion de degollar aquellos miserables inocentes indios, dando i aprovechando su dictámen los soldados diciendo que de los enemigos los ménos, i que, pues ellos habian de morir, que no podian escapar de tanto número de enemigos, como venian sobre ellos, que muriesen tambien aquellos indios primero. Llegó a noticia de los padres esta resolucion del castellano i soldados, i le persuadieron a que no hiciese semejante crueldad i barbaridad, derramando la sangre inocente; que seria provocar a Dios a mayor castigo i al degüello de todos los españoles. Porque aquellos indios estaban inocentes del alzamiento, porque los indios que lo habian fraguado se habian recatado de ellos de que no lo supiesen, porque alguno no lo descubriese a los soldados a quienes servian; i seria crueldad i mal pago quitar las vidas a unos indios e indias que les habian venido a servir de su propia voluntad i recibido la fe con el santo bautismo, que si se recelaba de ellos i no los podian guardar, ni habia comodidad para sustentarlos, que los echasen puertas a fuera para que se fuesen a sus tierras i despues se volverian si las cosas se compusiesen. Dijéronles tambien que aquel era tiempo de obligar a Dios, usando de misericordia

para que Su Majestad la usase con nosotros, i que lo primero que debian hacer era confesarse todos, como quien estaba esperando la muerte, que todos debian recelar mucho por ser tan pocos, i los enemigos tantos millares, que con lágrimas de penitencia se pusieran debajo del amparo de María Santísima.

«Pareció bien a todos el consejo de los padres. Abrieron las puertas a todos los indios e indias para que se fuesen, en que yo juzgo estuvo su seguridad, que si hubieran hecho lo que intentaban, ¿cómo Dios los habia de haber ayudado? Fuéronse los indios, muchos contra su voluntad i llorando. Mas los padres los consolaron, que aquello era lo que convenia, que despues se podrian volver si las cosas se componian. Los indios enemigos alabaron la piedad de los españoles i la caridad de los padres, como despues lo mostraron i dieron a entender en ocasion. Confesáronse los soldados, diciendo sus pecados a voces i clamando a Dios, pidiendo a Su Majestad misericordia. Fueron a ofrecerse debajo del amparo de María Santísima en su santa imájen de nuestra señora de Boroa, que en otro fuerte que estuvo antiguamente, en el Nacimiento, defendió a los soldados milagrosamente de una gran junta de indios, i era grande la devocion que los soldados tenian a esta santa imájen, i fué grande el afecto con que se encomendaron debajo de su patrocinio, i la confianza grande que tenian de su auxilio. A la verdad esta santa imájen fué todo su amparo i felicidad, i la que les defendió del furor de tantos enemigos, la que les sustentó año i un mes de cerco i la que les sacó de él con tanto aplauso i honra, siendo los soldados de Boroa en aquellos tiempos el aplauso de la fama en hechos i valor, como se verá.

«La noticia del alzamiento llegó al fuerte, sábado 13 de febrero al anochecer; i el dia siguiente amanecieron las campañas llenas de indios que venian a gozar de los despojos del fuerte, i a llevar, segun pensaban, algun esclavo español o española a su casa. Venian con grande confianza de que todos eran suyos, sintiendo de que fuesen tan pocos, i ellos tantos que pasaban de seis mil i quinientos; i no les podia caber a pedazo de español. Em-

pezaron a hacer sus parlamentos por sus parcialidades. Despidieron el miedo a su usanza a vista del fuerte, haciendo estremecer la tierra con los golpes de los piés que dan en ella. Antes de acometer enviaron de cada parcialidad los caciques mas principales, su huerquen o mensaje a los padres, mui cumplido i con muestra de grande amor, diciéndoles cómo estaba alzada la tierra i que ellos, aunque con sentimiento suyo, habian venido en aquel alzamiento i habian de acometer el fuerte i ganarle; que saliesen con tiempo, que ellos les tendrán en su tierra con la estimacion que se debia a sus padres, a quienes amaban i estaban agradecidos a los muchos bienes que les habian hecho; que conocian que eran mui diversos de los españoles, i que de los padres no tenian queja, ni de ellos habian recibido algun agravio.

«Respondieron los padres agradeciéndoles sus consejos, i que les estimaban su aviso i buena voluntad; mas, que no podian dejar de asistir a los cristianos en aquel lance tan apretado, para confesarlos i ayudarlos, como tenian obligacion de asistir a sus hermanos, ni que el capitan les habia de dejar salir a estar entre enemigos rebeldes a la fe de Dios i al rei, i que quien no guardaba a Dios i al rei la fe i palabra que les habian dado, ménos se la guardaria a su ministro. Ademas de estos mensajes, se llegó el cacique Chicahuala cerca del fuerte, dejando a la vista sus tropas: llamó a un padre para hablar con él a distancia que se pudiesen oir, i le dijo lo mismo, i que sentiria que los padres cayesen en manos de los puelches, que son indios mas feroces i mas bárbaros; i así que se saliesen con tiempo, que él los tendria en su casa i amparo; que huyesen, que ya todo estaba a punto para dar el asalto i que dijiese a los españoles que ya se rindiesen en la confianza que era lo que mejor les podia estar; que con el fervor de la pelea no pereciesen todos, que conociesen cuan imposible era escapar de sus manos, por no tener esperanza de socorro de parte alguna; pues todos los españoles habian perecido en la Concepcion i en los fuertes i tercios. Conocíase que su piedad era finjida e impía.

«Respondió el padre con palabras de cumplimientos en cuanto

a su salida. Mas el capitan del fuerte le dijo, que para rendirse él i sus soldados, era necesario hacer consejo de guerra, como ellos hacian sus parlamentos; que dilatase el asalto para el dia siguiente, que le daria la respuesta. Díjole esto por ver si los podia entretener aquel dia para tener lugar de fortificarse; porque con la seguridad de que la tierra estaba en paz, no estába el fuerte como quisieran, i ahora con el repente no se habian podido fortificar mejor. A que respondió Chicahuala que no podia dar mas tiempo, que su jente estaba impaciente para acometer. El capitan dijo: «Pues, Chicahuala, sabe que mis soldados i yo esta«mos con grandes ánimos de pelear i morir en la defensa del «fuerte ántes que rendirnos; i así para luego es tarde; i espera«mos con el favor de Dios rendir tu soberbia i presuncion».

«Con esto (Chicahuala) llamó su jente, que con gran ímpetu, gritería i algazara, acometieron el fuerte por todos cuatro costados; derribaron la contraestacada, quemaron algunos ranchos que habia fuera, i ya les parecia que era suya la victoria. Acometieron a la segunda estacada, i hallaron tan valiente resistencia en los pocos soldados, que aunque gastaron todo el dia peleando no ganaron nada, sino la muerte de muchísimos indios, que como iban cayendo los iban retirando, arrastrándolos afuera porque no desmayasen los demas viendo tantos muertos. En este tiempo estaban los padres, como Moises en el monte de María, pidiendo a Dios por el buen suceso de los cristianos i pidiendo el favor de donde se podia esperar solo, que era de Dios por intercesion de su Santísima Madre; porque sin su ayuda i socorro era imposible salir bien de tan reñida batalla con tantos i tan sangrientos enemigos. Acudian a ratos a animar a los soldados, i a ver si les faltaban municiones, para hacerles proveer de ellas; oficio que cojieron a su cargo las mujeres acudiendo con gran solicitud de unas partes a otras, sin temor a las lanzas de los indios.

«Sucedió que estando en el fervor de la batalla, Cristo i su majestad quisieron dar a entender estaban en favor de los españoles en un milagro que acaeció, que luego que lo supieron los soldados, cobraron grande ánimo i esfuerzo contra sus enemigos,

i confianza de que habian de conseguir victoria. Fué que la imájen de un santo crucifijo i de la Vírjen María, que estaban en el altar con cuatro velas encendidas, comenzaron a sudar[15], viéndolo muchas personas que estaban allí haciendo oracion, pidiéndole a Dios i a su Santísima Madre favor en aquel aprieto.

«Repitióse esta maravilla las dos noches siguientes; porque viendo el enemigo cuan mal le iba en el asalto i la mucha jente que iba perdiendo peleando de dia, pareciéndoles que con la oscuridad de la noche, podrian mas fácilmente asaltar el fuerte i rendir, cautivar o matar a los españoles, se retiraron para acometer las dos noches siguientes, como lo hicieron con el mismo furor que ántes, perseverando en la pelea desde medianoche hasta rayar el alba, con lanzas, flechas, macanas i laquis, levantando los gritos hasta el cielo sus caciques i capitanes, i aún baldonándoles, porque tantos no acaban de rendir a tan pocos soldados. Usaron de mil trazas e hicieron varias invenciones para pegarles fuego dentro del fuerte, ya que no podian sujetarlos. Arrojaron hachones encendidos sobre las casas, que eran de paja seca que arde como yesca; tirábanles flechas de fuego que se clavaban en la paja, i otras invenciones que inventaron para abrasarlos vivos. Esto fué lo que mas atribuló a los cercados, i lo que les daba mayor cuidado, porque si se pegaba fuego a una casa todo se habia de abrasar por lo junto de ellas, i lo estrecho del fuerte. Los soldados hacian harto en defender la entrada del enemigo, que por varias partes intentaban. No podian dejar un punto la muralla por atender a apagar el fuego. Mas las mujeres anduvieron tan valerosas, que repartidas unas a dar municiones, i otras sobre las casas o ranchos, cuidaban de apagar el fuego que venia en las saetas.

«Pero quien, sin duda, lo apagó fué aquel rocío divino que las

15 «Procuraron los dos jesuitas, dice Carvallo, esforzar al capitan del fuerte, persuadiendo a aquellas jentes que una efijie de N. S. Jesucristo, i otra de la Vírjen Santísima habian sudado el primer dia que los indios atacaron la plaza, i reiteraron el prodijio la primera noche que los rebeldes repitieron el asalto....Pudo ser mui bien, que son diferentes los modos de que se vale Dios para manifestar su proteccion a los hombres; pero sea lo que fuere de aquel sudor, resolvieron mantenerse a todo costo». *Descripcion histórico-geográfica*, t. I, páj. 107.

santas imájenes derramaban en la serenidad de la noche; porque se vió manifiestamente que al tiempo del combate las dos imájenes derramaban el precioso rocío de sus rostros, pudiéndose decir que venia a instancias i súplicas de aquellos Jedeones, que delante de su acatamiento estaban pidiendo a Dios viniese como rocío soberano de socorro sobre aquella era donde sin su auxilio habian de ser trillados los que confesaban su santo nombre. Descendió tan favorable que ni el fuego prendió en la seca paja, ni los indios despues de tan porfiados combates consiguieron mas que la muerte de muchísimos de sus compañeros; i los que quedaban viéndose tan destrozados se retiraron con harta confusion suya. Porque habiendo venido tres veces de dia i noche, seguros de victoria, por ser tantos contra tan pocos, nunca pudieron contrastar aquel pequeño castillo. Conocióse evidentemente que Dios estuvo por los cristianos por la intercesion de su Santísima Madre, por haberse dispuesto los soldados i armados para la batalla con las armas, que les aconsejaron los padres, lo primero no haciendo aquella injusticia que habian intentado contra los indios inocentes, lo segundo confesándose i haciendo penitencia de sus pecados, que son la causa de sus calamidades.

«Pasadas estas batallas, mantuvieron los padres a los soldados en mucha virtud, apartando a las mujeres solteras que no viviesen entre los soldados, hacíanlos rezar todos los dias el rosario i letanías de Nuestra Señora, i que frecuentasen a menudo los sacramentos. De suerte que se podia decir que los padres mantenian sobre sus hombros aquel fuerte, con fervorosa oracion i ásperas disciplinas. Mantenian a los soldados con sus limosnas, que el padre Diego Rosales, como superior les daba; porque cautelando el alzamiento, encerró trescientas fanegas de granos que el padre con grande amor i agrado, les repartia por su mano. Mas, siendo ésta corta provision para trece meses de cerco, porque eran muchas las mujeres i chusma de muchachos que allí habian dejado los soldados que fueron con el maestre de campo, creció el hambre; i fueron muchas las ocasiones que aquella jente con su capitan tuvieron resueltos de ir a buscar víveres, de-

samparando el fuerte; queriendo mas morir peleando o cautivos que padecer una muerte tan penosa a rigor del hambre. Todas las veces que se hallaron en estos aprietos, confesó el capitan despues, que el padre Rosales los reprendia diciendo: «Hombres de poca fe, fien en Dios que no pasará el dia de mañana, sin que tenga alivio este trabajo». I aquella noche sin falta venia socorro al fuerte. Porque habia indios en perpétuas emboscadas, i a éstos Dios les movia a compasion i traian carne al fuerte, i otras cosas.

«Otras veces salian de noche a hacer presa en los ganados de los indios, como aves de rapiña. Pedian a los padres, por el concepto que tenian de ellos, que les señalasen dia, i fué cosa singular que siempre que el padre les decia: «Tal dia vayan», que regularmente eran dias de la Vírjen, nunca los indios pudieron apresar alguno, ni quitarles las presas de vacas i de caballos que traian para su sustento. Tambien oí contar a un don Pedro Riquelme, que entónces era cautivo, cómo un cacique principal de Boroa, padre de Antuvilce, a quien conocí mucho, secretamente favorecia a los españoles. Este traia ganado i lo ponia donde lo pudiesen cojer los españoles, i le encargaron que fuese a Valdivia, i les trajo pólvora. Despues premiaron a este indio».

«Hubo momentos, añade el señor Vicuña Mackenna, en que no obstante estos socorros providenciales, faltó el plomo en los baleros. Ocurrióse en tal apuro a la plata del servicio del castellano del fuerte, i cuando ésta se hubo agotado, el padre Rosales convertido en un verdadero Pedro el Hermitaño de aquella defensa entre los infieles, echó en las ascuas de la fragua los vasos sagrados, rasgo verdaderamente sublime de responsabilidad enrostrada al cielo por un monje en aquella tenebrosa edad i en aquel preciso sitio.

«Pero no solo dió el valeroso misionero a los soldados la plata de los altares para fundir balas sino que, desencuadernando los misales i hasta sus libros de devocion, hizo de ellos petos i corazas para los combatientes[16]....

16 «El padre Diego Rosales se halló allí con su compañero: apostólicos varones, a quienes se debió en mucha parte el triunfo de tan maravillosa constancia; i S. M. les mandó dar por reintegro o recompensa, seis mil pesos,

«En fin, el fuerte se mantuvo todo el tiempo dicho, aunque los indios le acometieron muchas veces. Mas, siempre se defendió aquella roca, aunque pequeña, haciendo mucho estrago en los enemigos sin hacer algun daño a los españoles, que es cosa digna de toda admiracion. Solo una vez se mató un soldado a sí mismo con la fuerza que hizo por quitar a un indio la lanza, que se la soltó a tiempo que con su mismo impulso se la atravesó por los pechos.

«Viéndose los indios que por fuerza no habian podido contrastar aquel castillejo tan pequeño i de tan poca jente, recurrieron al engaño. Para esto fueron ochocientos indios fronterizos bien armados i los mayores traidores, que mas sacrilejios i muertes habian hecho, i en dos noches caminando a la lijera en buenos caballos, se pusieron en el fuerte, diciendo a los españoles que venian a llevarlos, finjiendo mil patrañas i traiciones; porque en el camino habian hecho un parlamento, en que se determinó que en sacando a los españoles con maña o por fuerza no habia de quedar ninguno vivo ni aún los padres. Los soldados encomendaron a la Madre de Dios el suceso; i finjiendo que se querian ir con ellos, hicieron acarrear a las mujeres a la puerta del fuerte, entre los dos fosos los trastos i varias alhajas, para que las llevasen. Los indios pasaron el primer foso a cojer i a hacerse dueño de aquellas pobres alhajas, pensando que todo era suyo; i ya querian cantar victoria. Cuando al verlos divertidos en el pillaje dispararon una pieza i toda la mosquetería, con que hicieron en ellos un gran destrozo i los pusieron en huida, dejando lo que habian cojido. Quedaron muchos muertos i heridos, i entre ellos su sarjento mayor Huicalaf, que era cristiano i murió confesado; i su maestre de campo Lehuepillan, que era el mayor traidor i enemigo de los cristianos, el principal motor de los fronterizos i yanaconas; el cual despues del alzamiento, habiendo cautivado a una española hija de buenos padres, queriendo usar mal de su hones-

como tenemos visto en real despacho que en la Veeduría jeneral pára, en el que se espresa lo referido». *Historia de Chile*, páj. 264. La cédula a que se refiere Córdova i Figueroa, cuyas son las palabras anteriores, tiene fecha de enero de 1661, i existe orijinal en la Curia de Santiago.

tidad, ella se le resistió una i muchas veces, i por que no quiso condescender con su gusto le dió nueve puñaladas i la privó de la vida que gloriosamente ofreció a Dios en honor de la castidad por medio de este cruel tirano; que quiso Dios que en Boroa pagase sus maldades para que un fuertecillo como aquel humillase su soberbia, para que fuese su alma a penar para siempre sus delitos.

«Para solicitar socorro, se determinaron los cercados de enviar a la Concepcion dos indios a dar cuenta al gobernador del peligro en que estaban, ya sin bastimentos ni municiones. Animáronse a ir dos yanaconas de los mas fieles, i pasar de noche por toda la tierra del enemigo; los cuales confesados i comulgados, que fué su principal viático, se pusieron en camino, que fácilmente concluyeron con admiracion de todos los españoles de la ciudad de Penco i alegría del ejército; por ver personas del cerco i saber nuevas de sus personas i conmilitones. La llegada de este mensaje a la Concepcion puso espuelas al deseo que todos tenian de aventurar sus vidas por sacar de tan manifiesto peligro a los padres i españoles; aunque hubo algunas diferencias si convenia o no arriesgar todo el ejército por favorecer a tan pocos, mas prevaleció la opinion de los esforzados, i el padre Jerónimo Montemayor, rector de Buena Esperanza se ofreció a ir con el ejército.

«Pusiéronse en campaña hasta mil infantes con pocos caballos; i bien dispuesta la marcha caminaron en escuadron para Boroa. Quedaron en la Concepcion i en Santiago haciendo contínuas rogativas, penitencias i procesiones por el buen suceso del ejército, en que consistia todo el bien del reino; porque apénas quedaban en él mas soldados, i todo era temores i recelos; que si se perdia aquella poca fuerza, que habia quedado, se habia de perder todo el reino; porque si el enemigo, como era forzoso pelear con él, lo derrotaba o lo vencia, vendria luego a apoderarse de la Concepcion i acabaria con todo. El recelo se fundaba en que en otros tiempos, para entrar en campaña, llevaba el ejército tres i cuatro mil hombres i mucha i mui buena caballería, i apénas se podia conseguir buen suceso. Ahora eran solo mil, habiendo de entrar por

medio de los enemigos, que habian de intentar cortar el paso a la ida i a la vuelta, por estorbar el viaje.

«Llegó el ejército al primer rio, que es de la Laja; i allí encontró al enemigo, quien le estaba esperando en emboscada, i acometió a los nuestros de repente. Mas, se dieron tan buena maña los españoles, quienes les acometieron con tal coraje, que en breve tiempo mataron muchos indios, i cortando a uno la cabeza cantaron la victoria, con lo cual desmayó el enemigo i se retiró con intento de hacer otra junta mayor i aguardarlos en campaña rasa. Los cristianos se animaron mucho con esta primera victoria. Fuéronse todos por el camino, confesados para obligar a Dios les concediese fortuna i feliz viaje, pues le cojian obligados de la caridad de sus hermanos. Iban persuadidos que en cada paso habian de pelear; por lo cual dispusieron su marcha con grande cuidado i ordenanza, sin permitir los jefes que se faltase a ella, estando como estaban en medio de los enemigos en una vega mui estendida llamada Carape. Encontraron segunda vez al enemigo. Los nuestros puestos en buen órden le esperaron con grande ánimo. Ellos hicieron algunas acometidas, i en todas le fué mui mal al enemigo. Con esto los fronterizos se acobardaron, viendo tanta resistencia en los españoles, i trataron de retirarse i hacer llamamiento a los de la tierra adentro.

«Mas los indios de adentro viendo que los fronterizos estaban quebrantados ya dos veces por los españoles i que ya no tenian fuerzas, que los españoles se iban entrando en sus tierras i sus casas, no se quisieron juntar ni venir a su llamamiento. Respondieron solo que guardase cada uno su distrito i su tierra. Con esta respuesta no hicieron mas juntas que fuesen de consideracion, sino en algunos pasos, que limpiaban fácilmente con la mosquetería. Iban por los caminos talando las sementeras, quemando casas, sin alguna oposicion del enemigo, hasta que llegaron a Boroa con gran regocijo de los cercados, quienes, estándose lastimando, que ya no habia nada que comer, i los padres habian barrido su granero, sin tener mas ya que repartir a los soldados. Cuando empezaron a oir los tiros de los mosquetes que ya iban

llegando i haciendo salvas, el gusto que uno i otros recibieron, no se podrá esplicar bien; los del fuerte por verse libres, los del ejército por ver logrado su trabajo. Abrazáronse los unos a los otros con amor i caridad como hermanos. I el padre Montemayor a los padres con aquella ternura de ver a los que juzgaban muertos.

«Lo primero, dieron a Dios las gracias, haciendo una fiesta a María Santísima sacándola en procesion; i confiados en tan rica prenda i en tan poderoso amparo, volvieron a la Concepcion campeando i haciendo daños al enemigo en sementeras i ranchos. Tenia el enemigo una junta de cuatro mil indios en el paso del rio Bio-Bio; i peligraran muchos de los nuestros, si hubieran caido en aquella emboscada. Pero Dios i la Vírjen les libró de ella, inspirándoles que pasasen el rio dos leguas mas arriba del camino, por donde ántes le habian pasado, i el enemigo quedó burlado; que cuando los vió i vino su caballería corriendo a atajar el paso, por priesa que se dió, no llegó a tiempo, i el ejército pasó sin embarazo, i caminó sin estorbo hasta la ciudad de la Concepcion con el gusto i aplauso que se puede considerar de todos los padres i soldados de Boroa, que fueron recibidos de toda la ciudad con mucho regocijo.

«Todo el reino reconoció i los soldados de Boroa lo publicaban a voces, que por las oraciones, consejos i direccion de los padres, se habian conservado en aquel cerco, i tenido tan buenos sucesos, i que a no haber estado allí los padres, sin duda, se hubiese perdido el fuerte i hubieran perecido todos los cristianos que en él habia. Porque, ademas de quitar los pecados públicos, que en el fuerte habia, causa de todos los males, animaron a los soldados a sufrir con fortaleza los trabajos, sustentando a los soldados con el alimento que tenian para sí, vestian a los cautivos que venian desmayados, ayudando i solicitando su rescate i dando pagas por ellos, componian las diferencias de los soldados i sufrian con mucha paciencia lo poco que tenian cabos i soldados; que a juicio de todos en sus manos solas todo se hubiera perdido, i con la discrecion i consejo de los padres, salieron todos con bien, con lus-

tre, honra i nombre. El padre Diego Rosales, al llegar a lá Concepcion, se halló con la patente de rector de aquel colejio i empezó luego a gobernar. Despues cojió las riendas de toda la vice-provincia de Chile»[17].

«El padre Rosales ocupó su incansable actividad en beneficio de sus nuevos deberes, enseñando a la juventud i fomentando los intereses de su órden. Compró con este fin para el rectorado de Concepcion la hacienda de Conuco, adquirió otra mas pequeña para la subsistencia de la mision de Arauco, i se preocupó de reconstruir la iglesia principal de Penco bajo el pié de suntuosidad con que algo mas tarde promovió i llevó adelante la edificacion del famoso templo de Santiago que todos hemos conocido.

«Hallábase el padre en Concepcion a la cabeza de su iglesia cuando sobrevino un espantoso terremoto, del cual han hablado poco los historiadores porque parece que, como el de 20 de febrero de 1835, fué solo local en las latitudes del sur[18].

«El 15 de marzo de 1657, nos dice el mismo Rosales, a las ocho de la noche padeció la ciudad otro temblor i inundacion del mar igualmente horrible al antiguo: vino con un ruido avisando i pudo salir la jente de las casas, i luego tembló la tierra con tanta fuerza que en pié no podíamos tenernos: las campanas se tocaban ellas con el movimiento, las casas bambaleaban i se caian a plomo. El mar comenzó a hervir estando la marea de creciente, de aguas vivas i cerca del equinoxio autumnal, segun el cómputo de este hemisferio, que es cuando por estas costas mas se hincha el mar: esplayóse entrando por el canal del arroyo que pasa por medio de la ciudad, i retiróse; pero de allí a una hora cayó hácia el poniente un grande globo de fuego i volvió a salir el mar con tanta violencia que derribó todas las casas que habian quedado, sin reservar iglesia, sino fué la de la Compañía de Jesus i todo el Colejio, que no recibió daño considerable con haberle entrado el mar.

«Salimos todos corriendo a socorrer i confesar los que habian

17 Olivares, *Historia de los jesuitas*, 402.
18 *Introduccion* cit.

maltratado las ruinas. Clamaba la jente por las calles pidiendo a Dios misericordia i confesando a voces sus pecados, i por estar cercano un cerrito, donde se acojieron cuando el mar salió bramando de repente i esplayando sus furias, se escapó la jente; que si no, perecen todos. No fueron muchos los muertos, por haber sido a tiempo que todos estaban despiertos i sobre aviso del temblor, aunque algunos que no se dieron tanta prisa a huir quedaron envueltos en las olas del mar; que a la retirada se llevó mucha hacienda i alhajas, de cajas, escritorios i arcas, trasportándolo todo a otras playas, mas de dos leguas de la ciudad»[19].

«Refiere el padre a propósito de esta catástrofe, un caso curioso que revela su discrecion i sagacidad, porque habiéndose aparecido un niño asegurando bajo mil juramentos que un hermitaño le encontró en el monte i le dijo que iba a temblar de nuevo con mayor estrago i a perecer el pueblo entero, alborotóse éste a tal punto que el presidente Porter Casanate i el obispo don Dionisio Cimbrón hubieron de convocar a una reunion de notables i de teólogos para examinar la profecía. Traido el muchacho a presencia de la asamblea, ratificóse con grandes véras de candor en todo lo que habia revelado, aumentando las zozobras de los circunstantes i de la muchedumbre, hasta que el padre Rosales tomó el partido de finjir que le creia, i poniéndose de su lado, en contra de los que le argumentaban, díjole: «Mira, niño, que te has olvidado que el hermitaño te dijo que no buscasen su cuerpo porque los ánjeles le habian de llevar al monte Sinaí»...... Cayó el muchacho en el ardid, i respondió que aquella i otras circunstancias que le inventó el padre de seguido, eran ciertas, pero que se le habian olvidado. De todo lo cual resultó que el niño estaba inducido a aquella patraña i maldad por un soldado que probablemente pagó al pié de la horca su mala ocurrencia. Tomó pié de aquella falsa revelacion el jesuita para poner en guardia la credulidad ajena sobre la prodigalidad de los milagros; pero no parece que él abandonara la suya propia, porque en el curso de

19 *Historia*, t. I, páj. 205.

su *Historia* cita no ménos de cien casos milagrosos, de algunos de los cuales él deja constancia como testigo presencial. Era aquella singular edad de fe, de batallas, de dolores i de milagros, no sus hombres, la que enjendraba cada dia esos portentos i hacíalos correr como hechos llanos en el vulgo»[20].

Despues de haber ejercido su ministerio en Concepcion por cuatro o cinco años, Rosales fué llamado por los de 1662 a rejir la vice-provincia de Chile. Hacia tréinta años a que se hallaba en el reino i apénas si habia estado en la capital algunas veces como de paso.

Su salud, con todo, parece que no habia sufrido considerable detrimento hasta esta fecha. Es cierto que una vez habia estado «mui malo», pero su fortuna en aquel apretado lance fué tal que con un cántaro de las aguas termales de Bucalemu (que hoi segun parece han desaparecido) que se «echó a pechos, luego al punto comenzó a sentir la mejoría»[21].

A pesar de su avanzada edad, sin embargo, el misionero jesuita no habia perdido nada de ese entusiasmo juvenil que lo arrastrara a estas remotas playas con el prestijioso halago de la conversion de infieles. Frisaba entónces en los setenta, i llevado sin duda de la particular aficion que siempre tuvo a las rejiones del sur donde el fruto de la predicacion entre los indios se hacia sentir mas, dejó de nuevo a Santiago i sus ocupaciones de gabinete en ese mismo año de 1665[22] para lanzarse a los peligros que ofrecen aquellas rejiones bañadas por mares tempestuosos. Sin mas medios de trasporte que las débiles piraguas que los naturales fabricaban encorvando tres tablas al fuego i uniéndolas entre sí por lazos de algunas enredaderas, iba de isla en isla anunciando la palabra divina a aquellas jentes tan sencillas como dóciles. En una de esas ocasiones, cuenta él mismo, «acontecióme hallar el viento tan contrario i el mar tan encrespado, que para no perecer hube de salir de la piragua i con toda la jente caminar dos

20 *Introduccion* cit.
21 *Historia*, t. I, páj. 252.
22 *Id.*, t. I, páj. 396.

leguas a pié por la playa del mar»[23]. Poco mas tarde, el incansable jesuita salia de las puertas de su residencia de Santiago, caballero en una mula, para trasmontar las cumbres de los Andes con direccion a Mendoza, cuyo valle, como el de San Juan, recorrió en la práctica de la visita que se habia propuesto.

Rosales tuvo que defender en esas rejiones los intereses de la Compañía, comprometidos por la revuelta de un indio llamado Tanaqueupú, por lo cual viendo que no habia cosa segura en la estancia que la Orden poseia en Mendoza, mandó retirar los ganados a la Punta, sesenta leguas de allí, por asegurar el mantenimiento del colejio»[24].

Pero si Rosales era un incansable misionero, no era ménos ardoroso sectario de los intereses de la sociedad a que pertenecia. Consta que fué él el primero que mandó estraer del Mapocho el canal de la Punta, i segun confiesa en alguna parte de su obra, «siendo provincial, intentó poblar la isla de Juan Fernandez para que la relijion se apoderase de las utilidades que en aquellas islas tiene[25].

Tal es lo último que sepamos de este grande hombre, que es como el resúmen de toda su vida de misionero i de jesuita; de una parte, el bien espiritual de las almas; de otra, el provecho temporal de la órden en que servia.

Pero aunque Rosales dormite en ignorado sepulcro, el nombre que no se ha esculpido sobre su fosa, está para siempre grabado al frente de un monumento «mas duradero que el bronce»: *La Historia general del Reyno de Chile.*

Parece que un doble motivo impulsó al jesuita castellano a la composicion de esta obra: un impulso místico i una exijencia política. Su ardiente misticismo no podia permitir que el silencio consumiese las memorias de aquellos hombres sus compañeros cuyas tareas evanjélicas admiraba con entusiasmo; i por su afec-

23 *Id.*, t. I, páj. 176.
24 Olivares, *Hist. de los Jes.*, páj. 147.
25 *Historia*, t. I, páj. 255.

to, fácil de esplicar por un país que habia consumido sus mejores años i en cuya historia desempeñara muchas veces un papel conspicuo, veíase inclinado a consagrar para la posteridad los primeros hechos de armas ocurridos en su suelo i muchos de ellos obrados por gobernadores que fueron sus amigos.

Por otra parte, los materiales del trabajo estaban en gran parte acopiados. El presidente don Luis Fernandez de Córdoba, con rara ilustracion, «por ser tan leido i amigo de las historias, dice Rosales, deseó mucho ver escrita la historia jeneral del reino, i a ese fin, con gasto suyo i dilijencia, juntó muchos i mui curiosos papeles», con los cuales habia empeñado años ántes a un colega de nuestra jesuita, que fué tambien su compañero, al padre Bartolomé Navarro, para que compajinase una relacion de los sucesos ocurridos en el país, tomando especialmente por base los apuntes que habia adquirido del cronista Domingo Sotelo Romay. «Pero sus muchas ocupaciones en la contínua predicacion, cuenta nuestro autor, i las enfermedades que le quitaron la vida, no le dieron lugar a hacer nada, hasta que al cabo de cuarenta años que estuvieron arrinconados todos estos papeles, con otros muchos que junté, hube de tomar a cargo este trabajo»...[25].

En otro lugar de su libro, Rosales despues de escusar a Ovalle que le habia precedido en semejante tarea, «en la curiosa, elegante i discreta, aunque breve historia que hizo del reino de Chile», declara que la jeneral a que su antecesor se referia, era la suya, «en que de papeles de personas verídicas, graves i que por sus ojos vieron las cosas que en ella se refieren, i de las noticias que yo he adquirido en muchos años que he estado en este reino, corriéndole todo i estando mui de asiento en las principales ciudades, fuertes i tercios, he entretejido esta curiosa guirnalda para corona de los invictos i jenerosos gobernadores»...[26].

Rosales hubiera podido agregar que habia alcanzado a cono-

25 *Historia*, t. II, páj. 668. *Conquista espiritual de Chile*, Vida de Navarro. Este padre murió el 22 de junio de 1659.
26 *Historia*, t. I, páj. 374.

cer tambien a alguno de los primeros conquistadores que llegaron con Pedro de Valdivia; que habia sido misionero durante casi todos los cuarenta i tres años que residiera entre nosotros, corriendo a Chile de estremo a estremo, i pasando cuatro veces la cordillera; que habia ocupado el alto puesto de provincial de su órden, de los primeros cargos del reino, i por fin, que habia peleado como soldado junto con las batallas de la fe las de la guerra araucana.

Con las exijencias de ministerios semejantes, i lo difícil de la tarea que se echaba a cuestas, era natural que nuestro autor tardase algun tiempo ántes de dar cima a su obra: i en efecto, parece que trascurrió mas de un largo decenio ántes de que pudiese ver sus orijinales en estado de darse a la prensa, pues Carvallo que cita varias veces la *Conquista espiritual de Chile*, dice que la escribia por los años de 1666, en tanto que Rosales declara que en 1674 continuaba todavía trabajando en su obra[27].

Segun pudiera presumirse, nuestro jesuita poco despues de esta última fecha debió partir a Roma con calidad de procurador de la vice-provincia que habia rejido, i era acaso esa la oportunidad que elijiera para llevar su manuscrito a Europa i entregarlo a la publicidad. Pero quiso su poca fortuna que por entónces se le privase del lauro que justamente merecia por tan estimable trabajo, hasta hoi en que recientemente ve la luz pública, siquiera en parte, merced a los patrióticos esfuerzos del mas fecundo de nuestros escritores[28].

El plan primitivo de la obra de Rosales es perfectamente marcado, pues habiendo dividido su libro en dos tomos, el primero

27 «Cuando esto se escribe el año de 1674», dice en el T. I, páj. 106. El dicho de Carvallo debe entenderse en el sentido de que estaba ya redactada, pues las aprobaciones que preceden a la obra están datadas en esa fecha. Por lo demas, el trabajo principal, la redaccion propiamente tal, solo ocupó cuatro años a Rosales, pues en los restantes se limitó a limar su obra i a hacerle las últimas adiciones.

28 Despues de varias peregrinaciones por Europa, el manuscrito de la *Historia general* vino a parar a la biblioteca del bibiófilo español don Vicente Salvá, i fué a su heredero, su hijo mayor don Pedro Salvá, a quien lo compró el señor Vicuña Mackenna en 1870 en la suma de tres mil francos.

lo dedicaba a la relacion de los hechos civiles del país (que es el mismo que acaba de publicarse en tres volúmenes), i el segundo a lo que él llamaba *Conquista espiritual de Chile.*

La primera parte comprende diez «libros», divididos en capítulos.

El libro primero está consagrado a los primitivos habitantes de Chile i a la época en que parte de nuestro suelo estuvo sometido a la dominacion peruana, materias interesantísimas i casi del todo orijinales, i que sin duda mui pronto podrán estimarse por su verdadera importancia por los futuros narradores de esas remotas épocas.

El libro segundo es igualmente interesante i se aparta en un todo del método seguido de ordinario por nuestros antiguos cronistas, pues refiere mui al por menor i con gran método, la historia de las diversas espediciones realizadas en nuestras costas por los marinos españoles i por los aventureros estranjeros, consagrándose igualmente a dar noticia de las producciones naturales de nuestro territorio, bien sea en lo que pueda interesar a la industria o en lo que se refiere de la medicina.

Rosales tuvo empeño especial en estudiar con detencion la jeografía del país, ajustándose a una cédula dada en Madrid a 30 de diciembre de 1633, en que se encarga a todos los gobernadores de América que «se hagan luego mapas distintos i separados de cada provincia, con relacion particular de lo que se comprende en ellas, sus temples i frutos, minas, ganados, castillos i fortalezas; i qué naturales i españoles tienen todas, con mucha distincion, claridad i brevedad».

«I así no será digresion de la historia jeneral de este reino, añadia nuestro autor, el tratar por menudo i con distincion de estas cosas, sino una de las principales obligaciones de ella, i un preciso i obediente cumplimiento de los mandatos reales en dicha cédula, que he pretendido ejecutar con singular estudio, inquisicion i dilijencia, viendo por mis ojos lo mas de lo que refiero, para que bien examinada la verdad, vaya mas pura. I quise hacer de todas estas cosas relacion aparte en los dos libros primeros,

por no interrumpir con ellas la narracion de las conquistas, poblaciones, guerras i batallas de los diez libros siguientes»[29].

Desde el tercero en adelante hasta el décimo, que es el último, continúa Rosales en la narracion de los sucesos políticos de la nacion hasta el gobierno de don Antonio de Acuña, cuya última parte aparece bruscamente interrumpida, como si de intento se hubiese arrancado al manuscrito las pájinas que la contenian[30]; siendo de advertir, con todo, que ya desde el gobierno de D. Francisco Lazo de la Vega el estilo i redaccion comienzan a decaer, como si el autor por hallarse urjido de tiempo no hubiese alcanzado a darles los últimos retoques. ¡Cosa singular! sin embargo: casualmente desde ese mismo momento, Rosales habia comenzado a ser testigo de los sucesos de Chile, pues como él mismo lo declara, «hasta ahí he escrito muchas cosas por noticias de papeles i relaciones, escojiendo siempre las verídicas i mas ajustadas, pero «en adelante escribiré lo que he visto i tocado con las manos».

Esta condicion de verdad, la primera sin duda de un relato histórico i la cual con razon tanto se preciaba Rosales de poseer, le fué siempre concedida por los contemporáneos suyos que vivieron en Chile i conocieron sus cosas. Don Francisco Ramirez de Leon, dean de la catedral de Santiago, le decia con mucha exactitud:

29 *Historia*, t. I, páj. 20.

30 El padre Enrich se inclina a pensar que esta mutilacion ha sido intencional, i causada probablemento por los deudos de aquel mal infamado gobernador. El Sr. Vicuña Mackenna parece que ha dudado, segun se deduce de lo que espresa en la páj. XLII de su hermosa *Introduccion*, si la obra de Rosales pasó o no mas adelante del libro X. A nuestro juicio esta duda no tiene razon de ser, pues que el mismo Rosales declara en la páj. 20 del tomo I que la obra consta de *doce libros*, segun puede verse en el trozo suyo que acabamos de trascribir en el texto.

Pero acaso se dirá que como esto lo declaraba al comienzo de su obra, pudo mui bien suceder que en realidad no hubiese pasado en la redaccion mas allá del libro X; mas, esta objecion se desvanece fácilmente cuando sabemos que en el mismo tomo I, tiene referencias al año 1674, es decir casi con posterioridad a un decenio del dia en que habia concluido la obra (1666). Es, pues, evidente que la *Historia general* tuvo doce libros, i que, por consiguiente, la mutilacion que hemos indicado es mucho mayor de lo que se cree.

«I puede su Rdma. sacar la cara entre todos los historiadores del mundo, i decir que ha escrito de este reino de Chile lo que en él ha oido de los mas verídicos i antiguos orijinales, lo que ha visto por sus ojos i tocado con sus manos, pues desde los primeros años de su mas florida edad, con que se ofreció de Europa a la espiritual conquista de este Nuevo Mundo, comenzó a correrle todo, i despreciando cátedras que con lucidas prendas le merecian, no dejó parte de Chile que no viese i tocase con sus manos........

I un colega suyo, el jesuita Nicolas de Lillo, del cual mas adelante tendremos ocasion de hablar, le repetia con mucha verdad, «que entre los historiadores de mejor crédito podrá volar el del autor con la satisfaccion de testigo ocular en la mayor parte de su historia;..... .. i así no mueve guerra de treinta años acá (1666) en cuyas batallas no haya asistido capellan esforzado; no trata paces que su direccion e industria no estableciesen; no recapitula gobierno en quien no tuviese lugar su consejo; no numera presidio a que su caridad no asistiese; no trata conquista espiritual en que no se haya empleado su celo. Las conversiones de infieles por la mayor parte son fruto de sus trabajos; los fervores de los misioneros, o son sondas de sus adelantadas huellas, o imitacion de sus empleos. Finalmente, no trata costumbres supersticiosas que no haya destruido con su predicacion, ni idolatría que no haya desterrado su celo.....Esto, todo Chile lo conoce».......

Por fin, el dominicano Fr. Valentin de Córdoba, provincial de su Orden en Chile, espresaba: «Sale pues el reino de Chile en esta *Historia general* como Dios le crió: admirable en la fecundidad, colmado en la hermosura, repartido en la perfeccion, tan sin perder circunstancia en la verdad, tan sin añadir accidentes a la narracion i tan sin desfigurar con ajenos afeites el natural, que quien la leyese en la rejion mas distante, le conocerá en este escrito como si lo tuviese presente».

I a pesar de que estos olojios aparecen tributados a Rosales por eclesiásticos que sin duda fueron sus amigos i admiradores, no se crea, sin embargo, que sean exajerados. Basta leer sus pájinas,

basta conocer su persona, i las incidencias de su vida en Chile para penetrarse a primera vista de la profunda exactitud que reviste su relato. Jamas se encontrarán en su obra esas exajeraciones comunes en otros personajes de su época que escribian casi sin criterio, guiados por el mas completo asenso a palabras ajenas, comunes, sobre todo, al tratarse de la apreciacion de las fuerzas araucanas en combate. Rosales, por el contrario, si no le constan los hechos, cuando los estima abultados, los reduce a sus verdaderas proporciones, guiándose por los dictados de una razon sana i desapasionada, i por las inspiraciones de una crítica juiciosa i sensata.

Pero no se crea que la *Historia general de el Reino de Chile* es sin defectos. Su autor vivia en una época, respiraba cierto aire que era imposible que hubiese dejado de contajiarlo con su influencia. Rosales es adulador, i es crédulo por excelencia en materia de crónica milagrosa. Cuando un gobernador termina su período, cuando algun grave sujeto ha pasado a mejor vida, jamas le falta al buen jesuita un poco de incienso que tributar a sus manes.

Con todo, no es esto lo que mas deslustra su interesante relacion, pues es de mucho peor efecto todavía la inconcebible ceguedad con que admite las mas estupendas patrañas, lo que en aquella época de oscurantismo i de vana supersticion se llamaba milagros. La lectura de la segunda parte de la *Historia general*, la conquista espiritual de Chile, como él la tituló, es completamente ilejible bajo este aspecto. El crítico de hoi no puede ménos de sorprenderse i preguntarse admirado cómo aquel hombre de un saber relativamente vasto, de un buen juicio a toda prueba, i de no poca esperiencia del mundo, podia admitir aquella série de inauditos portentos que cuenta con la mas completa buena fe. Pero es necesario hacerle justicia, porque comprendia que podia equivocarse en sus juicios i no queria inducir a los demas a error bajo el crédito de su palabra, que debia parecer mas o ménos autorizada, i así dijo en la protesta de estilo en el principio de su obra, que declaraba que ninguna de las cosas que referia

queria entenderla o que otro la entendiese, «en otro sentido de aquel en que suelen tomarse las cosas que estriban en autoridad solo humana».....

Despues de haber bosquejado el fondo del libro, examinemos un momento su estilo. He aquí, indudablemente, un punto sobre el cual cuantos en lo antiguo como en el presente lo han estudiado, unánimes vienen a deponer la «levantada pluma» con que Rosales ha tratado su vasto tema.

Un poeta nada mediocre que tuvo a honor estampar los partos métricos de su númen al frente de la *Historia general*, declara que

> Alto el lenguaje, por el grave imperio
> Se esplaya como rio caudaloso
> Huyendo en culto ambájico misterio;
>
> Ostenta en lo moral lo sentencioso;
> En la verdad con rijida censura
> Lo cierto afirma, escluye lo dudoso.

«No se citará, añade el erudito literato i retórico español don Vicente Salvá, no se citará en los diez libros de la *Historia de Chile*, un solo concepto, una sola metáfora incongruente, ni una frase afectada de las que tantas veces se escaparon a la pluma del panejirista de Cortés. Añádese a lo dicho las dotes de ser perspicuo, majestuoso, animado, i sobre todo, tan puro en la diccion, que lleva en esta parte grandes ventajas a Solís».

Pero para que no se crea que el bibliófilo exajeraba, no resistiremos a la tentacion de trascribir aquí una de las pájinas mas brillantes, por su viveza, su colorido i la verdad del cuadro, que hayan salido de la pluma de nuestro autor.

Tratan esos párrafos del cerco del fuerte de Arauco, i dicen así:

De dia en dia se pasaron quince sin acometer al fuerte, aunque nunca dejaron los enemigos de acometer a nuestros capitanes en algunas escoltas que por necesidad se hacian a lo largo, ya de yerba, ya de leña, hasta que últimamente fueron constreñidos a no salir fuera; i un dia salieron de los escuadrones hasta mil indios briosos, i delante uno mas que todos, con una pica larga en las manos i en ella un hachon de fuego ardiendo, i enderezando hácia las rancherías del fuerte, apretó a correr hácia la muralla, dejando a los demas, i pegó fuego por la parte que la casa fuerte estaba cubierta de paja, arrojando el hachon de fuego, i aunque mas voces dió Pedro de Villagra para que le matasen a balazos

i mas dispararon, ninguno le acertó, o por dicha del bárbaro o por su gran lijereza, que en ir i venir fué un pensamiento.

Levantó el incendio gran llamarada, sin que le pudiesen atajar, i con él los escuadrones a dar el asalto, acometiendo sin órden en confusos tropeles. I al entrar al fuerte hubo grande alboroto entre los cristianos, porque los unos decian «agua!» i los otros «arma!» Unos «pelear, españoles, i dejar el fuego!» otros «ataquen el fuego, que es el mayor enemigo!» Púsose Pedro de Villagra a defender la puerta con gran valor, diciendo, «aquí soldados!» i con la confusion del fuego unos acudian a unas partes, otros a otras sin descaecer ni perder el ánimo. Habia en cada baluarte nueve españoles, que sin dejar el fuerte que les habian señalado, peleaban defendiéndoles con gran valor, i para cada español habia mas de quinientos indios, i por estar cubiertos de teja los baluartes sustentaron allí la pelea. Pero acercándoseles el fuego i el humo, saltaron fuera de los baluartes por encima, revolviéndose con los indios i peleando con ellos. La mayor fuerza de los bárbaros acudió a la puerta i la ganaron, entrándose hasta el cubo de la mar, donde mataron a un soldado, i sacaron cuatro arcabuces i una pieza de artillería por una tronera i se la llevaron, tapando con barro las bocas de las demas, que como bárbaros e ignorantes de la fuerza de la pólvora pensaban que por tapar las bocas no habian de disparar. Los artilleros daban voces pidiendo socorro, i como era la jente tan poca i dividida en pelear i en apagar el fuego, solo el cielo se le podia dar, i por no tenerle, perdieron la ocasion de hacer grande riza en el enemigo.

Acudió Bernal a las voces de los artilleros i acometió al enemigo con tan grande ánimo que apartó a los indios i los hizo retirar doscientos pasos de los cubos, i revolviendo con esto a dar vista a los daños primeros, i vió a muchos españoles abrazados i a su jeneral en una cama, que de pelear entre el fuego habia perdido el sentido, i llamando a tres españoles, que este dia trabajaron valerosamente i pelearon a su lado con grande esfuerzo, llamados Andres Lopez, Gaspar de la Barrera Chacon i Martin Cano, les encargó que reparasen los portillos abiertos. I él reparó el quemado baluarte i un cuarto principal que con barretas le tenian ya los indios por tierra, i dió esfuerzo i ánimo a los caidos para que volviesen a pelear de nuevo i mostrar su valor contra los bárbaros, que querian volver a dar otro asalto al fuerte, corridos de no haberle ganado del primero, habiendo tenido tanta ayuda en el fuego; mas, la valentía de los españoles fué tal, que acudiendo unos al fuego i otros al enemigo, de todos se libraron.

Entraron los bárbaros en consejo i reprendiendo su poca constancia en el pelear, se determinaron corridos a volver a dar segundo asalto al fuerte por la parte mas flaca ántes que los españoles se rehiciesen, diciendo que si los dejaban resollar serian invencibles. Lorenzo Bernal, viendo la nueva determinacion, salió a ellos con veinte lanzas, i anduvo tan bizarro que mató i hirió a muchos, perdiendo al capitan Lope Ruiz de Gamboa, que cayó del caballo i fué muerto, sin poder ser socorrido, por favorecer a otros dos que con él tambien cayeron. Cortáronle los enemigos la cabeza i levantándola en una pica cantaron victoria con ella con grande algazara i triunfo porque le conocian por valiente capitan. Fueron con la cabeza hácia la iglesia, hicieron muchos sacrilejios, como bárbaros i sin Dios, i los demas se recojieron a sus escuadrones i fuertes.

«A las voces que estos sacrílegos daban, salió un paje del capitan muerto i por un portillo fué a ver lo que los bárbaros hacian con la cabeza de su amo, i vió que un indio, a manera de sacerdote que quiere celebrar, tenia un altar hecho i alzaba por hostia una tortilla i por cáliz un vaso de palo que figuraba cáliz, con tanto escarnio i mofa, que no se diferenciaban de aquellos que con el profano rei Baltasar mancharon i profanaron los vasos del templo del Señor.

«Pasado aquel dia entraron en consejo i dieron otra traza diabólica para asaltar el fuerte, que fué entrar i acometer con unos tablones que para el caso

previnieron i mucha paja seca, i echando por delante mil indios con unos tablones de un estado en alto, de dos de ancho i de tres dedos de grueso, se llegaron a las paredes del fuerte i los arrimaron a ellas, i siguiéndose a éstos otros tres mil indios cargados de paja seca, la arrojaron encima i la pegaron fuego. I aunque los españoles, viéndoles acercarse con tan grande atrevimiento, dispararon la artillería i mataron a muchos, no hicieron caso ni desistieron de su determinacion. Temerosos los españoles de que el fuego i el humo habian de ser parte para que el enemigo les entrasen, o ellos se viesen obligados a salir i a perecer entre tanta multitud de bárbaros, pidieron favor al cielo, i envióselos Dios mudando de repente el viento sur que les era favorable a los indios i llevaba el fuego i el humo a los españoles, en viento norte, que llevó el fuego hácia el enemigo i dejó de todo libre el fuerte.

«Descubriéronse los indios dando muestras de querer acometer, i dispararon los artilleros tan a tiempo las piezas i matáronse tantos, que volaban por los aires las piernas i brazos de los que allí quedaron, con que se retiró el enemigo i se alentaron los del fuerte a muchas peleas, gustosos de haberles rechazado tantas veces con tanta pérdida suya i tan poca nuestra. Victoriosos los del fuerte i no haciendo caso del enemigo, salieron al dia siguiente con los yanaconas a hacer yerba, i de los escuadrones del enemigo salieron a los nuestros ochocientos araucanos, los mas atrevidos i de mejores manos; mas, nuestros caballeros cerrando con ellos, alancearon de éstos casi quinientos, quedando unos muertos i huyendo los otros heridos; suceso que hirió de tal suerte al corazon lastimado de Colocolo por no haber salido con su intento, despues de haber tomado tantos medios, que mandó levantar el campo jurando de sustentar la guerra contra aquella fortaleza cuatro años continuos.

«El asedio alzado i la campaña libre, quedaron vanagloriosos i con razon los españoles de haberse defendido, siendo tan pocos, de tanta multitud de bárbaros. I salió el capitan Bernal con treinta hombres de a caballo i corrió los llanos i los altos de Laraquete, metiendo mucho sustento que quitó al enemigo, de que se proveyó la fuerza para muchos dias, la cual fué fortificando Pedro de Villagra con mucho cuidado sin faltar a la cura i regalo de los enfermos i heridos, que en estos asaltos i combates hubo muchos. El gobernador cuidadoso en la Concepcion de la necesidad que aquella plaza tendria, envió un barco con cinco hombres, mucha municion, comida i ropa, que a esta razon fué este refrijerio de mucha importancia i como venido del cielo. I viendo Pedro de Villagra que si no le reforzaban de jente no se podia defender, fué a Concepcion a pedírsela al gobernador i dejó encomendado el fuerte al capitan Bernal con noventa hombres, municiones bastantes e instrucciones de paciencia para la hambre que esperaban, que tan valerosos soldados, que no se rendian a tantos i tan porfiados enemigos, no era justo que se rindiesen al hambre, sino que hiciesen lo posible para sustentarse de sus sembrados»[31].

Mas si todo lo bueno anteriormente espuesto puede atribuirse sin temor de equívoco a la primera parte de la obra de Diego de Rosales, no debe desgraciadamente decirse otro tanto respecto de la *Conquista espiritual de Chile*, o sea de la recopilacion de las vidas de los jesuitas que florecieron en Chile hasta la época en que el autor escribia. Tema de por sí mucho ménos interesante, e infinitamente mas pobre en su ejecucion que la historia jeneral

31 *Historia general*, t. II, páj. 120 i sigts.

del reino, vése todavía deslustrado por la interminable relacion de estraordinarias i nunca vistas maravillas atribuidas por el padre jesuita a sus compañeros de mision o de claustro, i revestidas todavía de un lenguaje pobre i casero, muchas veces bajo, casi de ordinario trivial.

Esta obra que por fortuna nuestra hemos logrado volver a su suelo nativo desde tierra estranjera, donde estaba destinada sin duda a deteriorarse cada dia mas, se encuentra tambien incompleta como la primera parte, i sus pliegos encierran el manuscrito del autor con todas sus correcciones. Es interesante bajo este aspecto rastrear en sus líneas medio borradas por el polvo de los siglos los pasos inciertos de Rosales en su redaccion, la timidez de su pluma, que en muchas ocasiones borraba lo mas inocente solo por escrúpulos demasiado estrechos. En el fondo encierra mui pocos hechos jenerales de nuestra historia, pero puede ser útil para el estudio de las costumbres de los indíjenas pintados con ocasion de las peregrinaciones de los misioneros.

Hénos ya el fin de nuestra tarea por lo que a Rosales corresponde con preferencia en ella, i de nuevo viene a nuestra mente deplorar la oscuridad que reina sobre los estremos de la vida de este sacerdote benemérito, «como si el destino hubiera querido que el hombre que mas dilatada i copiosa luz proyectara sobre los oríjenes de nuestra vida de pueblo civilizado, hubiera querido dejar la suya envuelta eternamente en la niebla de antigua e insubsanable incertidumbre!»[32].

32 Vicuña Mackenna, *Introduccion* tantas veces citada. Hai una circunstancia de la vida de Rosales que no hemos tocado, i es la fama de santo, o cosa parecida, de que segun parece gozó en Chile. Bastará con que citemos un hecho que refiere Córdoba i Figueroa en la pájina 274 de su *Historia*. Hablando este autor de la muerte del sarjento mayor don Bartolomé Gomez Bravo, inhumanamente despedazado por los bárbaros en un encuentro fatal a las armas españolas, espresa «que se tuvo por cierto que a la hora de su muerte se le apareció al padre Diego Rosales, su amigo íntimo i ejemplar relijioso de la Compañía de Jesus».

CAPITULO VIII.

BIOGRAFIA.

Doña Catalina de Erauso.—Loubayssin de la Marca.—Ferrufino.—Pastor.—Sobrino.—Rosales, Olivares, Diaz.—Bel.—Zevallos.—Sor Ursula Suarez.—Caldera.—Ribadeneyra.

Puede decirse con fundamento que los *Memoriales* de los soldados españoles, o de todos aquellos que pretendian del rei alguna merced en recompensa de servicios prestados a la corona, contienen, ademas de los sucesos que los motivan, datos biográficos de los pretendientes estampados por ellos mismos. Bajo este punto de vista pues, los dichos memoriales son verdaderas autobiografías i les corresponderia en este capítulo un primer lugar si no fuese que hemos de tratar de ellos en otra parte.

De este mismo carácter de autobiografía participa tambien un libro, del cual debemos aquí ocuparnos por la relacion que tiene con las cosas de Chile, que corre impreso, i que por lo estraño de las aventuras que lo motivaron, así como por las especialísimas circunstancias del héroe, ha alcanzado cierta boga. Refiérese que allá por los fines del siglo XV cierta doncella natural de Guipuzcoa, llamada doña Catalina de Erauso, se educaba en un convento de su ciudad natal, i que una noche, violando su clausura, le dió por salir a correr tierras, vestida de hombre; que despues de haber servido en España a varios amos bajo ese disfraz, embarcóse para América con plaza de soldado, viniendo por fin, a parar en Chile por ciertos lances en que la justicia tuvo que inter-

venir; i que, por último, despues de haber servido entre nosotros por mas de cinco años en la guerra de Arauco, le cupo por su mala ventura matar en desafío a un hermano suyo que por acaso aquí se hallaba.

Mucho mas léjos lleva doña Catalina la historia de sus propias i mal andantes aventuras, que allá el curioso lector podrá rejistrar en su libro, si la novedad de personaje tan estraño por fortuna le tentase; mas, bástenos a nuestro propósito espresar la opinion de que la historia de la *monja-alférez* no la creemos auténtica, por su estilo, por lo inverosímil del asunto, i por los muchos anacronismos que encierra, como en último dictámen así pudiera desprenderse de las conclusiones estampadas por su editor en la larga introduccion con que creyó conveniente ilustrarla[1]. Sobre lo que no cabe duda es que en Chile vivió en cierta época una mujer de su nombre i apellido, de honestidad averiguada i de un comportamiento militar distinguido, como lo testi-

1 Prescindiendo del terminante aserto de Rosales, cierto es que el ánimo se siente inclinado a dar asenso a la existencia de una doña Catalina de Erauso cuando se presentan pruebas como su fe de bautismo, sus memoriales, el testimonio de personas que trataron con ella, etc. El mismo maestro Gil Gonzalez Dávila en su *Historia de la vida y hechos del ínclito monarca D. Felipe III*, cap. 14, páj 223, dice, refiriéndose a esta mujer singular:... «Volvió a España, i entró en Madrid por el mes de diciembre de 1624, i estuvo en mi posada en hábito de soldado. Vi sus heridas, i la historia de sus hechos en fées de sus capitanes. Uno de ellos me dijo que fué de los primeros en todas ocasiones». Don José de Sabau i Blanco en su *Continuacion de las tablas cronolójicas de la historia de España*, año de 1608, hablando de las luchas de los araucanos, se espresa de la manera siguiente: «En todas estas batallas se halló Catalina de Erauso..., la cual militaba vestida de soldado, i llegó al grado de alférez, i despues volvió a Madrid a pedir el grado de capitan»... En resúmen, es innegable que hubo una Catalina de Erauso, pero puede afirmarse que no son suyos los hechos que le atribuye el ignorado autor de su *Vida*.

Bernardino de Guzman, en cuya casa estuvo residiendo en Madrid doña Catalina, publicó en 1625 un pliego en 4.° de letra metida, en que da cuenta de las aventuras de su huésped hasta el momento en que fué descubierto su sexo, i parece que se proponia hacer lo mismo con las que siguieron, segun se desprende del final de la *Relacion verdadera de las grandes hazañas y valerosos hechos que una mujer hizo en veinte y cuatro años que sirvió en el Reyno de Chile y otras partes al Rey nuestro señor, en hábito de soldado y los honrosos oficios que tuvo ganados por las armas, hasta que le fué fuerza el descubrirse, dicho por su mesma boca viniendo navegando la vuelta de España en el galeon San Joseph*, etc. Madrid? 1625. Dícese que hai una segunda edicion de 1629 de este documento hoi rarísimo. Don José María Torres que editó la *Historia de la Monja-alférez* (Paris, 1829, 24.°) pensaba que era una primera impresion la de su libro, porque jamas consiguió ver aquél. Este mismo año de 1829 se tra-

fica el padre Rosales refiriéndose a la verdadera *Vida* de la monja-soldado que escribió entre nosotros cierto capitan llamado Romay[2].

Este apartado país de Chile, que tan pocos de los europeos visitaron en aquellos remotos tiempos, se prestaba maravillosamente a la fábula, i todo lo que la imajinacion podia inventar de mas estravagante i aún de absurdo[3], hasta en el órden material, se suponia que aquí tenia su cuna. Por eso no nos parecerá estraño que despues que el autor de los hechos de la monja-alférez creyó conveniente atribuirle sucesos novelescos durante su residencia entre los hijos de Arauco, otro vizcaíno de nacimiento como doña Catalina, llamado Francisco Loubayssin de la Marca, publicó su *Historia tragi-cómica de don Enrique de Castro*, «amalgama confusa i estraña, dice Ticknor, de sucesos ciertos con aventuras imajinarias. Por medio de la relacion puesta en boca de un tio del héroe, que en la vejez se hace hermitaño, la escena retrocede hasta las guerras de Italia en tiempo de Cárlos VIII

dujo al frances dicha historia en un formato análogo. Conocemos tres ediciones mas en castellano: una hecha en México en 1653, otra en Barcelona en 1838, 16.°, i otra en Lima en 1875 (*Colec. Odriozola*).

Con el mismo título de *La Monja alférez* escribió el conocido don Juan Perez de Montalvan una comedia famosa en verso, que corre impresa a continuacion de la *Historia* de esta mujer célebre, estampada en Paris en 1829. Las dos primeras jornadas pasan en Lima i la tercera en Madrid, quedando inconclusa la accion, porque como en la titulada autobiografía, a cuyos dictados se amolda en un todo la pieza del dramaturgo español, la noticia de los hechos de doña Catalina solo llega hasta esa parte de su vida. Es inútil que insistamos en estudiar al autor Perez de Montalvan porque su nombre corre acreditado en cualquiera de los resúmenes de la literatura de nuestra lengua.

Son numerosos los estudios críticos publicados acerca del libro i de los hechos de la monja española. Pueden verse, entre otros, los de don Andres Murial, *Révue encyclopédique*, t. XLIII, páj. 742; Alexis Vallon, *Révue des Deux Mondes*, 1847; Antonio Latour, *Révue britanique de Paris*, 1869; R. Cortambert, *Les illustres voyageuses*, Paris, 1866, 8.°; B. Vicuña Mackenna, *Miscelánea*, t. I, páj. 232; D. Barros Arana, *Revista de Santiago*, t. I, páj. 225.

2 Rosales, *Historia*, lib. V, t. II, páj. 453.

3 Prescindiendo del error de Molina acerca del huemul que tanto que cavilar dió a los naturalistas, hemos visto en Amsterdan una lámina, que Muller en su *Catalogue* refiere a 1780, en que se ha dibujado un animal con cabeza de hombre, cabellera de leon, dos alas, i una cola de delfin, que se decia descubierto en Chile. Parece que el grabado i sus correspondientes indicaciones se repartieron en la capital de Holanda como un aviso para atraer jente en una exhibicion que se iba a hacer del supuesto monstruo.

de Francia, i en seguida el lector se ve trasportado hasta la conquista de Chile por los españoles, llenando el autor el espacio que media entre ámbas épocas del mejor modo que le es posible: como novela histórica es cansada i malísima»[4].

Mas, dejando aparte estas relaciones sobre temas mas o ménos imajinarios, sábese de cierto que el jesuita Juan Bautista Ferrufino, provincial que fué de este reino[5] autor de una *Carta anuas*[6] *de Chiloé* i de una *Relacion sobre la entrada del Marqués de Baides en Chile*, que apunta el padre Ovalle, escribió la *Vida* de otro jesuita que se distinguió en Chile llamado Melchor Venegas, cuyo manuscrito existia en el archivo del convento de la

4 *Historia de la Lit. esp.*, t. III, páj. 324. La *Historia tragi-cómica de don Enrique de Castro* se imprimió en Paris en 1617 cuando su autor no contaba mas de veinte i nueve años. «Brunet dice, refiriéndose a Nicolas Antonio, que hai otra edicion de Paris de 1621; pero yo no encuentro semejante noticia por mas que he rejistrado la *Bib. nova*» (Salvá: *Catálogo*, t. II, núm. 1875. Dos años ántes habia impreso los *Engaños de este siglo* (Nicolas Antonio, *Bibl. nova*, t. II, páj. 358). «Presumimos, añade Ticknor, que tambien escribió algo en frances», i en efecto, el eminente historiador norte-americano no se engañaba, pues con dos años de posterioridad a los *Engaños* dió a la estampa otro libro del mismo jénero de los anteriores, titulado *Advantures heroyques et amoureuses du conte Raymond de Toulouse, & de don Roderic de Vivar*, Paris, 1619, 16.°.

De las obras de Loubayssin de Lamarca la que gustó mas fué los *Engaños de este siglo y historia sucedida en nuestros tiempo*, (Paris, 1615, 12.°) al ménos a juzgar por las ediciones que obtuvo. En 1618 fué vertida al frances por Du Bray (Paris, 1618, 22.°); en 1639, por Dejanés, traduccion que alcanzó varias ediciones. Por fin, fué tambien imitada por un autor desconocido que la publicó bajo el título de *Histoire de Cocus* (Constantinopla, 1741, 16.°) i que fué reimpresa en varias ocasiones, entre otras, una en La Haye en 1746. Por último, otro autor anónimo, de quien tomamos las indicaciones anteriores, la ha reimpreso en San Remo en 1875.

5 Rosales *Historia generál*, t. I, páj. 217. Recomendamos la lectura de este pasaje de Rosales, por el curioso hecho o fábula que apunta hablando de Ferrufino. Aquél mismo autor prometió en la páj. 148 del 2.° volúmen de la obra tratar a la larga de Ferrufino en su *Conquista espiritual de Chile*.

6 Ovalle, que ha sido seguido en ésto por Pinelo, señala a varios jesuitas autores de escritos de esta naturaleza, entre los cuales merece recordarse al padre Vicente Modollel, (cuya vida ha escrito Rosales) i a Luis Bertonio, quien a 24 de enero de 1615, dirijió al jesuita Francisco Rosea una *Relacion de los sucesos del Perú y Chile* (*Hist. rel.*, lib. 7, cap. V; *Epítome*, 2.°, c. 651); i sobre todos, a Diego de Torres, hombre de ordinario tan celebrado en los escritos de los autores jesuitas, i especialmente en Lozano que habla de él a la larga en el lib. 4.° de su *Historia de la Provincia del Paraguay*. En nuestra Biblioteca Nacional hai una larga *Carta* suya dirijida al jeneral de la Orden, que está sin firma, pero que es fácil determinar por los fragmentos que cita

Orden en Roma i ha servido al cronista Alegambe para la redaccion de su obra *Firmamento relijioso*, impresa en Madrid en 1744[7].

El mismo Alonso de Ovalle a quien acabamos de citar, refiere que el padre Juan Pastor, misionero que fué de Cuyo i procurador en Roma, tenia casi acabada por los años de 1646 una *Vida del padre Diego de Torres Bollo*, «por haberlo conocido mucho i a la larga i haber tenido curiosidad muchos años de recojer con puntualidad lo particular de sus hechos»[8]; i otro cronista señala entre los autores que escribieron biografías en Chile a los jesuitas Gaspar Sobrino, Rodrigo Vasquez, Bartolomé Navarro i Baltasar Duarte, a quienes supone autores de una *Vida de doña Mayor Paez Castillejo*[9]. No debemos olvidar tampoco que otros jesuitas, Rosales i Olivares, trataron el jénero biográfico, éste escribiendo la *Vida del padre Nicolas Mascardi*, que segun toda probabilidad formaba parte del segundo volúmen de su *Historia militar, civil i sagrada*[10], i aquél, apuntando a la larga en su

Ovalle en los capítulos 4, 5 i 6 del lib. VII, i en el octavo del lib. VIII. Torres es tambien autor de los *Comentarios del Perú, breve relacion del fruto que se recoje en los indios del Perú*, impresa en 4.° en 1604, i traducida i publicada en Roma en 1643, i en Venecia en el año siguiente en 8.° Juan Hay hizo tambien una traduccion latina que se dió a la estampa en Maguncia i Antuerpia, 8.°, 1604, 1650. (Pinelo, *Epítome*, 4.°, col. 642.)

Rosales apunta, asimismo, que la vida del P. Juan Lopez Ruiz que se encuentra en su *Conquista espiritual de Chile* ha sido tomada de la que escribió el padre Luis Santistevan.

7 Pájs. 743--757. Veáse Eyzaguirre, t. I, páj. 470. Briseño reproduciendo esta noticia, supone que el libro ha sido impreso. (*Estad. bibl.* páj. 526). Ferrufino habia sido compañero de Venegas, con el cual se embarcó en Concepcion por octubre de 1608, cuando aún no habia concluido sus estudios, para ir a misionar a Chiloé, donde permanecieron dos años. Llamado despues a Santiago, vino aquí a terminar sus estudios: Lozano, páj. 31, t. II.

8 *Histórica relacion*, páj. 412; Pinelo, t. II, col. 660. Lozano declara tambien que el padre Pastor «vivió de asiento en Chile» desde poco despues de la muerte de Oñez de Loyola, i que era autor de una *Historia de la Provincia del Paraguay*, manuscrita.

9 Eyzaguirre, t. I, páj. 465 de su *Historia de Chile*, en la traduccion hecha por L. Poillon e impresa en Lille en tres volúmenes con el título de *Histoire eclésiastique, politique et littéraire du Chili.* Ignoramos de donde haya sido tomada la indicacion que apuntamos en el texto.

En cuanto a los jesuitas a quienes se supone autores de la biografía de doña Mayor Paez, de Sobrino hablaremos mas adelante; de Vasquez, Ovalle lo cita como autor de varias *Cartas*; i de Navarro, poseemos su vida completa escrita por Rosales en la *Conquista espiritual de Chile.*

10 Véase mas adelante el capítulo XIV.

Conquista espiritual de Chile los sucesos de los principales miembros de su órden que figuraron entre nosotros. Conste, ademas, ya que de estos personajes hemos de tratar en lugar separado, que el relijioso de la Recoleccion dominicana Fr. Sebastian Diaz, destinó dos de sus trabajos a recordar los rasgos del prior Acuña i de la monja Sor María de la Purificacion Valdés.

En esta larga lista de biógrafos de la Compañía de Jesus, nos resta todavía por señalar a los padres Juan Bernardo Bel i Javier Zevallos.

Bel era autor de un tratado biográfico intitulado *De los varones ilustres de la Provincia de Chile*, (que hoi parece perdido) i a fin de hacerlo mas completo púsose a redactar la *Vida del siervo de Dios .. hermano Alonso Lopez*, sobre cuyo tema el jesuita Domingo Javier Hurtado habia anteriormente escrito. Bel tuvo, ademas, a la mano los apuntes de la vida del lego hechos por él mismo a instancias de su confesor. «Acuérdome, dice Bel, que el año de 1699 le traté i le comuniqué i que siempre me pareció por lo que de él se hablaba, era poco; que la humanidad, desprecio de sí mismo, paciencia que mostraba era como lo que se cuenta de los santos, la modestia i trato con que se portaba, aquel hablar de Dios i de la Vírjen, a quien llamaba su madre, con unos términos i semejanzas tan propios que aquella lengua no era de lo que producia su natural corto i encojido, sino de mui superior ilustracion»...

Dominado por la idea de una comunicacion superior especialmente acordada a su héroe, Bel ha fundado su libro sobre esta falsa base, que, si en esos tiempos de credulidad en que las patrañas eran maravillas estaba mui bien, hoi nos parece absurda i grotesca. Añádese a esto que teniendo por objeto contarnos revelaciones i milagros, su relacion interminable concluye al fin por fastidiarnos sobre manera, i aunque salpicado de algunas orijinales anécdotas, el pesado estilo del narrador estingue del todo su mérito: la monotonía de la vida del hermano Lopez ha pasado íntegra a las pájinas de su biógrafo. Codéanse allí la credulidad

mas estupenda i los elojios mas exajerados, todo es ficticio, como si el autor se trasportase a una rejion imajinaria, en que parecen nacidas las flores prodigadas en sus trozos descriptivos i el falso lenguaje de sus comparaciones.

Cuando en un dia del mes de agosto de 1767 se apeaba a la puerta del palacio de los presidentes de Chile un capitan de dragones del rejimiento de Buenos-Aires, i entregaba a don Antonio Guill i Gonzaga el pliego que contenia la órden de espulsion de todos los jesuitas que hubiese en el reino, llegaba casualmente a visitarlo su confesor el jesuita español Javier Zevallos, «montañes». El buen padre tuvo la debilidad, cuenta Carvallo, de hacerle abrir aquel misterioso papel; mas, «viendo la estrictísima reserva que se le prevenia, se la advirtió, pero no fué bastante a separarle de su inconsideracion. El padre Zevallos orientó de todo al rector del colejio Máximo, i de allí salieron correos para todas sus casas, colejios, residencias i estancias, que así tuvieron tiempo no solo de reservar escrituras i quemar los papeles que podian perjudicarles, sino tambien de trasponer algunos jéneros comerciables, i el dinero que tenian»[11].

Puestas en ejecucion las apretadas órdenes del rei el 17 del mismo mes i año, el confesor del condescendiente gobernador de Chile, a la sazon profeso de cuarto voto, fué embarcado a bordo del navío *Nuestra Señora de la Hermita*, «que dió al traves», ahogándose los sesenta jesuitas que iban en él, i entre estos el padre Zevallos[12].

El libro de este padre que conocemos, intitulado *De la vida y virtudes del siervo de Dios padre Ignacio García*, que se ha dicho «contiene muchos pormenores importantes de la historia de Chile»[13], está escrito sobre el arte de la mas completa pedantería i del mas vulgar agrupamiento de palabras sonoras. El epítome de

11 *Discripcion histórico-geográfica*, t. II, páj. 333.
12 En la nómina que envió el gobernador de Valparaiso don Antonio Jimenez de la Espada al virei del Perú, con fecha de febrero de 1768, se incluye el nombre de Zevallos, i por tanto, es evidente que pereció en el naufrajio.
13 Eyzaguirre, t. II, páj. 331. Esto es completamente inexacto.

la obra lo formaria una pájina; en otros términos, todo se va en divagaciones, recomendaciones i una no interrumpida apolojía[14].

Por los años de 1708, una monja del convento de la Victoria llamada Sor Ursula Suarez, con el lenguaje de una carta familiar en que se manifiesta rendida i sumisa, escribió a despecho suyo pero cediendo a las reiteradas órdenes de su confesor una *Relacion de las singulares misericordias que el Señor ha usado con una relijiosa indigna esposa suya.* Sor Ursula habia ascendido a vicaria del convento, i de cuando en cuando se daba a la tarea de apuntar por escrito sus propios hechos para remitirlos al sacerdote que manifestaba interes en repasarlos despacio en el papel.

Aparte de los sucesos de su primera juventud i de sus travesuras de niña, puede decirse que el manuscrito de Sor Ursula no contiene mas que la historia de sus propias imajinaciones. La natural monotonía que pesa sobre todas esas relaciones del interior de los claustros, es apénas turbada aquí por algunos cuadros pintados con animacion, o por las mezquinas intrigas de faldas en algun acalorado capítulo. La obra de Sor Ursula, como se supondrá, no está terminada, pues léjos de eso, en su última parte, el hilo de la narracion comienza a ir entrecortado, i el estilo que al principio era lijero, cual convenia al jenio travieso de una muchacha, se hace mas grave a medida que el autor avanza en la historia de sus años i en la madurez de su carácter. Sor Ursula Suarez murió el 5 de octubre de 1749[15].

El dominicano frai Agustin Caldera, autor de unos cortos *Recuerdos para conservarse fiel a Dios,* en que se revela un acendrado misticismo, profesó de corta edad en Santiago, enseñó teolo-

14 El jesuita Manuel José Alvarez publicó en Santiago, en 1864, un *Compendio de la vida del apostólico varon P. Ignacio García,* 8.°

15 Obra parecida a la de Sor Ursula es la que puede formarse de las *Cartas* que Sor Dolores Peñailillo, del monasterio de Santa Rosa, escribió sobre sus penitencias, tentaciones i visiones, arrobamientos i enfermedades al padre Manuel José Alvarez, de la Compañía de Jesus.

jía en el convento de su órden i mereció que la Universidad de San Felipe le regalase con la borla de doctor. En sus últimos años se dedicó a escribir un *Compendio de la vida de Sor Ignacia*, que dejó incompleto por su muerte, (que le sobrevino siendo todavía mui jóven,) el 13 de octubre de 1794, mui poco despues de la de la mujer cuyas virtudes relijiosas se habia propuesto celebrar.

Otra dama que mereció el honor de que sus hechos ocupasen la ociosa pluma de sacerdotes con aires de letrados fué la condesa de la Vega, esposa de don José Vasquez de Acuña. La vida de esta señora, que se ha llamado «la santa de Chile», ha sido escrita por su confesor con una rara naturalidad i no escaso interes, derivado de que, a diferencia de lo que de tantos otros personajes hemos apuntados, Rivadeneyra[16] ha descrito la mujer del hogar.

16 No podríamos asegurar que el doctor don Juan José de Rivadeneyra fuese el autor del opúsculo que mencionamos, que no lleva a su frente la indicacion de nombre alguno. Mas, el canónigo de la catedral de Lima don José Manuel Bermudez en su *Breve noticia de la vida i virtudes de la señora doña Catalina de Iturgoyen Amasa*, Lima, 1821, 8.°, pájina X, reconoce que Rivadeneyra fué confesor de la Condesa i que escribió unos *Apuntes* de su vida. ¿No debe deducirse de aquí el hecho que señalamos en el texto? Salazar en su *Vida del V. P. Alonso Messia*, Lima, 1738. 8.°, fol. 135, trata tambien de doña Catalina.

CAPITULO IX.

JURISPRUDENCIA.

Calderon.— Polanco de Santillana.—Pedro Machado de Chavez.—Escalona Agüero.—Corral Calvo de la Torre.—Solórzano i Velazco.—García de Huidobro.

En cuanto a las obras abstractas del derecho, el primero que se avisó de escribirlas, por los años de 1598, fué el canónigo tesorero de la Catedral de Santiago don Melchor Calderon en un libro de pocas pájinas que tituló: *Tratado de la importancia y utilidad que hay en dar por esclavos a los indios rebelados de Chile.*

Calderon vino a este país por los años de 1555 i vivió siempre dedicado a los oficios de su ministerio. Se le presentaba como hombre de «gran reposo i quietud». Luis de Gamboa miéntras permaneció en el gobierno lo consultaba en todos los casos que se le ofrecian, i decia refiriéndose a él «que siempre lo habia visto mui honrosa i honesta i virtuosamente, sin jamas haber visto, oido ni entendido cosa en contrario»[1].

Calderon sirvió tambien los cargos de comisario del Santo Oficio i de Cruzada i de vicario jeneral del Obispado, i era ya sin duda mui anciano cuando se publicó su trabajo sobre esclavitud de los indios de Chile (1607).

Don Melchor hizo un viaje a la Península con poder de las ciudades de Santiago i Concepcion, i del obispo, dean i cabildo a

1 *Informacion* presentada al rei por Calderon, en 1585.

fines de 1564, i se presentó al rei haciéndole un sumario estado del país i de su historia para pedirle que se enviase de nuevo a Chile a don García Hurtado de Mendoza. En una presentacion posterior espuso que uno de los principales objetos de su viaje era obtener de Su Santidad una bula de composicion para que los encomenderos hicieran a los naturales las restituciones a que en conciencia estaban obligados. Posteriormente fué elejido miembro del cabildo de Santiago, en 1579[2].

Cuando en 1598 los araucanos dieron muerte a García Oñez de Loyola, se despertó contra ellos en el reino, como era natural, cierta especie de rencor, no sin asomos de miedo, i los mas perspicaces se preguntaron cuál seria el mejor arbitrio que pudiera tomarse contra ellos. Don Merchor Calderon reunió en un cuerpo, a que dió unidad con sus palabras, las opiniones de la jente mas docta de la colonia i elevó a la consideracion del virei el resultado de sus investigaciones para que ese alto majistrado resolviese en última instancia el dar por esclavos a los araucanos. Nuestro canónigo traia a colacion en primer lugar la importancia que se seguiria de la medida propuesta i las razones que la apoyaban, concluyendo por decir que si se podia darles muerte, era mas llevadero para ellos el servir como esclavos. Aducia en seguida los motivos que obraban en contra de esta teoría i dejaba en último resultado al virei el encargo de apreciar la fuerza de sus razonamientos. Como sabemos, una resolucion real vino tambien a consagrar, teóricamente, las teorías del canónigo Calderon[3].

Vinieron a Chile en todo el curso del siglo XVII a ocupar los sillones de la Real Audiencia varios distinguidos personajes que cultivaron con ardor la jurisprudencia.

Cuando en 13 de mayo de 1647 un terrible sacudimiento de tierra redujo a escombros a esta buena ciudad de Santiago, uno de los oidores, llamado don Nicolas Polanco de Santillana, que al

2 Documentos del Archivo de Indias.
3 Véase acerca de Calderon los *Oríjenes de la Iglesia chilena*, especialmente en las pájinas, 186, 187 i 521.

parecer en esas aflictivas circunstancias debia hallarse con gran tranquilidad de espíritu, se metió en una choza que improvisó con algunas tablas, i en una mesa que por acaso salvara de entre las ruinas, redactó en ocho meses un libro de ocasion que tituló *De las obligaciones de los Jueces y Gobernadores en los casos fortúitos*, que «segun hemos oido a todas las personas doctas i entendidas, decian dos graves sujetos de aquella época, es de lo mas docto que se ha podido escribir en la materia»[4]. Consta tambien que Polanco de Santillana era autor de un tratado sobre el *Comentario de las Leyes del título Primero del Libro Primero de la Recopilacion*, que ocupaba mil i seiscientas fojas de papel «de su letra i mano», i que como el anterior parece haberse estraviado.

Contemporáneo de Polanco de Santillana fué el oidor de la Audiencia de Santiago don Pedro Machado de Chavez, «varon de muchas letras, gran virtud e integridad», segun apunta el ilustrísimo Villarroel.

Machado de Chavez, por uno de esos súbitos cambios que abundaron no poco en la era de la colonia i de los cuales aún en nuestros dias pudieran señalarse algunos ejemplos, abandonó de un dia a otro su garnacha de oidor i se vistió el hábito clerical. El mismo obispo a quien acabamos de citar, cuenta que el buen oidor anduvo gravemente preocupado en averiguar si podria presentarse en ese traje precediendo a sus colegas legos en los actos públicos, sobre lo cual envió consulta a la Corte, le vino cédula, i pudo al fin el dia de San Pedro exhibirse en la Catedral con el distintivo de su nuevo estado.

Machado de Chavez escribió los *Discursos políticos y reformacion del Derecho*, que en su tiempo no vieron la luz pública i que al presente se creen perdidos[5]. Consérvanse, sin embargo, algunas muestras de la obra en ciertos pasajes trascritos por Villarroel i que efectivamente inducen a dar fe de los notables conocimientos del oidor de Santiago.

4 *Certeficacion* de los jueces oficiales de la Real Hacienda, Antonio de Azocar i Miguel de Zerpa, 1648.

5 Villarroel, *Gobierno eclesiástico*, t. I, páj. 645; II, páj. 295.

«Provenian los Machado, apellido evidentemente portugues, de un pequeño mayorazgo de Estremadura, cercano de la raya de de Portugal, i su fundador en Chile habia venido en la primera década de la Real Audiencia trayendo tantos hijos como *sobrinas*. Llamábase aquél don Hernando Machado de Torres, i su esposa doña Ana de Chavez. A una de aquellas sobrinas, como ántes contamos, casóla el oidor su tio, contra las leyes de España, con con Juan Rodulfo Lisperguer i Solórzano por el año de 1633.

«De sus dos hijos don Pedro i don Francisco hizo don Hernando dos potentados.

«Al primero lo hizo oidor.

«Al segundo lo hizo arcedeano.

«Era tan absoluto el predominio de don Hernando Machado de Torres que habiendo pasado el mismo de la fiscalía al puesto de oidor en 1620, doce años despues (1632), habia hecho ya fiscal a su hijo don Pedro, i tres años mas tarde le dió su propio puesto en la Audiencia. Tenia esto último lugar en 1635 cuando el advertido obispo Salcedo acusaba a aquel tribunal cobarde i corrompido por la impunidad escandalosa de doña Catalina de los Rios, de estar constituido en un verdadero club de parientes. El oidor Adaro i el oidor Güemes eran deudos de los Machado. Siempre en Chile los parientes!»[6].

En esta lista de oidores que en Chile escribieron sobre materias legales, debemos mencionar tambien a don Gaspar de Escalona i Agüero, a don Juan del Corral Calvo de la Torre, i a Solórzano i Velasco.

Escalona i Agüero llegó a Chile a los principios de 1649. Siendo natural de Chuquisaca[7], habia hecho sus estudios en Lima

6 Vicuña Mackenna. *Los Lisperguer i la Quintrala*, páj. 163.

7 Montalvo así lo asevera, *Sol del Nuevo Mundo*, páj. 93 conformándose al dicho del mismo Escalona, al frente de su *Gazophilacium*. Se equivocan, pues, Leon Pinelo, cuando lo declara oriundo de Lima (*Epítome*, páj. 1173) i Herrera, (*Ensayo sobre la literatura ecuatoriana*, páj. 51 que lo hace natural de Riobamba. Mendiburu, *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, t. III, no acierta a pronunciarse sobre esta duda.

(donde fué condiscípulo con el célebre Leon Pinelo) para pasar en seguida a desempeñar los cargos de correjidor de la provincia de Jauja en el Perú, gobernador de Castro Vireina, procurador jeneral de la ciudad del Cuzco, visitador de las arcas reales, i por fin, el de oidor de la Audiencia de Santiago. Escalona era un hombre, ademas de instruido, estraordinariamente versado en los asuntos administrativos de las colonias españolas. En su puesto de visitador de las arcas reales le habia sido preciso imponerse con minuciosidad de las disposiciones referentes a la hacienda pública, habia examinado por sí mismo el estado de las oficinas, el desempeño de los empleados, el manejo de los caudales, etc. En tan favorables condiciones don Gaspar se aprovechó de sus conocimientos teóricos i prácticos sobre la materia i escribió un libro que designó con el título de *Gazophilacium regium perubicum*, que solo vino a publicarse en 1675, merced al jeneroso patrocinio de un sujeto llamado Gabriel de Leon[8].

Escalona Agüero ha dividido su trabajo en dos libros, i cada uno de ellos en otras tantas partes, escribiendo el primero en latin i el segundo en castellano. Este defecto capital de su redaccion está, con todo, balanceado por la sobriedad de su estilo i la multitud de disposiciones que cita i comenta en forma breve. Sus pájinas forman un tratado de cuantos objetos se refieren a la administracion de la hacienda pública, hecho con bastante método i con singular conocimiento del asunto[9].

El erudito amigo de don Gaspar, Leon Pinelo, le atribuye tambien otro libro intitulado *Del oficio del virey*, al cual tributa

8 Casi un siglo mas tarde se hizo en Madrid una edicion en folio de la obra de Escalona. Don Alfonso Rodriguez de Ovalle escribió tambien el *Nuevo Garofilacio real del Perú*, «con arreglo a los documentos orijinales que se le han suministrado i a las noticias adquiridas de personas de la mayor integridad i práctica en los asuntos que se tratan», (*Bib. de la Acad. de la Hist.*, Madrid). El título de Gazofilacio dado a su libro por Escalona parece que se puso de moda, porque en 1729 don Pedro Medronio dió a luz otro con la designacion de *Gasophilacium divinae dilectionis*.

9 Creemos que él mismo don Gaspar no ha sido exajerado cuando decia a su editor que habia terminado su empresa «non sine magno labore et esperientia digesta, provideque et accurate illustrata».

no pocos elojios, pero que, segun parece, nunca llegó a imprimirse.

Este mismo bibliógrafo dice que el conocido oidor de Chile don Alonso de Solórzano i Velasco es autor de un *Panegyrico de los Doctores y maestros de la Universidad de San Márcos que florecian el año de* 1651, i de *Dos discursos jurídicos*, uno «sobre que se conceda a la Universidad la jurisdiccion del maestre escuela de Salamanca, i otro, sobre que se sitúe[10] en vacantes de obispados renta para cátedra del Maestro de las sentencias», i agrega, sin señalar el lugar, que el libro fué impreso en folio el año de 1653[11].

Solórzano i Velasco dirijió tambien al rei, con fecha de 1657, un desordenado *Informe sobre las cosas de Chile*, destinado principalmente a sostener el principio de la guerra defensiva, pero en el cual se hallan algunas noticias sobre el estado de las ciudades chilenas a mediados del siglo XVII[12].

Don Juan del Corral Calvo de la Torre era hijo de la ciudad de la Plata i habia seguido en Lima sus estudios forenses hasta obtener el título de abogado por la Real Audiencia. Siendo oidor en Santiago, en 1698, se ocupó durante mucho tiempo en la redaccion de una obra en tres volúmenes en folio que designó con el título de *Expositio ac explanatio omnium leg. Rec. Ind.*, en que, ademas de dilucidar las cuestiones teóricas legales, se propuso demostrar la aplicacion práctica que de ellas se habia hecho en los diferentes casos ocurridos en América.

A pesar de que en su libro Calvo de la Torre se manifestaba

10 *Situar* es aquí como señalar.
11 A. de L. Pinelo, *Epítome*, t. II, col. 803.
12 Este *Informe* ha sido publicado por Gay, t. 2.°, páj. 449, *Documentos*. Rosales, que suele tener sus puntillos de indiscreto, cuenta que cuando redactaba su capítulo IX del lib. II de su *Historia general*, el oidor Solórzano, que era entónces presidente de la Audiencia, i a quien llama «persona de mucha ciencia i entereza», se halló mui afectado con grandes dolores de piedra i con una ayuda de los lirios del campo, echó, que fué admirable, mas de cincuenta piedras como cabezas de alfiler, i algunas doce como garbanzos. Tomo I, páj. 240. El jesuita informó al rei en favor de Solórzano i Velasco, en Santiago a los catorce de diciembre de 1664. *M. S. del archivo de Indias.*

decidido encomiador de las disposiciones del gobierno español, sin esceptuar las que se referian a las publicaciones por la imprenta, tuvo el sentimiento de saber cuando quiso dar a luz a la suya, en contestacion al permiso obligado que solicitaba, que se le decia lo siguiente: «El Rei. Don Juan del Corral Calvo de la Torre, oidor de mi Audiencia del Reino de Chile. En carta de 10 de marzo del año próximo pasado, dais cuenta del método que habeis observado en la ejecucion de los comentos i esposiciones de las leyes de Indias, teniendo ya acabados dos tomos, i el primero remitido a Lima, i para enviar el segundo; i habiendose visto en mi consejo de las Indias, con lo espuesto por su fiscal, se ha considerado que la aprobacion que pedís de esta obra, como el que sea su impresion de cuenta de mi real hacienda, se debe suspender por ahora hasta tanto que se vea i reconozca, en cuyo caso, i siendo digna de darse a la prensa, se podrá ejecutar en España, para cuyo efecto la podreis ir remitiendo en las ocasiones que se ofrecieren. De Madrid a 25 de mayo de 1726. *Yo el Rei*».

Tuvo, pues, don Juan que renunciar por el momento a ver en letras de molde los abultados partos de su injenio i de su paciencia; i aunque mas tarde el presidente de Chile elijió a don José Perfecto de Salas, elojiando en carta al soberano «su literatura, juicio i aplicacion, para que continuase la obra que Corral habia dejado inconclusa, el trabajo del antiguo oidor de Chile permanece inédito hasta hoi[13].

Acerca de trabajos de codificacion, resúmen de los conocimientos legales i de su réjimen en un país determinado, no tenemos mas noticia que de las *Nuevas Ordenanzas de Minas para el Reyno de Chile*, que compuso de órden real don Francisco García Huidobro, marques de Casa Real, caballero del órden de Santiago, alguacil mayor de la Real Audiencia i fundador de la Casa de Moneda. Por uno de los artículos en que se dispuso la fundacion de este establecimiento, en 1743, se autorizó a García Hui-

13 Sobre Corral puede consultarse la *Crónica de* 1810 (t. I, páj. 106 i sigts., i II, páj. 23) de don Miguel Luis Amunátegui.

dobro para que propusiese al Supremo Gobierno de Chile las modificaciones que a su juicio convendria introducir en las reglas que se dictaron para los minerales del Perú en su aplicacion a nuestro país. Usando de esta facultad, don Francisco hizo recorrer el territorio minero de Chile a una persona de su confianza, i con vista de lo que ésta le trasmitió, presentó al presidente Ortiz de Rosas el nuevo código que debia ponerse en planta para los mineros de Chile. Redactado en una forma clara, siguiendo un sistema análogo al de las Leyes de Partida en cuanto a la razon de sus disposiciones, el proyecto de Huidobro no llegó jamas a rejir entre nosotros[14].

14 No fueron pocos los trabajos que en Chile se escribieron sobre minas, pues para prueba de nuestro aserto bastará con que citemos las *Cartas y Noticias* de don José de Mena, don Martin Carvallo, i el del manso padre frai Gregorio Soto Aguilar que aconsejaba se trajese a los araucanos a las minas para que con los trabajos se estinguesen poco a poco. Debemos estos datos al señor Vicuña Mackenna. Pinelo, *Bib. Occ.*, t. II, col. 118, señala tambien en este órden un manuscrito titulado *Orden que en el Reyno de Chile se tiene para la labor de las minas de oro y quintos del Rey.*

CAPITULO X.

COSTUMBRES INDIJENAS.—NOVELA.

Alonso Gonzalez de Nájera.—Algunos datos de su vida.—Su intervencion en la guerra de Arauco.—Lance con los indios.—*Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile.*—Noticias de este libro. Don Francisco Nuñez de Pineda i Bascuñan.—Detalles sobre su vida.—La batalla de las Cangrejeras.—Prision de Bascuñan.—Su permanencia entre los indios.—Regreso al territorio español.—Sus desengaños.—Exámen de su *Cautiverio feliz.*—El padre mercedario Fr. Juan de Barrenechea i Albis.—Pormenores biográficos.—*La Restauracion de la Imperial.*—Argumento de esta obra.—Una procesion nocturna en la ciudad de la Concepcion.—Muerte del autor.

No era raro en los tiempos de la colonia enviar a la Corte personas calificadas que con título de procuradores del Reino fuesen a esponer a S. M. las necesidades de que habian menester aquellas remotas partes de sus dominios. Cansados los chilenos de acreditar en Madrid relijiosos i personas de papeles, se determinaron un dia a sacar de la ocupacion de las armas, en que siempre lo habia pasado, al maestre de campo Alonso Gonzalez de Nájera para que espusiese al monarca el peligroso estado de la conquista araucana. «Donde llegado por tal ocasion a Madrid, i haciendo en él oficio de celoso procurador de provincias tan necesitadas de socorro, noté una cosa que no poco me admiró, dice Nájera, i fué que, comunicando en diversas partes algunas notables maravillas de aquellas tierras i lastimosos sucesos de su presente guerra, hallé tan pocas noticias de cosas tan dignas de ser sabidas, que me movió ardiente deseo de hacerlas notorias a cuantos las ignoraban».

Tales fueron los motivos que determinaron a escribir a Gonzalez de Nájera, pues, como él mismo confiesa, nada llevaba redactado de Chile, ni le habria sido posible dedicarse, como le pasaba a tantos otros que allí habia, no ménos ejercitados en la escuela de Minerva que en la de Marte (como dicen los poetas) al sabroso ejercicio de la pluma, andando siempre entre el usado rumor de trompetas i atambores i esperimentando dia a dia los contrastes de la guerra.

Gonzalez de Nájera[1], habia pasado a Chile en los tiempos de Alonso de Rivera el año de 1601[2], i a poco quedó a cargo de una compañía de soldados que llevó don Francisco Rodriguez del Manzano, el padre del historiador Ovalle, jente lucida que servia en la guerra con satisfaccion del presidente i los ministros.

Luego que llegó de España se fué a la guerra en la primera entrada que se hizo aquel verano a las tierras de los enemigos, en tiempo que los recien rebelados indios estaban ufanos con la muerte del gobernador Loyola i mas de parecer de acabar de libertar su tierra que de sujetarse a nuevas paces i servidumbre por ningun partido. Construyó un fuerte de palizadas a orillas del Bio-Bio, comarca que entónces estaba mui metida en distrito de indios, i allí se quedó de guarnicion con dos compañías de infantería que tenian cien hombres.

«Habiendo yo puesto el fuerte, dice en su obra, en la mas defensa que me fué posible, con foso, hoyos, estacas i abrojos con que las suelen fortificar, i otras muchas prevenciones contra arrojadizos fuegos, i de haber peleado algunas veces en escoltas que salian a cosas del servicio del fuerte, en emboscadas que les tenian hechas los indios, de que nunca faltaban heridos, i de haberse pasado estremas hambres i otras necesidades; sucedió que pasados seis meses, en tiempo que por algunos indios tenia ordenado que los soldados durmiesen con sus armas en los puestos señalados de la muralla que habian de defender, llegó una noche al cuarto del

1 Sobre Gonzalez de Nájera recomendamos a nuestros lectores un artículo de la erudita pluma del señor Barros Arana, publicado en la pájina 423 de la *Revista de Santiago*, 1873, núm. XXIII.
2 Véase Rosales, t. II, páj. 368.

alba una jeneral junta de nueve mil indios (cuyo número se averiguó despues, como diré) la cual se fué acercando al fuerte por sus cuatro frentes, segun venian repartidos, con tanto silencio, que de ninguna manera fueron sentidos de rondas ni centinelas, hasta que llegaron a cierta distancia que con alguna luna que hacia fueron descubiertos de una centinela, la cual aún no hubo bien dicho arma, cuando todos a un peso por todas partes cerraron con el fuerte, sin que les fuese de algun efecto abrojos, hoyos ni foso, en cuya repentina arremetida atravesaron la misma centinela de una lanzada derribándola dentro del fuerte, que era un mosquetero llamado Domingo Hernandez. A la voz que dió la centinela diciendo arma, salté del cuerpo de guardia donde estaba con solo la rodela i espada en la mano, i como la jente del fuerte se halló en los puestos que dije habian de defender, estaba ya toda con las armas en las manos, repartiéndose por todas partes los cabos de cuerdas encendidas, que en manojos les habian llevado con gran presteza otros soldados, que para tal efecto hacia que asistiesen de noche en el cuerpo de guardia, cada uno con su manojo de los cabos de cuerda, así para conservarlas por tener poca i mui pocas balas i pólvora (porque todas las cosas van en aquel reino de pié quebrado), como porque los soldados de la muralla en tan repentina ocasion no perdiesen tiempo i dejasen sus puestos para ir a encender la cuerda al cuerpo de guardia, donde de fuerza se habian de embarazar. Finalmente, llegado yo a donde se peleaba, se comenzó un encendido combate, disparándose del fuerte por todas partes muchos arcabuzazos i mosquetazos, i de la parte de los indios, por haber dellos un tan gran número, se tiraba infinita flechería, aunque hacian mayor daño en los nuestros con sus largas picas, hiriéndoles de mui malas heridas por entre los palos del ya dicho parapeto, sintiéndose su jeneral murmúreo que parecian espíritus infernales. Andando yo, pues, de una parte a otra peleando en las partes mas flacas con mi espada i rodela, me fué dada una lanzada por debajo della, i asimismo un flechazo, i de otra lanzada me pasaron la misma rodela con ser de hierro; andando otras veces esforzando a los soldados a la pelea i a que

ninguno desamparase su puesto,por haber muchos que me decian que estaban mal heridos, a los cuales animaba diciendo que no era tiempo de desamparar ninguno su puesto, hasta vencer o morir peleando, ayudándome a todo con mui grande ánimo otro capitan que conmigo estaba, aunque tambien mal herido, llamado Francisco de Puebla. A muchos de los soldados que tiraban botes de picas a los enemigos, con hacerlo con gran presteza, con todo ello, les hacian presa dellas i se las quebraban, quedándose con los trozos de los hierros en las manos, llegando su porfía a tanto, que por entre los palos del parapeto en que estaban otros muchos enemigos encaramados i abrazados, le quitaron a un soldado el arcabuz de las manos, i a otro un mosquete; i sacaron de la muralla una capa i una frazada de las con que se cubria la jente en los puestos de la misma muralla donde dormian, por hacer algun frio.

«Nombrábanse por sus nombres los capitanes (de la manera que dije arriba) sin sonar otra voz conocida en medio de su tácito i comun murmúreo. Pero sobre todo era de notar el estruendo que por todas partes andaba de golpearse hachas, como si talaran un monte. Por lo que viendo ya las aberturas que iban haciendo en algunas partes, que no me dejaban de dar cuidado, i que habia ya cerca de dos horas que duraba el combate sin dar los enemigos muestra de flaqueza, con cuanto eran de nuestras aventajadas armas ofendidos, i los muchos soldados que me habian herido, tomé por remedio el hacer pasar la palabra a todos, los que en alta voz dijesen: «Que huyen, que huyen», i como habla mui gran parte de los indios nuestra lengua, i muchos mas la entienden a causa de haber servido en otro tiempo a españoles, fué de tanta eficacia el levantar los nuestros tal vocería, que pensando los de los unos lados que los que estaban en los otros huian, comenzaron a huir por todas partes, desamparando la empresa al punto que comenzaba a abrir el dia, viéndose ya de los indios que huian los campos llenos; por lo cual los nuestros comenzaron luego a tirar a lo largo[3].

3 Páj. 326 i sigts.

Si tales peligros eran diarios para la pobre jente que vivia encerrada entre cuatro murallas, vendiendo su vida a toda hora del dia i de la noche, no eran ménos terribles las penurias que allí pasaban, aislados en medio de enemigos sin piedad i destituidos de todo socorro humano. Hablando de los padecimientos de aquellos heróicos soldados, Gonzalez de Nájera retrataba los propios contando lo que él mismo esperimentó. «Llegado el tiempo, declara, en que se acabaron las tasadas raciones de trigo i cebada, ordené al principio que, de dos compañías que conmigo tenia, saliese cada dia la una a los infrutuosos i estériles campos a traer cardos, de los que en España suelen dar verde a los caballos, que era la cosa mas sustancial que en ellos se hallaba, i acabados (no con poco sentimiento de los soldados), cargaban de otras yerbas no conocidas, de que se enfermaban algunos, i los sanos ya no se podian tener en pié. Salia yo cada dia en un barquillo que allí tenia, i iba el rio arriba, de cuyas riberas traia cantidad de pencas de áspera comida, de unas grandes hojas mayores que adargas de una yerba llamada *pangue*, cuyas raíces sirven allá a los nuestros de zumaque, para curtir los cueros. La particion de las cuales pencas era menester hacerla siempre con la espada en la mano, porque sobre el comer mostraban ya atrevimiento los soldados i falta de respeto. Llegó, finalmente, el estremo de la hambre a tales términos, que no quedó en el fuerte adarga ni otra cosa de cuero, hasta venir a desatar de noche la palizada de que era hecho el fuerte, para comer las correas de cuero crudo de vaca i podridas de sol i agua, con que estaba atado el maderame, i aunque se vivia con cuidado haciendo mirar los soldados que iban de noche a la guardia de la muralla, que no llevasen cuchillos i aún espadas mas de unos gorqueces o chuzos, con todo ello sucedió que una mañana amaneció el fuerte en veinte i tantas partes desatado i abierto, por lo que tuve soldados mui honrados en prisiones, i a otros que los hallaba asando las correas debajo del rescoldo del fuego[4].

4 Páj. 337.

Si tantos sinsabores le ocasionaba su sola residencia en el fuerte, no era carga ménos pesada los cuidados constantes i no interrumpida vijilancia, que le demandaban las frecuentes estratajemas que sus astutos enemigos ponian diariamente en planta para apoderarse de aquellos españoles que no tenian mas recurso que su valor, i una constancia a toda prueba. Nájera ha pintado algunas de ellas con rasgos animados i con forma no poca seductora.

«Digo, pues, que deseando un famoso capitan de indios de guerra, llamado Nabalburi, ganarme el fuerte que he dicho tenia a mi cargo con dos compañías de infantería, se resolvió a enviar quién pegase fuego dentro dél a las barracas de carrizo del alojamiento, la noche que con una gran junta llegase él a combatírmelo; i para que se siguiese el efecto de su resolucion, usó desta estratajema. Hizo buscar entre los indios de guerra uno mui flaco, convaleciente de alguna enfermedad, pero animoso, i una mujer i un niño chiquito de la misma disposicion, i habiéndolos traido de diferentes tierras, todos tres tan flacos, que no tenian sino el armadura, prometió al indio e india cierto interes de su usanza, i les dió órden que viniesen a mi fuerte, pareciéndole que por verlos yo tan flacos, i que de su voluntad se venian a rendir, no les haria mal alguno, i que me confiaria dellos. I así dijo al indio, que con esta ocasion procurase hacer un tan gran servicio a su patria, como era pegar fuego a las barracas del alojamiento del fuerte, la noche que con una mui gran junta llegase él a combatirlo; i que en caso que yo le enviase por el rio, a cuya ribera estaba el fuerte, a otro que estaba a la parte de las tierras de paz en un barco que allí tenia, pusiese la mujer en ejecucion el intento; porque ayudados con el incendio, no habria duda en que llegando los indios, ganarian el fuerte, i degollarian a todos los viracochas, (que así llamaban ellos a los españoles) de cuyo saco i cautivos tendrian él i la mujer sus partes. Advirtióle que, para que mas a su salvo lo pudiese poner por obra, procurase hacer en el fuerte alguna barraquilla arrimada a otras grandes, donde con la mujer i niño lo dejarian estar, por no hacer caso ni presumir mal dellos; que de tal manera podria en ella tener aper-

cebido el fuego con mas secreto para la noche que lo habia de dar al fuerte, i que comenzase por su misma barraca: que por ser todos hechos de carrizos, no habria duda en el efecto. Dióle tambien un cordel en el cual habia tantos nudos, cuantos dias habian de pasar hasta el de la noche que pensaba combatir el fuerte, para que estuviese advertido la que habia de poner por obra su designio, la cual habia de ser al tiempo que por la llegada de las juntas se tocase arma en el fuerte en el del alboroto della. Usan los indios de este cordel, a que (como dije en el capítulo pasado) llaman *yipo*, para todas sus cuentas, yendo deshaciendo cada dia un nudo, hasta que llega el en que han determinado poner por obra lo que pretenden; i así habia de ir este indio deshaciendo un nudo cada dia, desde el en que se partió a poner en efecto la órden que le dió su capitan. I para que en tan importante empresa no hubiese yerro de la una ni de la otra parte, se quedó el Nabalburi con otro semejante cordel, de otros tantos nudos, que habia de ir deshaciendo, por la misma órden, que el indio los del suyo. Finalmente, le ordenó, que, llegado al fuerte, dijiese que la india i niño eran su mujer i hijo, i que por haber sido en su tierra el año estéril, pasaban todos los indios tanta necesidad de mantenimientos, que se comian unos a otros, i que así la excesiva hambre le habia obligado ir a buscar su remedio entre los cristianos, como jente piadosa. Instruido, pues, mui bien el indio, llegó en fin a mi fuerte con la mujer i niño, tan flacos como dije; i haciendo su plática con las razones que traia a cargo de decir, la acompañaba con algunas lágrimas, significando la estrema hambre que padecian todos los de su tierra, diciéndome con esto de cuando en cuando: «Capitan, ten lástima de mí». Díjome tambien cómo ántes de la última jeneral rebelion habia sido él del repartimiento de una principal señora, llamada doña María de Rojas, mujer que habia sido del famoso maestre de campo Lorenzo Bernal, i que acordándose de la buena vida que en aquel tiempo tenia en servicio de su señora entre los cristianos, se volvia a amparar dellos con su mujer i aquel hijo, que solo le habia quedado entre otros que en sus brazos se le habian muerto de

hambre, i a esta razon se comenzó la mujer a limpiar los ojos de las lágrimas que vertia mostrando sentimiento. Preguntéle al indio qué nuevas habia entre los de la guerra, i si trataban de juntarse para algun efecto, i dijo: «Señor, mas cuidan ahora de buscar qué comer por lo mucho que pelean con la hambre, que de tratar de otra guerra». Díjele que qué decian de aquel fuerte. Respondió, que vivia yo con recato, i que tenia muchos arcabuces, i que por ello todo el reino junto no se atreveria a acometerlo.

«Traia la india a las espaldas un envoltorio dentro de una red de que se sirven como de mochila, i habiéndola puesto en el suelo, me abajé a querer ver lo que traia dentro, i fué cosa de notar, que con estar el indio tan flaco i haberse mostrado en sus razones tan cuidado i humilde, se volvió a mí con tanta soberbia i aún descomedimiento a estorbarme que no viese lo que habia en la mochila, como si me tuviera solo en su tierra entre los suyos. Púsome ésto mayor deseo de ver lo que allí traia, i en fin lo miré aunque hacia toda instancia el indio para que no lo viese.

«Hallé unos ovillos de hilado i alguna lana para hilar, i envueltos en ella unos palos con que los indios acostumbraban a encender fuego. No fué esto lo que me dió indicio del mal intento que traia, considerado que pocos indios caminan sin el tal aparejo de hacer fuego; pero dióme grande sospecha el hallar en otro escondrijo el *yipo* o cordel de los nudos que dije, i aumentóla ver cómo se habia opuesto el indio a no consentirme reconocer la mochila. Disimulé la sospecha a que semejante venidas de indios obligan, i híceles dar de comer, teniendo gran cuidado con ellos. Ordené que tuviesen siempre una centinela de vista i que con ella estuviesen de noche en el cuerpo de guardia. Pero mostrando el indio gran sentimiento por ello, comenzó a hacerme tanta instancia en que le dejase hacer una barraquilla donde vivir dentro del fuerte con su mujer i hijo, que ésto i el haberle hallado el cordel que dije, fué causa de que me resolviese a hacerle dar tormento. Entreguélo a sus verdugos, que fueron algunos de los indios amigos que tenia allí, i estando presente en él el faraute que tenia en

el fuerte, confesó todo lo que ya he referido, con lo cual confrontó la confesion que tambien hizo la india apartada dél. Condenéle a alancear; i porque le detuve dos dias para que se convirtiese i muriese cristiano, no se puede creer lo que me molestaban los indios amigos para que se los entregase para alancearlo. Entreguéselos al fin viendo que no queria morir cristiano, i todos con sus picas mui contentos lo llevaron a un llano donde lo alancearon, mostrando con su muerte el mortal odio que tienen a los indios de guerra. La india i el niño, que ni eran su mujer ni hijo, ni aún el niño hijo de la india (segun su confesion), ganaron en lo que el indio perdió, pues se bautizaron luego i quedaron entre cristianos, donde aprendiesen a serlo.

«La junta que fué jeneral, vino dentro de doce dias (del cual número no hubo diferencia al de los nudos del cordel) i me combatieron el fuerte aquellos bárbaros con el valor que refiero en el *Desengaño quinto*.

«Otro suceso referiré en que se echará tambien de ver cuán astutos i advertidos soldados son los indios de Chile.

«Por estar fundado mi fuerte, como dije, a las riberas del gran rio Bio-Bio, tenia en él un barco en que enviaba por leña i carrizo i otras cosas necesarias para el servicio del fuerte, haciendo que fuesen en él un sarjento, i ocho o diez arcabuceros, prevenidos de convenientes órdenes del recato que habian de tener, así para que llegando a la ribera, no encallase el barco, como para saltar en tierra. Variaba cada dia los lugares a donde habia de ir, desmintiendo espías de esta manera, para que no pudiesen con certeza atinar los enemigos la parte a donde lo enviaba; i así les salieron vanas muchas emboscadas que pusieron en diferentes tiempos i lugares. Pero advirtiendo ellos al cabo de algunos dias, en tener cuenta con los lugares a donde acostumbraba a ir el barco, que las mas eran a la otra parte del ancho rio, i contando que eran ocho, hicieron en un mismo dia otras tantas emboscadas bien reforzadas de jente, i pusieron en cada lugar la suya. Fué, en fin, fuerza que el barco hubiese de dar en una de ellas i que los que habian saltado en tierra peleasen con la muchedumbre de indios

que sobre ellos cargaron. En esta ocasion perdí un sarjento llamado Gabriel de Malsepica, mui esforzado soldado, con otro de alto valor nombrado Alonzo Sanchez, que vinieron a morir de heridas al fuerte, habiéndose llevado el rio a otro que cayó en él, muerto de un golpe de macana. Escaparon los demas por puro valor de sus personas, aunque bien heridos de lanzadas i flechazos, viniendo el barco cubierto de flechas, de que aún hasta los remos estaban atravesados de parte a parte. Retiró un soldado harto valiente llamado Vallados (aunque mal herido) una pica que quitó a los enemigos, que tuvo treinta i cuatro palmos de asta. Constó manifiestamente haber sido ocho las emboscadas que aquel dia habian puesto, por haber sido tantas las que se contaron desde el fuerte, que descubieron luego como vinieron los demas, a aquella donde habia dado el barco, procurando con toda dilijencia ir a ayudarla i socorrerla, como lo hicieron las mas cercanas con grandes gritos i vocería.

«Otra estratajema usaron los indios conmigo i fué de esta manera. Creciendo en el invierno el rio en tanto exceso cual jamás se habia visto, vino a quedar el fuerte, que está a sus riberas, aislado en medio dél, siendo necesario guarecernos todos sobre lo alto de la palizada con el poco trigo que habia para el sustento envuelto en frazadas. Duró esta avenida i el llover por dos dias, hallándonos a peligro de perecer anegados. En este tiempo, a la parte de tierra de donde estaba el fuerte mas distante, hicieron apariencia i muestra tanto número de indios de caballería e infantería, que cubrian toda una grande vega que allí habia, i escaramuzando con grande grita i algazara, mostraban solemnizar nuestro presente peligro con fiesta, pareciendo la otra contraria i mas cercana ribera yerta i solitaria, sin que se viese en ella un indio: industria i traza de los enemigos, pareciéndoles que habia de pensar yo a que en la otra parte estaban juntos todos, i que a esta otra, como mas cercana i segura, pues no parecia en ella algun indio, me habia de atrever a salir a salvarme con la jente en el barco, que ellos sabian que tenia atado cabe el fuerte. Pero venian engañados, porque poca exhortacion fué menester hacer a los sol-

dados para que todos prometiesen, como lo hicieron, de morir anegados conmigo ántes que pretender tan vil remedio. En fin, como Dios fué servido que al cabo de los dos dias fuese declinannando la avenida, bajando el gran rio que iba hecho un mar, i vieron los enemigos manifiestamente que iba descubriendo el fuerte (el cual se pudo tener a milagro no habérselo llevado el ímpetu de la gran corriente) entónces se descubrió por encima de un collado un copioso escuadron dellos armados de mucha piquería que habia estado emboscada, donde hasta entónces no habia parecido ninguno, encontrándose con su silencio mui tristes i melancólicos, por no haberles sucedido su designio conforme habia sido su deseo.

«Otro ardid fué, que viendo los indios el cuidado con que vivia en mi fuerte, i la órden con que salian las escoltas, que acostumbraban ir a menudo por aquellos campos a cosas del servicio del fuerte, i a traer algunas yerbas de que nos sustentábamos por faltarnos ya la comida, i que con cuantas dilijencias hacian para hacerme en mi jente algun daño, nunca hallaban alguna descuidada, apartada o desmembrada para ejecutar su intento, determinaron darme ocasion para que algunos soldados se desmandasen adonde sus emboscadas tuviesen en qué cebarse. Acordaron, pues, de echarme algunos caballos sueltos que se me viniesen al fuerte, como que se les habian huido de algun pasto, pareciéndoles que apoderándome dellos me atreveria a enviar soldados de a caballo, i que confiados en ello los mismos soldados, se alargarian a pié, lo que hasta entónces no habian hecho, mostrando aquellos enemigos en estas trazas la gran codicia que tenian de quitarnos las vidas, pues holgaban perder los caballos que tienen en mucha estima, por ejecutar su rabioso intento en los nuestros. Dieron, pues, un dia aviso los centinelas que de unos collados bajaban al llano i vega del fuerte, caballos maneados, que mostraban ser hasta diez dellos. Salí con jente a ver qué misterio era aquel, maravillado de la novedad i no sin recelo de estratajema, porque sabia que el enemigo no podia tener tan cerca pasto donde tuviesen caballos. Quise con todo ello probar la mano a ver si a salvo

podia cojer algunos, i finalmente retiré los seis dellos, que eran los que estaban a ménos peligro de emboscada. Fué esta presa de consideracion para el fuerte, porque la tuvimos a mui buena montería para remediar la presente hambre. I así quedó no ménos burlado el enemigo en su esperanza, que en la del pasado suceso. Averiguóse haber sido tal como lo he dicho el intento de los enemigos, por relacion de muchos indios que luego dieron la paz» [5].

Como buen sectario, Gonzalez de Nájera trataba muchas veces de convertir a los indios con quienes estaba en relacion, a que abrazasen el catolicismo, lo que en ocasiones daba lugar a lances en estremo graciosos.

Cuenta él que una vez le dijo a uno, que a quiénes tenia por hombres mas sabios i de mejor razon i entendimiento, si a los españoles o los araucanos. A los españoles contestóle el interrogado; i entónces, le replicó el jefe español, ¿por qué no te conviertes? Quedóse pensativo el indio i al cabo de un rato de estar callado le dijo «si queria darle una herradura, que es cosa, agrega Nájera, que ellos precian para cavar sus posesiones.

Cinco años permaneció nuestro hombre llevando aquella vida de mal traer, en los cuales ni una sola vez pudo pasar a poblado a darse un rato de descanso: todo lo que habia conseguido erá de hacerce de incurables achaques ocasionados de las heridas que le dieron. Fuése despues a vivir a Santiago, donde al parecer permaneció tres años logrando en este tiempo ser ascendido a maestre de campo. Fué en estas circunstancias cuando Alonso García Ramon se fijó en él, como persona esperta en los negocios de Arauco, que habia visto de cerca, i que a mas no carecia de cierta instruccion i despejo, para que pasase a la Corte en calidad de procurador del reino a pedir a S. M. el remedio que le proponian para la terminacion de la guerra.

En Madrid, algo distraido por las propias pretensiones que lo embargaban, no descuidaba, a pesar de eso, el desempeño de su

5 Pájs. 186 i sigts.

cometido, creyendo qué de esa manera servia a Dios i a su rei; i al efecto presentó una sumaria relacion del estado de las cosas de Chile. Como recayese en él el nombramiento de gobernador de Puerto Hérculeg, en Italia, pasó allí a desempeñar sus funciones i entretuvo su tiempo en la terminacion de *El Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, que dedicó al conde de Lémus, a la fecha presidente del Consejo de Indias.

«Yo he escrito, dice, como mejor he podido, no historia de seguida narracion de acontecidossucesos,... sino especulados pareceres i discursos sobre los puntos mas esenciales para el reparo de una tan antigua conquista, como es la del reino de Chile... He procurado con cuidado cuanto me ha sido posible en sacarla tan casta, que se manifieste en ella una sencilla orijinal verdad, desnuda de toda arte, especialmente de ficciones».

Es sabido cuan celosa fué la corte de España en cubrir como con un velo las atrocidades de que usaban los conquistadores en América para con los naturales, o el abandono en que dejaba a los soldados: que muchas veces llegaba su estremo hasta recojer el libro en que se hubieran estampado verdades que por demasiado amargas era conveniente ocultar al público. Gonzalez de Nájera no ignoraba este antecedente, i por eso temia haber sido demasiado esplícito en su obra sobre este particular, porque en efecto: los datos sobre la triste condicion del ejército real abundan en ella.

Ademas, como habia vivido tantos años en Arauco conocia perfectamente la índole i carácter de los indios, i sus noticias en en esta parte son tambien bastante abundantes. Su libro fué titulado *Desengaño* porque era su opinion que los directores de los negocios de Chile vivian engañados i convenia manisfestarles sus errores.

Al efecto, analiza el estado de la guerra i propone los medios que mas convenientes le parecen para terminarla. Entre éstos, le hace gran fuerza, sobre todo, el que se mantenga vijente la cédula que mandaba dar por esclavos a los araucanos, i que en las acciones de guerra no se tome indio a vida que pase de diez i

seis años o que no sea de los principales. Sigue despues desarrollando su sistema, (i esta es la parte mas árida de su libro) que para surtir buenos efectos habria necesitado una propicia voluntad de los gobernantes i algunos desembolsos, condiciones ámbas que era casi inútil exijir. Nájera no es, sin embargo, un autoritario que decida por capricho; se hace cargo de las objeciones, i solo despues de discutir la materia se pronuncia.

Como conocia perfectamente la materia que dilucidaba, su pluma corre fácil i abundante, salpicando a cada paso su relacion con variados incidentes de la vida araucana, i contados en lo posible con el mismo lenguaje inculto i espresivo de jentes que de ordinario espresan su pensamiento sin ambajes. «El autor, agregan sus editores, al traer ámplia i circunstanciada relacion de las cosas de la guerra, sabe descubrir con ojo perspicaz los desaciertos de sus compatriotas, i señalar con feliz discernimiento los precisos remedios, para realizar rápida i seguramente la conquista de unos lugares que con incansable i valeroso teson defendieron siempre sus hijos. I con ánimo de recrear e instruir a la jeneralidad, aunque sin intento de entrar en un profundo estudio de historia natural, llena una buena parte de su obra, tratando con individualidad i ameno estilo de las mas notables producciones de aquel suelo, de la índole i costumbre de sus habitantes, i de otras cosas no ménos dignas de ser sabidas: trabajo en verdad utilísimo, singularmente en un tiempo en que corrian apénas algunas breves memorias i concisas e imperfectas relaciones sobre un país tan espléndidamente favorecido por la naturaleza, i de que se han ocupado en época mas reciente muchos i mui aventajados escritores»[6].

Fué, al fin, dado a la estampa, sirviéndose del mismo ejemplar que su autor puso en manos del conde de Lémus, existente en la biblioteca del duque de Osuna, en Madrid, el año de 1866, i forma el tomo XLVIII de la *Coleccion de Documentos inéditos*

6 Páj. 8.

para la historia de España, por los señores marqués de Miraflores i don Miguel Salvá[7].

Don Francisco Nuñez de Pineda i Bascuñan, segun todas probabilidades, era oriundo de Chillan, hijo de don Alvaro Nuñez i de una señora noble apellidada Jofré de Loaiza, descendiente de uno de los principales i mas distinguidos conquistadores de Chile.

Don Alvaro era un militar español que servia al rei desde la edad de catorce años, asistiendo por mas de cuarenta en las campañas de la frontera, i durante un decenio con el título de maestre de campo; habiéndose retirado del servicio solo cuando la edad i los achaques lo redujeron a no poder moverse de su casa. Nacióle don Francisco allá por los años de 1607, i como algun tiempo despues (1614) quedase sin su esposa, llevó al niño a su lado a los estados de Arauco, donde servia, i lo colocó en el convento o casa de residencia que allí tenian los jesuitas, sirviéndole de maestros los padres Rodrigo Vasquez i Agustin de Villaza. Vivió allí hasta los diez i seis, habiendo llegado a adquirir durante este tiempo regulares conocimientos de latin i no poca versacion en el manejo de los padres de la iglesia i lugares bíblicos, i las nociones filosóficas que entónces se profesaban en las escuelas. Como hubiese cometido ciertos desaciertos juveniles, su padre, que entónces contaba sesenta i seis años, que se veia privado de un ojo i sin poderse mover sin el auxilio de artificiosas trazas e instrumentos de madera, aunque siempre con fervorosa inclinacion de servir al rei, determinó de sacarlo de la clausura, i que fuese a sentar plaza en calidad de soldado i a arrastrar una pica en una compañía de infantería española. «El gobernador, dice el mismo Bascuñan, era caballero de todas prendas, gran soldado, cortés i atento a los méritos i servicios de los que le servian a S.

7 Ya mucho ántes, quizá no poco despues de escritos, habian salido a luz *El Quinto y sesto punto de la Relacion del Desengaño de la Guerra de Chile, sacados de* 14 *de su declaracion, cuyos títulos han de ser los que están puestos al fin.* Por el maestro de campo Alonso Gonzalez de Nájera. Son 16 folios en 8.° marcados en la Biblioteca del Museo Británico, donde los hemos visto, con el número 9981-6. Pertenecieron al marqués de Astorga i fueron comprados en una libra diez chelines.

M., i considerando los calificados de mi padre, le habia enviado a ofrecer una bandera o compañía de infantería para que yo fuese a servir al rei nuestro señor con mas comodidad i lucimiento a uno de los tercios, dejándolo a su disposicion i gusto, de lo cual le hice recordacion diciéndole que parecia mas bien que como hijo suyo me diferenciase de otros, aceptando la merced i ofrecimiento del capitan jeneral i presidente: razones que en sus oidos hicieron tal disonancia que lo obligaron a sentarse en la cama (que de ordinario a mas no poder la asistia) a decirme con palabras desabridas i ásperas que no sabia ni entendia lo que hablaba, que cómo pretendia entrar sirviendo al rei nuestro señor con oficio de capitan si no sabia ser soldado, que cómo me habia de atrever a ordenar ni mandar a los esperimentados i antiguos en la guerra sin saber lo que mandaba; que solo serviria darles qué notar i qué decir, porque quien no habia aprendido a obedecer, era imposible que supiese bien mandar».

Es probable que el jóven soldado entrase al ejército por los principios de 1625; pero es lo cierto que de los comienzos de su carrera militar solo se sabe que en algunos años que estuvo ocupado en la guerra, desempeñó el puesto de alférez de una compañía, que despues fué su cabo i gobernador, i últimamente su capitan, «asistiendo siempre cerca de la persona del presidente i gobernador, capitan jeneral de este reino, hasta que por indisposicion i achaque que me sobrevino, habiendo vuelto a cobrar salud a casa de mi padre, quedé reformado; i habiéndola solicitado con todo desvelo sin que volviese a continuar el usual servicio, me hizo volviera a él, como lo hice».

De los cuerpos en que entónces estaba dividido el ejército español, uno servia en el pueblo de Arauco, donde al principio estuvo destinado Bascuñan, i el otro en el tercio de San Felipe de Austria, cerca del lugar que hoi llamamos Yumbel, parte por donde eran frecuentes i terribles las incursiones de los bárbaros. A principios de 1629, los araucanos aumentaron sus fuerzas i cobraron la determinacion de dar un asalto serio en las poblaciones australes. Pasaron el Bio Bio por el lado de la cordillera i

fueron a dar a los campos de Chillan, donde el capitan Osorio que defendia la plaza fué derrotado i muerto. Entónces las tropas del tercio de San Felipe, en que servia Bascuñan, recibieron órden de ponerse en campaña i de cortar la retirada a los araucanos, i así hubiera sucedido a no háber divisado a la partida española que estaba emboscada cerca del forzoso paso de un estero con barrancas altas, tres corredores enemigos que dieron la noticia a los de su bando. Con solo este descuido los araucanos se envalentonaron al exceso i resolvieron a poco venir a atacar el fuerte. A los quince de mayo (1629) despues de haber saqueado i destruido una porcion de chacras i estancias comarcanas al tercio, se presentaron en número de mas de ochocientos a vista del fuerte i se quedaron en un estrecho paso del estero que llaman de las Cangrejeras, resueltos i alentados, esperando que les presentasen batalla campal. Dispuso entónces el sarjento mayor que una partida de caballería como de setenta hombres saliese adelante a reconocer al enemigo, que en aquel lugar tenia dispuesto que se aguardasen unas a otras las diferentes partidas que en los contornos del valle se iban replegando al paso del estero. Llegó la primera cuadrilla de hasta doscientos hombres, i sin esperar a las otras cargó con la caballería española, degolló del primer encuentro a quince enemigos, cautivó a tres o cuatro i obligó a los demas a retirarse a una loma rasa, cercana del paso.

Era el intento del valiente Osorio formar su escuadron en un cuerpo i embestir juntos infantería i caballería para obligar al enemigo a desamparar las favorables posiciones que ocupaba, i quedar de esta manera libre del peligro que le amenazaba por la espalda. Pero, cuando comenzaba a poner en ejecucion sus designios, llegó un ayudante con órden de que formase en cuadro su infantería, movimiento que no se alcanzó a ejecutar porque el enemigo se vino de seguida a la carga, avanzando en forma de media luna, con los infantes al centro i la caballería a los costados. Soplaba un fuerte viento del norte que azotaba de frente al cuadro español, i que les impidió hacer mas de una descarga; la caballería desamparó a sus compañeros, i a poco aquel puñado de valientes,

sin abandonar sus puestos, murieron los mas como alentados soldados, envueltos por la turba de bárbaros. «I estando yo, dice Bascuñan, haciendo frente a la vanguardia del pequeño escuadron que gobernaba, con algunos piqueros que se me agregaron, oficiales reformados i personas de obligaciones, considerándome en tan evidente peligro, peleando con todo valor i esfuerzo por defender la vida, que es amable, juzgando tener seguras las espaldas, i que los demas soldados hacian lo mismo que nosotros, no habiendo podido resistir la enemiga furia, quedaron muertos i desbaratados mis compañeros, i los pocos que conmigo asistian iban cayendo a mi lado algunos de ellos, i despues de haberme dado una lanzada en la muñeca de la mano derecha, quedando imposibilitado de manejar las armas, me descargaron un golpe de macana, que así llaman unas porras de madera pesada i fuerte de que usan estos enemigos, que tal vez ha acontecido derribar de un golpe un feroz caballo, i con otros que me asegundaron, me derribaron en tierra dejándome sin sentido, el espaldar de acero bien encajado en mis costillas, i el peto atravesado de una lanzada; que a no estar bien armado i postrado por los suelos desatentado, quedara en esta ocasion sin vida entre los demas capitanes, oficiales i soldados que murieron. Cuando volví en mí i cobré algunos alientos, me hallé cautivo i preso de mis enemigos».

Viéndose en tan crítica situacion, Bascuñan se dijo para sí que si los indios llegaban a saber que era hijo del temido don Alvaro, lo mataban sin remedio, por lo cual cuando le interrogaron quién era, dijo ser un pobre soldado que arribaba recien del Perú; mas, un moceton que por allí estaba, lo reconoció al punto i la cosa no tuvo vuelta; pero casualmente lo que el capitan creia que iba a ser su perdicion fué lo que vino a salvarlo.

Tocóle por amo un indio esforzado i de buen carácter llamado Maulican, quien sin tardanza le prestó un caballo, i a gran prisa comenzaron a seguir el camino de la tierra adentro. En el paso del Bio-Bio, que por aquellos tiempos de invierno venia crecido en estremo, fué grande el peligro que pasó la caravana; pero habiendo el español logrado llegar primero a la ribera opuesta

con otro soldado de condicion humilde, que tambien iba por cautivo, fué a ayudar a su dueño, que se encontraba en afanes por salir a la otra orilla, captándose desde ese momento su buena voluntad.

Grande fué el alboroto i novedad que tuvieron los indios de otras parcialidades con aquella famosa presa, no faltando quienes de mal intencionados i vengativos se concertasen para ver modo de dar la muerte al jóven cautivo cuanto desgraciado capitan.

Reuniéronse en parlamento en casa de Maulican, el cual a pesar de las ventajosísimas ofertas de compra que tuvo por su prisionero, se mantuvo firme en guardarlo por tener ya al intento empeñada su palabra i voluntad; pero considerando poco seguro al mancebo, lo condujo a otras partes mas remotas, al otro lado de las orillas del rio Imperial cerca de la antigua i arruinada ciudad. Los caciques de las inmediaciones deseosos de conocer al hijo de Alvaro Maltincampo (que así llamaban al anciano maestre) tan renombrado por sus hazañas i bondad de su carácter, a porfía se disputaban el honor de aposentarlo en sus casas, no faltando algunos mas ostentativos que con el intento de conocerlo daban nunca vistos banquetes i borracheras a que asistian por miles los pobladores comarcanos.

El prisionero, merced a su discrecion, a la seriedad de su conducta i amabilidad de su trato, logró despertar en cuantos le conocieron afectos verdaderamente sinceros que fueron en ocasiones la salvaguardia de los dañados propósitos de aquellos indios que no cesaban un instante de maquinar contra su vida; i su jentileza i juventud, la causa de graves tentaciones en que su virtud estuvo a punto de sucumbir. En esos momentos difíciles, Bascuñan ocurria a la oracion, pidiéndole a Dios fuerzas para resistir en aquellos apretados lances.

La elevada posicion de don Alvaro, sin embargo, i el jeneral aprecio con que era mirado en el ejército español, no dilataron largo tiempo su rescate; pudiendo al fin, despues de poco mas de siete meses[8] de cautiverio volver a abrazar a su anciano padre.

8 Ha sido en lo antiguo jeneral la creencia de que Bascuñan permaneció

Es verdaderamente tierna i digna de referirse la entrevista que tuvieron esos dos séres que corrian parejas en su afecto, cuando volvieron de nuevo a verse. Oigamos al hijo: «Otro dia, que se contaron cinco de diciembre, proseguimos nuestro viaje para la ciudad de San Bartolomé de Chillan, adonde tenia mi padre su asistencia i vecindad, i en tres dias nos pusimos en mi casa, a los siete del mes, víspera de la Concepcion de la Vírjen María, Señora Nuestra, poco ántes de mediodía, i sin llegar a la presencia de mi padre, le envié a pedir licencia para ante todas la cosas ir a oir misa a la iglesia de nuestra Señora de las Mercedes, que estaba media cuadra de mi casa en la misma càlle, adonde fuimos a dar gracias de nuestro buen viaje, i a oir con afecto misa, que la dijo el padre presentado Fr. Juan Jofré, mi tio, por mi intencion; i todos los del lugar que salieron a recibirme con asistencia del correjidor, me acompañaron en la iglesia, que hasta ponerme en la presencia de mi padre no me quisieron perder de vista ni dejarme el lado. En el entretanto que oimos la misa, mandó el correjidor que la compañía de infantería tuviese las armas de fuego dispuestas para cuando los soldados de a caballo diesen una carga al entrar por las puertas de casa, respondiesen con otra los mosqueteros i con una pieza sellasen sus estruendos. Aguardamos al padre presentado, mi tio, que despues de haberse desnudado de las vestiduras sagradas, salió adonde estábamos, i por estar breve espacio del convento nuestra habitacion, determinamos no subir a caballo, i porque tambien se habian allegado algunos mas relijiosos i ciudadanos de respeto i de canas; con que nos fuimos a pié, poco a poco, paseando el correjidor con los alcaldes i otros del cabildo, el cura vicario de la ciudad i el comendador de aquel convento, i algunos relijiosos de mi padre San Francisco, i otros del órden de predicadores, que miéntras dijeron la misa habian llegado a dar los parabienes a mi padre. Los mozos i soldados de a caballo festejaron con carreras mi llegada, i al són de las trom-

muchos años prisionero de los indios. (Córdova i Figueroa, páj. 70, Olivares, *Historia civil*, páj. 54); pero como se desprende de su misma relacion, fué cautivado en mayo de 1629 i a los comienzos de diciembre del mismo año ya estaba de vuelta en Chillan.

petas i cajas de guerra, al entrar por las puertas de mi casa, dieron la carga los soldados de a caballo, i respondió la infantería en la plaza de armas, conforme el correjidor i cabo de aquélla lo tenia dispuesto.

«Entré con el referido acompañamiento a la presencia de mi amado padre, que en su aposento estaba a mas no poder echado, por su penoso achaque de tullimiento, i al punto que puse los piés sobre el estrado que arrimado a la cama le tenian puesto, en él me puse de rodillas i con lágrimas de sumo gozo le regué las manos, estándoselas besando varias veces; i habiendo un rato estado de esta suerte sin podernos hablar en un breve espacio de tiempo, mi rostro sobre una mano suya i la otra sobre mi cabeza, me mandó levantar tan tiernamente que movió a los circunstantes a ternura.

«Dieron muchos parabienes a mi padre porque ya habia logrado sus deseos, i a mí por hallarme libre de trabajos i de los peligros de la vida en que me habia hallado; con cuyas razones se despidieron los relijiosos i los mas del lugar, que todos manifestaron con estremo el gozo i alegría que les acompañaba. Salimos a la sala, adonde ya la mesa estaba puesta, i en el ínterin que mi padre se vestia i se levantaba de la cama, habiendo convidado al correjidor, que era amigo i mui de su casa, i a otros del lugar, a los prelados de los relijiosos i al cura i vicario, estuvimos asentados en amena conversacion, preguntando algunas cosas de la tierra adentro los unos i los otros; hasta que salió a la cuadra, afirmado en dos muletas, en cuya ocasion me volví a echar a sus piés i a abrazárselos tiernamente»...[9].

Al dia siguiente por la mañana, ambos se fueron a San Francisco, se confesaron i recibieron la sagrada hostia de manos de un mismo sacerdote.

Mas tarde volvió Bascuñan al servicio militar, hallándose por los años de 1654 de comandante de la plaza de Boroa. Don Antonio de Acuña i Cabrera, el gobernador, asistia tambien por ese

9 *Cautiverio feliz*, páj. 530.

entónces en la frontera i tomaba a empeño, por las influencias de su mujer, en que sus cuñados, de conocida ineptitud, estuviesen a la cabeza de los soldados. Llegó en esas circunstancias un indio a darle aviso de una proyectada espedicion de los araucanos, i don Antonio que creia que era ardid de los capitanes del ejército contra sus cuñados, mandóle dar cincuenta azotes. Tras eso vino a sus manos una carta de Bascuñan imponiéndole de lo mismo, «i si no se le pudieron dar cincuenta azotes, se le castigó con el desprecio i se le dió una áspera reprension». Pero Bascuñan que no podia desentenderse de las obligaciones de su conciencia i de su fidelidad al rei, repitió otra, diciendo que catorce caciques de Boroa i otras parcialidades le pedian con instancia hiciese presente al gobernador seria infalible una jeneral sublevacion si se repetia la espedicion de Rio Bueno, hecha el año anterior. Ya el gobernador no se pudo desentender de noticia tan terminante como ésta; pero su mujer le advirtió hasta dónde llega la malicia de los hombres, i que era tramoya para impedir la salida del ejército, porque se le daba a su hermano i no a ellos el mando de él. Entónces dispuso el gobernador que se hiciesen informes sobre el pronosticado alzamiento, i se pusieron las cartas de Bascuñan por cabeza de los autos. Nada se probó en ellos, porque la gobernadora no quiso que se probase, i todos hicieron su juramento falso por agradarla»[10].

Completamente adulteradas las noticias de la sublevacion por las informaciones erradas que se hicieron, salió a campaña el ejército por los principios de febrero de 1655, tomando de paso a Bascuñan con la guarnicion que mandaba. Los indios para frustrar la espedicion se levantaron en masa, i el resultado fué que cautivaron mas de mil trescientas personas españolas, arrearon cuatrocientas mil cabezas de ganado i saquearon trescientas noventa i seis estancias, subiendo la pérdida total a ocho millones de pesos.

Al año siguiente, Bascuñan se hallaba ya de maestre de campo

10 Carvallo, tomo II, páj. 83.

i sirviendo á las órdenes de don Pedro Porter de Casanate. Por ese entónces los indios tenian estrechamente sitiado el fuerte de Boroa donde Bascuñan, tenia un hijo i alguna hacienda. «Embistiéronle dos o tres veces con fuerza de mas de cinco mil indios a llevársele; i si cuando yo llegué a gobernarle no pongo todo mi cuidado en hacer de nuevo la muralla con estacas nuevas i de buen porte, se llevan el fuerte; finalmente, se espidieron valerosamente los que le asistian, i como fué el cerco de mas de un año, necesitaron de valerse de la hacienda que tenia en mi casa, que seria cerca de tres mil pesos con plata labrada i los reales, de que hicieron balas para defenderse, i la ropa la gastaron en vestirse i conchabar al enemigo algun sustento; todo lo cual sacaron de mi casa por acuerdo del cabo que habia quedado, del factor i de los demas. I como cuando llegamos a las fronteras, hallé mis estancias despobladas, i por cuenta del enemigo toda la demas hacienda de ganado e indios de mi encomienda, me ví obligado, despues de haber sacado la jente de aquel fuerte (que me costó harto cuidado i desvelo, siendo maestre de campo jeneral del ejército), a querer valerme de la hacienda que para socorrer los soldados i para otras facciones del servicio de S. M. me habian sacado de mi casa: esta fué causa de que presentase los recaudos i órdenes del cabo i el entrego del factor, por cuya mano habia corrido el dispendio de esta hacienda, i habiendo reconocido mi justicia el gobernador i capitan jeneral, lo remitió al acuerdo de hacienda, de donde salió dispuesto que los propios soldados volviesen a reconocer por la memoria del factor la partida que cada uno habia recibido, i que las confesasen; i no tan solamente las confesaron, sino que a una voz respondieron, que era mui justo que se me pagase de sus sueldos, por haberle sido de gran alivio en sus trabajos el socorro que con mi hacienda habian tenido».

«Volví con estos recaudos al acuerdo, despues de haberse pasado mas de seis meses en estas demandas i respuestas, i viendo la repugnancia que habia en satisfacerme lo que se me debia justamente, me reduje a que se me pagase la mitad que por cuenta de S. M. se habia sacado, i que de la otra parte hacia gracia i do-

nacion de ella, que mis necesidades no daban lugar a otra cosa; con que se me satisfizo la mitad de lo que S. M. habia gastado por su cuenta, que fueron setecientos pesos de los que me deshicieron de plata labrada i reales para balas; i lo que tocaba a la deuda de los soldados, respondieron los ministros i rectos jueces, que yo cobrase de ellos, porque no podian dejar de darles el socorro que les tocaba, en tabla i mano propia, como estaba ordenado i dispuesto: i como los soldados estaban divididos en diferentes campañas, quién habia de andar cobrando diez pesos del uno i cuatro del otro, en retazos que no eran de provecho; con que hasta hoi me quedé sin mi hacienda»[11].

Andando el tiempo, Bascuñan que jamas habia nadado en la opulencia, descendió hasta verse en la miseria. Desamparado i sin tener otra parte adonde tender la vista, el pobre maestre de campo dió en solicitar algun empleo que le permitiese pasar la vida. «No quiero valerme, decia, de los aventajados servicios i méritos de mis padres i abuelos, que por conquistadores i antiguos, pudieran tener algun lugar sus herederos, como han tenido i tienen muchos que sin personales servicios i con sobrados caudales, han gozado de estas preeminencias, como hoi las gozan, llevándose los oficios mas provechosos que se hallan en el Perú: válgame solo el celo i amor con que he deseado aventajarme en el servicio de S. M., oponiéndome a los peligros de la vida en que me he visto, i a los trabajos notorios que he tolerado i sufrido desde mis tiernos años, i gastado la hacienda que heredé de mis padres, como consta i parece por los honrosos papeles que me acompañan. Estos, juzgando fuesen suficientes para ser preferido i antepuesto a otros no de tantos años de servicios, i estando actualmente ocupado en el puesto de maestre de campo jeneral, pobre i destituido de todo remedio, por haberse perdido todas mis hacien-

11 Páj. 143. Carvallo dice: «Bascuñan jamas se movió a representar este servicio al soberano, i quedó su plata sin pago, i su mérito sin premio. Esto que el caballero Bascuñan llamó desgracia, fué omision procedente de descuido o de inadvertencia, pues es de suponer que orientado el soberano de un relevante mérito como el suyo, no lo hubiera dejado su real piedad sin recompensa». Tomo II, nota 31. Lo mismo opina Córdoba i Figueroa, *Historia*, páj. 265.

das i heredades con la total ruina de las fronteras, me opuse a una vacatura de indios; que teniendo por sin duda muchos que no me podian faltar, habiendo de observarse lo dispuesto i ordenado con justificativo acuerdo por cédulas reales, diversas veces repetidas, me ofrecieron cuatro mil pesos, que darian por via de pension para el remedio de una pobre hija que en un convento de monjas tenia puesta, a espensas ajenas sustentándola. I habiendo presentado por memorial mis méritos i pobreza, i de palabra muchas veces mis grandes necesidades, mis trabajos i miserias, acompañado con los gastos del oficio de maestre de campo que estaba ejerciendo, que al mas inhumano príncipe movieran a compasion i lástima mis plagas, i el tenerlas presentes i a mis ojos, no pude conseguir lo que de fuero i de derecho me pertenecia; porque sin duda alguna de mi pretension i súplica, representando la conveniencia que me hacian con los cuatro mil pesos, para el remedio i estado relijioso de mi hija, huérfana i pobre, pues fué público i notorio que la encomienda se dió al que exhibió los cuatro mil patacones, teniendo cien mil sobrados, que por esto fué preferido sin tantos méritos: que ésto puedo decirlo sin rebozo alguno, porque los desapasionados i ajustados a la razon i verdad, i aún los que no lo son, no podrian negar lo que es tan patente i claro, que si hubiesen de pesarse los méritos i servicios, como debia, en presencia de dioses de la tierra, no escusara jamas poner los mios en balanza»[12].

«Propuse (como voi diciendo) en esta ocasion a un relijioso que asistia al gobierno de ordinario, que recordase i advirtiese de nuevo al superior presidente mi sobrada justicia, mi pobreza i suma necesidad, i el estar como estaba actualmente ocupado en el servicio de S. M. i por su mayor ministro: causas todas urjentes para que cualquier gobernador cristiano i verdadero ministro del rei N. S. atendiese mas a la obligacion de su oficio, que a sus propias conveniencias e intereses. Lo que resultó de esta mi súplica i ruego, fué el decirme el confidente relijioso, habiendo vis-

12 Páj. 382.

to el escrito de oposicion que presentaba, que por aquella vez le suspendiese, porque el gobernador tenia hecho empeño con quien forzosamente habia de llevar la encomienda....

«Hice lo que me mandaron por entónces, por ver si la promesa que me hacian de no faltarme en otras ocasiones, tenia mejor lugar que el que habian tenido las pasadas ofertas. Dentro de pocos meses i breves dias se vino la ocasion que deseaba, juzgando que entre tantos la justicia i el mérito llegarian a tener su conocido asiento.

«Llegó la ocasion, como tengo dicho, de otra vacatura cuantiosa. Juzgando que alguna vez tuviese la fortuna su turno cierto, i el superior, empacho de faltar tantas veces a una obligacion forzosa, i a sus repetidas palabras i promesas, volví a presentar mi escrito, que fué lo propio que no presentarle, porque dieron la encomienda a quien dió tres mil patacones, i yo me quedé solo con las promesas»....

«Yo soi el ménos digno entre todos, que a imitacion de mis padres he continuado esta guerra mas de cuarenta años, padecido en un cautivero muchos trabajos, incomodidades i desdichas, que aunque fuí feliz i dichoso en el tratamiento i agasajo, no por eso me escusé de andar descalzo de pié i pierna, con una manta o camiseta a raíz de las carnes,....que para quien estaba criado en buenos pañales i en regalo, el que tenia entre ellos no lo era: i con todo esto, me tuviera por premiado si llegase a alcanzar a tener un pan seguro con qué poder sustentarme, i remediar en algo la necesidad de mis hijos, que por el natural amor que he tenido por servir a S. M., (aunque conozco la poca medra que por este camino se tiene), los he encaminado a los cuatro que tengo, a que sirvan al Rei nuestro señor....

«¿Qué es lo que tengo, despues de haber trabajado en esta guerra desde que abrí los ojos al uso de la razon, i en este alzamiento jeneral, en que quedaron las fronteras asoladas, poblándolas de nuevo, sustentándolas i asistiéndolas con doscientos o trescientos, hombres cuando mas, en los principios de sus ruinas? I en los tiempos de mayores riesgos me solicitaron para el

trabajo i peligro, i despues de mejoradá la tierra, me dieron de mano, porque no supe acomodarme a lo que se usa. Esto es lo que he granjeado en esta tierra de Chile, i hallarme hoi al cabo de mis años por tierras estrañas, buscando algun alivio i descanso a la vejez, aunque sin esperanzas algunas de consuelo ni remuneracion de los trabajos padecidos, en una tierra i gobierno adonde se cierran las puertas de las comodidades a los pobres dignos i merecedores de ellas; pues, habiéndome opuesto a algunas encomiendas de consideracion que han vacado, me han preferido los que han tenido que dar por ella tres mil i cuatro mil patacones».

Sin embargo, por los años de 1674, la real Audiencia de Lima que entónces rejia el vireinato, dando cuenta del tiempo de su gobierno al marqués de Castelar, le decia hablando del gobernador de Valdivia: «Nombramos para este cargo al maestre de campo jeneral don Francisco de Pineda Bascuñan, que actualmente está gobernando aquel presidio, i en el último bajel que llegó por el mes de junio, no se han recibido cartas suyas, si bien las de algunos castellanos i mílites se remiten a la relacion que dicen envia del estado en que halló la plaza, especificando algunas circunstancias»[13].

Bascuñan fué designado tambien posteriormente por el virei para un correjimiento en el Perú, pero murió allí por los comienzos de 1682, i cuando al parecer no habia aún tomado posesion del destino con que se queria recompensarle los largos i desinteresados servicios que prestara a la causa de Castilla[14].

13 Relacion que la Real Audiencia de Lima hace al Excmo. señor conde de Castelar, marqués de Malagon, virei de estos reinos, del estado de ellos i tiempo que los ha gobernado en vacante. *Relaciones de los Vireyes y Audiencias que han gobernado el Perú*, Madrid, 1871, tomo 2.°, páj. 280.

14 «Tomamos esta noticia de una informacion que en junio de 1682 rindió el capitan don Juan de Astorga i Ureta por el sarjento mayor don Fernando de Pineda i Bascuñan, su cuñado e hijo primojénito del maestre de campo jeneral, don Francisco Nuñez de Pineda i Bascuñan, i de doña Francisca de Cea, lejítima esposa del maestre de campo. Dicha informacion tenia por objeto probar el derecho preferente del referido don Fernando a una encomienda que su padre poseia en el pueblo de Colbunto, en el obispado de Concepcion. Cuatro testigos que se presentaron declararon bajo de juramento que era público i notorio que el maestre de campo jeneral don Francisco Bascuñan habia

Moria pobre de bienes de fortuna, legando cuando mas un pleito a sus hijos, pero junto con él el manuscrito de un libro titulado *Cautiverio feliz i razon de las guerras dilatadas de Chile.* Escrito en los años de la vejez para recordar las aventuras de la juventud[15], sus descendientes encontrarian allí la historia de un hombre esperimentado i de bien, i el modelo de un militar valiente i fiel como ninguno en beneficio de las armas del rei.

A no dudarlo, una de las obras mas leidas en Chile i aún en el Perú durante la colonia fué la del maestre de campo Bascuñan. En ella encontraban los pocos que tuvieron tiempo i gusto por la lectura, dos condiciones que la hacian harto recomendable: el interes i novedad de sus aventuras durante su cautiverio, i la instruccion moral, relijiosa i erudita que era inseparable de todo escritor que aspiraba a demostrar que no era un ignorante; pero si aquella cualidad subsiste para nosotros, la pesada erudicion que le acompaña constituye un lunar feísimo que hubiera mas valido arrancar. Sin él, i aún con él, la obra de Bascuñan es la mas agradable de leer i la mas literaria, diriamos, de cuantas heredamos de la colonia. Si el autor se hubiese limitado simplemente a contarnos con su estilo admirablemente sencillo i verdadero la relacion de sus aventuras entre los indios de Arauco, su obra no habria desmerecido de figurar en la literatura de las naciones mas cultas de cualquier tiempo.

A guiarnos por la primera impresion, difícil nos parecerá vincu-

muerto, como queda dicho, en el Perú, en un viaje que hizo a recibirse del correjimiento que el virei le habia concedido en premio de sus aventajados servicios; que los testigos mismos habian asistido a las exéquias que se celebraron en su honor en Santiago; i que aún los deudos i dependencia del maestre de campo cargaban luto en esa fecha (13 de junio de 1682). Este documento existe en el archivo del Ministerio del Interior, estante número 4, cajon número 2, legajo rotulado *Memoriales antiguos i mercedes de tierras*, fol. 524 vta.». V. Aguirre Vargas, *Estrella de Chile*, 1874.

15 Debe tenerse presente, ademas, que Bascuñan se proponia trabajar una obra histórica al referir su propio cautiverio, pues «lo que me ha movido a cojer la pluma en la mano, decia, i escribir algunos sucesos de este reino con verdaderas esperiencias, (aunque con humilde i llano estilo), es el haber reconocido algunos escritos i obras de historia que han salido a luz i están para salir, de algunos acaecimientos de esta guerra de Chile, tan ajenos de la verdad como llevados de la adulacion los mas, i otros del propio interes i del que han adquirido por sus letras». *Cautiverio feliz*, páj. 2.

lar tan notable interes en el relato de un prisionero de los indios de Puren. ¿Qué podrá contarnos de interesante, nos preguntaremos, de unos dias que han debido correr siempre iguales en la monotonía de la vida de un pueblo no civilizado? Pero es que Bascuñan ha sabido desde un principio formar una especie de drama cuyo desenlace está en suspenso hasta el último momento de su cautividad. Maulican su amo cumplirá al fin su promesa de libertarlo? Los caciques que se han propuesto quitarle la vida lo conseguirán? Tal es el marco dentro del cual se desarrollan los acontecimientos que Bascuñan nos describe. Fuera de este arte que la verdad le proporcionó, tiene todavía otros motivos que cautivan nuestra atencion: la injenuidad con que refiere sus tribulaciones de toda especie, la suerte del sér amable que sin quererlo retrata en él, i una porcion de costumbres curiosas de los salvajes en cuyo centro vivia. Ademas, la figura de su padre, vaciada en el molde antiguo de los castellanos del Cid, retratada con los mas bellos colores de un cariño respetuoso, domina siempre el cuadro como un recuerdo lejano de la tierra civilizada i del hogar. ¡Qué hermosa escena aquella en que padre e hijo vuelven a verse despues de tan triste separacion!

Pero la historia de sus dias de prisionero, como él mismo lo declara en muchos lugares, no es el fin principal que tuvo en mira en la composicion de su obra. Testigo tantos años de los manejos usados en la guerra de Chile, i víctima él mismo de las injusticias que se cometian, siempre con la mira de servir al soberano, se propuso manifestar las causas que hacian interminable la lucha araucana. I al efecto, valiéndose casi siempre de su propia esperiencia, nos va descubriendo abuso por abuso, descuido por descuido, de aquellos que contribuian insensiblemente a mantener a los rebeldes sobre sus armas tantas veces victoriosas. Esta parte de su libro no carece, pues, tampoco de atractivos para el historiador. En resúmen, la persona de Bascuñan i su obra merecen de lleno un lugar único en la relacion de nuestros acontecimientos políticos i literarios.

Si el libro de Bascuñan ocupa un lugar aparte por su argumento i estilo en la historia de la literatura colonial, no puede ménos de decirse otro tanto de la obra escrita por el relijioso mercedario Fr. Juan de Barrenechea i Albis con el título de *Restauracion de la Imperial y conversion de almas infieles*, citado de ordinario mui equivocadamente como una *Historia de Chile*.

Los pocos autores que se han ocupado de recojer algunos datos biográficos de este relijioso (de por sí bastante escasos) fijan la fecha de su nacimiento ya en el año de 1669[16], ya en 1656[17]; pero aunque discordes en este punto todos están contestes en asignarle por patria a Concepcion[18]. De los hechos que vamos a apuntar podrá fácilmente colejirse que aquellos datos son del todo inexactos.

En efecto, a fojas 74 del *Libro Primero de Cautivos* del convento de la Merced de esta ciudad, se apunta que Fr. Juan de Barrenechea pidió la limosna el 25 de julio de 1659, mereciendo de sus superiores no pocos elojios por el celo con que ejercitaba tan productivo ministerio. Al año siguiente, era aún simple corista en la comunidad.

Consta asimismo de igual fuente que en 1663 era lector en la Orden i que se hacia notar por el entusiasmo con que abrazaba la obra de la redencion. Algunos meses despues, (15 de agosto de 1664) el obispo Humanzoro le conferia la órden sacerdotal.

Esto solo seria bastante para justificar cuánto erraron aquellos autores, si él mismo no hubiese cuidado de advertir en su obra que despues de haber estado algun tiempo entre los indios de Arauco, asistió a uno de los parlamentos que celebraron con los españoles, i que se halló en el levantamiento que se verificó en 1655. De estos antecedentes se deduce con claridad que el padre Barrenechea debió haber nacido en los últimos años de la primera mitad del siglo XVII.

16 Eyzaguirre, *Historia de Chile*, t. II, páj. 283; Cortés, *Diccionario biográfico*, páj. 54.

17 Garí i Siumell, *Biblioteca mercedaria*, páj. 39.

18 *Cronicon sacro-imperial de Chile:* «Barrenechea i Albis, ilustre hijo de la ciudad de Concepcion».

Es opinion jeneralmente recibida que nuestro autor estudió filosofía en Santiago, i que pasó a Lima a instruirse de la mas prestijiosa ciencia de que se creia dotados en el estudio de la teolojía a los catedráticos de la entónces bien conocida i celebrada Universidad de San Márcos de Lima. Mas, en honor de la verdad sea dicho, que, aunque rejistramos con cuidado los libros de matrícula de aquella corporacion, no dimos nunca con el nombre del estudiante chileno. Dícese que despues volvió a Chile, i así debió ser, ya que estuvo sirviendo por alguno tiempo de comendador[19] de la Orden en su ciudad natal[20] i de profesor de filosofía i artes en el convento de Santiago. Lo que consta plenamente es que ascendió al provincialato el año de setenta i ocho i que permaneció cuatro en estas funciones[21].

Afírmase tambien con insistencia que despues de su provincialato Barrenechea se fué a establecer a Lima i que allí escribió su libro; sin embargo, de uno de los pasajes que podemos aprovechar al intento, es fácil deducir que lo escribia en 1693[22]; i que de una representacion que elevó al Consejo de Indias, que no está fechada, pero que se deduce fué elevada en 1701, se desprende que en esa época residia aún en Concepcion.

Es cierto que la obra de Barrenechea la trajo de Lima para obsequiarla a nuestra Biblioteca Nacional el padre franciscano Antonio Bausá en 1818; pero esto solo demostraria que, o fué enviada allá por su autor, acaso con el fin de que se imprimiese (de lo cual es fácil señalar varios ejemplos en nuestra historia literaria), o que el mismo la condujo, ya que parece probable que Barrenechea haya muerto en territorio peruano.

En estremo difícil se hace clasificar el jénero literario dentro

19 Así lo dice en su libro.

20 Parece que debido a su celo relijioso i a la posicion distinguida que ocupara se le encargaba a veces de predicar los sermones de nota, como él lo recuerda, refiriéndose especialmente al que dijo con motivo de ciertos milagros de esos que pupulaban en aquel entónces.

21 *Libro de Provincia*, a fojas 2.

22 Refiriéndose a la poblacion de la Imperial (motivo de una consulta que existe en la secretaría del Gobierno de Chile, fecha 1628) dice que se efectuó *hacen sesenta i cinco años*, esto es, hablaba en 1693.

del cual pueda caber la obra del relijioso mercedario, aunque mas bien debe decirse que participa algo de la historia i mucho mas de la novela.

He aquí su argumento como invencion.

Entre los bárbaros araucanos habia uno de nombre Millayan que tenia muchas hijas de diversas mujeres, que por la hermosura de que estaban dotadas, aseguraban su riqueza. Pero de entre todas ninguna tan hermosa como Rocamila, niña de ojos graves i apacibles, de honestidad singular i claro entendimiento, humilde i obediente. Su belleza era famosa en la comarca i cuantos la veian difundian por los aires sus aplausos i alabanzas.

Era natural que joya de tanta estimacion tuviese muchos codiciosos; pero de entre los que la requebraban ninguno se hacia notar tanto como Carilab, mozo gallardo, bien apersonado, de brios i ostentoso, hijo de Alcapen, toquí de los mas principales de Tirúa.

La guerra encendida por aquel tiempo entre indios i españoles hacia frecuentes las escaramuzas e incursiones a las posesiones araucanas. Una partida de treinta españoles ocupada en este jénero de guerra, llegó un dia a casa de Millayan, i aunque sus moradores se defendian con valor próximos estaban ya a rendirse, cuando llegó Carilab acompañado de dos de sus sirvientes, quienes terciando en la refriega lograron distraer la atencion de los asaltantes a fin de que Millayan i su familia fueran a escapar a un bosque vecino. Ahí permanecieron hasta la aurora siguiente en que retornando a la casa pudieron ver el horroroso cuadro que se les presentaba: muertos yacian i tendidos por el patio los criados de Carilab, i ni éste ni el hijo del cacique parecian, dando a entender mui claro que habian sido hechos prisioneros. Rocamila que penetra la verdad, cae profundamente desmayada, i cuando vuelve a la vida es solo para lamentarse de su suerte, i prorrumpir en amargos sollozos. Prisionero, se dice, el objeto de mi amor, ¿cuándo podrán cesar mis lágrimas?

Entretanto, ¿qué era lo que habia pasado en el combate? Carilab en un principio ayudado de dos de los de su jente sostuvo

con éxito la lucha contra cuatro adversarios, pero cuando ya iban de rendida, un nuevo refuerzo de cinco enemigos vino a desvanecer sus esperanzas de triunfo. Jadeante de fatiga combatia aún queriendo dar tiempo a que alcanzase a ocultarse en el bosque la prenda de su alma i luz de sus ojos. Entregóse al fin. Los españoles querian al punto sacrificarlo como que era la causa de habérseles escapado una buena presa, i así hubiera sucedido, sin duda, a no haber mediado uno de los recien venidos que apiadándose de él redujo a sus compañeros a que se contentasen con llevárselo prisionero.

En la jornada que emprendieron al fuerte de Yumbel, el jóven cautivo no cesaba de animar a Guenulab, hermano de Rocamila, que se mostraba abatido, manifestándole que no debia aflijirse, que los trabajos habian sido hechos para el hombre, que él lo acompañaria siempre, i que tras eso, allá en el porvenir podrian divisar desde luego, indecisa todavía, la libertad, i con ella el recobro de la familia, de las aspiraciones de su corazon, su felicidad. Guenulab agradece tan oportunos consuelos i asegurando corresponder a ellos se propone dar en premio a Carilab una noticia que servirá a endulzar las amarguras de un largo e indefinido cautiverio. Mi padre, le refiere, asediado por numerosas pretensiones a la mano de su hija, la llamó la noche de la víspera de nuestro desgraciado accidente i comenzó a proponerle uno a uno los sujetos de mérito i para los cuales se consideraba obligado. ¿Con cuál quieres casarte, le preguntaba? I por toda respuesta Rocamila rompió a llorar: en aquella muchedumbre de pretendientes no habia figurado su nombre el primero! ¡Padre mio! le dijo, entre esos jóvenes solo hai uno que responda a las aspiraciones de mi corazon i que pueda hacerlo feliz, es Carilab. Con cualquier otro que me propongais una boda, desde ese momento deberé cambiar la alegría de mi noche de desposada por la frialdad de una tumba. Millayan al oir estas palabras, la abrazó prometiéndole que aprobaba su eleccion i que no sabria oponerse a su felicidad.

Ahora, amigo Carilab, le dijo el hijo del cacique, todo lo que

has oido es para tí un motivo de alegría, ¿o acaso cuando conoces la correspondencia de tu afecto, te empeñarás en seguir llenando el aire con tus suspiros?

Entreteniendo el tiempo con tan agradables pláticas llegaron los dos prisioneros al fuerte de Yumbel, donde los cargaron de cadenas i los encerraron en oscuro calabozo. Miéntras tanto, los vencedores comenzaron a propalar la valentía de aquel jóven cautivo que prometia convertirse en aventajado caudillo si llegaba a volver a sus tierras. Don Lorenzo Suarez de Figueroa, un viejo i valiente capitan que allí mandaba, dispuso que sin tardanza fuesen ejecutados, i que ántes penetrasen en la prision sacerdotes que procurasen convertir i bautizar a aquellos infieles. Por su intermedio logra Carilab una entrevista con el jefe, i hallándose ya en su presencia, manifiéstale sin embozo su situacion; no creais, le dijo, que soi guerrero; mis dias se han deslizado al lado de mis padres, en el cuidado de sus ganados; las dulzuras del hogar i las bellezas de la naturaleza eran mi único encanto; los mismos soldados que me han hecho prisionero podrán repetiros que pude escaparme a un bosque inmediato i que voluntariamente me he espuesto a este trance para defender a una mujer que es mi esposa. No me arrepiento de este proceder, pues de nuevo si la ocasion se presentase daria mil vidas por ella. Así, pues, no me mates. Suarez se manifiesta sensible a las palabras del jóven i conviene en que sea canjeado por los prisioneros españoles que existan en poder de algun toquí araúcano.

Pero no es esto todo, agrega Carilab, jime aquí tambien un hermano de mi esposa i un criado fiel; consentid en que partan conmigo, i os daré por su libertad dos cautivos mas. Convenido, responde Suarez, i arreglado todo, se dirijieron a la Imperial.

Acelerado seguia Carilab el camino del hogar paterno, cuando topó con un mensajero que iba en busca de noticias suyas. Su primera pregunta es por su amada. Mui pronto se casará con Maltaro, le responden, uno de sus mas antiguos i obsequiosos amantes. Desesperado, redobla su marcha hasta llegar a casa de su padre. ¿I los prisioneros españoles que aquí habia? pregunta.

Ha mandado por ellos Millayan para sacrificarlos en las bodas de su hija en satisfaccion de la muerte de Guenulab i de la tuya! Prométese entónces Carilab revolver todos los escondrijos, reconocer todas las chozas en busca de otros cautivos a fin de libertar su palabra empeñada, o entregarse de nuevo a los españoles si no lo consigue. En vano su padre procura animarlo, porque él permanece frio e indiferente a sus palabras, i solo cuando le cuentan que a pesar de las instancias de Maltaro la boda no se ha verificado todavía, renace un tanto su esperanza i resuelve presentarse en casa de Millayan.

Aquí todo es confusion i trastorno. Rocamila, muerta de pesar, llora la desgracia de aquel a quien llama su esposo i asegura que su tálamo le servirá de sudario.

En esas circunstancias llegan al rancho tres hombres encubiertos. Conocíase que se hacian allí preparativos de boda: los patios estaban barridos i la borrachera reinaba sin rival entre los gritos de una turba enloquecida. Esta fiesta que los bárbaros aprovechaban con avidez dió a uno de los concurrentes la idea de prolongarla por un dia mas, como era de estilo en los usos de aquel pueblo, lo cual oyendo Carilab, rebozando de alegría, se desmonta i se da a conocer a la reunion que lloraba su muerte, a virtud de las pérfidas informaciones de Maltaro. Millayan, loco de contento, da el primer lugar a su salvador i se empeña en que la boda de Rocamila se celebre ahora con Carilab. Grande gusto seria para mí, le responde el jóven, enlace tan deseado, pero tengo empeñada mi palabra de entregar en cuarenta dias a los españoles algunos prisioneros i ante todo quiero cumplir mi compromiso. Aplazaremos esta fiesta para mejor dia, que yo parto al punto para Tirúa en busca de mis trescientos mocetones.

De vuelta de su espedicion, que llevó a cabo con toda felicidad, pasa por la morada de Rocamila, la que le da un precioso cofre tejido de raíces i rebosando de pepitas de oro para que entregue al comandante Suarez en manifestacion de su gratitud por haberle concedido a él la libertad.

Carilab llega por fin a Yumbel i hace la prometida entrega de

su rescate. Un padre mercedario con quien trabá amistad procura atraerlo a la relijion católica, alza sus dudas i le arranca la promesa de que nunca tomará armas contra los españoles i que hará que su esposa se bautice.

Mas, cuando a su vuelta, lleno de ilusiones, cree ir a encontrar un descanso a sus fatigas, i la realizacion de sus mas caras esperanzas, se encuentra con que Rocamila ha sido robada. Dando algun descanso a su jente se encamina a la cordillera, donde presume que su novia deba hallarse en poder de Maltaro. Ella, por su parte, en un lugar distante, se ve presa de las amarguras mas crueles i de un profundo aborrecimiento por el pérfido raptor, cuya ausencia aprovecha para exhalar de esta manera sus quejas:

«A las ásperas montañas i a los riscos se lamenta. Enternecian a los troncos sus bien sentidos ayes. Pasajera es la vida (dice, cuando al alma no la atormentan penas,—¿Por qué llega con pasos lentos la muerte i no acaba con los destrozos de este corazon herido i maltratado? Acabe ya la Parca con sus rigores. Córtese el estambre de una vez de esta angustiada vida. Mas, ¿qué es lo que hablo? Dónde estoi? Dónde me veo? Qué delirio me enajena? No a otro intento el poeta cantó lastimando las voces en que prorrumpe:

Quid loquor? aut ubi sum? Quæ mentem insania mutat?

«Cuanto es horror se la representa en las sombras tristes de esta lóbrega montaña i el mismo silencio atemoriza. Qué! en esta habitacion i domicilio de fieras ha conmutado mi suerte el amado albergue de los mios? Ya no han de ver mis ojos, ni hai ninguna esperanza de volver a gozar de las dulzuras de mi amada patria. Oh! crueles hados! Oh! miserable fortuna, que nací tan desdichada. Antes de gozar la luz no me abrigaran las sombras de un sepulcro tenebroso? ¡Qué! alegra a todos la aurora, i con las brisas del alba se solemnizan las flores, i para mí todo es noche i tristeza i un profundo desconsuelo! Ai! ai! de mí tan desdichada! Oh esposo mio, ¿cómo agora no me dais la vida; oh Carilab valiente, ¿dónde están vuestras hazañas? Viviendo vos, i yo cautiva? O

me habeis olvidado; o no vives ya en el mundo para el remedio de los males de mi suerte desdichada?

Miéntras tanto, los soldados de Carilab habian penetrado ya en el bosque i combatian con Maltaro i sus secuaces. Este último, despues de haber sido vencido i visto morir a mas de diez de sus compañeros, desciende al valle, persuade al cacique de aquella parcialidad de que sus mocetones han sido cobardemente asesinados, reduce al jefe a sus intentos i penetra de nuevo en el bosque hasta el lugar en que Carilab i Rocamila yacian entregados a los naturales trasportes de un encuentro inesperado. El jóven, aunque combate con denuedo, viéndose al fin acosado de enemigos i desfallecido por sus heridas, se lanza a una laguna inmediata en compañía de su amante, i con gran esfuerzo i no pocos peligros logran ponerse a salvo en la otra orilla i arribar a la morada de Millayan.

Carilab, despues de un corto reposo, organiza una nueva espedicion para vengar aquel fracaso que compromete su honra. Vuelto a las tierras del cacique que lo venciera, ofrece perdonarlo si le entrega a su rival; prende fuego a los bosques i difunde el pavor en todas las poblaciones comarcanas. Las familias atemorizadas huyen hácia las breñas o procuran esconderse en lo mas distante de las montañas. Maltaro mismo quiere tambien escapar, pero turbado por aquel siniestro i estraviado por el humo, pierde la verdadera senda i viene a dar frente a frente con Carilab. Desenvainan al punto las espadas i traban una lucha a muerte que termina en favor del invasor.

Libre ya de cuidados por esta parte, emprende su retirada a la Imperial a fin de celebrar aquel suspirado himeneo, «i siguiendo iba bien alegre su viaje i con el gozo de volver con el laurel del vencimiento i a los ojos que eran las estrellas que guiaban en sus pasos la derrota», cuando le llegó nueva de que el ejército español habia entrado a la tierra asolándolo todo, i que mui pronto se daria una batalla en que iban a hacer de jefes Lientur i Putapichun.

En llegando a casa de Rocamila, ordenó Carilab se retirase al

interior de la comarca resguardada por cien de sus mas esforzados guerreros, miéntras él partia a casa del viejo Alcapen su padre, en busca de los soldados con que debia concurrir al llamado de los jenerales. Recomienda al anciano que vele por su amante, i que se halle listo para el casamiento que tendrá lugar tan pronto como vuelva; recibe su bendicion, i se dirije al campo de batalla al mando de un destacamento de ochocientos soldados. Despues de andar a marchas forzadas, hallábase ya cerca del lugar en que debia darse el combate, cuando en la noche se siente acometido de un horrible dolor que cree precursor de su muerte. Tan repentino suceso introduce la turbacion entre los suyos; dáse al punto la órden de contramarcha. ¡Carilab acababa de acordarse que habia prometido no tomar armas contra los cristianos! En vano lo esperaron los jefes araucanos reunidos para presentar batalla, i entónces, como no llegase, se dispersaron. Los correos entretanto se sucedian en casa de Rocamila. Segun los cálculos mas prudentes hacia dos dias que la batalla habia debido darse. ¿Habia muerto Carilab; qué era de él?

En tales conflictos resuelve Millayan dirijirse en busca de Alcapen a informarse del jóven guerrero; noticiándole al fin su restablecimiento, i encargándole que ya que la tierra estaba de paz, se volviese a esperarlo al lado de su hija.

Mas, a la noticia de la desgracia de Carilab renacieron de nuevo los pretendientes. Curillanca, el mas audaz, como conociese que su felicidad dependia de la muerte del jóven, le prepara una emboscada en union de su pariente Antelé para sorprenderlo en su viaje. En efecto, saliéronle al camino, pero fueron derrotados i Antelé muerto. Sorprendido Carilab de tan repentino ataque quiso indagar lo que lo motivaba, ofreciendo perdonar la vida a uno de los vencidos si le revelaba el secreto. I despues que por este medio llegó a descubrir lo que pasaba, no fué poca su sorpresa cuando reconoció una banda que pertenecia a Rocamila i que ceñia el cadáver de Antelé. Desde ese momento se despertaron en su alma las sospechas mas violentas, i en el acto resolvió abandonar aquel viaje tan alegremente emprendido, regresando

a su casa con el corazon lleno de tristeza, de incertidumbres i dudas.

Hacia tres dias ya que Millayan esperaba a su futuro yerno i éste no parecia. Rocamila mas impaciente que nadié, determina sin tardanza enviar un mensajero que averigue lo que pasa; pero tiene que volverse sin traer mas noticias, que la de haber encontrado a Carilab herido i que por el camino se veian todavía cadáveres que las aves aún no habian devorado por entero. De aquí nueva alarma en la familia de Rocamila, la cual aunque inocente no se atreve a presentarse delante de su padre, i solamente por los bosques discurria llenando el aire de suspiros tristes i humedeciendo las plantas i las flores con el riego de sus ojos.... La aflijida novia movia los corazones mas duros llorando amargamente su suerte i su desventura. Préstanle elegantes voces los heróicos poemas que hablan en su causa i su dolorosa suerte:

«Qué dolor nos oprime i pone en calma,
Esposo, en negras sombras de tristeza,
Que en tanta confusion sospecha el alma
Que arguya algun defecto mi pureza.
Darás a tu pasion gloriosa palma
I a tan intenso amor dulce tibieza
Si la mancha que enluta mis entrañas
Del presumido error con sangre bañas.

«I si es órden fatal, decreto justo,
Por que en tanta pasion quede oprimida,
Que fortuna cruel usurpe el busto
De intespestivas flores de mi vida;
A su disposicion mi suerte ajusto
En tantas opresiones combatida,
Por que tus sentimientos, tus pesares
Templen el rigor en mis purpúreos mares.

«Así quedé triunfante, vencedora,
Que pues yo soi: en esto parecia
Cual roja clavellina que la aurora
Baña de perlas cuando rompe el dia;
El corazon del fuego que atesora
Suspiros forma que el amor envia,
No goces, que la accion que alimentos mide
En la garganta su dolor divide.

«Ai prenda dulce, donde a mis enojos
Halla refujio el ánimo constante,
Que retratan las niñas de mis ojos
Imájen de la muerte en tu semblante.

Usurpe ya por míseros despojos
La Parca injusta el aura respirante,
Por que al imperio del amor rendida
Le ofrezca los deleites de mi vida.

Ceda a la muerte, ceda a su tributo
Mi aliento por mi mano dividido;
Observarás el bárbaro estatuto
Contra lei natural constituido,
Por que no vista el alma eterno luto
De las nocturnas sendas del olvido:
Llévame el corazon porque así pruebas
Que de mi vida lo mortal remuevas.

Ven a abrir con tu diestra el pecho ardiente:
I en las fraguas verás de mi fe pura
El corazon que es lámina viviente
Donde tu viva estampa se figura:
Con esta prenda el ánimo valiente
De Marte las victorias te asegura,
Porque justa venganza al cielo clama
El ardor de la sangre que derrama.

La casa era toda confusion, habíase llegado a penetrar el secreto del sentimiento de Carilab: se acusaba de traicion a Millayan, diciendo que él habia obsequiado aquella banda fatal; a Rocamila misma pudiera creerse que era cómplice de aquella indigna madeja.

El infeliz Carilab, despues de perseguir a Curillanca, el causante de su desgracia, lo habia derrotado i obligado a que huyese de la tierra a refujiarse entre los españoles; él mismo triste i abatido sigue mas tarde sus huellas, llega al fuerte de Santa Juana, donde el gobernador don Francisco Lazo de la Vega manda ponerlo en prision i que despues de instruírsele en la fe cristiana sea ajusticiado i colgado su cuerpo en los caminos para escarmiento de otros traidores, porque lo acusaba de falso, como se habia reconocido ser pocos dias ántes cierto toquí Curillanca que tambien llegara allí en busca de asilo. Un relijioso mercedario, sin embargo, logra esclarecer la verdad, i presentándose ante el gobernador consigue el perdon de Carilab.

Hasta aquí el manuscrito del padre Barrenechea.

En su relacion final, Carilab se casaba al fin con Rocamila? Es probable que sí, i que ambos se hicieran cristianos i se fueran a vivir en tierra de españoles.

Tal es el argumento que forma la trama de la obra del relijioso chileno. Como se ve, el autor ha pretendido, siguiendo a Virjilio, hacer una especie de epopeya o novela heróica, donde figuren sentimientos elevados, un amor intenso i el cariño de la patria. La parte que contiene algo de historia es la relacion de las campañas de don Alonso de Sotomayor; pero a veces diserta tambien sobre la guerra i su objeto, modo como ha sido llevada en Chile; cita reales cédulas, habla de las costumbres de los indios, si ha habido o no milagros, cual será el medio mas a propósito para la restauracion de la iglesia de la Imperial, etc.

Tambien al lado de oraciones a María, suplicando por la terminacion de la guerra, se encuentran relaciones sobre la conquista del vellocino de oro, i haciendo de esta fábula su caballo de batalla, deduce ejemplos, cita versos latinos, o se engolfa en discusiones teolójicas.

El padre Barrenechea es un iluso que estudiando un capítulo de Isaías cree ver en las dulzuras que describe el profeta las futuras prosperidades de la Imperial, i en los textos de San Pablo i de Baruch la preponderancia intelectual reservada en el porvenir a los hijos de la arruinada ciudad.

Por esta disposicion se conocerá fácilmente que el libro de Fr. Juan es una verdadera algarabía, que no tiene mas norte que la filosofía que procura inculcar, reducida a convencernos de que aquí en la tierra todo es miseria i que solo mas allá no habrá lágrimas ni pesares. «Busquemos, pues a la Majestad Excelsa, dice, para que sean de agrado a sus divinos ojos nuestras obras, sean encaminadas, i apelemos a la conversion de las almas: este sea todo el interes que nos arrastre, que en este mismo empleo se asegura que sea como la del justo eterna la memoria».

Pero por mas que frai Juan ha procurado pintarnos situaciones conmovedoras, no ha ido a buscarlas en un sentimiento verdadero, i sí solo en las frases rebuscadas i en una falsa e impertinente erudicion; sus caractéres son del todo imajinarios, sus personajes mui relamidos: el argumento mismo de la obra traspira ficcion por todas partes. Acaso debemos esceptuar de esta reproba-

cion jeneral el tipo de los amantes, pues ellos nos agradan por lo impetuoso i noble de su pasion i por su juventud, i aún mas, porque en las ceremonias i costumbres a que asistimos con ellos hai mucho de verdad, i para los sucesos en que figuran un teatro eminentemente nacional, como son las riberas del Tolten i las incidencias de una guerra que sin duda será el tema verdadero, acentuado i característico de toda novela histórica chilena.

Fr. Juan compuso, asimismo, por sus últimos años, unas *Letanías a la Vera-Cruz*, que fueron impresas en Lima con aprobacion del arzobispo Liñan de Cisneros. La historia de esta produccion del fraile chileno está intimamente ligada a cierto suceso desagradable que le ocurrió con el prelado de Concepcion, i del cual vamos a hablar.

Existia en esa ciudad desde los tiempos de la conquista una cofradía llamada de la Vera-Cruz, cuyo instituto principal era rogar por la salud espiritual i corporal de los soberanos españoles, quienes, desde Cárlos V en adelante le habian procurado no pocas gracias i beneficios. De antiguo era una institucion de buen tono, de tal manera que no vivia en la ciudad quien creyendo llevar en sus venas sangre de cristiano viejo i en sus pergaminos algun jiron de rancia nobleza, no formase en sus filas en la procesion que se celebraba todos los juéves santos por la noche a implorar al cielo por el magnánimo príncipe que rejia los destinos de América. Cupo a frai Juan, en 1701, la honra no pequeña de ser el director de tan ilustre asociacion, en cuyo honor habia compuesto de antemano las famosas letanías que merecieron en Lima el favor de la impresion i que se cantaban ya en la fiesta susodicha. Pero, héteme aquí, que el juéves santo de ese año de gracia de 701, el obispo sin decir agua va ni agua viene, cuando la procesion recorria las calles con gran acompañamiento de devotos, canto en coro i no poco aparato de luces, dijo «alto allá», mandó apagar las velas i que los ciscunstantes se retirasen a sus casas a dormir tranquilos o a ocuparse de fiestas ménos ostentosas i mas de su agrado. Orijinóse de aquí grandísimo alboroto, quedaron los fieles escandalizados, i no poco mohino

nuestro frai Juan, que desde ese momento púsose a visitar con empeño i en persona a cada uno de los cabildantes para que le diesen testimonio del suceso i elevasen una representacion al monarca en que constase el desacato cometido indirectamente sobre la real persona por el mal intencionado diocesano. Prometiéronselo así aquellos graves i calificados vecinos, i en tal seguridad el relijioso mercedario dirijió nada ménos que a Su Santidad una comunicacion en que pintándole el suceso, le suplicaba renovase para la cofradía de la Vera-Cruz los privilejios que en otra época le fueran concedidos, que por haberse perdido los papeles de que constaban en una salida que hizo el mar sobre la ciudad medio siglo ántes, acababan de motivar el injustificable proceder del obispo.

Hubiese llegado sin duda la tal solicitud a los piés del Pontífice si por una disposicion de las leyes recopiladas no estuviese ordenado que ántes de pasar a Roma se examinasen en el Consejo de Indias las comunicaciones de esa naturaleza. El tribunal dió vista sobre el asunto al fiscal, quien, por parecer de tres de setiembre de 1705, se opuso lisa i llanamente a la remision del espediente de Fr. Juan Barrenechea[23].

No sabemos si, en parte, lance tan bochornoso para el prestijio del relijioso mercedario lo determinase a salir de Chile, pero lo cierto es que, segun asienta Garí, murió a poco en Lima el año de 1707[24].

23 Constan los hechos referidos de los documentos remitidos al Consejo de Indias.

24 Desde esta fecha en adelante hasta el de mil setecientos veinte, hemos rejistrado los libros del convento de la Merced en que se da cuenta de los fallecimientos de los relijiosos, mas, entre ellos no aparece el de Fr. Juan de Barrenechea.

CAPITULO XI.

RELACIONES DE SUCESOS PARTICULARES.

Pedro Cortés.—Lazo de la Vega.—Avendaño.—Flores de Leon.—Eguia i Lumbe.—Juan Cortés de Monroy.—Vascones.—Eraso.—Sosa.—Sobrino.—Gonzalez Chaparro.—Carrillo de Ojeda.—Santa.—Concha.—Pietas.—Recabarren.—Ortega.—Villarreal.

Despues de haber tratatado en capítulos anteriores de analizar la vida i los escritos de los que escribieron relaciones seguidas i mas o ménos voluminosas de la historia de Chile, cúmplenos dedicar algunas pájinas a aquellos escritores de ménos nota que dieron a conocer i se ocuparon especialmente de hechos aislados de nuestra antigua vida política.

Apunta Molina en su catálogo de los escritores de las cosas de Chile, a Pedro Cortés, como autor de una *Relacion de la guerra de Chile*[1], que algunos autores han citado con frecuencia i que a primera vista pudiera creerse fuese alguna historia mas o ménos completa de los sucesos de nuestro país; pero examinando esas pájinas es fácil convencerse que la obra del sarjento mayor no pasa de ser una informacion prestada a instancias del presidente García Oñez de Loyola, en que refiere lo que ha visto, el estado de los indios, el espíritu de los encomenderos, i, mas que todo, el

1 Veáse tambien Pinedo, t. II, col. 654.
El señor Vicuña Mackenna señala en su *Informe* sobre nuestro trabajo, como digno de mencion un manuscrito del doctor Salcedo de Cueva, titulado tambien como el de Cortés *Relacion de la guerra de Chile*; pero es necesario convenir en que si hubiéramos de dar cuenta de toda esta clase de papeles nuestra labor seria interminable.

retraimiento de la capital para acudir a la guerra, i la série de entorpecimientos que diariamente ofrecia a los gobernadores, i en los cuales, como se recordará, cupo una parte no poca activa a Hernando Alvarez de Toledo[2].

2 Bosquejar siquiera la vida de Pedro Cortés, seria compendiar dia por dia la guerra de Chile durante mas de medio siglo i hacer la historia de mas de cien batallas, tarea que no nos incumbe, vista la insignificancia de los escritos del que se ha llamado el «Aquiles chileno».

«Pedro Cortés i Monroi, natural de Medellin, en Estremadura, sin duda alguna descendia de la misma estirpe que Hernan Cortés, conquistador de Méjico, pues fueron de un mismo país i unos mismos apellidos, i tan semejantes en el valor i prudencia, que en la América no hubo otro igual a ellos. Mereció el renombre de César chileno, porque si esgrimia con destreza la espada, ponia con acierto la pluma, de modo que para aquella i su consejo, era pequeña conquista la de una nacion, aunque tan belicosa como la chilena. Pero, con todo, de poco le valieron estas bellas cualidades; tuvo la desgracia (mas bien diremos la infelicidad, que fué de Chile) de no mandar en calidad de jefe, sino ordinariamente bajo las órdenes de otro. I no hai que admirar en esto. Es comun queja de aquel reino (dice el señor abate Olivares en su *Historia de Chile*) que lo que ganaron los valientes i animosos, lo coman los poltrones; i que para ayudarse a subir sean mejor escala la tramoya, i el engaño, que el mérito labrado con la espada». Su valor i su prudencia subieron tanto de punto que fueron mas que de hombre: i cuanto tuvo de animoso tenia de benigno, urbano i cortés, porque un esclarecido valor jamas dejó la compañía de los buenos comedimentos. Pasó a la América con don Andrés Hurtado de Mendoza, tercer marqués de Cañete, i a Chile en 1557 con su hijo don García Hurtado de Mendoza. Sirvió desde la clase de soldado hasta la de coronel, i se halló en 119 batallas, que no tiene ejemplar en la historia. Felipe III, por real cédula dada en Madrid a 29 de mayo de 1615, (Sosa dice que en su tiempo se hallaba en la Corte, *Memorial del peligroso estado*, páj. 14) premió el mérito de este adalid con 4,000 pesos anuales, situados en encomiendas vacantes de indios de aquel reino; i si no las habia, le consignó 10,500 en sus arcâs reales. No gozó de esta gracia, porque viajando para Chile, en 1617, falleció en Panamá, pero recayó el premio en su nieto Pedro Cortés, a quien S. M. por real despacho librado en el Pardo, a 31 de diciembre de 1697, referente a su real decreto de 8 de enero del mismo año, en que se incluye la citada real cédula, le declara el mérito de su abuelo, i le hizo merced de título de Castilla, nombrándole vizconde de Piedra Blanca, denominacion que quedó suprimida con el título de Marqués de Piedra Blanca de Huana, i lograron hasta hoi sus descendientes en aquel reino, que tienen su vecindad en la Serena».—(Carvallo, t. I, páj. 340, nota 164 bis).

El doctor don Juan Luis de Arias, hablando de los descubrimientos del piloto Juan Fernandez, decia refiriéndose a Cortés: «Hombre tan digno de crédito, como se sabe, que habia asistido cerca de sesenta años en Chile,... afirmó a V. M. haberle oido al dicho piloto i visto la descripcion que trajo de la misma costa». (*Memorial al rei*, fol. 5 vlta).

Oigase ahora lo que cuenta de él Alvarez de Toledo:

El valeroso anciano cuyo nombre
En Chile para siempre será eterno
Salió para que el bárbaro se asombre
Acompañado solo de su yerno:
Pedro Cortés del uno es el renombre.
....

Poco tiempo despues de haber arribado a Chile el gobernador don Francisco Lazo de la Vega obtuvo sobre los araucanos rebelados un señalado triunfo, cuya noticia un autor anónimo puso por escrito i dió a la estampa en Lima, con el título de *Relacion de la victoria que Dios nuestro Señor fué servido de dar en el Reyno de Chile a los* 31 *de enero de* 1631.

El mismo Lazo de la Vega, a consecuencia de las dificultades orijinadas por la prolongada sublevacion de los araucanos, se determinó a enviar a la Corte a un hombre de toda su confianza i manifiestamente adornado de dotes aventajadas. Era este el jeneral don Francisco de Avendaño, que con poderes del reino, del ejército i del gobernador, aceptó la mision de presentarse ante el monarca, puesto que «con la verdad i esperiencia que el tiempo ha dado de aquella guerra, su conocimiento i el de los naturales rebelados, es fe i lealtad darle el desengaño della».

Segun esto, don Francisco proponia una conquista a sangre i fuego, sobre la base de dos mil soldados que debian llevarse de España municionados i pagados; fundar en seguida cuatro pobla-

El anciano Cortés, sin cortesía
A los soberbios bárbaros ofendo
Con tal vigor que adonde el brazo guia
Todo lo corta, rompo, rasga, hiende:
Aunque su mucha edad la sangre enfria,
La cólera fogosa se la enciende
En tanto estremo que es estrema i dura,
Al fin como quien es de Estrremadura.
Con plumas de neblí, de águila o garza,
La suyas la volante fama canje,
Para que el nombre de Cortés esparza
De Guadiana al Pó, del Rin al Ganje:
I ensálcese de hoi mas ....
....
Que si otro nuevo mundo se hallara
Que su hijo Cortés le conquistara.

Puren indómito, Cantos XXIII i XXIV

En el Archivo de Indias encontramos un *Memorial* de Cortés que copiamos aquí para ilustracion de la vida de este gran soldado i pretendido escritor

«Yo soi un hidalgo estremeño. Entré con el gobernador García de Mendoza en la conquista i pacificacion de este reino de Chile, que há 17 años poco mas o ménos, i he asistido de ordinario en la dicha guerra en compañía del dicho gobernador D. García; i del gob. F. de Villagra, i del gob. Pedro de Villagra, i del gob. Rod. de Quiroga, i asimismo todo el tiempo que gobernó esta R. A.,

ciones, i reducir de esta manera a los indios a dar la paz, aunque fuese en el término de cinco años. En el trabajo que sobre este particular publicó, en estilo mal cortado i algo confuso e indijesto, proponíase las objeciones que pudieran dirijirse a su sistema i las combatia una por una; insistia en la necesidad de guardar ante todo a Chile (ya que en su época llegó a emitirse la idea de su despoblacion) fundado en que era un país apreciable de por sí i de evidente importancia para asegurar la conservacion del rico i lejendario Perú.

Llegó tambien por esa época a Madrid un relijioso franciscano,

i con el gobierno del doctor Bravo de Saravia, i siempre haciendo lo que debo a quien soi i al servicio de mi rei i señor natural, sin haber sido en todo este tiempo gratificado de mis muchos servicios, habiendo gastado muchos pesos de oro, i a esta causa estoi mui pobre i adeudado, i puesto caso que han vacado en tiempo deste Gobernador algunas cosas con que me pudiera dar a mí i a otros que han servido muchos años en este reino algunos entretenimientos, puesto caso que mis fines no han sido de mas que un repartimiento de los de Chile; pero si el gobernador doctor Bravo de Saravia lo hizo mejor fué por emparejarnos a todos, dió todo lo que habia vaco i vacado a su hijo, sobrino i criados, sin quererse acordar de los caballeros i hijosdalgo que han seguido i siguen de muchos años a esta parte, aunque fué de ellos bien importunado, i yo viendo el poco término de fortificacion que habia pedí en esta Real A. una probanza de mis servicios para que conste a S. M. i a V. señoría ser yo verdadero en ésta; la cual dicha probanza lleva el jeneral don Miguel de Velasco Avendaño i mi poder para que su majestad i V. señoría me hagan merced en aquellas cosas que el dicho jeneral don Miguel pudiese i suplicase a V. señoría, pues en ello se descarga la conciencia real, i V. señoría llevará adelante la fama que por todos estos reinos de Indias vuela, en que se paguen i gratifiquen los que a S. M. sirven, principalmente con tanto lustre como yo lo he hecho, hago i haré hasta que se acabe la vida, por ser mi profesion, i confiado que en ésto como en todo lo que se me ofreciese hacer merced la recibiré de vuestra señoría, cuya ilustrísima persona N. S. guarde i en grandes estados acreciente con feliz memoria, como yo servidor de vuestros servidores deseo. Desta ciudad de la Concepcion i de enero 22 de 1574 años.

Rosales, por fin trae de él el siguiente retrato:..... «Bajó a su casa con nombre i fama de los mayores capitanes, el mas virtuoso, el mas triunfante i victorioso que ha tenido este reino, pues siempre salió vencedor de cuantas batallas tuvo,... que si se juntaran en un cuerpo pudieran ser ilustre crónica de su grande valor i panejírico en sus hechos. Era Cortés de setenta i cinco años cuando dejó la guerra, de buena estatura, aunque no corpulento; hombre de pocas razones pero sustanciales, de gran consejo en cosas de guerra i de prudentes resoluciones. Fué mui sufrido en el trabajo i templado en el mandar, cosa dificultosa en quien gobierna, i nunca se vió en él codicia ni que buscase aprovechamiento en la guerra sino puramente el servicio del rei i el bien de la tierra. Era mui afable con los soldados, compasivo i liberal, partiendo con ellos como con hijos cuanto tenia, i a ese paso amado de todos i temido de los enemigos, i en las victorias i grandeza de ánimo otro Cortés en Chile igual al de Méjico». *Historia general*, t. II, páj. 471.

definidor i procurador jeneral de la provincia de Chile, llamado Fr. Bernardino Morales de Albornoz que habiéndose embarcado en Buenos-Aires, «en prosecucion del dicho oficio», fué apresado por los holandeses en las costas del Brasil i llevado a Pernambuco. Prometiéronle la libertad si declaraba cual era la situacion de Chile en esa fecha, el estado de sus fuertes i de su ejército; i como Morales hubiese comenzado a ponderar los trabajos de defensa emprendidos por Lazo de la Vega, uno de los circunstantes lo interrumpió, le dijo que mentia, por lo cual lo mandaron encerrar de nuevo en una nave. Llevado despues a Magdeburgo, fué por fin rescatado en 1631. Mas tarde, a pedimento del jeneral Avendaño, dió a la estampa la narracion de lo que le habia sucedido, escrita con bastante naturalidad i tendente mas que todo, a manifestar lo que los holandeses proyectaban entónces sobre Valdivia.

De no ménos nombradía que Avendaño era el maestre de campo don Diego Flores de Leon, que de los treinta i siete años que llevaba en servicio del rei, los veinte i seis de ellos tenia empleados en la guerra de Chile, «cuyas materias con el dicho curso i asistencia[3] tiene esperimentado i sabido, i dellas ha procurado siempre informar, como ha informado a S. M. en el real Consejo de las Indias, i a los vireyes que en su tiempo han sido en el Perú, segun le ha parecido conveniente al estado de aquel reino».....

Pues bien, como Flores de Leon llegase a entender que la Corte tenia resuelto enviar a las costas del Pacífico una gruesa armada que haciendo el viaje por el estrecho de Magallanes fuese a atajar los proyectos atribuidos por aquella época a los holandeses, sin tardanza escribió, con estilo firme, castizo i mesurado, las

3 Flores de Leon llegó a Chile en 1590, segun consta de su propia declaracion rendida en la informacion que Fr. Pedro de Salvatierra hizo levantar en Santiago para acreditar la utilidad del establecimiento de la Universidad pontificia de Santo Tomás. Parece que posteriormente hizo un viaje a Lima, porque a los comienzos de 1605 trajo a Alonso de Rivera la noticia de que le venia sucesor (Rosales, t. 2.°, páj. 426). El nombre de Flores de Leon ocurre con mucha frecuencia en los historiadores chilenos, pues efectivamente era un personaje importante. El Sr. Vicuña Mackenna consiguió en España su retrato i lo tiene ya litografiado para acompañarlo al libro que sobre nuestro autor tiene ofrecido a sus numerosos lectores.

advertencias que creyó podian ser útiles al feliz éxito de los propósitos con que iba aquella escuadra. Con vastas miras i un sentido práctico de administracion i de acertado gobierno nada comun, indicaba al soberano la fortificacion de Valdivia, su poblacion para reparo de las naves, su abundancia de maderas, que la hacia el Guayaquil del mar del sur. Pero de entre todas las proposiciones que señalaba ninguna tan curiosa como la de elevar a Chile a vireinato, añadiéndole el Tucuman i Rio de la Plata, idea señalada anteriormente por don Alonso Sotomayor. «Potosí, continúa Flores de Leon, se limpiará de jente perdida que acudirá a la guerra de Chile i al descubrimiento de los Césares, que tanto promete, i a otro de que hai noticias que cae en aquellos gobiernos, a que es aficionada la jente del Perú por parecerles tendrán la suerte que los primeros conquistadores dél».

Inspirado por el interes de servir al soberano, refiere los diversos descalabros sufridos por las armas españolas en la guerra con los indios i pasa en seguida, subiendo de punto el atractivo de su trabajo, a contarnos su propia espedicion, emprendida desde Chiloé en busca de los compañeros de Sarmiento de Gamboa.

Los cuarenta i seis hombres que componian la columna de descubrimento se embarcaron en Calbuco en unas piraguas, i corriendo siempre hácia la cordillera por el rio que llaman de Peulla, desembocaron en la laguna de Nahuelhuapi, ataron entre sí las embarcaciones, i de esta manera surcaron sus aguas por espacio de ocho leguas. Grandes fueron las penurias que esperimentaron siguiendo las quebradas faldas de los Andes, i no poca el hambre que sufrieron por espacio de dos meses, hasta que al fin toparon con un indio que les refirió que un navío habia invernado en una isla hácia el Estrecho. «Dijímosle, añade Flores, que nos guiase, porque queríamos ir en busca suya, i espantado de nuestra determinacion se levantó en pié, que hasta aquel punto habia estado sentado en el suelo, i cojiendo muchos puños de arena, los echaba al aire diciendo que él guiaria, mas que supiésemos que habia mas indios que granos de arena tomaba él en las manos;......i por

ser poca la jente con que íbamos, pareció a todos los compañeros no pasar adelante, i así, nos volvimos».......

Flores acompañaba a su relacion un derrotero levantado por él del viaje que en 1615 hizo el pirata Jorje Spilberg, guiándose por las indicaciones que ante la Audiencia de Santiago hicieron dos testigos de las operaciones del jefe holandes, i aconsejaba traer esclavos que vinieran a reemplazar a los indios en el trabajo de sacar oro, evitando de esta manera los gastos de la poblacion de Valdivia.

El memorial del soldado de la guerra de Chile surtió buen efecto en el ánimo de los consejeros reales, quienes como abrigasen algunas dudas sobre las indicaciones propuestas, formularon ciertas *preguntas* que abrazaban detalles de todo jénero i a que Flores de Leon respondió i satisfizo una por una, usando de gran método, i acopiando algunas curiosas noticias estadísticas i prescripciones valiosas, que demuestran que su conocimiento i esperiencia no solo se estendia a las cosas de Chile sino que abrazaba tambien las de América entera[4].

Parecida en su plan a la anterior relacion, aunque desarrollado con mucho ménos talento, agrado i viveza, en un estilo que de ordinario se desenvuelve con dificultad, es el memorial histórico presentado al rei por el castellano don Jorje de Eguia i Lumbe, en 1664. Este personaje descendia de tiempo inmemorial, por línea recta de varon de la infanzona casa de Eguia en Vizcaya i de la solariega de Lumbe en Guipuzcoa, segun consta de litigada informacion que don Jorje llevaba siempre consigo; pero era su mayor blason, como él lo declaraba, haber servido al rei durante treinta i cuatro años «con cuerpo i alma, de dia i de noche, sin soltar las armas i la pluma».

4 Flores de Leon es tambien autor de un *Memorial* que presentó al rei haciendo notar sus servicios, i consta de once fojas en folio, inpresas sin señalar año ni lugar.

Acaso conviene apuntar aquí otros *Memoriales* (tambien impresos) de varios sujetos que sirvieron en Chile, como ser el de D. Fernando Montesinos (cuatro fojas en folio); el de D. Francisco Valenzuela, diez fojas; i los de D. Pedro Porter i Casanate, 2 fojas, i D. Luis Fernandez de Córdova, seis fojas; todos los cuales no llevan indicacion de fecha ni lugar.

A la época en que esto escribia, sin embargo, si sus títulos de nobleza estaban exentos de tacha i si sus servicios no eran poco calificados, la mayor estrechez reinaba en su hogar, pues a nombre de una madre anciana i de una familia desvalida habia ido a la Corte a implorar la caridad del monarca. Estando Eguia en Lima en disposicion de partir a España, el conde de Santistévan habló al Consejo de Indias de la importante relacion que tenia preparada; pero contradijo la recomendacion el fiscal de la Audiencia, i al fin, aunque la jenerosidad del conde regaló a su protejido con seiscientos pesos de su bolsa, tuvo que dejarlos en aquella ciudad i salir atenido a la providencia de Dios, como él dice, «i con una plaza de soldado desde Panamá hasta Cádiz, sustentándome en galeones con solo el socorro del cielo».

La obra de Eguia i Lumbe, titulada *Ultimo desengaño de la guerra de Chile*, ha sido citada especialmente por Córdova i Figueroa i utilizada por él en mas de un pasaje de su historia[5]. Su autor habia vivido entre nosotros por el espacio de veinte años, tomando una parte activa en las operaciones de la guerra i desempeñando puestos importantes. Penetrado de la desventajosa situacion en que por entónces se hallaba el reino, quiso manifestar al soberano cuales eran los medios que podian mejorar aquel estado de cosas. Entre los arbitrios que se le ocurrian, designaba como el mas importante i que demuestra cual era su flaco, el que el monarca señalase unos hábitos de las órdenes militares para los beneméritos de la guerra, i un premio de diez o doce mil pesos para los paisanos que deseasen aquella distincion. Añadia tambien como mui conveniente, que el capitan jeneral de Chile fuese siempre a la vanguardia de las santas costumbres, «así en dar a cada uno lo que es suyo, como en todo lo demas, para desenojar i obligar al cielo prósperos sucesos en la guerra, mayormente el tiempo que de la paz hiciese ausencia de ella, dejando encargado a todos los eclesiásticos i seculares miéntras se hallare en campaña, oren, alaben i rueguen a Dios con penitencias i demas buenas obras, ordenando a los jueces castiguen i eviten con dis-

5 Véase especialmente las pájinas 80 i 172.

crecion todo jénero de pecados, con que es indudable conseguirse victorias en encuentros i batallas». Por esto podrá calcularse la gran influencia que tenian en su ánimo las creencias relijiosas, i que ellas eran el guia principal i atendible objeto de sus escritos.

Otro conquistador tambien de cierto prestijio, que ántes de Lumbe habia ocurrido a Madrid a proponer sus ideas tocante a la manera de ejecutar la guerra i que con este motivo publicó unos cortos *Apuntamientos*, fué don Juan Cortés de Monroy, hijo de aquel Pedro Cortés que militó mas de sesenta años en Chile i que peleó ciento diez i nueve batallas. Cortés decia con razon que «el amor que tenia a las provincias de Chile, su patria, el ser hijo i nieto de sus conquistadores, i que habia visto con los ojos i tocado con las manos el manifiesto riesgo que corre,... como persona que tiene conocimiento de la tierra, sus calidades, su posicion i condicion, i trato, sitio i fuerzas, reparos, fortificaciones i forma con que se hace la guerra al enemigo, pues ademas de haber nacido en ella i haber ejercido la milicia desde que tuvo edad para tomar las armas, siendo soldado i capitan, comunicó otros mas antiguos»; con tales antecedentes estaba en situacion de hablar con pleno conocimiento de causa, i la Corte, evidentemente así lo entendió cuando a poco andar le pidió que le esclareciese las dificultades que la lectura de los *Apuntamientos* le habia producido. I no por esto deja de ser verdad que las ideas que espresó relativas a la guerra (reducidas a que el virei del Perú se trasladase a Chile para infundir prestijio a la conquista i atraerse número considerable de jentes, i a que se premiase a los guerreros mas distinguidos con títulos de nobleza o hábitos de las órdenes militares) no pasaron de ser proyectos bien intencionados pero ineficaces o irrealizables.

Con motivo del sistema de guerra defensiva propuesto por el padre Luis de Valdivia levantáronse en su contra una porcion de inpugnadores que no cesaban de llevar a los oidos del monarca la seguridad de que el intento del jesuita era sumamente dañoso a los intereses de la relijion i de la corona. Es cosa mui digna de

notarse que entre los mas encarnizados adversarios de Valdivia se contasen algunos miembros de las órdenes relijiosas. Fr. Juan de Váscones, por ejemplo, que por órdenes del monarca fué despachado por el virei del Perú a los comienzos de 1545 con varios otros padres de San Agustin para venir a predicar en Chile la fe católica,[6] escribió una *Peticion en derecho*, apoyada en textos de todo jénero, para pedir que se llevase adelante la guerra i que se diese por esclavos a todos los indios, quienes, decia Fr. Juan, tenian ménos derecho a la libertad que los moros de Granada o los negros de Guinea.

Otro sujeto que fué tambien a España en calidad de procurador del reino, llamado Domingo de Eraso, publicó una *Relacion y Advertencias* i despues otro *Memorial*, destinados a apoyar la idea de combatir a los araucanos.

Pero de entre los personajes que fueron enviados a España a jestionar por las remotas provincias de Chile, ninguno que tanto se ajitase en contra del sistema de Luis de Valdivia como el franciscano Fr. Pedro de Sosa[7]. Este fraile que era guardian del convento de Santiago, i «persona de mucha autoridad, letras i relijion»[8], despues de mas de dos años i medio que anduvo intrigando en las antesalas reales, publicó un largo *Memorial del peligroso estado espiritual y temporal del Reyno de Chile* en que se ve la mas curiosa amalgama de un espíritu belicoso e implacable i de la mas errada aplicacion de las doctrinas relijiosas. Invocando una porcion de textos teolójicos, sostenia que los indios no tenian derecho a esperar guerra defensiva, que el servicio personal era necesario mantenerlo si no se queria que las tierras permaneciesen incultas, i agregaba, que la duracion de la guerra no debia atribuirse a otra causa que a que los araucanos no perdonaban a

6 Gay, 2.°, páj. 226.
7 Gay hablando de la mision que por encargo de Rivera llevaron a Madrid Cortés i Sosa i de su infructuoso resultado, llama a este último con evidente error *Losa*. *Historia*, t. II, páj. 379.
8 Rosales, t. II, páj. 598.

sus prisioneros miéntras tanto los españoles los conservaban en la mira de proporcionarse una entrada.

En otro *Memorial* dirijido tambien al rei, le decia hablando sobre los hechos que dejaba sentados: «Todo esto testifican los gobernadores que han ido i son de aquel reino; testifícanlo los soldados i capitanes que ha habido i hai en él; testifícanlo los oidores; testifícanlo el obispo i los relijiosos i demas personas graves que allí residen, i lo que mas es, lo testifican los mismos sucesos que no pueden padecer escepcion»....

I no fué todavía éste el último recurso que el relijioso franciscano presentó al soberano en pró de sus ideas de guerra sin cuartel a los indios, pues mas tarde elevó otro, resumiendo sus doctrinas i fortaleciéndolas con un razonamiento mas condensado i un lenguaje mas fácil i desembarazado de controversias teolójicas i notas poco conducentes. ¿Cómo tolerar, advierte, que esos indios vivan en el desenfreno, faltando diariamente a nuestra vista a la lei de Dios, i lo que mas es, impidiendo que la relijion haga los progresos que debe? La guerra defensiva no hace sino alentarlos en sus ánimos, añadia, haciendo que atribuyan este proceder a cobardía e impotencia. Qué dirian aún las naciones de Europa viendo cejar las armas españolas ante un enemigo salvaje?...

A pesar de que Sosa no creia que los milagros hubiesen acompañado en Chile a la predicacion del evanjelio, es, sin embargo, cosa curiosa, pero hija lejítima de la época en que vivió, que todas sus ideas determinantes de la esclavitud, las apoyaba en la relijion i las divulgaba creyendo servirla con ellas.

Al paso que tantos personajes fueron a declamar en la Península contra las teorías del padre Valdivia, hubo un campeon que tomó su defensa i que por el tono de moderacion i de convencimiento con que supo espresarse se captó las simpatías de muchos. Fué este el jesuita Gaspar Sobrino, persona de mucha ciencia i esperiencia[9], i «cuyo talento era aventajado, pues fuera de la presencia majestuosa,.... gozaba de una facundía copiosa i abundan-

9 Rosales, t. 2.°, páj. 600.

te»,[10] mandado por el mismo Valdivia para desvanecer la desfavorable reaccion que se producia en su contra por los apasionados escritos de los enemigos de su sistema[11]. Sobrino, en llegando a España, propuso al rei algunas razones (son sus palabras) que probaban la eficacia de los medios empleados cerca de los negocios de Chile, sosteniendo que si la guerra defensiva no habia surtido todos los efecto apetecibles, debia atribuirse principalmente a la falta de una cabal ejecucion de lo proyectado.

No habia dejado producirse en la Corte cierta excitacion, o mas bien, desencanto, por la muerte que los araucanos dieron a dos jesuitas, i que implicaba, al ménos a la distancia, el mas completo fracaso del sistema de Valdivia. Sobrino tuvo que reaccionar contra la opinion pública excitada con teson por los emisarios del gobernador Rivera, i es justo confesar que en su obra se condujo como un sacerdote moderado, seguro de sus razones i de su buen derecho, logrando despertar interes en su favor por el mismo tono de convencimiento i de verdad con que supo revestir sus palabras. Sin estar adornado de un lenguaje fácil, su trabajo abundaba en documentos auténticos i daba bastantes luces para el cabal conocimiento de ese interesante período de nuestra historia; así fué que el rei le dió la razon i ordenó que Valdivia siguiese adelante en su ardua i desinteresada mision de reducir a los araucanos a la paz por medios pacíficos[12].

El enviado de Valdivia continuó mas tarde su viaje a Roma, donde se le nombró vice-provincial de Chile, para pasar despues

10 Lozano, *Historia de la Provincia del Paraguay*, t. II, páj. 557. A los elojios anteriores debemos añadir el de Vidaurre, que califica a Sobrino de «sujeto de grandes talentos i celo grande de las almas».

11 «Envió allá el padre Valdivia, dice Olivares, (*Hist. civil*, páj. 347) al padre Gaspar sobrino, sujeto de grandes prendas i virtudes..., i el ejército envió de su apoderado i procurador al jeneral Pedro Cortés (ya hemos visto que se llamaba Juan) que tambien sabia parecer en la curia como pelear en la campaña, hijo de aquel Pedro Cortés que tanto lugar se ha hecho en los anales, quien como elocuente, habló sobre la conveniencia de hacer la guerra, i como soldado, sobre el modo de hacerla o administrarla».

12 En cuanto a otras producciones del padre Sobrino, Ovalle refiere (*Histórica relacion*, páj. 336) que es autor de una *Carta anua* que escribió siendo vice-provincial de Chile el jeneral Mucio Viteleschi; i Duran en la páj. I de su *Relation des insignes progrés de la réligion chretienne, faits au Paraguay, etc.* (Paris, 1638, 8.°) de ciertas *Cartas* que llevó a Roma en que daba cuenta

a ser provincial de Quito i rector en Lima[13]. «Sus mayores, refiere Olivares, fueron de estirpe nobilísima en el reino de Aragon: su padre, en el año 1595, fué diputado de la nobleza, majistrado mui principal en dicho reino, i nuestro Gaspar tuvo por ayo a don Pedro Paulaza, que años adelante fué obispo de Zaragoza. Despues de entrado en la Compañía caminó tanto por el servicio de Dios i bien de las almas que llegó a cumplir el número de diez i siete mil leguas, como testifica el padre Bartolomé Tajur, rector del colejio máximo de Lima. Gobernó muchos años, i pidiéndole al padre jeneral Viteleschi dimision de sus empleos i tiempo para cuidar de sí, le respondió que en la Compañía el mandar era el mas breve camino para la paciencia». Cada dia daba tres horas a la contemplacion de las cosas divinas. Siempre que se sentia fatigado de los estímulos de la cama, tomaba disciplinas de sangre por espacio de media hora. Por tiempo de diez i seis años nunca se desnudó para dormir: todos los sábados hacia trescientos actos de amor a Dios. Para conservarse en estado de humildad i penitencia se habia imajinado una casa que tenia en el reino infeliz de los condenados. Murió en Lima santamente muchos años adelante del que vamos[14].

Entre las relaciones de sucesos particulares que correponden a esta época debemos notar la *Carta* que el padre jesuita Juan Gonzalez Chaparro escribió a Alonso de Ovalle dándole cuenta del temblor que arruinó a Santiago el 13 de mayo de 1647 i que fué publicada en Madrid en el año siguiente i traducida en la misma fecha en lengua francesa[15].

de los frutos cojidos en las misiones del Paraguay. Mucho sospechamos que no sea tambien Sobrino el autor de la *Relacion de lo que sucedió en el reyno de Chile despues que el padre Luys de Valdivia de la Compañia de Jesus, entró en él con sus ocho compañeros sacerdotes de la misma Compañia el año de* 1612, impreso sin indicacion de año ni lugar. Lo que consta espresamente es que fué hecha por un jesuita que la data en Concepcion el mismo año de 1612.

13 Lozano, t. II, páj. 462.

14 *Historia civil*, páj. 363.

15 *Relation de l'horrible tremblement, qui a ruiné de fons en comble la florissante Cité de S. Jacques de Chile aux Indes Occidentales*. A Bruxelles, Chèz Jean Mommart, 1648, 4.°, 22 pájinas.

Como es sabido, el obispo Villarroel que vivia entónces en Santiago, i a quien cupo en las resultas de aquel suceso una parte tan activa como honorífica, dió tambien en estampa seis años mas tarde una relacion preciosa por sus detalles i por la verdad que reviste, i con la cual evidentemente no podria compararse la del padre jesuita, que no se encontraba entónces en el teatro de los sucesos i que solo los conocia por el intermedio de otras personas; pero innegablemente ha contado con cierta elegancia lo que no ha visto, ha sabido sentir una desgracia que aflijia a su «querida patria i ciudad de Santiago», como le decia a Ovalle[16].

Fué achaque comun durante el período colonial que todos los escritores que hablaron de acontecimientos naturales que redundaban en daño de los españoles los mirasen como enviados del cielo para castigo de los pecados de los hombres. Este ordinario defecto que no tuvo Gonzalez Chaparro, pero al cual ni el mismo Pedro de Oña habia sabido escapar, obra de lleno en otro escrito que hemos analizado anteriormente al hablar de las obras de este poeta, i en una declamatoria relacion de uno que se llama testigo de vista, i que siglo i medio mas tarde escribió una *Tosca narracion de lo acaecido en la ciudad de la Concepcion de Chile el dia* 24 *de mayo de* 1751. Necesario es, sin embargo, recibirles en abono a esos escritores las influencias de su educacion monacal, la ignorancia completa en que vivian de los fenómenos de la naturaleza, i las torcidas tendencias de un siglo i de un país eminentemente supersticioso.

Otro relijioso que consignó por escrito acontecimientos aislados fué el agustino Fr. Agustin Carrillo de Ojeda, «sujeto de grandes letras» al decir de un contemporáneo[17]. Como la ciudad de Santiago elijiese por patrono en 26 de agosto de 1633 a San Francisco Solano , celebráronse fiestas suntuosas bajo los inmediatos dictados del gobernador Lazo de la Vega, que se creia especialmen-

16 Villarroel refiere (*Gob. ecles.*, t. II, páj. 19) «que andan impresas varias relaciones de este gran temblor», algunas de las cuales sin duda no han llegado hasta nosotros.

17 Eguia i Lumbe, *Ultimo desengaño*, fol. 2.

te favorecido del santo. Esas fiestas, que formaban un verdadero acontecimiento en la vida monótona de la capital, quiso el magnate que no pasasen desapercibidas para la posteridad, a cuyo efecto encargó al padre Carrillo que trabajase de ellas una relacion, i que mas tarde el cronista de la Orden envió en *estampa* a Madrid i Roma[18].

Carrillo escribió, asimismo, una *Relacion de las paces ofrecidas por los indios rebeldes del Reyno de Chile, acetadas por el señor don Martin de Muxica*, etc., en que la frase marcha igual i sin alarde de erudicion ni pedantería, i que podemos comparar a otra obra análoga redactada por don Juan José de Santa i Silva, rejidor perpétuo de la ciudad de Santiago i receptor jeneral de penas de cámara de la Real Audiencia, titulada *El mayor regocijo en Chile para sus naturales y españoles poseedores de él.* Don Juan José de Santa i Silva declama mucho en su libro contra la adulacion, i todo él no está lleno de otra cosa, habiendo tenido el pensamiento de publicarlo únicamente para ensalzar a un personaje a quien estaba obligado i cuya vida bosqueja en prólogo especial. Santa i Silva que se pensó manejar la pluma con el mismo desenfado con que gobernaba su vara de administrador oficial, se dirijió a dos catedráticos de la Universidad de San Felipe don Juan José de los Rios i Theran i don Fernando Bravo de Náveda, el último abogado tambien de la Real Audiencia, asesor i procurador jeneral, pidiéndoles su parecer sobre aquella obra que habia escrito. Ambos le dirijieron largas i pesadas epístolas, «llenas de estiramiento i de huecas frases», destinadas a hacer el elojio del libro i a adular al presidente Morales, a quien compara Náveda con un actor i al libro con «los primeros botones de primavera, que aunque no son flores sazonadas sirven para adornar los altares, como el libro, corto sumario i reducido a los luceros de un solo dia, habia de servir para adornar el nombre del gobernador Morales».

Las obras de Santa i la de Carrillo tienen mucho de parecido,

18 Córdova i Salinas, *Crónica*, páj. 216.—La relacion aislada nunca la hemos visto.

pero ésta es mas interesante como que pinta mas al vivo las costumbres de los indios, que ha ido a sorprender allá en los campos iluminados por el sol i a orillas de sus arroyos i en el centro de sus bosques cuando todos los guerreros con sus lanzas a un lado presencian las ceremonias de la solemne entrevista del parlamento. Ademas, el lenguaje de Santa no tiene la soltura del que emplea Carrillo, i el andar de su estilo es mas embarazoso i pesado.

Por los comienzos de mayo de 1717 llegó a Chile un oidor de la Audiencia de Lima, llamado don José de Santiago Concha que venia comisionado por el virei del Perú, príncipe de Santo Bono, para tomar la residencia de don Andres de Ustáriz. Ya por los fines del mismo año, Concha habia terminado su mision i consignado en el papel el resultado de sus jestiones en una *Relacion* que dedica a su sucesor, escrita en estilo grave, mesurado i digno, como que deja traducir las impresiones de un hombre honrado que cree haber cumplido con su deber. «No pudiendo por la distancia, le decia al virei, comunicar a boca con V. E. algunas cosas que he juzgado necesarias en el gobierno de este reino, me ha parecido conveniente particularizarlas a V. E. por escrito, por creer que puede ser del servicio de S. M., o que es conforme a sus órdenes.» I en otra parte agregaba: «que su jenio es de escribir poco en las causas i delijencias de justicia porque la verdad i el grano se suele perder entre la paja de lo insustancial o inútil».

Aunque el oidor venia animado de mui buenos propósitos, creíase uniformemente en aquel tiempo que el comercio estranjero era la peor de las plagas para el país: se temia la competencia que arruinaba el monopolio; se temia que pudieran introducirse i fomentarse ideas contrarias al rancio catolicismo de los criollos; i se temia, por último, que las noticias que llevasen los piratas (como se llamaba a todo el que no era español) a Europa, tentasen la codicia de los otros soberanos; i por eso el primer cuidado de Concha fué atender a destruirlo, sin que para ello omitiese medio alguno.

Concha era un hombre activo, de buen juicio i de esperiencia

en los negocios administrativos, i si pudo causarnos daño con su errado celo por el servicio real[19], no dejó en cambio de remediar algunos de los muchos males que aflijian entónces al ejército i al pueblo chileno. Llamóle, sobretodo, su atencion el que los habitantes viniesen dispersos por los campos, distantes una legua i mas, unos de otros, i se apresuró a subsanar este gravísimo inconveniente fundando la ciudad de San Martin de Concha en el valle de Quillota, que ha vinculado para siempre su nombre en los anales de Chile.

Previo este paréntesis dedicado al estudio de hechos aislados, volvamos de nuevo a los ensayos literarios orijinados por esos indios de Arauco que tanto qué hacer dieron a nuestros guerreros i que dictaron a nuestros escritores la inmensa mayoría de sus producciones.

En un *Informe al rei sobre las diversas razas de indios que pueblan el territorio araucano*, don Jerónimo Pietas, que habia recorrido durante largos años las rejiones del sur, cuenta con el carácter sencillo de la intimidad i en una forma sumaria las noticias que le habia sujerido su esperiencia. «Quisiera, dice, que todos viesen este papel por el seguro que tengo dijeran es, cuanto en él va escrita, una sencilla verdad».....

El oidor don Martin de Recabarren[20] pasó a la frontera por los años de 1738, en compañía del presidente don José Manso, a la distribucion del situado del ejército; asistió al parlamento jeneral que se celebró en Tapihue; visitó todos los fuertes de

19 Como togado i regalista de buen cuño, Concha se sobresaltó cuando en las preces del servicio divino supo que se nombraba primero a los prelados ántes que al rei; llamó sin tardanza a los obispos de Santiago i Concepcion i les hizo entender que, como estaba mandado por el concilio de Lima i se practicaba en esa ciudad, debian invertir el órden; i los diocesanos tuvieron que acceder.

20 A ser este mismo don Martin el que don Nicolas de la Cruz vió en Imola cerca de setenta años mas tarde, debia ya encontrarse mui anciano. «Apenas salí de la posada a la calle, cuenta Cruz en sus *Viajes*, t. VI, páj. 60, cuando me encontré con mas de setenta (de los jesuitas desterrados) entre ellos uno que habia conocido en mis primeros años. Nos encaminamos a casa de don Martin Recabárren, donde me mantuve desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche, siempre visitado de estos buenos paisanos».

aquellas rejiones, i con este motivo presentó al rei un *Informe sobre los medios de reducir a los indios i conservar la quietud del reyno,* dándole cuenta del estado del país, i proponiéndole el arbitrio de que las jentes, armas i municiones que se enviasen a Chile viniesen directamente por el cabo de Hornos, «para evitar costas i adelantar alguna utilidad».

En 1789, don José Ortega, que habia permanecido nueve años en el Perú i en Chile, le decia al monarca desde Cádiz, en un trabajo impreso que lleva esa fecha, titulado *Método para auxiliar y fomentar a los indios de los Reynos del Perú y Chile*: «El deseo que me asiste de contribuir a la felicidad de mi patria i de mis semejantes i el conocimiento que pude adquirir,...son los motivos que me han estimulado a presentar a V. E. este escrito, que se dirije a procurar en adelante la felicidad de aquellos naturales».... Este bien intencionado escritor, despues de sentar sus ideas sobre la materia en una especie de prólogo bastante interesante, precisa sus conclusiones en forma de artículos, que revelan, a la verdad, sanos i desinteresados propósitos.

Pero la obra capital de este jénero que se redactara durante la colonia es la que el jesuita don Joaquin de Villarreal presentó al rei en 1752, con motivo del exámen que se le mandó hacer de un espediente remitido de Chile al intento de que se enviasen arbitrios para reducir a los indios, i que los directores del *Semanario erudito* publicaron en Madrid en 1789[21].

Debe advertirse, sin embargo, que en 1740, penetrados los habitantes de que miéntras viviesen dispersos por los campos, cuidando cada cual de sus ganados i privados del cultivo cristiano i civil i de todas las comodidades que se logran en poblado, era imposible contener las agresiones de los indios, facilitar su propia defensa, mejorar las rentas jenerales, i por fin, aprovecharse del pasto espiritual, dirijieron al soberano dos memoriales, elabo-

21 El orijinal presentado por el autor a Fernando VI se hallaba hace algunos años en la biblioteca de D. Claudio Gay. (*Historia de Santiago*, t. I, páj. 88).

rados bajo la direccion de Villarreal[22], que corren impresos en un solo cuaderno en folio, sin numeracion.

El jesuita que despues de haber permanecido en Chile por algun tiempo, volvió a España por asuntos de su Orden, comienza en su libro por analizar los diversos proyectos enviados a la Corte, los del sarjento mayor don Pedro de Córdoba i Figueroa, el mismo autor de la *Historia de Chile*, los de Pietas, Recabárren, etc. i entra, en seguida, a formular los suyos propios[23]. Un escritor moderno[24] ha dicho que Villarreal manifestó para su época un aventajado conocimiento de las leyes económicas, i sin duda que por haber estudiado perfectamente los antecedentes que tenia a la mano, se vió en situacion de aprovecharse de todo lo que hacia a sus miras i ordenar su trabajo de un modo bastante metódico. Pero fuera de ahí, nada encontramos de particular en su obra: escrita en un estilo frio i sin alma, todo se vuelve interrogaciones; le falta enerjía i fuerza en sus alas para lanzarse a emitir de lleno sus ideas, muchas veces quiméricas. Haí en su lenguaje toda la distancia de lo positivo, propio i esforzado a lo simplemente ideal: las espansiones de su alma están mui en armonía con los proyectos que lo halagan.

Cuando trata de reducir a los indios a poblaciones, inquiriendo la causa de su alejamiento de los españoles i su pertinacia en permanecer aislados, la encuentra en el mal trato de que son víctimas; pero este espectáculo léjos de despertar en su mente un grito de reprobacion, un signo de queja, lo encuentra indiferente, i pasa sobre él sin conmoverse. De todos sus proyectos, el gran elemento, el motivo principal de sus determinaciones es el dinero. Su libro es el plan concebido desde un gabinete, sin conocimiento asentado de las cosas. Seducido por un punto de vista

22 Olivares, *Hist. civil*, páj. 64.
23 Villarreal era jesuita hemos dicho, i por eso no se olvida de recomendar al rei con instancias la propagacion del instituto de Jesus en Chile. «Faltaria declara, a lo mucho que debo i venero a mi relijion, si dejara de notar en aquel reino se ha considerado por un aliciente mui poderoso para atraer pobladores la fundacion de los colejios de la Compañía de Jesus».
24 El señor Vicuña Mackenna, *El Ferrocarril*, abril de 1857.

falso, todo lo encuentra fácil i hacedero, aún lo absurdo. Villarreal desconocia i no hizo entrar en su sistema el elemento dominante, el alma de la controversia a cuya solucion satisfactoria era llamado a concurrir, el carácter del indio, del cual hablaba como de algo mecánico i como de la hechura de la fábula. Por eso, tan pronto como nos penetramos de la base de sus raciocinios, nuestro interes decae sensiblemente i vamos siguiendo con pesar el desarrollo de una idea que no nos seduce ya ni como orijinalidad ni como talento. Se percibe perfectamente que aún lo inverosímil, si se quiere, en una obra de imajinacion atraiga i seduzca, porque entónces creemos vernos en un mundo a que aspiramos con nuestras ideas i nuestros sentimientos; pero en un trabajo histórico i de razon, en que todo debe ser serio i meditado, esa cualidad se convierte en grave defecto. No andaba léjos su autor cuando al final de ella se espresaba así: «Bien conozco que mi esplicacion, oscura i molesta por redundante, no ha hecho otra cosa que ofrecer abundante materia para que V. M. se digne ejercitar su elemencia soberana en el perdon de mis yerros»[25].

25 Sobre el libro de Villarreal, puede consultarse un corto estudio publicado en *La Aurora* por el laborioso Camilo Henriquez.

CAPITULO XII.

LENGUA ARAUCANA.

Consideraciones jenerales.—Vega.—Garrote.—Luis de Valdivia.—Febres.—Havestadt.

Cuantos antiguamente se ocuparon de estudiar la lengua chilena, están de acuerdo en que en toda la angosta faja de tierra que forma nuestro país, desde su estremidad norte hasta las islas del sur, no se hablaba sino un solo idioma, el araucano. Medio siglo despues del establecimiento de los españoles, el padre jesuita Luis de Valdivia declaraba que «ella sola corria desde Coquimbo a Chiloé, porque aunque en diversas provincias... hai algunos vocablos diferentes,... no son todos los nombres, verbos, adverbios diversos»... El abate Molina, despues de reconocer este hecho, no puede ménos de estimar como «mui singular que no haya producido algun dialecto particular, despues de haberse propagado por algun espacio de mas de mil doscientas millas, entre tantas tribus, sin estar subordinadas las unas a las otras, i privadas de todo comercio literario. Los chilenos, agrega, situados hácia los grados veinte i cuatro de latitud, la hablan de la misma manera que los demas nacionales puestos cerca de los grados cuarenta i cinco. Ella no ha sufrido alteracion alguna notable, entre los isleños, lós montañeses i los llanistas. Solamente los boroanos i los imperiales cambian a menudo la *r* en *s*.. Si esta fuese una lengua pobre, podria aplicarse la causa de su inmutabilidad a la escasez de vocablos, los cuales no siendo destinados, cuando son pocos, mas que para esprimir ideas familiares

i comunes, difícilmente se cambian; pero siendo abundante de vocablos, es admirable que no se haya dividido en muchos idiomas subalternos, como ha sucedido a las otras lenguas madres que han tenido alguna estension».

Sobre si sea o no primitiva la lengua de Chile, Molina se declara sin trepidar por la afirmativa, por mas que otros, sin duda con poco estudio, parezcan poner en duda este aserto. Court de Gibelin[1], por ejemplo, despues de espresar que solo conoce de Chile algunas palabras recojidas por Reland en su *Disertacion sobre las lenguas de América*, sostiene que ha encontrado un buen número de comunes con otras lenguas, «lo que nos persuade, agrega, que si hubiéramos tenido un vocabulario completo, hubiéramos podido pronunciarnos mejor sobre el oríjen de esta lengua i del pueblo que la habla», i como prueba de su afirmacion establece las referencias siguientes: *Levo*, rio, tiene su relacion con *Eo*, agua; *Bebo*, seno, se pronuncia en Java *sou-sou*, en tahitiano *Eou* i no es otra cosa que el *ze She* primitivo que significa tambien *seno* en las lenguas orientales; *Jeu*, comer, es el primitivo nasal *E Je*, comer. Molina ha podido tambien establecer analojías del araucano con el latin i el griego, pero las mira con razon como puramente casuales. El sabio lengüista aleman Vater acepta esta teoría i establece que esa semejanza no pasa de existir en las interjecciones, i que por lo demas, los significados de esas palabras son diversos en ambos indiomas. Lo mas curioso es, sin embargo, que esa desemejanza se estiende tambien a los idiomas del resto de América, pues fuera del quíchua (esto parece perfectamente natural atendidas las relaciones de los pueblos peruano i chileno) mui pocas analojías se han podido reconocer. «*Casa* significa en araucano *ruca*, en el idioma de la tribus *guarani*, *oc;* entre los tupi, *oca;* en las lenguas de Omahua, *uca;* en el maluina *roya;* en el idioma de *lute* (sic) *uya*, etc.»[2].

1 *Monde primitif*, etc. Paris, 1781, t. I, páj. 535.

2 *Linguarum totius Orbis index alpbabeticus, etc., a Joane Severino Vater*, Berlin, 1815; *Adelung, Mithidates, oder allgemeine sprachenheide, von Johan Christoph Adelung. Mit Benützung einiger Papiere desselben furtgesetzt & von Dr. Johan Severin Vater*. Berlin, 1812. Dritter Theil, Zweyte Abtheilung, III.

Examinemos ahora algunas particularidades de esta lengua. Desde luego hai muchos que reconocen a los araucanos elegancia en su lenguaje[3], i todos, en jeneral, una simplicidad para estudiarlo tal que acaso no puede compararse con ningun otro idioma. «Esta lengua, dice Falkner[4] es mucho mas copiosa i elegante de lo que pudiera esperarse de un pueblo sin civilizacion»[5]. Con todo, el número de vocablos simples que traen los diccionarios no pasa de dos mil. «Tan fáciles de aprender, dice el jesuita Diego de Torres, las lenguas que corren en el reino del Perú (incluyendo a Chile) que todos nuestros padres las han aprendido en ménos de un mes para confesar i en dos para predicar: habiendo esperimentado esta facilidad en mí mismo oyendo las confesiones[6].

Su alfabeto consta de las mismas letras que el castellano, a escepcion de la *b* i la *f* que son reemplazadas por la *v*, pronunciada como en aleman, de la *x* i *z* que no las conocen, i de una *e*, una *u*, i una *th* que tienen sonidos especiales. El acento recae de ordinario en la penúltima sílaba, algunas veces en la última i jamas en la ante-penúltima.

«Los nombres chilenos se declinan por una sola declinacion, dice Molina, o hablando con mas exactitud, todos ellos son indeclinables, porque con la union de varios artículos o partículas enclíticas se distinguen los casos i los números. Estos últimos son tres, como entre los griegos, esto es, singular, dual i plural..... En la habla chilena el artículo se pospone al nombre, al contrario de lo que se practica en las lenguas modernas de Europa».

El araucano es abundante de adjetivos, así primitivos como de-

3 Véase el testimonio de Elías Herkmans en el capítulo *A view of the chilian language* de la obra *América being the latest and most accurate description of the New World* by John Ogilby Sq. London, 1671, enorme in folio.

4 *A Descripcion of Patagonia*, etc. by. Thomas Falkner, 1779, cap. V, páj. 114.

5 «La lengua chilena es mui fácil, agrega Havestadt, i aunque de bárbaros no solo no bárbara, sino tambien mui superior a otras lenguas; pues así como los Andes a otros montes sobrepasan, así hasta ese punto, ésta a otras lenguas, i así el que descuelle en el idioma chileno, como con un espejo mirará i mui debajo de sí cuanto haya de superfluo en otras, i cuanta sea su pobreza».

6 *La Nouvelle Histoire du Pérou*, folio 4.° vlta. Paris, 1604, 8.° menor.

rivados, los cuales se pueden formar siempre de todas las partes de la oracion, obedeciendo a un principio invariable; pero cualesquiera que sean sus terminaciones, no son susceptibles de jéneros ni de números, a la manera de los adjetivos ingleses. De esta manera solo se reconoce un solo jénero, aunque para distinguir los sexos se emplea la voz *alca* para el masculino i *domo* para el femenino.

Todos los verbos araucanos terminan siempre en la primera persona del indicativo en la letra *n*, tienen voz activa, pasiva e impersonal; poseen todos los modos i tiempos de los latinos i algunos mas, pero se rijen por una sola conjugacion i no adolecen jamas de irregularidad alguna.

«Las preposiciones, los adverbios, las interjecciones i las conjunciones son copiosísimas en el idioma chileno, al contrario de lo que se observa en el lenguaje de otras naciones bárbaras, las cuales escasean de tales partículas unitivas del discurso....

«La sintáxis chilena, no es mui diversa de la construccion de las lenguas de Europa; las personas que hacen o las que padecen se pueden poner adelante o despues del verbo.... El uso de los participios i de los jerundios es frecuentísimo, o por mejor decir, ocurre casi en cada período...

«El laconismo es el primario carácter de la lengua chilena. De aquí deriva la practica casi constante de encerrar el caso paciente en su verbo, el cual así compuesto, se conjuga en todo i por todo como cuando está por sí solo... Este modo de acomodar los pronombres que se inclina un poco al uso de los hebreos, los cuales se sirven como de ligazon, es llámado *transicion* por los gramáticos chilenos... Del mismo principio proviene la otra práctica, de la cual hemos hecho mencion otra vez, esto es, de convertir en verbos todas las partes del discurso, de manera que se puede decir que todo el hablar chileno consiste con el manejo de los verbos. Los relativos, los pronombres, las preposisiones, los adverbios, los números, i en suma, todas las demas patículas, no ménos que los nombres, están sujetos a esta metamórfosis.

«Es tambien una propiedad notable de la lengua chilena usar a menudo de las palabras abstractas en una manera mui particular: en vez de decir *pu huinca*, los españoles, se dice comunmente *huincaguen*, la españolidad, etc»....[7]

Previos estos preliminares, entremos ya a tratar de los que se ocuparon del estudio de este idioma en los tiempos de la colonia. En su catálogo de escritores de Chile, Molina apunta desde luego a don Pedro Garrote[8] como autor de una *Gramática de la lengua chilena*[9], i al padre jesuita Gabriel de Vega como que escribió i dió a luz[10] una *Gramática i notas de la lengua de Chile.*

El padre Vega, «sujeto de gran virtud[11]», fué uno de los primeros jesuitas que llegaron a Santiago por abril de 1593, en compañía de Luis de Valdivia, Fernando Aguilera, Baltasar de Piñas, etc. Era oriundo de Barrios, lugarejo del arzobispado de Toledo, donde naciera por el año de 1567[12].Despues de haber estudiado en el colejio de los jesuitas, en Córdoba, profesó en 1583 i se ordenó de sacerdote ocho años mas tarde en Sevilla. Embarcado para América, aportó a Chile, como decíamos, i tomó desde luego a su cargo la enseñanza de los morenos[13] i en seguida fué enviado a misionar a Arauco i Tucapel[14]; Valdivia se dedicó al cuidado de los

7 Molina, *Compendio de la Historia civil*, pájs. 332 i sigts.

8 El P. Pedro Nolasco Garrote debió haber escrito mas de siglo i medio despues que Vega, porque en 1765 aparece dando su aprobacion en Santiago a la obra del P. Andrés Febres.

9 En Lima, en el *Archivo Nacional*, se encuentra anotada bajo el número 1148 una *Gramática chilena* que consta de unos cuantos cuadernillos incompletos. Por carecer de portada no hemos podido averiguar el nombre del autor: sabe Dios si ésta seria la obra de don Pedro Garrote!

10 Molina se equivoca en esta parte, porque Vega jamas publicó nada. Tanto Lasor a Varea (Savonarola) en su *Universus terrarum orbis scriptorum*, como Nadasi (*Annus rerum memorabilium Societ Jes.*, Antuerpiae, 1665., 8.°, páj. 276) se limitan a citar el trabajo del P. Vega. Gomez de Vidaurre parece que hubiese visto el manuscrito del padre Gabriel, porque en alguna parte afirma que el jesuita «ilustró la gramática chilena con un bien dijerido *Arte*, e ilustrada con notas utilísimas».

A este respecto, Lozano agrega (I, 375) que era tambien autor de un *Diccionario* i de unas *Observaciones* para aprender la lengua araucana «con facilidad i elegancia».

11 Lozano, t. I, páj. 162.

12 Lozano, *lug. cit.*

13 Véase a Lozano, páj. 162, I; Ovalle, *Histórica Relacion*, páj. 338; Pinelo, t. II. col. 656.

14 Algunos relijiosos levantaron dudas sobre el fruto de las confesiones je-

indios, aplicándose con tanto teson al estudio de su lengua que segun es fama, aprendió en nueve dias[15] lo bastante para esplicarles la doctrina en su propio idioma[16]. Cuando este último fué elejido rector del colejio que se habia fundado en Santiago, envió a llamar al padre Vega para que viniese a leer un curso de *Artes* el cual lo continuó por tres años[17]; pero posteriormente fué separado de este destino i enviado de nuevo a misionar al sur en compañía del padre Francisco Villegas, «porque ademas de saber mui bien la lengua de los indios tenia las prendas adecuadas para aquel ministerio»[18]. Este sacerdote despues de haber vivido doce años entre nosotros i de haber pasado sus cuatro últimos en el ejército, murió mui jóven en Santiago, adonde habia venido a los ejercicios, el 21 de abril de 1605[19].

Luis de Valdivia[20] habia nacido en Granada[21] por los años de

nerales que preconizaban estos padres, por lo cual comenzóse en muchas partes a predicar desde el púlpito sobre esta materia, hasta que hubo que llevar la cuestion al tribunal de la Inquisicion, triunfando en él los jesuitas. Lozano, páj. 169.

15 En cierto manuscrito a que hace referencia Gay en la páj. 239 de su *Historia* parece sin duda exajerado lo que se cuenta de Valdivia, que habia aprendido la lengua de Chile en *veinte i dos horas*.

16 Olivares, *Historia de los Jesuitas*, páj 18.

17 Olivares, *Hist. de los Jes.*, páj. 46. Lozano, I, 375.

18 *Id.*, *Id.*, páj. 53.

19 El padre Nicolas del Techo supone equivocadamente (*Historia Prov. Paraq.*, lib. 1.º, cap. 36), que murió en el Paraguay en 1596. Véase una nota de don Diego Barros Arana en la páj. 61 de la *Hist. de los Jes.* de Olivares.

El colejio de esta ciudad al comunicar la noticia de la muerte al jeneral Aquaviva le decia: quidquid de optime quopiam societatis operario dici posset ex iis praesertim quid ad has partes mittuntur ipsum optime cadit. Sobre el padre Vega puede consultarse tambien a Juvencio, *Historia general de la Compañía*, t. 5.º, lib. 23, § I, núm. 21.

Como un simple dato bibliográfico, i por ser mui poco conocida, apuntamos aquí otra obra de este mismo padre Techo que ocupa quince pájinas de la *Relatio triplex de rebus Indicis.*, Antuerpiae, an. CIOIOCLIV, 16.º, titulada *Relatio de Caaiguarum Gente coepta ad Fidem A. D. DYCI. Ex literis R. P. Nicolai del Techo, insulensis, datis ex Residentia S. Mariae Maioris ad uruaicam fluvium provinciae Paracuatiae, anno* 1651.

20 No sabemos con qué fundamento el franciscano Fr. F. J. Ramirez afirma en su *Cronicon sacro-imperial* que Luis de Valdivia era pariente mui cercano del héroe del descubrimiento de Chile.

21 Cruz y Bahamonde, *Viaje*, t. 12, páj. 339.

1561, i a los veinte de su edad entraba a la Compañía de Jesus,[22] llegando a profesar entre nosotros de cuarto voto.

Valdivia desempeñó en Chile un papel mui notable por su sistema de la guerra defensiva. La corte de Madrid se sentia preocupada por la larga duracion de esa lucha que se prolongaba ya por mas de medio siglo i que habia ido devorando tantos caudales i tantas vidas españolas. Pidió informe al virei del Perú sobre las causas de tan insólito acontecimiento, i aquel alto majistrado comisionó a Valdivia para que le espusiese los motivos que a ello concurrian. Fr. Luis se encontraba a la sazon en Lima hacia mas de tres años, ocupado en leer teolojía, i «armado de gran voluntad», como él dice, partió a su destino por febrero de 1605. Un año i dos meses gastó en Chile estudiando el estado del país i divulgando entre los indios las cartas del rei, que de antemano habia traducido al araucano. A su vuelta a Lima, estuvo seis meses dedicado a los oficios de la Compañía; pero deseando dar cuenta oral de «cosas importantes», pasó a la Corte a desempeñar en persona su cometido, i dió a entender al monarca que la culpa de la duracion de la guerra la tenian los mismos militares encargados de terminarla. Con sus palabras logró el asentimiento pleno del rei a sus propósitos, hasta el estremo de ofrecerle el obispado de la Imperial (que rehusó, contentándose con el título de visitador jeneral[23]) i de encomendarle que él mismo elijiese la persona que debia gobernar en Chile para poner en planta el nuevo sistema. Valdivia se fijó en Alonso deRivera, que anteriormente habia desempeñado el mismo cargo en Chile; i desde entónces, dando la vuelta a este país[24], comenzó sus trabajos para asentar

22 *Bibliotheca Scriptorum Societatis Jesu*, opus inchoatum a R. P. Petro Ribadeneyra, (1602) .. Continuatum a R. P. Philippo Alegambe (1642)... recognitum et productum ad annun 1775, a Nathanaele Sotuello, folio, Roma, 1775, páj. 575.

23 Olivares, *Hist. de los Jes.*, páj. 153. Rosales, t. 2.°, páj. 521.

24 El autor de la *Relacion de lo que sucedió en el Reyno de Chile despues que el padre Luis de Valdivia entró en él*, etc., refiere que el demonio temeroso de los buenos resultados que estaba destinada a producir la empresa del padre Valdivia armó una tormenta terrible, poco ántes de llegar a Concepcion el bajel que lo traia, i que para conjurarla arrojó Valdivia al mar la segunda noche «la firma del santo P. Ignacio atada con un cordel en una cajita de plata, i que

su sistema, teniendo que vencer la terrible resistencia que a sus propósitos desde un principio hicieron todos los militares interesados en que la guerra se prosiguiese segun su forma acostumbrada. «Luis de Valdivia, dice un oidor de la Audiencia de Santiago, llegó a este reino a doce de mayo de 1612, donde luego que llegó i se publicaron los despachos que traia en la ciudad de la Concepcion, i en la de Santiago, por el que remitió el marqués de Montes Claros, comenzaron a hablar libremente los mas de los capitanes, i los soldados, i relijiosos en los púlpitos, i el licenciado que García ofreció de fiscal pidió que lo desterrasen del reino, i aunque se remitió a la Real Audiencia de la ciudad de los Reyes, en discordia, no tuvo efecto»[25]. «Bien pudiera, agrega el mismo Valdivia, decir algo de lo mucho que yo he sido odioso i padecido por haber llevado la guerra defensiva: que como el perro muerde la piedra que le tiran i no la mano que la tira, así han sido los bocados de plumas i lenguas en mí, i no en la mano poderosa que me arrojó allá».

De esta oposicion puede decirse que han nacido los diversos trabajos literararios emprendidos por Valdivia, i que, en buenos términos, no pasan de ser simples memoriales, interesantes para dar a conocer el período histórico en que figuró, pero que en verdad, ni juntos ni separados merecen el título de una obra séria[26].

esperimentó al punto el favor del santo, porque cesó la furia del viento i se mitigó en gran parte la tormenta». Este cándido autor refiere, sin embargo, inocentemente, que al otro dia la tempestad «se reforzó mas que los pasados».

25 *Informe sobre las cosas de Chile*, por D. Alonso de Solórzano i Velasco: Gay, *Documentos*, t. 2.°, páj. 429.

26 He aquí los títulos de los trabajos impresos de Valdivia que conocemos: *el Padre Luys de Valdivia de la Compañía de Jesus: Digo, que siendo V. M. informado de la importancia grande de cortar la guerra de Chile, cometió este negocio el año pasado de* 1608 *al marqués de Montes Claros*...Madrid ?1609? 24 f. en folio.

Compendio de algunas de las muchas y graves razones en que se funda la prudente resolucion que se ha tomado de cortar la guerra de Chile, etc. Lima, 1611, 8 f. en folio.

Copia de una carta del Padre Luys de Valdivia para el señor Conde de Lemos, Presidente de Indias, fecha en Lima a 4. *de Enero* 1607. *En que da particular relacion de lo tocante a lo sucedido en la guerra y pazes de la provincia de Chile a donde le envió el Virrey del Perú, y de lo particular que él allá hizo*. 6 fojas en folio sin año ni lugar.

Relacion de lo que sucedió en la jornada que hicimos el señor presidente

Lo que distingue principalmente èstos memoriales de Valdivia es el método con que ha tratado las cuestiones propuestas, dividiéndolas i analizándolas por separado i al mismo tiempo reconstruyéndolas mas tarde por medio de un procedimiento sintético. Sin duda que su estilo no es conciso, ni marcha claro i seguro, pero no carece de cierta firmeza i sobre todo, de mucha moderacion: puede decirse que es el lenguaje de la verdad desinteresada i de un corazon recto que lucha por el bien de sus semejantes oprimidos i por los intereses de una relijion que se practica sinceramente. No debemos pues buscar, lo repetimos, en los opúsculos del padre Valdivia el cuidado de la forma: su mérito está en el interes histórico que encierran para el exámen de una cuestion de las mas importantes que puedan ofrecerse en la historia chilena de la colonia, i en el natural atractivo vinculado a sucesos en que el escritor ha tomado gran parte, o mas bien dicho, de que ha sido el inspirado ejecutor.

No es nuestro ánimo ni lo permite el marco de esta historia, tratar de las diversas peripecias por que pasó en Chile el sistema de la guerra defensiva[27]; baste decir por lo que toca a nuestro

Alonso de Ribera, gobernador deste Reyno, y yo, desde Arauco a Paycaví para concluir las paces de Elicura. Etc.

Relacion de la muerte de los padres escrita por el padre Valdivia a 24 de Diziembre de mil seiscientos y doce, al Padre Provincial de Lima. Las dos piezas anteriores se encuentran impresas desde el folio catorce en adelante de una *Relacion de lo que svcedió en el Reyno de Chile despues que el padre Luys de Valdivia, de la Compañía de JESVS, entró en él con sus ocho compañeros sacerdotes de la misma Compañía, el año de* 1612. Sin fecha ni lugar.

Señor. El Padre Luys de Valdivia. Vice provincial de la Compañía de Iesus en el Reyno de Chile. Digo que la mayor parte de mi vida he gastado en la conversion y pacificacion del dicho Reyno. Sin año ni lugar.

Memorial que dió el Padre Luys de Valdivia de la Compañia de Jesus al Excelentisimo señor Marqués de Montes Claros, Virrey del Perú, a cerca de la dicha visita en 1. *de Março de* 1612. Este documento está incluido en un impreso titulado *Provissiones y Cartas del Rey Philipe Tercero nvestro señor y del excelentísimo Marqués de Montes Claros Virrey del Perú con otro sus órdenes y decretos sobre la nueua forma que se da en la guerra y buen asiento del Reyno de Chile.* Lima M.DC.XII, folio.

Sobre otros trabajos cortos del padre Valdivia, véase a Pinelo, *Biblioteca occidental*, t. II, col. 655; Backer, IV, 710.

27 De entre los historiadores que se han ocupado con mas detencion de esta materia, debemos recordar a Tribaldos de Toledo i a Santiago de Tesillo. Don Crescente Errázuriz ha sostenido tambien con el jesuita Villalon una importante polémica sobre la guerra defensiva en las columnas de *El Estandarte Católico*, 2.ª sem., 1876, 1.º—77.

protagonista que despues de haber asistido en Chile ocho años contínuos «con gran trabajo, procurando con toda dilijencia i cuidado servir a S. M., teniendo ésto por bastante premio», se dirijió a Lima, i dió en seguida la vuelta a España. Ofreciόle el rei el puesto de consejero de Indias, cuando lo vió, i despues de recomendar a sus superiores con grandes encarecimientos el cuidado de su persona en una carta que corre impresa, le obsequió una suma de dinero para que comprase una biblioteca.

Luis de Valdivia se retiró entónces por los años de 1622 a la provincia de Castilla, sirviendo en Valladolid de prefecto de estudios i mas tarde en el colejio de San Ignacio de director de la congregacion de sacerdotes[28]. La fama de su saber hacia que de toda España le enviasen en consulta los casos difíciles de conciencia que se presentaban, i él mismo escribió durante los años de su retiro dos libros latinos sobre la materia, uno *De casibus reservatis in communi*, un tomo, i otro tambien en un volúmen, *De casibus reservatis in societatis*. Fruto de sus trabajos de ese tiempo fueron tambien la *Historia de la Provincia Castellana de la Sociedad de Jesus*, i los *Varones ilustres de la Sociedad*, que Nieremberg afirma le fueron de gran utilidad para el trabajo análogo de que se ocupaba; i por fin los *Misteriorum Fidei* que, segun se dice, publicó en lengua araucana[29].

El chileno Alonso de Ovalle que lo visitó dos o tres años ántes de morir cuenta de la manera siguiente la entrevista que tuvo con él. «Le hallé hecho un retrato de paciencia, por estar ya tan impedido de piés i manos, que no podia por sí solo ejercer casi ninguna accion humana, i así estaba todo el dia clavado en una silla pasando la vida, o en oracion, o leyendo a ratos libros espirituales......Era toda su conversacion estos últimos dias que le alcancé con vida, de la conformidad con la voluntad de Dios i

28 Nieremberg, *Honor del gran patriarca San Ignacio de Loyola* (Madrid 1645, folio) dice que ésto consta de lo que escribió el padre Pedro Pimentel.

29 Alegambe, (*Bibliotheca scriptorum*, etc.) trae este catálogo de las obras del P. Valdivia, que ha sido reproducido por los hermanos Backer. A propósito de estos dos últimos libros se preguntan los dos autores jesuitas si serán una obra distinta del *Catecismo breve* que figura a continuacion de la *Gramática chilena*.

confusion propia, diciendo que era mui malo i ingrato a Dios, i sabiendo que yo trataba de retratarle para consuelo de los que le conocieron en Chile, me llamó i me riñó i me mandó que no lo hiciese, que no era bien que quedase en el mundo memoria de un tan gran pecador......

«Aunque se veia tan dolorido e impedido que no podia dar un paso, le abrasaba el celo de aquellas almas de los indios de Chile, de una manera que habia hecho voto de volver allá, i pidiéndome que lo llevase conmigo me allanaba las dificultades del camino, de tal manera que le parecia posible el emprenderlo, i ya se juzgaba en una de aquellas iglesias catequizando como solia aquellos jentiles......

«Esperaba la muerte con la quietud i paz que la recibió, cuando le dieron la nueva de que se moria. Escribió el mismo los particulares sucesos i cosas de su vida, por habérselo mandado así la santa obediencia. Dios N. S. será servido de que salgan algun dia a luz para mayor gloria suya, consuelo i edificacion de los que tendrán mucho que aprender de un varon tan ejemplar i tan digno de memoria»[30].

Luis de Valdivia murió el 5 de noviembre de 1642[31], a la edad de ochenta i un años.

Ademas de los memoriales de Valdivia sobre la guerra araucana, los trabajos literarios que ofrecen mas interes para el propósito de nuestro libro son sus estudios sobre la lengua chilena. Cuando Luis de Valdivia dió a luz en Lima en 1607 un volúmen que lleva en la portada el título de *Doctrina cristiana y catecismo en la lengua Allentiac*, pero que comprende ademas un *Confesonario breve* de la misma lengua, un *Arte y Gramática* i dos *Vocabularios*, uno para comenzar a catequizar i otro de los vocablos comunes, hacia ya ocho años a que no ejercitaba el idioma; pero «considerando, dice, la gran necesidad destos indios de San Juan

30 Ovalle, *Histórica relacion*, etc., páj. 412.
31 Creemos que por un error de imprenta se dice en la obra de Alegambe 1624 por 1642. Sobre Luis de Valdivia trata Lozano estensamente. (*Historia de la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesus*, t. 2.°, lib. 7.°, cap. IV —XVI).

pareció mas glorias de N. Señor imprimillos junto con los catecismos para que haya algun principio, aunque imperfecto, i el tiempo lo perficionará»[32].

La misma imperfeccion de que adolecian estos trabajos confesaba igualmente el padre Valdivia que debia aplicarse a su *Arte y Gramática general que corre en todo el Reyno de Chile con un vocabulario y confesonario.* Publicado primeramente el libro en Lima en 1606 parece que su segunda edicion[33], hecha en Sevilla en 1684 fué debida a un hecho casual. Un tal José María Adamo, que segun se deja entender era chileno o gran afecto a Chile, dió con el libro en Roma i lo trajo a Lima donde lo «aseó i pulió» don Diego de Lara Escobar. Este sujeto que habia servido entre nosotros largos años i logrado captarse las simpatías de cuantos le conocieron, mereció el honor de que Valdivia le dedicase su obra por la aficion particular que le profesaba, a que «se llega, añadia el jesuita, que este idioma araucano forastero en Europa, como estraño i solo, busca naturalmente a quien le mire con el cariño de paisano i no le desconozca por bárbaro o por nunca oido».

El provincial Estéban Paez dió el encargo de examinar la obra al presbítero Alonso de Toledo i a los bachilleres Diego Gatica i Miguel Cornejo, todos naturales de Chile «i espertos en la lengua dél», los cuales aseguraron «que todo estaba mui bueno, i que el *Arte* comprendia todas las reglas universales que podrán desearse, con buen método i claridad».

Valdivia, como se comprenderá, nuncá tuvo en mira trabajar por la gloria de autor sino simplemente facilitar la instruccion

32 Pinelo, t. 2.° col. 738 atribuye tambien a Valdivia un *Catecismo en lengua alentiana* imp. en 1602, noticia evidentemente falsa i que ha sido reproducida por los Backer.

33 Esta, que es la mas comun, impresa por Tomás Lopez de Haro, se encuentra sin la portada en nuestra Biblioteca Nacional; pero la hemos rejistrado íntegra en la de la Universidad de Valladolid. Mientras tanto, al paso que ninguno de los bibliógrafos que conocemos menciona esta edicion, todos están uniformes en hablar de la que publicó en Lima Francisco del Canto en 1606. Brunet, *Manuel du Libraire*, reproduce exactamente la de 1684 portada con fecha de 1606, i Backer, la acepta tambien, aunque ambos confiesan que nunca la han visto. Los jesuitas de Santiago poseen un ejemplar de la primera edicion, pero asimismo sin portada.

relijiosa a los indios; i por eso, al paso que amoldó el dictado del *Vocabulario* a la pronunciacion de las diversas provincias, insistió con especial detencion en el dialecto de los beliches, que eran los mas numerosos «i mas necesitados en sus almas de quien les predique, por ser infieles». Ademas, agregó a su *Arte* un *Confesonario breve* i compuso algunas coplas a Jesucristo para que se cantasen despues de la doctrina. Tenia aún el pensamiento de aumentar su *Vocabulario*, principiando por la parte castellana; pero este prometido trabajo jamas llegó a darse a luz[34].

Mucho mas tarde, otros dos jesuitas emprendieron tambien la tarea de consignar en forma didáctica los estudios que habian hecho sobre el idioma de los indios de Chile. Uno de ellos, el padre Andres Febres, era catalan i estuvo ocupado largo tiempo en las misiones. Febres asegura que por condescender con algunos colegas i hermanos estudiantes, tomó empeño reducir a reglas los conocimientos que poseía del araucano; i que así cuando el provincial de la Orden dispuso que redactase un *Arte* sobre la

34 Segun hemos visto en otra parte, Fr. Pedro de Sosa fué a la Corte a jestionar en contra del sistema que Valdivia proponia al rei tocante a la guerra de Chile. Sosa a causa de haber sido enviado a Salamanca por sus prelados superiores, delegó el poder que llevaba de Chile en don Antonio Parisi, que habia servido diez años como alférez i capitan, i doce en la guerra de Arauco como capellan, cura i vicario del ejército. Siguiendo Parisi en el desempeño de la comision que Sosa tenia, dirijió al rei un memorial, que poseemos impreso i firmado de su mano, en el cual asevera que él solo ha compuesto *Artes* i *Vocabularios* i *Sermones* en lengua de los indios, habiendo otros predicado a los indios, tomando de memoria sus mismos sermones, «i otros aunque han escrito algo en esta lengua, ha sido fiándose de lo que otros les dictaban i lo que mas le ha forzado es el haber puesto en ejecucion todos los medios de la guerra defensiva. Ejecutó los dichos medios por saber él solo la lengua de Chile, de modo que no tenia necesidad de intérprete como los demas. I por no estar hechos a los trabajos de la guerra otros sacerdotes de cincuenta veces no le acompañaban una, *máxime el padre Luis de Valdivia, el cual por la mucha edad* e *indisposiciones* i por los muchos cargos que tenia le fué fuerza estar siempre en tierra de paz». Como se ve este trozo que citamos encierra graves cargos contra Luis de Valdivia, los cuales no nos corresponde examinar en la parte política. Mas, en cuanto al reproche de plajiario que se insinúa contra él, no creemos que deba prestársele gran fe, puesto que para eso habria sido necesario que Valdivia se hubiese aprovechado de trabajos impresos de Parisi, los que no existen, o que si tenia algunos manuscritos se los hubiese franqueado al jesuita i éste hubiese abusado de la confianza, conjeturas ámbas poco probables. Basta leer el escrito de Pirisi, por otra parte, para convencerse que todo lo que en él asienta es obra de un espíritu apasionado.

materia, él lo tenia de antemano preparado. El procurador de la provincia en Lima solicitó, en consecuencia, las licencias necesarias i dió a la estampa el libro del padre Febres en 1765. Cuando dos años mas tarde vino la espulsion, el padre Andrés partió al destierro desde la Mariquina en donde se hallaba misionando[35].

«He procurado, dice Febres, (como es preciso en todo *Arte*, i aún en toda ciencia bien ordenada) poner primero las reglas, capítulos i notas, de que dependen las siguientes, i no al contrario, para que aprendidas las primeras, se entiendan con facilidad las segundas; lo cual me ha sido mas preciso en las *transiciones*[36], en las cuales sigo un método no usado, pero igualmente seguro i fácil... Asimismo he procurado la claridad i brevedad, en cuanto ésta es incompatible con aquélla..... Para consuelo i satisfaccion del estudioso, puedo asegurarle que todas las reglas de este *Arte* son ciertas, seguras i conformes a lo que al presente se usa, no pondré cosa que no haya oido i usado o no sepa de cierto».

Febres, a no dudarlo, adelantó no poco con su libro el trabajo del padre Valdivia. Cierto era que en su época ya se habian publicado otras obras o al ménos algunos fragmentos[37] que pudieran ilustrar su tema; pero es probable que él no los conociera, o si llegaron a su noticia supo sacar de ellos todo el partido deseable. Para justificar el mérito de su libro baste recordar el jui-

35 No puede ser mas completa la ignorancia en que estamos de la vida de este jesuita, pues ademas de que no hemos dado con su nombre en ninguna historia impresa o manuscrita de Chile, hasta el mismo Amat en su *Biblioteca de escritores catalanes* se olvida de apuntar su apelllido.

36 Véase sobre lo que se entiende por esta voz lo dicho en este mismo capítulo, en la páj. 374.

37 Ademas de los libros que hemos citado en el comienzo de este capítulo, queremos añadir aquí otros publicados ántes que el de Febres:

Georgii Margravi de Liebstad, *Tractatus topographicus meteorologicus Brasiliæ cum Eclipsi solari. Quibus additi sunt illius et alliorum Comentarii de Brasiliensium & chilensium indole et lingua*, páj. 32 i siguientes. Es el segundo tratado de un volúmen que lleva por título, Gulielmi Pisonis, *De Indias utriusque re naturali et medica.* Amstelædami, CIO.IↃ.CLVIII, fol.

Barlaeus, *Rerum per octænium et Brasilia et alibi nuper gestarum sub præfectura, Comitis J. Mauritii Nassov. historia.* Amsterdam, 1647, fol., pájs. 283-89.

cio recaido sobre él por personas competentes que la han ilustrado i dado a la prensa con una nueva forma hace algunos años[38].

Mui distante de alcanzar la boga que entre nosotros mereciera la obra de Febres[39], estuvo la que otro jesuita llamado Bernardo Havestadt publicó en Munich en 1777 con el título de *Chilidugu*, esto es, gramática de la lengua de Chile.

Bernardo Havestadt habia nacido en Colonia por los años de 1715, i desde que entró en el instituto de los hijos de Loyola deseó ardientemente trabajar por la salud de las almas en algunas de las provincias españolas de América. En tanto se le presentaba esta oportunidad estuvo ocupado de dar misiones en el obispado de Munster. Por fin, en 1746 fué destinado a pasar a Chile. En 2 de febrero de ese año llegaba a Buenos-Aires para pronunciar allí sus últimos votos i tomar en seguida el camino de las pampas. De Santiago pasó a Concepcion i bajó hasta el grado treinta i nueve, recorriendo durante los últimos meses de 1751 i principios del año siguiente todo el territorio fronterizo de Chile. En una de estas escursiones por poco no pierde la vida. Habia llegado a Purimávida el último dia de un *cahuin* que celebraban

Dapper, *América*, etc., páj. 629. Casi a la misma época de Febres pertenecen las obras siguientes que tratan tambien, en parte, de la lengua chilena:

Lorenzo Hervás, *Idea dell'Universo*, Incesena, 1786. En la páj. 87 del tomo XXI trae un corto vocabulario, i una noticia de los pueblos que la hablan en la páj. 60; tomo XVII, pájs. 14—21.

Gilii (Filipo Salvadore), *Saggio di istoria americana*, 1782, Vaticano, t. III, páj. 261.

En los últimos años, Ludewig ha publicado en Lóndres un libro curioso sobre la bibliografía de las primitivas lenguas de América, con el título de *The literature of American aboriginal languages*, London, MDCCCLVIII.

38 *Gramática de la lengua chilena, escrita por el Reverendo padre misionero Andres Febres de la C. de J. Adicionada i correjida por el R. P. Fr. Antonio Hernandez Calzada, de la órden de la Regular observancia de N. P. San Francisco*, Santiago, 1846, 4.° menor. *Diccionario chileno-hispano compuesto por el R. P. misionero Andres Febres de la C. de J. Enriquecido de voces i mejorado por el R. P. Fr. Antonio Hernandez Calzada*, etc., Santiago, 1846, 4.° menor

39 A pesar de lo espresado en la nota anterior conviene que apuntemos aquí lo que decia de la obra de Febres un contemporáneo suyo, don Pedro U. Martinez. Este sujeto que parece trató personalmente al jesuita, asegura que aunque éste aprendió la lengua araucana en Valdivia, el *Arte* que compuso «tiene mu-

los indios, cuando la borrachera andaba en su punto. Miéntras los indios de su séquito acomodaban la tienda en que el padre misionero debia instalarse, fueron acercándose algunos pehuenches a saber quién era, i qué les traia. Unos le llamaban señor capitan, otros señor *huinca,* porque mui pocos hasta entónces habian divisado por aquellas rejiones los *patirus.* Comenzaba Havestadt a esplicarles el objeto de su venida cuando acercándose por detras el primojénito del cacique de aquel *Vutam-mapu,* le dió tan tremendo reves que le disparó el gorro i lo bañó en sangre. Los golpes hubieran menudeado sin duda a no haberse interpuesto cierto *puelche* que lo defendió de los arrebatos del jóven cacique. Sin embargo, al otro dia, cuando éste lo hubo divisado, ni siquiera lo reconoció, i todo quedó en paz.

Decretada la espulsion de los jesuitas, arribó a Lima en 20 de junio de 1768, i de ahí, siguiendo a Europa por la via de Panamá, naufragó bajando el rio Chagres. Embarcado de nuevo en Barbacoa, marchó a España, i despues de haber recorrido gran parte de la Italia[40], se fué a establecer a Munster, donde residia su familia.

Durante sus años de retiro en esta ciudad se ocupó en reunir sus notas sobre el idioma araucano, que tenia ya preparadas desde 1764, i por fin en 1777, despues de traducirlas al latin, las dió a la estàmpa en una obra en tres volúmenes. Habia adelantado tambien el *Vocabulario* de Luis de Valdivia, en cuya tarea se ocupaba desde Chile, escapándolo de todos los accidentes[41] de su dilatado viaje, pero su edad avanzada, sus achaques i la falta de los fondos necesarios para la impresion le impidieron publicar este

cho de presuntivo, i sus nombres i verbos no entienden en la mayor parte los indios, ni la pronunciacion es propia». *La verdad en campaña,* núm. LXXXIX.

40 *Biographie universelle,* t. 5.°, páj. 223, Bruxelles, 1851.

41 Hé aquí como refiere Havestadt las peripecias por que pasaron sus manuscritos: «Quid quod meum Chilidugu hispanum saltem octies fueram demo et ex integro; at eo uti reliquis meis libris ac manuscritis nom parcis, partim in regno chilensi, partim Limae in Perubia, nulla juris servata forma anno 1768, cum ibi adissem captivus, sum orbatus. Patientia! Unum illud exemplar hispanicum quod postea sic, isti ic vides, latine verti, sed cui jam memoratus index deesit (la parte castellana) etiam a limano milite captum fuissem, sed jam captus, Deo juvante, et ex hac captivitate, et ex naufragio Barbacoae et ex aliis periculis quam plurimis, quod longum esse referre, salvum aduxi».

trabajo[42]. Si no hubiera sido por Murr que en 1810 dió a conocer la relacion de los viajes de Havestadt escrita por él mismo es probable que este fragmento se hubiese tambien perdido para nosotros[43].

Havestadt ha dividido su obra en diversas secciones, la primera de las cuales, la mas completa e interesante, comprende la gramática propiamente dicha; la segunda es simplemente la traduccion araucana del *Indiculus universalis* del padre Pomey. Havestadt no pudo ménos de conocer a primera vista la estrema pobreza del idioma de un pueblo bárbaro, i por eso quiso remediar este inconveniente, vertiendo al lenguaje de Arauco el tratado científico de Pomey para dar una idea de lo que era el mundo, las estrellas, los meteoros, la tierra, el aire, el agua, el hombre i por fin, la ciudad.

La tercera parte, con la cual comienza el volúmen segundo, trae el catecismo en araucano i algunas oraciones en verso, i la cuarta, un diccionario bastante copioso. La quinta, que da principio al tomo tercero con una lámina de la Concepcion, está reducida a un índice de los mismos vocablos que contiene la anterior; en la sesta, se ocupa de un tratado de música, i por fin, en la última, relata el autor sus aventuras. Acompaña ademas a su obra un mapa bastante tosco de las rejiones que recorrió i una especie de poema que ha titulado *Lacrimae salutaris*, escrito en versos latinos consonantes i dividido en tres cantos. En el primero supone Havestadt, imitando al Dante i a Virjilio, que desciende a los infiernos i oye los gritos de los condenados; en el segundo se encomienda a la Vírjen, i por fin en el último, despues de saber lo que es el mundo, huye de él, proponiéndose vivir cual desea que la muerte lo sorprenda.

Como todos los trabajos de los sacerdotes que escribieron sobre

42 Backer, t. 2.º, páj. 289. Véase tambien Driver, *Biographie universelle.*

43 Murr, *Nachrichten von verschiedenen Ländern des spanischen Amerika.* Halle, 1810. En la segunda parte de esta obra, pájs. 431-496, se encuentra publicado el viaje del jesuita aleman, con este título: *Des P. Bernhard Havestadt, Reise nach Chile,* 1746 *bis* 1748, *dessen swanzig Jähriger Aufenthalt bis* 1768, *und se'n Rükreise in Jahr* 1770.

la lengua de los indios, el del padre Havestadt tiene principalmente en mira la salud espiritual de los jentiles. «Trabajé, dice él, no con otro fin, sino que mi obra me sirviese de red para cojer por medio de ella las almas que me fuese posible.... No sea pues, amabilísimo Jesus mio, que mi labor haya sido inútil, sino que, echada esta red en vuestro divinísimo nombre, coja aquel número de almas que yo i mucho mas vos, amador de las ánimas, deseais. Esto, Jesus mio, como para vos, Señor, es lo mas honroso que yo desear pueda: así lo pido por único premio de mi trabajo»[44].

Havestadt sabia aleman, latin, griego, hebreo, español, frances, inglés, italiano, flamenco i portugues, i sobre todos estos idiomas encontraba que debia preferirse el araucano, que recomendaba a los grandes que estudiasen para guardar sus secretos. El misionero aleman siguió a Valdivia de cerca en su obra, cuyo *Arte*, dice, «ha sido el solo que anda impreso», i tuvo por único maestro de araucano al padre Javier Walffwisen, con quien vivió dos meses en Santa Fe.

44 *Chilidugu*, páj. 886.

CAPITULO XIII.

MISTICA.—TEOLOJIA.

III.

García[1].—Antomás.—Torres.—Tula Bazan.—Fuenzalida, i Zepeda.—Lacunza.—*Dibujo de un alma.*

En un corto lugar de Galicia llamado San Vericino de Oza, nació en 1696 el jesuita Ignacio García. Sus padres, honrados labradores no escasos de fortuna, fueron Domingo García e Isabel Gomez. Zevallos, su colega, que fué mas tarde su biógrafo i cuyo nombre aparece ligado al de García aún despues de su muerte, lo pinta, hablando de sus primeros años, en el libro que escribió de su vida, como un niño de condicion apacible que huia de los

1 Al final de la páj. 175 de la *Biblioteca mercedaria* de Garí i Siumell se lee que el relijioso chileno Fr. Juan Martinez de Aldunate «*escribió i dió a luz* las *Constituciones del Orden Tercero de Santa María de la Merced.*

Hai en esto un error. Martinez de Aldunate no publicó las Constituciones, pues ha sido don R. Briceño quien en su *Manual del tercero mercedario* les ha dedicado algunas pájinas. Por lo demas, como ellas no pasan de ser una pieza tan vulgar como los estatutos de una simple sociedad comercial, hemos creido que no les corresponde lugar alguno en nuestro libro.

Aldunate era hijo de don Juan de Aldunate i de doña Juana de Barona. Nació en Santiago, por los fines del siglo XVII i profesó en la Merced en 21 de agosto de 1711. Martinez de Aldunate fué un fraile distinguido, maestro de estudiantes durante dos años; leyó *Artes* por el espacio de tres cursos, i un año teolojía.

Elevado al grado de maestro en 1723, fué elejido provincial veinte años mas tarde. Durante su gobierno restableció algunas constituciones caidas en desuso, i se acordó convertir el convento de Chimbarongo en colejio de misiones en favor de los promaucaes i ciudades de la frontera.

Martinez de Aldunate falleció en 1754.

juegos propios de su edad para retraerse en su casa. Allí, al lado de sus padres, aprendió García junto con las primeras letras las oraciones del catecismo. Mas tarde pasó a la Coruña a estudiar gramática, adelantando sus conocimientos con el latin, la retórica i poética. Fué en este pueblo donde García se hizo jesuita. Ya con el hábito de la Compañía, el estudiante Ignacio se dirijió a seguir los cursos superiores a Villagarcía, i de ahí a Salamanca. Una vez ordenado de sacerdote, solicitó pasar a las Indias; embarcóse en Cádiz para Buenos-Aires i a poco continuó su viaje a Chile por los Andes. El padre Manuel Sancho Granado, que estaba entónces de provincial entre nosotros, lo destinó a Coquimbo; i algun tiempo despues lo trajo a Santiago a ocuparse en el convictorio de San Francisco Javier de la enseñanza de los principiantes; pasó posteriormente a rejir el curso de filosofía en Concepcion, donde residia por los años de 1730 cuando vino el terremoto que arruinó la ciudad. García volvió en seguida a Santiago a continuar ejerciendo las funciones del profesorado en la cátedra de teolojía escolástica; se empeñó en dar misiones en todo el territorio comprendido desde la Ligua hasta Colchagua; fué elejido vice-rector del noviciado de Bucalemu i, por fin, rector del Colejio Máximo. En dos de octubre de 1754 murió en opinion de santo. Siete dias despues, los cabildantes de Santiago acordaron hacerle honras a nombre de la ciudad, invitando al obispo i relijiones, por «haberse hecho acreedor a ellas por su doctrina, predicacion i enseñanza, i lo que es mas, con sus heróicas virtudes i ejemplar vida»[2].......

García era, ante todo, un asceta que nos ha dejado bastantes muestras de sus elucubraciones místicas i de sus prácticas espirituales para ganar el cielo. El mismo año de su muerte dábase a luz en Lima una obra suya titulada *Desengaño consejero*[1] en que «suponiendo el alma recojida en retiro, le recuerda el fin de su recojimiento, dirijiéndole las espresiones que David decia en semejantes circunstancias: «medité de noche en mi corazon, i me

2 *Actas del Cabildo*, 9 de octubre de 1754.

ejercitaba i escobaba mi espíritu». La esperiencia constante adquirida en treinta años que dirijió los ejercicios, le habia enseñado que muchas almas no sacaban de ellos todo el fruto que pudieran, por no ejercitarse bastante en afectos piadosos, unas por omision i por ignorancia las mas. En el *Desengaño consejero*[3] da el autor remedio a unas i otras: convence a las primeras de la necesidad de la oracion de afectos, aduciendo numerosos ejemplos tomados de las Santas Escrituras, i enseña a las segundas prácticamente esta saludable práctica por numerosos afectos que le sujeria el espíritu fervorosísimo, que revela en su libro. Estos afectos los varía en cada uno de los diez ejercicios que propone para meditacion del retiro. Por conclusion, ordena algunos pensamientos sobre el estado del cristiano, ya considerado en el siglo, ya en la vida relijiosa, ya en fin, elevado a la dignidad sacerdotal»[4].

Las otras dos obras de estilo i propósitos semejantes que escribió el padre García fueron publicadas despues de su muerte. La *Respiracion del alma en afectos pios*, que ha quedado interrumpida en la mitad, i que su autor tituló así, «porque como con el uso de la respiracion vive el cuerpo la vida natural, así con el uso de los copiosos afectos que aquí van ha de vivir, el alma la vida sobrenatural», fué dada a luz a costa de don Francisco Javier Errázuriz.

«Oh Dios amabilísimo! dice García en una parte de su obra, quisiera haber gastado perfectísimamente los años de mi vida, de suerte que estuviesen llenos de pensamientos, afectos, palabras i obras insignemente santas. Oh! sí, Celestial Padre! Todos los movimientos naturales i sobrenaturales de mis potencias i sentidos i miembros hubiesen sido obsequiosísimos a Vuestra Majestad adorable, honoríficos a los ánjeles i santos, útiles a todos los prójimos i mui meritorios, impetratorios i satisfactorios para mi alma!»

3 Nunca hemos visto esta obra de García; pero evidentemente la fecha de 1654, que Eyzaguirre fija como la de su publicacion en su *Historia de Chile*, páj. 302, t. II., es un error de imprenta.
4 *Ibid.*, páj. 301.

Tal es, mas o ménos, el espíritu de todos los *afectos* de García, que revelan indudablemente una alma poseida del amor de Dios i deseosa de servir a la conversion de los hombres; pero por ser todos ellos parecidos, si en los comienzos pueden revelar cierto entusiasmo místico del jénero de Tomás de Kempis, las declaraciones que pululan en ellos al tratar de cada una de las fiestas principales de los seis primeros meses del año, i el contínuo volver sobre temas mui semejantes, los hace monótonos i en estremo pesados de leerse.

Cuando García se sintió próximo a espirar llamó a su amigo i colega el padre Javier Zevallos i le encomendó que despues de su muerte se acercase al obispo don Manuel de Alday i le presentase el manucristo de un libro que tenia preparado para la prensa i que decia en su carátula *Cultivo de las virtudes en el paraíso del alma,* suplicándole que lo adoptase por suyo.

Zevallos cumplió el encargo del moribundo, i Alday aceptó sin titubear el patrocinio de la obra del que en un tiempo fuera su confesor. Diéronse las disposiciones consiguientes para que el manuscrito se entregase a la prensa, i ya en 1759 las de Barcelona devolvian a los devotos de Santiago en aseados caractéres i con las licencias i aprobaciones de estilo el orijinal del difunto jesuita.

Veamos ahora el método empleado por García en su trabajo. Divídelo en tres libros, que respectivamente tratan de las virtudes teologales, de las cristianas i de las humanas; en cada uno de ellos toma una virtud, la analiza filosóficamente en un capítulo, en otro produce sus *afectos,* en un tercero señala un *ejemplar* de algun santo que haya poseido en grado eminente la condicion de que trata; i por fin, en el cuarto introduce las *reflexiones morales* a que se presta el desarrollo de su tema; i este sistema se continúa invariablemente durante todo el curso de la obra.

García hace en ella ostentacion del mismo espíritu devoto que marca su fisonomía de una manera precisa, i en su redaccion de cierto estilo difuso, perfectamente en relacion con sus místicos arranques. En los comienzos de su último libro se espresa así, dirijiéndose al «Rei Supremo de los mortales»:

Si mil reinos fueran mios
Si mil corazones santos,
Si mil tesoros tuviera
Si mil mundos en mis manos;

A vuestro amor todos juntos,
I a vuestro culto sagrado
Las ofreciera en señal
De que ardientemente os amo.

Cuanto bueno hai en la tierra,
Cuanto bueno en los espacios
Del cielo hai, todo junto
Pretendo sacrificaros.

He ahí sus propósitos de relijioso, decimos simplemente; he ahí su mérito dirán otros.

El padre Domingo Antomás, tambien de la Compañía de Jesus, publicó en Lima por los años de 1766 un corto volúmen titulado *Arte de perseverancia final en gracia*[5]. El autor divide su obra en tres partes, i cada una de éstas en tres capítulos. En la primera trata de definir lo que se entiende por persevarancia, i en las dos restàntes se ocupa de los medios que a su juicio existen para mantenerse en ella. Destinado este libro a toda clase de personas, Antomás se ha empeñado especialmente en que su estilo sea lo mas sencillo posible i su modo de discurrir el mas habitual, i he aquí cómo de esa manera ha producido una obra ajena a las vanas declamaciones i a las huecas pompas de un vano estilo. Ilustrando sus doctrinas con ejemplos deducidos de los hechos ordinarios de la vida, habla con tono persuasivo i familiar, es amable i sabe seducir. No se encuentran en su libro las amenazas del infierno, tan frecuentemente insinuadas por otros escritores de su índole, ni el prisma engañador de exajeradas promesas; por el contrario, el autor de la *Perseverancia final* trata de convencer, se insinúa con agrado i logra merecer el pleno asentimiento de sus lectores.

Domingo Antomás era natural de Carcar en Navarra[6], i ha-

5 Se atribuye tambien a Antomás un trabajo en latin que titulan *Cristianus huyus sæculi illuminatus per Epistolam D. N. J. C. Apocalipsis.*—La Serna, i Backer, t. V, páj. 13.
6 Backer, t. V, páj. 13. De Castilla, dice Eyzaguirre.

biendo entrado en la Compañía despues de terminar sus cursos de humanidades, fué enviado a Chile, donde en marzo de 1742 el obispo Bravo del Rivero le confirió las órdenes sacerdotales. Dedicado mas tarde a la enseñanza de la teolojía en el Colejio Máximo de San Miguel, se ofreció al presidente Guill i Gonzaga para que lo destinase a las misiones que se proyectaban a la isla de Juan Fernandez. Antomás permaneció en ese lugar cerca de un año, i fué durante este tiempo cuando compuso su estimable obrita. De vuelta a Santiago, tuvo a su cargo la direccion de los monasterios del Cármen i de las Rosas, puesto que aún desempeñaba cuando vino el decreto de espulsion que lo alejaba para siempre de Chile.

El abate Gomez de Vidaurre cita tambien entre los escritores de libros místico-teolójicos al padre José Torres, natural de Santiago, como autor de una obra «doctísima, eruditísima i devotísima sobre los privilejios i prerogativas del Esposo de la Madre de Dios», que asegura corria con sumo aprecio en Méjico i aún en España, pero que todavía no hemos logrado ver.

No se ha dejado de insistir por algunos de nuestros escritores de hoi en lo escepcional i característico de un tratado que el dean de la catedral de Santiago don Pedro de Tula Bazan redactó sobre el uso que las señoras de Santiago hacian por el último tercio del siglo pasado de los vestidos con cola, en que se dice que retrata mui al vivo las tendencias de otra época. Pero examinada la cosa con despacio, se viene en cuenta de que el trabajo de don Pedro ni es un enorme infolio, como se ha supuesto, ni ménos el primero i el único de los pareceres que sobre la misma materia se escribiera entre nosotros durante la colonia; porque, en efecto, ya en los tiempos del obispo Villarroel, este ilustrado sacerdote habia dedicado en su *Gobierno eclesiástico* no pocas pájinas a debatir el mismo punto con gran acopio de estraños i eruditos pareceres i no poco caudal de doctas reflexiones. Era el caso simplemente que el diocesano de Santiago don Manuel de Alday tuvo noticia de que un fraile francis-

cano, frai Manuel Becerril, en un erudito tratado sostenia que era pecado mortal usar el vestido con cola, i hallándose dudoso sobre la materia, el celoso prelado pidió a tres sacerdotes, entre los cuales se contaba Tula Bazan, que le manifestasen su opinion sobre el particular[7]. Púsose don Pedro a la obra, i revolviendo mamotretos i citando de aquí i de allá textos de la Sagrada Escritura i palabras del Anjélico Doctor, e invocando, sobre todo, los inconvenientes que se orijinaban de que las señoras i criadas que salian a la calle mostrasen «los bajos» con la moda de la histórica saya, se pronunció contra el franciscano i absolvió en consecuencia a las damas de Santiago del gravísimo pecado en que se decia estaban incurriendo por el novel uso de los trajes caudados.

Tal es simplemente el alcance del *Informe* del erudito i celebrado dean de la catedral de Santiago, que fué tambien examinador sinodal del obispado i consultor de la sínodo que en su tiempo celebró el diocesano[8].

De los jesuitas chilenos[9] que salieron espatriados de nuestro suelo en virtud del célebre decreto de Cárlos III i que en su destierro se dedicaron al jénero de obras que venimos analizando[10],

7 Vicuña Mackenna, *Hist. de Sant.* t. II, páj. 441.

8 Don Pedro de Tula Bazan era orijinario de Concepcion, i habia hecho sus estudios en Lima. Eyzaguirre, t. II, páj. 329.

9 Vidaurre aplaude de entre nuestros compatriotas jesuitas que fueron a Italia a don Miguel Bachiller que «ha esplicado en Italia su buen gusto, dice, en diversas piezas poéticas, latinas e italianas, en las que se ha señalado particularmente».

10 Sin duda que fué tambien mui distinguido escritor i notable polemista don Diego Fuenzalida; pero sus obras, ademas de no referirse a Chile, han sido escritas en estraño idioma. Creemos, por lo tanto, que si no les corresponde un lugar en el texto debemos siquiera mencionarlas aquí.

Vidaurre dice que Fuenzalida «dió a luz una *Carta* con el título del Doctor Furnies en que impugna a los que no quieren la obligacion de mas obras pias que la de oir la misa para la santificacion de las fiestas». Publicó, ademas, lo siguiente:

Lettera de un ecclesiastico torinese ad un ecclesiastico di Bologna, ¡ Asis 1781? cuyo principal objeto es vindicar de varias censuras la obra de Iturriaga titulada *De ratione dies sacros abeundi*, que al parecer es el mismo libro a que se refiere Vidaurre;

Osservazione critico-theológiche di Gaetano da Brescia sopra l'analisi del libro delle prescrizioni de Tertuliano de don Pietro Tamburini, Asis, 1783, 4.° Fué reimpresa donde mismo el año siguiente;

Proceso teolójico sopra la clausura di Monasterii delle Monache de don

el que mas alto descollara es, sin disputa, don Manuel Lacunza, el autor de *La Venida del Mesías en gloria y magestad.*

«Como para muchos, dice el señor Vicuña Mackenna, el libro de Lacunza es un mito indescifrable i del que todos hablan i se llenan la bòca como de una gloria nacional, sin haber abierto jamas sus pájinas, vamos a dar aquí una idea de su espíritu.

Antonio Bonelli, arciprete di S. Eufrosina contra Pio Cortesi, autore del libro intitolato *La Mónaca ammaestrata*, Asis, 1784, 4.°;

De le frodi del Gansenismo usate gia in Francia da Quesnelliti e a di nostri rinnorate in Italia da lor seguasi, sidnatamente in Pavia e Pistoia, o vera risposta degli annedoti indirizzata al lor autore, da Mons. Francesco Lafitau, vescovo di Sisteron, volgarizzata da Gaetano da Brescia. Asis, 1788, 8.° (Traduccion del frances).

Analisi del Concilio Diocesano di Pistoia, celebrato nel meso de setembre dell'anno 1786 *dall'Illustrissimo e Reverendissimo Monsig. Scipione de Ricci, vescovo de Pistoia, e Prato:* Ossia *Saggio di molti errori contra la fide contenute nello stesso. Opera postuma di Giuseppe Antonio Rascier, divisa in due parti*, 1790.

Cruz i Bahamonde (*Viajes*, t. VI, páj. 60, atribuye a Fuenzalida otra obra titulada *El pecado en religion y en lógica.*

«Varios otros opúsculos, añade Aracena, publicó Fuenzalida que, aunque de poca consideracion por su pequeñez, en todos ellos se trasluce un celo ardiente en defender nuestra relijion adorable, un caudal copioso de vastos conocimientos, i un injenio agudo i perspicaz. Diosdado Caballero, autor de quien tomamos casi todas estas noticias, refiere que le suplicó que al fin de la numeracion de sus obras pusiese la declaracion siguiente, que nosotros trascribimos en recomendacion de nuestro compatriota: Horum operum scriptor vir est mediocris, ingenii; in rebus ad theologiam spectantibus sufficienter instructus, sed theologo nomine haudquaquam dignus: in hoc duntaxat praestans, quod haereticos omnes praesertim Jansenianos, non modo patientia sustineat, verum si optio sibi daretur, nec uno quidam temporis momento intra Ecclesiae Dei confinia pateretur impunes».

«Don Diego Fuenzalida nació en Santiago el 12 de noviembre de 1744. Despues de haber tomado la sotana de jesuita en esta ciudad el 20 de junio de 1759, pasó con la espulsion a Imola, i allí luego que concluyó sus estudios, fué nombrado preceptor de moral entre los mismos jesuitas. Graduóse de maestro en teolojía moral en 1783, i cuando en 14 de febrero de 1785 el cardenal Chiaramonti fué trasladado por Pio VI del obispado de Tivoli al de Imola, formó este dignatario tan favorable concepto de Fuenzalida que le nombró su teólogo consultor i examinador sinodal, cargo que desempeñó con tanta satisfaccion del cardenal que cuando mas tarde fué elevado a la silla apostólica en 14 de marzo de 1800 con el nombre de Pio VII, lo invitó con repetidas instancias a que aceptase el grado de teólogo pontificio, cuyo honor rehusó siempre con tenaz modestia. Murió repentinamente en Imola el 1.° de octubre de 1830». (Aracena, *Biog. de sab. chil*).

Otro chileno, don Juan Manuel Zepeda, natural de Coquimbo, dice tambien Vidaurre, que «ha impugnado con argumentos indisolubles la poca piedad del Ilmo. obispo de Prato i Pistoya, descubriendo ya desde los principios los excesos a que habia de llegar contra Roma i nuestra sagrada relijion».

El mismo autor, por fin, nombra tambien a don Escipion Rua como autor de *Dos brevísimas cartas anónimas.*

«Para nosotros Lacunza fué únicamente el Vidaurre del Perú, o 'con respecto a su propio suelo el Francisco Bilbao del siglo XVIII, un iluso de jenio. Nada se parece mas a la *Venida del Mesías en gloria y magestad* del jesuita que los *Boletines del Espíritu* del filósofo social; i aseméjanse aquéllos mas próximamente en lo difícil que es entender uno i otro. El libro de Lacunza es un poema bíblico; el folleto de Bilbao un fragmento de ese poema.

«Su objeto fué sin embargo, mui distinto. Lacunza que escribió su libro bajo el pseudónimo hebráico de Juan Josafat Ben-Erzra dice en su prefacio que en él se propone principalmente cuatro cosas: 1.° hacer conocer la adorable persona de Jesucristo; 2.° provocar en los eclesiásticos la aficion al estudio de la Biblia; 3.° correjir la incredulidad; i 4.° consolar a los judíos *sus hermanos*, e inspirarlos a fin de que conocieran el verdadero Dios.

«Por lo demas, su obra no es mas que el desarrollo poético i filosófico del sistema de los milenarios, que anuncian el futuro reinado de Jesucristo en la tierra durante mil años, doctrina evidentemente mas judáica que cristiana.

«Segun su sistema, el Mesías debia venir dos veces a la tierra, i no una sola como han juzgado los cristianos. La primera sería la vida de *la pasion*, i ésta ya se habia cumplido segun las profecías. La segunda *de la gloria*, sucederá mas tarde en vista de los vaticinios que el autor deduce del antiguo testamento, especialmente del *Apocalípsis* de San Juan.

«A anunciar, esplicar, discutir, comprobar este nuevo descenso de los cielos en gloria i majestad está consagrado este famoso libro, del que se han hecho mas ediciones que de la de ninguna obra literaria de Chile i talvez de toda la América española, con la escepcion de los *Salmos* de Olavide. Cada emblema del Apocalípsis es para el alma triste i misteriosa de Lacunza un antecedente cierto de la segunda venida del Redentor. La estatua de Daniel, las cuatro bestias del Apocalípsis, la mujer vestida de sol, que es la iglesia, como aquellas son sus sectas, todo sirve a su propósito.

«Establecidos los antecedentes de la profecía, entra en su realizacion, i en està parte es donde el escritor chileno despliega toda la riqueza de su tétrica fantasía.

«Antes que el Mesías vendrá el *Antecristo,* que no es como el vulgo cree un sér humano, no un racional,... sino un cuerpo moral de hombres... Una lluvia de fuego purificaria entónces la tierra, i comenzaria el reino de la bienaventuranza, descendiendo el Mesías en gloria i majestad, con sus santos, sus ánjeles i sus profetas.

«Este reino duraria mil años. Se reunirian las doce tribus de Israel i vivirian bajo el blando gobierno del Señor en una ciudad de doce mil estadios, que tendrá cuatro leguas por costado, con doce puertas, que pertenecerian una a cada tribu, exactamente como la ciudad de los últimos santos del rito mormónico.

«Habria entre los nuevos habitantes de la tierra comunidad perfecta, una sola lengua, ninguna discordia. Sin embargo, el infierno durante estos mil años tendria sus puertas cerradas.

«Lacunza no era, por otra parte, enteramente socialista. La comunidad de bienes tenia una escepcion, porque la tribu de Leví, es decir, la de los sacerdotes, tendrá en repartimiento el doble de todas las demas, lo que está probando que el autor no habia olvidado las lecciones de la plazuela donde naciera....

«Concluido los mil años, el pueblo hebráico volveria a caer en el pecado. Las puertas del infierno se abririan de par en par. Las jigantes God i Magod, personificaciones del orgullo humano, atacarian la nueva Jerusalen con ejércitos de protervos, e irritado Dios de la ingratitud i maldad del linaje humano, lo haria perecer entero por el fuego.

«Este seria el juicio final. La tierra, empero, no desapareceria, i conservaria su forma, sus sustancias i sus producciones, idea que talvez alumbraran a Lacunza sus conocimientos astronómicos, que no eran insignificantes[11].

«Tamaño argumento confiado a la sola inspiracion del jenio,

11 Vicuña Mackenna, *Hist. de Sant.*, II, nota a la páj. 161.

habria enjendrado un poema acaso tan sublime como el *Paraíso* de Milton, o el *Jenio del Cristianismo;* pero la erudicion bíblica i el espíritu teolójico han atajado el vuelo del pensamiento creador i de la fantasía exaltada por imájenes grandiosas. El estilo de Lacunza está por esto ceñido a cierta aridez metafísica. No es el filósofo inspirado sino el dogmático que discute el que aparece dominando el espíritu jeneral de la obra; el argumento prevalece sobre la elocuencia, la erudicion sobre el entusiasmo. Así, cuando el filósofo cristiano nos va a pintar la gloria del Altísimo que desciende hácia nosotros, en vez de arrebatarse con el jenio de los profetas que lo inspiran, desciende al terreno de las citas bíblicas i de las confrontaciones de textos de que está intercalado cada párrafo de su obra, ademas de las numerosísimas notas que contienen al pié de cada pájina[12].

«En los anales de la biografía no se halla ejemplo de una suerte semejante a la que ha tenido esta obra. Pocos escritos sobre materias relijiosas han excitado tanto la curiosidad i la admiracion de los intelijentes; i sin embargo, no conocemos una sola produccion del espíritu humano que haya sido tan mutilada, tan estropeada, tan corrompida por las copias i las impresiones. Aún las que se han hecho léjos de los países sometidos al yugo de la intolerancia relijiosa, están plagadas de defectos capitales: de modo que hasta mui poco tiempo hace, el público no pudo formarse una idea cabal del magnífico monumento elevado por nuestro compatriota Lacunza a las ciencias eclesiásticas»[13].

La obra de Ben Josaphát Ben-Ezra fué agregada al *Indice* por decreto de 6 de setiembre de 1824.

Lacunza nació en Santiago en 1731; entró en la Compañía de edad de diez i seis años i profesó de cuarto voto en 1766. Espatriado al año siguiente, permaneció en Imola algun tiempo, como miembro de la Compañía, hasta que separándose de ella voluntariamente, se retiró a un arrabal de la ciudad cerca de las murallas. Diéronle despues un retiro mas solitario, en donde vivió como

12 *El Ferrocarril*, abril de 1857.
13 Briceño, *Estad. bib.*

un verdadero anacoreta por espacio de mas de veinte años, hasta su muerte ocurrida en 1801. Para no distraerse de su plan de vida se servia a sí mismo, sin franquear a nadie la entrada a su habitacion. Probablemente arrebatado por el gusto de la astronomía, que habia tenido desde su juventud, pasaba las noches en vela; se levantaba a las diez de la mañana, decia misa, i despues iba a comprar sus comestibles que él tambien preparaba. Por la tarde, paseábase siempre, solo, un rato por el campo, i despues de la cena, salia como a escondidas a visitar a un amigo. El dia 17 de junio, fué hallado su cadáver en un pozo de poca agua cerca de la ribera del rio que baña la ciudad[14].

14 En la Bib. Nac. existe un *Estracto de la Venida del Mesías* atribuido al fiscal de la Audiencia de Lima don Miguel Eyzaguirre, manuscrito de veintiocho pájinas que compendia bastante bien el pensamiento de Lacunza.

La obra de Josaphat Ben Ezra ha sido objeto de muchas discusiones. Fr. Pablo de la Concepcion, Fr. Antonio Gutierrez i los jesuitas José Valdivieso i Ramon Viezcas la han defendido, i por el contrario, el padre Cabanilla ha llegado a decir que Lacunza era el oprobio de la Compañía. Sobre nuestro autor puede verse, ademas, Torres Amat, *Biblia*, cap. XX; Caballero, quien da un estracto de la obra en el tomo XXIII de su *Bib. Scrip. Soc. Jes.*, Roma, 1816, 4.°; Bestar, *Observaciones*, Madrid, 1824, 2 vol.; Agier, *Vues sur le sécond avénément de J. C.*, Paris, 1818, 8.°; Ricot en un artículo de la *Biographie un.* de Michaud, Paris, 1828—32; *Ami de la Religion*, núms. 636-638. El tema esplotado por Lacunza ha sido llevado al teatro por don Juan Ruiz de Alarcon, el insigne poeta mejicano, con el título de *El Antecristo.* (Véase Fernandez Guerra, páj. 283.) M. Dechamps, por fin, ha escrito el libro titulado *Le Christ et les Antechrists*, Paris, 1858, 8.°, en que ademas de la Escritura ha dilucidado la materia bajo el punto de vista de la historia i de la conciencia.

El libro de Lacunza ha sido traducido al italiano (ejemplar manuscrito en poder del señor Morla Vicuña) i ha sido editado varias veces, como puede verse en el *Indice* al final del tercer tomo. La curia romana lo prohibió en todos los idiomas en 1822. El primer ejemplar vino a Chile en 1814. En la Biblioteca Nacional existe un manuscrito de la obra obsequiado por el mismo Lacunza al Conde del Maule.

CAPITULO XIV.

HISTORIA JENERAL.

III.

Don José Basilio de Roxas i Fuentes.—Don Pedro de Córdoba i Figueroa.—Datos biográficos.—Su *Historia de Chile*.—El jesuita Miguel de Olivares.—Noticias de su persona.—Su espatriacion.—La *Historia militar, civil i ságrada del Reino de Chile*.—Estudio de esta obra.—La *Historia de los Jesuitas*.—Detalles de este libro.—El abate D. Juan Ignacio Molina.—Estudio de su *Historia civil*.—D. Felipe Gomez de Vidaurre.—Datos biográficos.—Su obra.

No poco crédito mereció siempre entre los historiadores antiguos de Chile un corto volúmen intitulado *Apuntes de lo acaecido en la conquista de Chile, desde sus principios hasta el año de* 1672, hechos por don José Basilio de Rojas i Fuentes[1], tanto que el jesuita Vidaurre no trepida en opinar que con tan breve relacion su autor «ha ilustrado mas que ninguno la historia de Chile».

Sin duda que dentro de los cortos límites de su trabajo, Rojas ha sabido dar cabida a no pocos acontecimientos, i hasta despertar interes por aquellos que por su proximidad al tiempo en que vivió ha podido conocer mas a fondo. Tiene, ademas, el mérito de que manejando la pluma sin pretensiones, su estilo, sin embargo, no carece de brios, ni escasea las figuras.

Mui pocos son los datos que conozcamos de su vida, pues so-

1 Hallánse en nuestra Biblioteca Nacional en el tomo 35 de la primera série de manuscritos i han sido impresos últimamente en el tomo XI de los *Hist. de Chile*.

lo sabemos de fuente estraña que los indios de Tolten lo hicieron prisionero, que a poco fué libertado en 1758[2], merced a la intervencion de Rodrigo de las Cuevas, muchacho español que habia sido cautivado en 1599 cuando la destruccion de Valdivia. «Los demas prisioneros de uno i otro sexo, agrega Vidaurre, quedaron en el mismo cautiverio, padeciendo muchos malos tratamientos i a cada paso tragando la muerte que vieron dar a muchos de sus conciudadanos en las públicas celebridades que hacian de su victoria los araucanos».

Rojas añade en su obra, que por mandado del marqués de Navamorquende pobló un fuerte en la provincia de Tucapel i edificó el castillo de San Ildefonso de Arauco, asolado por los rebeldes, i que tuvo a su cargo durante dieziocho meses el tercio de Arauco i sus fronteras, en ausencia del maestre de campo jeneral, don Ignacio de la Carrera. Asistió, asimismo, en 1663, como capitan de caballos a la poblacion de la ciudad de Chillan, i en los primeros tiempos de la llegada de don Francisco de Meneses, a la batalla que tuvieron las armas reales el 9 de abril de 1664 en la cuesta de Villagra, en que los indios salieron completamente derrotados.

Rojas salió de Chile para España en 1672. Hai buenos fundamentos para creer que probablemente muriera fuera del país[3].

Algo mas adelante que el compendio anterior lleva la relacion

2 Olivares dice equivocadamente que esto sucedió en 1608.—*Hist. civil.* páj. 313.

3 Hai un don José Basilio de Rojas que fué alcalde de Santiago en 1762 (Carvallo, tomo 2.° páj. 475), sin duda el mismo a que se refiere un acta del cabildo de 30 de julio de 1779 que dice así: «Acordaron que habiéndose presentado......*el maestre de campo* don Basilio de Roxas suplicando que el señor procurador jeneral salga a la voz i defensa de la causa de ejecucion que contra él ha suscitado el escribano mayor de gobierno por los derechos excesivos que intenta llevar sobre lo actuado en asuntos ocurridos durante el tiempo en que fué *diputado del pueblo* sobre los derechos impuestos por el Contador, etc.» Cosa imposible nos parece, por consiguiente, que este Rojas sea el mismo autor de los *Apuntes*, nada mas que con atender a las fechas, pues nuestro Rojas fué hecho prisionero ántes de 1658, i en 1779 debia contar ciento veinticinco años i algo mas.

Coetáneo con el anterior debió ser otro Basilio de Rojas, natural de Santiago, e hijo de Andrés Rojas i Gregoria Collados, que profesó en la Merced el 15 de junio de 1740 (Libro de profesiones de 1707 1748).

de las cosas de Chile el libro titulado *Historia de Chile, por el maestre de campo don Pedro de Córdoba i Figueroa*[4].

Era este don Pedro descendiente de distinguidos conquistadores, que desde los tiempos de Juan Negrete, su quinto abuelo, que acompañó a Pedro de Valdivia, se habian ido sucediendo con brillo en el servicio de las armas reales. Su abuelo don Alonso, despues de cuarenta i siete años de servicio i de haber ocupado los oficios políticos i militares del reino, habia subido a la presidencia por mayo de 1649, permaneciendo en ella poco mas de un año: su padre, sucesivamente tuvo los puestos de teniente jeneral de caballería, comandante de las plazas de Puren i Repocura bajo el gobierno de don Juan Henriquez, i fué maestre de la frontera por nombramiento que le hizo en 1692 don Tomás Marin de Poveda.

En ese mismo año parece que le nació en Concepcion al recien nombrado maestre de campo nuestro don Pedro, siendo de creer que a poco lo dejara huérfano, aunque amparado por la proteccion del primer majistrado de la colonia. Nacido entre el estrépito de las armas i llevando por herencia la aficion a los ejercicios bélicos que parecian una cualidad inherente a los de su raza, don Pedro abrazó tambien la carrera militar, despues de haber seguido los cursos superiores que los jesuitas dictaban en Concepcion[5]. El gobernador don Manuel de Salamanca le confirió, andando el tiempo, en 1734, el grado de sarjento mayor; estuvo en varias espediciones al interior de la Araucanía, i asistió a tres parlamentos de indios. Entendió, asimismo, en los repartimientos

Es de creer, decimos, que Rojas partiera de Chile despues de 1672 porque al final de su libro, dice: «estos fueron los últimos sucesos (los de dicho año) *que yo alcancé* del gobierno de don Juan Henriquez: lo demas reconocerá US. cuando Dios le lleve a *aquellas provincias*, etc.—Llamará sin duda, la atencion el U. S. que el autor emplea, i con el cual se refiere a don Antonio de Isasi (a cuyo pedimento se escribieron los *Apuntes*) «presidente *de este dicho Reyno*».

4 Don Ramon Briseño en su *Estadística bibliográfica* da como obra distinta de la de Córdoba i Figueroa cierta *Historia* anónima, copiada de un ejemplar que existe en Madrid en la Academia de la Historia; pero en verdad una i otra son la misma cosa.

5 *Informacion* sobre el desempeño de los deberes relijiosos de los jesuitas en la provincia de Concepcion, presentada por el procurador Pedro de Ayala.

de sitios que en 1739 se hizo en la ciudad de los Anjeles, i tuvo, por fin, el cargo de alcalde en Concepcion, donde estaba establecido.

Son pues contadas las fechas i hechos que pudiéramos citar del historiador de Chile, i acaso esta misma circunstancia deje presumir la tranquilidad en que sus dias se pasaron. La mucha versacion que manisfiesta en el estudio de numerosos autores antiguos i aún modernos, es tambien un indicio de que ha podido disponer de su tiempo con holgura. Pero mayor testimonio de esta presuncion puede deducirse del estudio de la obra que nos legara, pues al leerla es fácil penetrarse de que ya la habia empezado por los años de 1739 i que todavía se ocupaba de ella en el de 1751 [9].

Para su composicion, Córdoba i Figueroa tuvo a la vista cuantas obras impresas i manuscritas, así en prosa como en verso, se habian redactado hasta entónces, algunas de las cuales son hoi desconocidas para nosotros, i algunos de los papeles e informaciones que era costumbre redactar en aquellos años sobre los sucesos de alguna importancia.

Propúsose en su libro dar a conocer lo que sabia, sencillamente, «sin impugnar ni contradecir», no escaseando las dilijencias para llegar a penetrar la verdad de los acontecimientos que el trascurso del tiempo o las pasiones habian mutilado i oscurecido. I en efecto, Córdova i Figueroa se muestra paciente investigador i crítico juicioso que pesa los testimonios i esclarece sus dudas ántes de asentar definitivamente lo que estimaba debia trasmitirse a la posteridad. Gay, que no lo conocia sino por citas de Car-

6 En 1575, dice, se suprimió la Audiencia, i veinte i cuatro años despues, esto es, en 1599 se hizo sentir su falta con la muerte del gobernador Loyola: «cuya pérdida no ha sido reparada en el trascurso i sufrida esperanza de *ciento i cuarenta años* que sucedió esta desgracia». Sumando ciento cuarenta con 1599, se ve que hablaba en 1739 (páj. 141).—Mas adelante (páj. 246) agrega que se hicieron ciertos tratados con los indios en 1641; i a mas, la esperiencia de *ciento diez años* que há se efectuaron»:... lo que da a entender que esto lo decia en 1751.

Con tales antecedentes no es fácil esplicarse el error de don Ignacio Victor Eyzaguirre que asienta (en la páj. 384 del tomo II de su *Historia de Chile*) que Córdoba i Figueroa murió repentinamente en Concepcion, en 1740.

vallo i Perez García, lo califica, con todo, de escrupuloso a este respecto.

Como tenia un vasto conocimiento de los clásicos de la antigüedad, especialmente de los romanos, i no le eran estraños los padres de la Iglesia, de ordinario sucede que comienza por sentar alguna frase mas o ménos conocida de estos autores sobre un tema moral, tal como lo recordaba, i en seguida trae a colacion el hecho de la historia al cual quiere aplicarla. Este sistema que ha seguido constantemente imprime a su obra un carácter mui marcado i que sin embargo, no la favorece. ¿Procedia esto del deseo de manifestar su erudicion, o creia agradar a sus lectores?.... Sea lo uno o lo otro, lo cierto es que esta mezcla que corta el hilo de sus frases, suele perjudicar a la claridad de su diccion. La frialdad que de esta manera parece animarlo, suele a veces olvidarla, en el calor de sus impresiones i en el deseo que en ocasiones le mueve de que no se deje olvidar alguna accion que estima digna de recuerdo. Otras, lo arrastra su entusiasmo, se subleva su imajinacion i brotan de su pluma acentos i comparaciones no poco felices.

Su libro mui estimado de los que le sucedieron en la tarea de escribir la historia nacional, alcanza hasta los comienzos de 1717 i por la redaccion de sus capítulos postreros se conoce que no le habia dado aún la última mano[7].

El jesuita Miguel de Olivares, hijo de padres españoles, nació

7 «Con la partida del antecesor de Cano, dice don José Perez García, cierra el sarjento mayor don Pedro de Figueroa el apreciable papel de la mas completa historia que se ha escrito del reino de Chile, describiendo con mucho trabajo, como amante patriota, los apacibles documentos que la comprueban, concluyéndola a lo que de algunos pasajes se deduce el año 1740. Mil gracias le damos por lo que escribió hasta concluir este espresado gobierno, i otras mil (aunque nos hace mucha falta) porque continuó escribiendo los tres siguientes gobiernos, cuya parte se ha perdido, como se evidencia de una nota que sin nombre de autor corre junto al pié del orijinal que existe: *Nota:* El fin falta de esta historia, como se ve del prólogo i era tan necesario para su mayor intelijencia. I mas cuando la ninguna orthografia de los amanuenses la enturbian dejándola mas obscura que clara para su leccion con el no pequeño defecto de confusa. Como que faltan tambien de ella los gobiernos del Excmo. señor Cano, el del señor Oydor decano Barrera, i del señor Autor (?); como me lo participó en carta misiva tan pocos dias ántes de su súbito fallecimiento que

en la ciudad de Chillan[8] allá por los años 1674. Es probable que sus padres regresaran mas tarde a España llevándolo en su compañía[9], i que allí se ordenase de sacerdote; pero es incuestionable que ya el año de 1700 se encontraba de vuelta en Chile, agregado a las misiones que todos los años salian del colejio de Bucalemu a predicar en el vasto territorio comprendido entre los rios Maipo i Maule. Al año siguiente, lo señalaron de nuevo para misionar en los valles de Quillota, i por los fines de diciembre se encontraba en Valparaiso, «donde se predicó i trabajó bastante en confesar grandes concursos que acudieron».

Es posible que el padre asistiese tambien algun tiempo en la famosa cuanto lejana mision de Nahuelhuapi en la época en que la rijieron los padres Felipe de la Laguna i Juan José Guillelmo (1706 o 1707); pero el hecho nos parece dudoso[10]. Sea como quiera, el caso es que despues de estinguida dicha mision, Olivares se encontraba en Chiloé en los años comprendidos entre

no dió lugar a contestársela a pesar de mi pesar, la cortedad del tiempo, porque le debí favor i confianza en algunos años de amistosa i buena correspondencia». Lib. 10, cap. 16.

Un ejemplar manuscrito de la obra existe en la Academia de la Historia en Madrid, i otro en la Biblioteca Nacional de Lima, de donde se copió el que ha servido para la impresion hecha aquí en 1862; pero ninguno de los dos nos ha parecido el orijinal.

8 «Yo no he querido, dice, (páj. 255 *Hist. civil*) mezquinar a Chillan, *mi patria*, el justo elojio que le da un estraño». Perez García se equivoca, por consiguiente, al considerarlo como español.

9 «Concluido su gobierno, don Juan Henriquez volvió a España i murió en Madrid el año de 1689, i está enterrado en nuestro colejio imperial, en la capilla o bóveda de Jesus María i José, *de que puedo ser testigo*». (*Hist. de los Jesuitas*, páj. 157).

10 Solo hai dos pasajes ciertos en los escritos del padre Olivares de los cuales pudiera deducirse que estuvo en Nahuelhuapi. El primero, cuando dice que pasó *una vez* por la cordillera en que estaba el volcan Anon, que era el camino de la mision; i el segundo, en que espresa que todo lo que referia de los padres Felipe de la Laguna i Juan José Guillelmo lo sabe por habérselos oido *i tambien por haberlo visto* (páj. 103.) Respecto del primer punto merece notarse que solo pasó *una vez* por el camino del Tronador, lo que no comprendemos cómo pudiera ser a haber ido i vuelto a Nahuelhuapi, siendo que era el único camino practicable; i en cuanto al segundo, no es de ninguna manera cierto que todo lo que refiere de los dichos dos padres lo conozca *por haberlo visto*, puesto que el mismo Olivares dice mas adelante [páj. 521] que las circunstancias de la muerte del padre Felipe las supo por el alférez Lorenzo de Molina. Ademas, siempre que el padre Olivares se encontró en un lugar o ejecutó tal o cual hecho, de una manera o de otra lo trasmite al lector; i fuera de los pasa-

1712 i 1720, i poco despues en las rejiones del sur de la Araucanía i particularmente en las de Boroa i Tolten el bajo. En 1722 residia en Santiago, catorce años despues en Mendoza, i en 1730 estaba en Concepcion, donde fué testigo del espantoso terremoto que arruinó la ciudad el dia dos de julio de ese año.

«En estos viajes i trabajos, el padre Olivares habia recorrido la mayor parte de Chile; i como ya lo hemos dicho, aprovechó la circunstancia de visitar las diversas casas de residencia de los jesuitas para estudiar los archivos de la Compañía, i recojer en ellos copiosas notas para escribir su historia. En 1736, hallándose en Santiago, emprendió la redaccion de su obra; a que consagró, segun se deja ver en ella, dos años completos. Poco habituado todavía a este jénero de trabajos, el padre Olivares escribia con embarazo, i sin el pensamiento de dar a luz sus escritos. Queria solo reunir noticias importantes o curiosas que parecian destinadas a perderse, para que pudieran aprovecharlas los historiadores futuros. Ignoraba entónces que otro jesuita mucho mas esperimentado como escritor, el padre Pedro Lozano, componia en esa misma época una historia de la provincia de Tucuman i Paraguay de la Compañía de Jesus, en que hacia entrar la crónica de los jesuitas de Chile, miéntras estuvieron sometidos al mismo provincial que los que residian al otro lado de los Andes[11]. Sin esta circunstancia, Olivares no habria tal vez acometido su empresa; i no tendríamos hoi la *Breve noticia de la provincia de la Compañía de Jesus de Chile*.......

jes indicados, como hemos dicho, ha silenciado completamente la parte que pudo caberle en tan importante mision.

Este padre Felipe de la Laguna escribió una *Carta de la fundacion de N. S. de Nahuelhuapi*, que un colega, el jesuita Nyel estractó en frances i que mas tarde fué publicada en las *Lettres ediffiantes;* pero en ella no se habla de Olivares, [Tomo II, pájs. 84 i sigts., Paris, 1843] i por el contrario, el autor declara que llevó por compañero al padre José María Sessa, el cual fué subrogado por Juan José Guillelmo.

11 La obra del padre Lozano titulada *Historia de la Compañía de Jesus de la provincia del Paraguay* fué impresa en Madrid en 1754 i 1755, en dos volúmenes en folio. Solo alcanza hasta 1614; pero en esa parte es mucho mas noticiosa que la crónica de Olivares. Mas adelante diremos algunas palabras sobre esta obra importante al hacer un lijero análisis de la historia del jesuita chino.

«Terminado este trabajo, el padre Olivares volvió á sus tareas de misionero, comenzando, segun parece, por la provincia de Cuyo, donde se hallaba por los años de 1740 o 1741[12]. Poco tiempo mas tarde regresó a Chile; i desde el año 1744 hasta el año 1758 sirvió en las misiones de la Araucanía, llegando a conocer perfectamente el idioma de los indíjenas[13]. En este período de catorce años, el padre misionero recorrió en diversas ocasiones casi todo el país ocupado por esos indómitos salvajes. Visitó varias veces los terrenos vecinos a la arruinada ciudad de la Imperial[14]; trasmontó en muchas ocasiones la famosa cuesta de Villagran[15]; sirvió algunos años en la mision de Tucapel viejo[16]; i pudo estudiar i conocer las costumbres de los indíjenas, sus poesías i sus discursos en las juntas solemnes a que eran convocados[17]. En esta época tambien residió una temporada en la plaza de Valdivia i sus alrededores, en donde se hallaba en 1755, segun lo dice él mismo al referir que en ese año dió sepultura a cuatro indios inhumanamente sacrificados. Ahí mismo vió los famosos lavaderos de oro de cuya riqueza da una noticia indudablemente exajerada[18].

«Hemos dicho que el padre Olivares no pensaba dar publicidad a su historia de los jesuitas en Chile. Sin embargo, su manuscrito fué conocido por algunos otros jesuitas, i éstos lo estimularon a que emprendiera un trabajo mas vasto todavía. Parece que en esta determinacion influyó el padre Ignacio García, mui famoso entónces i despues por su ascetismo i por los milagros singulares que le atribuyeron sus contemporáneos; i aún que sus superiores indujeron al padre Olivares a escribir una historia completa de Chile. En 1758, hallándose en Chillan, dió principio a su trabajo, o a lo ménos entóncés escribia el capítulo III del libro I[19]; pero conti-

12 *Historia civil*, páj. 73.
13 Id. id., páj. 8.
14 Id. id., pájs. 127 i 128.
15 Id. id., páj. 160.
16 Id. id., páj. 76.
17 Id. id., pájs. 41, 42, 43 i 44.
18 Id. id., páj. 46.
19 Id. id., páj. 20.

nuó su obra en Santiago[20], i por último, teniéndola ya mui adelantada, la hacia copiar en Concepcion el año de 1767, cuando llegó a Chile la pragmática de Cárlos III, que disponia el estrañamiento de todos sus dominios de los individuos de la Compañía de Jesus.

«El padre Olivares contaba entónces mas de noventa i dos años. Sin embargo, fué embarcado como los demas jesuitas, i remitido al Perú, de donde debia salir para España. Durante la residencia de dos meses (de 12 de marzo a 3 de mayo de 1768) que los jesuitas tuvieron que hacer en Lima, Olivares fué despojado de sus manuscritos por órden del virei don Manuel de Amat i Junient. El asesor de éste, don José Perfecto Salas, que habia vivido largos años en Chile, i que profesaba particular cariño a este país, recojió la segunda parte de la *Historia militar, civil i sagrada de lo acaecido en la conquista i pacificacion del reino de Chile.* Se sabe que los jesuitas espulsados de Chile, salieron del Callao el 7 de mayo, i desembarcaron en Cádiz el 7 de diciembre de 1768, para ser trasportados poco tiempo despues a Italia. Olivares fué a establecerse, como muchos de sus compañeros, en la ciudad de Imola, en los estados pontificios.

«Sus antecedentes de misionero entre los indios de Chile durante tantos años, su edad avanzada, el prestijio de sus trabajos históricos, i quizás las prendas de su carácter, eran causa de que los otros espatriados de este país rodearan al padre Olivares con su respeto. Algunos de ellos quisieron consagrar el ocio forzado que les imponia el destierro a dar a conocer en Europa la historia natural i civil de su patria, pero les faltaban los datos para tal empresa. De los manuscritos de Olivares solo poseian la primera parte de la historia civil, que comprendia desde la conquista hasta 1655; i a ella acudieron como a una fuente segura de informaciones; pero, por mas dilijencias que hicieron, no alcanzaron a procurarse una copia de la segunda parte, que habia quedado en el Perú.

20 Id. id., 80. En 1761 escribia Olivares el capítulo XV del libro II. Véase la páj. 138. Perez García añade que en 1764 (el jesuita) redactaba su obra.

«Es preciso leer las líneas en que esos historiadores lamentan el no tener a la mano el manuscrito de Olivares para que se vea cuán grande es la estimacion que de él hacian. El abate don Juan Ignacio Molina, que publicaba su *Historia natural y civil de Chile* en los años de 1782 i 1787, se espresa en los términos siguientes:

«El primer tomo manuscrito de la *Historia de Chile* del señor abate Olivares, que tengo en mi poder, i otras relaciones impresas, me proveian los materiales necesarios para conducir mi obra hasta el año de 1655. El segundo tomo del dicho autor, que debia suministrarme el resto hasta nuestros tiempos, se hallaba en el Perú, pero me lisonjeaba poderlo tener dentro del mismo año. Esta esperanza quedó enteramente desvanecida. El volúmen tan deseado aún no ha venido a mis manos; de suerte que me he visto obligado a procurar por otra parte las noticias que pensaba sacar de él, las cuales por este motivo no deben ser de tanta importancia»[21]. En otra parte, hablando de esta misma obra, dice: «Se puede llamar perfecta en este jénero la historia del abate Olivares, segun la crítica i exactitud con que ha sabido presentar los hechos mas importantes de la guerra casi contínua entre los españoles i los araucanos»[22]. El abate don Felipe Gomez de Vidaurre, que en 1789 terminaba la revision de una historia natural i civil de Chile, que hasta ahora permanece inédita, es ménos entusiasta que Molina al hacer el elojio de la obra de Olivares, pero no vacila en considerarla la mejor que se haya escrito sobre la historia de nuestro país[23].

«Estas alabanzas decidieron al fin a Olivares a hacer algunas

21 Molina, *Historia civil de Chile*, prólogo.

22 Molina, *Historia natural de Chile*, prólogo.

23 «La historia de Chile de don Miguel de Olivares, dice Vidaurre, mas que todas hubiera contribuido a dar a conocer este país; pero se halla hoi comprendida en la catástrofe de los jesuitas. En ella el autor hace ver, aunque mui lijeramente, la situacion i division natural del reino, muchas bellas producciones, aunque sin especificar sus usos, i a lo que pueden aplicarse: el carácter de sus primeros habitantes, aunque no tan bien entendido, fuera de otros no ménos notables defectos que ciertamente anublan su gloria. Pero ella es en fin la que hace mas conocer así el reino como los habitantes de él» *Historia jeográfica, natural i civil del reino de Chile*, m. s., prólogo.

dilijencias para obtener su manuscrito perdido. Desde los últimos años del reinado de Cárlos III se hacia sentir en la Corte española una reaccion en favor de los jesuitas, o a lo ménos se habia calmado la irritacion que contra ellos existia poco ántes. El ex-jesuita Vidaurre no habia vacilado en dedicar el manuscrito de su historia a don Antonio Porlier, ministro de gracia i justicia del soberano que decretó la espulsion de su Orden. El abate Olivares fué mas léjos todavía: en 1788, cuando ya debia estar a las puertas de la muerte, hizo llegar a manos del rei, por medio de su embajador en Roma, el manuscrito de la primera parte de su *Historia civil*, acompañando este obsequio con una solicitud en que espresaba que la segunda parte de su obra, interceptada por el virei del Perú, se encontraba, segun sus informes, en poder de don José Perfecto Salas. Olivares terminaba su memorial declarando que estaba dispuesto a dedicar lo que le quedaba de vida i de vista a acabar la segunda parte que estaba mui adelantada, i a retocar todo lo que tenia escrito. Tales eran sus deseos; pero como deseos de un hombre que contaba en esa época mas de ciento tres años, no se vieron realizados. El ministro Porlier dió orden terminante al presidente de Chile para que hiciera buscar los manuscritos de Olivares i los remitiese a España con toda puntualidad. El presidente don Ambrosio O'Higgins los halló, en efecto, en este país, los hizo ordenar i completar por don José Perez García, autor, como se sabe, de una estensa historia de Chile, i los remitió a la Metrópoli en agosto de 1790[24]. Es mui probable que Olivares hubiese muerto ya cuando esos papeles llegaron a Madrid. En ninguna parte hemos podido hallar una indicacion cualquiera que nos señale la época de su fallecimiento.

«De las dos obras que escribió el padre Olivares, fué la segunde, la *Historia militar, civil i sagrada del reino de Chile*, la que mas recomendaciones mereció de sus contemporáneos. Era una crónica que comprendia todos los sucesos ocurridos en este país

24 Don Miguel Luis Amunátegui ha publicado tres interesantes documentos sobre este punto de la vida del padre Olivares en *Los precursores de la independencia de Chile*, tomo I, cap. VI, § XVII.

desde los primeros años de la conquista hasta el año de 1766. De ella solo conocemos la primera parte, que fué la que el autor mandó de Italia a Cárlos III en 1788. Una copia de ella poseia en Sevilla el señor don José María de Alava i Urbina, distinguido bibliógrafo español que en 1852 se dignó obsequiarla al Gobierno chileno; i ella ha servido para salvar del olvido esa obra del historiador chileno[25]. La segunda parte que, segun presumo, debia comenzar con los sucesos de 1655, i que fué remitida a España en 1790 por el presidente de Chile don Ambrosio O'Higgins, parece definitivamente perdida.[26]. Creo que la última seccion de esta segunda parte constaba solo de apuntes mas o ménos inconexos: i se sabe de positivo que un fragmento considerable, compuesto de cuatro capítulos, se estravió en Chile ántes de ser remitido a la Metrópoli[27].

«De todos modos, la parte que ha llegado hasta nosotros de la obra del padre Olivares basta para suministrarnos un juicio cabal de su mérito i para comprender que los elojios que le prodigaron Molina i Vidaurre son sumamente exajerados. Olivares escribia su historia civil sin conocer los documentos guardados en los archivos, o teniendo a la vista solo uno que otro que habia caido en sus manos. Conocia las obras de Antonio de Herrera, del padre Ovalle, de Ercilla, de Jofré del Aguila, de Tesillo i de Bascuñan, los viajes de Fresier i de don Jorje Juan i don Antonio de Ulloa, la crónica latina de los jesuitas del Paraguay del padre Techo, los dos últimos libros de la historia del padre Rosales, una descripcion del obispado de Santiago por don José Fernandez de

25 Desgraciadamente, la copia obsequiada por el señor Alava estaba incompleta, i la edicion que se hizo en el tomo IV de la *Coleccion de historiadores chilenos* ha tenido que ajustarse a ese manuscrito único. Para probarlo, bastará recordar que en el libro I se pasa del capítulo IX al XIII; i ésta no es la única falta de esta especie. Creo tambien que esta parte debia terminar en 1654 i no en 1639, como se ve en la copia a que nos referimos.

26° Nosotros hemos sido bastante felices para dar en Lima, trasegando papeles viejos, con un fragmento considerable de esta *Segunda Parte*, que abraza desde los fines del libro VIII hasta casi la conclusion del IX, segun nos parece. En esas pájinas puede verse que Olivares cumplió la promesa tantas veces hecha de escribir la vida del padre Nicolas Mascardi.

27 Nota del presidente O'Higgins al ministro español don Antonio Porlier, de 15 de agosto de 1790.

Campino i la historia manuscrita de Córdoba i Figueroa, que le ha servido de guia principal, de ordinario única, i a la cual estracta casi fielmente en muchas ocasiones. Cuando se conocen todos estos libros se comprende que con ellos no solo no se podia hacer una historia perfecta, como decia Molina de la que escribió el padre Olivares, pero ni siquiera un libro medianamente exento de graves errores i de notables vacíos.

«Pero, al mismo tiempo es justo decir que la *Historia civil* de Olivares tiene un mérito propio en las descripciones de los lugares que él mismo habia visto, en las noticias referentes a las costumbres de los indíjenas que habia observado personalmente, i en los datos curiosos que recojió sobre la historia de las órdenes relijiosas, muchos de los cuales se buscarian en vano en otros libros. En todos estos puntos, Olivares puede ser considerado historiador orijinal. No se puede tampoco leer su obra sin reconocer en ella cierta independencia de juicio al pronunciar su fallo sobre cuestiones en que los jesuitas estaban interesados en presentar los hechos bajo otra luz. Nos bastará citar su opinion sobre el sistema con que el padre Luis de Valdivia pretendió someter a los araucanos por medio de una guerra puramente defensiva i de misiones relijiosas, de que tanto se ha hablado como del mas alto timbre de la Compañía de Jesus en Chile. «De este modo, dice, terminó la guerra defensiva despues de tres años de duracion, en que, hablando con injenuidad, no se habia esperimentado provecho, porque se habian causado gastos de siete millones en pagamentos de soldados que no hacian cosa, i en construcciones de fuertes i atalayas que eran mui corta defensa de vidas i haciendas»[28].

«La otra obra del padre Olivares, la historia de los jesuitas de Chile, aunque no ha merecido los elojios de la historia civil, es inmensamente superior como conjunto de noticias i mas aún como cuadro de las costumbres, de las ideas i de las preocupaciones de la edad colonial. Comenzaremos por advertir que escrita

28 *Historia civil*, páj. 359.

en 1736, cuando el autor no habia hecho un prolijo estudio de la historia de Chile, adolece de muchos i a veces graves errores en lo que concierne a los sucesos políticos. Mas aún, que no habiendo podido conocer mas que los documentos que los colejios i casas de jesuitas guardaban en sus archivos, ha desconocido muchos hechos que los provinciales de la Compañía consignaban en sus cartas anuas, o relaciones periódicas en que referian a sus superiores de Roma o de España los progresos de la órden, los trabajos de sus operarios, los hechos políticos relacionados con ellos, i en fin, todo aquello que podia interesar a los jefes de una institucion que querian estar al corriente de todo lo que sucedia en aquel lugar de la tierra donde hubiera algunos jesuitas. Parece que en Chile no se conservaban las copias de todos los documentos de esta clase, i aún que algunos superiores de este país no habian cumplido fielmente con las prescripciones de su instituto. Olivares no tuvo a la vista algunas de esas relaciones, i de ahí nace sin duda la omision de muchos hechos importantes i la confusion de otros.

«Decimos esto porque hemos cotejado escrupulosamente su relacion con la que nos ha legado el padre Pedro Lozano en su *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesus.* Los jesuitas habian reunido un copioso archivo en el colejio de Santa Catalina, en las cercanías de Córdoba, con los documentos recojidos en el Perú i aún en España, i con un gran número de narraciones históricas impresas e inéditas. Poseian, entre otras, una estensa historia manuscrita, formada por dos tomos en folio, que compuso en 1640 i 1650, el padre provincial Juan Pastor, testigo de muchos de los hechos que narra. Lozano, en su carácter de cronista de la Compañía, pudo disponer de esos documentos, i se halló así en mejor situacion que Olivares para escribir la historia de los jesuitas de esta parte de la América, que sin embargo no llevó mas que hasta el año de 1614, es decir, miéntras las provincias jesuíticas de Córdoba i de Chile formaban una sola. De este modo ha podido reunir un cúmulo inmenso de noticias, i dar a su historia una estension tal que si la hubiera continuado hasta

la época en que la escribió, habria necesitado componer diez o doce volúmenes en folio en vez de los dos únicos que publicó. Olivares, que carecia de esos elementos, ha tenido que pasar mas de lijero sobre muchos hechos, i ha confundido otros, de tal manera que su historia necesitaba algunas notas esplicativas o complementarias que hemos tenido que poner al pié de muchas de sus pájinas.

«Sin embargo, el padre Olivares ha sabido sacar provecho de los documentos que tenia a la vista; pero recojiéndolos aisladamente en el archivo de cada casa, ha dividido su asunto en secciones o capítulos que corresponden a cada una de las casas o colejios que tuvieron los jesuitas de este país. Esos capítulos, independientes entre sí, habrian podido colocarse en cualquier órden sin que la historia ganara o perdiera, i sin conseguirse dar al conjunto la unidad de que carece, i que solo habria podido conseguirse rehaciendo por completo toda la obra para esponer los hechos en un órden en que se desenvolvieran ordenada i cronolójicamente.

«Este plan, o mas bien esta falta de plan, puede hacer embarazoso el estudio de la historia del padre Olivares, porque obliga al lector a volver en cada capítulo sobre hechos i sobre tiempos que creia haber dejado atras. Pero el que quiera examinarla con paciencia encontrará en ella un conjunto de noticias utilísimas no solo para conocer la historia de los jesuitas en Chile, sino para completar el conocimiento de la historia política i civil. Desde luego debemos declarar que su libro es una crónica casi completa de cuanto hicieron los jesuitas en Chile, de las casas que fundaron, de las misiones que dieron, de los trabajos en que ejercitaron su notable actividad hasta el año de 1736. El padre Olivares, por otra parte, mas injénuo i sincero que otros historiadores de su órden, ha cuidado de suministrarnos noticias que no se hallan de ordinario en los escritos de los jesuitas, o que son en ellos mucho ménos completas i mucho ménos claras que las que él nos da. Citaremos algunos hechos en apoyo de nuestro aserto.

«La historia de la fortuna inmensa que los jesuitas acumularon

en nuestro país, está bosquejada con bastante luz en la obra de Olivares. Señala éste casi todas las donaciones que se hacian a la Compañía, en tierras, en casas, en dinero, en ganado i en esclavos; porque el padre Olivares revela que a pesar de que los jesuitas se proclamaban adversarios del sistema de encomiendas, que reducia a los indíjenas al servicio personal, ellos tuvieron siempre yanaconas o indios de servicio, como tambien tuvieron esclavos negros para el cultivo de sus tierras, o para las faenas industriales o para los menesteres domésticos. Conviene advertir que Olivares da estas noticias con todo candor, sin creer que su libro pueda dar oríjen a las acusaciones de codicia que entónces comenzaban a hacerse a los jesuitas, i que mas tarde se han fulminado con grande enerjía. Siempre que recuerda alguna de las donaciones que recibia la Compañía, tiene cuidado de advertir que Dios habia tocado el corazon del donante, el cual iba a encontrar en el cielo el premio de su desprendimiento.

«Se sabe cuanto se ha escrito en loor de las misiones de jesuitas entre los indios bárbaros de Chile. Se ha dicho que convertian al cristianismo i reducian a la civilizacion a los salvajes mas feroces; i que si los gobernadores hubiesen coadyuvado a la ejecucion del plan del padre Luis de Valdivia, si no lo hubiesen embarazado i si no le hubiesen puesto término, los jesuitas habrian asegurado la conquista i la pacificacion de todo el territorio. El padre Olivares, aunque admirador entusiasta de los misioneros jesuitas, entre los cuales habia servido él mismo, aunque los defiende ardorosamente en cada una de sus pájinas, da mucho ménos importancia a sus servicios. Ya hemos visto que en su historia civil declara que el plan del padre Valdivia no surtió el efecto deseado: en su crónica de los jesuitas se manifiesta inclinado en contra de ese plan, i en favor del sistema de los militares, que consistia en acometer i castigar a los indios cada vez que ejecutaran alguna agresion.

«Acerca de las conversiones de indíjenas practicadas por los misioneros, el padre Olivares es mas esplícito todavía. Segun él, el fruto de las misiones se reducia al bautismo de uno que otro

adulto que se convertia a la hora de la muerte, i de los párvulos a quienes dejaban bautizar sus padres, i los cuales se iban al cielo si tenian la dicha de morir ántes de la pubertad, esto es, ántes de haber adquirido los hábitos i vicios de sus padres[29]. Olivares, ademas, tiene cuidado de advertir que cuando los indios eran pobres i no podian alimentar muchas mujeres, o cuando vivian en una rejion en que no podian trabajar bebidas ni embriagarse, esos salvajes eran mucho mas tranquilos i dóciles, i se hacian cristianos fácilmente[30], lo que no sucedia en otras provincia a pesar del celo que, segun el historiador, ponian en ello los jesuitas. Por último, Olivares declara francamente, que si en Chiloé se lograron «los apreciables trabajos de los misioneros», fué debido a que los indios no podian mantener por su pobreza mas que una mujer, a que carecian de chicha i de vino, a que eran por naturaleza dóciles i humildes, i principalmente por estar sujetos a los soldados españoles cuando llegaron allí los padres jesuitas a predicarles la relijion[31]. No se pueden reducir a mas modestas proporciones los triunfos alcanzados por los misioneros en la conversion de los indíjenas de Chile.

«No es ménos injénuo el padre Olivares al dar a conocer los frutos que se sacaban del seminario para indíjenas mandado fundar por el virei en la ciudad de Chillan, i establecido allí en 1700 bajo la direccion de los padres de la Compañía. Los indios que se quedaban toda su vida entre los españoles, vivian en paz como cristianos i como hombres civilizados; pero los que volvian a sus tierras, léjos de propender a la conversion i a la civilizacion de sus parientes, tomaron todos los vicios de éstos i volvieron a la vida salvaje como si nunca hubieran recibido las lecciones de los padres jesuitas[32].

29 «Se ha dicho que el fruto que se cojia sin exajeracion (en las misiones), dice Olivares en la páj. 477 de este libro, solo era de algunos párvulos que morian con el agua del bautismo, i de tal cual adulto que a la hora de la muerte se convertia». Este mismo concepto está repetido en otras partes de su obra. Véanse, entre otras, las pájs., 268, 327, 358, 359, 477, 492, 494.

30 Véanse las pájs. 361 i 373.

31 Véase la páj. 363.

32 Id. id. 486.

«Pero si estas injénuas declaraciones alejan al padre Olivares del espíritu jeneral de los escritores de su órden, en todas sus pájinas se muestra su mas firme i decidido defensor, empeñándose en probar la superioridad de los jesuitas sobre los individuos de las otras relijiones. Llega a este resultado a veces por medios indirectos, poniendo en boca de los indios pequeños discursos en que se establece esa superioridad[33], i en otras ocasiones sosteniendo firmemente i en su propio nombre la ineficacia de las misiones hechas por relijiosos estraños a la Compañía[34]. El espíritu de cuerpo del padre Olivares se trasluce igualmente cuando defiende los intereses de la Compañía, como la necesidad que habia de que el rei siguiera abonándole un sínodo para el sostenimiento de las misiones[35]. Allí mismo el historiador deja ver que aquella institucion era ya desde el siglo XVII objeto de muchas acusaciones[36].

«Una de las singularidades del libro del padre Olivares, que habrá de sorprender a los que no estén habituados a la lectura de esta clase de obras, es el gran número de milagros portentosos que contiene. Es preciso advertir que en este punto, este historiador no hace escepcion entre los escritores de su órden, sino que, por el contrario, sigue la regla jeneral. Olivares cuenta esos milagros del mismo modo que los han contado las cartas anuas de los jesuitas, los historiadores Ovalle, Rosales i Lozano, i hasta el padre Charlevoix, que publicaba sus libros en Paris en pleno siglo XVIII. Los milagros abundan tambien en los otros antiguos cronistas de América; pero hai que hacer notar una diferencia entre los que ellos refieren i los que consigna Olivares. La jeneralidad de los cronistas cuenta largamente los prodijios operados por el cielo en favor de la conquista de estos países, para probar con ello que Dios protejia abiertamente la causa del rei de España. Olivares no refiere esos milagros que podrian llamar-

33 Id. id. 67, 71 i 113.
34 Id. entre otras la páj. 478.
35 Id. id. id. la páj. 479.
36 Id. id. 497 i siguientes.

se políticos, como si no creyera en la proteccion divina en favor del monarca i de los conquistadores. Cuenta sí los milagros operados por los jesuitas i para los jesuitas, a quienes pinta como los hijos predilectos de Dios i los mas formidables enemigos del demonio. Entre otros muchos casos que podrian citarse en apoyo de esta aseveracion, vamos a recordar uno solo. En la mision de Buena Esperanza habia una india atacada de una rara enfermedad, a la cual describe como poseida por el demonio. El padre jesuita Nicolas Mascardi quiso arrancarle el demonio poniendo en juego las ceremonias de estilo. Entre otras acercó a la india una hostia consagrada: el demonio se mantuvo rebelde sin querer abandonar el cuerpo de que se habia apoderado; pero el padre le aplicó entónces una reliquia de San Ignacio, i el enemigo del jénero humano, vencido por este poderoso talisman, se escapó en forma de perro por un oido de la enferma dejándola deshinchada i tranquila[37]. En otras partes, Olivares hace intervenir la proteccion divina en favor de los intereses temporales, las estancias i ganados de la Compañía[38].

«Los milagros ocupan una buena parte del grueso volúmen que forma la historia de los jesuitas del padre Olivares. Como los milagros no son de nuestro tiempo, algunos de los lectores creerán talvez que habria convenido suprimirlos, i dejarla solo reducida a la relacion de los hechos que puedan interesar a la posteridad. Sin duda que si hubiéramos hecho esto, el libro que hoi damos a luz habria sido inmensamente mas corto i su lectura habria sido talvez ménos fatigosa. Pero no hemos querido hacerlo así, porque creemos que la relacion de tantos prodijios tiene una grande importancia histórica. Esos milagros por estraños i absurdos que nos parezcan, fueron una de las bases fundamentales de la enseñanza que se daba a nuestros mayores, cuyas cabezas recojian desde la niñez las supersticiosas patrañas que se les comunicaban, i que mantenian i afianzaban el predominio absoluto de la teocracia. El historiador debe hacerse cargo de estos antecedentes

37 Id. id. 127.
38 Id. entre otras la páj. 255.

para conocer i apreciar las causas que produjeron el estado moral de la sociedad de la colonia.

«Si el padre Olivares merece un puesto distinguido entre los historiadores chilenos, como escritor ocupa un lugar mas modesto. Su narracion corre a veces fácilmente; pero otras se embaraza i emplea frases interminables, enredadas i confusas. A nuestro juicio, proviene esta diferencia de los materiales que el historiador tenia en sus manos cuando escribia. Si tenia delante una relacion o carta en que los hechos estuvieran referidos regularmente, al trascribir esos hechos su estilo se amoldaba a ese modelo, i era regular i hasta animado. Pero cuando esos documentos le faltaban, cuando él quiere discutir alguna cuestion, como sucede en el parágrafo VI del capítulo XVII, parece abandonado a sus propias fuerzas, i su estilo se hace casi insoportable. El lector que busca en estas pájinas la enseñanza histórica i no los primores literarios, disculpará esta imperfeccion i celebrará que se haya salvado del olvido la *Historia de la provincia de la Compañía de Jesus de Chile*»[39].

Entre los jesuitas que en la medianoche del 26 de agosto de 1767 debieron abandonar la patria chilena en obedecimiento de las órdenes del soberano, especial mencion merecen para nuestros propósitos don Juan Ignacio Molina i don Felipe Gomez de Vidaurre; i aunque no debiera corresponderle al primero un lugar en la historia literaria de Chile por cuanto sus obras fueron escritas en idioma estranjero, queremos decir en este lugar dos palabras de su *Historia civil*, reservando para otra oportunidad la apreciacion de sus trabajos científicos.

Publicado su libro en Bolonia el año de 1787 en un estilo tan culto, dice quien podia bien juzgarla[40], que es fácil persuadirse que quiso rivalizar en elegancia con los mas aventajados autores italianos; fué traducido i dado a la estampa en Madrid por don Nicolas de la Cruz en 1795.

39 Diego Barros Arana, *Introduccion a la Historia de la provincia*, etc.
40 Santagata, *Elojio*, *trad.* Berrios Casamayor, páj. 7.

Desde las primeras pájinas se nota que la historia en manos de Molina adquiere nueva forma i nuevos alcances que los usados de ordinario por otros autores chilenos: en posesion de conocimientos nada vulgares i de lo que autores estranjeros habian publicado sobre Chile, impregnado de la atmósfera de saber en que respiraba i en contacto diario con jentes ilustradas, estaba en aptitud de proceder con mas tino, discrecion i criterio que cuantos le habian precedido en la redaccion de la historia patria. Espíritu profundamente observador, no limita sus miras a Chile sino que las estiende hasta hacerlas aplicables al oríjen i progreso de las sociedades, a su gobierno i organizacion política, i ¡cosa rara! su hábito de sacerdote no es un obstáculo para que juzgue con sano juicio los sucesos milagrosos de la conquista i los díceres mas o ménos destituidos de fundamento inventados por la credulidad de otros que le precedieron en la narracion que llevaba entre manos.

Molina, pues, ante todo discurre escojiendo los buenos testimonios i desechando los que le merecian poco crédito, por mas que a veces dé demasiada estension a algunos sucesos i silencie otros de importancia. En esta parte, sin embargo, es imperdonable la fe que prestó al fabuloso relato de Santistévan i Osorio admitiendo con él la fabulosa existencia de un segundo Caupolican.

Pero en su descripcion del pueblo araucano, que es la parte que está mas impregnada del sello de su persona i observaciones, despierta verdadero interes i alcanza a un grado de perfeccion estraordinario. En su relato, ademas, trabajado en fuerza de sus recuerdos, ha podido dar completo ensanche a las cualidades brillantes de su pluma i hacerse de esta manera leer con agrado. Tal es a nuestro juicio el secreto de esa brillantez de su estilo que hace de su libro una lectura fácil i amena.

Compañero de profesion, víctima de la misma suerte i con no pocos puntos de contacto en el jiro de sus estudios i en el alcance de sus producciones fué don Felipe Gomez de Vidaurre. Natural de Concepcion, pertenecia a una familia que habia derramado

muchas veces su sangre en servicio de la causa real. Estrañado mas tarde de Chile habia partido para Lima i de ahí en 21 de abril de 1768 en direccion a Europa. Como Molina, se estableció tambien en Bolonia, de donde en 28 de enero de 1789 escribia a don Antonio Porlier, secretario del rei de España, remitiéndole un manuscrito titulado *Historia jeográfica, natural y civil del Reyno de Chile*, al parecer con el fin de que se publicase. Vidaurre jamas hubiese pensado en concluir su obra i en prepararla para ver la luz pública a no mediar las instancias de aquel magnate; pero los propósitos del ex-jesuita no se han cumplido aún, i su libro permenece todavía inédito en Madrid en la Biblioteca de la Academia de la Historia. En Chile no existe mas copia que la que posee el señor Barros Arana, incompleta en la parte que trata de la historia natural.

«El reino de Chile, decia Vidaurre, que yo considero como uno de los países mas beneficiados de la naturaleza, lo hallo todo él tan desfigurado por los jeógrafos, que apénas por la descripcion que de él hacen, se puede venir en conocimiento de su situacion en el orbe. Su benigno clima no solo injustamente degradado de aquel punto en que debe colocarse, sino que lo han llegado a poner en la clase de los mas nocivos o mortíferos; sus producciones utilísimas u omitidas del todo, o mal esplicadas, o equivocadas, o confundidas; sus habitantes nada bien caracterizados, sus guerras no espuestas con aquella sinceridad i verdad que conviene; finalmente, su estado presente por ninguno espuesto. Hé aquí lo que me ha hecho pensar en una historia jeográfica, natural i civil de este reino.

«Los autores, agrega mas adelante, se estienden hablando del reino animal sobre la multiplicacion que han hecho en el reino de Chile los animales llevados de Europa, mereciéndoles tan poca atencion los propios del país, que han quedado satisfechos de su trabajo con solo haberlos indicado... Una historia, pues, que ponga bajo los ojos del lector el reino no mas estendido de lo que él es, que hiciese ver su division natural, que hable de estas sus partes, que esplicase su temperamento, su clima,

aduciendo las causas que lo constituyen tal cual se representa, que no omitiese sus meteoros, que hiciese ver sus aguas, tanto de lluvias como minerales i termales, que describiese sus volcanes, refiriendo sus erupciones, que no pasase en silencio sus terremotos, como las causas que para ello puede haber, habria descrito de modo el reino de Chile que ello solo desterrara fundadamente los errores de los jeógrafos».

Vidaurre continúa aún desarrollando su programa de lo que debiera ser una historia de Chile entendida segun los verdaderos preceptos del arte, i concluye con estas palabras: «hé aquí la idea de lo que te presento, benigno lector; conozco lo grande del asunto i veo que mis fuerzas no pueden llegar a llenar el proyecto. Con todo, yo lo abrazo por el deseo que tengo de servir al público i de hacer conocer a mi patria en su propio i verdadero aspecto».

Para la realizacion de sus propósitos contaba el ex-jesuita, ademas de su buena voluntad, con un tiempo que podia dedicar por entero a sus tareas, libre, como se hallaba, de todo ministerio, con conocimientos de lo que las obras impresas, así de indíjenas como de estranjeros que se habian escrito hasta entónces apuntaban sobre su patria, i con la cooperacion de cerca de doscientos sujetos que vivian con él en un pueblo relativamente corto i todos mas o ménos versados en las cosas del país cuya historia iba a tratar.

Ya hemos visto que hasta ahora habia sido condicion como inseparable de las historias chilenas el que cada autor consignase en ellas hechos personales, como escritas que habian sido por quienes ordinariamente fueron actores de la sucesos que recordaban; pero ya desde Molina, especialmente en Vidaurre, este sello característico desaparece en su totalidad i solo encontramos en su obra al historiador en la plenitud de sus funciones, examinando imparcialmente los hechos, asentando solo lo que creia justificado o mas probable, sin mezclarse para nada en las contiendas o sucesos relacionados.

Vidaurre ha dividido su obra en once libros, de los cuales el

segundo, tercero i cuarto (que no nos corresponde noticiar en este lugar) se refieren a la historia natural; el primero a la jeografía, i los restantes a los sucesos políticos; debiendo mirar en ellos como una novedad el ensayo de crítica que ha insertado en el prólogo i las noticias sobre historia literaria, social i comercial que se rejistran mas adelante.

Hai en el modo de composicion de su libro dos sistemas perfectamente marcados i que le dan diverso mérito segun sea aquel de que se valga: cuando habla de hechos que le son familiares, o que conocia bien, deja correr la pluma tranquila i mesurada, sin ningunas pretensiones de estilo, i entónces es a veces animado i natural; pero cuando por el contrario, se trata de sucesos mas o ménos remotos que ha debido estudiar para penetrarse de ellos, su esfuerzo se trasluce a cada paso, i en lugar de una sencilla naturalidad se presenta el gastado recurso de imajinarias arengas i de vanas declamaciones. Esos discursos en sí mismos valen poca cosa; no está allí en su elemento; son frios, sin alma, i los emplea cuando supone a sus personajes en situaciones difíciles.

El libro de Vidaurre, sin estar destituido de mérito, se halla, sin embargo, distante de poderse poner en parangon con los dos de que vamos a hablar pronto; escrito desde la distancia, sin los elementos necesarios para la ejecucion de un trabajo completo, no debemos ver en él sino la obra bien intencionada de un desterrado que ha querido acordarse de su hogar en la distancia i darlo a conocer a quienes tan ignorantes se mostraban de los hechos realizados en él.

CAPITULO XV.

ORATORIA.

Aguilera.—Carrillo de Ojeda.—Ferreira.—Lillo i la Barrera.—Viñas.—Jáuregui.—Predicadores jesuitas.—D. Manuel de Vargas.—Espiñeira.—Alday.—Cano.—Zerdan.—Lastarria.

El primer chileno de quien se tenga noticia que cultivando la oratoria sagrada dejase algun monumento escrito, fué el jesuita Fernando Aguilera, oriundo de la ciudad Imperial, e hijo del valiente conquistador Pedro de Aguilera. En 1579, a los diez i ocho años, abrazaba el Instituto de Jesus, i en 1600 era ya profeso de cuarto voto. En la primera entrada que los jesuitas hicieron en Chile, Aguilera doctrinó en lengua araucana[1], i desde entónces vivió constantemente dedicado a la predicacion evanjélica, trabajando especialmente en la conversion de los indios; legando a la posteridad como fruto de sus tareas de misionero varios volúmenes de *Sermones* en estado de darse a la prensa, al decir de un biógrafo de la Compañía. De Chile pasó Aguilera a rejir el colejio de la Paz i fué a morir al Cuzco, «cargado de dias i de buenas obras», el año de 1637[2].

Mui pocos años despues que Aguilera espiraba en el Perú, un fraile agustino de quien hemos debido ocuparnos ya en mas de

1 Olivares, *Hist. de los Jes.*, páj. 18.
2 Sotuello, *Bibliotheca Societatis Jesu*, páj. 202.

una ocasion, i que a una intelijencia fácil de abarcar los objetos mas variados unia una ilustracion nada comun, frai Agustin Carrillo de Ojeda, predicaba en Lima en las vísperas de su regreso a Chile, en presencia de la primera autoridad del vireinato, un *Sermon de dos festividades sagradas, etc.* Carrillo era en esa época rejente de estudios de la provincia chilena i habia ido a Lima en calidad de procurador jeneral.

Nuestro orador se propuso espresar «lo que alcanzó la especulacion» en el tema esencialmente teolójico que se habia propuesto dilucidar, i lo hizo con una erudicion completamente inadecuada a las circunstancias, i, sin embargo, tan al gusto de su época que es mui difícil encontrar documento alguno que lleve impresas a su frente mas exajeradas alabanzas.

Muestra del entusiasmo despertado entre la jente de letras por el sermon de Carrillo de Ojeda pueden dar las siguientes *décimas*, que Fr. Miguel de Utrera, otro fraile de la Orden, su discípulo e hijo tambien de la provincia de Chile, escribió en honor suyo:

Con imperiosa eficacia
Supiste unir peregrino
Al Espíritu Divino
El sacramento de gracia:
Bien tu favor te regracia
La heróica intencion, haciendo
Que todos en ti, aprendiendo,
Vean, Carrillo, admirando
O la gracia predicando,
O el Espíritu, escribiendo.

Con él tu pluma valiente
Es en cada culto pliego,
De muchas lenguas de fuego
Sutil intérprete ardiente,
Cuyo primor elocuente,
Que a doctas líneas reduces
I la gracia que introduces
De erudiciones tan bellas
Son de aquel fuego centellas
I son de su llama luces. Etc.

Salvo esta corta interrupcion, el cetro de la oratoria sagrada continuó vinculado por largos años en los miembros del Instituto de Jesus, i ¡cosa singular! el primer jesuita que siguiera a Carrillo,

se hizo notar por un *Panegírico de la luz de los doctores Agustinos, etc.*

Su autor, Francisco Ferreira, i su hermano el padre Gonzalo Ferreira, al entrar en la Compañía cedieron su lejítima, de no escaso valer para aquellos años, para la fundacion de un noviciado en Santiago «i con esta hacienda que donaron se compró una casa, una viña i un molino con dos paradas de piedras, que todo estaba en una calle ancha que se llama la Cañada»[3]. No fué poco el desprendimiento de los hermanos Ferreiras, observa con razon el señor Barros Arana: «indudablemente ambos tenian el mas perfecto derecho al título de fundadores del noviciado de San Francisco de Borja; pero si ellos lo hubiesen reclamado para sí, los padres jesuitas no habrian podido ofrecer el mismo honor a otro individuo que quisiera hacerles un nuevo donativo. Así fué que contentándose los Ferreiras con el rango de benefactores, «dejaron la puerta abierta, agrega Olivares, para que otro diese la cantidad competente i pudiese ser fundador de la casa del Noviciado»[4]. Pero ya que los Ferreiras fueron asaz modestos para renunciar a su título de fundadores, el provincial de la Orden, en cambio, mandóles decir por toda la Compañía las misas que acostumbra por los benefactores.

Francisco Ferreira era de oríjen ilustre i tuvo por patria a Chile, al decir de un afamado escritor lusitano[5]. Algun tiempo despues de su entrada en la Compañía sirvió la cátedra de teolojía en Santiago; fué rector de Bucalemu, donde trabajó muchísimo en la fábrica del colejio, construyendo las casas i levantando la iglesia. En Santiago edificó el templo del Colejio Máximo, haciendo viaje espreso a Lima a tomar las medidas del que la Compañía poseia con la advocacion San Pablo, a cuya planta deseaba amoldar el edificio de Santiago. Mas tarde ascendió a vice-

3 Olivares, *Historia de los Jes.*, páj. 258. Esta casa i sitio era lo que formaba el hospital de «San Borja».

4 *Riquezas de los antiguos Jesuitas de Chile*, páj. 33.

5 Diego Barbosa Machado, (*Bibliotheca lusitana, histórica, critica e cronolójica* , t. 2.°, páj. 146) quien atribuye tambien a Ferreira un *Sermon de Santa Ana*, Lima, 1654, 4.° Backer, IV, 218.

provincial de Chile, i murió, por fin, de la gota despues de largos años de enfermedad.

Su *Panegyrico* fué honrosamente calificado por sus contemporáneos. Fr. Sancho de Osma[6], de la relijion de San Agustin, que probablemente se sentia agradecido a los elojios tributados por Ferreira al gran obispo de Hipona, le decia en letras de molde: «Un tan docto catedrático llamó testigos para que en voces públicas no censuren sino que aplaudan tanta instruccion a las costumbres, tanta elocuencia en sus discursos, tanta novedad en sus noticias, al fin, tantas luces de injenio»...

Ferreira predicó su sermon en el templo de las monjas agustinas en Santiago. Don Francisco Rodriguez de Ovalle que se encargó de darlo a la estampa, invocaba el testimonio de la abadesa doña Agueda de Urbina, i añadia: «De los aplausos V. M. con todo su coro de ánjeles fué testigo, i las voces del auditorio pregonero, que impaciente de delatarle la gloria casi le interrumpia los pensamientos». I espresaba en seguida como hombre galante: «mucho me costó sacar esta perla de las conchas de la modestia de su autor, pero desquito el cuidado que me costó al sacarlo, con el gusto del acierto al dedicarlo». La verdad del caso era que Ferreira presentaba en su discurso la apolojía del gran Agustin con gran método i cierta novedad, entremezclando con frases animadas, anécdotas de buen gusto en el árido campo de la pesada erudicion de los textos latinos.

Ocurrió en Santiago por los fines del siglo XVII la curacion de una monja carmelita que se suponia obrada por intercesion del santo jesuita Francisco Javier. Decíase que una noche en que doña Beatriz Rosa se hallaba en oracion, se le apareció el santo rodeado de luces, annunciándole su inmediato restablecimiento, i que en el acto sintió la monja «que con gran dolor se le conmovia el vientre, i aplicándose la reliquia del dicho santo que cargaba

6 Este relijioso era tambien autor de dos *Sermones* que se imprimieron, «ambos selectos i eruditos», dice Bernardo de Torres, (*Crónica*, páj. 241) uno *Del Nacimiento de Cristo S. N.* i otro *De San Antonio abad.*

consigo se halló repentinamente sin el bulto que tenia en el vientre».

Sobre este hecho siguióse espediente ante el cabildo ecleciástico en sede vacante entre el padre Andrés Alciato, provincial de los jesuitas, que hablaba de milagro, i el promotor fiscal que en virtud de su oficio lo contradecia. Por fin, oidas las partes i vistas las declaraciones aducidas, los jueces dictaron sentencia estableciendo la efectividad de un hecho milagroso. Con ésto, llevóse en procesion la imájen de San Francisco Javier hasta la catedral, con acompañamiento del cabildo i concurso de todo el pueblo, i buscóse predicador que solemnizase la funcion. Habia por ese entónces en Santiago cierto jesuita chileno llamado Nicolas de Lillo i la Barrera «sujeto de las primeras estimaciones de la provincia en cátedra i púlpito, i el oráculo con quien se consultaban los casos mas dificultosos»[7], que estaba en vísperas de jubilarse de los numerosos lauros que cosechara en cincuenta años que llevaba de predicacion. El provincial Alciato creyó aumentar el brillo de la fiesta encomendando el sermon a orador tan prestijioso, i Lillo i la Barrera que tambien habia tomado una parte activa en el asunto de la relijiosa doña Beatriz, no se hizo de rogar i subió al púlpito de la metropolitana.

El padre José de Buendía, distinguido jesuita limeño, decia refiriéndose a Lillo «que los grandes créditos que de predicador i maestro se habia granjeado en cátedra i púlpito vivian muchos años há superiores a cualquier exámen i acreedores de la mayor estimacion. Merecí oirle, agrega, en mis primeros estudios de facultad predicando en esta ciudad de Lima a la fiesta del apóstol San Pablo,... i el juicio que entónces se hizo fué que del predicador de las jentes, solo el padre Nicolas merecia ser su predicador».

Probablemente en la funcion motivada por el supuesto milagro de San Francisco Javier, ya Lillo estaria en el ocaso de su talen-

7 Olivares, *Hist. de los Jes.* páj. 460. Tanto Lillo como Viñas fueron en efecto consultores de la sínodo que celebró Carrasco en 1688. Véase Eyzaguirre, *Historia de Chile.* t. III, páj. 58.

to i de sus fuerzas, porque, a decir verdad, en su *Sermon* predicado en la catedral de Santiago, se limita simplemente a hacer el elojio de un santo de su Orden i de algunas particularidades de su vida en relacion mas o ménos directa con la curacion de la monja carmelita, con frases que, si es cierto que no carecen de algun vistoso aparato, se ven, por regla jeneral, desleidas con pueriles digresiones teolójicas.

El jesuita Miguel de Vinas, de quien nos ocuparemos con alguna mas detencion cuando estudiemos su obra capital, hizo tambien oir su voz pocos años mas tarde en las bóvedas de la catedral con ocasion de la muerte del obispo don Francisco de la Puebla i Gonzalez. Ninguno mas a propósito que Viñas para esa ceremonia, pues ademas de haber sido el confesor del prelado, gozaba de estraordinaria reputacion en Santiago. El jesuita se escusó en un principio, considerándose, segun decia, mui léjos de las grandes virtudes del obispo Puebla Gonzalez. «Mirábame pigmeo, añade, en comparacion de un jigante de la perfeccion; por esto, i por verme sin alma rehusé el predicar este dia con mas razon que el grande Nazianceno en las fúnebres exequias de su mayor amigo .... Faltóme el espíritu, i solo me quedó aliento para consentir en el mandato»....

Sin embargo, a pesar de tantas protestas, Viñas no tiene palabras de verdadero sentimiento, i huye siempre de espresar sus propias ideas para ocultar su finjido dolor tras las frias declamaciones de eruditas frases. Comienza por pintar los estragos de la muerte, i a renglon seguido, sin poder desprenderse de sus antecedentes de estudioso, se entretiene en indagar la etimolojía de una palabra. Examina despues la vida pública de su penitente en sus diferentes faces, pero de tal manera entremezclada con negocios estraños que es necesario andar a salto de mata para dar con un período que ataña verdaderamente al asunto. I aún en lo pertinente, cuánta vana palabrería, qué alarde de injenio, cuánta sutileza, cuánta pompa superflua! Si no, veamos como retrata al héroe de su discurso: «Bien lucido era nuestro ilustrísi-

mo prelado, sol brillante en la cátedra, luz ardiente en el púlpito, luminar grande i lucido en todas prendas. Anduvo rodando, no tres dias, como ese sol material, sino muchos años por varias tierras, bien que alumbrándolas con los resplandores de su doctrina i virtud; i ahora pretende su profunda humildad que pisen todos esos lucidos talentos, con una diferencia, que el sol rodó por la tierra ántes de verse con la mitra i presidencia de los astros; pero nuestro sol mitrado, lucidísimo obispo quiere verse abatido i pisado con todas sus prendas despues de haberse colocado en el cielo de su solio episcopal».

Un presbítero apellidado don Melchor de Jáuregui, en una de las fiestas de tabla a que la Real Audiencia debia concurrir en la Iglesia Metropolitana, predicó en 1714 un corto sermon que los quisquillosos miembros del tribunal, con buenas o malas razones, creyeron que iba dirijido contra ellos, por lo cual formaron tan grande alboroto que redujeron el asunto a espediente i lo elevaron en consulta a S. M.

Nos restan tambien, aunque en manuscrito, los sermones de algunos jesuitas que florecieron en Chile con alguna posterioridad al autor de la *Philophia scholastica*, pronunciados especialmente con ocasion de algun grave acontecimiento, como ser uno de San Ignacio de Loyola cuando ocurrió el alzamiento de 1743; otro predicado en San Miguel a propósito de la celebracion que la provincia de Chile hizo en 1739 por la canonizacion de San Juan Francisco de Rejis; uno mui curioso sobre la costumbre que se habia ido introduciendo en muchas casas con pretesto de la moda (1760) de no rezar «el alabado» cuando nuestros antepasados encendian luz o se levantaban de la mesa; i, finalmente, el que el maestro don Manuel de Vargas declamó en el colejio de San Francisco Javier en 1764 sobre la triunfante Asuncion de María, con motivo de cierta fiesta estudiantil.

Algunos años mas tarde, en 1772, hallamos en letras de molde la *Oracion* que el obispo de Concepcion Fr. Pedro Anjel de

Espiñeira pronunció en la Iglesia Metropolitana de la ciudad de los Reyes en la solemnísima funcion con que el concilio provincial dió principio a su segunda sesion.

Era Espiñeira hijo del reino de Galicia i ejercia las funciones de vicario de coro de su provincia cuando movido del deseo de convertir infieles sentó plaza de misionero para el reino de Chile. En Chillan concurrió a la fundacion del colejio de *Propaganda fide*, i mas tarde, promovido a su prelacía, adelantó la obra, predicó algunas misiones por todo el obispado de Concepcion, i penetrando por los Andes hasta los indios pehuenches i huilliches, dejó fundada una casa de conversion en la parcialidad de Lolco. El presidente don Manuel de Amat, testigo del celo relijioso del fraile franciscano, aprovechó del fallecimiento de don José de Toro Zambrano, que acababa de gobernar la iglesia de Concepcion, para manifestarle sus méritos al soberano i pedirle que lo nombrase para la silla episcopal vacante. En 21 de diciembre fué consagrado en Santiago, i pasó a desempeñar sus funciones por febrero siguiente. «Reformó su clero i restableció la disciplina de su catedral, que con la division de los vecinos de la Concepcion sobre la traslacion de la ciudad estuvo decadente desde su ruina por falta de catedral. Solicitó para ella el aumento de dos prebendas, i a su instancia las concedió el rei. Restableció su colejio seminario, e incorporado en él el Convictorio de San José, fundado por los jesuitas, con todas sus rentas, le dió la denominacion de «Colejio Carolino». Levantó la casa episcopal i terraplenó el suelo donde se habian de abrir los cimientos para la nueva catedral. Asistió al último concilio limense celebrado en 1772, i predicó con aplauso en una de sus sesiones»[8].

Los primeros que dieron la señal de los aplausos que el cronista de Chile supone tributados en Lima al relijioso de San Francisco, fueron los mismos miembros de la órden. Buscaron impresor que se hiciese cargo de grabar para siempre las palabras del prelado, dieron el dinero para los gastos, i pusieron al frente

8 Carvallo i Goyeneche, *Historia*, t. II, páj. 313.

de la obra una multitud de alabanzas en honra del autor. La provincia la publica, decian, «por la gloria que le resultará de este ejemplar prelado, a quien venera i veneró siempre como a uno de sus mas esclarecidos hermanos desde que le conoció alumno del colejio de misioneros apostólicos de Santa Rosa de Ocopa». I en la misma dedicatoria en que la órden compartia su incienso con el antiguo presidente de Chile i entónces virei del Perú, don Manuel de Amat i Junient, agregaba, dirijiéndose a este elevado funcionario: «la notoria propension de V. E. a el sabio autor de este discurso, a ninguno se esconde la alta estimacion que hizo de su apreciabilísima persona desde que le conoció misionero i uno de los primeros fundadores del colejio de San Ildefonso de Chillan, a donde fué meritísimo prelado».

«La reforma espiritual de estas provincias es el argumento de la presente *Oracion*; i si por su contexto se trasluce al recto corazon e incorruptible pureza de la doctrina de este ejemplarísimo prelado, igualmente consta con una irrefragable certidumbre ser estas mismas reglas aquellas que prestan todo el influjo a sus operaciones».

Espiñeira comienza por disertar sobre la utilidad de los concilios, haciendo una rápida reseña de su historia i circunstancias que los han acompañado. Entra despues manifestando que la Iglesia ha padecido persecuciones, ha tenido tiranos que la han oprimido, pero que sobre todos estos males está la relajacion de costumbres. «Las pasiones hallan en tanta novedad de doctrinas, dice, i en tanta multitud de opiniones nuevas, laxas i relajadas, como hai esparcidas en muchos de nuestros moralistas modernos, mil apoyos a la relajacion, mil interpretaciones a las leyes i un sinnúmero de efujios a los preceptos i consejos evanjélicos. En este diluvio de aguas se ahoga la semilla, se vicia la mies, se malogra la cosecha i padece la Iglesia amarguísima amargura»[9]. De tales antecedentes deduce, en consecuencia, nuestro obispo que es necesario guardar un término razonable co-

9 *Oracion*, páj. 16.

mo único remedio, ni una laxitud estremada, ni un rigorismo insufrible.

Su estilo es sobrio, moderado, sin adornos, sin grandes frases, pero enérjico i que deja vislumbrar un alma convencida i entusiasta. Apoya sus opiniones en los doctores i en la Biblia, i aún cita de cuando en cuando a Ciceron i otros profanos, por mas que algunas veces no haya podido resistir a la corriente comun i pésimo gusto de su tiempo, dejándose ir en brazos de las citas por mostrar una vana erudicion.

Este defecto es aún mucho mas grave en el *Dictámen sobre el probabilismo*, que a instancias superiores presentó al mismo concilio a que concurrió como sufragáneo i que se publicó el mismo año que la provincia de la Orden daba a la estampa la *Oracion*[10]. Ya en este escrito Espiñeira habia lanzado de paso sus ataques a los jesuitas, mas ahora entra de frente a combatir, ahora es éste el tema de su discurso; i sin embargo, no va a arrojar la burla acerada i punzante sátira de Pascal, ni mucho ménos a emplear su estilo ni su talento. Espiñeira solo sabe ocurrir a los arsenales ajenos, sin decir nada propio. Emplea los términos mas duros, quizás por complacer al rei que deseaba a toda costa que no se enseñasen las peligrosas teorías que los jesuitas espulsos de sus dominios habian implantado sobre el rejicidio. El obispo franciscano no se detiene en espresar que «ese modo licencioso de opinar es anti-evanjélico, escandaloso, sanguinario, depravador de las costumbres, corruptor de la moral cristiana, introductor i patrono de todas las inmundicias, de todos los delitos»; i que sus fautores i secuaces, «son profetas falsos i engañadores de los hombres, sembradores del embuste que inventó el padre de la mentira, doctores hipócritas que halagando el oido llenan de mortífero veneno el corazon; nuevos fariseos intrusos

10 En igual fecha D. Juan Lope del Bado daba tambien a luz en Lima su *Idea sucinta del probabilismo, que contiene la historia abreviada de su orígen, progresos y decadencia: el exámen crítico de las razones que lo establecen, y un resúmen de los argumentos que lo impugnan*, etc. Este trabajo que consta de 128 pájinas en 8.°, sin sesenta de preliminares, fué dedicado al virei don Manuel de Amat «por mano» de don José Perfecto de Salas, fiscal de la Real Audiencia de Chile i asesor jeneral de los reinos del Perú.

en la Iglesia para pervertir con estas interpretaciones vanas sus mas sagradas leyes, enemigos jurados del evanjelio», etc. Esta filípica de un vigor notable i aún de cierto alcance por las conclusiones a que arriba, es poco, mui poco lo que revela de trabajo en el autor, que en este caso es mas bien un compilador que ha querido evadir la responsabilidad de sus juicios con palabras ajenas.

Despues de los triunfos literarios que Espiñeira alcanzara en la metrópoli americana, regresó a Chile, para morir seis años mas tarde de una calentura que fué minando lentamente su debilitada constitucion. La catedral de la que fué su diócesis conserva sus cenizas.

«Fué prelado verdaderamente relijioso, dice Carvallo: llevó siempre interior i esteriormente el hábito de su relijion. No descaeció un punto en la práctica de las virtudes que observó de relijioso; principalmente en la virtud de la penitencia fué rigoroso observante; contínuamente llevaba el cuerpo ceñido de ásperos cilicios, i se disciplinaba diariamente. Repartia sus rentas a los pobres, i en su fallecimiento nada se halló que le perteneciese; tuvo cuidado en los últimos dias de su vida de enajenarse de todo para tener el consuelo de morir sin propiedad de cosa alguna, aún de las de poco valor...Su esposa, la Iglesia, tuvo que costear el entierro i funerales»[11].

Otro distinguido prelado chileno, contemporáneo del anterior, i que por análogos motivos realizó un viaje a Lima, donde le tocó cosechar no inferiores lauros oratorios, fué el ilustrísimo don Manuel de Alday i Aspée.

Alday disertó en la primera sesion del concilio para preguntarse el por qué de la reunion de la asamblea. En su *Oracion*, (que corre impresa «con jeneral aplauso», decia Carvallo) les decia a sus colegas: «no teneis que esperar pensamientos vivos, discursos sutiles, estilo elegante, ni variedad de figuras en las sentencias i en las palabras». Con todo, es incuestionable que en el

11 Carvallo, t. 2.º, páj. 314.

trabajo del obispo de Santiago hai mas observacion i conocimiento del arte que en el de su compañero de obispado, un modo de insinuarse mas fino, una manera de convencimiento mas adecuada. Tomando por tema la conocida sentencia del ápostol San Mateo, *ubi sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum*, comienza a analizar la verdad evanjélica de estas palabras en los escritos de los padres de la Iglesia i en la historia de los concilios, con método i claridad en el desarrollo de su esposicion, con detenido estudio del asunto i sobriedad de citas, i un animado estilo.

Cierto es que el obispo de Santiago no era la primera vez que se hallaba en funciones de ese jénero, pues ya cuando en 1763 habia reunido una sínodo diocesana, tomó el primero la palabra, como el pastor en medio de su grei, e invocando de una manera amable su autoridad, habló con cierto agradable desembarazo, que hubiéramos querido notar tambien en su discurso de Lima. Esta pieza fué dada a la estampa por el maes tre-escuela de la catedral del Rimac, don Estéban José Gallegos, el cual, «sensible al clamor universal, i mas que todo, a la pasion que le imprimió una pieza perfecta en su jénero, elocuente, edificativa i llena de sagrada uncion para penetrar los ánimos, se resolvió a pedirla a aquel ilustrísimo señor, quien ni la encomendó a la memoria ni la tenia escrita».... En cuanto a su *Oracion* predicada en Santiago, el mismo Alday la entregó a la imprenta, como ha cuidado de advertirlo en los comienzos de su obra.

El obispo de Santiago es tambien autor de numerosas *Pláticas*, piezas cortas escritas para las principales festividades de la Iglesia, en que con tono sencillo, anque algo amanerado, se procura instruir a los fieles en las principales verdades del catolicismo. Algunas fueron predicadas en los conventos de monjas de esta capital, i versan, en consecuencia, sobre la vida monástica; manifestándose su autor en ellas instruido pero falto de elevacion[12].

12 Entre los trabajos literario-relijiosos de Alday se cuenta su *Visitatio ad limina Apostolorum*, datada en Santiago a 27 de agosto de 1727, en que da

A la misma época de Alday pertenece aquel padre agustino Fr. Manuel de Oteiza, de quien en otro lugar nos hemos ocupado, i que pasaba, como decíamos, por gran orador; el autor de un *Sermon del glorioso patriarca San Ignacio de Loyola*, predicado en la iglesia catedral el dia 31 de julio de 1779, que conocemos manuscrito; i el jesuita Manuel Hurtado, del cual se conservan inéditos un *Sermon de la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo*, dos sobre la *Inmaculada Concepcion* i la *Natividad de Nuestra Señora*, i por fin, una *Oratio panegyrica in laudem S. Joannis Evangelistæ*, declamada en el Seminario eclesiástico.

Cúpole a Alday la suerte de ver brillar en Chile durante su obispado a otro orador sagrado mas distinguido aún que Oteiza i los que acabamos de señalar, i acaso el primero de todo el período colonial, el relijioso de la Casa de Observancia de Predicadores Fr. Francisco Cano. Por eso, cuando el R. P. Fr. Manuel de Acuña daba el último suspiro en su celda de la Recoleta, que habia fundado, la Orden se apresuró a encomendarle a Cano que pronunciase sobre su tumba el panejírico de sus virtudes. Brillante era el concurso que se agrupaba en torno de aquel féretro, grande el hombre que acababa de morir, i digno de su fama el discurso que Cano iba a pronunciar en aquella solemne ocasion. «No imajineis, señores, comenzó por decir, que vengo a hacer hoi paño de lágrimas, para dar fin al llanto mas justo i lastimoso; no penseis que pretendo cegar los cauces por donde se desahogan unos corazones tan oprimidos del dolor; no penseis que vengo a consolar a esas tórtolas tristes, solitarias, que se ahogan en jemidos en el retiro de sus pechos. Tan léjos estoi de moderar su llanto que quisiera, cual otro Jeremías, se hiciesen mis ojos dos fuentes de lágrimas para aumentar el curso de las suyas. Quisiera que alternando mis suspiros con sus lúgubres trinos, resultase de ámbas la mas triste, la mas lastimosa, la mas funesta consonancia».

algunas noticias de su obispado i especialmente de la visita que practicó, i consulta algunas dudas. Esta pieza ha sido traducida al castellano i existe manuscrita en la coleccion del finado señor Eyzaguirre.

«Lleno del espíritu del cristianismo, dice uno de sus admiradores[13], llama a todos a los principios de la fe, todo se dirije a la relijion, se empeña en hacerla amar i respetar sus leyes, emplea los colores mas tocantes para pintar la virtud, ya en los oráculos que anuncia, ya en los ejemplos de las virtudes de ese varon justo, con que persuade a su imitacion, con que honra su memoria, glorificando al Dios de las ciencias i de las virtudes. Penetrado del carácter de un orador cristiano, jamas ha olvidado que la publicacion del Evanjelio es la condicion de su ministerio: fundado en las Sagradas Escrituras i los Santos Padres, hace brillar la verdad, la santidad i el injenio, corrijiendo el culpable abuso de aquellos que no pocas veces profanan tan sagrado lugar, empeñándose en componer una fabulosa oracion de vanos discursos i pueriles razonamientos, i de aquellos que declinando en el estremo contrario quieren formarla de un conjunto de voces que digan i nada signifiquen, i que arguyan su conviccion, i que, como el relámpago, brille un momento para deslumbrar en el siguiente i dejar en mayor confusion i oscuridad.

Pero no es ésta la conducta del autor de la *Oracion fúnebre* de Acuña: «convencido de que la profesion evanjélica es una apostólica comision en que se le encarga anunciar el reino de Jesucristo, i que la retórica sagrada es una suave persuasion de la virtud i séria reprension del vicio; que siendo su único fin la gloria de Dios i santificacion de las almas, jamas se ha propuesto otro fin que este digno fruto de su ministerio. ¡Con cuánta elegancia empeña sus reflexiones para poner a la vista los riesgos i estragos del vicio! ¡Con cuánta sutileza raciocina i estiende sus discursos, sin que se vea desaparecer el apóstol cuando habla el filósofo, ni aparecer el académico en el lugar del cristiano! ¡Con cuánto espíritu i dulzura anima a la perfeccion evanjélica, uniendo las virtudes de la mas austera moral con las escrupulosas atenciones del gobierno, el cumplimiento de los preceptos del cielo con la práctica de los humanos, para poner en perfecta consonancia las

13 El Dr. don Francisco Javier de Echagüe i Andia.

sublimes verdades del Evanjelio con los deberes necesarios del estado i de la condicion! En la humildad, base i fundamento de las demas virtudes, i la mas racional operacion del hombre, en la pobreza, ese heróico uso de los bienes perecederos, i en el óleo de la caridad nos presenta las ventajas de la virtud sobre las ruinas del vicio, el triunfo del espíritu en el desprecio de los tristes restos de nuestra mortalidad, de esa terrible i necesaria condicion del hombre que nos representa en los espantosos i saludables sentimientos que la naturaleza inspira, que la razon aprueba i permite la relijion: sentimientos arreglados por la sabiduría i la fe para disponer el principio de la justificacion del hombre».

Tal es el juicio que a un hombre ilustrado mereciera en su tiempo la publicacion de la *Oracion fúnebre*, hecha en Lima en 1782. Acaso al presente estos elojios nos parezcan exajerados, pero no puede negarse que la frase de Cano corre con soltura, con método, i con cierto entusiasmo que la distingue de las demas empleadas en obras análogas, cargadas de citas importunas i desprovistas de verdaderos hechos.

Cano, por esta época, hemos dicho, era ya un hombre de vasta reputacion a quien acataban las personas mas distinguidas por su saber, i a quien sus superiores daban esclarecido lugar entre los sujetos de su relijion. Lector jubilado, dirijia sus estudios en el colejio de la Orden; orador notable, buscábase su concurso en toda ocasion en que se tratase de alguna grave i solemne fiesta, o del entierro de algun considerado personaje. Decíase que desde que comenzara a ejercer el ministerio de la predicacion excitó la atencion i fijó la curiosidad de la capital. Estos méritos la llevaron al doctorado i al delicado cargo de examinador sinodal del obispado, i por último, al provincialato de la Orden en Chile, que ejerció durante el período de 1794 a 98.

En este último año casualmente ocurrió la muerte de una monja de apellido Rojas, hermana de don Manuel Nicolas, obispo de Santa Cruz de la Sierra, i tocóle a Cano pronunciar la *Oracion fúnebre* en las pomposas exéquias que se le hicierón, como a pariente inmediata de tan alto personaje. El provincial de la Reco-

leta, en un discurso lleno de una agradable naturalidad i enteramente estraño a las vanas i exajeradas declamaciones de otros oradores, hizo a grandes rasgos el elojio de la difunta relijiosa, con una elocucion florida aunque sin pretensiones, i no ajena, sin embargo, a las palabras inspiradas de los Santos Libros, consuelo eficaz en esos momentos solemnes del dolor i del umbral de una nueva vida.

Algunos autores nos han conservado tambien la noticia de distinguidos predicadores chilenos que florecieron algun tiempo ántes, entre otros el jesuita Tomás Larrain, hijo del presidente de Quito don Santiago Larrain, que deleitó a la sociedad ecuatoriana por sus poesías mucho mas juiciosas que la jeneralidad de las de sus contemporáneos[14]; i el padre José Irarrázabal, que al decir de Gomez de Vidaurre[15], «fué precisado a dar a luz un *Sermon de la Concepcion de María Santísima*, por lo devoto, sólido i bien proveido de su asunto»; i, por fin, Fr. Diego Briceño que publicó en Madrid en 1692 un *Sermon de la Asuncion gloriosa de la Reina de los Angeles, María*, predicado en la iglesia de Alarcon en Madrid[16].

Fr. Diego José Briceño hizo su profesion en el convento de la Merced, en Satiago, en manos del provincial Fr. Juan de Salas, firmada i redactada de su letra el 25 de abril de 1646[17]. Treinta años mas tarde, el novicio Fr. Diego era calificador del Santo Oficio por la Inquisicion de Cartajena, maestro de teolojía i provincial de su Orden en Santiago, puesto que empezó a desempeñar segunda vez en 1686. Como aparece de la portada de su obra, Briceño residió en sus últimos años en la Corte española.

Consérvanse, asimismo, en la biblioteca de la Merced dos tomos manuscritos incompletos, i probablemente por este motivo

14 Herrera, *Ensayo sobre la literatura ecuatoriana*, páj. 98.

15 *Historia, M. S.* Este padre fué provincial en Santiago el año 1736. Olivares, *Hist. de los Jes.*, páj. 38.

16 Gari y Siumell, *Biblioteca mercedaria*, páj. 50.

17 *Libro de Profesiones*, t. II, fol. 6. 1644—1707. A fs. 220 del *Libro de Provinciales* puede rejistrarse cierta disputa que tuvo nuestro autor con el padre comendador del mismo convento.

sin nombre de autor, uno de *Sermones* sobre temas de la Escritura, escritos mitad en castellano i mitad en latin, que por su redaccion i por su asunto parece que no hubieran sido destinados a la predicacion; i otro de *Pláticas morales sobre la doctrina cristiana* que segun se deja ver han sido compuestos por algun párroco para instruccion de sus feligreses i que, aunque suponen a su autor versado en los lugares teolójicos, son en verdad, bastante insignificantes.

Un jénero de oratoria tan vulgar hoi como fué desusado en lo antiguo entre nosotros i del cual apénas nos ha quedado una que otra muestra, son las alocuciones que suelen dirijirse a los estudiantes con ocasion de alguna fiesta de la enseñanza. En esta ciudad de Santiago, en 3 de abril de 1778, don Ambrosio Zerdan i Pontero, fiscal del crímen i protector de indios, en la apertura solemne del Real Colejio Carolino de patricios nobles dirijia a los alumnos una *Oracion* pomposa en que lo trabajado i ficticio de la elocucion corre parejas con la vaciedad de conceptos, reducidos en su parte mas sustanciosa a ponderar las excelencias del latin[18].

Escrito en un estilo tambien declamatorio, aunque animado de un mejor espíritu es el *Discurso económico* leido por don Miguel Lastarria en las dos primeras sesiones de la Hermandad de la Conmiseracion de Dolores, en 1798. Esta pieza contiene una esposicion franca que se aparta mucho de los trillados caminos con que nuestros escritores de antaño acostumbraban pintar el estado de Chile en aquella época. La gran miseria que devoraba al país, ocasionada principalmente por las enormes porciones de tierras concentradas en una sola mano; los diferentes ramos de la administracion, desde el sistema seguido para la ereccion de po-

18 La última pieza que conozcamos de la colonia de carácter semejante a esta, es el *Discurso* escrito por don Juan Egaña, el literato mas reputado de su época, i declamado por don José Gregorio Argomedo, que tuvo fama de ser hábil en este arte, en la recepcion de vice-patrono que la Universidad de San Felipe hizo al presidente García Carrasco el 15 de noviembre de 1809. Don Miguel Luis Amunátegui ha dado el texto íntegro de este *Discurso* en el tomo I de su *Crónica de* 1810, páj. 361.

blaciones hasta los abusos de que eran víctimas los cosecheros de Valparaiso; i mui especialmente el lamentable estado a que la educacion se hallaba reducida, están pintados con animacion i honrada franqueza en el *Discurso* de Lastarria. Don Miguel se indigna contra los que han ponderado la engañosa i apática felicidad de los colonos chilenos, i ataca principalmente a Molina por este error, acaso involuntario de su parte.

Pero la obra capital de Lastarria es su *Organizacion y plan de seguridad exterior de las muy interesantes colonias orientales del rio Paraguay o de la Plata*, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Paris. Su primera parte es una simple compilacion de documentos; pero en lo restante, llaman la atencion los conocimientos de ciencias que el autor manifiesta poseer, i la seriedad del tono con que está escrita. Ocupado del exámen detenido de su asunto, Lastarria lo ha analizado metódicamente, dando noticias del país de que se trata, de su descripcion topográfica, de sus recursos, sus fuentes de comercio, costumbres de sus habitantes, etc. Es evidente que este tratado fué escrito para ser presentado reservadamente a Cárlos IV, i que, por lo tanto, jamas se pensó en publicarlo[19]; mas, precisamente por esa circunstancia, el autor ha podido hablar sin rodeos i espresar su pensamiento por entero con la misma plausible franqueza con que elaborara su discurso.

Cuando don Miguel Lastarria estampaba su nombre en Madrid al pié del *Plan de seguridad*, por los fines del año cuarto de este siglo, como hubiese en él emitido conceptos que demostraban cierta inclinacion por el país de cuya defensa se ocupaba, le referia al monarca, protestando de su imparcialidad, que habia tenido por patria a Arequipa, que estaba entónces avecindado en

19 «En cuanto a la manera cómo haya ido a parar la obra a Paris, creen algunos que Lastarria la vendió a los franceses cuando la invasion de 1808, viéndose atrasado en sus intereses; otros, que se la vendió a M. Ermenard, comisionado del gobierno frances para adquirir noticias i curiosidades literarias. Don Martin Fernandez Navarrete añade que Lastarria era un mero compilador de los que habian trabajado en la comision de fijar los límites entre el Portugal i España en aquellas provincias los beneméritos oficiales de nuestra marina, Varela, Azara, D. Félix Aguirre i otros». Ochoa, *Catálogo razonado de los manuscritos españoles existentes en la Biblioteca real de Paris*, páj. 84. Paris, 1844.

la capital del «delicioso Chile», aunque habia residido mas de cuatro años en la República Arjentina. «Desprendido de todas relaciones personales, agregaba, precisado a estudiar los intereses públicos i a descubrir los objetos importantes desde la mayor eminencia, i cerca de la persona de un virei, mis opiniones no pueden tacharse de parciales».

De entre la multitud de discursos forenses, o mas bien de alegatos de bien probado, para hablar con la jente de profesion, difícilmente hubiéramos podido hacer eleccion de las piezas mas dignas de ser conocidas, si la prënsa vocinglera no se hubiera encargado de este escrutinio, la cual, como se supondrá, no moveria sus resortes sino en aquellos asuntos mui interesantes o que mas ruido formaron en nuestra antigua i curial ciudad[20].

De esos escritos sin interes i hasta hoi ajenos a las formas literarias, uno de los mas curiosos fué el presentado a nombre de la mui noble i leal ciudad de Santiago en un pleito con el fiscal sobre «union de las armas» por el licenciado D. Alonso Hurtado de Mendoza, de cuyo lenguaje se tendrá una muestra, por lo demas característica de las piezas de su especie, en el siguiente pasaje: «Ménos obsta lo juzgado por los *dichos* tres autos citados en el *dicho* número 9 por *dicha* Real Audiencia de Chile, i en ejecucion de ellos haber puesto en posesion al real fisco de la cobranza de todos los *dichos* doscientos mil ducados del *dicho* servicio de la union de las armas, que se repartió al *dicho* Reyno en la primera forma de su introduccion; i que así el Real Fisco debe ser mantenido en ella por haberla conseguido en fuerza de lo juzgado en *dichos* autos, i con la autoridad de la *dicha* Real Audiencia».

Los jesuitas se enredaron tambien con los canónigos sobre los diezmos que debian pagar los arrendatarios de las tierras que la Compañía gozaba en Chile. Sobre este tema publicó el provincial

20 Fuera de las piezas impresas a que hacemos alusion en el texto, conviene recordar solo por haber sido impresa (aunque sin fecha ni designacion de lugar) una de D. Antonio de Córdova Lazo de la Vega a propósito de la devolucion de cierta cantidad de dinero que le cobraban los oficiales de la Real Hacienda de Chile.

Pedro Ignacio Altamirano, poco tiempo ántes de la espulsion de la Órden, un largo escrito en que se discutia si los privilejios que eximian al instituto de Jesus del entero de la contribucion eran reales o personales, que era en lo que estribaba toda la controversia.

Los agustinos de Santiago tuvieron, asimismo, un pleito que se hizo ruidoso por la publicidad que se le dió i que ciertamente forma un interesante capítulo de la historia colonial de las Ordenes monásticas entre nosotros.

Convocados i congregados los vocales para celebrar capítulo provincial, en víspera de la eleccion, se presentaron a la Real Audiencia ocho padres maestros solicitando se mandasen poner en ejecucion ciertos breves a fin de que se privase de voz activa a los priores de los conventos donde no hubiese ocho relijiosos. En virtud de lo suplicado, fué al convento, el Real Acuerdo, «con la autoridad i comitiva acostumbrada», e hizo saber al provincial Frai Diego de Salinas lo que pedian sus colegas de capítulo. Salinas por toda respuesta, miéntras los señores oidores esperaban, reunió a sus súbditos i promulgó un auto en que se declaraba escomulgados a los solicitantes. Mandóles incontinenti que sin tardanza saliesen de la sala capitular, i como se resistiesen, se retiró a toda prisa i fué a verse con los ministros del tribunal. «Lo cierto es que viéndose el Real Acuerdo con un procedimiento tan irregular i no esperado, le hizo de oficio al R. P. provincial repetidas i benignas amonestaciones privadas sobre que era materia delicada, i que los absolviese *ad cautelam*, i en todo caso le obedeciesen efectivamente dichos breves i cédulas, a que se escusó su P. R. Vista la resistencia, se procedió a las cartas de exhorto en la forma ordinaria; i habiéndose negado a todas ellas, se le despachó la última carta de estrañamiento».

Sobre esta base se armó la contienda: jestionaba Fr. Próspero del Pozo por los escomulgados; Salinas se defendia por sí; los oidores no se descuidaban en levantar grandísima polvareda: i la verdad del caso fué que despues que cada una de las partes copió documentos, citó leyes i habló por demas en la prensa, quedaron

las cosas en su primitivo estado, salvo en cuanto a los oidores que no quedaron tan bien parados merced a los empeños que el provincial Salinas interpuso en la Corte[21].

Por fin, debemos mencionar entre los que cultivaron este jénero de trabajos al padre domínico Fr. Antonio Miguel del Manzano Ovalle, que con motivo de la ruidosa competencia sobre derecho a la jurisdiccion del beaterio de Santa Rosa, sostenida por su Orden contra el obispo Romero, escribió, para ilustrar la materia, algunos opúsculos que demuestran al mismo tiempo que conocimiento del derecho canónico falta de acierto en la manera de espresarse[22].

21 Algunos años mas tarde los agustinos volvieron de nuevo a perturbar la calma de los dias coloniales en Santiago con sus disputas acerca de la validez de elecciones para alguncs cargos de la Orden. En 1757 algunos de ellos publicaron en Roma un verdadero libro en 8.° i en latin, intitulado: *Consultum pro veritate super validitate electionis in provintialem Adm. R. P. Mag. Franciscus Fuentes ordinis Patrum Eremitarum S. Agustini Provintiae Chili.*

22 Véase Eyzaguirre, t. 2.°, páj. 298.

CAPITULO XVI.

DESCRIPCION DEL TERRITORIO CHILENO.

II

Esplicacion de la plaza i puerto de Valdivia.—Martinez.—Pinuer.—Delgado.—Orejuela.—Fernandez Campino.—Madariaga i Sota.—Bueno.—*Plan del estado del Reyno de Chile.*—Ojeda.—Ribera.—Gonzalez Agüeros.

Despues de habernos ocupado en un capítulo anterior de los escritos referentes a sucesos particulares, vamos ahora a dar a conocer los que tienen por objeto la descripcion del territorio chileno, dejando lugar para que en otros párrafos tratemos de la historia de los viajes de esploracion i descubrimiento, i mas especialmente de los que tienen relacion con la jeografía.

A mediados del siglo XVII ya hemos visto que Ponce de Leon publicaba en Madrid una *Descripcion de Chile* i que en esa misma época otro relijioso, Fr. Miguel de Aguirre, daba a luz una estensa *Poblacion de Valdivia.* Pasóse casi un siglo entero sin que nadie pensase en continuar describiendo las apartadas rejiones de Chile, hasta que el gobernador de esa misma plaza de Valdivia, don Pedro Moreno, estampaba, con fecha de 1731, una *Esplicacion de la plaza i puerto* que rejia, con inclusion de sus costas i términos de jurisdiccion. Moreno no tuvo el propósito de trabajar una pieza literaria, sino, cuando mas, dar las esplicaciones consiguientes a la buena intelijencia del mapa que acompañaba. Bajo este aspecto, tiene detalles que pueden servir mucho para apreciar lo que era el puerto i los medios de defensa que te-

nia. Por lo demas, redactada en estilo sencillo aunque algo amanerado i sin la soltura de pluma de persona dada al ejercicio de escribir, en las pocas pájinas que comprende, aborda su asunto sin preámbulos i lo continúa sin digresiones.

Otro personaje que vivió en la misma ciudad i que, como el anterior, se precia de llevar «la verdad por timbre», escribió sobre igual tema una obra mucho mas orijinal i en Chile mas conocida, titulada la *Verdad en campaña*[1], etc. Fué su autor don Pedro Usauro Martinez de Bernabé, infanzon de sangre[2] del reino de Aragon, natural de Cádiz, alguacil mayor de la Inquisicion i en esa época capitan del batallon que guarnecia la plaza. Llevaba entónces treinta i tres años de servicio i sus superiores tenian de él la conviccion de que era un militar sin aplicacion i sin valor, i que, aunque hábil, tenia mala conducta. Cúpole, ademas, la desgracia de que habiendo sido comisionado para recibirse del situado que se mandaba de Lima para el pago de la guarnicion, quedó en descubierto a la Real Hacienda en mas de seis mil pesos.

Martinez debió de llegar a Chile mui jóven, porque cuando apénas contaba diez i siete años estaba ya de cadete en Valdivia por los comienzos de enero de 1749. Consta que vivia aún en esa ciudad treinta i nueve años mas tarde, siempre sirviendo en la guarnicion, casado, pero con su salud ya decadente i en estado de suma pobreza, pues hasta del sueldo que gozaba tenia que ir descontando el pago del desfalco que se le achacaba[3].

Su situacion inmediata a los indios i sus largos años de permanencia en el sur de la frontera le han permitido conocerlos perfectamente; su espíritu elevado, el arte de preguntarse las

1 En la biblioteca de la Academia de la Historia, en Madrid, se encuentra el libro de Martinez sin nombre de autor i con este título, *Relacion histórica del puerto, presidio, plaza y ciudad de Valdivia.*

2 Creemos que el señor Vicuña Mackenna cuando habla de Martinez en su *Narracion histórica*, «Ciudad encantada de los Césares», se equivoca al llamarlo Umardo i Viaveo, i mas todavía cuando lo tilda de «mulato».

3 Constan estos pormenores de su *Hoja de servicios* existente en Simancas.

causas i de darse cuenta de los efectos, que le ha inducido a entrar en consideraciones jenerales sobre los hechos que veia, lo que es mui difícil encontrar en otros escritores del coloniaje; su tino literario, por último, lo ha sabido inducir a que, sin dañar al método, a la claridad i a la buena esposicion, haya dado a sus noticias la justa proporcion compatible con la estension de su obra. Martinez se muestra, ademas, como un notable observador, i no se le han escapado ni las nociones de historia natural, entendida conforme las teorías de su época i los hombres de su raza, ni la mineralojía, reducida, es cierto, a las noticias sobre los lavaderos i a la esplotacion de las minas; ni se ha olvidado aún de consignar detalles sobre el clima, ni sobre la calidad, i educacion de la jente entre la cual vivió. Su jenio, a nuestro juicio, no puede compararse mejor que con el del ilustre Molina; mas, al paso que a este último no podria reprocharse falta de pulimiento en el estilo, don Pedro Usauro Martinez habla con la enerjía i la rudeza de su trato de soldado.

Era creencia mui corriente por aquellos años que léjos, hacia el sur, por allá en el centro de la Patagonia, existia una famosa ciudad que llamaban de los Césares «que se habia hecho la tertulia de los españoles, que ni los siglos ni vanas dilijencias para lograr su ocular conocimiento habia podido borrar la satisfaccion de creer en las tales poblaciones...Hasta aquí han pasado los años a completar siglos sin que se hayan visto tales jentes ni tales poblaciones: constante siempre la vulgar noticia de Césares, pero cuáles sean ni quién los haya visto, dónde están ni cómo están, nunca se ha propasado de las opiniones, i cuantos los creyeron i relacionaron dejaron vinculadas las noticias i las memorias, pero pasaron a los sepulcros sin las satisfacciones de su creencia i volvieron a la nada con sus relaciones».

Pero no solo se habló de tales fábulas durante la colonia sino que se hicieron largas i arriesgadas espediciones en busca de esa ciudad encantada cuya existencia viniera de tarde en tarde a aseverar algun indio dando pábulo a la credulidad de los conquistadores. Pero, ¿por qué el vulgo habia de resistirse a creer si siendo

niños escuchaban contar las maravillas del Dorado i los prodijios de las Amazonas? ¿Qué inventaria da mas estraño la imajinacion que no se viese superado por las relaciones que se hacian de las tierras recien descubiertas?

¡Cosa curiosa, sin embargo! Esta especie de mito que se levantaba con el soplo de las pampas i las brumas del Estrecho, dió oríjen en Chile a una série de escritos en que se contaban las espediciones que ilusos ansiosos de fama i de riquezas organizaban de tarde en tarde[4].

Don Pedro Usauro Martinez, que habia tomado cierta participacion en un espediente que se levantó con el fin de indagar qué hubiese de verdad acerca de la existencia de la famosa ciudad, habia podido penetrarse de los deleznables fundamentos en que estaba basada aquella creencia, i probablemente con el fin de desengañar a sus compatriotas escribió unas *Reflexiones críticas político-históricas sobre los nominados Césares*[5].

Comienza nuestro capitan por una especie de disertacion filosófica sobre los motivos de credulidad en jeneral, i en seguida entra a discutir las diversas opiniones emitidas, establece sus comparaciones i aún se vale de la sátira. A resucitar don Quijote, dice, él nos sacara de duda!

Como Valdivia era el centro de donde salian aquellos osados aventureros, Martinez habia tenido ocasion de presenciar los desengaños con que volvian; se habia informado, ademas, por estenso de los indios de distintas localidades, i conocia como pocos las variadas dificultades materiales del descubrimiento. Por eso cuando en su tiempo don Ignacio Pinuer quiso salir con el mismo propósito que otros tenian ya abandonado, don Pedro fué el primero en pronosticarle que ni siquiera pasaria de cierto punto que determinó de antemano. No deja, con todo, de ser mui digno de notarse que a pesar de tales convicciones Martinez en último resultado esclamase como Montaigne: quién sabe!

4 D. B. Vicuña Mackenna ha dedicado a este asunto un capítulo de sus *Relaciones históricas*.

5 Tambien se encuentra esta obra en la Acad. de la Hist. de Madrid, con el título de *Prólogo sobre las noticias de los Césares*.

Sea como quiera, las miras que ostenta en su libro, su espíritu investigador, su carácter reflexivo, la solidez de su lenguaje i lo nuevo i curioso de su argumento lo hacen interesante bajo muchos aspectos.

Aquel mismo Pinuer a quien el capitan Martinez habia pronosticado el mal éxito de su descabellada cuanta entusiasta espedicion en busca de los Césares, que en su tiempo parecian ya olvidados, escribió tambien, para el presidente de Chile don Agustin de Jáuregui, una *Relacion sobre una ciudad grande de españoles situada entre los indios,* 1774, que en estracto fué publicada algunos años mas tarde en el *Semanario erudito de Madrid* i reproducida tambien en América en la *Coleccion de Documentos,* etc., de don Pedro de Angelis[6].

...«Era Pinuer natural de Valdivia, padre o abuelo de aquel oficial del mismo nombre que fué segundo del coronel Sanchez en las campañas de la patria vieja i mas tarde, cuando desterrado por godo, triste mozo de café en Mendoza... Crédulo, valiente, i en su calidad de comisario de indíjenas, vivia desde muchos años en diaria comunicacion con los indios... Conocedor desde su mocedad de la tradicion de los Césares, que aún vive en el recuerdo de los valdivianos, el comisario interrogaba dia a dia a los mensajeros i caciques de las diversas tribus que con él necesitaban entenderse»[7].

Como era de esperarse, la espedicion que mandaba Pinuer, despues de haber padecido no pocos trabajos, tuvo que dar la vuelta a Valdivia, trayendo solo a cuestas un desengaño mas,.... que iba a ser el último, i el *Diario* fabricado por frai Benito Delgado, que habia hecho de capellan[8].

6 «Pinuer, dice Carvallo, juramentado, su *Relacion* la dirjiió a la Corte por la via reservada en 1772, i al ministerio de gobierno de Chile en el 74, de donde pasó al gobernador de Valdivia para que informase con autos que sabemos abultados en mas de quinientas fojas».

7 Vicuña Mackenna, *Relaciones históricas,* «Ciudad encantada de los Césares», páj. 40.

8 Este Diaro ha sido publicado por Gay en el t. I, de sus *Documentos,* páj. 431.

El injeniero irlandes don Juan Mackenna, que nos ha dejad una corta *Descripcion de la ciudad de Osorno*, cuyo gobernador era, acompañado de un grupo de indios fieles, visitó tambien mas tarde aquellos solitarios parajes, «i habiendo llegado, encorvado sobre el lomo del caballo por la espesura del monte a tiro de arcabuz de la laguna de Puyehue, recorrió a pié los mismos sitios que habian visitado talvez los esploradores de 1777».

Desde aquel entónces la idea de hallar una ciudad en el centro de la Patagonia fué perdiéndose poco a poco de entre los sueños que hacian brotar en el sur de Chile los mirajes de lo desconocido. Pero, ¡cosa curiosa! la corte de España fué la última en abandonar la peregrina idea de una ciudad perdida en el desierto, i cuando mas tarde que Pinuer don Manuel José de Orejuela se presentó en Madrid al ministro don José de Gálvez, se le facultó para que saliese en busca del anhelado descubrimiento.

«Orejuela era un viejo morisco español que habia contado en el mar tantas aventuras como en tierra. Habia sido negrero i habia hecho cierta fortuna en Africa i en Buenos-Aires con este maldecido tráfico. Habia sido negociante de algun fuste en Chile, donde tenia un hermano licenciado, que habia hecho una ruidosa quiebra en 1752. Habia sido armador, i perdido i ganado buques en Valdivia, en el Callao, en Guayaquil, en Panamá, en las costas de Méjico i en sus dos mares, así como en Cádiz, la Coruña i todo los puertos de España que traficaban con las Indias. Por último, despues de cincuenta i nueve años de penalidades i trabajos, sazonados con quince o veinte viajes a Europa por el Cabo de Hornos en los galeones de rejistro, habiase hecho cesarista[9].

Despues que Orejuela obtuvo la deseada autorizacion del monarca merced al *memorial*, etc. presentado, vínose a América, pero se encontró aquí con que el virei del Perú don Teodoro de Croix era un hombre bastante sensato para no creer en patrañas, i con el presidente de Chile Benavides que mas vivia preocupado de sus achaques que de fabulosos descubrimientos.

9 Vicuña Mackenna, *lug. cit.*

Para subvenir a la espedicion cuyo mando le confirió una cédula real, imajinó el arbitrio de acuñar en Chile moneda de cobre de un precio ínfimo; pero tanto se sobresaltaron con la medida los comerciantes de la pacífica ciudad de Santiago que a campana tañida se reunieron en cabildo abierto, dijeron que el proyecto era absurdo, perjudicial, i que su autor no podia ménos de ser un hereje. Con la gritería formada desanimóse al fin el viejo marino i tuvo por mas acertado aceptar el grado de capitan reformado i quedarse tranquilo en su casa, donde aún vivia por los años de 1781.

Entre las piezas que Orejuela presentó a don José de Gálvez se encuentra un *Diario en solicitud de los nuevos españoles de Osorno*, hecho por el capitan de artilleria del ejército de Chile don Salvador Arapil, i que como hemos indicado, está demostrando, como muchos otros documentos que pudieramos citar, la larga ocupacion que proporcionó a los plumarios de la colonia la fábula de los portentos de los Césares[10].

Mui poco ántes que por disposiciones reales se marchaba a la conquista de imajinarias tierras, órdenes superiores disponian tambien que los oficiales de la Real Hacienda de Santiago i correjidores diesen cada uno acabadas noticias de las partes puestas bajo su inmediata direccion. Enviados los diversos datos que cada cual habia podido recojer, púsolas en órden don José Fernandez Campino i formó de esta manera una *Relacion del Obispado de Santiago de Chile* que fué enviada primero a Lima i mas tarde a España.

El libro de Fernandez Campino escrito con una pobreza de estilo mui en armonía con el asunto de que trata, es mas bien una compajinacion de noticias estadísticas referentes a las diversas ciudades de nuestro territorio, que abraza sus gastos, produccio· nes, organizacion de sus milicias, etc. No faltaron injenios que maravillados del saber desplegado por Fernandez le dirijiesen

10 Entre otros merece citarse el del fiscal de Chile Perez de Uriondo, publicado por Angelis, t. I.

largos i encomiásticos *romances* que, a la verdád, si hoi nos parecen inmerecidos, en aquellos tiempos la escasez intelectual i material, (las entradas ordinarias de esta ciudad de Santiago apénas pasaban de dos mil pesos anuales) no eran fuera de propósito.

En el mismo año de 1744 en que Fernandez Campino concluia su *Relacion*, dos individuos, oficiales tambien de la Real Hacienda, el tesorero don Francisco de Madariaga i el contador don Francisco de la Sota acompañaban al espediente que se habia formado dando noticia puntual del reino, segun la órden de 28 de junio de 1739, a que hemos hecho referencia, la *Relacion del obispado de Santiago de Chile y sus nuevas fundaciones*. Don José Manso de Velasco, entónces presidente de Chile, estaba empeñado en formalizar algunas poblaciones en el territorio chileno. La oportunidad de las descripciones de los oficiales reales era, pues, manifiesta.

Comenzaban dichos señores su trabajo por una vista jeneral del país, para continuar en seguida individualizando cada uno de los correjimientos en que estaba dividido, insistiendo especialmente, despues de precisar los límites de cada uno, en las producciones del suelo, medios de defensa, número de pobladores, arreglo de los curatos i encomiendas de indios, todo sazonado con grandes i repetidos elojios al primer funcionario del reino. Pero aunque la naturaleza de un estudio semejante alejaba manifiestamente de la mente de sus autores las pretensiones literarias, no puede negarse que dieron cima a su empeño con un regular i bien ordenado acopio de datos i una facilidad de lenguaje nada vulgar i sin embargo animada.

Veamos, por ejemplo, cómo describen el correjimiento de Colchagua.

Es el correjimiento de Colchagua uno de los apetecidos partidos de este obispado i reino, i por que lo solicitan por beneficio la codicia de los hombres; es uno de los mas poblados de vivientes en rancherías, por su estension de tierras i haciendas, que, cuasi iguales en temperamento i frutos, son todos sus partidos una misma especie, benigno su temperamento, ameno i deleitoso de pastos i flores, abundante de aguas por lo que le circulan sus rios i esteros, que lo fertilizan i humedecen con el riego que les contribuye con sus acequias para beneficio i cultivo de sus siembras i plantíos, que, junto con la benigna influen-

cia i aguas que con mas abundancia por su altura les contribuye el cielo, aseguran las cosechas mas ciertas i abundantes que otros correjimientos, i prevalecen en este copioso beneficio los pastos en las montañas, cerranías i vegas mas tiempo que en otras partes, motivo por que son copiosas las crias i engordas de ganado i de vacas; abunda de yeguas, mulas, potros, borricos, mucho ganado ovejuno i cabrío que rinden mucho sebo, grasa, cecina, suela, cordobanes i trigos, anualmente, i de que se conducen al puerto de Valparaiso, los trigos i sebos para beneficiarlos en los navíos que a él llegan a cargar frutos para Lima, i los cordobanes para los que los compran para aquella ciudad o el reino del Perú, en que reconocen algun alivio sus hacendados. Cojen asimismo muchas............. i de cuantas layas las quisieren sembrar, hortalizas i frutos los que plantaren o sembraren; con abundancia tienen sus cuarteles de viñas las haciendas de mas nombre, que rinden el suficiente vino para el consumo i abasto de su correjimiento, aunque no sobra para otras partes porque no todos se dedican a plantarlas en sus posesiones.

Sin ser, pues, de primer órden el estudio que dejaron realizado Sota i Madariaga, es un documento que podria esplotarse mui ventajosamente para la estadística de nuestro país en aquella remota época[11].

Despues de los anteriores, pero con la maestría propia de su gran saber i no escaso talento, trató tambien este mismo tema el insigne médico i cosmógrafo don Cosme Bueno. Su *Descripcion de las provincias pertenecientes al Obispado de Santiago*, su *Descripcion del Obispado de Concepcion* son piezas notables que revelan para su tiempo singulares adelantos i que contribuyeron como ningunas para desterrar en parte la jeneral ignorancia que reinaba respecto de estas comarcas, merced al prestijio de su autor i a que estas obras circularon impresas, en forma de calendarios[12].

Casi a esta misma época pertenece un *Plan del estado del Reyno de Chile*, que solo conocemos incompleto, i que es tambien una especie de descripcion del país, compendiosa, pero escrita con naturalidad i método. Ilustra el autor por medio de notas los puntos

11 Conviene recordar aquí que la obra mas importante que poseemos sobre esta materia es la segunda parte de la *Descripcion histórico-geográfica del Reyno de Chile* de don Vicente Carvallo, publicada en el tomo X de la *Coleccion de Historiadores de Chile*, i cuyo análisis somero reservamos para mas adelante.

12 El coronel peruano don Manuel de Odriazola ha reimpreso en el tomo III de su *Coleccion de documentos literarios del Perú* las obras de Bueno, precedidas de una noticia biográfica por don Gabriel Moreno.

principales de su relacion, que no solo abarca la noticia natural de los pueblos, sino tambien su organizacion interior i el mecanismo de su administracion. Quien hizo esta pieza indudablemente que perteneció a las altas rejiones oficiales, i acaso como Campino recibió órden de escribir una obra de esta naturaleza, que, si no es literaria, propiamente hablando, no carece de alguna utilidad para el estudio de ciertos detalles del atrasado gobierno de la colonia.

Otro sujeto, que tambien años mas tarde obtuvo recomendacion oficial de escribir sobre Chile, fué el coronel don Juan de Ojeda. Ya desde tiempo atras comenzaba a figurar su nombre en esta clase de comisiones, pues don Antonio Guill le habia mandado figurar en láminas todo el obraje de la artillería; Morales, el plano de la frontera i de sus fuertes, i el de todo los colejios que los jesuitas poseyeron en Santiago; O'Higgins, los planos de las plazas que se ven en la *Historia* del abate Molina, i asimismo la difícil tarea de compajinar una relacion de los sucesos políticos del reino, desde los tiempos de Meneses, que no pudo efectuarse por falta de documentos a la mano; en 1803, por fin, presentaba al gobierno un *Informe descriptivo de la frontera de la Concepcion de Chile*, que era el fruto de la última comision en que se hubiese empleado[13].

Ojeda comienza su trabajo por una vista jeneral sobre los territorios del sur, para entrar en seguida a dar noticias particulares de cada una de sus plazas; manifiesta despues, la situacion de cada una de ellas, su aspecto, etc., para hablar de sus alrededores i de la historia de los sucesos de mas bulto acaecidos en aquellos lugares; i, cual el viajero que despues de encumbrar una montaña tiende por última vez sus miradas sobre el valle que deja a sus espaldas, recopila lo que ha espresado en detalle i lo presenta en globo a la consideracion del lector. Merecen notarse, sobre todo, en el libro de Ojeda sus observaciones sobre historia natural, que

13 Pueden consultarse en este jénero de trabajos, uno de don Leandro Badaran i otro de don Ambrosio O'Higgins, 1771—1785.

es mui difícil encontrar en escritores de aquellos años. «Mas hubiera adelantado en mi tarea, agrega nuestro coronel, si mis domésticas ocupaciones i escasa fortuna en que vivo en estos míseros lugares (Chillan) no me hubieran ceñido el tiempo». Por eso se nota en su escrito cierto desaliño i despreocupacion, como que hubiese trabajado sin ánimo, i cierto ceño adusto i agriedad en el carácter, que talvez la pobreza le orijinara.

Injeniero como Ojeda, pero de alma mui superior, era el alférez don Lázaro de la Rivera, que habiendo sido enviado a la provincia de Chiloé, escribió con este motivo un *Discurso*, que servirá siempre de eterno monumento de oprobio al sistema colonial español. «El amor a mi rei, dice Rivera, la dignidad de mi patria i el profundo respeto i obediencia que profeso a la autoridad soberana i patriotismo de los altos jefes que dirijen el gobierno, me han obligado a emprender este trabajo». ¡Qué profunda contradiccion, sin embargo, entre lo que añadia despues i estas palabras con que aquel digno subalterno procuraba templar la vergüenza que iba asomar al rostro de aquellos negociantes sin pudor que esplotaban la miseria de ese pobre pueblo! Pero, ante todo, escuchemos a Rivera pintar con palabras de santo entusiasmo la situacion de la comarca que habia ido a visitar. Despues de enumerar las producciones de ese suelo olvidado en la estremidad de la América, agrega: «el sistema de cambio que en él se practica es capaz por sí solo de destruir i aniquilar al país mas industrioso i opulento del mundo. No hai con qué compararlo: los pueblos mas estúpidos de la Tartaria siguen máximas preferibles en esta parte; i a la verdad, ¿qué nacion por inculta i bárbara que sea, será capaz de abandonarse a un comercio en que cada operacion es una quiebra espantosa?..... Para sacrificar la industria de Chiloé no se necesita mas que escasear los efectos que le faltan, porque en este caso no hai mas recurso que perecer al rigor del hambre o sufrir la lei impuesta por tres o cuatro tiranos».

Oigámosle todavía con cierto placer mezclado de amargura las penurias inauditas por que debia pasar el infeliz trabajador para

proporcionarse unos cuantos jirones de telas contrahechas. «Para llenar estos precisos i reducidos renglones, no le alcanza al jornalero el trabajo contínuo de un año, aún suponiendo que todo él lo pudiese emplear en su beneficio, lo que queda demostrado que le es imposible. De modo que por este cálculo se infiere que a esta familia le falta para mantenerse, pan, carne, sal, bebida, tabaco, ají, calzado, jabon; en una palabra, todo lo necesario para conservar la vida. A vista de un sistema tan desgreñado ¿se podrá esperar que los hombres sean industriosos i trabajadores? ¡Qué! ¿Se ignora que el único estímulo que tiene el hombre para el trabajo es la condicion de mejorar su suerte, facilitándose por medio de su sudor todas las ventajas i comodidades posibles para su existencia? Ahora bien: si este trabajo, en lugar de rendirle un producto igual a sus necesidades, lo destruye lentamente, lo precipita en un caos de miserias i le usurpa, digamoslo así, el fruto o recompensa que debia sacar de él, ¿no es preciso que el abandono sea una consecuencia forzosa de sus desgracias? No se diga, pues, que estos isleños son perezosos i enemigos del trabajo; sustitúyase la verdad a la impostura; búsquese con ojos imparciales el verdadero oríjen de los males, i se verá que la insaciable codicia de unos, la ignorancia de otros, i la insensibilidad de muchos, han ido degradando poco a poco las disposiciones activas que la naturaleza no negó a estos hombres.

....¿El Estado podrá preferir el débil producto de cuatro tablas a las ventajas que resultan de darle consistencia a un archipiélago tan importante?....

«Se ha exajerado sin cesar que aquellos vasallos son perezosos i enemigos del trabajo; pero si me es permitido manifestar la verdad, no temo de decir que los autores de estos discursos son los primeros que han conspirado a la destruccion total de la provincia.

«Para evidenciar la torpe falsedad de estas razones, no se necesita mas que examinar sencillamente la conducta que se ha observado con aquella provincia. La práctica constante que se ha seguido de forzar al trabajo a aquellos míseros isleños, de pa-

garlo mal, i de tenerlo, digámoslo así, en una esclavitud perpétua, ha sido el oríjen preciso del abatimiento en que está su industria.

«Si los sagrados derechos de la humanidad, concluye Rivera, de la justicia i de la sana política no se hubieran violado, es positivamente cierto que la prosperidad i la opulencia hubieran vivificado todas las partes de aquel cuerpo, ya cadáver. ¿Cómo es posible que aquellos vasallos sean industriosos ni trabajadores si están empleados contínuamente en las faenas mas duras i penosas, sin ser recompensados jamas?»

Pero Rivera no se detenia solo en las causas i efectos materiales, pues sabia rastrear el oríjen del mal i adelantarse a presenciar sus desastrosas consecuencias en una esfera mas elevada todavía. Comprendia perfectamente i lo declaraba sin embozo, que si los hombres no trabajaban, nacerian con el ocio, la embriaguez i la sensualidad, i que el vicio se asentaria como único señor entre esas jentes heridas en el entendimiento i el corazon. En verdad que el cuadro no podia ser mas triste: en el auje ya de sus males la provincia, la poblacion habia disminuido casi en la mitad, habíase olvidado ya el santo amor del suelo natal; fabricábanse olvidadoras bebidas de cuantas semillas pendian de los árboles: aquella jente no tenia hogar, no tenia recompensas, todos los verdaderos principios habian retirado su influencia protectora para emigrar a otras rejiones ménos ingratas. I esa degradacion que patentizaba Rivera con verdad i elocuencia, i cuyo causante único era el egoismo i la avaricia de una Corte inmoral, debió hacer brotar sangre de vergüenza en el rostro del monarca, azotado con tanta justicia por aquel vasallo fiel.

Pero el digno alférez no solo pintaba la situacion, sino que se injeniaba por buscar los arbitrios mas conducentes para restablecer el comercio i volverle a aquel pueblo tan cruelmente tratado dias mas venturosos i a sus hijos un porvenir ménos triste. Despues de tales antecedentes, ¿no es un hecho verdaderamente singular, que ese Chiloé, víctima infeliz de la España, le ayudase con la sangre de sus hijos a luchar contra sus hermanos que que-

rian hacerlo libre, i que fuese el último sobre quien brillaran los albores de nuestra independencia?...

El *Discurso* de Rivera es, pues, ante todo, la labor de un hombre honrado, ajeno al egoismo i defensor verdadero del pobre i del oprimido. Sin hipocresía ni difraz ha sabido decir lo cierto, i con su palabra acerada echar a los gobernantes en cara la série de pequeñas bajezas, indignidades i ardides de que se valian para esquilmar a unos infelices isleños. Su obra, ajustada a un método rigoroso, ha sido escrita con pluma fácil, amena e interesante, porque su mente ha sabido concebir; i su estilo es el grito de un alma entera herida por el espectáculo de la miseria i de la infamia: es rápido como una bala i certero como la flecha envenenada del salvaje; siempre preciso, sin divagaciones, fruto de una lójica de hierro, está revestido, asimismo, de nobleza, de sentimiento i de entusiasmo.

Mui poco es lo que sabemos de la vida de este hombre merecedor a la gratitud de los chilenos, pues solo consta que en 1782 residia en Lima i que posteriormente se encontraba en el Paraguay.

No deja de tener cierta semejanza con la obra anterior una que publicó en Madrid en 1791 el padre franciscano Fr. Pedro Gonzalez de Agüeros, con el título de *Descripcion historial de Chiloé*; pero, al paso que a la de Rivera distingue una noble franqueza, óigase lo que el mismo Gonzalez dice referente a la suya: «No espresé ni puntualizé las circunstancias prolijas que patentizaban el infeliz estado de aquellos pobres pero fidelísimos vasallos de V. M. porque conocí no debia dar al público tan puntuales razones de aquel estado infeliz de miserias en que los veo constituidos, porque la crítica maliciosa podria disparar sus tiros contra lo político i lo cristiano»[14]. Sin pretender, por cierto, hacer al fraile franciscano un mérito por esta reserva, vamos a ver,

14 *Representacion sobre el estado de la Provincia y Archipiélago de Chiloé*, manuscrito existente en el Museo Británico.

sin embargo, cuánta razon tenia para callar a la Corte mucho de lo que sabia.

Apénas apareció el libro en Madrid, por las prensas de Benito Cano, envió el autor, como era uso desde antaño, un ejemplar al soberano, personas reales i señores ministros. Gonzalez habia acompañado a su obra, en forma de apéndices, entre el relato de algunas de sus navegaciones por los canales del archipiélago, cierta descripcion de un viaje emprendido a los mismos lugares por el piloto don Francisco Machado, i tanta fué, por este motivo, la alarma que se levantó en la Corte por el temor de que los ingleses se hiciesen de las escasas i vulgares noticias declaradas por el marino español, que la Suprema junta de Estado mandó incontinenti suspender la publicacion. Orijinóse de aquí, desde luego, para el padre la necesidad de presentar un recurso[15] para demostrar que los datos espresados por Machado eran insignificantes i que nada nuevo venian a enseñar a los enemigos estranjeros que poseian ya en aquel entónces trabajos mucho mas acabados i derroteros exactos para navegar por entre las islas del remoto Chiloé. Difícil nos parece, a pesar de eso, que la representacion de Gonzalez Agüeros surtiese efecto en el ánimo de los reales consejeros, por mas que la obra contase de antemano con una aprobacion de la Real Academia de la Historia.

A consecuencia de las dificultades de comunicacion con el resto de Chile, se resolvió por acuerdo del monarca, fecha de 1771, que las misiones de Chiloé dependiesen en adelante del Colejio establecido en Ocopa. En cumplimiento de esta nueva disposicion, a fines de ese mismo año salieron del Callao quince relijiosos, entre los cuales venia Gonzalez Agüeros, los que, despues de una navegacion que en su acabo se hizo en estremo peligrosa, arribaron a San Cárlos i fueron a establecerse al Colejio que los jesuitas hacia poco acababan de abandonar. Destinado en un principio nuestro autor a la isla de Quenac, fué mas tarde trasladado a San Cárlos con el carácter de capellan real, puesto que

15 Este *Recurso* existe en la Biblioteca del Museo Británico, donde lo hemos consultado.

sirvió por espacio de cuatro años. Consta, asimismo, que en 1784 se hallaba en tránsito de Concepcion.

Como en virtud de su ministerio solia el padre recorrer aquellas islas en débiles piraguas, fabricadas de tablas encorvadas al fuego i entretejidas con coligües, tratando diariamente a los sencillos habitantes de aquellas rejiones, sufriendo el frio i las tormentas, asociándose a la pobreza de sus relijiosos hijos, tomóles al fin cariño i se dolió de sus desgracias. Ah! si entónces hubiese dicho toda la verdad!

Las palabras que emplea Gonzalez son a veces rudas, pero tienen la ventaja de darnos a conocer el país tal cual es, sin transformarse sus impresiones al traves de sus ideas de escritor i de viajero. Esos mismos términos peculiares del lugar tienen la propiedad de cautivarnos vivamente, i de seguro que ningun hijo de las islas las oirá sin suspirar por esas tierras azotadas por el viento i bañadas por el mar. «Sencillamente he espuesto, dice Gonzalez Agüeros, cuanto en esta *Descripcion* se halla, porque solo tengo por objeto principal espresar con verdad i claridad lo que aquello es i puede ser, así para noticia de quienes compete mirar en todo a beneficio de aquella pobre provincia, como para manifestar el deseo que me acompaña de que estén en todo auxiliados». Sin embargo, lo que distingue especialmente la obra del misionero franciscano, es su tendencia manifiesta a dar en ella vasto campo a todo lo que de cerca o de léjos se relaciona con las cosas de relijion, i así, miéntras dedica gran trecho a la historieta del Santo Cristo de Limache, estampada por Ovalle, descuida notablemente otros detalles mas pertinentes a su asunto.

Dividido su libro en dos partes, que tratan respectivamente del estado natural i político, espiritual i eclesiástico, da principio a él por una lijera noticia sobre la espedicion de Almagro, contrayéndose en seguida a describir las ciudades del territorio; pero escrito con cierto tono suave i dándose razon de lo que dice, se resiente, en último resultado, de falta de cohesion en su dictado.

CAPITULO XVII.

HISTORIA ECLESIASTICA.

Don Bartolomé Marin de Poveda.—Don Domingo Marin.—Fr. Antonio Aguiar —Noticias de su persona.—Su *Razon de las noticias de la Provincia de San Lorenzo Mártir.*—El padre franciscano Fr. Francisco Javier Ramirez. –El *Cronicon sacro-imperial de Chile.*—Algunas noticias de su autor.

Los jesuitas Rosales i Olivares escribieron respectivamente dos obras que deberian ocupar un puesto de honor en estos acápites si por razones de método no hubiésemos estimado mas a propósito hablar de ellas en otro lugar.

Pero aparte de esas producciones, existen en nuestra literatura colonial otras de igual jénero, la del dominicano Fr. Antonio de Aguiar, que ha escrito la historia de su Orden en Chile, i la del padre franciscano Ramirez, autor del *Cronicon sacro-imperial de Chile.* Aún prescindiendo de estos trabajos, mas o ménos jenerales, debemos mencionar tambien, ademas de un *Dictámen sobre las misiones al interior de la Araucanía,* pasado al presidente Muñoz de Guzman por el padre Melchor Martinez en 1806[1], la *Relacion de un caso milagroso acaecido en el Reyno de Chile,* publicada en

1 Este relijioso es el mismo que mas tarde historió los primeros sucesos de la revolucion. Su *Informe* fué presentado con ocasion de haberse pedido por algunos caciques que se enviasen misioneros al interior de Arauco, lo cual mandó de oficio don Ambrosio O'Higgins que se redujese a espediento, i cuyo alegato de bien probado puede decirse que lo forma el escrito de Fr. Melchor. La cortedad del trabajo nos ahorra hablar de Martinez; pero quien desee tener noticias seguras puede ver un artículo biográfico de don Diego Barros Arana, publicado en la páj. 365 de la *Revista de Ciencias i Letras,* Santiago, 1857.

Europa por don Bartolomé Marin de Poveda a instancias del monarca español[2].

Era don Bartolomé hermano del conocido gobernador de Chile don Tomás Marin de Poveda, i pertenecia a una familia de seis hermanos varones, todos ellos dedicados a la carrera de las armas; pero ninguno «con mas dicha ni mejor fortuna» que nuestro autor, segun su propio decir, «pues para el relevante premio de su buen celo i del mérito de sus hermanos, tuvo i logró la de verse sirviendo a S. M. desde la ciudad de Bayona hasta esta Corte».

Contaba este vasallo, tan fácil de verse pagado de sus servicios, que cuando estuvo en Chile, dos indios que resucitaron habian referido que despues de muertos fueron llevados por la mano de un padre a la presencia de un hombre todo vestido de oro, «que les quitaba la vista», el cual les mandó que no usasen mas de sus mujeres, i que despues de esto, habian sido de nuevo devueltos por el padre al seno de sus amigos.

Toma pretesto de esta fábula el buen don Bartolomé para quemar sus granos de incienso en honor de la real majestad, i mas que todo, para referir las hazañas de su hermano en la guerra de Arauco, i preciso es confesarlo, con estilo tan firme i seguro que hacen de esta pieza tan frívolamente comenzada un documento agradable de leerse.

El escrito de Marin de Poveda, que en buenos términos no pasaba de ser una apolojía de los jesuitas, a quienes se presentaba como intercesores en el cielo, fué seguido de otro mucho peor por su forma, redactado por un personaje que llevaba tambien el apellido de Marin. Hablábase mucho en Chile por ese tiempo del poco fruto que reportaban los misioneros, i sin duda con el fin de contrarestar estas hablillas, fué que don Domingo Marin escribió su

2 El capitan Diego de Venegas, «caballero de grande crédito i autoridad que se halló presente en la Imperial a todo lo que refiere», segun cuenta Ovalle en la pájina 182 de su obra, es tambien autor de un tratado manuscrito semejante al de Marin de Poveda, (perdido para nosotros) intitulado *Relacion e informe de los milagros que obra Dios por intercesion de María Santísima S. N. de las Nieves, cuya santa imágen está en la ciudad de la Concepcion de Chile.*

Estado de las misiones en Chile, que mas que otra cosa, es un folleto contra los detractores de los jesuitas, en que, a una pretendida elevacion de lenguaje, se una la mas estemporánea erudicion[3].

Mui de boga estuvieron siempre durante el período colonial en América las relaciones que algunos frailes escribieron de la llegada de las Ordenes a que pertenecian en los países en que se establecieron i de los progresos que mas tarde ejecutaron, bien fuera en el ministerio de la predicacion o simplemente en la fundacion de nuevos conventos. En estos antiguos i voluminosos mamotretos es frecuente, sin embargo, encontrar diseminados una porcion de hechos referentes a la historia política de las colonias americanas. La vasta estension que en un principio se asignara a las provincias relijiosas en que la América se dividió, fué siempre un favorable pretesto para consignar en estos escritos los acontecimientos militares de los primeros conquistadores, i ya mas tarde, cuando esas divisiones eclesiásticas se restrinjieron, en virtud de la misma importancia que iban adquiriendo las secciones del continente, ejercitando una vida propia i rijiéndose por funcionarios especiales, cada provincia tuvo su particular historiador. De esas crónicas relijiosas una de las mas vastas i de mas renombre i que hoi por desgracia es bastante escasa, fué la que escribió el dominicano Melendez con el título de *Tesoros verdaderos de las Indias*, en que, bajo un nombre figurado, refiere las hazañas i fastos de los miembros de su Orden. En esta obra se dió tambien un lugar a la relacion de los hechos verificados en la provincia de San Lorenzo Mártir en Chile; pero que, por ser escasa i no comprender sino los primeros tiempos de la conquista, dió oríjen a que otro fraile que vivió en la Recoleccion de Santiago redactase los acontecimientos de la provincia de Chile i los adelan-

3 Eyzaguirre menciona tambien sobre este particular una *Memoria sobre las Misiones de Chile* de Rómulo Pogg; la *Relacion del establecimiento de las Misiones en Chile*, i la *Fundacion de las Misiones de la Araucanía por los franciscanos;* pero no hemos logrado conocer estas piezas.

tase en cerca de un siglo a la fecha en que Melendez alcanzó en su libro.

Tuvo por nombre este relijioso Fr. Antonio de Aguiar i por patria la Serena, donde vió la luz, de estirpe distinguida, allá por el año de 1701. «Ocupado en el aprendizaje de las ciencias eclesiásticas entre los alumnos, salió de esta esfera para tomar lugar entre los preceptores del convento principal de su Orden, en la ciudad de Santiago, en julio de 1725, conservando en este honroso cargo un lugar mui distinguido»[1].

A consecuencia de ciertos disturbios ocurridos en la eleccion de provincial de la Orden, algunos de los padres maestros que se daban por agraviados resolvieron dirijirse a Roma, enviando a Aguiar para que con los poderes de la provincia sostuviese la eleccion que habian hecho. Aguiar salió de Santiago por enero de 1734 con direccion al convento de Mendoza para de allí pasar al puerto de Buenos-Aires en busca de nave que lo llevase a Europa; «i habiendo llegado allí, refiere él mismo, por abril, no hallé otra via sino una nave inglesa pue estaba surta en dicho puerto, i por el mes de agosto salia para Lóndres». Aguiar siguiendo este camino, llegó a la Metrópoli inglesa, i de allí a Roma, estando de regreso en Chile en 1740.

Seis años mas tarde era a su vez nombrado provincial, cuyas funciones desempeñó por el ordinario tiempo de los cuatro años. Agüiar murió por los comienzos de 1757.

«Deseoso, decia Aguiar, de que el tiempo no sepultase en los retiros del olvido las noticias de esta provincia, me dediqué a solicitarlas, pues ya en la noticia de la série de los provinciales que la habian gobernado se hallaban, i considerando que ésto todos los dias habia de ser mas dificultoso, pues las noticias se acaban con las vidas de los sujetos que mueren, atendiendo al reparo segun lo posible, empezaré a dar la noticia desde el año de 1551». Fr. Antonio sigue durante la primera época de su relacion los apuntes de su antecesor i maestro Melendez, i para los tiempos

1 Eyzaguirre, *Historia*, t. II, páj. 308.

posteriores se vale de las actas de los capítulos, de los documentos conventuales, i de lo que verbalmente puedo inquirir acerca de algunos sujetos de su relijion, logrando de esta manera dejarnos una *Razon de las noticias de la provincia dc San Lorenzo Mártir en Chile* que alcanza hasta el año de 1742, esto es, hasta poco tiempo despues de su regreso de Europa. El libro de Aguiar, sin embargo, aunque escrito imparcialmente i con frialdad no se asemeja a esas crónicas a que hemos hecho referencia, llenas de milagros i absurdos, pero tambien sembradas de hechos históricos de bastante interes, pues carece de una i otra cosa; mas bien dicho, solo apunta los sucesos caseros del convento. Ademas de esta consideracion que disminuye en mucho el mérito de la obra de Fr. Antonio, podemos todavía reprocharle las frecuentes interrupciones que introduce en su asunto, ahorrándose trabajo, pero sacrificando el método i la hilacion, i lo rebuscado de su lenguaje, sin pretensiones algunas veces, pero de ordinario de mal gusto[5].

Análogo en sus propósitos al libro de Fr. Antonio Aguiar, fué el que escribió el relijioso franciscano Fr. Francisco Javier Ramirez con el título de *Cronicon sacro-imperial de Chile.* Vivia patente en la memoria de los que vestian el hábito de la relijion seráfica las memorias del antiguo obispado de la Imperial, los recuerdos de esa tierra asolada por los araucanos renacian en los corazones que ansiaban el restablecimiento de su arruinada Iglesia, como las tristes cuanto dulces impresiones de los que han sido desterrados del hogar. La restauracion de la Imperial era

5 A estarnos a lo que dice Pinelo en la columna 659 del tomo 2.º de su *Epitome* los mercedarios de Chile fueron los primeros que tuvieron cronista que ponderase susconquistas espirituales, pues ese autor cuenta que frai Alonso Remon, historiador jeneral de la Orden, le «comunicó» la *Relacion de los relijiosos de buena vida y exemplo que han florecido en el Reyno de Chile de la Orden de la Merced, y los grandes servicios que han hecho a las dos majestades desde el año de* 1542 *hasta el de* 1624, por el R. P. Fr. Simon de Lara. De esta manera vendria pues a quedar completa la historia de las Ordenes relijiosas en Chile, pues si esceptuamos a los agustinos cuyos hechos entre nosotros han sido relatados solo someramente por Calancha i Torres, los demas, jesuitas, dominicos i franciscanos han tenido cronistas especiales, como sabemos.

uno de los proyectos mas queridos que pudiera halagar la devocion i vanidad de los hijos de San Francisco; puede decirse aún que era un mito en el cual creian i confiaban como los errantes hijos de Judá en el restablecimiento de la grandeza de Jerusalen. El primer obispo de la diócesis, Fr. Antonio de San Miguel, era para ellos una especie de patriarca adornado de todas las virtudes que distinguieran a los prelados de los primeros siglos de la civilizacion cristiana. Por un efecto de imajinacion, todos esos ardientes sectarios a quienes la realidad diera un desencanto cada dia, se figuraron ver, sin embargo, las glorias de esa antigua Iglesia heredadas por la silla de Concepcion. Hacer esta historia, por consiguiente, seria continuar la de la pasada Imperial i la de los misioneros que predicaron en ella. Tal fué el fin que Fr. Francisco Javier Ramirez se propuso en su *Cronicon* dándole el agregado de *imperial* en memoria de la destruida ciudad.

Nombrado Ramirez escritor del colejio apostólico de Chillan i de todas las misiones, púsose a desempeñar su cometido «trabajando en obsequio de la verdad i de la justicia, dando a César lo que es del César i a Dios lo que es de Dios». «No obstante, agregaba, no esperaba yo de mi natural moderacion o de mi jenio austero i filosófico el gusto i el honor de vencerme a mí mismo,... si la obediencia no fuera tan poderosa para el vencimiento propio......

Se quejaba, en seguida, aunque sin razon, que de los setenta escritores de Chile, tanto impresos como manuscritos que habia consultado, solo tres hubiesen bosquejado la historia de Chile sagrada. «Las historias de Chile impresas i manuscritas, decia, han seguido por desgracia la suerte de la guerra, i la única que se contrae en parte a lo sagrado, que es la del abate don Miguel de Olivares, no ha visto la luz de la prensa, ni se sabe de su paradero». No podia, a continuacion, dejar de recordar a Fr. Juan de Barrenechea, que tan vasto tributo pagara con su imajinacion a los recuerdos de la Imperial. «Este, agregaba, i las noticias que me comunicaron varios sujetos de carácter sobre los sucesos del último siglo, especialmente el finado doctor Guzman

de Peralta, mis observaciones i esperiencia de treinta años, los documentos del archivo del colejio i del monasterio de Trinitarios, varios apuntes de la secretaría episcopal i de la intendencia, han formado el plan de este *Cronicon*»....

Mas adelante, cuando ya procuraba entrar en materia, no dejaba de repetir nuevamente ese hecho de la prescindencia de las cosas sagradas de los escritores de Chile, que tan vivamente habia herido su imajinacion. «No puedo ménos de quejarme, añadia, de la indiferencia i aún de la injusticia de algunos escritores estraños i aún propios, que forman sus historias civiles i de las Indias sin que tomen a Dios en la boca, aunque creen en él, no segun las luces de Dios i de su verdad, que debe ilustrar nuestros pensamientos, formar todo nuestros designios, animar todos nuestros deseos i dirijir todas nuestras empresas i gobernar nuestras plumas».

Despues de esta mística declaracion, Ramirez continúa todavía desarrollando el programa que a su juicio debe adoptarse como ideal en la ejecucion de un tratado histórico. Así dice: «la verdad es el alma cuando se puede decir sin ofensa de la caridad i de la justicia, mucho mas con los difuntos i especialmente las potestades i superiores; no puede la historia ni crítica dar leyes contra la relijion. Esto se entiende principalmente a favor de los fieles, no contra los herejes e infieles que mueren en su obstinacion».

Con tales antecedentes, fácil nos será ya presumir cual ha de ser el carácter que en su conjunto asuma la obra del padre Ramires por lo que a los asuntos relijiosos se refiere. Dotado de una credulidad exajerada i de un misticismo entusiasta, el misionero de *Propaganda fide* divisa en todas partes la intervencion de la Divina Naturaleza: en una peste que diezmó a los indios que sitiaban a la Imperial, señala un milagro; en la derrota de un ejército, el castigo de sus faltas; en una ciudad arruinada por un terremoto, señales de la ira de Dios; en cada uno de los lances en que los guerreros españoles creian ver a los santos combatiendo por ellos, la espresion exacta de la verdad, etc., etc.

De este mismo prurito de mistificarlo todo, ha nacido tambien que en el libro de Ramirez se encuentren ventiladas una porcion de cuestiones con las mas sutiles armas de la teolojía, que, preciso es confesarlo, dejeneran a veces en el mas completo ridículo.

Vamos a ver un ejemplo.

Tratáse de saber con quién habrá tenido que luchar el arcánjel San Miguel en un encuentro fatal a los araucanos, i Ramirez dice: «Como este gran príncipe era titular i protector, con este motivo de la iglesia imperial, parece consiguiente i conforme a esta policía mística que hubiese su competencia con el ánjel custodio de los araucanos i no con Lucifer con quien no cabia disputa, ni éste podia levantar cabeza estando a sus piés sobre siete mil años desde que lo arrojó del cielo».

Como es natural, Ramirez no pierde ocasion en que no procure elevar a los hijos de San Francisco; pero lo mas curioso es que a pesar que manifiesta profundo disguto por todos esos enredos i competencias que estuvieron en uso en la colonia, fiel a las tradiciones de los autores que escribieron obras del carácter de la suya, entra en una série de pequeñas rivalidades acerca de la primacía de las Ordenes relijiosas, dando, por cierto, el primer lugar a la propia. Quienes peor escapan de sus alfilerazos, algunas veces demasiado fuertes, i hasta poco devotos, son los mercedarios que reclamaban para sí ser los primeros que habian predicado en la tierra americana. Ramirez refiere a este propósito que en el viaje en que Colon descubrió la América vino con él Fr. Juan Perez de Marchena con otros relijiosos franciscanos, «i dado que trajese capellan *mercenario*, agrega, esto prueba que lo fué i no la primacía, a no consistir ésta en saltar primero a tierra, pues en este caso nos ganan el pleito los lancheros».

En otra parte, carga contra los dominicanos: «¿Quién creerá, agrega, lo que cuentan algunos historiadores de Santo Domingo cuando al diablo que le estaba metiendo miedo obligó a tener el candil i velon en sus manos, sintiendo en ésto no solo molestia sino un dolor increible?... ¿No parece ridículo el caso de Nuestro

Padre Santo Domingo que el diablo tuviera tanta molestia i dolor con el candil i la luz del velon siendo príncipe de las tinieblas? i mas increible parece el que pudiera alumbrar».

Sin embargo, hai un tema que corre parejas en el ánimo de Fr. Francisco Javier con su predileccion de sectario i su entusiasmo por la Imperial. Ramirez instruido en la lectura de la Biblia, se ha propuesto por modelo en su libro el lenguaje de esa obra escepcional, i así para juntar la ruina de aquel pueblo ha tratado de arrebatar a los profetas algunos rasgos de su inspiracion.

«Por un terrible juicio de Dios, cayó de improviso la ciudad Imperial en poder de los araucanos. Ya la tenemos como viuda i desamparada a esta nueva Jerusalen, señora de las jentes, i tributaria de los bárbaros, la princesa de las provincias. Los ojos son mares de lágrimas que inundan sus mejillas i corren impetuosas por su bello rostro en la funesta noche de esta tribulacion. Ninguno de sus allegados la consuela. Todos sus amigos la desprecian i abandonan i aún la tratan como enemiga. Todas sus murallas i puertas son destruidas, i sus iglesias profanadas, sus conventos demolidos, sus sacerdotes jimen inconsolables; sus vírjenes consumidas; sus doncellas cautivas i violadas por las calles i plazas; los inocentes martirizados en los tiernos brazos de sus madres. Las esposas cautivas a presencia de sus maridos i éstos muertos i esclavos a la vista de sus esposas».

He aquí ahora las esclamaciones del real cacique Millalican (que supone traducidas del araucano) a la vista de la ciudad destruida.

Pueblos imperiales! Venid i ved por vuestros ojos el trofeo lamentable de los araucanos. Ellos han destruido vuestra capital, la Gran Señora de las Jentes, la princesa de vuestras provincias. Ellos han cautivado, han muerto a los españoles, vuestros patrones, vuestros protectores benéficos; ellos mataron traidoramente a vuestro jefe en Curalaba. Oh! cielos! Pueblo tirano! Pueblo traidor! Arauco infame! Verdugo del mas amado jefe que habia tenido Chile. Tú has profanado los templos, conculcado las sagradas imájenes, pisado las cosas santas, destruido los altares, incendiado los edificios. Pueblo rebelde i sacrílego! Tú has martirizado las esposas de Dios, has sacrificado los sacerdotes, i quién sabe tambien si has muerto al buen pastor i padre de los pobres! Yo derramo mi vista cecuciente del llanto, latiendo por todas partes, i no veo mas que ruinas, incendios i desolacion, solo lucen sus cenizas: Aquí fué Troya!

Pueblos comarcanos, reduciones imperiales, amigos fieles de Tirua, del Budí, del Guapi, de Tolten. Baroanos i maqueguanos, prófugos, cobardes, indolentes; pero invencibles unidos. A vosotros es a quienes se dirije mi proclamacion, a vosotros es a quien inspira para ser los vengadores de esta desolacion, para vindicar el honor de los costinos de este fiel butalmapu. Pues qué! Los araucanos i purenes se han usurpado todo nuestros poderes, os han despojado con indolencia de todos nuestros derechos patrióticos, i vosotros indolentes, insensibles no habeis esperimentado siquiera los trasportes de la indignacion i venganza? Ellos coligados con los cuncos i huiliches han hecho una desolacion jeneral de todos los pueblos españoles por vengar algunos excesos i oposiciones, i nos han sometido e infamado a todos con la mas cruel i la mas inaudita de todas las sublevaciones i tiranías!

La bella Imperial.....Ai! Ai! nuestra rica i opulenta metrópoli, nuestra amada madre, tenia numerosas encomiendas, habia criado grandes haciendas para nuestra utilidad i socorro, mantenia un comercio fluido para nuestras necesidades; poblaba nuestras tierras de iglesias i conventos para nuestra doctrina i educacion de nuestros hijos, i todos estos bienes, todos estos recursos, todas estas grandezas, se han desvanecido, se han incendiado i destruido! Los que mandaban eran respetados, las iglesias estaban veneradas i estendidas maravillosamente, i en el dia todo se ha reducido a nada, todo está envuelto en cenizas! I qué, todos los fieles, todos los imperiales no se unirán para destruir i esterminar todos los araucanos, fautores de tantos males i desdichas?

¡Ea, valientes costinos! ¡Ea! mi amado butalmapu! condolámonos, pues, lloremos tan lamentable desolacion, tan fatal trastorno, tan lúgubre catástrofe. La buena fe, la relijion i la humanidad nos obligan i compelen a ello, pero al mismo tiempo nos dictan i mandan la pública vindicta. Reunamos nuestras fuerzas, debilitadas i abatidas, pero invencibles unidas. No temamos a los araucanos por mas aguerridos i numerosos que nosotros. El cielo sabe instruir para la guerra i vencer con pocos fieles, ejércitos innumerables de infieles, siendo la causa suya. Venganza, pues, venganza, dun, dun, dun; guerra, guerra, zape, zape; mueran, mueran los infieles i traidores araucanos. Clamemos al cielo para que proteja i felicite nuestras armas. Vuelva, vuelva la ciudad imperial a su magnificencia i esplendor, los españoles cautivos a su libertad i comercio. Busquemos donde estuviese por toda la provincia la silla episcopal para restablecerla en su sólio. Pidamos sacerdotes para nuestro consuelo i auxilio, para doctrina i enseñanza de nuestros hijos i familia.

¿En qué nos detenemos? Todo está en nuestras manos i todo el interes es nuestro. Nuestras almas, nuestros cuerpos, nuestros bienes i felicidades, nuestras mujeres, nuestros hijos, nuestro reposo i tranquilidad, nuestro mismo honor i fama se interesan en la empresa, i la salud pública de toda la provincia imperial es la suprema lei. Así los imperiales se remudarán en la nota de rebeldes como los araucanos; Tolten, el Guapí, Tirúa i Boroa acreditarán su debilidad, su amor a los españoles, harán inmortal i gloriosa su memoria en los fastos de Chile».

Parece que la obra del misionero franciscano debia constar de dos partes, de las cuales solo la primera conocemos, dividida en cinco libros i éstos en capítulos[6]. Separa imajinariamente el ter-

6 El manuscrito de esta primera parte fué obsequiado a la Bib. Nac. por don Manuel Salas.

Don Benjamin Vicuña Mackenna en una nota puesta a la páj. 26 de su *Ostrasismo de O'Higgins* dice lo siguiente: «Sabemos que Ramirez fué autor de una *Historia de Chile*, que desgraciadamente se ha perdido, i que constaba de

ritorio en tres climas, pencopolitano, osorniano i valdiviano, i habla respectivamente de sus habitantes i de sus producciones; ponderando, en jeneral, la belleza del país i la fertilidad de su suelo; i adelanta su relacion hasta la pastoral del obispo de Concepcion don José de Toro Zambrano, a propósito del temblor de 1751.

No puede negarse que la obra de Ramirez es una de las mas curiosas de la época que estudiamos, pues ella deja ya traslucir el verdadero sistema de escribir la historia eclesiástica, con sus noticias sobre los acontecimientos relijiosos i las biografías de las personas mas distinguidas por sus letras i virtudes. Libro de una condicion poco indijesta, sembrado de hechos curiosos, i escrito con un estilo que se aleja del ordinario de los claustros de la colonia, debe leerse con despacio. Sobre todo, es un ensayo bastante feliz de una materia apénas desflorada por otros, porque como decia Ramirez mui bien, los chilenos preferian el ruido de las armas, i los escritores, las relaciones de un suelo maravilloso, o de una guerra heróica, para llamar la atencion en el estranjero. Su prólogo, especialmente, es mui curioso como uno de los primeros trabajos de crítica literaria entre nosotros. Sin duda que el libro está mui distante de haber recibido su última mano, pues se notan en él vacíos e inconexiones que con la aplicacion de la lima del tiempo i de un segundo repaso habrian podido desaparecer fácilmente.

Persona de no escaso mérito debió ser Fr. Francisco Javier Ramirez cuando don Ambrosio O'Higgins, entónces intendente de Concepcion, le confió la direccion de su hijo. El mismo don Bernardo nos refiere que aprendió sus primeras letras con el pa-

dos volúmenes. El primero de éstos lo poseia el jeneral O'Higgins en 1825, mas hoi ha desaparecido de sus papeles. En aquella época, el mismo jeneral recomendó a su primo don Tomás O'Higgins el buscar el segundo tomo, que él suponia en poder del coronel arjentino don Domingo Torres, i que comprendia la relacion de los servicios del virei su padre durante los veinte años de su residencia en Chile; pero ignoramos si lo consiguió».

Nos parece evidente que el *Cronicon* debe ser la *Historia* aludida en este pasaje, cuya segunda parte, como dejamos indicado, hasta ahora no se sabe donde pára.

dre Ramirez, a quien pocos años mas tarde daba en su correspondencia doméstica «los cariñosos títulos de *maestro* i de *taitita*»[7].

Creemos que Ramirez fué oriundo de España. Acaso en la parte perdida de su libro hubiésemos encontrado algunas noticias suyas, pues de lo que conocemos solo consta que, viniendo de España, hizo su travesía a Chile por Mendoza.

7 Vicuña Mackenna, *lug. cit.*

CAPITULO XVIII.

HISTORIA JENERAL.

V.

D. José Perez García.—Noticias de este personaje.—Papel que desempeñó en Chile.—Sus pretensiones.—Los últimos años de su vida.—Su *Historia general del Reyno de Chile*.—Análisis de este libro.—Algunos defectos.—Lo que contiene de bueno.—D. Vicente Carvallo i Goyeneche.—Noticias de su vida.—Algunas de sus recomendaciones.—Sus rivalidades con D. Ambrosio O'Higgins.—Su viaje a España.—Antecedentes de su libro.—Puntos que le han servido de base.—Apreciacion de su obra.

El cetro de la historia, por los años a que vamos llegando, parecia que hubiese estado vinculado en los miembros de la Sociedad de Jesus; pero estinguida la Orden i espulsados sus miembros del territorio chileno, nacieron otros hombres de ideas i tendencias mui distintas que tomaron sobre sus hombros la ruda tarea de redactar metódicamente los embrollados cuanto áridos sucesos de la guerra araucana. Desde 1767 desaparece ya por completo en nuestra patria la alianza de la sotana i de la pluma i en su lugar traban estrecha union dos profesiones al parecer enteramente opuestas, aunque de antiguo i como de suyo emparentadas en nuestro suelo, las letras i la milicia.

Correspóndenos en este lugar ocuparnos de sus representantes mas eximios, aunque tambien los postreros, D. José Perez García i D. Vicente Carvallo i Goyeneche, que por la altura a que supieron elevarse dejaban concebir lisonjeras esperanzas en el porvenir de las letras chilenas, miéntras nacia la era que iba a llamarnos a figurar entre las naciones como pueblo independiente,

abriéndonos nuevos horizontes i creando otras exijencias en nuestras tendencias literarias como en nuestro modo de ser político i social. Dábase con el grito de 1810 un adios eterno al pasado, que iba por el momento a ocasionar trastornos i a conmover profundamente nuestra sociedad, i que era natural distrajese la atencion e hiciese olvidar las pacíficas tareas literarias para pensar ante todo en la propia existencia. Pero despues, en cambio, sin mas horizonte que nuestra propia felicidad i el cumplimiento de los nuevos deberes a que eramos llamados, qué sávia tan vigorosa, qué aspiracion de vida, cuánta fe en lo porvenir!

«Don José Perez García era orijinario de España. Nació en 1721 en la pintoresca villa de Colindres, situada a pocas leguas al oriente de Santander, i en el antiguo señorío de Vizcaya. Eran sus padres don Francisco Perez Piñera i doña Antonia García Manrueza, «caballeros nobles, hijodalgos, de sangre i naturaleza, de casa infanzona i solariega, pendon i caldera», como dice su ejecutoria de nobleza. Entre sus mayores, contaba esa familia algunos hombres mas o ménos distinguidos. El tercer abuelo de don José, don Pedro Perez Quintana, fué caballero de la órden de Calatrava i jeneral de la real armada bajo el reinado de Felipe III.

«No parece que don José Perez García hiciese estudios literarios. Adquirió los pocos conocimientos que en esa época constituian la preparacion intelectual de los que querian dedicarse al comercio, i a la edad de veinte años pasó a América al lado de un hermano mayor, don Santiago, que hizo mas tarde una fortuna colosal en el Alto Perú, i que mantenia una casa de comercio en Buenos Aires, que era el puerto por donde importaban las mercaderías europeas, i esportaban los productos americanos los comerciantes de Charcas i Potosí. Don José Perez García permaneció en aquella ciudad cerca de diez años, ocupado en los trabajos mercantiles. Allí estuvo tambien alistado en los cuerpos de tropas que guarnecian la ciudad, primero como cadete de dragones, cargo que sirvió mas de dos años, i luego como alférez de milicias de la compañía de forasteros, a que perteneció otros cin-

co. Es probable que contando con la proteccion de su hermano mayor adquiriera en Buenos Aires la base de la fortuna que poco mas tarde incrementó considerablemente en Chile.

«¿En qué año pasó Perez García a este país? No encuentro esta noticia en ninguno de los documentos que acerca de su vida he podido consultar; pero del estudio detenido de su historia infiero que fué en 1752, o a lo mas en los primeros meses del año siguiente. Tiene este cronista la buena práctica de citar al pié de sus pájinas la fuente de donde ha tomado sus noticias, refiriéndose con frecuencia a las conversaciones con los personajes que intervinieron en los hechos o los presenciaron, i apelando tambien a sus propios recuerdos para manifestar que escribe como testigo de vista. Desde los sucesos de 1753 comienza a apoyarse en su testimonio personal, poniendo en sus notas las palabras: «lo hemos visto». El primer suceso que certifica de esta manera es el establecimiento del estanco de tabaco en el reino de Chile, i la prohibicion de cultivar esta planta en su territorio. En otra parte de su historia dice que vino a Chile por el cabo de Hornos, pero no espresa la fecha de su viaje. «Viniendo en la *Guipuzcoa*, dice, ví estrellarse en sus peñas sus encrespadas aguas, que con el sol que salió a mostrarnos el riesgo, parecian un cardúmen de estrellas que formaban un mar de plata».

«Establecido en Santiago, don José Perez García vivió ocupado principalmente de sus especulaciones mercantiles. Dotado de una intelijencia clara, de un injenio alegre i festivo, de una notable probidad, se labró en el comercio i en la sociedad una de esas reputaciones que atraen a los hombres el respeto i la estimacion de los que los conocen. A los diez años de hallarse en Chile, el 10 de marzo de 1763, contrajo matrimonio con doña María del Rosario Salas i Ramirez, señora principal de Santiago, e hija de un rico comerciante español, natural tambien de la villa de Colindres[1]. Este enlace, que fué causa de que establecie-

1 El suegro de Perez García se llamaba don Manuel Jerónimo de Salas; i su suegra, que era chilena relacionada con las mas altas familias de Santiago, fué doña Ana Josefa Ramirez. Hijos de éstos fueron, entre otros, doña Rosa,

ra definitivamente su hogar en Chile, lo relacionaba por los vínculos de familia con algunas de las casas mas aristocráticas de Santiago[2].

«Perez García llegó a ser todo aquello a que podia aspirar en esa época un honrado i noble vecino de esta ciudad. Fué tesorero i director de algunas cofradías relijiosas, cargos a los cuales se daba entónces una importancia que han perdido en nuestro tiempo; capitan de una compañía del batallon de número de las milicias de infantería (por nombramiento del 19 de diciembre de 1768)[3]; capitan del rejimiento de infantería del rei (por nombramiento de 19 de setiembre de 1777); diputado de comercio, o lo que es lo mismo, jefe del tribunal especial en asuntos mercantiles, en dos ocasiones diferentes, en 1781 i en 1793, i por último, miembro del cabildo de Santiago. Sus relaciones i sus amigos se contaban entre los hombres mas altamente colocados en la colonia. En las notas de su libro alude con frecuencia a sus conversaciones con el presidente de Chile don Ambrosio O'Higgins, con el correjidor de Santiago don Luis de Zañartu, i con otras personas distinguidas por su fortuna o por el destino que desempeñaban. Agréguese a esto que Perez García llegó a formarse en el comercio un capital considerable que aseguraba su independencia i el prestijio de su posicion. Cuando creyéndose

casada con el maestre de campo don José Cruzatt, que fué alcalde ordinario de Santiago en 1757; doña Antonia, casada con don Martin José de Larrain, natural de Aranaz, villa de Navarra, alcalde ordinario de Santiago en 1759, i padre de una numerosa familia que se ilustró en la revolucion, i doña Josefa, casada con el comisario don Salvador de Trucíos, natural de Vizcaya.

Don José Perez García tuvo varios hijos, de los cuales los mas distinguidos fueron don Francisco Antonio, gran patriota de 1810, i don Santiago, padre del señor don José Joaquin Perez, ex-presidente de la República.

2º Del libro de *Provisiones* del Cabildo de Santiago, correspondiente a la segunda mitad del siglo XVIII, consta que Perez García i su mujer se presentaron con fecha 20 de setiembre de 1770 pidiendo que se rejistrase su hidalguía. En ese documento se señala el 10 de marzo de 1766 como el dia del casamiento.

3º Del mismo título de nobleza resulta tambien que Perez García sirvió durante seis años, ocho meses i veintiun dias el puesto de *teniente de milicias* de infantería, de la compañía privilejiada de nobles llamada del señor Presidente, siendo designado jeneralmente por otros escritores con ese título de *teniente de milicias*.

Perez García asistió con el título de capitan a la guerra de los pehuenches i huiliches.

demasiado viejo para atender los negocios comerciales, quiso balancear su fortuna i retirarse a su casa, se encontró dueño de poco mas de cincuenta mil pesos, riqueza mui considerable a fines del siglo anterior. Poseia entre otros bienes, una gran casa en el centro de Santiago[4], i la estensa i valiosa hacienda de Chena, que llegaba entónces hasta cerca de los suburbios de la capital, comprendiendo algunos miles de cuadras, i que ahora representa un valor de mas de un millon de pesos.

«Hallándose resuelto a no salir de este país de sus afecciones i de su familia, recibió el nombramiento puramente honorífico de alcalde ordinario de su pueblo natal. Perez García guardó este nombramiento como un título de honor; pero no pensó en volver a España. Mas adelante, en 1789, solicitó del rei otra distincion. En un estenso memorial hacia valer sus servicios como oficial de milicias, manifestando que habia desempeñado todas las comisiones que se le confiaron, representaba su calidad de caballero hijodalgo, i pedia se le confiriera el título de teniente coronel de ejército a que se creia merecedor. En la vida colonial, los grados de esta clase, no se concedian siempre como un premio de servicios efectivos, sino como un timbre de honor que daba gran prestijio al que lo recibia. Perez García buscaba en él la satisfaccion de un sentimiento de vanidad natural entre sus contemporáneos, así como él i los mas encumbrados vecinos de Santiago pedian el título de cadete en los cuerpos de milicias para cada uno de sus hijos, cuando éstos acababan de nacer. El nombramiento de capitan o de coronel les daba derecho para vestir casaca militar, para asistir a todas las fiestas públicas i para recibir los honores correspondientes a ese rango.

«Perez García, sin embargo, no obtuvo de la Corte el nombramiento que solicitaba. Recibió solo el de teniente coronel de milicias, que le autorizó para usar el resto de sus dias la casaca

4 Situada en la actual calle de la Bandera, cuadra i media al sur del palacio de los Tribunales, que don José Perez García habitó hasta su muerte. Hasta hace veinte años se conservaba en el mismo estado que tenia en tiempo de este historiador. Tiene actualmente el número 26.

militar, pero que lo colocaba en un rango inferior a aquel a que habia aspirado. Talvez no pudo nunca darse cuenta de la causa que habia impedido que su solicitud tuviera mejor resultado. Nosotros hemos podido descubrirla entre el polvo de los archivos, i vamos a revelarla. El presidente Chile don Ambrosio O'Higgins, enemigo decidido de que los títulos militares fueran solo un objeto de vanidad i no la recompensa de servicios efectivos, dirijió a la Corte la siguiente nota reservada:

«Exmo. señor: Encamino a V. E. un memorial de don José Perez García, capitan del rejimiento de infantería de milicias del Rei, de esta capital, en que representa tener contraidos mas de 41 años de servicios en varios destinos i otros méritos, solicitando por su edad i dolencias retiro con algunas preeminencias que especifica, a que su coronel le reputa acreedor; i supuesto que en mi informe de 24 de diciembre de 1789, número 156, al Exmo. señor don Antonio Valdes le acredité para teniente coronel de milicias, contemplo que será suficiente concederle retiro de este grado, i escusar el de ejército que pide. Nuestro Señor guarde la importante vida de V. E. muchos años.—Santiago de Chile, 24 de octubre de 1791.—Exmo. señor—AMBROSIO O'HIGGINS VALLENAR.—Exmo. señor conde de Campo Alanje».

«Hemos dicho mas atrás que don José Perez García no habia hecho en su juventud los estudios que preparan al hombre para el cultivo de las letras. Sin embargo, contra lo que podia esperarse de su educacion i de las ocupaciones de toda su vida, poseia un amor apasionado a la lectura, i lo que es mas curioso, a la lectura de los libros de historia americana. Afanábase por recojer i estudiar cuanto papel impreso o manuscrito tuviera alguna atinjencia con la historia i la jeografía de Chile; i mediante muchas dilijencias i probablemente no pocos gastos, llegó a formar una copiosa coleccion de libros i documentos que estudió con toda prolijidad. Examinó ademas los archivos públicos a que pudo tener acceso, i sobre todo el del cabildo de Santiago, que nunca habian sido estudiados con un propósito histórico. Al fin llegó a conocer nuestro pasado como no lo habia conocido nadie ántes

de él (?). Su versacion en los libros i documentos, i el caudal de noticias que en ellos habia recojido, le granjearon a fines del siglo anterior la reputacion de un erudito profundo a quien todos consultaban para recojer informaciones referentes a cualquier hecho relacionado con nuestra historia.

«En 1789, el presidente de Chile don Ambrosio O'Higgins recibió órden del rei de España para buscar los manuscritos históricos que habia dejado en Chile el ex-jesuita Miguel de Olivares. Como la relacion de éste llegaba solo hasta el año de 1717, O'Higgins creyó conveniente completarla haciéndole añadir una reseña de los sucesos posteriores, i confió este trabajo a don José Perez García. Esa reseña parece definitivamente perdida, como lo parece igualmente la segunda parte de la historia de Olivares, a la cual debia servir de complemento; pero sí consta que fué remitida a España en agosto de 1790.

«A pesar de estos estudios preparatorios, Perez García vaciló mucho ántes de emprender definitivamente la obra que le ha dado celebridad. Como es fácil comprender, la sociedad colonial no ofrecia mucho estímulo para acometer trabajos de esta naturaleza. El autor podia estar seguro de que su manuscrito quedaria sepultado en la oscuridad, como tantos otros libros i papeles concernientes a nuestra historia. No solo no existia la imprenta en Chile, sino que era escusado pretender dar a luz fuera del país una obra de esa clase, porque las dificultades que presentaba esta empresa eran casi insubsanables. A pesar de estos graves obstáculos, i teniendo que vencer otro mucho mayor todavía, la edad de ochenta i tres años a que habia llegado, don José Perez García acometió en 1807 la obra de dar cohesion a sus apuntes i recuerdos, i de escribir por fin una historia jeneral del reino de Chile.

«Seis años enteros de un trabajo incesante empleó en el desempeño de esta tarea, superior sin duda a la preparacion literaria del autor, i mas superior todavía a las fuerzas de un anciano octojenario. En esos seis años escribió de su puño i letra setenta i cuatro gruesos cuadernos de papel de hilo, que dividió en dos

cuerpos, cada uno de los cuales fué cosido i empastado en un enorme volúmen de cerca de mil pájinas. Por fin, el 21 de junio de 1810 pudo anotar en el último pliego de su manuscrito las líneas siguientes: «Hasta el dia 19 de este mes (marzo del año de 1808) me he propuesto llegar con mi historia jeneral del reino de Chile, dejando al pulso de mejor pluma referir que por renuncia del señor don Cárlos IV subió al trono el señor don Fernando VII, coronado en Madrid este dicho dia, mes i año, para ser el monarca español mas desgraciado. Santiago de Chile, dia del Santísimo Corpus Cristi, 21 de junio de 1810.—José Perez García». En esos dias frisaba en los noventa años.

«En esa edad avanzada, en que la mayor parte de los hombres que la alcanzan han perdido el uso de sus facultades intelectuales, Pérez García habia conservado la enerjía moral i física para resistir durante seis años a un trabajo abrumador, i para terminar al fin una obra que, dadas las circunstancias del autor i el tiempo en que escribió, puede llamarse monumental. Su vida iba a estar sometida a otra prueba no ménos penosa, a que resistió algunos años mas, pero que al fin le costó la vida.

«El mismo año en que terminó su historia se inició la revolucion chilena contra la dominacion secular de la metrópoli. El movimiento de 1810, pacífico en apariencia, debia ser el oríjen de turbulentas convulsiones, cuya proximidad no podia ocultarse a la penetracion de un hombre intelijente, como lo era Perez García. Los hijos de éste se enrolaron desde el primer dia en las filas revolucionarias; i el mayor de ellos, el doctor don Francisco Antonio Pérez, comenzó desde luego a figurar entre los patriotas mas ardorosos i exaltados. Don José, español de nacimiento, empapado en las ideas de obediencia ilimitada i absoluta al rei, viviendo del recuerdo de la grandeza i del poder de España, creyó que la revolucion era no solo un desacato a la autoridad real sino un acto de locura, puesto que América no podria resistir a los ejércitos de la metrópoli tan luego como ésta se viera libre de la invasion francesa, que segun sus cálculos, no podria durar largo tiempo. Procediendo, sin embargo, con una prudencia que

casi no debia esperarse de sus convicciones, no hizo ningun esfuerzo para influir sobre sus hijos a fin de que abandonaran la causa que habian abrazado. Puede decirse que aunque realista de corazon, Pérez García se mantuvo neutral en la lucha que se iniciaba.

«Vivió, en efecto, léjos del movimiento político, sin querer apoyarlo con el prestijio de su nombre, pero tambien sin pretender combatirlo por ningun medio. Pero cuando vió que la revolucion tendia a propagar la instruccion entre los habitantes de Chile, a mejorar su condicion, jeneralizando entre el pueblo los conocimientos útiles, i a preparar reformas basadas en el resultado que arrojaban los pocos estudios estadísticos que entónces existian, el ilustrado historiador se apresuró a suministrar el concurso de sus luces. Por decreto de 29 de enero de 1812 el gobierno revolucionario invitó a todos los chilenos a concurrir con sus estudios i su esperiencia a esta obra civilizadora, proponiendo medidas útiles a la prosperidad pública. *La Aurora de Chile*, que iba a publicarse en pocos dias mas, debia ser el órgano de propagacion de esas ideas. Don José Pérez García olvidó entónces sus reservas, i suministró sus conocimientos para la discusion de las mas altas cuestiones. El padre Camilo Henriquez, redactor en jefe de ese periódico, pudo así escribir en el número 3.° un importante artículo que lleva este título: *Observaciones sobre la poblacion del reino de Chile*, en que ha agrupado un gran número de curiosísimos datos históricos i estadísticos. Al terminar ese artículo, el ilustre publicista tiene el cuidado de añadir estas palabras: «Todo ésto consta por la historia manuscrita de don José Pérez García, que es el único que hasta ahora ha tenido la bondad de comunicarnos sus papeles con celo filantrópico».

«Pero la revolucion que debia hacer tantas víctimas en los campos de batalla, iba a arrastrar tambien al anciano historiador. El papel que en ella habian desempeñado sus hijos no debia pasar desapercibido ni quedar sin castigo bajo la conquista española de 1814. Don Francisco Antonio Pérez, el mas comprometido de ellos, se sustrajo por algunos dias a las persecuciones

ocultándose en Colina, en la hacienda de sus primos, los Larraines i Salas. Sorprendido al fin, fué llevado precipitadamente a Valparaiso, sin permitírsele ver a sus parientes. Allí fué embarcado en un buque que zarpaba del puerto. Se le enviaba al presidio de Juan Fernandez; pero sus deudos i amigos que quedaban en Chile, ignoraron por algun tiempo el lugar de su confinacion.

«Indecibles fueron las amarguras por que pasó el venerable historiador de Chile. Persuadido de que no volveria a ver a su hijo idolatrado, creyendo que se le habia llevado a algun lugar desierto donde pereceria de hambre i de miseria, pasaba el dia llorando lágrimas de profundo dolor, o implorando a Dios en sus fervorosas oraciones por el alma del que creia ya difunto. Sin embargo, nada hacia presentir su próximo fin. Pérez García a pesar de sus 93 años, se levantaba cada dia; i fuera del abatimiento que se habia apoderado de su espíritu, llevaba la vida ordinaria de sus mejores tiempos. Una mañana fué acometido por una fatiga repentina, i pocos momentos despues espiró, rodeado de los deudos i amigos que las persecuciones políticas no habian arrancado de su lado. Ocurria ésto a fines de noviembre de 1814. Su cadáver fué sepultado en la iglesia de San Francisco, con toda la pompa que correspondia al lustre de su familia, i a la intelijente fortuna que habia sabido labrarse. Sobre su tumba, sin embargo, no se puso ninguna inscripcion, de tal suerte que hoi no se conoce el sitio de su sepultura.

«Don José Pérez García habia reunido una copiosa coleccion de obras impresas i manuscritas concernientes a la historia de Chile, i muchos documentos del mas alto interes, que cita a cada paso en las pájinas de su libro. De algunos de ellos no tenemos mas noticias que las que él mismo nos ha dado en sus notas, como una historia manuscrita de Chile por Antonio García, la obra grande de Jerónimo de Quiroga, de que no conocemos mas que un compendio publicado por Valladares en el tomo XXIII del *Semanario erudito*, i la segunda parte de la historia civil del padre Olivares. Todos estos libros i documentos han desaparecido.

La familia de Peréz García no ha conservado mas que el manuscrito de la historia que este mismo escribió.

«En esta corta reseña hemos reunido todas las noticias que hemos podido recojer acerca de la vida de don José Pérez García. Ellas servirán en cierto modo para comprender el espíritu de la obra que compuso, i de que vamos a hablar en las líneas siguientes.

«La *Historia jeneral, natural, militar, civil i sagrada del reino de Chile* por don José Peréz García, es una de las obras mas sérias que se hayan compuesto sobre Chile, sea que se considere su estension i el período de tiempo que abarca, sea que se tome en cuenta el estudio prolijo que ha exijido i la ordinaria exactitud de su narracion. Hemos dicho al comenzar este estudio que ántes que vieran la luz pública los trabajos emprendidos en los últimos treinta años, esa obra era la fuente abundante de informaciones históricas a que tenian que ocurrir todos los que deseaban estudiar nuestro pasado.

«Se abre el libro con una dedicatoria a la Vírjen del Socorro, «descubridora, conquistadora i pobladora del reino de Chile». «Tú fuistes su pacificadora i conservadora, le dice, manteniendo desde el principio de la conquista entre los sagrados dedos pulgar e índice la invencible piedrecita, una de las con que venciste (en esta ciudad, el primer año de su fundacion) a los indios, i con los que, conservándola, los amenazas a ellos para que no se vuelvan a rebelar, i nos consuelas a nosotros manteniéndote armada para defendernos»; cuyos milagros recuerda apoyándose no solo en las crónicas que los cuentan, sino en los sermones que cada año se predicaban en el templo de San Francisco en honor de esa preciada efijie. Pasa en seguida a discutir el oríjen de los americanos, si este continente fué poblado ántes del diluvio, si estuvo en él el apóstol Santo Tomás i otras cuestiones análogas dilucidas con el auxilio de algunos cronistas españoles de la escuela histórico-teolójica, que tuvieron particular empeño en no omitir absurdo alguno en sus escritos. Todas las primeras pájinas de Pérez García no tienen, pues, importancia ni interes algu-

no. No se le pueden reprochar los errores que en ellas ha amontonado, copiándolos de otros libros; pero ellos sirven para formarse idea de los estravíos a que la supersticion de la colonia arrastraba aún a los hombres mas intelijentes e ilustrados.

«Despues de estos primeros capítulos, tan inútiles para la historia, ha colocado Pérez García una prolija reseña jeográfica del territorio chileno. Ha reunido con este motivo curiosos datos históricos i estadísticos, i ha agrupado un grande acopio de noticias que, si no bastan para constituir un cuadro completo de la jeografía de Chile en 1804, año en que fué escrita esta parte de su obra, puede servir de punto de partida para un buen trabajo de esa clase.

«Mas adelante, destina Pérez García muchas pájinas a dar a conocer las costumbres de los araucanos, su industria i su lengua, su organizacion social i civil; i de aquí pasa a tratar de la historia natural de nuestro territorio. En todas estas materias se limita a seguir mas o ménos constantemente los escritos del abate Molina, de modo que en su libro se encuentra solo una que otra indicacion que no sea jeneralmente conocida.

«Pero el mérito real del manuscrito de Pérez García reside en la relacion histórica, que constituye cerca de las tres cuartas partes de toda la obra. El escritor se habia preparado con sólidos estudios de las crónicas anteriores, así inéditas como impresas, i de todos los documentos que llegaron a sus manos; i aunque con olvido completo de las formas literarias, pudo hacer un libro que tiene un valor verdadero i que puede consultarse con provecho aún despues de haberse descubierto tantos documentos i de haberse comenzado a rehacer con la ayuda de éstos la historia de la conquista i de la colonia. La razon de la superioridad de la historia de Pérez García sobre las que le precedieron, se encuentra en que el autor no ha aceptado siempre como verdad incuestionable lo que hallaba escrito por otros autores; que ha tratado de comprobarlo por sí mismo i mediante la confrontacion de esas relaciones con los documentos, i que, por fin, ha rectificado en muchos puntos numerosos errores, i ha consignado hechos bien

averiguados que no rejistraban las otras crónicas. Estas cualidades son mas dignas de estimacion cuando se considera que la jeneralidad de los cronistas, esceptuando, es verdad, a los que refirieron los hechos en que figuraron como testigos i como actores (a cuyo número pertenecen Góngora Marmolejo i Mariño de Lovera, que Pérez García no conoció), no hacen otra cosa que copiarse mas o ménos fielmente los unos a los otros, reproduciendo así sin crítica alguna los errores que encontraban escritos. Pérez García tuvo bastante sagacidad para descubrir los vicios de ese sistema, i se apartó de él cuanto se lo permitieron los medios de comprobacion que tuvo a su alcance i la limitada luz que podia darle su reducida preparacion literaria. Así se le ve que, al paso que refuta terminantemente a los otros cronistas cada vez que los encuentra en contradiccion con los documentos, i sobre todo con las actas del cabildo de Santiago, que conocia mui bien, les da fácilmente crédito en todo aquello que no podia refutarles. Lo lójico i natural habria sido mirar con desconfianza i no aceptar sin reservas las narraciones en que se habian podido encontrar repetidos errores.

«Importa tambien decir aquí que el espíritu crítico, si bien ha permitido a Pérez García esplicar muchos hechos i correjir muchos errores, lo ha inducido algunas veces a varias equivocaciones. Así, por ejemplo, queriendo rectificar la cronolojía histórica de los últimos años del gobierno de don García Hurtado de Mendoza, ha hecho cierta confusion de sucesos, que sin embargo fascinó al autor de esa misma parte de la historia civil que lleva el nombre de don Claudio Gay, el cual ha exajerado considerablemente los errores de Pérez García. A pesar de éste i de otros descuidos de menor importancia, puede decirse que, por regla jeneral, sus rectificaciones son útiles i bien estudiadas. Aún podría añadirse que en el caso referido, el error de Pérez García proviene de haber dado autoridad histórica a la continuacion de la *Araucana* escrita por don Diego Santistévan i Osorio, siguiendo en ésto el ejemplo del abate don Juan Ignacio Molina.

«Otro defecto de la obra de Pérez García proviene de la desi-

gual estension con que ha tratado las diversas materias de la historia. Prolijo i minucioso en la relacion de los hechos concernientes a la historia de la conquista, pasa mas de carrera en los sucesos posteriores, como si fatigado del trabajo que habia emprendido, quisiera salir de él rápidamente. Este defecto se esplica mas fácilmente cuando se considera que el historiador comenzó a ejecutar la redaccion definitiva de su obra a la avanzada edad de 83 años. Por lo demas, aunque su historia da preferencia particular a los sucesos puramente militares, nunca olvida de consignar los hechos que tienen relacion con la historia civil i administrativa i aún con las cuestiones meramente sociales i económicas. Bajo este último punto de vista, su libro consigna noticias que en vano se buscarian en los otros cronistas.

«Pero, preciso es reconocerlo, Perez García investiga regularmente los hechos, los espone en órden, aunque no puede darles su verdadero colorido, ni presentarlos con la luz necesaria para apreciarlos debidamente. Su obra, mas que una historia en que se destacan las figuras de los personajes que en ella intervienen i el aspecto de los tiempos que recorre, es un conjunto metódico de indicaciones i de hechos fatigosos para la lectura, pero que el historiador puede aprovechar porque le facilita una parte del trabajo de investigacion.

«Perez García no es tampoco un escritor. Bajo este aspecto queda mui atras de casi todos los antiguos cronistas de Chile. La edad avanzada en que escribió, la deficiencia de su preparacion literaria anterior, son causa de que su estilo adolezca de las mas graves faltas, o mas propiamente de que carezca casi absolutamente de estilo. Su frase es incorrecta, cortada, muchas veces incompleta, i en ocasiones se presta a un sentido que sin duda no es el que el autor quiso darle. Aún su ortografía adolece de todo jénero de faltas, no solo en la escritura de las palabras sino en la puntuacion. El autor distribuye de ordinario los puntos i las comas sin razon ni medida, de manera que es menester hacer abstraccion de ellos para hallar el sentido de la cláusula. Este defecto, mui comun aún en los escritos de algunos autores estimables de

los siglos pasados, choca ménos que al vulgo de los lectores a los que tienen alguna práctica en el estudio de los papeles viejos.

«El libro de Perez García no podria ser publicado sin hacer ántes una prolija revision para evitar estos defectos que podríamos llamar ortográficos. Pero aún sin entrar en hacer correcciones de estilo i de lenguaje, la impresion de la obra que damos a conocer, seria de suma utilidad para popularizar un monumento histórico, defectuoso sin duda, sobre todo bajo el punto de vista literario, pero de un valor real i sólido para el estudio de nuestro pasado»[1].

Parecida a la obra de Perez García por el mismo espíritu de investigacion que la dictara, aunque mui superior en sus cualidades de estilo es la *Descripcion histórico-jeográfica del reino de Chile*, escrita por don Vicente Carvallo i Goyeneche.

Siendo comandante jeneral de la frontera don Ambrosio O'Higgins de Vallenar, dispuso el gobierno superior de Chile que formase una descripcion individual de todo el territorio ocupado por los indios «con distincion de cada nacion, sus circunstancias territoriales, jenios i propensiones, método de vida, modo de manejarse en tiempo de paz i de guerra, armas i su manejo, ardides i operaciones de ellas»; pero O'Higgins aunque aceptó el encargo, convencióse a poco de que era tarea mas difícil de lo que pensara en un principio, i desde entónces buscó quien lo reemplazase. Pensó luego en Carvallo i se lo significó sin rodeos, rogándole que le permitiese sustituir en él aquel encargo. Don Vicente le respondió que la carrera militar que profesaba exijia todos sus desvelos, i que no podia dejar de reconocer la distancia que separaba las letras de las armas. Manifestóse resentido el jefe, le habló de la estimacion i aprecio que siempre le habia merecido, concluyendo por instarle para que lo desempeñase en aquel trance. «No tuve constancia para negarme, dice Carvallo. Me pareció grosera terquedad no condescender a su reiterada solicitud. Me ofrecí a complacerlo i sacarlo del enfadoso cuidado en que lo habia puesto la

1 Diego Barros Arana.—*Revista Chilena*, páj. 370, I, 1875.

superioridad. Para decirlo de una vez, en obsequio suyo me sacrifiqué a la crítica i me constituí en objeto de sus desapiadados tiros».

Las circunstancias posteriores, sin embargo, hicieron que aquellos dos hombres que entónces se manifestaban mutua estimacion, al andar del tiempo vinieran a odiarse cordialmente.

Con fecha 2 de junio de 1778 el presidente don Agustin de Jáuregui remitia al ministro don José de Gálvez un informe de O'Higgins adjunto a un memorial de Carvallo, para que en atencion a los méritos que tenia contraidos en el real servicio desde el 22 de junio de 1750 en que habia entrado a servir de cadete de una de las compañías de la plaza de Valdivia, «i en atencion a su gran capacidad i talento con que sabe desempeñar cualquiera comision del real servicio», se le concediese algun gobierno o correjimiento en las provincias del Perú, por ser contrario a su salud el clima de Valdivia i faltarle ya arbitrio i facultades para medicinarse.

Pidió el ministro nuevo informe sobre el particular al gobierno de Chile, i don Ambrosio de Benavides que entónces lo rejia, declaró que aunque don Vicente le merecia la opinion de ser un militar entendido, no lo consideraba a propósito para desempeñar un destino como el que habia solicitado, sobre todo en la época de novedades por que atravesaba el vireinato. Mas, lo cierto del caso era, que aunque Benavides afirmaba haber tratado personalmente al suplicante, ya en esa época O'Higgins era el árbitro supremo de los negocios de la frontera.

Pero el mérito de aquel oficial debia abrirse paso al traves de las reticencias de los superiores, i esta oportunidad no tardó en presentarse. Casualmente poco ántes del informe pasado por el presidente de Chile, varios barcos de la armada española habian arribado al puerto de Talcahuano con sus mástiles descabalados. Era urjente reemplazarlos, ya que de un momento a otro podian presentarse las naves de la Inglaterra, en guerra entónces con la madre patria. Descubrióse que allá en los terrenos de los pehuenches crecian hermosos pinos adecuados al objeto, i desde entónces

solo se trató de que los indios, por maña o por fuerza, autorizasen la corta. Las miradas de los superiores se fijaron desde luego en Carvallo, i éste con no poco tino i no ménos dilijencia, trajo en breve a la costa los deseados maderos. Tan complacidos quedaron los jefes de la escuadra que sin tardanza solicitaron del soberano que se diese el ascenso de teniente coronel al capitan Carvallo; mas, la Corte por la rutina del mezquino proceder que usaba en tales negocios, pidió nuevamente que Benavides informase el tenorde lo pedido por los marinos de Talcahuano. Este funcionario reconociendo la habilidad con que habia procedido Carvallo en el negocio, se disculpó ya directamente con O'Higgins i comunicó al soberano que este jefe tachaba al capitan Carvallo de «insubordinado i caviloso», i ademas, que últimamente habia sido necesario tenerlo algun tiempo en arresto, amén de algunas reprensiones que se le dieron, por cuanto se habia avisado de provocar i desafiar a don José María Prieto, a cuyas órdenes inmediatas servia en la plaza de los Anjeles, i que últimamente estaba entendiendo con medidas prudentes en tratar de su correccion ántes de enviarlo al presidio de Valdivia, como lo pedia el comandante O'Higgins. Cuando mas, agregaba Benavides, podria concedérsele la efectividad de su grado de capitan.

Claro parece que Carvallo no debia ignorar las prevenciones de que era objeto de parte de las autoridades superiores i mucho ménos que quien las azuzaba en su contra era el bueno de don Ambrosio O'Higgins.

No debió, pues, sentirse mui satisfecho cuando aquel irlandes, que tan decidido servidor del rei de España se mostraba, fué elevado a la presidencia del reino. Carvallo, con todo, sirvióle de escolta con su compañía de dragones cuando se fué de las fronteras a hacerse cargo del gobierno (1786)[5].

Algun mejor pié parece, sin embargo, que hubiesen cobrado

5 Vicuña Mackenna, *Historia de Santiago*, t. II, páj. 310, nota.
Arias pretende que esto importaba una nueva humillacion para Carvallo de parte del recien nombrado presidente, i acaso tenga razon.
Introduccion, publicada al frente de la obra de Carvallo i reproducida en la *Revista Chilena*, 1875, tomo II, páj. 267. Tomamos de este trabajo los datos que se apoyan en documentos.

las relaciones de ambos por ese tiempo, ya que en contestacion a una carta de Carvallo, le significaba don Ambrosio, por los fines de 1788, la complacencia con que habia visto el ascenso a capitan efectivo que el monarca le concediera en mérito de las circunstancias que hemos recordado; pero mal que mal, O'Higgins se negaba con ideados pretestos a concederle la traslacion a la costa i plaza de Arauco que solicitaba, i en cuanto a la colocacion que buscaba para su hijo Camilo en alguna vacante de cordones, se limitaba simplemente a espresarle que pensaria en ello una vez que le dejasen alguna libertad otros pretendientes tambien meritorios.

Pocos meses despues ofrécense dos nuevas solicitudes de Carvallo al presidente, que al principio le fueron derechamente negadas. Pretendia por la primera que se le permitiese pasar a la capital a fin de efectuar la confrontacion de una historia del reino, que estaba escribiendo, con los archivos del cabildo, i por la segunda, que hallándose en el intento de entrarse de fraile en un convento, se le dejase disponible su sueldo para atender a sus propias necesidades i a las de su familia. O'Higgins, siempre con buenas razones, ofreció enviarle los datos que necesitaba, terminando la carta que en contestacion le dirijió, datada en Santiago en 14 de junio de 1789, con estas palabras: «es fuerza que vuestra merced sacrifique sus laudables designios, i que procure conservarse en la carrera que le da para alimentar a su familia. Yo deseo tener ocasion en que sin perjuicio de mi responsabilidad pueda contribuir a sus aumentos, i ruego a Dios guarde muchos años la vida de vuestra merced».

«¿Cual fué el motivo que le determinó a querer mudar la casaca del soldado por la sotana del sacerdote? se pregunta don Miguel Luis Amunátegui.

«No lo sé.

«Quizás fué el dolor que pudo causarle la pérdida de su mujer.

«Quizás el desaliento de sus aspiraciones burladas».

Pero Carvallo no era hombre que se desanimase fácilmente, i despues de su primera repulsa entabló nuevas jestiones, consi-

guiendo al fin i al cabo que O'Higgins le permitiese pasar a Santiago con el fin que deseaba, aunque no tuvo igual suerte en su segunda pretension, pues el presidente se negó con firmeza a darle el sueldo que pedia en caso de cambiar de profesion.

Parece evidente que a poco don Vicente desistiese de este pensamiento, porque a fines de 1791 O'Higgins remitia al ministro Gálvez un oficio acompañado de un memorial de Carvallo en que solicitaba el ascenso a teniente coronel.

«O'Higgins advierte en este oficio que el comandante del cuerpo de dragones no abona la conducta de Carvallo, i juzga no ser de justicia su instancia, pero que ha dado curso a la peticion «por escusar quejas de este oficial, que recela, en conocimiento de su carácter.

«El presidente agrega que apoya el juicio espresado por el comandante de dragones.

«Algunos meses ántes de esta jestion, Carvallo habia recabado directamente del gobierno de la metrópoli el permiso de pasar a España para dar a luz una historia de Chile que decia haber compuesto.

«Los dos oficios que siguen de don Ambrosio O'Higgins van a hacer saber las peripecias que el asunto orijinó.

«Excelentísimo señor: Previniéndome Vuestra Excelencia de real órden, en la de 22 de julio último, haber concedido S. M. permiso para ir a España por dos años a don Vicente Carvallo, capitan del cuerpo de dragones de esta frontera, con condicion de que no haya inconveniente en que lo use, a fin de publicar una historia de este reino que tiene compuesta, debo espresar a Vuestra Excelencia que comprendiendo justamente a este oficial la rebaja de medio sueldo durante el término de su ausencia, conforme al real decreto de 17 de febrero de 1787, i careciendo de otros bienes, no le queda con que cubrir entre muchas deudas, una del ramo de temporalidades de Lima, a cuyo favor, por privilejiada, se le está reteniendo la tercera parte, i ménos podria dejar las debidas asistencias a sus hijos. Tres de ellos, mujeres sin estado, i un varon, todos menores i huérfanos de madre, para que no

queden por necesidad i desamparo espuestos a perecer i a otras consecuencias, debiendo en este caso tener rigorosa observancia la lei municipal recomendada en real órden de 8 de abril de 1783, para que los que obtengan semejantes licencias afiancen i hagan constar que dejan asegurada la subsistencia de sus familias.

«No sé el adelantamiento en que tendrá Carvallo la obra espresada, aunque me parece que, cualquiera que sea, por su materia vulgar, escrita ántes por otros escritores con acierto, i actualmente por los abates Molina i Olivares, ex-jesuitas residentes en Italia, a quienes he remitido algunos papeles convenientes al intento, por mano del excelentísimo señor Marqués de Baja Mar, en cumplimiento de órdenes del rei, no podrá aquél prometerse aplauso, ni utilidad, de que la suya se imprima. No obstante haré que me presente sus cuadernos para reconocerlos por mí mismo, i por sujetos intelijentes, de que a su tiempo avisaré a Vuestra Excelencia; i entretanto, me parece que por tan corto motivo, no debe estar interesado en abandonar aquellas otras preferentes obligaciones. La superior justificacion de Vuestra Excelencia, hecho cargo de todo, verá si ha de consultar a S. M. sobre la continuacion de esta licencia, que yo tendré en suspenso, ínterin se sirve comunicarme la última resolucion del particular, que tuviera por conveniente.

«Nuestro Señor guarde la importante vida de Vuestra Excelencia muchos años.—Santiago de Chile, 11 de diciembre de 1791. —*Ambrosio O'Higgins Vallenar.*—Excelentísimo señor Conde del Campo de Alanje».

«Excelentísimo señor: Don Vicente Carvallo, natural del presidio de Valdivia, capitan de la sesta compañía del cuerpo de dragones de la frontera, solicitó ahora tres años licencia de seis meses para bajar a esta capital a fin de en ella correjir, enriquecer i poner en estado de imprimir una historia jeneral de este reino que decia haber escrito. Persuadido de que esto era un pretesto para sustraerse de las obligaciones del servicio, le hice repetidas dificultades sobre la concesion, hasta que reproduciendo instancias sobre ella con el mayor calor, hube de acceder a que viniese

para ver por mí mismo si sus relaciones podrian ser en lo venidero útiles a algun sabio, o si, como sospechaba, él no hace mas que renovar la memoria ingrata de matanzas de indios desnudos, cuya ignorancia no hace falta alguna a las glorias de la nacion, demasiado pulsada ya sobre esto en las modernas relaciones de Robertson i Raynal, para ofrecer al público nuevos testigos domésticos de horrores exajerados mal a propósito por nuestros historiadores con el buen fin de acreditar nuestro valor o nuestra dicha.

«En virtud de aquel permiso, se trasladó Carvallo a esta capital a mediados del año pasado de 1790, i a su arribo di todas las órdenes precisas para que se le franqueasen los archivos adonde ocurriese. Empleado mui poco tiempo en ésto, el concurso de esta capital le distrajo en juegos, visitas, conversaciones i demas inútiles pasatiempos; i no cuidó ni aún de salvar las apariencias de su destino. Instruido su comandante de este proceder, me representó en 30 de marzo del año pasado que la tal historia de Carvallo era una idea odiosa i un efujio que habia tomado para vivir separado del servicio de la frontera con perjuicio de los demas oficiales que sentian la fatiga que se les recargaba con motivo de su ausencia. Sin embargo, disimulé por todo el curso de dicho año, sin encubrir estas reconvenciones del comandante por si su noticia estimulaba al interesado a aprovechar mejor el tiempo.

«No surtió efecto alguno esta idea. Por el contrario, su distraccion i abandono se aumentaron hasta un punto que pensaba ya por diciembre último hacerle restituir a su cuerpo, cuando sobrevino una real órden de 22 de julio del año pasado, comunicada por Vuestra Excelencia, que permitia a este oficial pasar a España, si yo lo encontraba conveniente. Yo le franqueé por una parte el permiso con la calidad de que, conforme a las leyes de estos reinos i reales órdenes posteriores, me hiciese constar dejase asegurada la subsistencia de sus hijos durante el tiempo de su ausencia i para que la cercanía de estos objetos, i la distancia de los que aquí le detenian, le obligasen a disponer i proveer mas sólidamente sobre su bien, dispuse en mediados del mes pasado que

marchase a la plaza de los Anjeles, en que tiene su casa i familia, conduciendo a ella un destacamento que se hallaba de guarnicion en esta capital.

«Unos motivos tan justos i conformes al bien del interesado debian haberle hecho despertar del letargo de sus disoluciones, i abrazar aquel órden como un medio el mas propicio i decente para desembarazarse de ellas. Pero empeñado ya demasiado en sus desórdenes, cometió el desacierto de ocultarse, i poco despues consumar una desercion formal, que tendrá pocos ejemplares, evadiéndose de esta capital con tal secreto sobre su ruta i destino, que hasta el dia no se ha podido conocer ni uno ni otro, asegurando unos haberse marchado para Lima, i otros, para Buenos-Aires. Para semejante hecho, era mui fácil sospechar la intencion de otras causas, pues no cabia en la razon que el hecho puro de separar a un oficial de un destino para reconcentrarle en su cuerpo, casa i familia, fuese motivo bastante para tomar la resolucion de perderse. I en efecto que a pocos dias se empezó a decir que este oficial, dando de un error en otro, se habia casado clandestinamente con doña Mercedes Fernandez, mujer viuda i de adelantada edad, con solo el fin de percibir unos tres mil pesos que ésta tenia pertenecientes a los hijos de su primer matrimonio.

«Examinado este punto i mi instancia por el reverendo obispo de esta diócesis, se evidenció, en efecto, que la noche del veintiuno del pasado, sorprendiendo al cura de la parroquia de doña Mercedes, en casa de ésta, se casó a su presencia clandestinamente con ella, despreciando las formas prevenidas por la iglesia, i cometió en este solo hecho muchos delitos, que son fáciles de conocer i distinguir.

«Todo lo dicho consta de los documentos que acompaño a Vuestra Excelencia, i tengo a pesar mio que comunicarle, añadiendo que, por estraordinarios que parezcan el matrimonio i la evasion de este oficial, ellos no han sido sino una consecuencia de su anterior desordenada conducta. Su incontinencia i su pasion por el juego le habian llenado aquí de empeños, deudas i drogas, cuyos términos ya cumplidos le amenazaban de una próxima reconven-

cion aún sin el accidente de su marcha. En la necesidad de evitar estos ruidosos pasos, que serian un nuevo obstáculo para su viaje a España, percibió en poder de doña Mercedes el depósito de los bienes de sus hijos; i no pudiendo hacerse dueño de él, sino por el camino del matrimonio, como al mismo tiempo le hiciese inverificable la falta del permiso real para él, se avanzó a ejecutarlo sin el de la iglesia, i tirar con él hácia España, dejando burlados i ofendidos al gobierno, a sus hijos, a sus acreedores, i últimamente a esta infeliz mujer, con quien él no dejaria de advertir el impedimento de afinidad que tenia para sin dispensacion casarse con ella, como primo hermano carnal de su primer marido.

«Aunque hasta hoi he dado secretamente mis providencias para arrestarle, i voi a escribirle a los excelentísimos señores vireyes del Perú i de Buenos-Aires, juzgo que no se logrará su aprehension por la artificiosa maña que posee para empresas de este jénero, i que llegará seguramente a España a presentarse a Vuestra Excelencia con mi carta en que le comuniqué su superior permiso para pasar a esos reinos, bien que no acompañe el desempeño de las calidades que en el mismo aviso le previne.

«Por lo mismo adelanto a Vuestra Excelencia esos documentos que justifican los últimos excesos de este oficial, a fin de que, intelijenciado Vuestra Excelencia de ellos, se sirva disponer que, aprehendido en cualquiera parte que se le encuentre, sea devuelto a mi disposicion para que, sustanciada aquí su causa en el modo que corresponde, teniendo a la vista los innumerables antecedentes que justifican sus anteriores desórdenes, se determine en justicia la aplicacion de las penas en que ha incurrido, i se ejecute a presencia de este ejército para que esta demostracion corrija condignamente esta primera falta de subordinacion que he esperimentado en los veinte años de mando que he tenido en este reino, i sirva de ejemplo a los demas.

«Nuestro Señor guarde la importante vida de Vuestra Excelencia muchos años.—Santiago de Chile, 14 de marzo de 1792.—*Ambrosio O'Higgins Vallenar.*—Excelentísimo Señor Conde del Campo de Alanje».

Pero por mas dilijencias que don Ambrosio puso enviando requisitorias al virei de Buenos-Aires con el fin que se arrestase a Carvallo, ellas no llegaron a tiempo, i el prófugo embarcándose en Montevideo, arribó a España sano i salvo; i aunque no podia ignorar que la noticia de sus hechos se hallase ya en noticia del gobierno real, presentóse con desenfado en la Corte, i tales serian las influencias i empeños que hizo valer, que ésta no solo le disculpó su matrimonio clandestino i su fuga, sino que autorizó su incorporacion en su misma clase de capitan en el rejimiento de dragones de Buenos-Aires.

Al fin i al cabo, despues de tan larga rivalidad, dígase lo que se quiera, Carvallo se hallaba triunfante. Permaneció aún varios años en la Corte gozando de las distracciones de una gran ciudad, tan en armonía con su carácter osado i aventurero, ocupándose al mismo tiempo de dar los últimos retoques a su obra que sabemos tenia ya emprendida hacia tanto tiempo. No faltó en ella ocasion para hablar a su sabor de su tenaz perseguidor i satisfacer en cuanto era dable con las apariencias de verdad los ímpetus de venganza de que debia sentirse animado para con el presidente de Chile. En una parte, por ejemplo, denuncia el oríjen de su fortuna, asegurando que despues de una quiebra que tuvo en daño de los comerciantes de Cádiz, que le habilitaron para pasar a estas rejiones, entró a servir de simple aventurero.

Pero tiempo es ya de que digamos algo sobre los primeros años de la vida de nuestro hombre[7] i de que analicemos su obra, la mas completa de cuantas se escribieron en el coloniaje sobre nuestra historia.

Don Vicente Carvallo nació en Valdivia el año de 1742. Era hijo del gobernador de esta plaza i de doña Clara Eslava, i el menor de los tres hermanos de que constaba la familia.

A pesar que desde niños revestian el grado de cadetes por gracia del gobernador del reino, fueron los tres colocados bajo la

7 Su hijo político don Juan Arias, fué quién primero dió algunos rasgos biográficos de Carvallo, que corren al frente de la edicion manuscrita de la Biblioteca de Santiago. El señor Vicuña Mackenna los revistió con nuevas formas en su *Hist. de Santiago*, lug. cit.

direccion de los jesuitas, bajo la cual permaneció don Vicente hasta los veinte años de su edad en que daba por terminada su carrera literaria i se preparaba para seguir la de las armas, a que sa sentia inclinado.

Largo tiempo vivió Carvallo en su pueblo natal llevando la vida casera de un tiempo en que ni un acontecimiento estraño ni la menor novedad doméstica venian a turbar la perpétua calma de un pueblo de provincia en los dias coloniales. Habia ascendido apénas a teniente «i como en aquellos tiempos, como él se espresa, los buenos soldados, no se hallaban bien, ni se contemplaban empleados sino trataban de alguna conquista, se alistó en las encantadoras banderías de Cupido i emprendió la rendicion de una señora...llamada doña Josefa Valentin,....se dejó poseer de la dulce aficion i fué tan viva i diestramente sorprendido que entregado todo à la pasion olvidó las mas sérias reflexiones de la racionalidad, porque el amor profano i la ciencia no pueden en una silla, que aquél tiene la ceguedad por cualidad inseparable de su sér. Embelesado i conducido de aquellos dulces desórdenes a que convidan los frondosos mirtos de que son poblados los deliciosos bosques de Vénus se precipitó a la celebracion de su matrimonio, etc»[8]. En esa época el padre de don Vicente habia muerto ya. Con los años, el jóven teniente llegó a ser jefe de una familia no poco numerosa[9].

Aburrido al fin de aquella vida siempre igual, cansado de vejetar sin esperanzas de mejor fortuna, empeñóse por ocupar algun puesto en la frontera, que podia sin duda proporcionarle mayor campo a su ambicion, i permutó su destino con otro teniente, aburrido por su parte de las aventuras que Carvallo anhelaba. En el mes de marzo de 1766 aquel militar buscavida se puso en marcha, caminando por tierra desde Valdivia hasta el fuerte del Nacimiento. Casualmente ningunas circunstancias mas desfavorables que aquellas para viajar solo por las rejiones indianas. El

8 Esto que Carvallo aplica a Meneses parece que hubiera sido escrito para él.

9 Don Pedro de Angelis sacó del hospital de Buenos-Aires un certificado del cual aparece que Carvallo tuvo seis hijos.

presidente Guill i Gonzaga se manifestaba empeñado en levantar algunos pueblos en el territorio de los araucanos. Mandaron éstos representar al gobierno que no estaban dispuestos a admitir tales fundaciones i que convendria se tuviese algun parlamento para arreglar el asunto; i lo cierto fué que como no se les prestase oido i por el contrario se matasen a los enviados que diputaron, asesinaron al capitan de amigos, i escaramuceando aquí i allá, comenzaron a proferir terribles amenazas contra los españoles.

Era precisamente en esos momentos cuando Carvallo salia de Valdivia por Concepcion a hacerse cargo de su destino...«Sin poderlo remediar, dice, caminé tres dias con aquellos bárbaros i finjiéndome mercader del Perú que pasaba a Valparaiso con el fin de embarcarme i que dentro de un año volveria por aquellas tierras i les regalaria mucho (no les di poco en la jornada) me descubrieron sus intenciones. Conocí su modo de pensar, i hablé mal de los pueblos, peor sobre la suerte de sus enviados, nada bien de los cuatro que llevaban sentenciados a ser desgraciadas víctimas de su bárbaro furor[10]. De este modo me liberté de pagar con la vida las de los cuatro enviados i evité fuesen comprendidos en la misma desgracia el padre franciscano Fr. Pedro Rubira, mi criado i dos mozos de mulas que le acompañaban. Contribuyó no poco a nuestra libertad el haberme dado el padre Valentin de Eslaba conversor de la parcialidad de Repocura al primojénito de un cacique por guia i conductor con promesa que le hizo de entregarme ileso al padre José Dupré,...i la rara casualidad de habérseme incorporado un capitan anciano de Boroa a quien el año anterior habia yo hecho una pequeña buena obra por efecto de la liberalidad i de la hospitalidad debida al honrado forastero, que aún en los ánimos ménos cultos puede mucho la gratitud a un beneficio desinteresado»[11].

El capitan que por nada no vió desvanecerse para siempre todas sus espectativas de glorias i fortuna en aquel trance, pudo al fin

10 Tal es el texto del manuscrito, pues, en la publicacion hecha en 1875 hai cierta omision en este pasaje.

11 Tomo 2.°, páj. 320.

entrar sano i salvo en la plaza de Nacimiento despues de la medianoche del 16 de marzo de 1766.

Desde ese momento Carvallo vivió siempre ocupado en el servicio de la frontera, haciéndose notar mui especialmente como instructor de tropas por la hermosa i sonora voz de que estaba dotado. Los méritos que contrajo en aquellas partes le merecieron el grado de capitan, no sin que ántes se viera postergado por O'Higgins por uno que a su llegada era simple sarjento.

Carvallo se hacia notar tambien por la facilidad con que componia sermones, siendo mui buscado por los relijiosos que moraban por aquellas rejiones siempre que se trataba de predicar en alguna grave i solemne fiesta, al intento de que les redactase los que habian de pronunciar.

Desde su ingreso en el ejército preocupóse siempre de llevar un diario exacto i minucioso de las cosas que veia sucederse, costumbre que conservó hasta sus últimos años; siendo acaso estos apuntes los que mas tarde le dieron la idea i lo alentaron a escribir una historia del reino. Hai quienes piensan que su enemistad con O'Higgins tuvo su oríjen en un principio de desconfianza, por haberse negado aquel subalterno que entendia de latines i de ejercicios bélicos a franquearle sus datos i observaciones.

Cuando Carvallo pensó ya sériamente en la composicion de su obra, «puso sobre su mesa todos los escritores de Chile, impresos i manuscritos. «Hice acopio, agrega, de muchos papeles sueltos de antigüedades de aquel reino. Reconocí prolijamente los archivos de las ciudades de Concepcion i Santiago, que nos dan con puntualidad los verdaderos hechos de su fundacion i conquista. Leí con atencion las reales cédulas dirijidas al establecimiento de su buen gobierno. No me dispensé ningun trabajo, ni me dispensé gasto alguno, aún mas allá de lo que pueden llevar las escasas facultades de un militar. Procuré, en fin, esclarecer la verdad, confundida con el trascurso de dos siglos i medio i oscurecida con discordes relaciones, i me puse a escribir.

«Soi naturalmente inclinado a la integridad....La adulacion está tan distante de mí que me olvidé sin violencia de que vivo en

el siglo presente....Mi pluma no es conducida de la pasion, ni del espíritu de parcialidad: es llevada de todo lo que puede dictar el mas vivo afecto de la verdad i del amor al soberano.....

«El autor es militar i ha tenido su destino en un remoto ángulo de aquel Nuevo Mundo mui distante de proporciones para adquirir aquella instruccion que sin dificultad se logra en Europa. Pero tengo derecho a que se me reciba la buena voluntad con que me dediqué a descubrir la verdad, i decirla, i esto me basta....

«......Yo estoi persuadido que tengo derecho para que se me preste todo asenso, porque siempre fuí amante de la verdad...; porque no se me deba contemplar tan indolente que quiera ser tenido por público engañoso en donde hai innumerables testigos de los sucesos que he de referir; porque no se debe presumir sea yo capaz de abandonar mi honra i la estimacion de mis escritos incurriendo en la nota de calumniante que fácilmente pasará a la posteridad; i finalmente, porque yo haré una relacion tan sencilla de los hechos que su misma sencillez manifestará su fidelidad i el ánimo veraz de quien la escribe....

«....No aumento ni disminuyo la heroicidad de los hechos i de las personas: hago imparcial justicia, i para ello no me perdoné a ningun trabajo por investigar la verdad, principalmente cuando veo discordes a los escritores...»

Tales son los móviles a que Carvallo se promete obedecer i que en realidad de verdad han servido de base a la redaccion de su libro. El no copiaba cuanto veia escrito, sino que procuraba ocurrir a las fuentes primitivas de investigacion, cuidando de hacer notar los sucesos en que los autores se han seguido unos a otros; pero desde que él comienza a figurar hai un interes superior, un mayor colorido i una animacion bastante notable: desde ese punto el relato se complica, conservando el autor su sencillez, i todo se prepara como para un desenlace. Sin embargo, su imparcialidad i discrecion no le abandonan. «Desde que traté de los ocursos, dice, del gobierno del Excmo. Señor Conde de Poblaciones comencé a hablar de los sucesos de mi tiempo, i ahora entro a referir aquellos de que soi testigo ocular....I persuadido de que la

verdad ofende mucho por sí misma, i sin añadirle términos demasiados espresivos, no dejaré sin movimiento en la esposicion aún las mas pequeñas ruedas de la precaucion, siempre que pueda ser sin peligro de faltar a su circunstanciada integridad....»

Si estos buenos propósitos i tan acendrada dilijencia animaban a nuestro historiador, para llevar a cabo su empresa con acierto contaba aún con un elemento mas. Como ya sabemos con exceso, en toda relacion de los sucesos de Chile ámplio papel debe reservarse siempre a los enemigos de los españoles de la conquista, i pocos como Carvallo estaban en situacion de apreciarlos mejor. Habia viajado en muchas ocasiones por los cuatro *butulmapus* i habia tratado a fondo con aquellos indios en el gobierno que sucesivamente desempeñó de casi todas las plazas de la frontera, i últimamente del estado de Arauco. Su esperiencia databa de mas de treinta años de contacto diario con los naturales, bien fuera en el interior de sus bosques i en sus campiñas no domadas, bien en el interior del hogar en que servian como esclavos.

Por mas que haga alarde de su espíritu «tibio i aún helado», no puede permanecer sin indignarse cuando cuenta de los españoles que quitaban la vida a sus prisioneros de guerra, o que se condenaba a vergonzosos e infames suplicios a los mas nobles capitanes, imputándoles a delito la defensa de su patria, de su libertad personal i de su vida. Por eso, espresa, «nos propusimos en esta obra hacer un importante servicio al soberano, dando nociones reales, ciertas i evidentes, i con ellas desimpresionar de las falsas preocupaciones, i sin estas ideas que la ambicion ha hecho concebir sobre las cosas de aquel reino».

Este celo por el soberano no era nuevo en Carvallo: él estaba acostumbrado a tenerlo siempre en mira en sus acciones de soldado, i como su posicion muchas veces le impedia manifestar sin embozo su modo de pensar, ocurria a subterfujios dignos de su injenio; aprovechaba las conversaciones con sus jefes, i allí al descuido dejaba caer con modestia sus observaciones, casi siempre apoyadas por el éxito. Tal era el motivo por el cual Carvallo, apartándose del comun sentido de las jentes de su tiempo, no

aceptaba en manera alguna el mando absoluto i despótico de los gobernadores, i por el contrario, apoyaba las razones que habian persuadido a la Corte a que los americanos tenian derecho de apetecer un gobierno suave fundado en sábias i equitativas leyes, libre de tiranías i del odioso despotismo. «Fué en esa circunstancia, añade, cuando la Corte se determinó a hacer justicia, mas sin que esta práctica produjese entónces ni aún la imajinacion de las funestas consecuencias que pudieran recelarse ántes si la agradable satisfaccion de saber el súbdito sus justas demandas son atendidas sin contemplacion i queda el vasallo desarmado de todo motivo i de todo colorido para buscarse i procurarse la libertad de su opresion».....

¿No hai en este pasaje como una prediccion de lo que estaba destinado a suceder en las colonias americanas, no es ya como el rumor de la revolucion que se aproxima?.... Por eso Carvallo se manifiesta implacable contra los gobernadores; deprímelos cuanto es posible; nos exhibe sus abusos, sus manejos indignos, i las rastreras adulaciones i rendimiento de los gobernados. Víctima él mismo del odioso favoritismo i de una rivalidad desproporcionada, se pregunta, «¿qué diria Avendaño si sirviera en Chile en este tiempo i viera que ya no solo interviene el interes particular en la consulta del premio, sino que pasa a mezclarse hasta en la propuesta del empleo de escalas, i que en ella tambien tiene intervencion la inícua venganza, i por satisfacer esta vil pasion, se quita el empleo al que le corresponde de justicia? Llegará termino en que la Corte penetre i entienda estas maniobras, contra los buenos servidores del rei, i se pondrá término a los daños i perjuicios que sufren».

Quien habla así necesario es que estuviese dotado de una alma bien templada i enérjica, i aunque pudiésemos recordar varios otros pasajes de su obra en que Carvallo se espresa de una manera no diversa, baste lo apuntado para justificar que don Vicente quiso efectivamente prestar un servicio al monarca manifestándole la verdad de lo que pasaba en sus dominios de América.

A pesar de que se habia educado en un colejio de jesuitas se

muestra tambien bastante independiente para afirmar que creia justa la espulsion de la Orden de nuestro suelo; i aunque se diga perfecto acatador de los preceptos de la iglesia, se muestra mui poco crédulo en la série de apariciones i milagros que otros cronistas se hicieron un placer en trasmitir a la ciega devocion de sus lectores de baja escuela.

Carvallo, ademas de ser un militar entendido, era un teólogo i canonista nada vulgar. Ya hemos dicho que se ayudaba a ganar la vida componiendo sermones para algunos reverendos que cargaban la fama de letrados, i en su obra, siempre que se ofrece, no rehuye una cita de los concilios o una discusion de las escuelas. Acaso debido a su educacion i a su inclinacion por el jénero de los estudios relijiosos, ha tenido cuidado especial en su libro de hacer hincapié en algunos sucesos relijiosos de la colonia, como ser la historia de los obispos i de sus competencias, que con verdad sea dicho no dejan de dar cierta amenidad a su obra.

Carvallo ademas del elevado rol que atribuia al historiador, i que demostraba comprenderlo, tenia la pasion del erudito i del investigador, i donde encontraba una figura que cuadrase a su intelijencia se apoderaba de ella, rastreaba sus detalles i determinaba sus líneas. Sabia excitarse en sus trabajos i sabia concluirlos. ¿Quién otro que no fuese un verdadero estudioso habria asentado una frase como ésta, en que hablando del obispo don Diego de Medellin, declara: «*yo me aficioné a la memoria de este venerable prelado*, i dejando de hacer la historia de soldados, de muertes i horrorosas destrucciones del jénero humano, me alargué un poco en la de este relijioso, i en referir sus virtudes?»

Pero si esto no bastase, ahí están sus notas, que acusan una verdadera novedad sobre sus antecesores, i que lo igualan en un todo a los eruditos modernos; ahí están ellas dando razon de su trabajo intelectual, de sus dudas, de sus conclusiones i de su laboriosidad; ahí están en el cuerpo de su obra esa infinidad de detalles acopiados indudablemente con gran esfuerzo i que a él el primero deben su descubrimiento.

La obra de Carvallo está dividida en dos partes, una en que llega

en la relacion de los sucesos políticos i relijiosos hasta la conclusion del segundo gobierno de Alvarez de Acevedo i que contiene seis libros, i otra que solo comprende uno i que trata de la historia jeográfica i natural del reino, de su clima i producciones. Si habla de una ciudad, por ejemplo, da cuenta de su fundacion, diversas vicisitudes porque ha pasado al traves del tiempo i de los mandatarios; de sus edificios públicos i templos, diversiones, costumbres; si de una provincia, de sus minas, artículos de comercio, etc. Comprende aún en sus descripciones los cuatro Butalmapus i sus habitadores, la historia de las misiones, i aún no se olvida de tratar de las islas del mar del Sur. Ademas, ha tenido especial cuidado de poner en relacion los sucesos de Chile con la fecha de los reinados de cada monarca, de tal manera, que es mui fácil penetrarse de los hechos verificados en Chile durante cada uno de esos períodos.

Como hemos advertido, Carvallo pasó algunos años en Madrid dando la última mano a su libro, en cuya portada pudo estampar, ya concluido, la fecha de 1796.

Sobrevino a poco en la Península la guerra con los franceses i por órden real se dispuso que todos los oficiales de América que se hallaban en España se retirasen a sus destinos o se agregasen a sus Cuerpos. Carvallo solicitó i obtuvo pasar a Buenos-Aires con recomendacion del ministro Godoi para que fuese propuesto en la primera vacante.

En 1807, Carvallo fué comisionado por Sobremontes, que mandaba aquellas provincias, para que siguiese una sumaria a Liniers i Rodrigo por haber entregado a los portugueses siete pueblos de las misiones. Cuando concluyó su largo trabajo fué en los momentos en que Beresford habia tomado a Buenos-Aires, i Sobremontes se hallaba prófugo en Córdoba.

Llegó mas tarde la causa de la independencia i don Vicente Carvallo la abrazó con entusiasmo. La junta gubernativa, en premio de esta adhesion, lo ascendió a teniente coronel i lo elijió por su secretario, cargo que Carvallo desempeñó por algun tiempo.

Una enfermedad al hígado lo imposibilitó mas tarde para el

servicio activo i tuvo que conformarse con el meramente honorífico de comandante de inválidos.

Como sus dolencias se agravasen, aunque no se hallaba absolutamente destituido de recursos, se hizo llevar al hospital el 17 de abril de 1816, i ahí murió el 12 de mayo. Tenia entónces cerca de setenta i cuatro años[12].

12 Publicamos en este lugar su hoja de servicios que hemos encontrado en Simancas, marcada, 6685, *Secretaría de Guerra*, en la cual se verán espresados mas en detalle los que prestó en Arauco. Arias pretende que habiendo sido juzgado don Vicente en España por un consejo de guerra, fué absuelto por haber presentado a los jueces este documento.

«El capitan don Vicente de Carvallo,—su edad cincuenta i un años, su país Valdivia, su calidad noble, su salud robusta, sus servicios i circunstancias las que espresa:

TIEMPO EN QUE EMPÉZÓ A SERVIR LOS EMPLEOS.				TIEMPO QUE HA QUE SIRVE I CUANTO HA EN CADA EMPLEO.		
EMPLEOS.	DIA.	MES.	AÑO.	AÑOS.	MESES.	DIAS.
Cadete	20	Junio	1750	11	6	11
Alférez de milicias	1	Enero	......	1	3	14
Teniente de id.	15	Abril	......	3	1	22
Subteniente de infantería.	7	Junio	......	3	7	11
Teniente	18	Enero	......	2	7	11
Teniente de caballería	18	Agosto	......	1	8	12
Grado de capitan	30	Abril	......	4	6	1
Ayudante mayor	1	Noviembre	......	9	2	10
Capitan	11	Enero	......	3	11	20
Total hasta fin de diciembre de 1791:				14.—	6.—	11.

Por su testamento, declaró que no tenia mas heredero que su yerno el capitan Juan Arias, i concluye suplicando a sus acreedores que le perdonen lo que les deba, por amor de Dios.

Cuando Arias regresó a Buenos-Aires, despues de la muerte de su padre político, cuenta que se le presentó el mayor de plaza i le dijo:

—«Amigo, su suegro murió, i como Ud. no estaba aquí, su ropa la he dado a los emigrados chilenos; unas cucharas de plata las vendí para misas, i ademas he gastado en su entierro doscientos pesos que dió el gobierno. A lo que le contesté:

—¿Conque me quedó la obra? I me responde con una voz tan lastimera:

—Tambien la vendí en doscientos pesos para misas!

«I mirando su ancianidad no le dije mas que era un ladron» [13].

Rejimientos donde ha servido:
En la plaza de Valdivia i en el actual cuerpo 'Dragones'.
Campañas i acciones de guerra en que se ha allado:
En la plaza de Valdivia hallándose de comandante de ocho hombres apresó a diez i siete desertores puestos en defensa con sus armas i municiones; hizo la campaña del año 70 contra los indios, i mandó una partida de doce hombres; metió una carga de municiones de guerra a la plaza de Santa Bárbara a vista de los enemigos; atacó a mas de cien pehuenches en las inmediaciones de Nacimiento con solo una partida de quince hombres de tropa arreglada i treinta individuos milicianos, i sin pérdida alguna de los suyos desalojó a los enemigos habiendo muerto tres i quitándoles un robo de ganado que habian hecho.

Como ayudante mayor que soi de dicho cuerpo i encargado del detall, por hallarse vacante el empleo de sarjento mayor, certifico ser copia de la orijinal que queda en mi poder.—Anjeles, 31 de diciembre de 1791.—*Gregorio Escanilla.*

Revoltoso, desobediente, i de conducta por todos términos reprensible.. O'HIGGINS.	Valor...............	Esperimentado.
	Aplicacion..........	Buena.
	Capacidad..........	Buena.
	Conducta	Mediana.
	Estado..	Viudo.
	Rio.	

13 La Biblioteca de Buenos-Aires adquirió el manuscrito de Carvallo. Don Claudio Gay hizo traer a Chile la copia que ha servido para la impresion de 1875.

CAPITULO XIX.

VIAJES.

Veedor.—Cardeña.—Vea.—Goscueta.—Menendez.—*Diario del viaje de Maran.*—*Id.* de Alday.—Don Tomás O'Higgins.—Amat i Junient.—Don Luis de la Cruz.—Don Nicolas de la Cruz.

Intima relacion con los escritos que hemos examinado en el capítulo XVI tienen, sin duda, los diarios de viajes emprendidos para el descubrimiento de las costas o del interior del territorio chileno; i aunque estos trabajos por su misma naturaleza i la calidad de las personas que los ejecutaron se escapan de una apreciacion crítica por la poca o ninguna influencia que pudieron ejercer en el desarrollo de las luces en Chile, parece oportuno ocuparse aquí de los que mas de cerca se refieren a nosotros.

Casi un año ántes que los soldados de Almagro emprendiesen la travesía del desierto en busca del apartado Chile, salia del puerto de San Lúcar de Barrameda una escuadrilla de dos barquichuelos, que llevaba por jefe a Simon de Alcazaba. Los intrépidos marinos que componian la espedicion entraron por el Estrecho adentro el 18 de enero de 1535, i despues de haber recorrido algunas de las tierras que lo limitan, subleváronse una noche i mataron a su jefe, que dormia tranquilo descansando de las fatigas de un penoso viaje al interior.

Este trájico desenlace fué el que mas tarde puso por escrito el escribano Alonso Veedor, pintando con pluma indiferente los padecimientos sufridos i los descubrimientos realizados.

Cuando Valdivia se estableció en Chile fué uno de sus prime-

ros cuidados enviar alguna jente al reconocimiento de las tierras que limitaban su gobernacion por el sur, i al efecto dispuso una espedicion, la relacion de cuyo viaje debia redactar el secretario del gobernador i escribano de cámara Juan de Cardeña, del cual hemos hablado en otra parte, i que en este caso, «por ser hábil i de confianza», iba mas bien a dar fe de la posesion que debia tomarse de las tierras que se descubriesen. Cuando los espedicionarios estuvieron de vuelta, Cardeña escribió, en efecto, una *Relacion autorizada*, destinada sin duda a enviarse a España, corta pero perfectamente dispuesta i adornada de una injenuidad de conceptos que no es raro encontrar en los escritos de los primeros tiempos de la conquista. Véanse si no los términos en que refiere la toma de posesion que hicieron de los lugares que avistaron: «Llegados, tomamos dos indios i dos indias, i teniéndolos cuatro soldados por las manos, sacó el dicho capitan (Pastene) la instruccion arriba contenida del dicho señor Gobernador i dió el poder al tesorero Jerónimo Alderete i díjole que tomase posesion en aquellos indios e indias de aquella tierra por S. M. i en su nombre por el gobernador Pedro de Valdivia su señor, i a mí, Juan de Cardeña que hiciese su oficio como lo mandaba el gobernador por su instruccion, i luego este mismo dia por la mañana juéves diez i ocho dias del mes de setiembre del dicho año de quinientos cuarenta i cuatro en presencia de mí, el dicho Juan de Cardeña, escribano e testigos descritos, el dicho Jerónimo de Alderete, tesorero de S. M. armado de todas sus armas con una adarga en su brazo izquierdo, teniendo la espada en la mano derecha, dijo que tomaba i tomó, aprendia i aprendió, posesion en aquellos indios e indias i en el cacique dellos, que se llamaba Melillan, i en toda aquella tierra e provincia i las comarcanas a ella, por el emperador Cárlos rei de las Españas i en su nombre por el gobernador Pedro de Valdivia, cuyo vasallo i súbdito era el dicho gobernador i todos los que allí estábamos, i en presencia de todos dijo el dicho Jerónimo Alderete lo siguiente: Escribano que presente estais, dadme por testimonio en manera que haga fe ante S. M. i los señores del mui alto consejo i las Chancillerias de las

Indias cómo por S. M., i en su nombre por el gobernador Pedro de Valdivia tomo i aprendo la tenencia, posesion e propiedad en estos indios i en toda esta dicha tierra i provincia i en las demas sus comarcanas, i si hai alguna persona o personas que lo contradigan delante, que yo se la defendiese en nombre de S. M. i del dicho señor Gobernador i sobre ello perderé la vida, i de cómo lo hago pido i requiero a vos el presente escribano me lo deis por fe i testimonio signado en manera que haga fe, i a los presentes ruego séanme dello testigos, i en señal de la dicha posesion dijo las palabras ya dichas tres veces en voz alta e intelijible, que todos las oíamos, i cortó con su espada muchas ramas de unos árboles i arrancó por sus manos muchas yerbas i cavó en las tierras i bebió del agua del rio Lepileuba, i cortados dos palos grandes, hecimos una cruz i posímosla encima de un grande árbol i atámosla en él. En el pié del mesmo árbol hizo con otra daga otras muchas cruces, i todos juntamente nos hincamos de rodillas i dimos muchas gracias a Dios».

Don García Hurtado de Mendoza no descuidó tampoco los particulares que tanto preocuparon a Valdivia, i a efecto tambien de esplorar los parajes que se estendian hácia el sur organizó una pequeña armada que puso a las órdenes del capitan Juan Ladrillero, «encomendero en la ciudad Chuquiago, sujeto anciano, i por estremo plático en las cosas del mar», al decir de don Cristóbal Suarez de Figueroa. Ladrillero contó en persona mas tarde el triste resultado de esta espedicion, i, como en los casos anteriores, otro escribano llamado Miguel de Goscueta se encargó, asimismo, por su parte de referir lo que habia presenciado[1].

1 Cortés de Ojeda, que iba a cargo de una nave, dió tambien mas tarde un *Memorial de su viaje* del cual tomamos el hecho siguiente que cuenta Rosales en la páj. 340 del tomo II de su *Historia general*. «Embistió una ballena con su navío (de Cortés Ojeda) .. i lo hizo empinar la proa, en tal manera que cayeron de espaldas todos los que iban dentro, i creyeron haber embestido con algun peñon, porque la fiera bestia estaba tan cuajada por el lomo de conchas i limo,... que parecia piedra viva, i desengañáronse que no lo era por un bufido que dió, i los marineros quedaron dando gracias al cielo de no haber recibido mayor daño».

Posteriormente, don Pedro Sarmiento Gamboa, caballero de Galicia, comandó dos escursiones al estrecho de Magallanes[2] con éxito mas o ménos desgraciado, desde cuya época hasta muchos años despues en que el español don Antonio de Vea salió del Callao el 30 de setiembre de 1675, el dominio esclusivo del mar del Sur anduvo en manos de los ingleses i holandeses. Vea habia tenido a su cargo la capitanía de las costas de Portobello i hallábase en Lima curándose de sus achaques cuando llegaron al vireinato los avisos de que piratas ingleses amenazaban los puertos del Pacífico, i esto fué lo que determinó al virei don Baltasar de la Cueva a enviarlo al sur con el título de capitan jeneral de mar i tierra. Con tal motivo, Vea recorrió los canales de Chiloé i de vuelta vino a anclarse en la rada de Valparaiso.

Sucede hoi que hombres ansiosos de estender sus conocimientos se lanzan a esplorar rejiones desconocidas, los sabios son en el dia los grandes viajeros: en aquellos tiempos, los mas intrépidos esploradores fueron los frailes. Así, por ejemplo, el jesuita José García se internó en la última mitad del siglo XVII[3] en las pampas de Patagonia; el padre Mascardi, llevado de su celo relijioso, viajó por las tribus de los crueles pehuenches i fundó

2 El *Viaje* de Sarmiento ha sido publicado aparte i en estracto por Argensola en su *Historia de las Molucas.* Sobre viajes de españoles hácia el Estrecho pueden consultarse las obras siguientes: Seyxas i Lovera, *Descripcion geográphica y derrotero de la region austral Magallánica; Relacion del viaje que por órden de S. M. y acuerdo del Real Consejo de Indias* hicieron los capitanes Bartolomé García de Nodal i Gonzalo de Nodal hermanos, Madrid, 1621; un viaje manuscrito de Diego Ramirez de Arellano que iba de piloto en la espedicion anterior, i que llevó por título: *Reconocimiento de los Estrechos de Magallanes y San Vicente, etc.* (Biblioteca real de Madrid); i sobre todo, la *Relacion del último viaje al Estrecho de Magallanes de la fragata de S. M. Santa María de la Cabeza en los años de* 1775 *y* 1776, Madrid, 1778. En la Biblioteca Nacional de Santiago existe tambien sobre este tema un manuscrito en cuya primera pájina se lee: *Descripcion de la parte mas meridional de la América*, sin fecha ni nombre de autor, pero que álguien atribuye a cierto personaje llamado, «el caballero Berkly».

3 *Diario del Viage y Navegacion hecho por el padre Joseph García, de la Compañia de Jesus, desde su Mision de Kaylin en Chiloé, hácia el sur.* Año 1766. Esta relacion la publicó en aleman Von Murr, *Nachrichten*, Seg. parte, pájs. 507-616, con el título de *Des. P. Joseph García, aus der Gesellschaft Jesu, Tagebuch der Reise und Schiffarth von seiner Mission auf der Inseln Kaylin, im Archipelagus von Chiloé bis gegen Süd. Im Iahre* 1766. Miteiner original Karte.

una mision en las orillas de la laguna de Nahuelhuapi, cuya historia han referido Olivares i Diego de Rosales; el franciscano Menendez, misionero en Chiloé, por los años de 1792, realizó tambien una escursion a aquella famosa laguna, contando a su vuelta, con fácil estilo i abreviados rasgos los sucesos de su viaje[4].

Otro sujeto que por estos mismos años emprendió una incursion al territorio de los indios i que por poco no pagó con su vida su entusiasmo relijioso fué el obispo de Concepcion don Francisco José de Maran. Pocos episodios habrá en la historia chilena mas orijinales, pues, como se recordará, un dia que los araucanos amanecieron de humor mal entretenido jugaron a la chueca la cabeza del prelado. Este suceso motivó, como sabemos, la composicion de cierto poema que ya conocemos, i el *Diario del viaje emprendido para la visita episcopal de la frontera de Concepcion*, que con prosaico i mal limado estilo ha contado cierto autor que no ha querido revelar su nombre; siendo de advertir que ya ántes un injenio festivo i mui dado a la improvisacion,

4 Hé aquí los términos en que un fraile contemporáneo i del mismo instituto de Menendez refiere al virei de Lima las peripecias de su viaje. «Con fecha 16 de mayo del 87 remitia a V. E. el *Diario* del P. Fr. Francisco Menendez del penoso viaje que con permiso del señor Gobernador don Antonio Martinez emprendió en 18 de noviembre del 86, acompañado de don Miguel Barrientos, de sus hijos, i de algunos indios, i lo finalizó en 19 de enero del 87. Del dicho *Diario* consta, que dirijiendo su rumbo al Este de la última isla, que se halla a la parte de la Cordillera llamada Butachanqui, se internó por el estero de Marillino, i siguiendo por el rio Baddahue, hasta la confluencia del nombrado Reremo, hizo un rancho en donde aseguró algunos bastimentos para el regreso, i continuando su viaje por tierra, llegó a pasar la famosa Cordillera Nevada, i habiendo bajado a una llanura, de casi dos leguas encontró varias lagunas, i pasadas éstas reconoció tres cerros que hacian frente a otros dos colorados; que despues de éstos mirando hácia el Este, vió una llanura o pampa interminable, i finalmente, que cerca de los dichos cerros rejistró tres caminos mui trillados i con recientes vestijios de haber transitado caballos por ellos. La falta de bastimentos i el temor inminente de dar sin las prevenciones i precauciones necesarias en manos de jentiles, les obligó a abandonar la pampa». *Relacion sumaria de los pro-gresos de los Misioneros franciscos obser-vantes del Colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocapa &.... en los años* 87, 88 *i* 99 *en las montañas de Caxamarquilla..... i archipiélago de Chiloé, por el R. P. Predicador apostólico frai Manuel Sobreviela*, 1790, Lima? fol., 12 pájinas. Véase tambien la obra de los padres Pallarés i Calvo, *Noticias históricas de las misiones de fieles e infieles del Colegio de Propaganda fide de Santa Rosa de Ocopa*, páj. 26, Barcelona, 1870, 8.°

probablemente jesuita, habia guardado igual incógnito en la *Relacion del viaje que hizo con su comitiva el Ilmo Sr. Dr. Don Manuel de Alday*, apuntamientos sin interes de lo ocurrido en la mística peregrinacion, sembrados de versos de mal gusto i de la prosa mas vulgar.

Uno de los trabajos mas bien escritos en su jénero i al mismo tiempo de los mas interesantes es el *Diario puntual en la persecucion de los indios rebeldes de la jurisdiccion de la plaza de Valdivia*, emprendido de órden de una junta de guerra que se reunió en esa ciudad presidida por don Lúcas de Molina, por el capitan de infantería don Tomás de Figueroa.

Los indios de las inmediaciones del fuerte de Dallipulli habian por esa época muerto a varios españoles i entre ellos a dos misioneros. Los militares de Valdivia que no podian ignorar cuánto se desmandaban los indíjenas una vez que se dejaban impunes sus atentados acordaron que se les castigase, a cuyo efecto pusieron a las órdenes de Figueroa una corta partida soldados e indios amigos para que con ellos pasando el rio Bueno fuese al escarmiento de los salvajes. Pero éstos que no estaban descuidados, se apostaron en la orilla opuesta, tratando a toda costa de impedir el paso a la columna espedicionaria.

Puede decirse que este paso es lo que constituye el verdadero interes dramático que posee en alto grado la relacion que a su vuelta presentó a sus jefes el activo cuando denodado don Tomás. La escena en que despues de haber dejado dispuestas las cosas para el pasaje, reclama para sus soldados la bendicion i absolucion del sacerdote, que a las tres de la mañana les decia la misa, i en que ellos reverentes, con sus armas presentadas, i preparados ya en sus ánimos a todo evento, la reciben llenos de uncion, es tiernísima i de gran efecto; así como las diversas incidencias del viaje acumuladas como de artificio para un drama en que cada uno de esos militares jugaba la vida; la actividad, los temores mismos que asaltan la conciencia de su jefe ántes de dar una órden de muerte; todo contribuye a hacer en alto grado intere-

sante la relacion de Figueroa, escrita ademas en cierto tono sencillo i confidencial que cautiva.

Por otra parte, el lector no puede olvidar al leer este escrito de Figueroa su figura altamente interesante i llena de aventuras; sus amores i, por fin, su muerte ocasionada tan trajicamente como se sabe, en la plaza de Santiago el dia 4 de abril de 1811.

El capitan de ejército don Tomás O'Higgins, de órden del virei de Lima, visitó tambien por los años de 1796 el territorio fronterizo, aunque con carácter mui diverso del de Maran. O'Higgins era un hombre observador que ha consignado con sencillez lo que ha visto, los campos, las ciudades, los fuertes; pero carecia de ese espíritu penetrante que se posesiona de una ojeada del estado de un país o de los medios que pudieran mejorar su situacion. Sin duda destituido de estudios anteriores i de la preparacion necesaria para escribir, redactaba sus notas mas bien por necesidad que por verdadera inclinacion, i con tales antecedentes es fácil comprender que no haya podido atraerse el interes de sus lectores.

Como O'Higgins, recibió encargo oficial de estudiar las comarcas chilenas don Pedro Mancilla con una espedicion a las costas de Chiloé, de la cual nos ha dejado un *Diario;* i posteriormente, el alférez de fragata i piloto de la real armada don José de Moraleda i Montero. Hallábase Moraleda en el Callao a bordo de un navío de guerra en vísperas de darse a la vela para Europa, cuando le vino órden del virei don Teodoro de Croix para que sin demora fuese a prestar ayuda al gobernador de Chiloé don Francisco Hurtado, en el reconocimiento de las islas del archipiélago i en el levantamiento de mapas jenerales.

Moraleda trabajó con empeño en su tarea i cuando estuvo de vuelta en el Callao a mediados de 1790, presentó a la primera autoridad un libro que habia escrito, en que daba cuenta de sus observaciones marítimas i acompañaba una descripcion de la provincia que habia ido a visitar.

Visto el objeto que traia el marino español no era posible exi-

jirle que trabajase una obra literaria. ¿Qué habria dicho la comision que examinó su obra, la obra de un marino, si hubiese entrado en descripciones mas o ménos literarias de una tempestad? Claro parece, pues, que solo los de la profesion hallarán deleite en esas pájinas de observaciones naúticas i jeográficas i que el simple lector por pasatiempo o instruccion mirará con mucho mas agrado lo que se refiere a la poblacion i carácter, comercio i producciones de los habitantes de Chiloé en aquel entónces. Moraleda, como Rivera, Gonzalez Agüeros i cuantos trataron de aquellos remotos pueblos, no pudo ménos de manifestarse sorprendido de los abusos de que eran víctimas i del atraso en que vivian; pero atribuyéndolo en gran parte a la desidia de los habitantes, se olvida de indagar las causas que pudieron reducirlos a tal estremidad. Por lo demas, sus miras eran perfectamente desinteresadas: «me lisonjeo, dice, con el sencillo efecto i buen deseo con que desde mi niñez he procurador servir al rei, sin otro estímulo que el de la imitacion de todos mis mayores que tuvieron el mismo honor»; i el estilo de su obra sin ser de los mejores no carece de facilidad i está revestido de cierto tono familiar que lo hace mas llevadero [5].

Pero el trabajo mas completo que sobre esta materia de esploraciones se escribiese durante la colonia fué el que don Manuel de Amat i Junient envió a Cárlos III con el título de *Historia geográphica e Hydrográphica con derrotero general relativo al plan del Reyno de Chile,* que aún hoi se conserva en la biblioteca de los Reyes en Madrid. «Esta es, le decia al monarca aquel celoso gobernador, la mas puntual descripcion de este reino de Chile, que ha podido mi cuidado haciendo rejistrar las historias que hai escritas, sobre la conquista, los viajes, derroteros i relaciones mas acreditadas de cuantos han manejado estas costas i penetrado sus terrenos, i afinando la verdad con el práctico conocimiento que he

5 Moraleda mandaba en 1809 la fragata de guerra *Castro*, i en ese año hizo su viaje de Valdivia a Valparaiso; saliendo de Valdivia el 22 de marzo i llegando a Valparaiso el 21 de abril.

granjeado, así por lo que de él he corrido como por los planos particulares que he mandado levantar, i fidedignos informes que de cada país he pedido. Ocurrióseme este pensamiento luego que tomaba posesion del gobierno de este reino: visitando sus fronteras me hice cargo de su mucha importancia, i pues considerando un reino tan vasto i de tanta sustancia en tan grande remocion i lejanía del centro de la corte, me pareció no solo conveniente sino tambien necesario hacer presente a V. M. en un mapa su sustancia, estension i configuracion de este último continente austral, con la jeográfica declaracion de sus partes i calidades. Así lo veo conseguido i trabajado dentro de este palacio en el recato que se debe manejar estos negocios, i aunque va con la limitacion correspondiente a estas distancias, no quiero privarme del honor de ofrecer este tal cual trabajo a la real especulacion de V. M. para que benigno lo acepte como producto de un leal i sencillo deseo de la mayor felicidad en los espedientes que se dirijieren a estas provincias».

El autor entra en cortas descripciones de los puertos i ciudades i refiere algunos antecedentes históricos en un estilo sin pretensiones, i si no ha conseguido legarnos (no era posible) una obra literaria, nos ha dejado un trabajo mui apreciable para su época.

Como la España se viese envuelta a principios de este siglo en las redes de la política de Napoleon, no dejó de alarmarse cuando se penetró de que los ingleses, dueños entónces del mar, podian con estremada facilidad bloquearle sus puertos de América e interrumpirle toda comunicacion i comercio entre sus diversas colonias. Por eso se apresuró a impartir las órdenes convenientes a efecto de que sin tardanza se procediese al reconocimiento de un camino que atravesando los Andes pusiese en contacto las llanuras arjentinas i las montañas de Chile.

«Un vecino de la Concepcion de una instruccion limitada, pero emprendedor, sagaz i celoso del bien público, se presentó a llenar este encargo; i para dar mas realce a este servicio, se compromete a prestarlo a su costa. Se admite la oferta, i don Luis de la

Cruz despliega una actividad asombrosa en sus preparativos de viaje. Con un pequeño séquito, con cortos auxilios, i mui escasos conocimientos del país que se propone atravesar, se arroja como un cóndor desde las cumbres de la alta cordillera hácia las pampas de Buenos-Aires.

«Rodeado de peligros i casi sin defensa en medio de pueblos bárbaros, los subyuga con el prestijio de sus palabras i hasta llega a arrancarles lágrimas de ternura al despedirse de ellos. En los parlamentos con los caciques, la posicion que ocupa es siempre eminente, les habla con circunspeccion pero con firmeza, i nunca se deja acobardar por la aspereza de sus modales, la arrogancia de sus discursos, ni por la violencia de sus amenazas.... Los detalles topográficos son incompletos, algunos de ellos erróneos, i todo lo relativo a la historia natural se resiente de la falta de conocimientos científicos del autor. De las costumbres de los indios nadie ha hablado con mas acierto que él, en esta parte no creemos que tenga competidores, i su estilo es fácil i bastante correcto; pero la mezcla de palabras araucanas i desconocidas a la casi totalidad de sus lectores, lo hace a veces inintelijible[6].

Un compatriota del autor que venimos citando, tratando de dar a conocer en Chile la obra de don Luis se espresaba en estos términos:

«No nos es posible analizar la narrativa del viaje, escrita en forma de diario, sin otro método que el de los sucesos que ocurrian en la marcha i los puntos por donde ella se dirijia. Toda ella anuncia un observador atento e infatigable. El candor i sencillez de su narracion, la menudencia de las descripciones, las escenas dramáticas ocurridas con los indios, sus diálogos i hasta la relacion de sus preparativos del viaje, de las incomodidades i riesgos que lo acopañaron, dan a esta parte de la obra un interes que raras veces se encuentra en los escritos de los viajeros, los cuales, o sobradamente ocupados de sí mismos, o esclusivamente consagrados al objeto científico o mercantil de su espedicion, des-

6 Angelis, *Introduccion* a la obra de Cruz.

cuidan el colorido local que nuestro autor emplea con tanto acierto. Su diario está dividido en jornadas, cada una de las cuales es la historia de los sucesos i de los tránsitos de aquel dia, con la pintura mas o ménos estendida de los objetos que, en aquel intervalo, llamaron su atencion»[7].

Cruz, despues de haber entregado al virei las comunicaciones de que era portador, ántes de dar la vuelta a la Concepcion, donde habia dejado a su mujer i a sus hijos, tuvo que contestar a las observaciones que al diario de su viaje hizo la comision del Consulado nombrada para examinarlo. No anduvieron, de cierto, induljentes con él los señores de la comision, i en verdad que Cruz tuvo la franqueza de confesar que algunos de los errores que le achacaban tenian fundamento; pero esto no quita, como agregaba el autor que hemos citado mas arriba, «que de todos los investigadores de las pampas, Cruz sea el mas dilijente. Falkner, cuya obra es remarcable por la época en que fué escrita, no pudo preservarse de muchos errores, por la novedad del asunto i la escasez de noticias para ilustrarlo. Sus relatos son verídicos cuando no salen del campo de sus propias observaciones; pero deben leerse con desconfianza, si no son mas que el producto de sus conversaciones con los indios.

«Mas exactos son los datos trasmitidos por sus sucesores, que se ciñeron a la topografía del terreno que esploraban. Pero gran parte del que descubrió Falkner no fué reconocido, por hallarse en poder de los bárbaros, i prevalecieron las conjeturas del misionero irlandes, hasta que se logró someterlas a la única prueba decisiva en estas materias,—la de la inspeccion ocular.

«Esta tarea cupo a un chileno por el lado mas ignorado de nuestros campos, a donde nunca alcanzó el ojo de los europeos, rechazados por un puñado de nómades, sin armas, sin disciplina, i a veces sin alimento»[8].

Cuando llegó a noticia del «amado» Fernando VII la azaña llevada a cabo por don Luis de la Cruz, le envió un despacho

7 *Mercurio chileno*, páj. 318, 1828.
8 Angelis, t. VI.

firmado de su mano en que le decia: «Por cuanto atendiendo al particular mérito que vos don Luis de la Cruz, capitan de milicias urbanas de la Concepcion de Chile, habeis contraido en el descubrimiento del proyectado camino recto de comunicacion del reino del Chile con el de Buenos-Aires, he venido en concederos grado de teniente coronel i sueldo de capitan de caballería».

Cuando en 1811 dieron principio en Concepcion los movimientos primeros de nuestra revolucion, Cruz fué nombrado vocal de la junta gubernativa de la provincia, i encargado del arreglo de los gobiernos en los partidos de Itata, Cauquenes, Parral i Chillan, i de la ereccion de uno nuevo que se llamó de San Cárlos. Cruz organizó, asimismo, dos rejimientos de caballería, siendo nombrado, por el año siguiente de 1812, miembro del gobierno supremo de la República.

Cruz desempeñó mas tarde varios puestos administrativos de importancia, i entre otras comisiones del servicio recibió una para el Perú a fines de 1821. Habiendo comenzado a servir en 1791, i despues de haber sido hecho prisionero de guerra por los españoles, recorrió los diversos grados del ejército i alcanzó a enterar treinta años de servicio.

Murió en 1827.

Llevaba tambien el apellido de don Luis otro personaje conocido en Europa con el título de conde del Maule (como se llama hasta hoi una calle de Cádiz), i que ha dado a la estampa un largo *Viaje de España, Francia e Italia*.

Era don Nicolas de la Cruz i Bahamonde orijinario de Talca, donde habia nacido allá por el año de 1760[9]. Poseedor de una fortuna considerable, se habia ido a establecer en Cádiz, en donde hacia ya veinte i nueve años que residia cuando dió a luz su obra de viajes. Era ésta el fruto de una peregrinacion que hizo a fines del siglo pasado por las naciones de oríjen latino consig-

9 Así consta del acta en que fué elejido diputado a las Cortes, en la cual se dice que en esa fecha (1809) era mas o ménos cincuenta de años. Amunátegui, *Crónica de* 1810, t. I, páj. 350.

nando en ella cuanto ha visto de notable. Al decir de don Nicolas, fué su propósito al escribir un libro de esa naturaleza servir a sus compatriotas de ámbas Españas, pero confesamos que no vemos cual pudiera haber sido el provecho que sacasen de su lectura.

El viajero talquino lo único que ha hecho es apuntar las distancias de un pueblo a otro, destinar largas pájinas a la historia jeneral de las naciones por las cuales transitaba, i no pocas a la especial de cada ciudad, remontándose hasta sus mas remotos tiempos i siguiendo especialmente a los presuntuosos españoles en los oríjenes fabulosos que vinculan a la fundacion de cada lugarejo. Don Nicolas, por ejemplo, no trepida en discutir la opinion de si Hércules fué o nó el fundador de Cádiz, i otras patrañas de este jénero.

Sin duda que no era favorable para un viajero la época que le cupo a don Nicolas, en que la Europa encendida en una guerra continental despues de la grande revolucion francesa, veia interceptados sus caminos, sus ciudades alternativamrnte ocupadas por tropas enemigas; faltaba la paz en una palabra, i con ella la tranquilidad i sosiego inseparables de una escursion reposada. Mas, casualmente por esas circunstancias, su ánimo pudo elevarse muchas veces en la comparacion de los diversos pueblos; notar sus caractéres; observar el descubierto sus tendencias: cosas en las cuales jamas ha pensado. Su libro no pasa de ser un itinerario mal combinado de los mui buenos que hoi se encuentran a cada paso en las librerías; que si puede servir al turista, en ninguna manera despierta el interes de los que leen simplemente. No hai en él quizá ningun hecho personal, como el lector tiene siempre derecho de esperar cuando se acompaña con la sociedad del que viaja; ninguna de esas aventuras picantes que amenizan las largas rutas; ninguno de esos accidentes que mantienen despierta nuestra atencion i nos hacen interesarnos en la suerte del que acaba de entregarse a los peligros de un camino desconocido i a los azares de una vária fortuna. Diríase mas bien que don Nicolas no ha salido de su gabinete de trabajo i que se ha

limitado sencillamente a tomar de otros autores lo que hacia a su propósito.

Comenzada la publicacion de su obra en Madrid en 1806 no vino a terminarse sino siete años mas tarde en Cádiz, donde su autor habia podido añadir ya a su nombre el pomposo título de Conde del Maule.

Despues de una permanencia de veinte i nueve años en el puerto gaditano, Cruz se habia vuelto mas español que chileno; i por eso, si es cierto trabajó por la canalizacion del Maule, mas era el empeño que tomaba por el adelanto de la Academia de Bellas Artes a la cual pertenecia desde algun tiempo atras. Habia gastado parte de sus riquezas en la adquisicion de buenos cuadros, i justo es confesar que su coleccion la destinaba a ser enviada a Chile.

Grande amigo del virei O'Higgins, recibió el encargo, cuando salió de Chile camino de Mendoza, por abril de 1783, de llevar a su lado a Europa a nuestro inmortal don Bernardo. Qué diría mas tarde de las azañas de su compañero de viaje, en el Membrillar, en Rancagua, en Chacabuco?

El 2 de diciembre de 1809 la ciudad de San Bartolomé de Chillan elijió a don Nicolas para diputado a las Cortes españolas; pero por ciertas irregularidades en el procedimiento la Audiencia anuló la eleccion[10].

Don Nicolas no volvió mas a Chile: en 1826 espiraba en el lugar adoptivo de sus inclinaciones sin que quisiese volver a ver las riberas de ese Maule qus fecundaba ya una tierra de libres[11].

10 Amunátegui, *Crónica de* 1810, t. I, páj. 350.

11 D. Nicolas se casó ya viejo con una niña del *medio pelo* en Cádiz, la cual le gastó sus reales. Despues de su muerte, sus cuadros, muebles, i especialmente su rico monetario fueron malbaratados en un remate. Véase la *Hist. de Sant.*, t. I, páj. 89, en la nota.

CAPITULO XX.

CIENCIAS[1].

Don Juan Ignacio Molina.—Sus primeros años.—Su espatriacion.—Arribo a Italia.—Aparicion de su primera obra.—El *Saggio sulla storia naturale.*—Altura científica a que se encuentra.—Conocimientos del autor.—Es delatado por sus teorías.—Algunas de sus *Memorias.*—Su amor a Chile.—Su entusiasmo por la República.—Modo de vida de Molina en Europa.—Sus deseos de regresar a Chile.—Su última enfermedad.—Molina i el pueblo chileno.—Frai Sebastian Diaz.—Algunos datos sobre su carrera.—La inundacion del Mapocho en 1783.—Gobierno del padre Diaz.—Su empeño por los adelantos materiales de la Orden.—Reputacion de que gozaba.—Sus conocimientos.—La *Noticia general de las cosas del mundo.*—Tratados biográficos.—Otras obras de nuestro autor.—Su fin.

Uno de los chilenos mas eminentes por su saber, su virtud i patriotismo, i el único que en Europa alcanzara distinguida reputacion en el mundo científico durante el largo período colonial, fué el abate don Juan Ignacio Molina. Estraño podrá parecer

1 Talvez este es el único lugar, o al ménos el mas adecuado en que podamos dar noticia de un trabajo con pretensiones de estar basado en la economía política, titulado *España feliz con la extincion de las Rentas provinciales, subrogando en su lugar el real derecho de tres reales de vellon sobre la molienda de cada fanega de trigo, y un proyecto infalible para aumentar la agricultura y cria de ganado en virtud del Real Fomento.* Escrito por don Márcos Alonso Gamero, jeneral de la Renta del Tabaco y demas unidas del Reyno de Chile. Su autor, entusiasmado, como lo declara, con la lectura de la *Miscelánea económico-política* que don Miguel de Zavala i don Martin de Loymar dieron a luz en 1749 con el doble fin, segun decian, de aliviar a los vasallos españoles i aumentar las entradas del real erario; i habiendo tomado él mismo una parte activa, siendo mui jóven, en la realizacion de las ideas propuestas por aquellos estadistas, pues habia corrido el arzobispado de Toledo en averiguacion de sus rentas; imajinó a su vez el proyecto de que venimos haciendo referencia. El trabajo de Gamero, bastante largo, fué enviado a la Corte de Madrid por don Ambrosio O'Higgins; pero no es exacto, como lo asevera el señor Vicuña Mackenna en su *Informe* sobre nuestro libro, que verse sobre la agronomía de Chile.

Algunos puntos de contacto con el trabajo anterior pueden encontrarse en la *Representacion al Ministro de Hacienda de España, hecha por el síndico del Real Consulado de Santiago sobre el estado de la agricultura, industria y co-*

que demos lugar en estas pájinas al estudio de la vida de un hombre cuyos escritos fueron pensados léjos de Chile i sobre todo, redactados en idioma estranjero; pero las ciencias que no reconocen mas lenguaje que el de la verdad, su nacimiento i el haberle inspirado el suelo chileno sus obras mas acabadas, son consideraciones que militan en su favor para dedicarle un lugar preferente en la historia de nuestras letras durante la colonia.

Don Juan Ignacio Molina nació el 24 de junio de 1737[2], casi en las orillas del Maule[3], en el punto en que el Loncomilla mezcla sus aguas cristalinas i pierde su curso en el impetuoso torrente que desciende de las altas planicies de la cordillera[4].

Molina pertenecia a una familia que se conservó en Chile por cerca de doscientos años, i era hijo de don Agustin Molina i de doña María Opaso. Huérfano en su infancia, pasó a Talca por disposicion de sus parientes a cursar primeras letras i gramática latina, pero a los diez i seis se le envió a estudiar a Concepcion, recibiendo allí sus primeras órdenes. Radicóse en seguida en la residencia que los jesuitas poseian en Bucalemu, i despues de adquirir el conocimiento del latin i del griego i de haberse señala-

mercio del Reyno de Chile escrita por don Manuel Salas en 1796 i publicada en *El Mercurio* de Valparaiso de 1843 (núms. 4315 i sigts.). El escrito de Salas es bastante interesante i deja traslucir ya las huellas de un notable adelanto político i científico. El mismo don Manuel es autor de los *Motivos que ocasionaron la instalacion de la Junta de Gobierno en Chile* i del *Diálogo de los porteros*, documentos que han sido publicados en el *Espíritu de la prensa chilena*, t. I, pájs. 1 i 121.

Otro miembro del Consulado de Chile, don Anselmo de la Cruz leyó en la junta de 12 de enero de 1809 una *Memoria* «en la cual propone franca i calurosamente la libertad de comercio». Amunátegui, *Crónica de* 1810, t. I, páj. 92. Pero estos escritos, tanto por sus tendencias, como por los móviles que los dictaron pertenecen mas bien a la historia de nuestra emancipacion política. Sobre don Manuel Salas recomendamos la biografía publicada al fin de los *Escritores chilenos de la independencia*, Santiago. 1873, 8.°

2 Algunos suponen que en 1745, i aún Gay dice que en 1768 no tenia mas de veinte i dos años; pero el obispo Cienfuegos, que lo trató personalmente, afirma que murió de mas de noventa años, i segun eso debió haber nacido, por lo ménos, en el año que apuntamos.

3 Santagata le atribuye equivocadamente por patria a Concepcion.

4 Cerca del cerrito de Bobadilla, de recuerdos en la historia de nuestra revolucion. Don Diego Barros Arana así lo afirma en una carta dirijida a don Benjamin Vicuña Mackenna i publicada en los *Anales de la Universidad*. El señor Vicuña opina porque fué en la estancia donde hoi está Villa Alegre, en la confluencia del Putagan con el Loncomilla.

do no poco en el estudio, sus superiores lo destinaron a rejir la biblioteca de la casa principal de Santiago. Juan Ignacio Molina era entónces un mancebo de pequeña estatura, de tez bronceada, en la cual lucian con brillo estraordinario dos ojos grandes i espresivos, pero acompañados de una boca i narices de un tamaño fabuloso.

Contaba ya treinta años i no pasaba de ser un simple «hermano» de la Orden cuando le sorprendió el decreto de Cárlos III, que espulsaba a los jesuitas de sus dominios. Molina partió, en consecuencia, a Valparaiso con direccion al Perú en los primeros dias de febrero de 1768, embarcado a bordo del navío *La Perla* en compañía de Domingo Antomás, Pietas, Fuenzalida, etc., i sin mas equipaje que un Ciceron que hizo pasar por su breviario i que aún conservaba en sus últimos años, con particular aficion.

Mas de dos meses permaneció anclada la nave en que iba en el puerto del Callao, hasta que al fin el siete de mayo tendia las velas para emprender la travesía del Cabo, con direccion a España i bajo partida de rejistro.

Sabido es que los jesuitas americanos fueron a encontrar un asilo en Italia, en Imola principalmente, donde Molina permaneció cerca de dos años. De Imola el desterrado chileno se fué a establecer a Bolonia.

Contábanse apénas dos años de su llegada a esta ciudad, notable entónces por el movimiento científico i literario a que servia de centro, cuando veia la luz pública un *Compendio de la historia jeográfica, natural i civil del reino de Chile*, sin nombre de autor, que la voz jeneral atribuyó al jesuita chileno Vidaurre, pero que evidentemente es de Molina[5].

5 En la obra mas estensa que Molina publicó mas tarde sobre el mismo tema, es cierto que no ha seguido igual método al de este *Compendio*; pero se hallan en él sus mismas citas, sus mismas observaciones, aún las mismas menudencias, cuanta particularidad curiosa existe en su libro capital, todo está allí. Es ademas su estilo el que allí se vé, algo tímido i embarazado, como que le faltaba la seguridad en sus conocimientos propios, que solo vino a afianzar mas tarde con el estudio de Buffon; pero su lenguaje reviste siempre la persuasion que le caracteriza.

Esta obra de Molina fué traducida al aleman en 1782 por E. J. Jageman,

Desde entónces Molina no cesó de trabajar por dar a conocer a Chile en Europa, tarea que era para él el consuelo de su destierro, como en alguna ocasion lo ha dicho en sus obras. La misma imprenta que en 1776 habia dado a luz bajo el anónimo su primer ensayo sobre la historia natural i política de su país, ofrecia al público en 1782 el *Compendio sobre la historia natural de Chile*[6]. Desde ese momento la reputacion de sabio indicada para el jesuita chileno quedó establecida, i tanta fué la boga alcanzada por el libro que trataba de las producciones de un país tan poco estudiado hasta entónces, que hombres notables de otros pueblos se apresuraron a enriquecer su propia literatura dándolo a conocer en el idioma nacional. Hiciéronse de él ediciones en aleman, en frances, en inglés, i por fin la tradujo en Madrid en 1788 don Domingo de Arquellada i Mendoza[7].

La obra de Molina, como decia el baron de Humboldt a un compatriota nuestro en Berlin, no está ya a la altura de la ciencia moderna; pero para su tiempo fué un monumento memorable de saber elevado por el jenio del jesuita chileno a la gloria de nuestra patria. Debe advertirse que Molina escribiendo sobre sus recuerdos de niño, puede decirse, cuando mas en vista de algunas notas incompletas que se le suministraron durante su permanencia en Italia, estaba obligado a fabricar de memoria sus

quien de propia autoridad la atribuyó a Vidaurre (*Des Herrn abts Vidaurre Kurzgesazte geographische, natürliche und bürgerliche Geschichte des Königreichs Chile*, Hamburg, 1782, 8.º). Mas, el traductor aleman de la *Historia civil* reivindicó para Molina el honor que le correspondia haciendo notar el error de Jageman (*Geschichte des Eroberung von Chile*, Leipzig, 1791, 8.º, páj. 305).

Por lo demas, el mismo Vidaurre, hablando de este *Compendio*, se espresa de la manera siguiente en su historia: «Su autor, chileno, enemigo de gloria, ocultó su nombre i no quiere que salga aún en ésta»...

6 El *Saggio sulla storia naturale* fué reimpreso con un retrato del autor en una bella edicion hecha en Bologna en 1812, en 4.º. Caballero cita un artículo de la *Biblioteca Italiana* de Milan de 1816, dando cuenta de esta edicion, hoi poco comun.

7 Nuestro compatriota don Matías Pizarro, secretario de la comision enviada a nuestra Esposicion por la Esposicion permanente de Milan, exhibe, entre muchos otros objetos, una coleccion de autógrafos del célebre abate Molina, el mas notable de los cuales es su *Historia natural* de Chile.

«Pudo el señor Pizarro obtener estos autógrafos mediante una série de sacrificios que honran su actividad al mismo tiempo que su amor patrio. Despues de muchas i penosas indagaciones logró conseguir los preciosos manuscritos

descripciones, i sin embargo, a pesar de tan desfavorable precedente para la exactitud de sus datos, es admirable la facilidad con que presenta a la intelijencia del lector el objeto que desea hacerle conocer. Esto revela un profundo espíritu de observacion que, al traves de los años i de la distancia, aún luce con bastante claridad para señalar con perfecta distincion las diversas especies de la fauna i flora chilenas de que se ocupó en su obra. Una circunstancia que sorprenda, un indicio que vislumbre, relacionándolos con otro detalle, lo lleva de deduccion en deduccion hasta obtener a veces una verdad.

Vidaurre, su compañero de destierro, hablando del trabajo de Molina, pintaba de esta manera la impresion que le causaba su lectura: «a la verdad, es tanta su claridad que no deja lugar a la duda, sus noticias tantas que nada mas se puede pedir: cuando él describe una cosa, por mínima que ella sea, parece que la está viendo con sus ojos; cuando cuenta algun hecho lo hace como si se hubiese hallado presente; cuando impugna un argumento, es indisoluble; cuando discurre, su razon es poderosa i sólida; en suma, su obra lo hace un gran naturalista, un sincero historiador, un modesto vindicador de su patria». Posteriormente, don Claudio Gay, refiriéndose tambien al *Compendio de la historia natural de Chile*, sostenia que los sabios modernos no lo sabian apreciar

que hoi exhibe i que esperamos i deseamos ardientemente sean adquiridos para nuestra biblioteca.

«El señor Pizarro adquirió este tesoro en el año de 1870, i recordamos que el señor Vicuña Mackenna, a la sazon en Europa, dedicó una correspondencia para *El Mercurio* sobre los manuscritos de nuestro célebre compatriota.

«El heredero de los manuscritos del abate Molina, fué el caballero Cárlos Félix Ferrari, ahijado de nuestro sabio compatriota. Se hallaba este caballero de vice-prefecto de Vaghera [Piamonte] i allá fué a comprarle los autógrafos el señor Pizarro.

«La marquesa María Brivio Castelbarco, esposa del cónsul de Chile en Milan, ayudó poderosamente al señor Pizarro en su patriótica empresa; pero quien le dió las noticias mas exactas, fué el profesor comendador Veggetti, presidente del colejio de filosofía i letras i bibliotecario de la real universidad de Bolonia, sucesor del cardenal Mezofanti [el famoso políglota).

«Como lo hemos dicho ya, deseamos que los autógrafos que el señor Pizarro exhibe, sean adquiridos por nuestro gobierno para la biblioteca. Al abate Molina se le elevó una estátua en nuestra Alameda, justo tributo rendido por la posteridad a sus talentos insignes. ¿Cómo seria posible que ahora nos negásemos a adquirir sus obras autógrafas?—(*Estandarte Católico*).

bastantemente i que era digno de una gratitud jeneral entre los naturalistas[8].

Es cierto que nuestro autor a veces descuida cosas notables para ocuparse de algunas ménos importantes, i tampoco puede negarse que ha confundido ciertas especies, i que algunas de sus descripciones son indeterminadas i vagas, i que en otras ocasiones por falta de método, agrupa en un tema clasificaciones diferentes; pero, en cambio, Molina tiene el arte de insinuarse con suavidad en el ánimo del lector, consigue que se le siga con gusto, sabe amenizar sus relaciones con oportunas anécdotas, i aún para aquello en que nada de nuevo comunica, logra interesarnos por la forma i colorido con que se espresa.

El jesuita chileno, por un espíritu práctico mui notable, sabe buscar de ordinario el lado útil de las cosas, i así, en la descripcion que nos hace de su país, si se trata de las plantas, insiste especialmente en las que tienen alguna virtud medicinal; si de los animales, cual pueda ser el mas provechoso; si de las aves, cual sea la que pueda deleitarnos mas agradablemente con su canto, etc.

Este mismo hombre siempre que la ocasion se presenta, al paso que deja traslucir su inclinacion por el suelo que le vió nacer, llevado de su amor a la verdad, no deja pasar jamas desapercibido un error, por mas favorable que pudiera serle, i captándose de esta manera la confianza de sus lectores, no se duda ya de que al pintar la hermosa tierra de que era oriundo, sin olvidar sus costumbres, artes, i hasta su peculiar lenguaje, haya sabido inspirar el mismo entusiasmo de que se sentia poseido i una natural curiosidad por conocer la patria de que hablaba.

Los conocimientos que poseia Molina eran de los mas variados, pues, ademas de ser un notable lengüista, i un filósofo distinguido, era profundamente versado en las ciencias naturales. En 1821, sus discípulos publicaron una obra suya en forma de *Memorias*, en la cual se discuten una série de cuestiones mas o mé-

8 *Zoolojía*, t. I, páj. 7.

nos importantes. En la primera, *Analojía de los tres reinos de la naturaleza* que Molina habia leido en una sesion de la Academia Pontificia, de la cual era miembro, comenzaba por dar a conocer las opiniones de los antiguos griegos i ejipcios sobre el oríjen de las cosas, i sostenia que nuestro globo es un gran huevo, como lo demuestra su forma elíptica, que habia sido fecundado por la enérjica virtud de la Divina Omnipotencia i producido, en consecuencia, los minerales, vejetales i animales. Manifiesta, en seguida, que es un hecho que todo lo creado en la tierra procede i se reproduce por huevos; asienta que la naturaleza no procede por saltos i que en la distribucion de los séres no va como una cadena continuada compuesta de varios anillos, sino como una série de hilos que, estendiéndose, forman como una red; desecha el crecimiento por intus-suscepcion i justa-posicion como poco lójico, i propone en su lugar la vida formativa, vejetativa i sensitiva; sostiene que el curso peremne de los flúidos por los vasos naturales es un indicio inequívoco de la vitalidad de cualesquiera sustancias en que el caso se presenta; que se nota, en fin, en las vísceras de la tierra una circulacion perpétua de flúidos, una formacion sucesiva de diversas sustancias, en suma, una especie de funciones vitales.

Para examinar la analojía que existe entre los animales i vejetales toma por punto de partida su oríjen i multiplicacion, i su manera de alimentarse; pone de manifiesto los instintos de las plantas para procurarse lo que necesitan; cómo es cierto que animales i plantas sufren impresiones agradables i desagradables, sin dar naturalmente gran importancia a la inmobilidad de las últimas ya que existen tambien animales que no se mueven. «Elevémonos, concluye, con la mente al diseño que tuvo presente el Criador en la constitucion del Universo, i si observamos allí la multiplicidad de relaciones que avecinan a los séres unos con otros, veremos desaparecer la distancia inconmensurable que se supone existir entre el hombre i la mas pequeña planta criptógama, entre ésta i el fósil mas informe».

Indudablemente que estas teorías eran bastantes avanzadas

para su tiempo, i Molina tuvo mui pronto por desgracia ocasion de convencerse de ello. Una mezquina delacion de uno de sus discípulos llevó el asunto a la curia romana, acusando de heréticas las teorías de nuestro jesuita i por ello fué suspendido del profesorado i de sus funciones sacerdotales. A poco re revocó este anatema dictado por el fanatismo, pero Molina vivió siempre contristado de una persecucion relijiosa de cuya injusticia nunca cesó de protestar.

Cuando el jesuita chileno hacia algun viaje por los alrededores de la ciudad no dejaba escapar un detalle, i de vuelta a su casa, una vez que habia ordenado sus materiales, presentaba a sus colegas del Instituto pontificio el resultado de sus observaciones sobre las montañas vecinas, sobre las plantas, etc., i en estilo conciso i seguro, [elevado a veces, discutia siempre con orijinalidad sus teorías.

Tiene tambien una interesante *Memoria* sobre la propagacion sucesiva del jénero humano, en la cual con la jeografía en la mano, demuestra que las soluciones de continuidad entre los diversos continentes no son tan enormes que los hombres no hayan podido propagarse de un mismo tronco.

Pero bien sea que Molina diserte sobre este asunto, sobre los jardines o el café, siempre encuentra oportunidad de recordar a Chile.

Este inmaculado amor a su país que Molina profesaba en tan alto grado forma para nosotros el mas hermoso floron de su corona de hombre i de sabio. El mas leve susurro del aire natal que llegase a su olvidado albergue de la calle de Belmoloro de Boloña, Molina lo aspiraba con ánsia pidiéndole una noticia, un dato cualquiera. «Ya estaba Molina bastante anciano, dice el profesor Santagata, que lo conoció personalmente, cuando heredó en Chile una regular fortuna. Lo que rara vez sucede, la herencia de estas riquezas no le sirvió de pretesto para entregarse a la alegría ni para aumentar sus comodidades, ni para sentir los estímulos de los placeres.... Improvisamente recibió la noticia de que sus bienes se habian aplicado a la construccion de una ar-

mada que corriendo los mares peleaba en defensa de la República. Lo que habiendo leido lleno de admiracion, esclamó con una voz conmovida por la alegría. «Oh! qué determinacion tan bella la que han tomado las autoridades de la República! De ningun otro modo podian haber interpretado mi voluntad mejor que lo que lo han hecho, con tal que haya de ser en beneficio de la patria»[9].

Mas tarde, cuando se reconoció que no habia habido motivo para la secuestracion de los bienes del jesuita, decretada por O'Higgins, fué su voluntad, sin embargo, que la mayor parte de su fortuna se aplicase a la fundacion de un instituto literario en Talca, lo cual fué autorizado por intermedio del obispo Cienfuegos por decreto supremo de 5 de julio de 1827.

Con todo, no se crea que la situacion de Molina en Europa fuese mui holgada. En sus primeros tiempos de espatriacion vivió en medio de la mas desolante pobreza, i solo cuando la España acordó a los jesuitas espulsados una pension anual de cien pesos pudo proporcionarse algunas pequeñas comodidades. En 1812 esta pension se aumentó, aunque por mui corto tiempo, con doscientos pesos mas que el príncipe Enjenio de Beauharnais le obsequió en recompensa de la dedicatoria que Molina le hizo de la segunda edicion de su *Historia natural*, i por fin, dos años mas tarde, con un obsequio análogo del rei de Nápoles.

Por lo demas, la manera de vida del abate no podia ser mas económica. Pasaba la mayor parte del dia en la enseñanza de niños pobres, i no se permitia mas lujo en su comida que el de una taza de café. Se levantaba a las ocho de la mañana i se recojia a las diez de la noche.

En 1814 cuando hizo su primer testamento reconocia que siem-

9 *Elojio de J. Ignacio Molina, escrito en lengua latina, pronunciado en la Academia de Bolonia por el señor Antonio Santagata.* Traducido al castellano por Pedro Berrios Casamayor, Santiago, 1856, 8.º. Este discurso ha sido reprocido en los *Anales de la Universidad*, junio de 1860.

Por detalles mas minuciosos acerca de Molina, pueden verse los trabajos siguientes: F. S. Asta-Buruaga, *El Crepúsculo*, 1843; Vicuña Mackenna, *Pájinas de mi diaro durante tres años de viajes*, *El Ferrocarril*, 25 de junio de 1856; Jacinto Chacon, *Revista de Sud-América*, 1861, t. II, páj. 631.

pre habia pagado el salario a su sirviente i que nada debia. Fuera de algunos libros latinos i griegos, no tenia otro autor que Feuillée i aquel Ciceron que lograra escapar a su salida de Chile.... Hasta la casulla con que celebraba la misa era prestada. Cuando murió su caudal ascendia a veinte pesos.

Molina abrigó en sus últimos años la esperanza de volver a su patria. «Yo espero partir de aquí, le decia en 1816 a su sobrino don Ignacio Opaso, en el mes de abril o mayo, i embarcarme en Cádiz a la vuelta de mi amado Chile[10]. Posteriormente, en 20 de agosto del mismo año, agregaba que habia diferido su viaje hasta la primavera siguiente por regresar en la compañía de otros chilenos». Se quiso volver conmigo, añade don José Ignacio Cienfuegos, para tener el placer de ver a su amada patria, cuya libertad le habia sido tan plácida; i deseaba con ánsias venir a dar abrazos a sus compatriotas, lo que no pudo conseguir por su avanzada edad»...[11].

«Parece que desde 1814, en cuya época contaba ya setenta años de edad, Molina comenzó a sentir la enfermedad inflamatoria de que sucumbió. Se mantuvo, sin embargo, medianamente hasta 1825, pues entónces podia leer con facilidad i hacia su diario paseo. Pero en los últimos tres años se confinó a su casa, padeciendo sérias alarmas, i turbado, dicen, con la idea de la muerte, que era su acerbo i constante pensamiento. Su mal verdadero era su ancianidad, i la inflamacion al pecho tomó gran violencia, haciéndole sufrir terribles dolores. *Oh!* esclamaba *quella acqua dei Cordilleri!* i pedia en su delirio agua fresca, agua de Chile, para apagar la sed que le devoraba...... Al fin, el 12 de setiembre de

10 *Carta autógrafa*, existente en la Bib. N. i publicada en los *An. de la Un.* 1860, páj. 630.

11 *Carta* existente en la B. N., M. S. 1.ª série, t. XXIII, páj. 38.

El año 23 comiendo con el abate el prior del convento de Santo Domingo de Chillan Fr. Ramon Arce, preguntóle si deceaba volver a Chile, i respondió que lo haria gustosísimo si su ancianidad no temiese tanto la navegacion del cabo de Hornos. (Aracena, *Biografías desabios chilenos*, manuscrito).

Un año ántes Sallusti, que vino a Chile con el que despues fué Pio IX, comió tambien con Molina en casa del *signor* Carlo Vizzardelli, profesor de derecho canónico en Bolonia, (Véase la *Storia delli Missioni apostóliche dello stato del Chile*, páj. 31, t. I).

1829, a las ocho de la noche, el varon justo dió su último suspiro......»[12].

El sol....., dice uno de nuestros poetas mas distinguidos,

I cuando en occidente se derrumba
Dando a los Andes májicos reflejos,
Sus rayos va a parar, léjos, mui léjos,
Sobre modesta i venerada tumba.
....
Mas, qué importa! perenne es esa gloria
De los héroes que el pueblo reverencia;
I el alto nombre que te dió la ciencia
Se halla escrito, Molina, en la memoria
Del pueblo, i en las grandes
Cumbres inmarcesibles de los Andes![13].

El pueblo chileno no ha olvidado el nombre de su ilustre hijo. En 1856 se levantaba el pedestal en que debia reposar la estatua que fué inagurada cuatro años mas tarde frente a la puerta principal de la Universidad, como para recordar siempre a la juventud que el amor a la patria, el saber i la virtud forman los grandes hombres.

A tiempo que Molina se veia celebrado en Europa por sus trabajos sobre la historia natural de Chile, otro compatriota distinguido, Frai Sebastian Diaz, cultivaba entre nosotros con ardor el estudio de las ciencias. Diaz era natural de Santiago i habia profesado en Santo Domingo, para pasar en seguida a servir de prior en la Serena en 1774 i mas tarde a ser uno de los fundadores de la casa de estricta observancia conocida con el nombre de la Recoleta.

En 1763 estaba ya graduado de doctor en teolojía[14] en la

12 Vicuña Mackenna, *An. de la uni.*, 1860, páj. 611.

13 Eduardo de la Barra, *Parnaso chileno*, páj. 47.

14 Como muestra de estos títulos, insertamos aquí el de Fr. Sebastian Diaz que dice de la manera siguiente:

Yo, don Pedro Luque Moreno, secretario de la real Universidad de san Felipe de esta ciudad de Santiago del reino de Chile certifico, doi fe, i verdadero testimonio en cuanto puedo, i ha lugar en derecho cómo en el Libro de esta real Universidad en que se sientan las partidas de los exámenes i grados que en ella se dan i confieren, a fojas ochenta i dos vuelta i a fojas ochenta i tres de dicho libro se halla una partida del tenor siguiente:—En la ciudad de Santiago de Chile en treinta dias del mes de Setiembre de mil setecientos i sesenta i tres años, viérnes como a las diez i media de la mañana de dicho dia, estando en la

Universidad de San Felipe i en 1781 sucedia a Fr. Manuel de Acuña en el priorato del convento que habia fundado. En los tres años que duró su gobierno, se ocupó en concluir la obra de la fundacion, que no alcanzó a perfeccionar Acuña. «Uno de los inviernos memorables por sus inundaciones fué el del año 1783. En el mes de julio hubo un horroroso temporal que ocasionó una grande avenida que derribó los tajamares i vino a estrecharse contra el convento del Cármen Bajo. Se inundaron los claustros hasta el estremo de peligrar la vida de las relijiosas que lo habitaban. Estas fueron sacadas por un albañal con gran trabajo i estropeo de sus personas por peones que practicabàn esa caridad, miéntras otros se ocupaban en saquear el convento, robar la iglesia i cuanto

capilla de esta real Universidad de San Felipe, por ante mí el presente secretario i testigos el Sr. Dr. Dn. Gregorio de Tapia i Segarra, Maestre escuela de esta santa Iglesia Catedral i cancelario de esta real Universidad, dió i confirió los grados mayores de licenciado i doctor en la facultad de sagrada Teolojía al padre lector, i bachiller Frai Sebastian Diaz del Orden de predicadores, natural de esta dicha ciudad, habiendo precedido la leccion de veinte i cuatro horas i exámen secreto, en que salió aprobado por todos los exáminadores *nemine discrepante* para los dichos grados, la profesion de la fe, el juramento acostumbrado, i el de defender la Purísima Concepcion de la Santísima Vírjen María, Madre de Dios i señora nuestra segun i en la forma que se contiene en las constituciones. A que le apadrinó el M. R. P. maestro i Dr. en sagrada Teolojía Frai Ignacio de Leon Garabito de dicha Orden de predicadores, catedrático de Matemáticas, quién le puso las insignias doctorales segun i como está prevenido en dichas constituciones, estando a todo ello presente el señor Dr. Dn. Alonso Guzman, abogado de esta real Audiencia, catedrático de prima de sagrados cánones, i rector de dicha real Universidad, i los doctores don Pedro de Tula Bazan arcediano de dicha Santa Iglesia, comisario del santo oficio de la Inquisicion, provisor, i vicario jeneral de este Obispado i catedrático de prima de sagrada Teolojía, Dn. Estanislao de Andia Irarrázaval tesorero de dicha santa Iglesia, Vice-rector i conciliario mayor, Dn. Santiago Ignacio Marin i Azúa abogado de dicha real Audiencia, i catedrático de decreto i conciliario mayor, Dn. Joseph Antonio Aldunate, canónigo doctoral i catedrático de instituto, Dn. Joseph de Ureta, abogado i catedrático interino de prima de leyes por enfermedad del propietario, Maestros Frai Blas de Aciendegui i Fr. Joseph Tulio, comendador de la Orden de Nuestra señora de la Merced, Frai Joseph de Portuzagasti del de predicadores, Dn. Francisco del Trigo i don Martin de Ortúzar. abogados, Dn. Pedro Bibar, Dn. Estanislao de Recabárren, Dn. Ignacio de Jesus Zambrano, i otras muchas personas eclesiásticas i seculares, i por testigos los ministros de esta real Universidad. I para que en todo tiempo conste, de mandato de dicho señor Rector, i como que presente fuí, lo pongo por dilijencia i lo firmo—segun que de dicho libro i fojas citadas consta i parece i a que en todo me remito; i para que conste i obre los efectos que hubiere lugar en derecho doi la presente en la ciudad de Santiago de Chile en primero de Octubre de mil setecientos i sesenta i tres años i lo firmo.—

Pedro Luque Moreno
y secretario.

tenian. En circunstancias tan angustiadas el prior de la Recoleta les franqueó su casa i ellas admitieron la oferta, previa la licencia de su prelado, que lo era entónces don Manuel de Alday i Aspée. El padre Diaz juntó los camajes que pudo para ellas i los muebles que pudieron sacar, i sin temor a la lluvia ni a la inundacion fué en persona a traerlas. Tres claustros les separó para su alojamiento, los que estuvieron absolutamente incomunicados con los otros. En ellos se acomodoraron, separaron una pieza para capilla i acomodaron las demas oficinas. Así lo espresó una de las mismas relijiosas que sufrió esta trajedia en una historia que escribió en poesía de este acontecimiento; corre impresa, de donde tomo el trozo siguiente:

En tres claustros bien labrados
Con mui delicioso huerto,
Oficinas necesarias
I sobre todo recreo
Del coro con su capilla
Que aunque es algo pequeño
Encierra la Majestad
Que contiene todo el cielo.
Aquí estamos asistidas
De los padres, cuyo celo
Atiende a lo espiritual
I temporal con desvelo,
Sin dispensar cuidado
Lo ínfimo ni lo supremo,
Porque el lince de su Prior
Se hace Argos en nuestro obsequio.

«Estos rasgos demuestran el carácter filántropo del padre Diaz. No sabemos el tiempo que tardaron en volver a su convento, pero no debió ser ménos de un año, no tanto por las humedades cuanto por los edificios que derribó la avenida, hubo que volverlos a edificar.

«El segundo gobierno del M. R. P. M. Fr. Sebastian Diaz empezó el 16 de enero de 1786, i gobernó sin interrupcion esta casa hasta el 29 de noviembre de 1794. Son obras que pertenecen a este respetable prelado los baños de Colina, ubicados en una quebrada de la hacienda de Peldehue. No tenemos una noticia bastante fundada cómo se descubrieron estos manantiales de salud. Sin duda fué en la época de este gobierno, i el padre Diaz sacó

de ellos las ventajas que pudo para el bien público sirviéndose de sus grandes conocimientos físicos. Trabajó ocho baños cómodos, cuatro calientes, i cuatro templados, incluso en éstos el del bodegon. Los primeros todos de cal i ladrillo, i los segundos la parte que baña el agua, i lo demas de adobe. Trabajó habitaciones para que se hospedasen los enfermos i demas jentes que concurrian»[15].

Despues de algun intervalo, Diaz fué elejido nuevamente para el mismo cargo, manifestándose durante los dos trienios de su gobierno «como un verdadero imitador del patriarca cuya Orden profesaba, consolidando no solo la mas severa disciplina regular, sino tambien perfeccionando el convento que habia quedado sin concluir por la intempestiva muerte de su fundador, i adelantando con varias mejoras los fundos pertenecientes a la casa»[16].

En 28 de junio de 1797, Fr. Sebastian recibia en la Serena su grado de maestro de la Orden. Diaz gozó durante su vida de la reputacion de ser uno de los hombres mas sabios que jamas existieran en Chile. El ilustrado sacerdote a quien acabamos de citar, afirma que el relijioso domínico «no solo fué ornato de la Orden sino tambien de su patria, i no sabemos que en su tiempo hubiese en Chile algun individuo que le cediese, pero que ni aún le igualase en saber......Todos los que tuvieron la felicidad de tratarle admiran sus grandes conocimientos sobre toda la historia natural, i la amenidad i dulzura de su conversacion».

Gran parte de sus nociones sobre Chile las debió Diaz a los frecuentes viajes que con espíritu investigador practicó por el reino, así como sus ideas teolójicas estuvieron basadas principalmente sobre su propio talento. En los discursos morales que cada quince dias hacia a sus cofrades en los capítulos que se llaman *de culpis* nunca se valia de trabajos estraños, tan abundantes sobre la materia, sino de sus deducciones personales, repitiendo con frecuencia a sus oyentes que la mejor base del saber es la que se adquiere en las fuentes.

15 *Apuntes escritos por el M. R. P. M. Frai Francisco Alvarez*, 1850, *M. S.*, páj. 23.
16 Aracena, *Biografías de sabios chilenos*.

Fr. Sebastian conocia bastante la literatura latina, i era ademas versado en el inglés, italiano i frances, lo que formaba una verdadera anomalía en el sistema jeneral de instruccion profesado durante la colonia. Dícese que tenia una memoria tan feliz que jamas olvidaba lo que leia i que aún en sus últimos años repetia con increible facilidad algunos de los trozos que habia aprendido siendo estudiante. A juzgar por las numerosas anotaciones dejadas por el padre al márjen de las diversas obras que rejistró, su laboriosidad debió ser considerable en los años que dedicó al estudio, porque mas tarde vivió continuamente achacoso.

Tanto fué su prestijio entre las jentes letradas que hasta los mismos obispos i otros encumbrados personajes no se desdeñaban de irlo a consultar a su celda de la Cañadilla. Por fin, los marqueses de la Pica, tratando de buscar para sus hijos un maestro, se fijaron en el padre Diaz, que se hallaba entónces condenado a la vida sedentaria i estaba alejado del púlpito i del confesonario. Fué entónces cuando para la enseñanza de sus discípulos i para la de la juventud de Chile se decidió a trabajar la *Noticia general de las cosas del mundo*, cuya primera parte se dió a luz, probablemente en Lima, en 1782.

Para que nuestros lectores tengan una idea de lo que se entendia en Chile a fines del último siglo por verdades científicas, vamos a dar aquí un breve estracto de la obra.

Diaz comienza por indagar el oríjen de lo que él llama primeras i segundas criaturas, dividiéndolas en espirituales i corporales. Las primeras son criadas i de primera hechura, i las segundas, formadas de cosa ya hecha que previno el poder de Dios como una masa comun para que de ahí fuesen saliendo sucesivamente. Los elementos de que éstas se forman no pasan de cuatro, fuego, aire, agua i tierra, a escepcion de los cuerpos celestes que se desarrollan de una materia apta para el movimiento circular que los mantiene en circunvolucion, i no para el de contrariedad que los dispone a corromperse, como son los sublunares de nuestra rejion terrestre.

Estas últimas sustancias se descomponen en cuerpos simples,

que son aquellos que guardan uniformidad en sus partes mínimas, siendo todas de una misma naturaleza i propiedades, como el agua, por ejemplo, en que una gota es como toda ella, líquida, trasparente, capaz de calentarse, de humedecer, etc.; i por el contrario, sustancias compuestas son aquellas que encierran en sí partículas de distinta naturaleza, como las piedras, los árboles i nuestros cuerpos en que una pequeña parte no es igual al todo.

Acerca de la manera cómo criase Dios el mundo, Diaz cree que debió haber formado primero un bulto tan grande como todo él, el que despues lo partiria vertical i horizontalmente tantas veces i de manera que no fuese ya una sola entidad sino cuerpecillos innumerables, i que éstos comenzarian en seguida a dar vueltas formando ciertos círculos, que con los choques irian perdiendo los ángulos i pulverizándose algunos i otros quedando en láminas como virutas. Por lo demas, las cosas se hallan dispuestas unas dentro de otras, de mayor a menor, tal como las hojas de una cebolla, i así, colocada la tierra en el centro, viene en seguida el fuego i el aire, despues el segundo cielo, i por fin, el cielo empíreo.

Llevadas sus teorías a este punto, Diaz comienza a tratar por separado de cada una de las rejiones anteriores, principiando por los cielos que, a su entender, son unos cobertores que encierran dentro de sí a los elementos i demas cosas del Universo, siendo formados de una materia incorruptible i diáfana, sin que hasta ahora haya podido determinarse cuántos i cuáles sean, pues unos han contado el empíreo, el primer móvil, el segundo cristalino, las estrellas, i uno por cada uno de los planetas. Del primero solo se tiene una noticia abstracta, pero infalible, pues la grandeza, magnificencia i gloria de aquel lugar son infinitamente superiores a la mejor i mas perspicaz esperiencia de nuestros ojos, de nuestros oidos i aún a las miras de los deseos mas adelantados. Ahí habitan Dios, los ánjeles i los hombres que se han salvado, siendo tantos los pobladores de este lugar que solo el número de los ánjeles es superior al de las criaturas humanas que ha habido, que existen i que existirán. En cuanto a los que en un tiempo se rebelaron

contra Dios, puede creerse que muchos de ellos no han bajado a los infiernos sino que vagan por los aires sufriendo su pena, i que a existir duendes i a ser ciertas las bullas misteriosas que suelen sentirse en algunos parajes, no pueden ser otros que ellos los que las forman.

Todo esto proporciona a Diaz la ocasion de dedicar a cada uno de aquellos séres un largo tratado teolójico, mereciendo notarse principalmente sus ideas acerca de los hombres que van a la gloria, pues a su juicio los cojos entrarán con dos piernas, los monstruosos perfectamente regulares, los niños adelantados en edad, los viejos en la frescura de la juventud, i tendrán todos los cuatro dotes de gloria, claridad, ajilidad, impasibilidad i sutileza, esto es, podrán atravesar sin atajo los cuerpos mas duros, etc.

Ocúpase en seguida del firmamento, que vemos azul por su penetrabilidad, por su distancia i por la flaqueza de nuestros sentidos. Las estrellas titilan en él a causa de que su luz se mueve i se ajita con el aire, o de que éste, pasando de una rejion a otra en que es mas denso, ocasiona la refraccion. Es temeridad, agrega Diaz, suponer habitantes en los astros fijos o errantes; pero para llegar a esta conclusion se olvida de las ciencias i pide a la teolojía que lo ilumine con sus dictados.

En seguida, el maestro de los hijos de los marqueses de la Pica entra a tratar del *cielo aéreo*, o sea lo que constituye el tercero de sus tratados, llevando siempre por guia sus especulaciones filosóficas i su docta teolojía en el estudio de los meteoros, truenos, relámpagos, i por fin en el volido de las aves, que es lo último de que se trata en la *Primera parte de la noticia general de las cosas del mundo.*

La continuacion de la obra se consideró por mucho tiempo perdida hasta que, merced a las investigaciones del reverendo P. Aracena, fué encontrada en el archivo del convento entre multitud de protocolos i escrituras. El autor jamas llegó a darle la última mano, i por eso es que la forma en que hoi la conocemos es debida en su mayor parte a la laboriosidad de su digno sucesor en el priorato de la casa de Belen, i con todo, faltan aún por co-

nocer los dos últimos capítulos de que constaba i que, por ocuparse del infierno i del juicio final, serian sin duda de los mas curiosos.

En esta segunda parte, el padre recoleto trataba de la tierra i del agua, que definia por sus cualidades esternas, como ser su fluidez, elasticidad, gravedad, etc. «Los antiguos no se esmeraron mucho, agrega, en averiguar la naturaleza del agua i contentándose con decir que era un cuerpo húmedo i frio i con saber por mera esperiencia algunos fenómenos, sin profundizar en el mecanismo de la composicion de este cuerpo, ni en el de sus efectos i operaciones. Los modernos, atentos al fondo de la naturaleza en ésta i en las demas cosas, aplican sus esmeros al reconocimiento de la figura, del tamaño i conclusiones de las menudas partes del agua, del método i economía en que procede en los usos para que la destinamos». En la definicion de la tierra no iba tampoco Diaz mucho mas allá de los límites a que llegaron los antiguos, pues dice simplemente que la tierra «es un cuerpo por sí quieto, pesado, seco i sin alguna virtud que no sea la pasiva para recibir efectos ajenos o escasos que obren en consorcio de ella»....

Este primer *tratado* concluye con algunas nociones de jeografía; el segundo se ocupa del hombre; el tercero de las cosas que llenan la superficie de la tierra; i por último, el cuarto trata de las cosas interiores de nuestro globo.

En el hombre, Diaz ve naturalmente un conjunto de cuerpo i alma, la prueba de cuya inmortalidad apunta de esta manera: «Nuestra propia naturaleza nos está diciendo interiomente que aquella porcion mas noble de nuestro ser es inmaterial e incorruptible; cada uno de nosotros conoce i sabe evidentemente que su alma es cojitativa i racional; que percibe no solo lo visible sino tambien lo invisible; que rastrea i entiende lo mas remoto, i que es capaz de esplicar sus mas íntimas percepciones o conceptos». Hasta aquí Diaz habla bien porque siente bien, pero mas tarde entra en sutilezas i detalles en que lo insignificante de la idea corre parejas con lo vulgar i fastidioso de su lenguaje.

Despues del alma, se presenta naturalmente el cuerpo a las investigaciones de Fr. Sebastian, analizándolo no solo bajo el punto de vista descriptivo sino tambien en sus funciones de relacion, esto és, habla como anatómico i como fisiólogo. Vamos a ver como muestra, los términos en que se espresa respecto de tres fenómenos que han inspirado eternamente a los poetas i cuyo solo enunciado trae a la mente miles de emociones: suspiros, ensueños, risa i llanto. Siempre hemos esperimentado una impresion dolorosa al ver caer bajo el escalpelo todas esas funciones de nuestros órganos, porque se las examina tan de cerca que, en vez de ilusiones i gratas creencias, no nos dejan sino miserias i dudas. Pero es necesario saber la verdad, aunque sea bajo las falsas apariencias con que Fr. Sebastian Diaz nos la presenta. «Suele, dice este autor, por pasion de congoja, o por otra causa, entorpecerse el curso de la sangre, i como ella jira tambien por los pulmones es consiguiente que, ocupados ellos i el corazon demasiadamente con la sangre, escasee la introduccion del aire i se mortifique la dilatacion. Entónces es cuando naturalmente anhelamos a inspirar para que este ingreso obligue a correr la sangre, dilate mas los pulmones i avive la respiracion. I como conseguido todo ésto, la aspiracion es consiguiente, es de mas aire, de mas libertad i fuerza, es regular que suene en aquel modo que llamanos suspiro.

«Como para el sueño se cierran las inmediaciones del cerebro, queda éste como encerrado i oprimido, para que no pudiendo holgarse los sentidos interiores, suspenda su ejercicio como los esteriores: i así como para éstos, no obstante su entorpecimiento, suelen quedar libres algunas fibras o espíritus que incompletamente excitan los fenómenos esternos espresados, así para los sentidos interiores, suelen quedar espíritus o fibras en alguna menor ligacion por no haber sido exacto el ajuste de la oclusion de los sesos; ya por el exceso, ya por la falta de aquel ajuste, queda accion para que esos espíritus o fibras de la fantasía o de la imajinativa, se estén moviendo de éste o del otro modo, en que consiste ésta o la otra idea.

«Otras propiedades del hombre o viviente racional son la risa

i el llanto. La primera es como de la pasion del gozo, i el segundo lo es, asimismo, de la tristeza. Si el motivo del gozo es crecido, aumenta en su vehemencia aquellos ordenados i ya fuertes movimientos tanto de los sólidos como de los líquidos...; i ese aumento es lo que saca hasta lo esterno la actualidad vigorosa de los músculos inmediatos a la superficie i mas próximos i consentidos del corazon, donde por su regularidad están en mas fuerza las sístoles i los diástoles. De aquí es percibirse la respiracion alterada por la inmutacion del diafragma i el semblante mudado a otro modo de facciones por la exaltacion del movimiento muscular de la cara».

Despues de todo lo que constituye el encanto de la vida i de lo que forma los tormentos i el azar de la existencia, es necesario ir adonde todo concluye, al eterno reposo. Fr. Sebastian no olvida este término, hablando de él con la serenidad de un sabio i sin ninguna de las preocupaciones de su estado. «Ultimamente llega el caso, dice, en que, o por enfermedad o por necesaria natural decadencia, los sólidos, especialmente el cerebro i el corazon, acaban de perder el tono; i los líquidos, con especialidad la sangre, pierden del todo su jiro, i entónces no teniendo el alma qué manejar, ni cómo manejar el cuerpo, se aparta de él (como se habia unido cuando estaba en disposicion de gobierno) i esta es la muerte».

La cuestion primera i por cierto bien interesante del *tratado* tercero, es la investigacion de si los animales están o no dotados da alma i cuál sea su naturaleza, sobre lo cual manifiesta el autor hallarse bien al corriente de lo que en su tiempo se habia aventurado sobre el particular.

A poco andar, se entra ya en el dominio de la física, i examinando las propiedades de los cuerpos, insiste, como es lójico, en la luz i los colores, en el sonido i su trasmision; ni olvida tampoco la electricidad i lo que él llama virtud magnética, esto es, la atraccion polar, ni mucho ménos la gravedad, elasticidad, etc.; ni por fin, algunas nociones de botánica.

Respecto de su *tratado* cuarto, de las cosas subterráneas, es ne-

cesario que entienda el lector, espresa Fr. Sebastian, «por lo que se le ha espuesto del cuerpo humano que este grande de la tierra tiene sus tegumentos, i el resto de la interioridad, estriba en un armazon de piedras». En este *tratado* (que es bien corto) se ocupa algo de química i mineralojía, i habla dos palabras de volcanes i temblores. Su idea primordial respecto a la tierra es que está dividida en tres rejiones, la primera, o esterna, en que se encuentran, p. ej., las minas i las fuentes; la segunda seria la rejion de los volcanes, i la tercera, la rejion ínfima en que, segun el método seguido, parece que nuestro autor colocaba los infiernos. Es de sentir que nos falte la última palabra de su trabajo en dos puntos tan curiosos de examinar i en que tanto hubieran podido traslucirse sus ideas.

En resúmen, la obra de Fr. Sebastian Diaz es relativamente avanzada para el tiempo i sobre todo para el lugar en que fué escrita. Es una especie de enciclopedia de conocimientos útiles, de los cuales merecian con especialidad retenerse todos aquellos que no eran esencialmente teolójicos, i que no estaban impregnados de ese aire de sutiles distinciones, que revelan injenio, pero que tanto desvirtúan el verdadero mérito de un libro. Especialmente debe tomarse en consideracion el sistema metódico con que está escrita la *Noticia general*, que hacia fácil su comprension a intelijencias jóvenes, i mayor el aumento de la reputacion del que a la enseñanza dedicaba tan largos desvelos.

Un año ántes de que se publicase la *Noticia general de las cosas del mundo*, salia tambien de las prensas de Lima a continuacion del discurso fúnebre de Cano, la *Descripcion narrativa de las relijiosas costumbres del M. y R. P. Fr. Manuel de Acuña*, por el mismo Fr. Sebastian Diaz, que entraba a sucederle en el priorato de la casa de Belen. Nuestro autor en este trabajo se empeña en formar un marco de las virtudes capitales que pueden adornar a un sacerdote, lo dora con los reflejos del mas puro misticismo, i en seguida le trae como tela la persona del sujeto cuya apolojía se propuso delinear; autoriza sus palabras con su testimonio personal, gloriándose naturalmente de haber sido súbdito de tan

ilustre caudillo i recoje cuidadoso el menor vestijio de la vida de su héroe, para presentarlo así hermoseado a la admiracion de un público ya prevenido en su favor. No digamos, sin embargo, que esto sea una biografía ni siquiera el tejido de una tosca trama que pudiera servir para delinear una figura cualquiera, pues para fabricar biografías de esta naturaleza bastaria relacionar cierto número de cualidades recomendables i vociferar en seguida que el sujeto tal las poseia en grado eximio. Aquí no se encuentra nada de lo que constituye la vida humana, desde los pasos inciertos de la niñez i las vagas aspiraciones de la adolescencia hasta las tendencias bien marcadas de la edad provecta. Despojar a un hombre de ese sello de sér racional, intelijente, pero culpable en un principio, por desgracia, de sus luchas, de sus desfallecimientos, de sus caidas, como de sus buenas acciones, no es tejer el hilo de la existencia, es simplemente trazar el bosquejo de una figura ideal, tan hermosa como se quiera, pero destituida de ese carácter de verdad que se deduce. Tal es el motivo por el cual a ese sacerdote pintado con colores tan brillantes el lector no lo sabe querer, no se interesa por él, ni comprende que se le pueda presentar como ejemplo. Allí donde no hai un traspié, ¿cómo podria hallar un consuelo? Aquel modelo léjos de alentarlo vendria a ser su eterna desesperacion. Pero esas eran las tendencias de aquella época i acaso esos los modelos que pudieron ofrecerse a los que seguian la misma vida i profesion que Acuña.

Otro ensayo biográfico debido a la pluma de Fr. Sebastian Diaz es la *Vida de Sor Mercedes de la Purificacion, en el siglo Valdés, relijiosa dominicana del monasterio de Santa Rosa de Santiago de Chile.* En este trabajo, como fué siempre de estilo en los fabricadores de vidas de personajes devotos, hácese larga relacion de la familia del protagonista, al cual muchas veces, aún desde ántes de nacer, ya se le atribuian señales especiales de predileccion de parte del Altísimo.

Sor Mercedes fué encerrada por sus padres en el claustro entre la edad de siete i ocho años, i puede decirse que dentro de murallas pasó su vida entera.

Innumerables son los prodijios que a la monja le atribuye el devoto Diaz, pero para pintar la insulsez de la mayor parte de ellos baste decir que una vez que la niña arreglaba su tocado en el espejo, un Cristo de bulto que colgaba de la pared la miró con ojos tan airados que Sor Mercedes renunció desde ese momento a todas las pompas del mundo. De casos análogos toma pié el reverendo Fr. Sebastian para condenar la costumbre de que las doncellas comiesen en los estrados con los hombres, i lamentar que los matrimonios que entónces comenzaban a formarse no fuesen como los de antaño, tratados entre los parientes sin conocimiento previo de los interesados.

Sor Mercedes vivió siempre atormentada de una enfermedad que le habia dislocado las vértebras espinales, ocasionada, al decir de su biógrafo, por cierto santo fuego que la devoraba. Diaz refiere, asimismo, que la monja dominicana pronosticó su muerte i alcanzó la comunicacion espiritual con Jesucristo, viéndose su alma varias veces arrebatada de este mundo.

A juzgar por esta obra de Fr. Sebastian Diaz, diriamos que era un escritor en estremo pesado, de un estilo embarazado i vulgar. Su credulidad, especialmente, que aquí lo admite todo, en muchas ocasiones repugna; pero qué distancia no existe entre la *Vida de Sor Mercedes* i su *Manual dogmático!*

Un hombre competente, el autor del *Dictámen de la Concepcion de María,* ha dicho de esta obra de Diaz que «es digna de leerse por la solidez de la doctrina i la orijinalidad de sus argumentos». Cosa singular, sin embargo: cuando Diaz la escribia se sentia viejo, achacoso por sus enfermedades, incapaz de trabajar desde el púlpito o el confesonario, era, como él dice, un inválido del ejército cristiano!

Reconociendo que en los doscientos sesenta i siete años[17] que hacia a que los españoles habian entrado en Chile pudiera estar bastardeada la sana doctrina, se propuso consignar en su *Manual* las primeras verdades del catolicismo, i al intento, dividió su tarea

17 Segun esto, se ve que escribia en 1808.

en dos partes, destinando la primera a combatir las sectas que pretenden apoyarse en la Escritura, i la segunda, a las que andan mas apartadas de ella. Al efecto, comenzó por tomarse el trabajo de cotejar los textos de la Biblia que pensaba citar con la version inglesa, mas de ordinario empleada en este jénero de controversias, i despues, con un lenguaje en jeneral condensado i claro, conservando su alma serena, libre de los arrebatos de un novicio i con la dignidad del que se cree seguro de lo que dice, no temió abordar las cuestiones que mas animosidades despiertan i donde aún hoi los modernos impugnadores de uno i otro bando, condenan, se exaltan i no razonan. A pesar de la corta estension de su trabajo, Diaz ha logrado interesar, i un aficionado a este jénero de estudios sin duda que leerá con agrado las pájinas del *Manual dogmático.*

Diaz es tambien autor de un libro titulado *Tratado contra las falsas piedades*, que fué enviado a Madrid para su impresion, pero que nunca llegó a publicarse[18].

18 Damos aquí dos cartas que se refieren a la impresion de *Las falsas piedades*, i que no carecen de interes.

M. R. P.—Mui señor mio i de mi estimacion: La de V. P. M. R. 27 de agosto de 1787, me da una verdadera idea de sus sublimes talentos, correspondiente a la que formé de la obra titulada: *Falsas piedades*, que por manos de mi antiguo amigo el Dtr. don Juan Josef de los Rios i Teran, dignidad de arcediano de la Santa Iglesia de Santiago, me dedica V. P. M. R., i yo admití habiéndome resistido a aceptar otras muchas que sus autores solicitaron con empeño ponerlas bajo mi proteccion.—Algunas útiles e instructivas noticias se hubieran aumentado a este libro, si hubiese tiempo, i V. P. M. R. residiese en la Corte; pero por no demorar la impresion, don Nicolas de Ribera, como se lo espongo a mi arcediano, se quedaron en deseos. Téngolo de servir a V. P. M. R. en cuanto me ocupe; i miéntras no llega este caso, pido a Dios guarde a V. P. M. R. muchos años. Madrid, 9 de abril de 1788.—Mayor servidor, Duque de San Cárlos.—M. R. P. Fr. Sebastian Diaz.—Santiago de Chile.—Señor Arcediano Dr. Don Juan Teran de los Rios.—Mi mui amado i venerado señor: Va el manuscrito de *Las falsas piedades*, que V. S.ª (sin merecimiento mio) ha dispuesto remitir a Madrid, para que allí se imprima.—El no puede dejar de llevar algun poco de desaliño en la ortografía; por que es invencible en los amanuenses la propiedad de arrastrar la mano a lo que tienen de costumbre, por mas prolijidad que yo gaste en prevenirlos, i en dictarles casi letra por letra, i por mas exactitud de correccion que tenga despues el orijinal para la copia, si infinitas veces se copiase, infinitas veces sucederia lo mismo. I enmendar todos los hierros de cualquiera de las copias seria llenarlas todas de borrones. Por lo que me he contentado con que a éstos no le queden erratas de consideracion o que puedan dar trabajo, seguro de que la pericia, e integridad con que se manejan las oficinas de la Europa, depurará fácilmente, al tiempo de la impresion, este manuscrito, especialmente de algunas comas, que la mano del copian-

Frai Sebastian Diaz murió por los años de 1812 o 1813, i fué enterrado en la sala de capítulo del convento de que fué fundador.

te, o de no sé quién, introdujo de mas en medio de las cláusulas.—Para lo demas de esta depuracion se podrán tener presentes tres reglas de mi ortografía, 1.ª: No usar letras duplicadas, ni interposicion de algunas que no hayan de sonar. 2.ª En las pronunciaciones fuertes de vocales posteriores, no escribir *x* sino cuando es *e* o es *i*, i *j* cuando es algunas de las otras letras. 3.ª Habiendo de sonar como dos *ue*, o *ui* no poner ántes *q* sino *c*.—Sin embargo, si no se acomodasen a este sistema, podrán seguir el que les parezca mejor, con tal que guarden uniformidad.—En las puntuaciones mayores de puntos, dos puntos, punto i coma, no se necesita cuidado, porque todas en este orijinal están como deben; aún para los menores, o comas no se ha menester mucho, i esto mas para dejarlas supérfluas que para añadir los que falten. Tambien será corto el cuidado de las letras, con que se deben escribir las dicciones, aunque se ajusten a mi sistema, porque son pocos los defectos de esta clase, que se encuentran en la copia.—Siendo gusto de V. S.ª puede prevenir que se estampe la obra en la oficina del Dr. don Joaquin de Ibarra: que sea en tomo de cuarto, i con los caractéres (u otros de su tamaño i limpieza), con que se formó el prólogo de la nueva impresion del diccionario de la lengua castellana en un volúmen hecho en aquella oficina.—Con respecto de que mi prelacía es independiente de esta provincia se habrá de pedir la licencia de la Relijion al M. R. P. Prov. de aquella, donde se hace la impresion de mi libro.—Sobre todo ya sabe V. S.ª la suma importancia de absolver mui prontamente el negocio de la impresion de esta obra: i que serian muchos los perjuicios de cualquiera demora que yo padeciese en salir de esto.—Desea a V. S.ª mucha vida, i satisfacciones.—Su mas amante siervo i capellan.—Recoleccion Dominicana i diciembre 1.º de 86.

INDICE.

CAPITULO I.

HISTORIA JENERAL.

I.

PAJ.

Cristóbal de Molina.—Pedro de Valdivia.—Góngora Marmolejo.—Mariño de Lovera.—Obras de las cuales se duda.—Juan Ruiz de Leon.—Ugarte de la Hermosa.—Sotelo Romay.. 7

CAPITULO II.

TEOLOJIA.

I.

OBISPOS ESCRITORES.

Familia de Fr. Rejinaldo de Lizarraga.—Su entrada en relijion.—Oficios que desempeña.—Incidente sobre los indios chirigüanas.—Nuevos oficios. Es nombrado para rejir la nueva provincia de Chile.—Es presentado para obispo de la Imperial.—Sus resistencias para hacerse cargo de las diócesis.—Santo Toribio i el virei Hurtado de Mendoza.—El concilio limeño de 1598.—Traslacion de la sede episcopal a Concepcion.—Lizarraga presenta al rei su renuncia.—La *Descripcion i poblacion de las Indias*.—Otras obras.—Lizarraga es trasladado al Paraguay.—Su muerte.—Familia de Fr. Luis Jerónimo de Oré.—Sus peregrinaciones en el interior del Perú.—Oficios que desempeñó en la órden.—El *Symbolo católico indiano*.—Viaje a Europa.—*Relacion de los mártires de la Florida*.—*Tratado sobre las Induljencias*.—El *Rituale peruanum*. Estadía de Oré en Madrid.—Publica dos nuevos libros.—Su vuelta al Perú.—Viene a Chile a hacerse cargo del obispado.—Sus funciones pastorales.—Escursion a Chiloé.—Muerte de Oré.—Epocas de su carrera.. 37

CAPITULO III.

HISTORIA JENERAL.

II.

Luis Tribaldos de Toledo, cronista mayor de Indias.—Sus títulos literarios.—Apreciacion de su *Vista general de las continuadas guerras, etc*. El jesuita Alonso de Ovalle.—Circunstancias que precedieron a su entrada en la Compañía.—Sus primeros trabajos sacerdotales.—Es enviado de procurador jeneral a Roma.—Motivos que tuvo para la publicacion de su *Histórica Relacion*.—Apreciacion de esta obra.—Su regreso a América.—Su muerte.—Jerónimo de Quiroga.—Datos biográficos.—Ruidoso lance sucedido en Concepcion.—Desaires hechos al maestre de campo.—Su *Memoria de las cosas de Chile*.............................. 107

CAPITULO IV.

DESCRIPCION DE CHILE.

I.

PAJ.

Fr. Miguel de Aguirre.—Noticias biográficas.—Su llegada a Lima.—Honores que recibe.—Espedicion a Valdivia.—Aguirre renuncia su cátedra en la Universidad.—Nuestra Señora de Copacavana.—Viaje de Aguirre a Europa.—Sus trabajos relijiosos en Madrid.—Parte para Italia.—Dotes de Aguirre.—Su muerte.—Lo que nos ha dejado.—La *Poblacion de Valdivia*.—Fr. Francisco Ponce de Leon. Fr. Gregorio de Leon.—*Descripcion y cosas notables del Reyno de Chile*.—Don Miguel de Olaverría.—Tomás de Olaverría.—Andrés Mendez.......... 139

CAPITULO V.

TEOLOJIA.

II.

Fr. Jacinto Jorquera.—Su *Parecer en defensa de D. Bernardino de Cárdenas*.—Datos acerca de su vida.—Contiendas relijiosas de los domínicos.—Jorquera es elejido obispo. Su muerte.—Fr Gaspar de Villarroel.—Una carta suya al cronista agustino de la Orden en América.—Noticias biográficas.—Rasgo notable de su padre.—Fr. Gaspar se hace relijioso agustino.—Fr. Pedro de la Madrid lo hace su secretario.—Opónese a una cátedra de la Universidad de Lima.—Hace un viaje a España.—Aparicion de su *Semana Santa*.—Predica en Madrid para la Corte.—Es presentado para obispo de Santiago.—Recibimiento que le hacen en esta ciudad.—Su norma de conducta con las demas autoridades.—Pequeños encuentros.—Retrato de Fr. Gaspar.—Visita la provincia de Cuyo.—Temblor del 13 de mayo de 1647.—El *Gobierno eclesiástico pacífico*.—Obras perdidas.—Las *Historias sagradas y eclesiásticas morales*.—Villarroel es trasladado al obispado de Arequipa.—Pasa a ser arzobispo de Los Charcas.—Su muerte.......... 173

CAPITULO VI.

RELACIONES BIOGRAFICAS.

El doctor Cristóbal Suarez de Figueroa admite el encargo de escribir una obra sobre D. García Hurtado de Mendoza.—Retrato de D. García.—Análisis de los *Hechos de D. García, etc.*—Datos sobre el autor.—Sus querellas con otros escritores.—Rasgos de la figura del doctor Suarez de Figueroa.—Fancisco Caro de Torres.—Datos biográficos.—Sus relaciones con don Alonso de Sotomayor.—Publica la *Relacion de los servicios* de este personaje.—Estudio de aquella obra.—Santiago de Tesillo.—Motivos de su obra sobre don Francisco Lazo de la Vega.—Análisis.—Persona del autor.—Su apolojía de D. Francisco de Meneses.—Datos sobre Tesillo.—Fr. Juan de Jesus María emprende la defensa de don Tomás Marin de Poveda.—Las *Memorias de Chile*.—Datos sobre el autor.—Estudio del libro.......... 199

CAPITULO VII.

HISTORIA JENERAL.

III.

DIEGO DE ROSALES.

PAJ.

Primeros datos sobre Rosales.—Su venida a Chile.—Batalla de Piculhue.—Id. de la Albarrada.—Diego de Rosales misionero.—Parlamento de Quillin.—Primer viaje a la Cordillera.—Carta al padre Luis de Valdivia.—Mision de Boroa.—Alzamiento jeneral de los indios.—Sitio de un fuerte español.—Rosales vuelve a Concepcion.—Es nombrado provincial de Chile.—Viaje a Chiloé.—Ultimas noticias.—Motivos que tuvo Rosales para escribir la *Historia general del Reyno de Chile.*—D. Luis Fernandez de Córdova i el jesuita Bartolomé Navarro.—Materiales de que dispuso nuestro autor.—Division de su obra.—Análisis de sus dos partes.—Conclusion........ 243

CAPITULO VIII.

BIOGRAFIA.

Doña Catalina de Erauso.—Loubayssin de la Marca.—Ferrufino.—Pastor.—Sobrino.—Rosales, Olivares, Diaz.—Bel.—Zevallos.—Sor Ursula Suarez.—Caldera.—Ribadeneyra........ 289

CAPITULO IX.

JURISPRUDENCIA.

Calderon.—Polanco de Santillana.—Pedro Machado de Chavez.—Escalona Agüero.—Corral Calvo de la Torre.—Solórzano i Velazco.—García de Huidobro........ 299

CAPITULO X.

COSTUMBRES INDIJENAS.—NOVELA.

Alonso Gonzalez de Nájera.—Algunos datos de su vida.—Su intervencion en la guerra de Arauco.—Lance con los indios.—*Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile.*—Noticias de este libro.—Don Francisco Nuñez de Pineda i Bascuñan.—Detalles sobre su vida.—La batalla de las Cangrejeras.—Prision de Bascuñan.—Su permanencia entre los indios.—Regreso al territorio español.—Sus desengaños. Exámen de su *Cautiverio feliz.*—El padre mercedario Fr. Juan de Barrenechea i Albis.—Pormenores biográficos.—*La Restauracion de la Imperial.*—Argumento de esta obra.—Una procesion nocturna en la ciudad de la Concepcion.—Muerte del autor........ 307

CAPITULO XI.

RELACIONES DE SUCESOS PARTICULARES.

Pedro Cortés.—Lazo de la Vega.—Avendaño.—Flores de Leon.—Eguia i Lumbe.—Juan Cortés de Monroy.—Vascones.—Eraso.—Sosa.—Sobrino.—Gonzalez Chaparro.—Carrillo de Ojeda.—Santa.—Concha.—Pietas.—Recabarren.—Ortega.—Villarreal........ 351

CAPITULO XII.

LENGUA ARAUCANA.

PAJ.

Consideraciones jenerales.—Vega.—Garrote.—Luis de Valdivia.—Febres. —Havestadt........ 371

CAPITULO XIII.

MISTICA.—TEOLOJIA.

III.

García.—Antomás.—Torres.—Tula Bazan.—Fuenzalida, i Zepeda.—Lacunza........ 389

CAPITULO XIV.

HISTORIA JENERAL.

III.

Don José Basilio de Roxas i Fuentes.—Don Pedro de Córdoba i Figueroa.—Datos bigráficos.—Su *Historia de Chile.*—El jesuita Miguel de Olivares.—Noticias de su persona.—Su espatriacion.—La *Historia militar, civil i sagrada del Reino de Chile.*—Estudio de esta obra.—La *Historia de los jesuitas.*—Detalles de este libro.—El abate D. Juan Ignacio Molina.—Estudio de su *Historia civil.*—D. Felipe Gomez de Vidaurre.—Datos biográficos.—Su obra........ 425

CAPITULO XV.

ORATORIA.

Aguilera.—Carrillo de Ojeda.—Ferreira.—Lillo i la Barrera.—Viñas.—Jáuregui. Predicadores jesuitas.—D. Manuel de Vargas.—Espiñeira.—Alday.—Cano.—Zerdan.—Lastarria........ 401

CAPITULO XVI.

DESCRIPCION DEL TERRITORIO CHILENO.

II.

Esplicacion de la plaza i puerto de Valdivia.—Martinez.—Pinuer.—Delgado.—Orejuela.—Fernandez Campino.—Madariaga i Sota.—Bueno.—*Plan del estado del Reyno de Chile.*—Ojeda.—Ribera.—Gonzalez Agüeros........ 447

CAPITULO XVII.

HISTORIA ECLESIASTICA.

Don Bartolomé Marin de Poveda.—Don Domingo Marin.—Fr. Antonio Aguiar.—Noticias de su persona.—Su *Razon de las noticias de la Provincia de San Lorenzo Mártir.*—El padre franciscano Fr. Francisco Javier Ramirez.—El *Cronicon sacro-imperial de Chile.*—Algunas noticias de su autor........ 463

CAPITULO XVIII.

HISTORIA JENERAL.

V.

PAJ.

D. José Perez García.—Noticia de este personaje.—Papel que desempeñó en Chile.—Sus pretensiones.—Los últimos años de su vida.—Su *Historia general del Reyno de Chile.*—Análisis de este libro.—Algunos defectos.—Lo què contiene de bueno.—D. Vicente Carvallo i Goyeneche. —Noticias de su vida.—Algunas de sus recomendaciones.—Sus rivalidades con D. Ambrosio O'Higgins.—Su viaje a España.—Antecedentes de su libro.—Puntos que le han servido de base.—Apreciacion de su obra........ 475

CAPITULO XIX.

VIAJES.

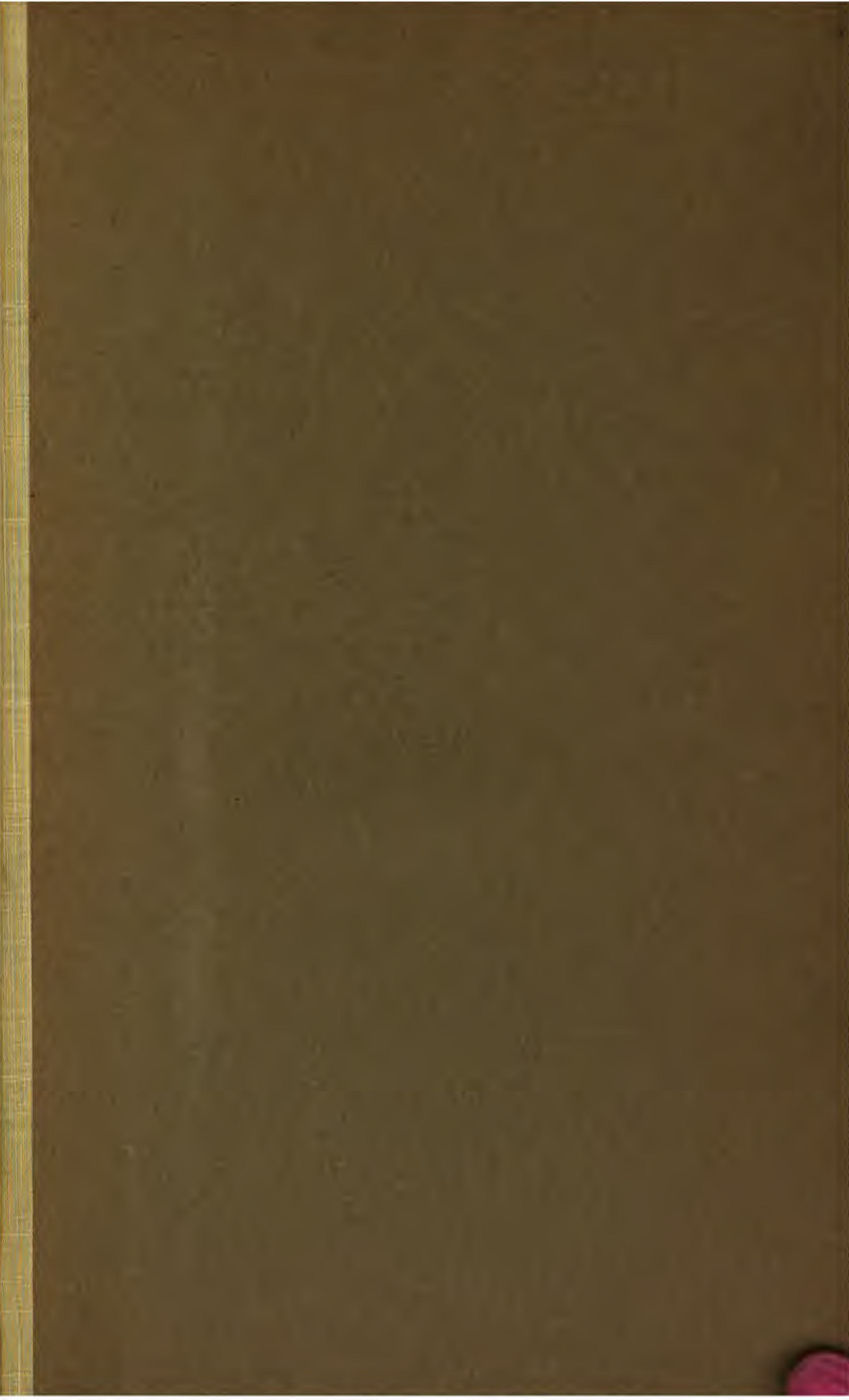
Veedor.—Cardeña.—Vea.—Goscueta.—Menendez.—*Diario del viaje de Maran.*—*Id.* de Alday.—Don Tomás O'Higgins.—Amat i Junient.— Don Luis de la Cruz.—Don Nicolas de la Cruz........ 509

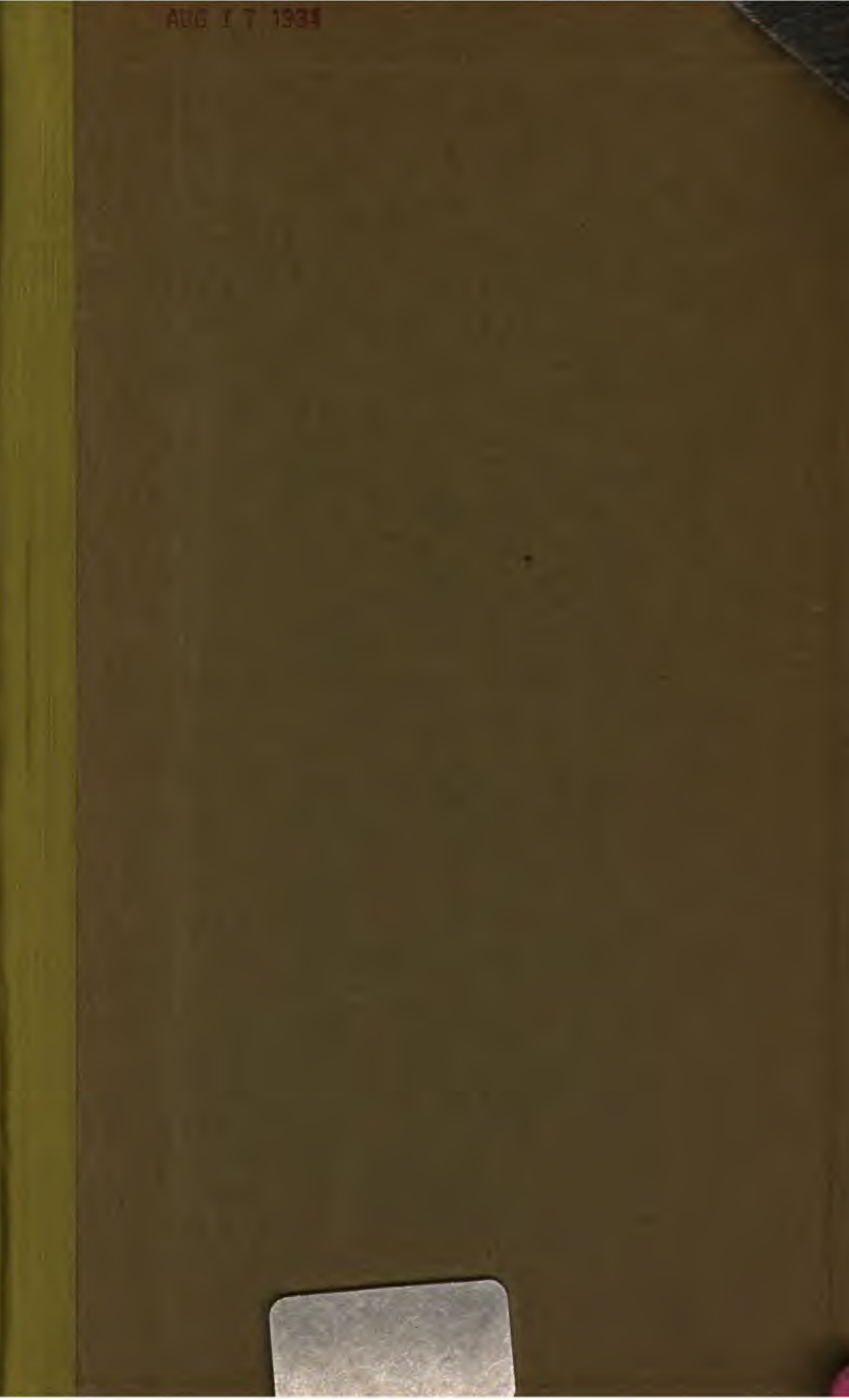
CAPITULO XX.

CIENCIAS.

Don Juan Ignacio Molina.—Sus primeros años.—Su espatriacion.—Arribo a Italia.—Aparicion de su primera obra. El *Saggio sulla storia naturale.*—Altura científica a que se encuentra.—Conocimientos del autor.—Es delatado por sus teorías.—Algunas de sus *Memorias.*—Su amor a Chile.—Su entusiasmo por la República.—Modo de vida de Molina en Europa. Sus deseos de regresar a Chile.—Su última enfermedad.—Molina i el pueblo chileno.—Frai Sebastian Diaz.—Algunos datos sobre su carrera.—La inundacion del Mapocho en 1783. Gobierno del padre Diaz.—Su empeño por los adelantos materiales de la Orden.—Reputacion de que gozaba. Sus conocimientos.—La *Noticia general de las cosas del mundo.*—Tratados biográficos.—Otras obras de nuestro autor. —Su fin........ 523

FIN DEL TÓMO SEGUNDO.




AUG 17 1934